

STEPHEN KING



LA HISTORIA DE LISEY

Hacía casi dos años que Lisey Debusher Landon había perdido a su marido Scott, después de veinticinco años de matrimonio y de una intimidad tan profunda que a veces les daba miedo. Scott había sido un escritor muy premiado y de gran éxito y también un hombre complicado. Al principio de su relación, Lisey tuvo que aprender mucho de él sobre libros, sobre sangre y sobre dálivas. Más adelante supo que había un lugar donde Scott se refugiaba, un lugar que cerraba sus heridas y le aterrorizaba a la vez, que le inspiraba todas las ideas que necesitaba para vivir pero que también podría devorarlo. Ahora le toca a Lisey enfrentarse con los demonios de Scott. Le toca a Lisey viajar a Boo'ya Moon. Lo que había empezado con la decisión de la viuda de ordenar los papeles de su marido famoso se convierte en un viaje casi mortal hacia la oscuridad que él habitó...

La historia de Lisey, probablemente la novela más personal y más intensa de Stephen King, explora los orígenes de la creatividad, la tentación de la locura y el lenguaje secreto del amor.

Stephen King

La historia de Lisey

ePub r1.0

Titivillus 14.02.15

Título original: *Lisey's Story*

Stephen King, 2006

Traducción: Bettina Blanch Tyroller

Ilustraciones: Jhon Fulbrook III

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



Para Tabby

¿Dónde vas cuando te sientes solo?
¿Dónde vas cuando te sientes triste?
¿Dónde vas cuando te sientes solo?
Te seguiré
cuando las estrellas estén tristes.

RYAN ADAMS

baby

babyluv

PRIMERA PARTE

CACERÍA DE DÁLIVAS

Si yo fuera luna, sabría dónde ponerme.

D. H. LAWRENCE,

El arco iris

I

Lisey y Amanda (Todo sigue igual)

1

Los cónyuges de los escritores famosos son casi invisibles al ojo público; nadie lo sabía mejor que Lisey Landon. Su esposo había ganado el Pulitzer y el Premio Nacional de Literatura pero, en cambio, Lisey tan solo había concedido una entrevista de verdad en toda su vida, concretamente para la conocida revista femenina que publica la columna titulada «Sí, estoy casada con Él». Se pasó más o menos la mitad de las quinientas palabras del artículo explicando que su nombre (una abreviatura de Lisa) rimaba con «Sisi», mientras que la otra mitad se centraba en su receta de rosbif asado a fuego lento. Su hermana Amanda comentó en su momento que la fotografía que acompañaba el artículo la hacía parecer gorda.

Ninguna de las hermanas de Lisey era inmune a los placeres que proporciona meter cizaña («hurgar en la porquería», como siempre decía su padre) o chismorrear sobre los trapos sucios ajenos, pero la única a quien a Lisey le costaba querer era precisamente Amanda. Esta, la mayor (y más peculiar) de las hermanas Debusher, de Lisbon Falls, en la actualidad vivía sola en una casa que le había comprado Lisey, una vivienda pequeña y bien aislada cerca de Castle View, donde Lisey, Darla y Cantata podían tenerla controlada. Lisey se la había comprado hacía siete años, cinco antes de que Scott muriera. Muriera Joven. Muriera de Forma Intempestiva, como suele decirse. A Lisey aún le costaba asimilar que llevaba dos años muerto; tenía la sensación de que había transcurrido

toda una vida y al mismo tiempo de que apenas si había pasado un suspiro.

Cuando Lisey empezó por fin a vaciar el despacho de Scott, un conjunto de estancias grandes y hermosas que en otros tiempos habían constituido el desván de un granero, Amanda se presentó al tercer día, después de que Lisey completara el inventario de todas las ediciones extranjeras (había centenares de ellas), pero antes de que hubiera tenido ocasión de avanzar apenas en la lista de los muebles, con asteriscos junto a las piezas que consideraba su deber conservar. Esperó a que Amanda le preguntara por qué no se daba más prisa, por el amor de Dios, pero Amanda no le hizo pregunta alguna. Mientras Lisey pasaba de la cuestión del mobiliario a la inspección desganada (e interminable) de las cajas de cartón atestadas de correspondencia que se amontonaban en el armario principal, Amanda parecía absorta en las impresionantes pilas de recuerdos alineados a lo largo de la pared sur del estudio. Se dedicó a pasear arriba y abajo ante los objetos dispuestos como una larguísima serpiente, sin hablar apenas, limitándose a tomar notas en un pequeño cuaderno que tenía cerca en todo momento.

Lisey no le preguntó qué buscaba ni qué anotaba en su cuadernillo. Tal como Scott había señalado en más de una ocasión, Lisey poseía lo que sin duda se cifraba entre los talentos humanos más infrecuentes: no se entremetía en los asuntos de los demás, pero al mismo tiempo no le importaba demasiado que los demás se metieran en los suyos. Siempre y cuando no se dedicaran a fabricar explosivos para perpetrar un atentado, y en el caso de Amanda eso no dejaba de constituir una posibilidad. Era la clase de mujer que no podía evitar hurgar, la clase de mujer que tarde o temprano acabaría abriendo la boca.

Su marido se había marchado al sur desde Rumford, donde vivían («como un par de comadreas atrapadas en una tubería», como dijo Scott tras una visita que juró no repetir jamás) en 1985. Su única hija, a la que habían puesto Intermezzo y a quien todos llamaban Metzie para abreviar, se había ido a Canadá (con un camionero como pretendiente) en 1989. «Uno voló hacia el sur, otro voló hacia el norte, y al tercero no hay quien la verborrea le corte». Ese era el verso que su padre siempre recitaba cuando eran pequeñas, y la única de las pequeñas de *Dandy Dave Debusher* incapaz de frenar la verborrea era, sin lugar a dudas, Manda, abandonada primero por su esposo y más tarde por su hija.

Si bien a veces resultaba muy difícil sentir afecto por Amanda, Lisey no quería que viviera sola en Rumford. De hecho, no se fiaba de ella viviendo sola y, aunque nunca habían llegado a expresarlo en voz alta, Lisey estaba segura de que Darla y Cantata eran de la misma opinión. Así pues, había hablado con Scott y había encontrado la casita estilo Cape Cod, que logró adquirir por noventa y siete mil dólares en efectivo. Poco después, Amanda se había instalado en ella y desde entonces la tenía mucho más a mano.

Ahora Scott había muerto, y Lisey había logrado por fin ponerse a vaciar su estudio. Mediado el cuarto día, las ediciones extranjeras ya estaban guardadas en cajas, la correspondencia marcada y clasificada de algún modo, y Lisey ya tenía bastante claro qué muebles conservaría y cuáles descartaría. Así pues, ¿por qué tenía la sensación de haber hecho tan poco? Había sabido desde el principio que aquel proceso no se podía acelerar, por muchas cartas y llamadas impertinentes que hubiera recibido desde la muerte de Scott (además de unas cuantas visitas). Suponía que, en última instancia, las personas interesadas en los escritos inéditos de Scott acabarían saliéndose con la suya, pero no hasta que Lisey estuviera preparada para entregárselos. Al principio no lo tenían claro, pero ahora Lisey creía que casi todos ellos lo habían asimilado.

Existían muchas palabras para describir lo que Scott había dejado. La única que Lisey entendía por completo *eramemorabilia*, «recuerdos», pero había otra, una muy extraña, que sonaba más o menos como *incuncabila*. Eso era lo que querían los impacientes, los pertinaces, los enfadados... Buscaban los *incuncabila* de Scott. Y Lisey empezó a pensar en ellos como los Incunks.

2

El sentimiento que la embargaba con mayor intensidad, sobre todo después de la visita de Amanda, era el desaliento, como si hubiera subestimado la tarea que debía realizar o sobrestimado (por mucho) su capacidad de llevarla a cabo hasta su inevitable conclusión... Los muebles guardados en la planta inferior del granero, las alfombras enrolladas y aseguradas con cinta adhesiva, la furgoneta Ryder amarilla en el sendero de la entrada, proyectando su sombra sobre la valla de madera que separaba el jardín de la finca de los Galloway.

Ah, y no olvidemos mencionar el corazón triste que latía en el lugar, los tres ordenadores de escritorio (antes había cuatro, pero el del «rincón de los recuerdos» de Scott ya no estaba, gracias a la propia Lisey). Cada uno era más ligero y rápido que el anterior, pero incluso el más nuevo era un modelo de escritorio voluminoso, y todos ellos seguían funcionando bien. Estaban protegidos por contraseñas que Lisey desconocía. Nunca se las había preguntado a Scott y no tenía idea de la clase de electrorresiduos que dormitaban en los discos duros de los ordenadores. ¿Listas de la compra? ¿Poemas? ¿Escritos eróticos? Estaba segura de que Scott se conectaba a internet, pero no sabía qué páginas visitaba. ¿Amazon? ¿La biografía de Hank Williams? ¿Periódicos alternativos? ¿Páginas de porno duro? Lisey más bien pensaba que no se trataba de esto último, en tal caso habría visto las facturas, claro que en realidad eso era una gran chorrada. Si

Scott hubiera querido ocultarle un gasto de mil dólares al mes, lo habría hecho. ¿Y las contraseñas? Lo irónico era que quizá se las habría revelado de haberle preguntado; lo que ocurría era que Lisey tendía a olvidarse de aquellas cosas. Se dijo que debía probar con su nombre, tal vez cuando Amanda se fuera a casa, lo cual no tenía visos de producirse de momento.

Lisey se reclinó en la silla y sopló hacia arriba para apartarse el cabello de la frente. *A este paso no llegaré a los manuscritos hasta julio*, se dijo. *Los Incunks se volverían locos si vieran lo despacio que voy, sobre todo el último.*

El último, cinco meses atrás, había logrado no perder los estribos, había conseguido comportarse de forma civilizada durante tanto rato que llegó a inducir a Lisey a creer que quizá era distinto de los demás. Lisey le contó que el estudio de Scott llevaba desocupado aproximadamente un año y medio, pero que casi había hecho acopio de valor suficiente para subir y empezar a limpiar las dependencias y poner orden.

El visitante se llamaba profesor Joseph Woodbody y venía del departamento de literatura inglesa de la Universidad de Pittsburgh. Aquel centro era el alma máter de Scott, y la asignatura que el profesor Woodbody impartía allí sobre Scott Landon y el mito americano gozaba de gran popularidad y audiencia. Asimismo, ese año cuatro alumnos suyos estaban preparando tesis doctorales sobre Scott Landon, por lo que con toda probabilidad era inevitable que acabara saliendo el guerrero Incunk que llevaba dentro cuando Lisey se expresó en términos tan vagos como «lo antes posible» y «casi con toda seguridad en algún momento del verano». Pero Woodbody no estalló hasta que Lisey le aseguró que lo llamaría «cuando las aguas volvieran a su cauce».

Le espetó que el hecho de que hubiera compartido lecho con un gran escritor americano no le daba derecho a convertirse en su albacea literaria. Aquella, afirmó, era tarea de un experto, y, según tenía entendido, la señora Landon ni siquiera poseía una licenciatura universitaria. Le recordó los años transcurridos desde la muerte de Scott Landon y los rumores que no cesaban de crecer. Se creía que existía gran cantidad de material inédito, relatos cortos e incluso novelas. ¿No podía la señora Landon permitirle entrar en el estudio aunque solo fuera un ratito? ¿Hurgar un poco en los archivadores y los cajones del escritorio, aunque solo fuera para apaciguar los rumores más escandalosos? Por descontado, ella podía permanecer a su lado en todo momento..., cómo no.

—No —denegó ella al tiempo que lo acompañaba a la puerta—. Aún no estoy preparada.

Decidió pasar por alto los golpes bajos que acababa de asestarle aquel hombre, o al menos intentarlo, ya que a todas luces estaba igual de loco que los demás; lo que sucedía era que lo había disimulado mejor y durante más rato.

—Y cuando lo esté, querré examinarlo absolutamente todo, no solo los manuscritos.

—Pero...

Lisey lo atajó con un ademán de cabeza.

—Todo sigue igual.

—No entiendo a qué se refiere.

Por supuesto que no lo entendía.

Aquellas palabras habían formado parte del lenguaje secreto de su matrimonio. Cuántas veces había llegado Scott a casa exclamando «Eh, Lisey, ya estoy en casa... ¿Todo sigue igual?», refiriéndose a si todo iba bien, si todo estaba en orden. Pero como ocurre con tantas otras expresiones cargadas de fuerza (Scott se lo había explicado en una ocasión, aunque Lisey ya lo sabía por entonces), encerraba un significado oculto. Un hombre como Woodbody jamás podría captar el significado oculto de «todo sigue igual», aunque Lisey dedicara el día entero a intentar explicárselo. ¿Y por qué? Pues porque era un Incunk y, cuando se trataba de Scott Landon, los Incunks solo entendían una cosa.

—No importa —dijo al profesor Woodbody aquel día, cinco meses antes—. Scott sí lo habría entendido.

3

Si Amanda hubiera preguntado a Lisey dónde estaban guardadas las cosas del «rincón de los recuerdos» de Scott, es decir, los galardones, las placas y objetos por el estilo, Lisey habría mentido (algo que se le daba razonablemente bien para ser una persona que ejercía poco) y contestado que «en un guardamuebles de Mechanic Falls». Sin embargo, Amanda no se lo preguntó, sino que se limitó a hojear su cuaderno de forma más ostensible aún, a buen seguro para conseguir que su hermana menor sacara a colación el tema con la pregunta apropiada, pero Lisey no preguntó. Estaba pensando en lo vacío que estaba aquel rincón, lo vacío que estaba y lo poco interesante que resultaba una vez desaparecidos tantos recuerdos de Scott. Bien destruidos, al igual que había destruido la pantalla del ordenador, bien demasiado rasgados y abollados para mostrarlos; semejante exposición suscitaría más preguntas de las que jamás sería capaz de responder.

Por fin Amanda dio su brazo a torcer y abrió el cuaderno.

—Mira esto —le dijo—. Solo míralo.

Manda le mostró la primera página. Escritos sobre las líneas azules, apretujados desde la espiral de la izquierda hasta el margen derecho (*como un mensaje cifrado de uno de esos indigentes locos con los que siempre te tropiezas*

en Nueva York porque ya no hay suficiente dinero para sostener las instituciones psiquiátricas, pensó Lisey, fatigada), se veían números, casi todos ellos rodeados por círculos, aunque algunos encerrados en cuadrados. Manda volvió la hoja, y Lisey vio otras dos páginas llenas de números, que se detenían hacia la mitad de la tercera página. Por lo visto, el último era el 846.

Amanda le mostró su soslayada, rubicunda y, en cierto modo, risueña expresión de arrogancia que, cuando ella tenía doce años y la pequeña Lisey tan solo dos, significaba que Amanda había hecho alguna de las suyas, y que alguien acabaría llorando como consecuencia de ello, con toda probabilidad la propia Amanda. Lisey se encontró esperando con cierto interés (y una pizca de temor) a averiguar qué significaría en ese momento la expresión de su hermana.

Amanda se había comportado de un modo estrafalario desde el momento de su llegada... Quizá tan solo se debía al tiempo opresivo y lúgubre, aunque más probablemente guardaba relación con la repentina ausencia de su novio. Si Manda estaba a punto de sumirse en otra de sus tempestades emocionales porque Charlie Corriveau la había dejado, Lisey suponía que más le valía abrocharse el cinturón. Nunca había apreciado ni confiado en Corriveau, por muy banquero que fuera. Era imposible confiar en alguien después de enterarse en la feria de primavera de la biblioteca que los tipos del Mellow Tiger lo llamaban Pedorro. ¿Qué clase de mote era ese para un banquero? ¿Qué diantre significaba? Y sin duda debía de saber que Manda había sufrido problemas psíquicos en el pasado...

—¿Lisey? —la llamó Amanda con el ceño muy fruncido.

—Perdona —se disculpó esta—. Se me ha... Se me ha ido la cabeza un momento.

—Te pasa a menudo —observó su hermana—. Creo que eso lo tienes de Scott. Mira, Lisey, he numerado todas sus revistas, diarios y cosas académicas, todo lo que está apilado contra la pared.

Lisey asintió como si entendiera a la perfección adónde quería ir a parar su hermana.

—He escrito los números en lápiz muy flojito —prosiguió Amanda—. Siempre cuando estabas de espaldas o en otro sitio, porque creía que si me veías me hubieras pedido que lo dejara.

—No lo habría hecho —aseguró Lisey al tiempo que cogía el cuadernillo, flácido por el sudor de su dueña—. ¡Ochocientos cuarenta y seis! ¡Son muchos!

Y sabía que las publicaciones apiladas contra la pared no pertenecían a la clase que ella habría leído o tenido en casa, revistas femeninas tales como *O*, *Good Housekeeping* o *Ms*, sino más bien revistas como *Little Sewanee Review*, *Glimmer Train*, *Open City* y otras con títulos ininteligibles, como *Piskya*.

—De hecho, hay bastantes más —puntualizó Amanda mientras señalaba con

el pulgar los montones de libros y revistas.

Al echarles un buen vistazo, Lisey advirtió que su hermana tenía razón. Había muchos más de ochocientos cuarenta y pico. Sin duda.

—Casi tres mil en total, y no tengo ni idea de dónde los guardarás ni de quién podría quererlos. No, ochocientos cuarenta y seis solo es el número de los que tienen fotos de ti.

Amanda pronunció aquellas palabras con tal torpeza que, en un principio, Lisey no entendió su significado. Sin embargo, cuando por fin lo comprendió, quedó encantada. La idea de que existiera un archivo fotográfico tan inesperado, un fondo oculto del tiempo que había pasado con Scott, jamás se le había pasado por la cabeza. Pero en cuanto se puso a pensar en ello le pareció que tenía todo el sentido del mundo. Habían estado casados más de veinticinco años, durante todos los cuales Scott había sido un viajero inveterado e inquieto, participando en lecturas, dando conferencias y surcando el país sin apenas descanso entre un libro y el siguiente, visitando hasta noventa universidades al año y sin perder jamás comba en su torrente, en apariencia inagotable, de relatos cortos. Y Lisey lo acompañaba en casi todas aquellas expediciones. ¿En cuántas habitaciones de hotel habría aplicado la pequeña plancha sueca de viaje a sus trajes mientras la televisión mascullaba salmos de tertulia en su lado de la habitación y en el de Scott la máquina de escribir martilleaba (en los primeros tiempos de su matrimonio) o el ordenador portátil susurraba (en los últimos), con su marido inclinado sobre uno de los dos aparatos con un mechón de cabello caído sobre la frente?

Manda la observaba con expresión huraña, a todas luces disgustada por su reacción.

—Las publicaciones rodeadas con un círculo, más de seiscientas, son las que contienen pies de foto poco halagüeños para ti.

—¿En serio? —murmuró Lisey, perpleja.

—Te lo enseñaré.

Amanda consultó el cuaderno, se acercó a la montaña de papel que discurría por la pared entera, estudió de nuevo sus notas y eligió dos volúmenes. Uno era una publicación bianual de tapa dura y aspecto caro del campus de Lexington de la Universidad de Kentucky. El otro, una revista de formato pequeño, parecía obra de un grupo de estudiantes y se titulaba *Empuja-Pellejos*, la clase de nombre que los estudiantes de filología inventaban para resultar ingeniosos, pero que no significaba nada en absoluto.

—¡Ábrelos, ábrelos! —la instó Amanda al tiempo que se los ponía en las manos; Lisey percibió la fragancia penetrante y acre del sudor de su hermana—. Las páginas correspondientes están señaladas con lengüetas de papel, ¿lo ves?

Lengüetas de papel, la expresión que empleaba su madre para referirse a los pedacitos de papel. Lisey abrió el bianuario por la página señalada. La fotografía que los mostraba a Scott y a ella era excelente y aparecía impresa en óptima calidad. Scott se acercaba a una tarima mientras ella permanecía de pie a su espalda, aplaudiendo. A sus pies, el público también aplaudía. La imagen publicada en *Empuja-Pellejos* no era ni de lejos tan buena; los puntos de resolución eran tan grandes como marcas de lápiz romo, y en el papel se veían a las claras las astillas de madera, pero al verla le dieron ganas de llorar. En la fotografía, Scott estaba entrando en una especie de sótano penumbroso y abarrotado de gente. En su rostro se pintaba la clásica sonrisa radiante de Scott que indicaba lo a gusto que se sentía en aquel lugar. Ella caminaba uno o dos pasos por detrás de él, con la sonrisa visible en lo que sin duda debían de ser las postrimerías de un potente *flash*. Incluso alcanzó a adivinar la blusa que llevaba, aquella prenda azul de Anne Klein con la original raya vertical roja en el costado izquierdo. La prenda inferior quedaba oculta entre las sombras, y Lisey no recordaba aquella velada en absoluto, pero sabía que se trataba de vaqueros. Cuando salía de noche siempre se ponía vaqueros desteñidos. El pie de foto rezaba así:

«La leyenda viva Scott Landon (acompañado por una chica) visitó el mes pasado el Club Stalag 17 de la Universidad de Vermont. Landon se quedó hasta última hora, leyendo, bailando, divirtiéndose. El tío se lo monta de miedo».

Sí, señor, el tío se lo montaba de miedo, de eso podía dar fe Lisey.

Echó un vistazo a todas las demás publicaciones periódicas, de repente abrumada por los tesoros que podía llegar a descubrir en ellas, y comprendió que Amanda había conseguido hacerle daño a fin de cuentas, le había infligido una herida que tal vez sangrara durante mucho tiempo. ¿Era Scott el único que había conocido los lugares oscuros? ¿Los lugares oscuros y sucios donde uno se encontraba tan solo, envuelto en un silencio aterrador? Tal vez Lisey no los conociera todos, pero sabía lo suficiente. Desde luego, sabía que Scott era un hombre atormentado, que nunca se miraba en el espejo (en ninguna superficie reflectante, si podía evitarlo) en cuanto se ponía el sol. Y ella lo había amado a pesar de todo, porque el tío había sabido montárselo de miedo.

Pero ya no, ya no se lo montaba de miedo. El tío ya no se lo montaba de ninguna manera, como solía decirse, y a su vez, la vida de Lisey había entrado en una nueva fase, una fase solitaria, y ya era demasiado tarde para dar marcha atrás.

Aquella expresión le produjo un estremecimiento y la hizo pensar en ciertas

cosas

(la cortina violeta, la cosa con el costado moteado).

en las que más valía no pensar, de modo que las desterró de su mente.

—Me alegro de que hayas encontrado estas fotos —aseguró a Amanda con calidez—. Eres una buena hermana mayor, ¿lo sabías?

Y tal como Lisey deseaba (aunque no osaba esperarlo), sus palabras cortaron en seco la actitud altiva y a un tiempo nerviosa de Amanda. Lanzó una mirada dubitativa a Lisey, al parecer buscando indicios de insinceridad que no encontró. Poco a poco se relajó hasta quedar reducida a una Amanda más soportable y fácil de manejar. Recuperó el cuaderno de manos de su hermana y se lo quedó mirando con el ceño fruncido, como si no supiera a ciencia cierta de dónde había salido. Considerando la naturaleza obsesiva de los números, Lisey se dijo que tal vez aquel era un gran paso en la dirección correcta.

De repente, Manda asintió como si acabara de recordar algo que de entrada no debería habersele olvidado.

—En las que no están marcadas con un círculo, al menos ponen tu nombre: Lisa Landon, una persona de carne y hueso. Por último, pero no por ello menos importante, verás que he encuadrado algunos números. ¡Corresponden a las fotografías en las que sales sola! —exclamó con una mirada impresionante, casi formidable—. Sin duda querrás verlas.

—Por supuesto.

Lisey intentó conferir a su respuesta el entusiasmo debido, aunque en realidad no se le ocurría ninguna razón por la que pudiera interesarle lo más mínimo mirar fotos de ella sola procedentes de esa época demasiado breve en la que había tenido un hombre..., un buen hombre, un no-Incunk que se lo montaba de miedo, con quien pasar los días y las noches. Alzó la vista hacia las desordenadas montañas y colinas de publicaciones periódicas de todos los tamaños y formas, imaginando lo que significaría revisarlas pila a pila, una por una, sentada con las piernas cruzadas en el suelo del rincón de los recuerdos (dónde si no), desenterrando aquellas imágenes de ella y de Scott. Y en las que tanto enfurecían a Amanda, donde siempre se vería caminando detrás de Scott, alzando la mirada para verlo. Si los demás aplaudían, ella también aplaudiría. En su rostro se pintaría una expresión reservada, casi inescrutable, que tan solo revelaría una atención cortés. Su rostro decía «No me aburre». Su rostro decía «No me exalta». Su rostro decía «No me autoinmolo por él, ni él por mí» (mentira, mentira, mentira). Su rostro decía «Todo sigue igual».

Amanda detestaba aquellas fotografías. Al verlas veía a su hermana empequeñecida, achantada. Veía a su hermana identificada en ocasiones como señora Landon, a veces como señora de Scott Landon, y a veces..., y eso era lo

más duro, no identificada en absoluto, denigrada al calificativo de «una chica». A los ojos de Amanda debía de ser una especie de asesinato.

—¿Mandy?

Amanda se volvió hacia ella. La luz era despiadada, y Lisey recordó con un sobresalto brutal que Manda cumpliría los sesenta aquel otoño. ¡Sesenta! En aquel momento, Lisey se sorprendió pensando en lo que había atormentado a su esposo durante innumerables noches de insomnio, algo que los Woodbody de este mundo jamás llegarían a saber a poco que ella pudiera evitarlo. Algo tremendamente turbio, algo que veían con gran claridad los pacientes de cáncer al mirar los frascos de analgésicos vacíos, y era que no habría más hasta el día siguiente.

Está muy cerca, cariño. No alcanzo a verlo, pero lo oigo comer.

Cállate, Scott, no sé de qué me hablas.

—¿Lisey? —preguntó Amanda—. ¿Decías algo?

—Solo mascullaba entre dientes —replicó Lisey, intentando esbozar una sonrisa.

—¿Hablabas con Scott?

Lisey dejó de intentar sonreír.

—Supongo que sí. Aún lo hago a veces. Qué locura, ¿eh?

—A mí no me lo parece, si a ti te funciona. Lo que me parece una locura es lo que no funciona. Y créeme que sé lo que me digo; tengo cierta experiencia, ¿a que sí?

—Manda...

Pero Manda le había dado la espalda para mirar los montones de diarios, anuarios y revistas estudiantiles. Al cabo de unos instantes se volvió de nuevo hacia Lisey con una sonrisa incierta.

—¿Lo he hecho bien, Lisey? Solo quería echar una mano...

Lisey le cogió una mano y se la oprimió con suavidad.

—Lo has hecho estupendamente. ¿Qué tal si nos vamos? Echemos a suertes quién se ducha primero.

4

Estaba perdido en la oscuridad, y tú me encontraste. Tenía calor..., mucho calor..., y tú me diste hielo.

La voz de Scott.

Lisey abrió los ojos, convencida de que se había quedado dormida mientras realizaba alguna tarea cotidiana y de que había tenido un sueño breve pero increíblemente detallado en el que Scott había muerto y ella estaba absorta en la

misión hercúlea de vaciar su estudio. Al abrir los ojos comprendió de inmediato que, en efecto, Scott había muerto. Estaba acostada en su propia cama, en la que se había tumbado tras llevar a Manda a casa, y aquel era su sueño.

Le embargó la sensación de flotar en luz de luna. De algún lugar le llegaba la fragancia de flores exóticas. Una suave brisa estival le apartaba el cabello de las sienes, la clase de brisa que sopla después de medianoche en algunos lugares secretos, muy lejos de casa. Pero estaba en su casa, tenía que estar en su casa, porque ante ella se alzaba el granero que albergaba el estudio de Scott, objeto de tanto interés Incunk. Y ahora, gracias a Amanda, sabía que contenía todas aquellas fotografías de ella y de su difunto marido. Todos aquellos tesoros enterrados, aquel botín emocional.

Quizá sería mejor no mirar esas fotos, le susurró el viento al oído.

De eso no le cabía la menor duda. Pero las miraría. No podría evitarlo ahora que sabía de su existencia.

Le deleitó comprobar que estaba flotando sobre una pieza de tela inmensa y dorada por la luna en la que se veían impresas una y otra vez las palabras LA MEJOR HARINA DE PILLSBURY. Las esquinas aparecían anudadas como pañuelos. Le encantaba la cualidad estrafalaria de aquella tela; era como flotar sobre una nube.

Scott. Intentó pronunciar su nombre en voz alta, pero no lo consiguió; el sueño no se lo permitía. Advirtió que el sendero que conducía hasta el granero había desaparecido, al igual que el jardín que mediaba entre él y la casa. En su lugar se extendía un inmenso prado de flores moradas que soñaban a la luz atormentada de la luna. *Scott, yo te amaba, yo te salvé, yo*

5

Y entonces despertó y se oyó a sí misma en la oscuridad, repitiendo una y otra vez aquellas palabras como un mantra.

—Yo te amaba, yo te salvé, yo te di hielo. Yo te amaba, yo te salvé, yo te di hielo.

Permaneció tumbada largo rato, recordando un caluroso día de agosto en Nashville, pensando, y no por primera vez, que estar sola después de haber estado en pareja era raro de narices. Habría dicho que dos años bastarían para disipar esa sensación de extrañeza, pero no era así. Por lo visto, el tiempo no hacía más que deformar el filo del dolor hasta que en lugar de cortar desgarraba. Porque todo había dejado de ser igual, tanto fuera como dentro. Tendida en la cama que antes

había albergado a dos personas, Lisey pensó que el momento más solitario era aquel en que despertabas y descubrías que seguías teniendo la casa entera para ti sola. Que tú y los ratones erais los únicos seres que seguíais respirando en ella.

II

Lisey y el loco (Las tinieblas lo adoran)

1

A la mañana siguiente, Lisey estaba sentada con las piernas cruzadas en el suelo del rincón de los recuerdos de Scott y paseaba la mirada por los montones y las pilas de revistas, publicaciones de antiguos alumnos, boletines del departamento de literatura inglesa y «diarios» universitarios alineados a lo largo de la pared sur del estudio. Se le había ocurrido que tal vez mirarlos bastara para aligerar la insidiosa presión que todas aquellas fotografías aún invisibles ejercían en su imaginación. Pero ahora que estaba allí comprendía que se trataba de una esperanza vana. Y no necesitaría el flácido cuadernillo de Manda con todos aquellos numeritos. El cuadernillo yacía olvidado en el suelo junto a ella, y Lisey se lo guardó en el bolsillo trasero de los vaqueros. No le gustaba el aspecto de aquella amada creación de una mente no del todo cuerda.

Una vez más midió la larga hilera de libros y revistas apoyados contra la pared sur, una polvorienta serpiente de metro veinte de altura y al menos diez metros de longitud. De no ser por Amanda, con toda probabilidad habría guardado hasta el último volumen en cajas de cartón para no volver a mirarlos jamás ni preguntarse por qué Scott había conservado tantos.

Mi mente no funciona así, se dijo. Lo cierto es que no suelo devanarme los sesos.

Es posible, pero siempre has tenido memoria de elefante.

Era la voz de Scott en sus momentos más burlones, encantadores e

irresistibles pero, a decir verdad, a Lisey siempre se le había dado mejor olvidar. Como a Scott, y ambos tenían sus razones. Pese a ello, como para darle la razón a su marido, Lisey rememoró un retazo fantasmal de conversación. Uno de los interlocutores, Scott, le resultaba familiar. La otra voz poseía cierto deje sureño. Tal vez incluso un deje sureño pretencioso.

—*Tony lo escribirá para el [anuario barra revista barra bla bla bla]. ¿Quiere que le envíe un ejemplar, señor Landon?*

—*Mmm... Sí, claro, cómo no.*

Murmullo de voces a su alrededor. Scott apenas oyó lo de que Tony lo escribiría, pero poseía una especie de don de político para aparentar prestar atención a quienes se le acercaban cuando estaba en público. De hecho, estaba escuchando las voces de la multitud creciente y pensando en el momento de conexión, ese instante tan placentero cuando la electricidad fluía de él a ellos para regresar de nuevo a él con potencia duplicada o incluso triplicada. Adoraba aquella corriente, pero Lisey estaba convencida de que lo que más le había gustado siempre era ese instante de conexión. Pese a ello, se molestó en contestar a su interlocutor.

—*Puede enviar fotos, artículos o reseñas del diario universitario, informes del departamento..., lo que quiera. Se lo agradeceré. Me gusta verlo todo. La dirección es El Estudio, RFD n.º 2, Sugar Top Hill Road, Castle Rock, Maine. Lisey se sabe el código postal; a mí siempre se me olvida.*

Ni una sola palabra más sobre ella, tan solo *Lisey se sabe el código postal*. Manda se habría tirado de los pelos. Pero Lisey siempre ansiaba quedar relegada al olvido en aquellos viajes, quería estar y no estar allí al mismo tiempo. Le gustaba observar.

«¿Como los tipos de las pelis porno?», le había preguntado en cierta ocasión Scott, y ella le había dedicado aquella sonrisa quebradiza que indicaba que Scott se estaba acercando demasiado al precipicio. «Si tú lo dices, querido», había replicado.

Scott siempre la presentaba cuando llegaban y volvía a presentarla aquí y allá a otras personas si era necesario, lo cual era infrecuente. Fuera de sus ámbitos de especialización, los académicos adolecían de una extraña falta de curiosidad. Casi todos se limitaban a babear por el hecho de tener al autor de *La hija del cabotaje* (Premio Nacional de Literatura) y *Reliquias* (Pulitzer) entre ellos. Asimismo, hubo un período de unos diez años en los que, por alguna razón, Scott había alcanzado la verdadera grandeza..., a los ojos de los demás y en ocasiones también de los suyos (no así a los de Lisey, que era quien le llevaba un rollo de papel higiénico cuando se le acababa en plena faena). No es que la gente se abalanzara sobre el escenario cuando él estaba ahí, micrófono en mano, pero incluso Lisey percibía la

conexión que establecía con su público. Aquellos voltios, aquella potencia intensa que poca relación guardaba con su labor como escritor. O tal vez ninguna. Más bien tenía que ver con la esencia de Scott. Parecía una locura, pero era cierto. Y a decir verdad, aquella circunstancia no lo cambiaba, no lo perjudicaba, al menos hasta que...

Sus ojos dejaron de moverse y se fijaron en el lomo de un libro de tapa dura y en las palabras doradas estampadas en él: *Anuario de la U-Tenn de Nashville 1988*.

1988, el año de la novela rockabilly. La novela que nunca llegó a escribir.

1988, el año del loco.

—*Tony lo escribirá.*

—No —dijo Lisey—. No fue así. No dijo Tony, dijo...

—*Toneh*

Exacto, dijo Toneh.

—... lo escribirá para el *Anuario de la U-Tenn 1988* —prosiguió Lisey en voz alta—. Dijo...

—*Si quiere se lo podría enviar por correo exprés.*

Pero apostarí a lo que fuera a que ese Tennessee Williams de pacotilla había dicho «correo esssprés». Con ese deje de pollo frito sureño. ¿Dashmore? ¿Dashman? El tipo había corrido, desde luego, había corrido como un puto velocista estrella, pero no se llamaba así^[1]. Se llamaba...

—¡Dashmiel! —murmuró Lisey en la casa vacía al tiempo que cerraba con fuerza los puños.

Se quedó mirando el lomo con las palabras estampadas en oro como si esperara que pudiera desaparecer si le quitaba los ojos de encima.

—El nombre de ese mequetrefe sureño era Dashmiel, y ¡CORRIÓ COMO UN CONEJO!

Sin duda Scott habría declinado el ofrecimiento de recibir el material por mensajería, pues consideraba que aquellas cosas eran un despilfarro. Nunca le corría prisa recibir correspondencia, sino que se limitaba a sacarla de la corriente cuando llegaba río abajo. Cuando se trataba de reseñas de sus novelas se mostraba mucho menos parsimonioso y mucho más impaciente, pero en cuanto a los artículos que se publicaban tras sus apariciones en público, el correo ordinario le parecía más que suficiente. Puesto que El Estudio tenía una dirección postal propia, Lisey comprendió que habría sido muy difícil estar al corriente de la correspondencia que recibía. Y una vez allí..., bueno, aquellas estancias bien iluminadas y ventiladas eran el patio creativo de Scott, no el suyo, un club de un solo socio y casi siempre inofensivo donde escribía sus historias y escuchaba su música al volumen que le venía en gana en la sala insonorizada que había

bautizado con el nombre de Mi Celda Acolchada. Nunca había colgado un letrero de NO PASAR en la puerta; Lisey había ido allí centenares de veces en vida de Scott, y este siempre se alegraba de verla, pero era Amanda quien había descubierto lo que encerraban las entrañas de la serpiente de papel que dormitaba contra la pared sur. La Amanda ofensiva y suspicaz, la Amanda obsesivo-compulsiva que, por alguna razón, se había convencido de que su casa ardería hasta los cimientos si no cargaba el fogón de la cocina con tres troncos de arce cada vez, ni uno más, ni uno menos. Amanda, que tenía el hábito inalterable de girar tres veces sobre sí misma ante la puerta principal si tenía que volver a entrar en la casa para coger algo que se le había olvidado. Al ver esas cosas (o escucharla contar las cepilladas cuando se lavaba los dientes) resultaba fácil tacharla de solterona algo chalada, candidata ideal para una vida llena de Prozac. Pero sin Manda, Lisey no habría sabido que existían cientos de fotografías de su difunto marido ahí mismo, listas para que las mirara. Centenares de recuerdos esperando a ser desenterrados. Y casi todos ellos a buen seguro más agradables que el recuerdo de Dashmiel, ese cobarde pollo frito sureño de mierda...

—Basta —se conminó—. Déjalo ya. Lisa Debusher Landon, abre la mano y déjalo.

Pero por lo visto no estaba preparada para hacerlo, porque se levantó, atravesó la estancia y se arrodilló ante los libros. Su mano derecha flotó por sí sola como el truco de un mago y asió el volumen titulado *Anuario de la U-Tenn de Nashville 1988*. El corazón le latía con violencia, pero no de emoción, sino de miedo. Su cabeza ya podía intentar convencer a su corazón de que todo aquello había sucedido dieciocho años atrás, pero en cuestiones emocionales el corazón poseía un vocabulario propio. El loco tenía el cabello tan rubio que casi parecía blanco. Era un loco de posgrado que parloteaba en algo que no era exactamente un galimatías. Un día después del disparo, cuando Scott había pasado del estado crítico a una situación estable, Lisey le preguntó si el estudiante loco tenía puestas las pilas, y Scott susurró que no sabía si un loco podía tener puesto nada. Ponerse las pilas era un acto heroico, un acto de voluntad, y los locos tenían más bien poca voluntad..., ¿o acaso ella no pensaba lo mismo?

—No lo sé, Scott, pensaré en ello.

Sin intención de hacerlo. Deseosa de no volver a pensar en ello jamás, si podía evitarlo. Por lo que a ella respectaba, el puñetero chalado de la pistola podía pasar a ser otra de las muchas cosas que había logrado olvidar desde que conocía a Scott.

—Hace mucho calor, ¿verdad?

Tendido en la cama. Todavía pálido, demasiado pálido, pero empezando a recobrar un poco de color. Expresión neutra, nada especial, de quien se limita a

charlar de nimiedades. Y Lisey Ahora, Lisey Sola, la viuda Lisey, se estremeció.

—Scott no lo recordaba —musitó.

Estaba casi segura de que así era. No recordaba nada del rato que había pasado tendido en el suelo, cuando los dos estaban convencidos de que ya no volvería a levantarse, de que agonizaba y de que lo que sucediera entre ellos en aquel instante sería lo último para ellos, que tantas cosas habían llegado a decirse. El neurólogo al que por fin se animó a consultar le explicó que olvidar el momento de un suceso traumático era moneda corriente, que las personas que se recuperaban de tales episodios a menudo descubrían que había un tramo quemado en la película de sus recuerdos. Dicho tramo podía ser de cinco minutos, cinco horas o cinco días. En algunos casos resurgían imágenes y fragmentos inconexos años o incluso décadas más tarde. El neurólogo lo calificó de mecanismo de defensa.

A Lisey le pareció lógico.

Salió del hospital para regresar al motel donde se alojaba. La habitación era mediocre; situada en la parte posterior del edificio, con una valla de madera como única vista y el ladrido de un centenar de perros como única compañía sonora. Sin embargo, no estaba en situación de preocuparse por semejantes insignificancias. Desde luego, no quería saber nada del campus en el que habían disparado contra su esposo, y tras quitarse los zapatos y tenderse sobre el duro colchón de matrimonio, pensó: *Las tinieblas lo adoran*.

¿Era eso cierto?

¿Cómo iba a saberlo si ni tan siquiera sabía lo que significaba?

Sí lo sabes. El premio de papá era un beso.

Lisey giró la cabeza sobre la almohada con la misma brusquedad que si la hubieran abofeteado. ¡*Cállate!*

Ninguna respuesta..., ninguna respuesta, y por fin, insidioso: *Las tinieblas lo adoran. Baila con ellas como un amante, y la luna se eleva sobre la colina violeta, y lo que antes era dulce ahora huele a agrio. Huele a veneno.*

Giró la cabeza en dirección opuesta. Y fuera de la habitación del motel, los perros, todos y cada uno de los putos perros de Nashville, a juzgar por el estruendo, siguieron ladrando mientras el sol se ponía por entre la neblina anaranjada de agosto para dar paso a la noche. Cuando era niña, su madre le aseguraba que no debía tener miedo de la oscuridad, y ella le creía. De hecho, le encantaba la oscuridad, incluso cuando los truenos y los relámpagos la quebraban. Mientras su hermana Manda, bastantes años mayor que ella, se escondía bajo las sábanas, la pequeña Lisey se sentaba en la cama, se chupaba el pulgar y exigía que alguien viniera con una linterna a leerle un cuento. En cierta ocasión se lo había contado a Scott.

—Entonces, sé mi luz. Sé tú mi luz, Lisey —le había pedido él al tiempo que le cogía las manos.

Y ella lo había intentado, pero...

—Estaba en un lugar oscuro —murmuró Lisey, sentada en el estudio vacío de Scott, con el *Anuario de la U-Tenn de Nashville 1988* entre las manos—. ¿Dijiste eso, Scott? Lo dijiste, ¿verdad?

—*Estaba en un lugar oscuro, y tú me encontraste. Tú me salvaste.*

Tal vez fuera cierto en Nashville. Pero no al final.

—*Siempre me salvabas, Lisey. ¿Recuerdas la primera noche que pasé en tu piso?*

Sentada con el libro sobre el regazo, Lisey sonrió. Por supuesto que lo recordaba. El recuerdo más vívido era el de una cantidad excesiva de licor de menta que le había provocado acidez de estómago. Y Scott había tenido problemas para obtener, y más tarde mantener, una erección, aunque al final todo salió bien. En aquel momento, Lisey supuso que se debía al alcohol. Scott no le confió hasta mucho más tarde que nunca había podido hasta conocerla a ella. Lisey había sido la primera, la única, y todas las historias que le había contado a ella y a otras personas acerca de sus locuras sexuales de adolescencia, tanto homosexuales como heterosexuales, eran mentira. ¿Y Lisey? Lisey había visto en él un proyecto sin terminar, algo que hacer antes de dormirse. Pasar la parte más ruidosa del ciclo del lavavajillas; poner en remojo la cacerola Pyrex; chupársela al conocido escritor hasta que se le ponga razonablemente dura.

—*Cuando acabamos y te dormiste, yo permanecí despierto, escuchando el tictac del reloj sobre tu mesilla de noche y el viento, y comprendí que había llegado a casa, que estar en la cama contigo era mi hogar, y que algo que había llegado a acercarse mucho en la oscuridad había desaparecido. Había sido desterrado. Sabría volver, de eso no me cabía la menor duda, pero no podía quedarse, y yo realmente podía dormirme. El corazón casi me estalló de gratitud. Creo que es la primera vez que experimentaba auténtica gratitud. Tendido junto a ti, las lágrimas me resbalaban por los lados del rostro y caían sobre la almohada. Te amaba entonces, te amo ahora y te he amado cada segundo transcurrido entre ambos puntos. Me da igual si me entiendes o no. Entender es un concepto más que sobrevalorado, pero en cambio la seguridad es un bien muy escaso. Nunca he olvidado lo seguro que me sentí al saber aquella cosa lejos de mi oscuridad.*

—El premio de papá era un beso.

Esta vez lo dijo en voz alta, y aunque en el estudio hacía calor, se estremeció de pies a cabeza. Seguía sin saber qué significaba, pero estaba bastante segura de que recordaba el momento en que Scott le había dicho que el premio de papá era un beso, que ella había sido la primera y que la seguridad era un bien escaso. Fue

justo antes de casarse. Al final, la cosa había regresado en busca de Scott, la cosa que a veces vislumbraba en espejos y vasos de vidrio, la cosa del costado moteado. El chaval larguirucho.

Lisey paseó una mirada rápida y tenebrosa por el estudio y se preguntó si la cosa la estaría observando en aquel instante.

2

Abrió el *Anuario de la U-Tenn Nashville 1988*. El chasquido que emitió el lomo al abrirse fue tan ruidoso que Lisey profirió un grito y dejó caer el libro.

Luego emitió una risita (algo temblorosa, eso sí).

—Serás tonta, Lisey —se regañó.

La segunda vez que abrió el libro cayó de entre sus páginas un recorte de periódico doblado, amarillento y quebradizo. Al desdoblarlo se halló ante una fotografía de baja resolución con pie incluido en la que se veía a un joven de unos veintidós o veintitrés años, pero que parecía mucho más joven a causa de su expresión de aturdimiento estupefacto. En la mano derecha sostenía una pala de mango corto y cuchara de plata en la que se veían grabadas unas palabras ilegibles en la imagen. Sin embargo, Lisey recordaba lo que decían PRIMERA PIEDRA, BIBLIOTECA SHIPMAN.

El joven estaba..., bueno..., algo así como observando la pala, y Lisey supo, no solo por la expresión de su rostro, sino por la postura incierta de su cuerpo desgarrado, que el muchacho no tenía idea de lo que estaba mirando. Bien podría haber sido un casquillo de bala, un bonsái, un detector de radiaciones o un cerdito de porcelana con una ranura en el lomo para guardar las monedas. Podría haber sido un catalejo para buscar la Isla del Tesoro, un filacterio para dar fe de la esencia sagrada del amor o un sombrero de piel de coyote. O podría haber sido el pene del poeta Píndaro. El tipo estaba demasiado ido para saberlo. Y Lisey habría apostado lo que fuera a que tampoco era consciente de que un hombre, asimismo congelado para siempre en el enjambre de puntos de resolución y ataviado con lo que parecía un disfraz de policía de carretera, le aferraba la mano izquierda. El hombre no llevaba arma, pero sí un cinturón Sam Browne cruzado sobre el pecho y lo que Scott, con los ojos muy abiertos y una enorme carcajada, habría denominado «una placa de tres pares de narices y cojones». También lucía una sonrisa de tres pares de narices y cojones en el rostro, la clase de sonrisa de inmenso alivio que parecía decir: «Hijo mío, te aseguro que nunca más tendrás que pagarte una cerveza mientras yo ande cerca y tenga al menos un pavo en el

bolsillo». En segundo plano atisbó a Dashmiel, el cabroncete sureño que había salido huyendo. Roger C. Dashmiel. C de cerdo.

¿Había ella, la pequeña Lisey Landon, visto al encantado guardia de seguridad del campus estrechar la mano del joven aturdido? No, pero..., vaya...

Vaaaaaaya, muchachos..., ojo al dato..., ¿quieres un equivalente gráfico real de visiones de cuento tales como la de Alicia cayendo por la madriguera del conejo blanco y la de un sapo con chistera conduciendo un coche? Pues mira esto, justo en la esquina derecha de la foto.

Lisey se inclinó hasta casi tocar con la nariz la fotografía amarillenta del *American* de Nashville. En el ancho cajón central del escritorio principal de Scott había una lupa. Lisey la había visto en múltiples ocasiones, colocada entre el paquete más viejo del mundo de cigarrillos Herbert Tareyton sin abrir y el álbum más viejo del mundo de cupones de S&H Green sin canjear. Podría haberla cogido, pero no se molestó. No necesitaba aumento alguno para confirmar lo que veía, a saber, medio mocasín marrón. Medio mocasín de cordobán, para ser exactos, con un poquito de tacón. Recordaba aquellos mocasines a la perfección, lo cómodos que eran. Y desde luego, aquel día los había llevado, ¿verdad? No había visto al guardia de seguridad contento ni al joven aturdido (Tony, estaba segura, *Toneh lo escribirá*), ni tampoco había reparado en Dashmiel, el cabroncete sureño, cuando todo se fue a la mierda. Todos ellos habían dejado de importarle, todos y cada uno de ellos. Por entonces un solo pensamiento ocupaba su mente, y ese pensamiento era Scott. Se encontraba a apenas tres metros de distancia, pero Lisey sabía que si no llegaba hasta él de inmediato, el gentío que lo rodeaba le impediría alcanzarlo..., y si no lograba alcanzarlo, la gente podía acabar con él. Matarlo con su amor peligroso, con su preocupación voraz. Y qué puñetas, cabía la posibilidad de que estuviera a punto de morir de todos modos. En tal caso, Lisey tenía intención de estar junto a él cuando se fuera. Cuando pasara a mejor vida, como habrían dicho los integrantes de la generación de sus padres.

—Estaba segura de que moriría —aseguró Lisey a la estancia silenciosa y soleada, al bulto polvoriento y serpenteante que formaban los libros.

De modo que corrió hacia su esposo tendido en el suelo, y el fotógrafo del periódico, en un principio solo presente para sacar la instantánea obligada de las personalidades universitarias en compañía del famoso escritor, todos ellos reunidos para echar el primer puñado simbólico de tierra con la pala de plata, la primera Palada Ritual en el lugar donde algún día se alzaría la nueva biblioteca, acabó sacando una fotografía mucho más dinámica, ¿verdad? Era una imagen de portada, tal vez incluso una foto de premio, la clase de instantánea que te deja paralizado con la cuchara llena de cereales a medio camino de la boca, chorreando

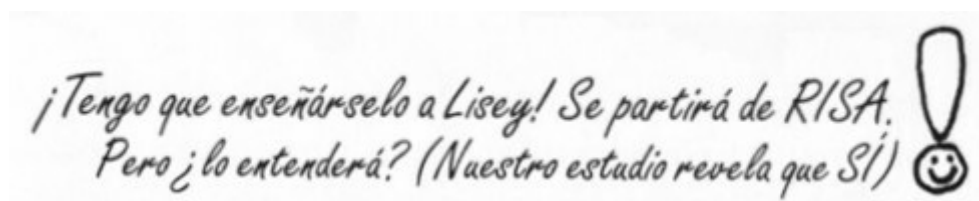
leche sobre los anuncios clasificados, como la fotografía de Oswald oprimiéndose el vientre con las manos, la boca abierta en un último grito agónico, la clase de imagen congelada que jamás olvidas. Solo Lisey sabría que la esposa del susodicho escritor también aparecía en la fotografía, aunque solo fuera en forma de tacón de mocasín.

El pie de foto rezaba así:

El capitán **S. Heffernan**, del cuerpo de seguridad del campus de la Universidad de Tennessee, felicita a **Tony Eddington**, que salvó la vida del famoso escritor **Scott Landon** segundos antes de que se tomara esta fotografía. «Es todo un héroe», afirmó el **capitán Heffernan**. «Nadie más estaba lo bastante cerca para intervenir». (Más información en pp. 4 y 9.)

En el margen izquierdo del recorte se veía un mensaje escrito a mano en una caligrafía que no reconoció. En el margen derecho había dos renglones escritos en la generosa letra de Scott, el primero algo más grande que el segundo..., y una flechita... ¡que señalaba el pie! Junto con la historia de su mujer, que podría titularse *Lisey y el loco*, un relato trepidante de aventuras reales, Scott lo había entendido todo. ¿Y estaba furioso? No. Porque sabía que su mujer tampoco lo estaría. Sabía que lo encontraría gracioso, y era gracioso, hilarante, de hecho, así que ¿por qué estaba al borde del llanto? Nunca se había sentido tan sorprendida, traicionada ni abrumada por sus emociones como en aquellos últimos días.

Lisey dejó caer el recorte sobre el libro, temerosa de que un repentino torrente de lágrimas lo disolviera como la saliva disuelve el algodón de azúcar. Se cubrió los ojos con las palmas de las manos ahuecadas y esperó. Cuando se cercioró de que las lágrimas no brotarían, cogió de nuevo el recorte y leyó lo que Scott había escrito:



*¡Tengo que enseñárselo a Lisey! Se partirá de RISA.
Pero ¿lo entenderá? (Nuestro estudio revela que SÍ)*

The image shows a handwritten note on a piece of paper. The text is written in a cursive, handwritten style. At the end of the second line, there is a simple drawing of a smiley face with a large exclamation mark above it, which is part of the handwritten message.

Scott había convertido el punto del enorme signo de exclamación en una cara sonriente al estilo de los años setenta, como si deseara a su mujer que pasara un buen día. Y Lisey lo entendió, en efecto. Con dieciocho años de retraso, eso sí, pero ¿y qué? La memoria era relativa.

«Muy zen, pequeño saltamontes», habría comentado Scott.

—Zen una porra. ¿Qué habrá sido de Tony? Eso es lo que me gustaría saber. El salvador del famoso escritor Scott Landon.

Se echó a reír, y las lágrimas que aún se acumulaban en sus ojos le rodaron por las mejillas.

Giró la fotografía en sentido contrario a las agujas del reloj para leer la anotación más larga:

18 de agosto de 1988

Querido Scott (si me lo permite): He creído que le gustaría tener esta fotografía de Anthony («Tony»). Eddington III, el joven estudiante de posgrado que le salvó la vida. Por descontado, la Universidad de Tennessee le rendirá homenaje; hemos considerado que tal vez usted quisiera seguir en contacto con él. Su dirección es el 748 de Coldview Avenue, Nashville North Nashville, Tennessee, 37235. El señor Eddington, «pobre pero orgulloso», procede de una excelente familia sureña de Tennessee y es un magnífico poeta. Por supuesto, querrá usted darle las gracias (y quizá recompensarlo) a su manera.

Sin otro particular, quedo a su disposición y le hago llegar un cordial saludo. Atentamente,

Roger C. Dashmiel, profesor asociado del departamento de literatura inglesa de la Universidad de Tennessee, Nashville.

Lisey releyó la nota una, dos veces («a la tercera va la vencida», habría canturreado Scott en aquel momento), sin dejar de sonreír, aunque su sonrisa había adquirido un matiz agrio a caballo entre el asombro y la comprensión absoluta. Con toda probabilidad, Roger Dashmiel era tan ajeno a lo que había ocurrido en realidad como el guardia de seguridad. Lo cual significaba que tan solo dos personas en el mundo entero conocían la verdad acerca de aquella tarde, a saber Lisey Landon y Tony Eddington, el tipo que «lo escribiría para el anuario». Cabía incluso la posibilidad de que el propio Toneh no supiera qué había sucedido tras la primera palada ritual. Quizá el miedo le hubiera borrado ese pedazo de memoria. Hablando en plata: era posible que estuviera convencido de que había salvado la vida a Scott Landon.

No, no lo creía. Lo que creía era que aquel recorte de periódico y la nota servil constituían la mezquina venganza de Dashmiel contra Scott por...

¿Por qué?

¿Por mostrarse cortés?

¿Por mirar al genio de la literatura Dashmiel y no verlo?

¿Por ser un cabrón rico y creativo que ganaba quince mil dólares por pronunciar algunas palabras inspiradas y echar una única palada de tierra? ¿Tierra ya suelta, por añadidura?

Por todas esas cosas. Y más. Lisey creía que, a buen seguro, Dashmiel consideraba que sus situaciones se habrían invertido en un mundo más sincero y justo; que él, Roger Dashmiel, habría sido el centro del interés intelectual y objeto de la adulación de los estudiantes, mientras que Scott Landon, por no hablar de su mujercita insignificante y anodina, habrían estado trabajando en los viñedos universitarios, siempre en busca de favores, siempre atentos a los tejemanejes del departamento, siempre ansiosos por entrar en el siguiente tramo salarial.

—Fuera lo que fuese, Scott le caía mal, y esta fue su venganza —comentó en tono asombrado a las estancias vacías y soleadas que coronaban el alargado granero—. Este... recorte envenenado.

Consideró la idea durante unos instantes y de repente se echó a reír a carcajadas, golpeándose el esternón con las palmas de las manos.

Cuando se recobró un poco, hojeó el anuario hasta dar con el artículo que buscaba: **EL NOVELISTA MÁS FAMOSO DE AMÉRICA INAUGURA EL SUEÑO LARGO TIEMPO ANHELADO DE LA NUEVA BIBLIOTECA**. El artículo era obra de **Anthony Eddington**, en ocasiones conocido por el nombre de Toneh. Y al leerlo por encima, Lisey descubrió que, a fin de cuentas, era capaz de enfadarse. Incluso de enfurecerse. Porque el texto no hacía referencia alguna al desenlace de aquella ceremonia ni a la presunta heroicidad del autor del artículo. La única insinuación de que algo había salido escandalosamente mal aquel día se encontraba en las últimas palabras: «El discurso que el señor Landon tenía previsto pronunciar aquella tarde tras la ceremonia inaugural, así como la lectura en la sala de actos, fueron suspendidos a causa de acontecimientos imprevistos, pero esperamos volver a tener pronto entre nosotros a este gigante de la literatura americana. ¡Quizá para el corte oficial de la cinta cuando la Biblioteca Shipman abra sus puertas en 1991!».

Recordarse que aquello era el anuario de una universidad, por el amor de Dios, una publicación de tapa dura elegante y cara que, con toda probabilidad, se enviaba a numerosos antiguos alumnos, contribuyó en cierta medida a apaciguar su enojo; ¿de verdad creía que el *Anuario de la U-Tenn* permitiría que sus colaboradores recrearan los sangrientos sucesos de aquel día? ¿Cuántas donaciones de antiguos alumnos representaría eso? Recordarse a sí misma que a Scott también le habría parecido gracioso le resultó de ayuda..., aunque no

demasiado. A fin de cuentas, Scott no estaba allí para rodearle los hombros con el brazo, besarla en la mejilla, distraerla pellizcándole con suavidad un pezón y decirle que todo tenía su estación... La estación de la siembra, la estación de la cosecha..., la estación de ponerse las pilas y la de quitárselas, sí, señor.

Scott se había ido, maldita sea. Y...

—Y sangró por vosotros —murmuró en un tono resentido que recordaba sobrecogedoramente al de Manda—. Estuvo a punto de morir por vosotros. Es un milagro que no muriera.

Y entonces Scott le habló de nuevo, como solía hacer. Lisey sabía que no era más que el ventrílocuo que habitaba su fuero interno e imitaba la voz de su esposo... ¿Quién amaba más esa voz o la recordaba mejor que ella? Pero no era esa la sensación que le producía; le parecía que era el mismísimo Scott quien le hablaba.

Tú eras mi milagro, le dijo Scott. *Tú eras mi milagro de ojos azules. No solo ese día, sino siempre. Tú eras quien mantenía alejadas las tinieblas, Lisey. Tú brillabas.*

—Supongo que a veces lo pensabas —musitó, distraída.

Qué calor hacía, ¿verdad?

Sí, hacía mucho calor. Pero no solo calor, sino...

—Humedad —dijo en voz alta—. Bochorno. Y yo tuve un mal presentimiento desde el principio.

Sentada ante la serpiente de libros, con el *Anuario de la UTenn de Nashville 1988* abierto sobre el regazo, Lisey tuvo una visión fugaz pero clarísima de la abuela D dando de comer a las gallinas muchos años antes, en la casa.

—Empecé a encontrarme fatal en el baño. Porque rompí...

3

No deja de pensar en el vaso, el maldito vaso roto. Es decir, cuando logra dejar de pensar en las ganas que tiene de protegerse del calor abrasador.

Lisey está detrás y un poco a la derecha de Scott, con las manos recatadamente entrelazadas ante el cuerpo, observándolo apoyar un pie en el suelo y el otro sobre la ridícula pala medio enterrada en la tierra suelta que sin duda han traído especialmente para la ocasión. Hace un calor espantoso, enloquecedoramente húmedo, enloquecedoramente bochornoso, y la considerable multitud que se ha congregado en el lugar no hace más que empeorar las cosas. A diferencia de las personalidades, los curiosos no visten sus mejores galas, y aunque los vaqueros y los pantalones cortos no consiguen que se sientan del todo

a gusto en esa tarde cargada de humedad, Lisey los envidia mientras se asa en el calor abrasador de la tarde de Tennessee. El mero hecho de permanecer inmóvil, ataviada con su mejor indumentaria para días calurosos, le resulta estresante, porque teme que en cualquier momento aparezcan manchas de sudor en la chaqueta de hilo marrón claro que se ha puesto sobre el top de rayón azul. Lleva un sujetador genial para ese clima, pero aun así se le clava en la cara inferior de las tetas de un modo infernal. Una auténtica maravilla, babyluv.

Por su parte, Scott sigue apoyado sobre un pie mientras su cabello, demasiado largo en la nuca (necesita un corte con urgencia; Lisey sabe que al mirarse en el espejo, él ve a una estrella del rock, pero en cambio ella ve a una especie de indigente salido de una canción de Woody Guthrie), ondea con las ocasionales ráfagas de brisa ardiente. Aguanta el tipo como un campeón mientras el fotógrafo da vueltas a su alrededor. Como un auténtico campeón. A su izquierda se encuentra un tipo llamado Tony Eddington, quien se encargará de reseñar el feliz acontecimiento para alguna publicación universitaria, y a su derecha el anfitrión suplente, un profesorzuelo del departamento de literatura inglesa llamado Roger Dashmiel, uno de esos hombres que parecen mayores de lo que son, no solo porque han perdido mucho cabello y ganado mucha panza de forma prematura, sino sobre todo porque se empeñan en rodearse de una aureola tan sofocante de solemnidad que incluso sus bromas suenan como la lectura de las cláusulas de una póliza de seguros.

En este caso, el asunto se agrava porque a Roger Dashmiel no le cae bien su marido. Lisey lo ha intuido desde el principio (tarea fácil, porque Scott cae bien a casi todos los hombres), y esa circunstancia le ha proporcionado un objetivo en el que concentrar su inquietud. Porque lo cierto es que se siente inquieta..., profundamente inquieta. Ha intentado convencerse de que tan solo se debe a la humedad y a los nubarrones que se acumulan al oeste, presagiando tormentas eléctricas o incluso tornados; un fenómeno barométrico, en suma, ni más ni menos. Pero el barómetro no estaba por los suelos en Maine cuando se levantó a las siete menos cuarto de la mañana; a aquella hora ya hacía un precioso día de verano, con un sol reciente y límpido que se reflejaba en trillones de gotas de rocío en el campo que se extendía entre la casa y el granero que albergaba el estudio de Scott. No se veía una sola nube en el cielo; era lo que su padre, el viejo *Dandy* Dave Debusher, habría llamado «un día de huevos... con beicon». Sin embargo, en cuanto sus pies rozaron el suelo de roble en su lado de la cama, y en cuanto pensó en el inminente viaje a Nashville (partir rumbo al aeródromo de Portland a las ocho para tomar el vuelo de Delta a las nueve cuarenta), el corazón le dio un vuelco de terror, y su estómago vacío, por lo general tranquilo, se contrajo a causa de una inquietud en apariencia carente de motivo. Procesó

aquellas sensaciones con sorprendido malestar, ya que por regla general le encantaba viajar, sobre todo con Scott, ambos sentados en agradable compañía, cada uno con su libro abierto sobre el regazo. A veces, Scott le leía un pasaje del suyo, y a veces ella hacía lo mismo. En ocasiones, Lisey percibía algo y al alzar la cabeza encontraba la mirada solemne de Scott clavada en ella, como si todavía constituyera un misterio para él. Sí, y a veces había turbulencias, y eso también le gustaba, porque le recordaba las atracciones de la feria de Topsham cuando ella y sus hermanas eran niñas. A Scott tampoco le molestaban las turbulencias. Recordaba un descenso especialmente movidito hacia el aeropuerto de Denver en un pequeño avión de hélices de Aerolíneas Cadáver que daba tumbos por el cielo, con fuertes vientos, nubarrones de tormenta, y a Scott dando saltitos en su asiento como un niño pequeño con ganas de hacer pipí, con una sonrisa enloquecida pintada en el rostro. No, las atracciones que asustaban a Scott eran las suaves pendientes por las que descendía en sus noches de insomnio. A veces hablaba (con lucidez, sonriendo incluso) de cosas que podías ver en la pantalla de un televisor apagado. O en un vaso de chupito si lo ladeabas en un ángulo determinado. Lisey se asustaba al oírlo hablar de aquella forma, porque era una locura y porque creía saber a qué se refería y no quería saberlo.

Por tanto, no eran las bajas presiones lo que la inquietaba, al menos no entonces, ni tampoco la perspectiva de subir a otro avión. Y entonces, en el baño, al alargar la mano para pulsar el interruptor de la luz situado sobre el lavabo, algo que había hecho sin contratiempo alguno los ocho años que llevaban viviendo en la casa de Sugar Top Hill, es decir, unos tres mil días, más de los que habían pasado de viaje, golpeó el vaso de los cepillos de dientes con el dorso de la mano y lo derribó al suelo, donde se hizo añicos, unos tres mil puñeteros añicos.

—¡Maldita sea la madre que me...! —gritó con los labios contraídos en una mueca feroz, asustada y molesta al verse en aquel estado.

No creía en las señales, ella no, cómo iba Lisey Landon, esposa del escritor, a creer en ellas, o la pequeña Lisey Debusher de Sabbatus Road, en Lisbon Falls. Las señales eran para los irlandeses.

Scott, que acababa de regresar al dormitorio con dos tazas de café y un plato de tostadas con mantequilla, se detuvo en seco.

—¿Qué has roto, babyluv?

—Nada salido del culo del perro —espetó Lisey con fiereza.

Sus propias palabras la dejaron atónita. Aquella era una de las expresiones predilectas de la abuela Debusher, y la abuela Debusher sí había creído en las señales, pero aquella vieja irlandesa había estirado la pata cuando Lisey tenía cuatro años. ¿Cómo era posible que la recordara? Pero así era, por lo visto, porque mientras permanecía allí de pie, inmóvil, contemplando los fragmentos de vidrio,

su mente formuló el presagio con la voz ronca por el tabaco de la abuela Debusher..., y vuelve a formularla ahora, mientras observa a su marido aguantar el tipo como un campeón, ataviado con su americana de verano más ligera (que pese a ello bien pronto quedará empapada de sudor bajo los brazos).

—Cristal roto por la mañana, corazones rotos por la noche.

Eso afirmaba la sabiduría de la abuela Debusher, una sabiduría grabada en la memoria de al menos una niña pequeña antes de que la anciana se desplomara muerta en el gallinero con el delantal lleno de pienso y un paquete de tabaco de mascar atado bajo la manga.

En definitiva...

No es por el calor, por el viaje ni por Dashmiel, que ha acabado actuando de anfitrión solo porque el director del departamento de literatura inglesa, con quien Scott se ha estado carteando, está ingresado en el hospital después de que ayer le extirparan de urgencia la vesícula biliar. Es por el... puto vaso de los cepillos de dientes roto, en combinación con las palabras de una abuela irlandesa muerta largo tiempo atrás. Y lo curioso del caso, como Scott señalará más tarde, es que eso basta para llevarla hasta el límite, lo justo para ponerla en semialerta.

«A veces —le dirá Scott poco después, tendido en una cama de hospital (ah, pero bien podría estar muerto sobre una camilla del instituto anatómico, terminadas para siempre sus noches insomnes y obsesivas hasta la eternidad), con su nueva voz quebrada y sibilante—, a veces lo justo es suficiente. Como el dicho».

Y ella sabrá exactamente a qué se refiere.

4

Roger Dashmiel tiene más de un quebradero de cabeza hoy, Lisey lo sabe bien. No por eso le cae mejor, pero lo sabe. Si en algún momento existió un guión para la ceremonia, el profesor Hegstrom (el del ataque de vesícula) debía de estar demasiado aturdido por las postrimerías de la anestesia para contarle a Dashmiel o a otro en qué consiste o dónde está. En consecuencia, Dashmiel cuenta con poco más que la hora y un elenco de personajes cuyo protagonista es un escritor que le cayó mal desde el primer momento. Cuando el reducido grupo de personalidades salió de Inman Hall, hogar temporal del personal de biblioteconomía, para efectuar el breve pero abrasador trayecto que los separaba del futuro emplazamiento de la Biblioteca Shipman, Dashmiel comentó a Scott que se verían obligados a improvisar. Scott se encogió de hombros con actitud afable y asintió; no le importaba en absoluto, ya que para Scott Landon la improvisación era un

modus vivendi.

—Yo lo presentaré —anunció el hombre al que en los años venideros Lisey recordaría como el pollo frito sureño de mierda mientras caminaban hacia el solar ardiente sobre el que se alzaría la nueva biblioteca (biblioteca se pronuncia baibliotec en dashmielés).

El fotógrafo encargado de inmortalizar el acontecimiento revoloteaba incansable de un lado a otro, haciendo foto tras foto, atareado como un castor. Ante ellos, Lisey divisó un rectángulo de tierra marrón de unos tres metros por dos, según calculó, acarreada hasta el lugar por la mañana, a juzgar por su aspecto ya algo desvaído. A nadie se le había ocurrido instalar una carpa, por lo que la superficie de la tierra fresca ya mostraba un brillo grisáceo.

—Alguien tiene que hacerlo —replicó Scott.

Dashmiel frunció el ceño como si un moscardón insignificante se hubiera estrellado contra su frente y lanzó un suspiro antes de continuar.

—A la presentación seguirán los aplausos...

—Como la noche sigue al día —murmuró Scott.

—... y entonces usted dirá unas palabras —terminó Dashmiel con su peculiar entonación.

Más allá del solar medio derretido por el calor que aguardaba la construcción de la biblioteca, un aparcamiento recién pavimentado relucía al sol, con el asfalto liso y rectas líneas amarillas. Lisey divisó olas de agua inexistente en su extremo más alejado.

—Será un placer —dijo Scott.

La inalterable afabilidad de sus respuestas pareció preocupar a Dashmiel en lugar de tranquilizarlo.

—Espero que no quiera hablar demasiado durante la ceremonia —le advirtió con bastante severidad mientras se acercaban a la zona acordonada.

La zona en sí aparecía despejada, pero la multitud que se había reunido era tan numerosa que casi llegaba hasta el aparcamiento. Otra muchedumbre aún más nutrida había seguido a Dashmiel y los Landon desde Inman Hall. Muy pronto, ambos grupos se fundirían en uno solo, y Lisey, a quien por lo general las multitudes no la molestaban más que las turbulencias a siete mil metros de altitud, experimentó una profunda inquietud. Se le ocurrió que tanta gente junta en un día tan caluroso absorbería todo el oxígeno del aire. Una idea absurda, por supuesto, pero...

—Qué calor hace, incluso para Nashville en agosto, ¿verdad, Toneh?

Tony Eddington asintió como un buen chico pero guardó silencio. De momento, solo había abierto la boca para identificar al incansable fotógrafo como Stefan Queensland, de la Universidad de Tennessee en Nashville, promoción del

85, actualmente empleado en el *American* de Nashville.

—Espero que le echen una mano si pueden —había dicho Tonny Eddington en voz baja a Scott al echar a andar hacia el solar.

Eddington llevaba un pequeño cuaderno de espiral en el que hasta entonces no había escrito absolutamente nada, al menos que Lisey pudiera apreciar.

—Cuando termine de hablar —prosiguió Dashmiel—, habrá más aplausos. Y entonces, señor Landon...

—Llámeme Scott.

En el rostro de Dashmiel apareció una sonrisa torva que se esfumó al instante.

—Y entonces, Scott, va usted y coge esa primera e importantísima palada de tierra.

A Lisey le llevó unos instantes dilucidar aquellas palabras pronunciadas con un espesísimo deje de Luisiana tan solo creíble a medias.

—Estupendo —aseguró Scott.

Y no tuvo ocasión de añadir nada más, pues habían llegado al lugar de la ceremonia.

5

Tal vez es un vestigio del vaso roto, aquella sensación de presagio, pero en cualquier caso el rectángulo de tierra fresca recuerda a Lisey una tumba tamaño XL, como si fuera para un gigante. Las dos multitudes se agolpan en torno a ella en círculo, fundiéndose en una sola y creando en el centro ese espacio vacío, desprovisto de oxígeno. Hay un guardia de seguridad del campus apostado en cada esquina de la barrera de cinta ornamental de terciopelo, bajo la que Dashmiel, Scott y Toneh Eddington se agachan para pasar. Queensland, el fotógrafo, sigue bailando sin cesar con la enorme Nikon ante el rostro. *Weegee el fotógrafo sensacionalista*, piensa Lisey, y cae en la cuenta de que lo envidia. Es tan libre en su danza bajo el sol abrasador; tiene veinticinco años y está en plena forma. Dashmiel, sin embargo, lo observa con una impaciencia creciente que Stefan Queensland finge no ver hasta que consigue la instantánea que buscaba. Lisey cree que es una imagen de Scott solo, el pie apoyado sobre la ridícula pala plateada, el cabello ondeando al viento. Sea como fuere, el muchacho acaba por bajar la voluminosa cámara y retrocede hasta la curva más alejada del círculo de mirones. Y es entonces, mientras lo sigue con una mirada algo melancólica, cuando Lisey ve por primera vez al loco. Su rostro muestra la expresión, según escribirá más tarde un periodista local, «de John Lennon en los últimos días de

sus escarceos con la heroína..., ojos hundidos y vigilantes en un extraño e inquietante contraste con su rostro marcado por cierta melancolía aniñada».

En aquel momento, aparte de reparar en la melena rubia y alborotada, Lisey no se fija en el joven. No está de humor para mostrarse observadora; tan solo quiere que esto acabe de una vez para poder buscar un lavabo en la Facultad de Filología Inglesa, al otro lado del aparcamiento, y sacarse las bragas rebeldes de la raja del culo. Además tiene ganas de orinar, pero ahora mismo esa es una necesidad bastante secundaria.

—Señoras y señores —empieza Dashmiel con voz potente—, es para mí un honor presentarles al señor Scott Landon, autor de la obra *Reliquias*, ganadora del Pulitzer, y de *La hija del sabotaje*, ganadora del Premio Nacional de Literatura. Ha venido hasta aquí desde Maine con su encantadora esposa Lisa para inaugurar la construcción, sí, por fin, de nuestra Biblioteca Shipman. ¡Con todos ustedes, Scott Landon! ¡Démosle un auténtico aplauso de Nashville!

La multitud aplaude de inmediato y con entusiasmo. También la encantadora esposa se une al homenaje, batiendo palmas con ademán automático mientras mira a Dashmiel y piensa: *Ganó el Premio Nacional de Literatura por La hija del cabotaje, no del sabotaje. Y tengo la sensación de que la has cagado adrede. ¿Por qué no te cae bien, hombrecillo mezquino?*

En ese momento mira por encima del hombro de Dashmiel y ahora sí se fija en Gerd Allen Cole. Está ahí de pie, con la fabulosa melena rubia caída sobre las cejas, las mangas de la camisa blanca varias tallas demasiado grandes subidas hasta los bíceps insignificantes. Los faldones de la camisa le cuelgan casi hasta las rodillas desvaídas de los vaqueros. Calza botas de trabajo con hebillas laterales que a Lisey se le antojan del todo inadecuadas para ese calor abrasador. En lugar de aplaudir, el Rubio tiene las manos entrelazadas con gesto algo mojigato ante el cuerpo, en su rostro se pinta una sonrisa espeluznante de tan beatífica, y sus labios se mueven como si rezara..., pero mira a Scott de hito en hito. Lisey etiqueta al Rubio de inmediato. Considera a esa clase de tipos, siempre hombres, «fans del espacio exterior». Los fans del espacio exterior siempre tienen mucho que decir; siempre quieren asir a Scott del brazo y asegurarle que comprenden los mensajes ocultos en sus libros. Los fans del espacio exterior saben que los libros son en realidad guías secretas sobre Dios, Satanás o tal vez los Evangelios Gnósticos. Puede que les vaya la cienciología o la numerología. O les urja hablar de las Mentiras Cósmicas de Brigham Young. En ocasiones quieren hablar de otros mundos, mundos secretos. Hace dos años, un fan del espacio exterior viajó a dedo desde Texas hasta Maine para hablar con Scott sobre «vestigios». Según él, se hallaban sobre todo en islas deshabitadas del hemisferio sur, y sabía a ciencia cierta qué era eso de lo que hablaba Scott en su novela *Reliquias*. Insistió en

indicarle a Scott las palabras subrayadas que lo demostraban. Ese tipo puso a Lisey un poco nerviosa, porque producía cierta sensación de ausencia, pero Scott charló un rato con él, lo invitó a una cerveza, comentó el tema de los monolitos de la isla de Pascua, se quedó con los panfletos que le dio, le firmó un ejemplar de bolsillo de *Reliquias* y lo despachó más contento que unas castañuelas. A veces, cuando está inspirado, Scott es increíble, no existe otra palabra para definirlo.

En este momento, a Lisey no se le ocurre pensar en un suceso violento, y menos aún en que el Rubio esté a punto de ponerse en plan Mark David Chapman con su esposo. «Mi mente no funciona así —habría dicho en caso de que le hubieran preguntado al respecto—. Lo que pasa es que no me gustó cómo movía los labios».

Scott agradece los aplausos (y algún que otro grito rebelde) con la sonrisa marca Scott Landon que aparece en millones de solapas de libros y sin dejar de mantener el equilibrio con un pie mientras el otro se apoya sobre la ridícula pala, que se hunde lentamente en la tierra transportada hasta el lugar para la ocasión. Deja que los aplausos se prolonguen durante diez o quince segundos, siguiendo el consejo de su intuición, que rara vez se equivoca, y luego alza la mano en petición de silencio. Y funciona. A la primera. Patapam. Mola un montón, aunque de un modo algo sobrecogedor.

Cuando empieza a hablar, su voz no parece en modo alguno tan potente como la de Dashmiel, pero Lisey sabe que aun sin micrófono ni megáfono (cuya ausencia esta tarde se debe probablemente al despiste de alguien), lo oirán incluso los espectadores más alejados. Y estos le ayudan guardando el más completo silencio para no perderse ninguna de sus palabras mágicas. Un Hombre Famoso ha venido a ellos, un Pensador, un Escritor a punto de compartir un poco de su sabiduría.

Todos sudan como cerdos. Cerdos sudorosos. Pero ¿acaso su padre no le decía siempre que los cerdos no sudan?

Ante ella, el Rubio se aparta la melena alborotada de la frente blanca y fina. Sus manos son tan blancas como su frente, y Lisey piensa: *Este cerdito pasa mucho tiempo en casa. Un cerdito doméstico, ¿por qué no? A juzgar por su aspecto, tiene un montón de ideas siderales en las que pensar.*

Cambia el peso del cuerpo al otro pie, y la seda de sus bragas casi chirría atrapada allá, en la raja del culo. ¡Qué pesadez! Por un instante olvida al Rubio y se pregunta si quizá no podría..., mientras Scott habla..., con mucho disimulo, claro está...

En aquel momento oye a su madre. Tres palabras pronunciadas con expresión adusta que no admiten discusión: «No, Lisey, espera».

—No pienso echaros un sermón —asegura Scott.

Lisey reconoce el acento gárrulo de Gully Foyle, el protagonista de su novela favorita, *Las estrellas mi destino*, de Alfred Bester.

—Hace demasiado calor para sermones.

—¡Ilumínanos, Scotty! —grita alguien con entusiasmo desde la quinta o sexta fila, cerca del aparcamiento.

La multitud ríe y vitorea.

—No puedo, hermano —responde Scott—. Los transportadores están estropeados, y nos hemos quedado sin cristales de litio.

La muchedumbre, para la que tanto la agudeza como su réplica constituyen una novedad (Lisey las ha oído ambas al menos cincuenta veces, quizá incluso cien), ruge aprobadora y vuelve a aplaudir. Desde su puesto, el Rubio sonríe sin segregar una sola gota de sudor mientras se agarra la delicada muñeca izquierda con la mano derecha de largos dedos. Por fin, Scott retira el pie de la pala, pero no como si se le hubiera acabado la paciencia, sino como si, por un instante, hubiera encontrado otra utilidad para la herramienta. Y por lo visto así es. Lisey lo observa con cierta fascinación, porque ahí está Scott en plena forma, el del espectáculo puro y duro.

—Estamos en 1988 y el mundo se ha sumido en las tinieblas —dice.

Desliza el metro escaso del mango de madera de la pala entre los dedos ahuecados hasta que estos descansan cerca del extremo. El sol arranca un destello al metal, que por un instante deslumbra a Lisey antes de desaparecer casi por completo tras la manga de la ligera americana de Scott. Una vez oculta la pala, utiliza el mango como puntero para enumerar problemas y tragedias.

—En marzo, Oliver North y el vicealmirante John Pindexter son acusados de conspiración... Es el maravilloso mundo del caso Irán-Contra, en el que las armas gobiernan la política y el dinero gobierna el mundo. En Gibraltar, integrantes de las fuerzas aéreas británicas matan a tres miembros desarmados del IRA. Quizá deberían cambiar el lema de la SAS para que en lugar de «Los osados vencen» sea «Dispara primero, pregunta después».

Una carcajada recorre el público. Roger Dashmiel parece acalorado y molesto por esta lección inesperada de historia reciente, pero Tony Eddington ha empezado por fin a tomar notas.

—Pero no hace falta ir tan lejos. En julio, los americanos la cagamos y derribamos un avión iraní con doscientos noventa civiles a bordo, sesenta y seis de los cuales son niños. La epidemia del sida mata a miles de personas y afecta a... Bueno, la verdad es que no lo sabemos con exactitud. ¿A cientos de miles? ¿A millones? El mundo se sume en las tinieblas; la marea de sangre del señor Yeats se ha convertido en inundación. Asciende. Asciende.

Baja la mirada hacia la tierra ya grisácea, y de repente Lisey se aterra ante la

posibilidad de que esté viendo a su monstruo particular, esa cosa enorme y de pelaje moteado, de que esté a punto de estallar, tal vez incluso de sufrir ese colapso nervioso que Lisey sabe que teme (de hecho, ella lo teme tanto como él). Pero entonces, sin que su corazón tenga apenas ocasión de acelerarse, Scott levanta la cabeza, sonríe como un niño en el parque de atracciones, lanza la pala al aire y la coge al vuelo por el centro del mango. Es un gesto espectacular, de macarra de bar, y los espectadores de las primeras filas profieren exclamaciones de asombro. Pero Scott no ha terminado. Sosteniendo la pala ante sí, hace girar el mango con destreza entre los dedos, cada vez más deprisa, hasta alcanzar una velocidad vertiginosa. Es un movimiento de majorette, tan deslumbrante a causa de los destellos que el sol arranca a la pala como inesperado. Lisey lleva casada con él desde 1979, casi nueve años, y no tenía ni idea de que semejante guapada formara parte de su repertorio. ¿Cuántos años hacen falta, se preguntará dos noches más tarde, tendida a solas en la cama del motel cutre, escuchando a los perros ladrar a la luna anaranjada de Nashville, para que el estúpido peso del tiempo acabe con la emoción del matrimonio? ¿Cuánta suerte hay que tener para que el amor gane la partida al tiempo? El derviche plateado en que se ha convertido la pala es como un toque de diana que recorre la superficie aturdida y sudorosa de la multitud reunida allí. De repente, el marido de Lisey se ha convertido en Scott el Buhonero Sonriente, y ella nunca había experimentado semejante alivio al ver aquella sonrisa fantasma en su rostro. Primero los ha decepcionado con su retahíla de desgracias y ahora se dispone a venderles el dudoso buen humor con que espera enviarlos de vuelta a casa. Y Lisey cree que comprarán a pesar del calor tórrido de esta tarde de agosto. Cuando está así, Scott es capaz de vender neveras a los esquimales, como suele decirse... y Dios bendiga ese inagotable lago lingüístico al que todos acudimos a beber, como sin duda añadiría (y ha añadido más de una vez). Scott.

—Pero si cada libro es como una lucecita que mitiga esas tinieblas, y así lo creo, así lo creo, me lo tengo que creer porque a fin de cuentas escribo esas cosas, joder..., pues entonces cada biblioteca es una gran hoguera a la que diez mil personas acuden para entrar en calor cada día y cada noche. Nada de Fahrenheit cuatrocientos cincuenta y uno, amigos. Más bien Fahrenheit cuatro mil, porque no estamos hablando de hornos de cocina, sino de enormes calderas de la mente, inmensos hornos de fundición intelectual. Esta tarde celebramos el inicio de una de esas hogueras, y es para mí un honor formar parte de ella. Estamos aquí para escupir al olvido en el ojo y darle una patada en los cojones a la ignorancia. ¡Eh, fotógrafo!

Stefan Queensland da un respingo, pero sonríe.

También sonriente, Scott continúa:

—Y ahora coge una de estas. Puede que los mandamases no quieran usarla. Pero te apuesto a que querrás que forme parte de tu portafolio.

Scott sostiene la herramienta en alto como si se dispusiera a hacerla girar de nuevo, y la multitud profiere una leve exclamación esperanzada, pero les está tomando el pelo. De repente desliza la mano izquierda hasta la empuñadura y coloca la derecha a unos treinta centímetros de distancia. Luego se agacha y clava la pala en la tierra, sumergiéndola en ella su brillo ardiente. Al poco la saca, arroja la tierra recogida a un lado y grita:

—¡Declaro la construcción de la Biblioteca Shipman INAUGURADA!

Los aplausos que siguen a estas palabras hacen que los anteriores parezcan las palmadas cortesanas que se oyen en un partido de tenis de escuela pija. Lisey no sabe si el señor Queensland ha captado la primera palada ceremonial, pero cuando Scott alza la ridícula pala al cielo cual héroe olímpico, el fotógrafo captura la imagen sin duda alguna, riendo mientras toma la fotografía. Scott permanece un instante en esta pose (por casualidad, Lisey mira a Dashmiel y lo sorprende dirigiendo una mirada exasperada al señor Eddington..., Toneh), luego baja la pala para sostenerla atravesada entre los brazos y sonrío, las mejillas y la frente perladas de sudor. Los aplausos empiezan a remitir; el público cree que ha terminado. Lisey está convencida de que apenas si ha metido la segunda.

Cuando se hace el silencio suficiente para que puedan oírlo de nuevo, Scott se inclina para coger otra palada de tierra.

—¡Esta es para Búfalo Bill Yeats, el ganso loco! —Otra palada—. ¡Esta para Poe, también conocido como Eddie de Baltimore! —Otra palada—. ¡Esta para Alfie Bester, y si no habéis leído nada de él, debería daros vergüenza!

Parece estar quedándose sin resuello, y, aunque todavía divertida, Lisey empieza a alarmarse. Hace tanto calor. Intentar recordar qué ha almorzado Scott, si algo ligero o algo pesado.

—Y esta...

Sepulta por última vez la pala en lo que se ha convertido en un respetable hoyo, mientras Queensland documenta cada palada sin perder comba, y la retira, sosteniéndola en alto. Tiene la pechera de la camisa oscurecida por el sudor.

—Bueno, ¿por qué no pensáis en la persona que escribió vuestro primer libro favorito? ¿Ese que se os metió en las venas y os transportó al éxtasis? ¿Sabéis a qué me refiero?

Lo saben; se adivina en cada rostro encarado con el de Scott.

—Ese que en un mundo ideal sería el primero que sacaríais de la Biblioteca Shipman cuando por fin abra sus puertas. Vale, pues esta va por él, ella o ellos.

Echa la tierra a un lado, agita la pala por última vez y se vuelve hacia Dashmiel..., que tendría que estar encantado con la labia de Scott —a fin de

cuentas pidió improvisación, y Scott se la ha dado, sí, señor—, pero que parece más cabreado que otra cosa.

—Creo que hemos terminado —anuncia Scott al tiempo que alarga la pala a Dashmiel.

—No, quédesela —dice Dashmiel—, como recuerdo y muestra de nuestro agradecimiento. Además del talón, claro. —La sonrisa, es decir, el rictus, aparece y desaparece en una suerte de calambre doloroso—. ¿Vamos a que nos dé el aire acondicionado?

—Por supuesto —murmura Scott, algo pensativo, antes de pasarle la pala a Lisey, al igual que le ha pasado tantos otros objetos, por lo general indeseados, a lo largo de los últimos doce años de su celebridad, desde remos decorativos hasta gorras de los Red Sox de Boston encerradas en cubos transparentes, pasando por máscaras de tragedia y comedia..., pero casi siempre juegos de lápiz y bolígrafo. Tantos y tantos juegos de lápiz y bolígrafo. Waterman, Scripto, Schaeffer, Montblanc, de todo.

Lisey contempla la reluciente hoja plateada de la pala, tan perpleja como su amado (sigue siendo su amado). Distingue algunas manchas en las letras grabadas, PRIMERA PIEDRA, BIBLIOTECA SHIPMAN, y Lisey sopla para eliminarlas. A continuación vuelve a contemplar el dudoso premio que le ha tocado. ¿Dónde acabará? En el verano de 1988, el estudio sigue en obras, aunque la dirección ya es válida, y Scott ya ha empezado a almacenar cosas en los compartimientos de la planta baja del granero. En muchas de las cajas de cartón ha garabateado ¡SCOTT! ¡LOS PRIMEROS AÑOS! en grandes letras de rotulador negro. A buen seguro, la pala acabará entre aquellos trastos, desperdiciando su brillo en la penumbra. Puede que ella misma lo guarde allí y le ponga una etiqueta que diga ¡SCOTT! ¡LOS AÑOS DEL MEDIO! en broma... o como premio. La clase de obsequio absurdo e inesperado que Scott denomina...

Pero Dashmiel se ha puesto en movimiento. Sin decir nada más, como si estuviera harto de todo el asunto y resuelto a concluirlo lo antes posible, echa a andar por el rectángulo de tierra fresca, sorteando el hoyo que la última palada de Scott casi ha conseguido ascender a la categoría de zanja. Los talones de los relucientes zapatos negros de Dashmiel, modelo «soy un profesor adjunto en ascenso y no se os ocurra olvidarlo», se hunden en la tierra a cada paso. Dashmiel tiene que esforzarse por mantener el equilibrio, y Lisey supone que eso no hace más que empeorar su humor. Tony Eddington lo alcanza para caminar a su lado con aire pensativo. Scott vacila un instante, como si no supiera a ciencia cierta qué ocurre, y por fin empieza a andar, situándose entre su anfitrión y su biógrafo por un día. Lisey los sigue, como suele hacer. Scott ha logrado encandilarla lo suficiente para hacerla olvidar aquella sensación de presagio

(cristal roto por la mañana).

durante un rato, pero ahora resurge

(corazones rotos por la noche).

con fuerza renovada. Supone que por eso se le antojan tan grandes todos estos detalles. Está convencida de que el mundo recobrará cierta normalidad en cuanto alcance el aire acondicionado. Y en cuanto se haya sacado las malditas bragas de la raja del culo.

Casi ha terminado, se recuerda, y, curiosidades de la vida, en ese preciso instante el día empieza a irse al garete.

Un guardia de seguridad de la universidad, mayor que los demás destinados a la ceremonia (dieciocho años más tarde lo identificará como el capitán S. Heffernan en la fotografía de Queensland), sostiene en alto la cinta en el extremo más alejado del rectángulo ceremonial de tierra. Lo único que advierte es que lleva lo que su marido habría denominado una placa de tres pares de narices y cojones sobre la camisa caqui. Scott y sus acompañantes se agachan para pasar bajo la cinta en un movimiento tan sincronizado que casi parece coreografiado.

La multitud avanza hacia el aparcamiento en pos de las personalidades..., con una excepción. El Rubio no está avanzando hacia el aparcamiento. El Rubio sigue inmóvil en el costado del rectángulo de tierra más próximo al aparcamiento. Algunas personas chocan contra él y lo obligan a retroceder hacia la tierra abrasada donde se alzaría la Biblioteca Shipman en 1991 (si es que puede uno fiarse de los constructores, claro está). Acto seguido echa a andar contra corriente, separando las manos para apartar de su izquierda a una chica y de su derecha a un hombre. Sigue moviendo los labios. En el primer momento, Lisey vuelve a pensar que está rezando, pero de repente oye una suerte de galimatías quebrado (la clase de galimatías que escribiría un mal imitador de James Joyce), y por primera vez se alarma en serio. Los extraños ojos azules del Rubio siguen fijos en su marido, en él y en nada más, pero Lisey comprende que el tipo no tiene intención alguna de hablar de vestigios ni de los subtextos religiosos ocultos en las novelas de Scott. Ese tipo no es un fan del espacio exterior cualquiera.

—Las campanas de la iglesia resonaban por toda Angel Street —dice el Rubio.

Dice Gerd Allen Cole, quien, como se sabrá más tarde, pasó el decimoséptimo año de su vida ingresado en un carísimo centro psiquiátrico de Virginia, del que fue dado de alta sin reservas. Lisey alcanza a oír cada una de sus palabras, que cortan el murmullo de las conversaciones de los presentes como un cuchillo corta una tarta dulce y ligera.

—Ese sonido infernal, como lluvia sobre un tejado de hojalata. Flores sucias, sucias y dulces, ¡las campanas de la iglesia resuenan en mi sótano que no veas!

Una mano que parece consistir tan solo en un conjunto de dedos largos y pálidos se desliza bajo el faldón de la camisa blanca, y Lisey entiende perfectamente lo que ocurre. Le asalta la mente como vertiginosas imágenes televisivas

(George Wallace Arthur Bremmer).

de su infancia. Desvía la mirada hacia Scott, pero Scott está hablando con Dashmiel. Por su parte, Dashmiel mira a Stefan Queensland con una expresión disgustada que parece decir «¡Para! ¡Basta! ¡De fotos! ¡Por hoy! ¡Gracias!». A su vez, Queensland ha bajado la mirada hacia su cámara para efectuar algún ajuste, y Anthony Toneh Eddington está anotando algo en su cuaderno. Lisey ve al guardia de seguridad entrado en años, el del uniforme caqui con la placa de tres pares de narices y cojones sobre la camisa; el hombre escudriña la multitud, pero la parte equivocada de la multitud, maldita sea. Es imposible que Lisey vea a toda esa gente y también al Rubio, pero los ve, los ve, incluso distingue los labios de Scott formar las palabras «gracias, ha ido bastante bien», la frase forzada que pronuncia a menudo tras ceremonias como esta, y... oh Dios, oh Jesús, María y Pepe el Carpintero, intenta gritar el nombre de Scott, pero un nudo en la garganta se lo impide, el gástrico se le convierte en una cavidad reseca, desprovista de saliva, no puede decir nada, y el Rubio se sube el dobladillo de la enorme camisa blanca, debajo de la cual hay trabillas vacías y un vientre blanco y plano, y contra esa piel blanca se recorta la culata de un arma que el Rubio aferra, y Lisey lo oye decir mientras se acerca a Scott por la derecha:

—Si sella los labios de las campanas, habrá cumplido su misión. Lo siento, papá.

Lisey echa a correr, o lo intenta, pero tiene los pies pegados al suelo como una mala cosa, y ante ella, alguien se interpone en su camino, una robusta estudiante con el cabello recogido con un ancho lazo de seda blanca en el que se ve estampada la palabra NASHVILLE en azul ribeteado de rojo (en efecto, Lisey lo ve todo), y Lisey la empuja con la mano en la que sujeta la pala de plata, y la estudiante espeta un «¡Eh!» molesto, salvo que a oídos de Lisey la exclamación suena lenta y arrastrada, como grabada a 45 revoluciones y reproducida a 33 o quizá incluso a 16. El mundo entero se ha convertido en un mar de alquitrán caliente, y por un instante que se le antoja eterno la estudiante le impide ver a Scott. Lo único que ve es el hombro de Dashmiel y a Tony Eddington hojeando su maldito cuaderno.

Por fin, la estudiante despeja el campo de visión de Lisey, y cuando vuelve a ver a Dashmiel y a su marido, Lisey observa que el profesor hace un ademán brusco con la cabeza y se pone rígido. Todo sucede en un instante. Lisey ve lo mismo que Dashmiel. Ve al Rubio con el arma (que resultará ser una Ladysmith

del calibre 22 fabricada en Corea y comprada en un rastrillo del distrito sur de Nashville por treinta y siete dólares) apuntando a Scott, que por fin ha advertido el peligro y se detiene. En el tiempo alquitranado de Lisey, todo ocurre muy, muy despacio. No llega a ver la bala salir por el cañón de la 22, al menos no del todo, pero oye a Scott decir con voz suave y lenta, a lo largo de lo que parecen diez o incluso quince segundos:

—Vamos a hablar, ¿de acuerdo, hijo?

Y acto seguido ve un destello irregular de fuego amarillo y blanco surgir del cañón niquelado del arma. Oye un chasquido, un chasquido insignificante, ridículo, el sonido que provocaría alguien al reventar con la mano una bolsa de papel llena de aire. Ve a Dashmiel, ese pollo frito sureño de mierda, escabullirse hacia la izquierda. Ve a Scott dar un traspié hacia atrás al tiempo que adelanta el mentón. Se trata de una combinación estrambótica y grácil, como un paso de baile. En el costado derecho de su americana de verano se abre un orificio negro.

—Hijo, estoy seguro de que no quieres hacer esto —musita en ese tiempo extralento de Lisey.

Y aun en tiempo de Lisey, esta advierte que su voz se torna cada vez más débil hasta parecerse a la de los pilotos de pruebas en las cámaras de gran altitud. Sin embargo, Lisey cree que todavía no es consciente de que le han disparado. De hecho, está casi segura de ello. La americana se abre como una verja cuando Scott extiende la mano para ordenar al joven que se detenga, y Lisey se fija en dos cosas a un tiempo: la primera es que la camisa que lleva debajo se está tiñendo de rojo; la segunda es que por fin ha conseguido echar a correr.

—Tengo que acabar con todo este campaneó —declara Gerd Allen Cole con voz quejumbrosa y absolutamente clara—. Tengo que acabar con todo este campaneó por las fresias.

Y de repente, Lisey está convencida de que Scott es hombre muerto. Una vez cumplida su misión, el Rubio se suicidará o bien fingirá intentarlo. Pero de momento tiene que zanjar el asunto. El asunto del escritor. El Rubio desplaza ligeramente la muñeca hasta que el cañón de la Ladysmith del calibre 22 apunta el lado izquierdo del pecho de Scott; en tiempo de Lisey, el gesto es lento y fluido. Ha disparado al pulmón y ahora va a encargarse del corazón. Lisey sabe que no puede permitirlo. Si quiere que su marido tenga alguna oportunidad, no puede permitir que ese chiflado mortífero le meta más plomo en el cuerpo.

—No acabará hasta que acabe contigo —continúa Gerd Allen Cole como si pretendiera desmentir sus pensamientos—. Eres responsable de todas estas repeticiones, tío. Eres el infierno, eres un mono, ¡y ahora eres mi mono!

Este discurso es lo más cercano a la coherencia que Lisey le ha escuchado hasta ahora, y los instantes que tarda en pronunciarlo proporcionan a Lisey el

tiempo justo para agarrar con fuerza la pala de plata (el cuerpo sabe lo que tiene que hacer, y sus manos ya han tomado posiciones cerca del extremo del mango de un metro del trasto) y blandirla. Pese a ello, la competición está muy reñida. De tratarse de una carrera de caballos, sin duda el panel informativo habría instado a los espectadores a guardar los boletos hasta que se proyectara la fotografía de la llegada a meta. Pero cuando la carrera se disputa entre un hombre armado con una pistola y una mujer armada con una pala, no hace falta fotografía alguna. En la cámara lenta de Lisey, esta ve la pala de plata estrellarse contra el arma y levantarla justo cuando el segundo destello de fuego surge del cañón (esta vez solo ve parte del destello, y el cañón queda completamente oculto por la hoja de plata). Ve la pala describir una curva ascendente mientras la segunda bala se eleva inocua hacia el abrasador cielo de agosto. Ve la pistola salir despedida y tiene tiempo de pensar *Joder, sí que le has dado fuerte, compañera* antes de que el metal choque contra el rostro del Rubio. Su mano queda entre la pala y la cara (se romperá tres de esos dedos largos y esbeltos), pero aun así la hoja de plata consigue romperle la nariz, el pómulo derecho, la órbita ósea que rodea el ojo derecho muy abierto y nueve dientes. Un matón de la Mafia armado con un puño americano no lo habría hecho mejor.

Y ahora, todavía en tiempo ralentizado de Lisey, los elementos de la fotografía galardonada de Stefan Queensland empiezan a componerse.

El capitán S. Heffernan ha visto lo que ocurre apenas un segundo o dos más tarde que Lisey, pero también tiene que lidiar con el problema de los mirones, en su caso un tipo gordo y granujiento ataviado con bermudas muy holgadas y una camiseta con una foto de un sonriente Scott Landon estampada en la pechera. El capitán Heffernan aparta al tipo con uno de sus musculosos hombros.

Para entonces, el Rubio ya se está desplomando (y desapareciendo del encuadre de la futura fotografía) con una expresión aturdida en un ojo y el otro chorreando sangre. También le brota sangre a borbotones de la cavidad que quizá algún día pueda volver a servirle de boca. Heffernan se pierde por completo el momento clave.

Tal vez recordando que en teoría es el maestro de ceremonias y no un gallina integral, Roger Dashmiel se vuelve hacia Eddington, su protegido, y Landon, su engorroso invitado de honor, justo a tiempo para ocupar su lugar como rostro anonadado y algo borroso al fondo de la futura fotografía.

Por su parte, Scott Landon se aparta en estado de *shock* del encuadre de la fotografía galardonada. Camina como si nada le importara el calor en dirección al aparcamiento y Nelson Hall, sede del departamento de literatura inglesa y refugio dotado de aire acondicionado. Camina con sorprendente brío, al menos al principio, y buena parte de la multitud camina tras él, ajena en su mayoría a lo

sucedido. Lisey está sorprendida y furiosa a un tiempo. A fin de cuentas, ¿cuántos de ellos han visto al Rubio con la ridícula pistolita en la mano? ¿Cuántos de ellos han reconocido el chasquido insignificante? El orificio en la americana de Scott bien podría ser una mancha de tierra, y la sangre que le empapa la camisa aún es invisible para el mundo exterior. Scott emite un extraño silbido cada vez que inspira, pero ¿cuántos de los presentes alcanzan a oírlo? No, la miran a ella, al menos algunos, la pava chiflada que por alguna razón inefable se ha ido de la olla y le ha roto la cara a un tipo con la pala de plata. Muchos de ellos sonríen, como si creyeran que todo forma parte de un espectáculo representado en su honor, el Espectáculo Itinerante de Scott Landon. Bueno, que les den por el culo, que le den por el culo a Dashmiel, que le den por el culo a ese guardia de seguridad entrado en años y mal pagado con su placa de tres pares de narices y cojones. Lo único que le importa ahora es Scott. Arroja la pala no del todo a ciegas hacia la derecha, y Eddington, ese Boswell de alquiler, la atrapa al vuelo. O eso o la pala le da en la nariz. A continuación, aún en esa espantosa cámara lenta, Lisey corre en pos de su marido, cuyo brío se esfuma en cuanto llega al calor abrasador del aparcamiento. A espaldas de Lisey, Tony Eddington escudriña la pala como si fuera metralla, un detector de radiación o el vestigio de una raza magnífica y extinguida, y el capitán S. Heffernan se le acerca, erróneamente convencido de que Eddington es el héroe del día. Lisey no es consciente de esa parte del episodio y no sabrá nada hasta que vea la fotografía de Queensland dieciocho años más tarde; de hecho, no le importaría lo más mínimo aun en el caso de saberlo, porque toda su atención se centra en su marido, que acaba de caer de manos y rodillas en el aparcamiento. Intenta desterrar el tiempo de Lisey para así poder correr más deprisa. Y es entonces cuando Queensland saca la fotografía y capta medio mocasín en el extremo derecho de la imagen, algo en lo que no repara ahora y en lo que no reparará nunca.

6

El ganador del Pulitzer, el *enfant terrible* que publicó su primera novela a la tierna edad de veintidós años, se desploma. Scott Landon cae como un fardo, como suele decirse.

Lisey hace un esfuerzo ímprobo por desprenderse del pegamento temporal en el que parece hallarse atrapada. Debe liberarse porque si no llega hasta Scott antes de que la multitud lo rodee y le impida acercarse, con toda probabilidad lo matarán con su interés. Su amor sofocante.

—¡Estáaaaaa heriiiiido! —grita alguien.

Lisey se grita a sí misma

(*ponte las pilas PONTE LAS PILAS AHORA MISMO*).

y este resulta ser el toque definitivo. El pegamento que la atrapaba desaparece como por ensalmo. De repente, se encuentra corriendo a toda velocidad, el mundo entero es ruido y calor y sudor y cuerpos que se empujan. Bendice la veloz realidad al tiempo que utiliza la mano izquierda para agarrarse la nalga izquierda y tirar para sacarse las malditas bragas de la raja del culo, ya está, por fin, al menos una cosa en este día infernal que funciona.

Una estudiante ataviada con la típica camiseta de tirantes que se anudan sobre los hombros con grandes lazos amenaza con interponerse en su camino hacia Scott, pero Lisey se agacha y cae sobre el asfalto ardiente. No reparará en sus rodillas rasguñadas y llenas de ampollas hasta mucho más tarde, hasta que en el hospital un amable enfermero se dé cuenta y le aplique una loción, algo tan fresco y balsámico que la hará llorar de alivio. Pero eso es más tarde. Ahora mismo tiene la sensación de que solo existen ella y Scott en el margen del caluroso aparcamiento, esa espeluznante pista de baile negra y amarilla en la que, sin duda, la temperatura es de cincuenta y cinco grados, o tal vez incluso de sesenta y cinco. Su mente intenta imponerle la imagen de un huevo friéndose en la vieja sartén de hierro de mamá, pero Lisey la destierra.

Scott la está mirando.

Alza la vista y su rostro aparece cerúleo salvo por las manchas oscuras que se forman bajo sus ojos color avellana y el grueso reguero de sangre que le brota de la comisura derecha de la boca y desciende hacia su mandíbula.

—Lisey —musita con esa voz débil de cámara de gran altitud—. ¿De verdad me ha disparado ese tipo?

—No intentes hablar.

Lisey le apoya una mano en el pecho. Su camisa, oh Dios, está empapada en sangre, y bajo ella percibe el latido de su corazón, veloz y poco profundo. No es el latido de un humano, sino de un pájaro. *Pulso de paloma*, piensa, y en ese instante la chica de la camiseta de tirantes con lazos cae sobre ella. Está a punto de aterrizar sobre Scott, pero Lisey lo protege instintivamente y carga con casi todo el peso de la chica («¡Eh! ¡Mierda! ¡JODER!», exclama la joven, sobresaltada) sobre la espalda. El peso permanece apenas un segundo y desaparece. Lisey ve a la chica extender la mano para frenar la caída (*ay, divinos reflejos de la juventud*, piensa como si ella misma tuviera cien años en lugar de treinta y uno), y lo consigue, aunque profiere gritos de dolor cuando el asfalto le quema la piel.

—Lisey —susurra Scott.

Dios mío, el silbido de su respiración cada vez que inspira, como el viento al

pasar por una chimenea.

—¿Quién me ha empujado? —exige saber la chica de los lazos.

La chica está en cuclillas, el cabello que se le ha soltado de la coleta se le mete en los ojos, y llora de susto, dolor y vergüenza.

Lisey se acerca aún más a Scott. El calor que desprende la aterra y le inspira una compasión más profunda de lo que jamás habría imaginado posible. Su marido tiritase al calor. Empleando una sola mano, Lisey se quita la chaqueta con ademanes torpes.

—Sí, te ha disparado, así que no hables ni intentes...

—Tengo tanto calor —la interrumpe él, temblando con más fuerza.

¿Qué toca a continuación, las convulsiones? Los ojos avellana de Scott se clavan en los azules de Lisey. La sangre sigue brotándole de la comisura de la boca. Lisey la huele. Incluso el cuello de la camisa aparece teñido de rojo. *El remedio del té no serviría de nada en este caso*, piensa sin saber a ciencia cierta en qué está pensando. *Esta vez hay demasiada sangre. Demasiada, joder.*

—Tengo tanto calor, Lisey, dame hielo, por favor.

—Ahora te lo doy —le promete Lisey al tiempo que le coloca su chaqueta bajo la cabeza—. Ahora te lo doy, Scott.

Gracias a Dios que lleva la americana, piensa, y de repente se le ocurre una idea.

—¿Cómo te llamas? —pregunta a la chica, que sigue llorando en cuclillas, mientras la aferra por el brazo.

La muchacha la mira como si la creyera chiflada, pero responde a la pregunta.

—Lisa Lemke.

Otra Lisa, qué pequeño es el mundo, piensa Lisey, aunque no lo expresa en voz alta.

—Mi marido ha recibido un disparo, Lisa. ¿Puedes ir a...? —No recuerda el nombre del edificio, tan solo su función—. ¿Puedes ir al departamento de literatura inglesa y pedir una ambulancia? Llama al número de emergencias...

—¿Señora? ¿Señora Landon?

Es el guardia de seguridad con la placa de tres pares de narices y cojones, que se abre paso entre la multitud con la inestimable ayuda de sus voluminosos codos. Al llegar junto a ella se acucilla, y sus rodillas emiten sendos chasquidos. *Más fuertes que la pistola del Rubio*, piensa Lisey. En una mano sostiene un walkietalkie. Habla despacio y con precisión, como si se dirigiera a una niña trastornada.

—He llamado a la enfermería del campus, señora Landon, y van a enviar su ambulancia, que trasladará a su marido al Memorial de Nashville. ¿Me ha entendido?

Lisey lo ha entendido, y su gratitud (el guardia de seguridad ha actuado más allá del cumplimiento de su deber mal pagado, en opinión de Lisey) es casi tan profunda como la compasión que siente por su marido tendido sobre el asfalto ardiente y temblando como un perrito destemplado. Asiente y se enjuga la primera de las incontables lágrimas que derramará antes de llevar a Scott de regreso a Maine, esta vez no en un vuelo de Delta, sino en un avión privado con una enfermera privada y otra ambulancia y otra enfermera privada aguardándolos en la terminal de Aviación Civil del aeropuerto de Portland. Se vuelve de nuevo hacia Lisa Lemke.

—Está ardiendo... ¿Hay hielo en alguna parte, tesoro? ¿Se te ocurre algún sitio donde pueda haber hielo?

Lo dice sin demasiadas esperanzas y por tanto queda atónita al ver que Lemke asiente de inmediato.

—Hay una cafetería con una máquina de Coca-Cola justo ahí —explica al tiempo que señala Nelson Hall, que Lisey no alcanza a ver.

Lo único que ve es un denso bosque de piernas desnudas, algunas velludas, otras lampiñas, algunas bronceadas, otras quemadas por el sol. Se da cuenta de que están rodeados, de que intenta atender a su marido en un espacio equivalente a un comprimido grande de vitaminas o de analgésico, y experimenta una punzada de claustrofobia. ¿O es agorafobia? Scott sin duda lo sabe.

—Si puedes conseguirle un poco de hielo, hazlo, por favor —ruega a Lisa—. Y date prisa.

Luego se vuelve hacia el guardia de seguridad, que parece estar comprobando el pulso de Scott, una actividad del todo inútil, en opinión de Lisey, porque ahora mismo todo se reduce a si está vivo o muerto.

—¿Puede hacer que se retiren un poco? —le pide en tono casi suplicante—. Hace mucho calor, y...

Antes de que pueda terminar, el guardia de seguridad se incorpora como impulsado por un resorte.

—¡Retrocedan! —vocifera—. ¡Dejen paso a esta chica! ¡Retrocedan y dejen paso a esta chica! ¡Tenemos que dejarle respirar, chicos! ¿De acuerdo?

La multitud retrocede... a regañadientes, se le antoja a Lisey. Le parece que no quieren perderse ni una gota de sangre.

El asfalto despidе un calor abrasador. Lisey medio esperaba acostumbrarse a él, como una se acostumbra al agua muy caliente de la ducha, pero no es así. Aguza el oído por si percibe el ulular de la sirena de la ambulancia, pero no oye nada. Pero al poco sí oye algo. Oye a Scott pronunciar su nombre. Graznar su nombre. Al mismo tiempo lo siente sufrir un espasmo contra el costado del top bañado en sudor que lleva (el sujetador se marca contra la seda con la claridad de

un tatuaje inflamado). Baja la vista y ve algo que no le hace ni pizca de gracia. Scott está sonriendo. La sangre le ha teñido los labios de un rojo intenso, de arriba abajo, de lado a lado, y la sonrisa parece la de un payaso. *A nadie le gustan los payasos a medianoche*, piensa, y a renglón seguido se pregunta de dónde habrá salido ese pensamiento. Más tarde, en algún momento de las largas y casi insomnes noches que la esperan, escuchando lo que parecen ser todos los perros de Nashville ladrarle a la luna ardiente de agosto, recordará que es el epigrama de la tercera novela de Scott, la única que tanto ella como los críticos detestan, la que los hizo ricos. *Demonios vacíos*.

Scott sigue sufriendo espasmos junto a su top de seda azul, los ojos todavía relucientes y febriles en sus cuencas ahora ennegrecidas. Tiene algo que decir, y muy a su pesar, Lisey se inclina para escucharlo. Scott inhala aire en pequeñas dosis, en jadeos, un proceso ruidoso y aterrador. El olor a sangre se intensifica con la cercanía. Es desagradable. Huele a mineral.

Es la muerte. Es el olor de la muerte.

—Está muy cerca... —susurra Scott como si quisiera ratificar sus pensamientos—. No lo veo, pero... —Otra inspiración larga y ruidosa—. Lo oigo comer. Y gruñir.

Pronuncia estas palabras sin dejar de esbozar esa sonrisa sangrienta de payaso.

—Scott, no sé de qué me ha...

La mano que hasta ahora tironeaba de su top conserva algo de fuerza. Le pellizca el costado con crueldad... Mucho más tarde, cuando se quite el top en la habitación del motel, verá un morado, un auténtico cardenal.

—Sí que... —Inspiración sibilante—. Lo sabes...

Inspiración sibilante y algo más profunda, sin dejar de sonreír, como si compartieran un horrible secreto, un secreto violeta, del color de los cardenales, el color de ciertas flores que crecen en ciertas

(calla Lisey calla por favor).

sí, en ciertas colinas.

—Lo... sabes..., así que no... insultes mi... inteligencia. —Otra inspiración sibilante, chirriante—. Ni la tuya.

Y Lisey supone que sí lo sabe, al menos en parte. El chaval larguirucho, lo llama Scott. O la cosa con el inacabable costado moteado. En cierta ocasión tuvo intención de buscar la palabra «moteado» en el diccionario, pero se olvidó... Olvidar es una habilidad que ha tenido muchas razones para pulir a lo largo de los años que ha pasado con Scott. Pero sabe a qué se refiere su marido, claro que sí.

Scott la suelta o tal vez pierde la fuerza suficiente para seguir agarrándola. Lisey se aparta un poco, no mucho. Los ojos de Scott la observan desde sus cuencas profundas y ennegrecidas. Siguen tan relucientes como antes, pero Lisey

advierde que también están inundados de terror y algo que la asusta aún más, cierta ironía perversa e inexplicable. Scott sigue hablando en voz muy baja, quizá para que solo ella lo oiga, pero tal vez porque no puede hablar más alto.

—Escucha, pequeña Lisey. Imitaré el sonido que hace cuando gira la cabeza.

—No, Scott, tienes que parar.

Pero él no le presta atención alguna. Inhala otra ruidosa y sibilante bocanada de aire, frunce los labios empapados y rojos hasta formar una pequeña **O** y emite un sonido leve e increíblemente desagradable que propulsa una fina lluvia de sangre desde su garganta hacia el aire abrasador. Una chica lo ve y profiere un grito. En esta ocasión, la multitud no necesita la orden del guardia de seguridad para retroceder; se apartan por iniciativa propia, dejando a Lisey, Scott y el capitán Heffernan un perímetro de más de un metro.

El sonido... Dios mío, sí, una suerte de gruñido..., es misericordiosamente breve. Scott tose agitado, y la herida escupe más sangre en pulsaciones rítmicas. Luego le pide con un dedo que se acerque. Lisey obedece, apoyándose sobre las manos abrasadas por el calor. Los ojos hundidos de Scott la atraen de un modo perverso, al igual que su sonrisa mortal.

Scott ladea la cabeza, escupe un lapo de sangre medio coagulada sobre el asfalto caliente y se vuelve de nuevo hacia ella.

—Podría... llamarlo así —murmura—. Vendría... Por fin te librarías... de mi... palabrería... sin fin.

Lisey entiende que lo dice en serio y por un instante (sin duda se debe al poder de sus ojos) se convence de que es cierto. Repetirá ese sonido, solo que esta vez un poco más fuerte, y en otro mundo, el chaval larguirucho, el señor de las noches insomnes, girará la infinitamente hambrienta cabeza. Al cabo de un instante, en este mundo, Scott Landon se estremecerá sobre el asfalto y morirá. El certificado de defunción dictaminará una causa del todo lógica, pero Lisey sabrá que la criatura oscura ha venido por él y lo ha devorado vivo.

Y ahora llegan las cosas de las que nunca hablarán, ni con otras personas ni entre ellos. Son demasiado sobrecogedoras. Todo matrimonio tiene dos corazones, el claro y el oscuro. Este es su corazón oscuro, su único secreto cierto y demencial. Lisey se inclina sobre él en el asfalto ardiente, convencida de que agoniza, pero aun así resuelta a mantenerlo con vida a poco que pueda. Si ello significa luchar por él contra el chaval larguirucho con la única ayuda de sus uñas, lo hará.

—¿Y bien..., Lisey? —insiste Scott sin dejar de esbozar aquella sonrisa repulsiva y astuta—. ¿Qué... me... dices?

Se acerca aún más a él, hasta sumergirse en el hediondo halo de sangre y sudor que lo envuelve. Acercándose hasta llegar a oler el último vestigio del

champú Prell con el que se ha lavado el pelo esta mañana y la espuma de afeitar Foamy que ha usado. Acercándose hasta que sus labios rozan la oreja de Scott.

—Cállate, Scott —le susurra al oído—. Por una vez en tu vida, cállate.

Cuando se incorpora un poco para observarlo, la mirada de Scott ha cambiado. La ferocidad se ha desvanecido. Está a punto de perder el conocimiento, pero no pasa nada, porque parece haber recobrado la cordura.

—Lisey...

Lisey lo mira de hito en hito.

—Deja esa puñetera cosa en paz y se largará —susurra a su marido.

Por un momento se siente tentada de añadir «Ya te ocuparás del resto de este asunto más tarde», pero la idea carece de sentido, porque al menos de momento lo único que puede hacer Scott es no morir.

—No vuelvas a hacer nunca ese sonido —dice.

Scott se lame los labios. Lisey ve sangre en su lengua, y se le revuelve el estómago, pero no se aparta de él. Supone que tiene que aguantar hasta que la ambulancia se lo lleve o hasta que deje de respirar sobre el asfalto ardiente a unos cien metros de su última victoria; si logra soportar eso, supone que será capaz de soportar cualquier cosa.

—Tengo tanto calor —musita Scott—. Si pudiera chupar un cubito de hielo...

—Dentro de nada —asegura Lisey sin saber si se trata de una promesa vana, aunque en realidad le importa un comino—. He enviado a alguien a buscarlo.

Al menos oye el ulular de la ambulancia acercándose a ellos. Algo es algo.

Y entonces se obra una especie de milagro. La chica de los lazos en los hombros y los rasguños recientes en las palmas de las manos se abre paso hasta las primeras filas de la multitud. Jadea como si acabara de terminar una carrera, y el sudor le corre por las mejillas y el cuello, pero lleva un gran vaso de papel encerado en cada mano.

—He derramado media puta Coca-Cola por el camino —exclama al tiempo que lanza una mirada breve pero siniestra a la multitud por encima del hombro—, pero he conseguido el hielo. El hielo va...

De repente los ojos se le quedan en blanco y retrocede dando un traspié al tiempo que las piernas parecen convertírsele en gelatina. El guardia de seguridad, bendito sea mil veces, placa de tres pares de narices y cojones inclusive, la agarra, la sostiene y coge uno de los vasos. Se lo alarga a Lisey e insta a la otra Lisa a beber del otro. Lisey Landon no presta atención alguna. Más tarde, al reconstruir todo el episodio, se asombrará de haber sido capaz de concentrarse tanto en una sola cosa, pero lo único que piensa en este momento es *Impida que vuelva a caerse encima de mí, Agente Simpático*, antes de volverse de nuevo hacia Scott.

Su marido tiembla con más violencia aún, y sus ojos empiezan a ofrecer un

aspecto opaco y vacuo. Pero aun así, no cesa en su empeño.

—Lisey..., calor..., hielo...

—Lo tengo aquí, Scott. Y ahora, ¿quieres hacer el favor de cerrar la boca de una vez?

—Uno voló hacia el sur, el otro voló hacia el norte —balbucea.

Y luego, milagro de los milagros, obedece a su esposa. Puede que se haya quedado sin palabras, lo cual sería un suceso sin precedentes en la vida de Scott Landon.

Lisey sumerge la mano en el vaso, y el nivel de Coca-Cola sube hasta derramar una parte. El frío le ocasiona un sobresalto maravilloso. Coge un puñado de cubitos mientras piensa en la ironía del asunto. Cada vez que ella y Scott paran en un área de servicio de la autopista, y ella recurre a la máquina expendedora de refrescos en vasos en lugar de latas o botellas, siempre pulsa el botón SIN HIELO con cierto afán justiciero. Que otros permitan si quieren que las empresas de refrescos los estafen vendiéndoles medio vaso de refresco y medio de hielo, pero ella, Lisa, la hija menor de Dave Debusher, no tiene intención alguna de tolerarlo. ¿Qué decía siempre el viejo *Dandy*? «Eh, que no nací ayer». Y aquí está ahora, deseando que el vaso contuviera más hielo y menos Coca-Cola aún..., aunque por otro lado no cree que importe demasiado. Sin embargo, está a punto de llevarse una sorpresa.

—Toma, Scott. Hielo.

Scott tiene los ojos entornados, pero abre la boca, y cuando Lisey le humedece los labios con los cubitos y luego le pone uno medio derretido sobre la lengua ensangrentada, los temblores cesan de forma abrupta. Dios mío, el resultado es milagroso. Alentada, le frota con las manos heladas y empapadas la mejilla derecha, luego la izquierda y por fin la frente, donde gotas de agua color Coca-Cola le resbalan hacia las cejas y a ambos lados de la nariz.

—Oh, Lisey, qué maravilla —suspira.

Y aunque su respiración sigue siendo una suerte de silbido chirriante, su voz parece más compuesta, más cercana a ella. La ambulancia se ha detenido junto al margen izquierdo de la multitud de curiosos con un último aullido agonizante de la sirena, y al cabo de unos segundos Lisey oye los gritos impacientes de una voz masculina.

—¡Personal médico! ¡Dejen paso! ¡Personal médico, vamos, dejen paso para que podamos hacer nuestro trabajo, por favor!

Dashmiel, el pollo frito sureño de mierda, elige este preciso instante para hablar a Lisey al oído, y la preocupación untuosa que denota su voz, en combinación con la rapidez con que se ha escabullido antes, le dan grima.

—¿Cómo está, querida?

—Intentando sobrevivir —replica ella sin volverse.

7

—Intentando sobrevivir —murmuró mientras deslizaba la palma de la mano sobre la página de papel couché del *Anuario de la U-Tenn de Nashville*. Sobre la fotografía de Scott con el pie apoyado en la ridícula pala de plata. Lisey cerró el libro con fuerza y lo dejó caer sobre el lomo polvoriento de la serpiente de libros. Su hambre de fotografías..., de recuerdos..., había quedado más que saciada por ese día. Percibía un desagradable dolor palpitante detrás del ojo derecho. Quería tomar algo para atajarlo, no esa mariconada del Paracetamol, sino lo que su marido siempre llamaba quebrantacabezas. Un par de excedrinas le sentarían de maravilla, si es que no estaban demasiado caducas. Luego se tumbaría un rato en su dormitorio hasta que se le pasara la incipiente jaqueca. Tal vez incluso echara una cabezadita.

Sigo pensando en esa habitación como «nuestro dormitorio», se dijo mientras se dirigía a la escalera que conducía a la planta baja del granero, que en realidad ya no era un granero, sino una serie de compartimientos de almacenaje..., si bien aún olía a heno, cuerda y aceite de tractor, esas sempiternas y obstinadas fragancias propias de las granjas. *Nuestro dormitorio, todavía después de dos años.*

¿Y qué? ¿Qué más daba?

—Nada —se respondió en voz alta con un encogimiento de hombros.

Se sobresaltó un poco al escuchar el tono mascullado y medio ebrio de su voz. Suponía que el esfuerzo de recordar la había agotado. Revivir toda aquella tensión. Se sentía agradecida por una cosa, y es que ninguna otra fotografía oculta en el vientre de la serpiente de libros sería capaz de evocar recuerdos tan violentos como aquellos, porque solo le habían disparado una vez, y ninguna de esas universidades le habría enviado fotos de su pa...

(cállate, no sigas por ese camino).

—Eso —convino al llegar al pie de la escalera y sin ser realmente consciente de lo que había estado a punto de

(Scoot viejo Scoot).

pensar. Tenía la cabeza gacha y sentía el cuerpo entero sudoroso, como si acabara de librarse por los pelos de un accidente.

—Cierra el piquito, ya vale.

Y como si su voz lo hubiera activado, empezó a sonar un teléfono tras la puerta de madera cerrada que quedaba a su derecha. Lisey se detuvo en el pasillo

central de la planta baja del granero. En tiempos, aquella puerta daba a un establo con espacio para tres caballos, pero ahora solo mostraba un rótulo que decía **¡ALTO VOLTAJE!** El rótulo había sido una broma suya. Años atrás se le ocurrió instalar un pequeño despacho en aquella zona, un lugar donde guardar sus archivos y pagar las facturas mensuales (Scott y ella siempre habían tenido contratado a un asesor financiero a tiempo completo al que ella aún conservaba, pero el hombre estaba en Nueva York, por lo que no podía esperar que se encargara de minucias tales como la factura mensual del supermercado). Había llegado a instalar la mesa, el teléfono, el fax y unos cuantos armarios archivadores..., y entonces Scott murió. ¿Había entrado siquiera desde su muerte? Una vez, recordó. A principios de esa primavera. A finales de marzo, cuando tan solo quedaban algunos manchurroneos de nieve sobre la tierra, con la tarea de borrar los mensajes del contestador conectado al teléfono. Vio el número **21** en la pantallita del trasto. Los mensajes del uno al diecisiete y del diecinueve al veintiuno eran del tipo de charlatanes que Scott siempre calificaba de «piojos telefónicos». El número dieciocho era de Amanda, lo cual no sorprendió en absoluto a Lisey. «Solo quería comprobar si habías conectado el maldito trasto», decía. «Nos diste a Darla, Canty y a mí el número antes de que Scott muriera». Silencio. «Bueno, parece que sí». Pausa. «Que sí que lo has conectado, quiero decir». Pausa, y luego, con voz atropellada: «Pero ha habido un silencio larguísimo entre el mensaje y el pitido, debes de tener un montón de mensajes, pequeña Lisey, tendrías que escucharlos por si te ha tocado una vajilla o algo». Pausa. «Bueno..., adiós».

De pie ante la puerta cerrada del despacho, las palpitaciones de dolor detrás del ojo derecho en sincronía con los latidos de su corazón, Lisey escuchó el tercer y el cuatro timbrado del teléfono. El quinto quedó cortado por un clic, y acto seguido oyó su propia voz diciéndole a quien estuviera en el otro extremo de la línea que aquel era el 7275932. No seguía la falsa promesa de que devolvería la llamada en cuanto pudiera, ni siquiera una invitación a dejar un mensaje después de lo que Amanda había llamado el pitido. ¿Qué sentido habría tenido decir algo así? ¿Quién iba a llamar allí para hablar con ella? Muerto Scott, aquel lugar había perdido toda su energía. La persona que quedaba allí no era más que la pequeña Lisey Debusher, de Lisbon Falls, ahora además viuda de Landon. La pequeña Lisey vivía sola en una casa demasiado grande para ella y escribía listas de la compra, no novelas.

La pausa entre el mensaje y la señal era tan larga que se dijo que la cinta debía de estar llena. Aun cuando no fuera así, la persona que llamaba se hartaría y colgaría; lo único que oiría a través de la puerta cerrada del despacho sería una desagradable voz grabada, la mujer que te dice (con mala leche) que si quieres

hacer una llamada te pongas en contacto con la operadora. No añade «capullo» o «gilipollas», pero Lisey siempre ha intuido esos insultos en forma de lo que Scott habría llamado «un subtexto».

Pero lo único que oyó fue una voz masculina pronunciar cuatro palabras:

—Llamaré en otro momento.

Se oyó un clic.

Y luego silencio.

8

Este presente es mucho más agradable, piensa, pero sabe que esto no es ni el pasado ni el presente, sino tan solo un sueño. Estaba tumbada en la gran cama de matrimonio del

(nuestro nuestro nuestro nuestro nuestro).

dormitorio, bajo el ventilador de techo que giraba despacio. Pese a los ciento treinta miligramos de cafeína que contenían las dos excedrinas (fecha de caducidad: octubre de 2007) que cogió del botiquín menguante de Scott en el armarito del baño, se había quedado dormida. Por si le queda alguna duda, no tiene más que fijarse en el lugar donde se encuentra, la tercera planta de la unidad de cuidados intensivos del Hospital Memorial de Nashville, y en su singular medio de transporte, pues de nuevo se está desplazando sobre una gran pieza de tela con las palabras LA MEJOR HARINA DE PILLSBURY estampadas en ella. Una vez más queda encantada al comprobar que las esquinas de esta improvisada alfombra mágica, en la que se sienta con los brazos majestuosamente cruzados bajo el pecho, están anudadas como pañuelos. Flota tan cerca del techo que cuando LA MEJOR HARINA DE PILLSBURY pasa bajo uno de los parsimoniosos ventiladores de techo (en el sueño son idénticos a los que tiene en su dormitorio) se ve obligada a tenderse cuan larga es sobre la tela para evitar que las aspas la corten en rodajitas. Esos remos de madera barnizada emiten un susurro rítmico mientras describen sus círculos lentos y algo pomposos. Bajo ella, las enfermeras vienen y van con sus zapatos de suela chirriante. Algunas de ellas llevan las coloridas batas que terminarán por imponerse en la profesión, pero la mayoría aún luce vestido blanco, medias blancas y esas cofias que a Lisey siempre le recuerdan palomas disecadas. Dos médicos (al menos concluye que deben de ser médicos, aunque uno de ellos parece demasiado joven para afeitarse siquiera) charlan junto al surtidor de agua. Las paredes son de fríos azulejos verdes. El calor del día parece incapaz de filtrarse en el hospital. Lisey supone que tienen

aire acondicionado además de ventiladores, pero no alcanza a oír su zumbido.

En el sueño no, claro que no, se dice, y le parece lógico. Ante ella se encuentra la habitación 319, donde Scott se recupera tras la extracción de la bala. No le cuesta alcanzar la puerta, pero comprueba que está demasiado cerca del techo para cruzar el umbral. Y quiere entrar. No ha llegado a decirle a Scott que ya se ocuparía del resto de aquel asunto más tarde, pero ¿realmente hacía falta? A fin de cuentas, Scott no había nacido ayer. Se le antojaba que lo crucial en este momento es averiguar cuál es la palabra mágica para lograr que una alfombra mágica modelo LA MEJOR HARINA DE PILLSBURY descienda.

De repente lo sabe. No es una palabra que le apetezca pronunciar (es una palabra del Rubio), pero hay que estar a las duras y a las maduras, como también decía siempre el *Dandy*, de modo que...

—Fresias —dice.

Y la tela desvaída de esquinas anudadas se aleja obediente un metro del techo del hospital. Lisey se asoma a la habitación y ve a Scott, unas cinco horas después de la intervención quirúrgica, tendido en una cama estrecha pero sorprendentemente bonita, de cabezal y pie elegantemente curvados. Por todas partes suenan monitores que parecen contestadores automáticos. Dos bolsas llenas de líquido transparente penden de un soporte situado entre él y la pared. Parece dormido. Al otro lado de la cama, Lisey 1988 está sentada en una silla de respaldo recto, la mano de su esposo en la suya. En la otra mano de Lisey 1988 vemos el libro de bolsillo que ha llevado consigo a Tennessee; nunca habría imaginado que conseguiría avanzar tanto en su lectura. Scott lee a autores como Borges, Pynchon, Tyler y Atwood, mientras que Lisey se decanta por Maeve Binchy, Colleen McCullough, Jean Auel (aunque empieza a cansarse de los bulliciosos cavernícolas de la señora Auel), Joyce Carol Oates y últimamente Shirley Conran. El libro que tiene consigo en la habitación 319 es *Salvajes*, la novela más reciente de esta autora, y a Lisey le encanta. Ha llegado a la parte donde las mujeres atrapadas en la selva aprenden a utilizar sus sujetadores como tirachinas. Cuánta lycra. Lisey no sabe si las lectoras de novelas románticas de Estados Unidos están preparadas para la última novela de la señora Conran, pero a ella le parece un texto valiente y hermoso a su manera. A fin de cuentas, ¿no es siempre hermosa la valentía?

Los últimos rayos de sol del día se filtran por la ventana de la habitación en un torrente rojo y dorado. Es funesto y encantador a un tiempo. Lisey 1988 está exhausta; cansada emocionalmente, físicamente y de estar en el sur. Se siente incapaz de soportar un segundo más el acento sureño. La parte positiva es que no cree que vaya a pasar tanto tiempo allí como creen los demás, porque..., bueno..., porque tiene motivos para saber que Scott mejora con rapidez, y punto.

Dentro de un rato regresará al motel e intentará recuperar la habitación que dejaron por la mañana (Scott casi siempre reserva una habitación de hotel a modo de escondrijo, aunque el bolo sea de los que él llama «plis-plas»). Presiente que no lo conseguirá, porque te tratan de un modo muy distinto cuando vas acompañada de un hombre, sea famoso o no, pero el lugar está bastante cerca del hospital y de la universidad, y si encuentra cualquier habitación en ese motel, le importa un comino cuál sea. El doctor Satherwaite, encargado del caso de Scott, le ha prometido que puede eludir a los periodistas saliendo por la parte trasera del hospital esa noche y los próximos días. Dice que la señora McKinney, la recepcionista, le tendrá preparado un taxi junto al muelle de carga de la cantina «en cuanto usted se lo pida». Lisey ya se habría ido, pero Scott ha pasado la última hora bastante inquieto. Satherwaite ha afirmado que permanecería inconsciente hasta medianoche, pero Satherwaite no conoce a Scott como Lisey, que no se sorprende cuando Scott empieza a recobrar el conocimiento a intervalos breves al caer la tarde. Dos veces la ha reconocido, dos veces le ha preguntado qué ha sucedido y dos veces Lisey le ha respondido que un demente le ha disparado.

—¡Ayo Silver, puñeta! —ha dicho Scott la segunda vez antes de volver a cerrar los ojos.

Esta exclamación ha hecho reír a Lisey. Ahora quiere que despierte una vez más para poder decirle que no se va a Maine, sino tan solo al motel, y que volverá mañana por la mañana.

Lisey 2006 sabe todo esto. Lo recuerda. Lo intuye. Desde su asiento sobre la alfombra mágica modelo LA MEJOR HARINA DE PILLSBURY piensa: *Abre los ojos. Me mira. Dice: «Estaba perdido en la oscuridad, y tú me encontraste. Tenía calor, tanto calor, y tú me diste hielo».*

En la cama bañada por la luz rojiza, Scott abre los ojos. Observa a su mujer mientras esta lee. Su respiración ya no es un chillido sibilante, pero aún se oye un pitido cada vez que aspira bocanadas de aire lo más profundas que puede. Pronuncia su nombre en un susurro ronco. Lisey 1988 deja el libro y lo mira.

—Eh, estás despierto otra vez —constata—. Pregunta de concurso... ¿Recuerdas lo que te ha pasado?

—Balazo —musita Scott—. Chico. Tubo. Espalda. Duele.

—Podrás tomar un analgésico dentro de un ratito —le promete Lisey—, pero ahora, ¿quieres...?

Scott le oprime la mano para indicarle que puede dejarlo correr. *Ahora me dirá que estaba perdido en la oscuridad y que yo le di hielo*, piensa Lisey 2006.

Pero lo que Scott le dice a su mujer, que horas antes le ha salvado la vida asestándole un palazo a un loco, no es más que:

—Hacía calor, ¿verdad?

En tono casual, sin expresión especial alguna en los ojos, un comentario como cualquier otro para pasar el rato mientras la luz rojiza se intensifica y las máquinas pitán y zumban. Y desde su punto de observación elevado junto a la puerta de la habitación, Lisey 2006 advierte el estremecimiento sutil pero visible que sacude a su yo más joven, y ve el dedo índice de su yo más joven perder el punto en la edición de bolsillo de *Salvajes*.

Me digo «O no se acuerda o finge no recordar lo que me dijo cuando estaba en el suelo, lo de que podía hacer que viniera si quería, llamar al chaval larguirucho si quería librarme de él, y lo que yo le contesté, que por qué no cerraba el pico y lo dejaba en paz..., que si cerraba el pico de una puñetera vez, la cosa desaparecería. Me pregunto si realmente lo ha olvidado, como olvidó que le habían disparado, o si más bien es otro ejemplo de nuestro olvido particular, consistente en encerrar la mierda en una caja y guardarla a buen recaudo. Me pregunto si importa siquiera, siempre y cuando recuerde cómo recuperarse».

Tendida en la cama (y flotando sobre la alfombra mágica en el presente eterno del sueño), Lisey se removi6 e intentó gritar a su yo más joven que sí importaba, que importaba mucho. «No permitas que se salga con la suya», intentó gritar. «No podéis olvidar para siempre». Pero en aquel momento le acudió a la mente otro dicho del pasado, este procedente de sus inacabables partidas veraniegas de corazones y whist en Sabbath Day Lake, cuando alguien intentaba hacer trampa y mirar todas las cartas descartadas en lugar de solo la primera: «¡No hagas eso! ¡No puedes desenterrar a los muertos!».

No puedes desenterrar a los muertos.

Pero aun así lo intenta una vez más. Con ayuda de su considerable fuerza mental y de voluntad, Lisey 2006 se inclina hacia delante en la alfombra mágica y envía un «¡Está fingiendo! ¡SCOTT LO RECUERDA TODO!» a su yo más joven.

Y por un instante alocado cree que lo está consiguiendo..., sabe que lo está consiguiendo. Lisey 1988 da un respingo en la silla, y el libro le resbala de entre la mano para caer al suelo con un golpe sordo. Pero antes de que la versión joven de sí misma pueda volverse, Scott Landon clava la mirada en la mujer que flota en el umbral, la versión de su esposa que acabará convirtiéndose en su viuda. Vuelve a fruncir los labios, pero en lugar de emitir aquel sonido tan desagradable, sopla. No con fuerza, porque ¿cómo va a soplar con fuerza después de lo sucedido? Pero sí lo suficiente para hacer retroceder la alfombra mágica modelo LA MEJOR HARINA DE PILLSBURY y zarandearla por los aires como si se tratara de un matorral seco en medio de un huracán. Lisey se sujeta con todas sus fuerzas mientras las paredes del hospital pasan a su lado a una velocidad vertiginosa, pero la maldita cosa se inclina, y ella cae y

9

Lisey despertó y se sentó de un salto en la cama con la frente y las axilas mojadas de un sudor que empezaba a secarse. La habitación estaba relativamente fresca gracias al ventilador de techo, pero ella tenía tanto calor como...

Bueno, como en un horno de succión.

—Sea lo que sea —dijo en voz alta antes de lanzar una carcajada temblorosa.

El sueño empezaba a disgregarse en jirones, y lo único que recordaba con cierta claridad era la sobrenatural luz rojiza de un atardecer, pero había despertado con una certidumbre demencial grabada a hierro candente en la mente, un imperativo absurdo: tenía que encontrar la puñetera pala de plata.

—¿Por qué? —preguntó en voz alta a la habitación vacía.

Cogió el reloj de la mesita de noche y se lo acercó al rostro, convencida de que le diría que había transcurrido una hora o tal vez incluso dos. Quedó atónita al averiguar que había dormido exactamente doce minutos. Dejó el reloj de nuevo sobre la mesilla y se restregó las manos contra la pechera de la blusa como si acabara de tocar algo sucio e infestado de gérmenes.

—¿Por qué precisamente ese trasto?

Da igual. Era la voz de Scott, no la suya. En los últimos tiempos casi nunca la oía con tanta claridad, pero, madre mía, ahora sí. Alta y clara. *No es asunto tuyo. Tú límitate a encontrarla y ponerla..., bueno, ya sabes.*

Por supuesto que lo sabía.

—Donde pueda ponerme las pilas —murmuró al tiempo que se frotaba el rostro con las manos y soltaba otra risita.

Exacto, babyluv, convino su difunto marido. *Cuando lo consideres necesario.*

III

Lisey y la pala de plata (Espera a que cambie el viento)

1

Aquel sueño tan vívido no contribuyó en absoluto a librar a Lisey de los recuerdos de Nashville, en especial de uno de ellos: el momento en que Gerd Allen Cole desplazó el arma tras disparar a Scott en el pulmón, balazo al que podía sobrevivir, para dispararle al corazón, balazo que sin duda le causaría la muerte. Por entonces, el mundo entero se movía a cámara lenta, y lo que su mente revivía una y otra vez, al igual que la lengua roza una y otra vez un diente roto, era la fluidez de aquel movimiento, como si el arma hubiera estado montada sobre un trípode.

Lisey pasó la aspiradora por el salón, que no lo necesitaba, y luego puso una lavadora apenas medio llena; el cesto de la colada se llenaba tan despacio desde que estaba sola... Después de dos años todavía no había logrado acostumbrarse. Por fin se puso un bañador viejo y salió a hacer unos largos en la piscina del jardín trasero. Cinco, luego diez, luego quince, luego diecisiete y se agotó. Se aferró al borde del extremo menos profundo de la piscina, con las piernas extendidas tras ella, jadeante, con el cabello oscuro pegado a las mejillas, la frente y el cuello como un casco reluciente, pero sin conseguir dejar de ver aquella mano de dedos largos y pálidos desplazándose hacia un lado, la Ladysmith (resultaba imposible pensar en ella como una simple pistola cuando sabías su nombre amariconado y mortífero) desplazándose con ella, el orificio negro que encerraba la muerte de Scott desplazándose con ella, y la pala de plata pesaba tanto... Se le

antojaba imposible llegar a tiempo, lograr adelantarse a la locura de Cole.

Movió los pies con lentitud, levantando pequeñas salpicaduras de agua. A Scott le encantaba la piscina, aunque rara vez nadaba, prefería acomodarse en una butaca hinchable con un libro y una cerveza. Cuando no estaba de viaje, por supuesto. O en el estudio, escribiendo con la música a todo trapo. O sentado en la mecedora del dormitorio de invitados a las dos de una madrugada de invierno, arrebujado en una de las enormes mantas de punto de La Buena de Ma Debusher, los ojos abiertos de par en par mientras un viento espantoso procedente de Yellowknife aullaba en el exterior. Ese era el otro Scott, uno voló hacia el norte, el otro voló hacia el sur, y... oh, madre mía, Lisey los amaba a los dos por igual, todo sigue igual.

—Basta —se conminó, nerviosa—. Llegué a tiempo, llegué a tiempo, así que basta. El disparo al pulmón fue lo único que consiguió ese chiflado.

Pero en su mente (donde el pasado siempre es presente) volvió a ver el inicio del arco de la Ladysmith, y Lisey se dio impulso para salir de la piscina en un intento por desterrar físicamente el recuerdo. La táctica funcionó, pero el Rubio regresó mientras estaba en el vestuario, secándose con la toalla tras darse una ducha sin jabón. Gerd Allen Cole estaba de vuelta, está de vuelta, diciendo «Tengo que acabar con todo este campaneó por las fresias», y Lisey 1988 blande la pala de plata, pero esta vez el puñetero aire en el puñetero tiempo de Lisey es demasiado denso, llegará una fracción de segundo tarde, verá el segundo destello de fuego entero en lugar de solo una parte de él, y otro orificio negro se abrirá en la solapa izquierda de la americana de Scott, que se convertirá en su mortaja...

—¡Basta! —espetó al tiempo que arrojaba la toalla al cesto—. ¡Déjalo ya!

Volvió a la casa desnuda, con la ropa debajo del brazo. Para algo estaba la valla alta que rodeaba el jardín posterior.

2

Nadar le había despertado el apetito..., o mejor dicho un hambre voraz, y aunque no eran ni las cinco, decidió dar cuenta de un enorme plato precocinado. Lo que Darla, la segunda de las hermanas Debusher, habría llamado «comida reconfortante», y lo que Scott, con sumo deleite, habría llamado «comida superbasura». Tenía medio kilo de carne picada en la nevera, y en el fondo de un estante de la despensa, una maravillosa selección de comida basura. Pastel de hamburguesa con queso. Lisey echó el contenido liofilizado del paquete en una sartén junto con la ternera picada. Mientras el mejunje se cocía a fuego lento, se preparó una jarra de limonada en polvo con doble ración de azúcar. A las cinco y

veinte, el aroma procedente de la sartén llenaba la cocina, y Gerd Allen Cole había desaparecido de los pensamientos de Lisey, al menos de momento; solo podía pensar en comida. Dio cuenta de dos platos de pastel de hamburguesa con queso y dos vasos grandes de limonada. Una vez engullido el segundo plato y el segundo vaso (salvo por unos vestigios blanquecinos de azúcar en el fondo del vaso), Lisey lanzó un eructo contundente.

—Lo que daría por un puñetero cigarrillo —declaró.

Era cierto; no recordaba la última vez que le había apetecido tanto. Un Salem Light. Scott fumaba cuando se conocieron en la Universidad de Maine, donde era estudiante de posgrado y al mismo tiempo lo que él mismo denominaba «El escritor más joven del mundo universitario». Por su parte, Lisey estudiaba a tiempo parcial (lo cual no había durado mucho) y trabajaba a tiempo completo como camarera en el Pat's Café del centro, sirviendo *pizzas* y hamburguesas. Había adquirido el hábito del tabaco de Scott, que nunca fumaba otra cosa que Herbert Tareyton. Habían dejado de fumar juntos, animándose el uno al otro, en 1987, un año antes de que Gerd Allen Cole demostrara de forma inapelable que el tabaco no era el único problema pulmonar que puede sufrir una persona. Desde entonces, Lisey pasaba días enteros sin pensar en el tabaco, pero de repente la acometían unas ansias terroríficas de fumar. Sin embargo, pensar en el tabaco era mejor que pensar en

(«Tengo que acabar con todo este campaneó por las fresias», dice Gerd Allen Cole con voz quejumbrosa y absolutamente clara, y empieza a girar la muñeca).

el Rubio

(en un gesto fluido).

y Nashville

(hasta que el cañón de la Ladysmith del calibre 22 apunta el lado izquierdo del pecho de Scott).

y patapam, ya estaba pensando en ello de nuevo.

De postre había bizcocho comprado y sucedáneo de nata montada (tal vez él no va más de la comida basura), pero Lisey estaba demasiado ahíta para pensar en ello de momento. Además, la trastornaba el hecho de que aquellos viejos recuerdos volvieran aun después de llenarse la tripa de comida caliente e hipercalórica. Suponía que ahora podía comprender algo mejor lo que sentían los veteranos de Vietnam. Aquella había sido su única batalla, pero

(no, Lisey).

—Basta —susurró y empujó el plato

(no, babyluv).

con violencia para apartarlo de sí. Dios, cómo le apetecía

(sabes que no es cierto).

un cigarrillo. Y aún más que un pitillo, lo que quería era que todos aquellos viejos recuerdos desap...

¡Lisey!

Era la voz de Scott, por una vez en la capa superior de su mente, tan clara que respondió en voz alta y sin reparo alguno.

—¿Qué, cariño?

Busca la pala de plata, y toda esta mierda desaparecerá..., como el olor de la fábrica de papel cuando el viento cambiaba y empezaba a soplar del sur, ¿te acuerdas?

Por supuesto que se acordaba. Su piso estaba en el pueblecito de Cleaves Mills, contiguo a Orono. No había fábricas de papel en el propio Cleaves Mills, pero sí varias en Oldtown, y cuando el viento soplaba del norte, sobre todo en días nublados y húmedos, el hedor era atroz. Y entonces, si el viento cambiaba... ¡Dios! Te llegaba la fragancia del mar, y era como volver a nacer. Durante un tiempo, la frase «espera a que cambie el viento» había formado parte del lenguaje secreto de su matrimonio, como «ponerse las pilas» y «PPCCN» y «puñeta» en lugar de «joder». En algún momento, la frase había caído en desgracia, y Lisey llevaba años sin pensar en ella: espera a que cambie el viento, es decir, aguanta, *baby*, no tires la toalla. Quizá era la clase de actitud entrañablemente optimista que solo se sostiene en un matrimonio joven. No lo sabía. Tal vez Scott hubiera podido expresar una opinión más informada; ya por entonces llevaba un diario, en sus

(¡PRIMEROS AÑOS!).

tiempos difíciles, y escribía en él un cuarto de hora cada noche mientras ella miraba comedias de la televisión o hacía las cuentas domésticas. Y a veces, en lugar de mirar la tele o escribir talones, Lisey se dedicaba a observarlo a él. Le gustaba el modo en que la luz de la lámpara se reflejaba en su cabello y proyectaba profundas sombras triangulares sobre sus mejillas mientras permanecía allí sentado, la cabeza inclinada sobre el cuaderno sin espiral. En aquellos tiempos tenía el pelo más largo y más oscuro, sin las hebras grises que habían empezado a aparecer hacia el final de su vida. A Lisey le gustaban sus historias, pero el aspecto de su cabello a la luz de la lámpara no le gustaba menos. Consideraba que su cabello a la luz de la lámpara constituía una historia en sí mismo, solo que Scott no lo sabía. También le gustaba el tacto de su piel entre los dedos. Frente o prepucio, daba igual. No habría renunciado a una a favor del otro, ni viceversa. Lo que le iba era el paquete completo.

¡Lisey! ¡Busca la pala!

Quitó la mesa y guardó los restos del pastel de hamburguesa de queso en un Tupperware. Estaba segura de que no se lo acabaría una vez aplacada la locura,

pero quedaba demasiado para embutirlo en el triturador de residuos del fregadero. ¡La Buena de Ma Debusher, todavía señora de la casa en sus pensamientos, habría puesto el grito en el cielo ante semejante desperdicio! Muchísimo mejor esconderlo en el frigorífico, detrás de los espárragos y los yogures, donde envejecería en silencio. Y mientras llevaba a cabo tan sencilla tarea, se preguntó cómo, en el nombre de Jesús, María y Pepe el Carpintero, encontrar esa ridícula pala decorativa podía contribuir a su paz interior. ¿Guardaría alguna relación con las propiedades mágicas de la plata, quizá? Recordaba haber visto una película de esas de madrugada con Darla y Cantata, una cinta supuestamente de terror sobre un hombre lobo..., solo que Lisey no se había asustado mucho..., bueno, de hecho nada. El hombre lobo le había parecido más patético que aterrador, y además se notaba a la legua que los de la película le iban cambiando la cara, deteniendo de vez en cuando la cámara para ponerle más maquillaje. Sus esfuerzos tenían mucho mérito, de eso no cabía duda, pero el producto final no era demasiado creíble, al menos en su humilde opinión. No obstante, la trama en sí no estaba del todo mal. La primera parte transcurría en un *pub* inglés, y uno de los carcamales que bebía allí decía que solo se podía matar a un hombre lobo con una bala de plata. ¿Y acaso Gerd Allen Cole no era una suerte de hombre lobo?

—Vamos, pequeña —se animó mientras enjuagaba el plato y lo metía en el lavavajillas casi vacío—. Puede que Scott hubiera sido capaz de convertir esto en una novela, pero lo de las grandes historias nunca ha sido lo tuyo, ¿a que no?

Cerró el lavavajillas de golpe. A la velocidad que se llenaba, estaría preparada para ponerlo en marcha hacia el 4 de julio.

—Si quieres buscar esa pala, hazlo y punto. ¿Quieres buscarla?

Pero antes de que pudiera contestar a aquella pregunta por completo retórica, volvió a oír la voz de Scott..., la voz clara que resonaba en las capas superiores de su mente.

Te he dejado una nota, babyluv.

Lisey se quedó paralizada, con la mano extendida a medio camino del paño con el que pretendía secarse las manos. Conocía aquella voz, cómo no. Aún la oía tres o cuatro veces por semana, su voz imitando la de Scott, un poco de compañía inofensiva en una casa grande y vacía. Solo que oírla justo después de toda aquella chorrada sobre la pala...

¿Qué nota?

¿Qué nota?

Lisey se secó las manos y colgó el paño en su barra para que se secara al aire. Luego se volvió hasta dar la espalda al fregadero y encararse con la cocina. La estancia aparecía hermosamente bañada por la luz del sol (e impregnada por el olor a pastel de hamburguesa de queso, mucho menos apetitoso una vez

satisfechas las ansias). Cerró los ojos, contó hasta diez y los abrió de nuevo. El sol del atardecer palpitaba a su alrededor. En su interior.

—¿Scott? —musitó, sintiéndose absurdamente identificada con su hermana mayor, Amanda, es decir, medio chiflada—. No te habrás convertido en un fantasma, ¿verdad?

No esperaba respuesta; no, eso no iba con la pequeña Lisey Debusher, que vitoreaba las tormentas y se mofaba del hombre lobo, tachándolo de mero truco fotográfico cutre. Pero la repentina ráfaga de viento que entró por la ventana abierta sobre el fregadero, abombando las cortinas, levantándole las puntas del cabello aún húmedo, y acercándole la desgarradora fragancia de las flores, casi podía tomarse por una respuesta. Cerró de nuevo los ojos, y le pareció oír el débil eco de una música, no la de las esferas, sino un viejo tema *country* de Hank Williams, «Adiós, Joe, tengo que irme, oh tengo que oh...».

Se le puso la piel de gallina en los brazos.

Al cabo de un instante, el viento cesó, y Lisey volvió a ser tan solo Lisey, no Mandy, ni Canty, ni Darla, ni mucho menos...

(uno voló hacia el sur).

Jodi, la fugitiva que escapó a Miami. Era Lisey, mujer moderna donde las haya, Lisey 2006, la viuda Landon. Allí no había ningún fantasma. Era Lisey Sola.

Pero sí quería encontrar la pala de plata, la que había regalado a su esposo dieciséis años de vida y siete novelas.

Por no hablar de la portada de *Newsweek* en 1992, en la que aparecía un psicodélico Scott con las palabras REALISMO MÁGICO Y EL CULTO A LANDON impresas al estilo Peter Max. Habría dado algo por saber cómo se había tomado aquello Roger «Gallina». Dashmiel.

Lisey decidió empezar a buscar la pala de inmediato, mientras aún contara con la luz crepuscular de principios de verano. Fantasmas o no, no le apetecía estar en el granero ni en el estudio de la planta superior cuando cayera la noche.

3

Los establos situados frente al despacho nunca terminado eran cubículos oscuros y mal ventilados que albergaban herramientas, monturas y piezas de recambio para vehículos y maquinaria agrícola cuando el hogar de los Landon era la granja Sugar Top Farm. El cubículo más grande había acogido gallinas, y aunque una empresa de limpieza lo había dejado como los chorros del oro, y a continuación

Scott (con incesantes referencias a Tom Sawyer) lo había blanqueado, aún despedía el distante olor a amoníaco de las aves de corral de antaño. Era un olor que Lisey recordaba de su más tierna infancia y que detestaba..., probablemente porque su abuela D se había desplomado y muerto mientras daba de comer a los pollos.

En dos de los cubículos se amontonaban numerosas cajas, en su mayoría cajas de cartón, pero ninguna de ellas contenía utensilios para cavar, ni de plata ni de ningún otro material. Había una cama doble en el antiguo gallinero, el único vestigio de su breve experimento de nueve meses en Alemania. Habían comprado la cama en Bremen, y la enviaron de vuelta a Estados Unidos a instancias de Scott por un precio exorbitante. Lisey había olvidado por completo la cama de Bremen.

¡Hablando de lo que cae del culo del perro!, pensó Lisey con cierta euforia patética.

—Si crees que voy a dormir en una cama que se ha pasado veintitantos años encerrada en un maldito gallinero, Scott... —añadió en voz alta.

... es que estás loco, quiso agregar, pero no fue capaz, sino que se echó a reír. Por el amor de Dios, la maldición del dinero. ¡Maldito puñetero dinero! ¿Cuánto había costado la cama? ¿Mil pavos? Pongamos que mil. ¿Y cuánto había costado enviarla a Estados Unidos? ¿Otros mil? Quizá. Y ahí estaba, pudriéndose, como habría dicho Scott, entre los fantasmas de la mierda de gallina. Y continuaría pudriéndose hasta el fin de los días si de ella dependiese. Todo el asunto de Alemania había sido una cagada integral, sin libro para Scott, una discusión con el casero que había estado a un tris de degenerar en una pelea a puñetazo limpio, las lecturas de Scott también habían ido mal, porque los que asistían a ellas no tenían sentido del humor o bien no entendían el suyo, y...

Y detrás de la puerta de enfrente, la que llevaba el rótulo de **¡ALTO VOLTAJE!**, el teléfono empezó a sonar de nuevo. Lisey se quedó paralizada, con la piel de gallina. No obstante, también la embargaba cierta sensación de inevitabilidad, como si aquella fuera la razón por la que había entrado en el granero, no la pala de plata, sino la llamada telefónica.

Al segundo timbrazo se volvió y cruzó el penumbroso pasillo central del granero. Alcanzó la puerta al inicio del tercer timbrazo. Descorrió el anticuado pestillo, y la puerta se abrió con facilidad, chirriando apenas al girar sobre las bisagras sin usar, bienvenida a la cripta, pequeña Lisey, nos moríamos de ganas de conocerte, jeje. La corriente de aire soplaba a su alrededor, empujándole la blusa contra la zona lumbar. Buscó a tientas el interruptor y lo accionó sin saber a ciencia cierta qué esperar, pero la lámpara del techo se encendió. Cómo no. Por lo que respectaba a la Compañía Eléctrica Central de Maine, todo aquello era El Estudio, RFD n.º 2, Sugar Top Hill Road. Tanto arriba como abajo, para la

compañía aquel era un típico caso de «todo sigue igual».

El teléfono de la mesa sonó por cuarta vez. Antes de que el quinto timbrazo despertara al contestador, Lisey descolgó.

—¿Diga?

Se produjo un instante de silencio. Estaba a punto de volver a hablar cuando una voz se le adelantó en el otro extremo de la línea. Denotaba cierta perplejidad, pero Lisey la reconoció de inmediato. Una sola palabra basta para reconocer a los tuyos.

—¿Darla?

—Lisey..., ¿eres tú?

—Claro que sí.

—¿Dónde estás?

—En el estudio de Scott.

—No es verdad. Acabo de llamar allí.

Lisey tardó apenas un segundo en comprenderlo. A Scott le gustaba la música a todo volumen..., de hecho, a un volumen que la mayoría de la gente habría considerado grotesco, y por tanto el teléfono de arriba estaba instalado en la sala insonorizada que a él le gustaba llamar «mi celda acolchada», pero no le pareció que mereciera la pena explicarle todo eso a su hermana.

—Darla, ¿cómo has conseguido este número y por qué llamas?

Otro silencio.

—Estoy en casa de Amanda —repuso por fin Darla—. He sacado el número de su agenda. Tiene cuatro números tuyos, y los he probado todos. Este es el último.

Lisey sintió un nudo en la boca del estómago. De niñas, Amanda y Darla eran rivales encarnizadas. Se enzarzaban con frecuencia en peleas a arañazos, disputas por muñecas, libros de la biblioteca, ropa... El último y más llamativo de sus enfrentamientos había estallado por causa de un chico llamado Richie Stanchfield, y fue lo bastante grave como para enviar a Darla a la unidad de urgencias del Hospital General de Maine Central, donde hicieron falta seis puntos de sutura para coserle el profundo rasguño sobre el ojo izquierdo. Aún tenía aquella cicatriz, una fina línea blanca. Ahora se llevaban mejor, pero solo en el sentido de que las frecuentes discusiones no degeneraban en agresiones físicas. Se evitaban en la medida de lo posible; las cenas de domingo (con los respectivos esposos) que organizaban una o dos veces al mes, o las comidas de hermanas en el Oliver Garden o el Outback podían resultar tensas, aunque Manda y Darla se sentaran separadas por Lisey y Canty. El hecho de que Darla llamara desde casa de Amanda no era buena señal.

—¿Le pasa algo a Manda, Darl? —preguntó.

Qué pregunta más estúpida. La cuestión era cómo de malo era lo que le pasaba.

—La señora Jones la oyó gritar y romper cosas. Una de sus clásicas R. Una de sus clásicas rabietas.

—Primero intentó localizar a Canty, pero Canty y Rich están en Boston, y cuando la señora Jones lo oyó en su contestador, me llamó a mí.

Tenía sentido. Canty y Rich vivían a kilómetro y medio al norte de la casa de Amanda por la carretera 19, y Darla vivía a unos tres kilómetros hacia el sur. En cierto modo se parecía a la vieja rima de su padre: uno voló hacia el sur, el otro voló hacia el norte, y al tercero no hay quien la verborrea le corte. Por su parte, Lisey vivía a unos ocho kilómetros de distancia. La señora Jones, que vivía frente a la casita estilo Cape Cod bien aislada de Amanda, sabía que lo mejor era llamar primero a Canty, y no solo porque viviera más cerca.

Gritando y rompiendo cosas.

—¿Cómo de grave ha sido esta vez? —Se oyó preguntar en tono neutro y peculiarmente frío—. ¿Quieres que vaya?

Aunque, por supuesto, la verdadera pregunta era: ¿cuánta prisa tengo que darme?

—Está..., bueno, creo que está bien de momento —repuso Darla—. Pero lo ha vuelto a hacer. En los brazos y también en la parte superior de los muslos. Los..., ya sabes.

Lisey lo sabía, sin duda alguna. En tres ocasiones, Amanda había caído en lo que Jane Whitlow, su psiquiatra, denominaba una «semicatatonia pasiva». Era distinto de lo que le había ocurrido

(calla).

(no quiero).

de lo que le había ocurrido a Scott en 1996, pero no por ello menos aterrador. Y cada una de las veces, dicho estado había ido precedido de brotes de nerviosismo, la clase de nerviosismo que Amanda había mostrado en el estudio de Scott, constató Lisey, seguidos de histeria y luego breves episodios de automutilación. Durante uno de ellos, por lo visto Manda había intentado extirparse el ombligo, acción que le dejó un anillo de tejido fibrótico alrededor. Lisey había mencionado de inmediato la posibilidad de recurrir a la cirugía plástica, sin saber si la cicatriz podía eliminarse, pero deseosa de comunicar a Manda que ella, Lisey, estaría dispuesta a costear la operación si Amanda quería someterse a ella. Amanda había rehusado con un graznido divertido.

—Me gusta este anillo —replicó su hermana—. Si alguna vez vuelvo a tener tentaciones de mutilarme, puede que mirarlo me frene.

Por lo visto, la palabra «puede» era la más importante de aquella frase.

—¿Cómo de grave es la cosa, Darl? Dime la verdad.

—Lisey..., cariño...

Lisey comprendió alarmada (y otro nudo en el estómago y demás órganos vitales) que su hermana mayor intentaba contener las lágrimas.

—¡Darla! Respira hondo y dímelo.

—Estoy bien. Es solo que... ha sido un día muy largo.

—¿Cuándo vuelve Matt de Montreal?

—Dentro de dos semanas. Y no se te ocurra siquiera insinuar que lo llame. Se está ganando nuestro viaje del invierno que viene a San Bartolomé y no se le puede molestar. Podemos resolver esto solas.

—¿Estás segura?

—Por supuesto.

—Entonces dime qué es exactamente lo que tenemos que resolver.

—Vale..., de acuerdo. —Lisey oyó que Darla respiraba hondo—. Los cortes de los brazos son superficiales. Tiritas y va que arde. Los de los muslos son más profundos y dejarán cicatriz, pero ya no sangran, o sea que no se ha abierto ninguna arteria, gracias a Dios. Esto..., Lisey.

—¿Qué? Pon... Suéltalo de una vez.

Había estado a punto de decirle que se pusiera las pilas, algo que su hermana mayor no habría captado. Fuera lo que fuese lo que estaba a punto de contarle Darla, sin duda sería espantoso. Lo intuía por el tono de voz de Darla, que conocía desde la cuna. Intentó armarse de valor para escucharlo. Se apoyó contra la mesa, desvió la mirada... y ¡Virgen Santa! Ahí estaba, apoyada con cierta indolencia junto a otra pila de cajas de cartón (que en efecto estaban marcadas como **¡SCOTT! ¡LOS PRIMEROS AÑOS!**). En el rincón de la pared norte con la este vio la pala de plata de Nashville, un trasto realmente enorme. Era increíble que no la hubiera visto al entrar, aunque sin duda sí la habría visto de no haber tenido tanta prisa por coger el teléfono antes de que saltara el contestador automático. Desde donde se encontraba alcanzó a leer las palabras grabadas en la hoja de plata: PRIMERA PIEDRA, BIBLIOTECA SHIPMAN. Casi le pareció oír al puñetero pollo frito sureño de mierda decirle a su marido que Toneh lo escribiría para el anuario y preguntarle si quería un ejemplar. Y a Scott responder...

—¿Lisey?

Darla parecía realmente consternada por primera vez, y Lisey se apresuró a volver al presente. Por supuesto que su hermana estaba consternada. Canty pasaría una semana o más en Boston, de compras mientras su marido se ocupaba de su concesionario de automóviles, adquiriendo coches de ocasión, de subasta y de gerencia en lugares como Malden y Lynn. Lynn, la Ciudad del Pecado sin Fin. Por su parte, Matt, el marido de Darla, se encontraba en Canadá, ganando dinero

para costear sus próximas vacaciones dando clases sobre los patrones migratorios de las tribus indias de Norteamérica. En cierta ocasión, Darla había confesado a Lisey que se trataba de una ocupación lucrativa en extremo. Claro que ahora el dinero no les serviría de nada. En aquel momento, estaban solas ante el peligro. Brindemos por el poder de las hermanas.

—Lisey, ¿me oyes? ¿Sigues a...?

—Sí, sigo aquí —la atajó Lisey—. Es que no te oía, perdona. Puede que sea el teléfono; hace mucho que nadie lo usa. Está en la planta baja del granero, en lo que iba a ser mi despacho antes de que Scott muriera, ¿te acuerdas?

—Ah, sí, claro —masculló Darla con total desconcierto.

No tiene ni puñetera idea de lo que le estoy hablando, pensó Lisey.

—¿Me oyes ahora? —inquirió su hermana.

—Perfectamente.

Mirando la pala de plata. Pensando en Gerd Allen Cole. Pensando «Tengo que acabar con todo este campaneó por las fresias».

Darla volvió a respirar hondo. Lisey lo oyó, como un soplo de viento a través de la línea telefónica.

—No es que lo haya reconocido, pero creo que..., bueno..., creo que esta vez se ha bebido su propia sangre, Lise... Tenía los labios y la barbilla ensangrentados cuando he llegado, pero ningún corte dentro de la boca. Estaba como cuando mamá nos dejaba jugar con alguno de sus pintalabios.

La imagen que asaltó la mente de Lisey no fue la de aquellos días en que se disfrazaban y maquillaban, aquellos días en que se paseaban por la casa calzadas con los zapatos de tacón de La Buena de Ma, sino la de aquella tarde abrasadora en Nashville, con Scott tendido sobre el asfalto, tiritando, los labios manchados de sangre color caramelo de fresa. A nadie le gustan los payasos a medianoche.

Escucha, pequeña Lisey. Imitaré el sonido que hace cuando gira la cabeza.

Pero la pala de plata relucía en el rincón..., ¿y estaba hendida? Le pareció que sí. Si alguna vez dudaba de haber llegado a tiempo..., si alguna vez despertaba sudorosa en plena noche, convencida de que había llegado una fracción de segundo tarde y de que, por consiguiente, los últimos años de su matrimonio no habían existido...

—¿Vas a venir, Lisey? Pregunta por ti cuando está consciente.

En la mente de Lisey se activaron todas las alarmas.

—¿Qué quieres decir con «cuando está consciente»? ¿No decías que estaba bien?

—Está bien..., creo. —Una breve pausa—. Ha preguntado por ti y ha pedido té. Le he preparado una taza y se la ha bebido. Es buena señal, ¿no?

—Sí —asintió Lisey—. ¿Sabes cuál puede ser la causa, Darl?

—Claro que sí. Me parece que todo el mundo lo sabe en el pueblo, pero yo no me he enterado hasta que la señora Jones me lo ha dicho por teléfono.

—¿Qué? —inquirió Lisey, aunque imaginaba de qué se trataba.

—Charlie Corriveau ha vuelto —explicó Darla antes de añadir en voz más baja—: El bueno del Pedorro. El banquero favorito de todo el mundo. Se ha traído una chica. Una muñequita francesa del valle de St. John.

Pronunció el nombre con acento de Maine, de modo que sonó algo así como «senjún». Lisey siguió con la mirada clavada en la pala de plata, esperando el golpe de gracia que sin duda llegaría.

—Están casados, Lisey —prosiguió Darla.

Lisey la oyó emitir una serie de sonidos ahogados que en el primer momento tomó por sollozos, pero al poco comprendió que su hermana intentaba reír sin que la oyera Amanda, que estaría en Dios sabe qué lugar de la casa.

—Llegaré lo antes posible —prometió Lisey—. Y Darla...

No obtuvo respuesta, tan solo más de aquellos gorgoteos ahogados, uick uick uick.

—Si te oye reír, el próximo objetivo de su cuchillo serás tú.

Aquellas palabras cortaron en seco la risa de Darla, y Lisey la oyó aspirar una profunda bocanada de aire para recobrar la compostura.

—Su loquera ya no está —logró articular por fin—. Ya sabes, aquella tal Whitlow, la que siempre llevaba collares de cuentas. Creo que se ha mudado a Alaska.

Lisey creía que se trataba de Montana, pero carecía de importancia.

—Bueno, ya veremos cómo de mal está. Scott encontró un lugar..., Greenlawn, cerca de Mineápolis.

—¡Lisey! —La reconvino su hermana con voz idéntica a la de La Buena de Ma.

—¿Lisey qué? —espetó con aspereza—. ¿Lisey qué? ¿Acaso te irás a vivir con ella para evitar que coja el cuchillo y se grabe las iniciales de Charlie Corriveau en las tetas la próxima vez que se le vaya la pinza? ¿O quizá habías pensado en Cauty para el trabajo?

—Lisey, no pretendía...

—¿O qué tal si Billy deja la Universidad de Tufts para cuidar de ella? ¿Qué más da un estudiante de primera más o menos en el mundo?

—Lisey...

—Bueno, ¿pues qué propones?

Lisey percibía el tono intimidatorio de su voz y se detestó a sí misma. Esa era otra de las repercusiones que el dinero tiene sobre una al cabo de diez o veinte años; te hace creer que tienes el derecho de abriarte paso a hostias para salir de

cualquier aprieto. Recordaba a Scott declarando que nadie debería poder tener más de dos lavabos para cagar en casa, porque un exceso de lavabos provoca delirios de grandeza. Volvió a mirar la pala, que le respondió con un destello tranquilizador. «Lo salvaste», decía la herramienta. «No fue culpa tuya». ¿Era cierto? No lo recordaba. ¿Era otra de las cosas que había olvidado adrede? Eso tampoco lo recordaba. Vaya mierda. Vaya puta mierda.

—Lisey, lo siento..., yo solo quería...

—Lo sé.

Lo que sabía era que estaba cansada, confusa y avergonzada por su estallido.

—Encontraremos una solución. Ahora mismo voy, ¿vale?

—Vale —repuso Darla con alivio audible—. Vale.

—Y en cuanto a ese francés —añadió Lisey—, menudo capullo. De buena nos hemos librado.

—Ven lo antes posible.

—Sí. Adiós.

Lisey colgó el teléfono, se dirigió hacia el rincón nordeste del cubículo y asió el mango de la pala de plata. Se sintió como si lo hiciera por primera vez, ¿y era de extrañar? Cuando Scott se la pasó, a ella solo le interesó la refulgente hoja de plata con el mensaje grabado en ella; en el momento en que la blandió, sus manos se habían movido por sí solas..., o al menos esa era la sensación que tenía. Suponía que, en realidad, fue alguna parte primitiva y centrada en la supervivencia de su cerebro la que las movió en nombre del resto de ella, la Lisey Moderna.

Deslizó una mano por la madera lisa, disfrutando de la sensación, y al inclinarse reparó de nuevo en las tres cajas con su exuberante mensaje garabateado en el costado con grueso rotulador negro: **¡SCOTT! ¡LOS PRIMEROS AÑOS!** La caja superior había contenido en tiempos ginebra Gilbey, y las pestañas estaban dobladas, pero sin precintar. Lisey retiró el polvo acumulado sobre ella, asombrada ante el grosor de la capa y ante la idea de que las últimas manos que habían tocado aquella caja, para llenarla, doblar las pestañas y colocarla sobre las otras, ahora estaban entrelazadas bajo tierra.

La caja estaba llena de papeles. Manuscritos, supuso. La página del título, ya algo amarillenta, estaba escrita en mayúsculas subrayadas y centradas. El nombre de Scott aparecía mecanografiado con pulcritud bajo el título, también centrado. Lisey reconoció aquellos detalles como habría reconocido su sonrisa; era su estilo de presentación cuando lo conoció de joven, y dicho estilo nunca cambió. Lo que no reconoció fue el título:

¿Sería una novela? ¿Un relato? Resultaba imposible dilucidarlo con un mero vistazo a la caja. Sin embargo, allí debía de haber al menos mil páginas, la mayoría de ellas en un solo fajo bajo aquella página del título, pero algunas embutidas en el fondo en dos direcciones. Si se trataba de una novela y la caja la contenía entera, debía de ser más larga que *Lo que el viento se llevó*. ¿Era posible? Lisey suponía que sí. Scott siempre le mostraba su trabajo cuando terminaba y también accedía a mostrarle obras sin terminar si ella se lo pedía (un privilegio que no otorgaba a nadie más, ni siquiera a su editor de siempre, Carson Foray), pero si no se lo pedía, por lo general él no tomaba la iniciativa de enseñárselas. Y había sido un autor prolífico hasta el día de su muerte. Tanto en casa como de viaje, Scott Landon siempre escribía.

Pero ¿una novela de mil páginas? Sin duda me habría hablado de ella. Seguro que no es más que un relato que no le gustaba. ¿Y el resto, todos esos papeles embutidos de lado? Probablemente copias de sus primeras novelas. O galeradas. Lo que siempre llamaba «desechos».

Pero ¿no enviaba siempre los desechos a la Universidad de Pittsburgh cuando terminaba, para que los guardaran en la Colección Scott Landon de su biblioteca? En otras palabras, ¿para que los Incunks babearan de gusto? Y si aquellas cajas contenían copias de sus primeros manuscritos, ¿por qué había más copias (en su mayoría copias con papel carbón de la prehistoria) en los armarios etiquetados como ALMACÉN de la planta superior? Y ahora que lo pensaba, ¿y los cubículos situados a ambos lados del antiguo gallinero? ¿Qué habría guardado allí?

Alzó la mirada, casi como si fuera Superwoman y fuera capaz de desentrañar la respuesta con su visión de rayos X, y fue entonces cuando el teléfono de la mesa volvió a sonar.

4

Se acercó a la mesa y descolgó el auricular con un sentimiento a caballo entre el temor y la exasperación..., aunque más cerca de la segunda. Cabía la posibilidad, aunque remota, de que Amanda hubiera decidido cortarse una oreja a lo Van Gogh o rebanarse el cuello en lugar de hacerse cortes en el muslo o el brazo, pero Lisey lo dudaba. De toda la vida, Darla era la hermana más propensa a llamar otra vez al cabo de tres minutos y empezar la segunda conversación con un «Acabo de acordarme de que» o un «He olvidado decirte que».

—¿Qué pasa, Darl?

Unos instantes de silencio, tras el cual oyó una voz masculina que le resultaba familiar.

—¿Señora Landon?

Esta vez fue Lisey quien guardó unos instantes de silencio mientras repasaba mentalmente una lista de nombres masculinos. Una lista muy corta en los últimos tiempos; era alucinante hasta qué punto la muerte de tu marido podaba el catálogo de amistades. Estaba Jacob Montano, su abogado de Portland; Arthur Williams, el asesor financiero de Nueva York, que no soltaba un dólar hasta que se lo suplicaran de rodillas (o murieran en el intento); Deke Williams, sin parentesco alguno con Arthur, el contratista de Bridgton que había convertido el pajar vacío sobre el granero en el estudio de Scott, y que también había reformado la planta superior de su casa, transformando estancias hasta entonces oscuras en paraísos de luz; Smiley Flanders, el fontanero de Motton con la provisión inagotable de chistes tanto inocentes como guarros; Charlie Haddonfield, el agente de Scott, que llamaba de vez en cuando por negocios (sobre todo relacionados con derechos internacionales y antologías de relatos); y el puñado de amigos de Scott que seguían en contacto con ella. Pero ninguna de aquellas personas llamaría a este número, aun cuando apareciera en la guía. ¿Aparecía en la guía, por cierto? No lo recordaba. En cualquier caso, ninguno de los nombres encajaba con el recuerdo (o supuesto recuerdo) de la voz que acababa de oír. Pero maldita sea...

—¿Señora Landon?

—¿Quién es? —Quiso saber.

—Mi nombre no importa, señora —replicó la voz. Pronunció la palabra «señora» de forma pintoresca.

Lisey tuvo una imagen estremecedoramente vívida de Gerd Allen Cole moviendo los labios en lo que tal vez era una plegaria silenciosa, aunque aquella suposición quedaba desmentida por el arma que llevaba en la mano de dedos largos, mano de poeta.

Te lo ruego, Señor, que no sea otro de esos, pensó. *Que no sea otro Rubio*. Sin embargo, comprobó que de nuevo sujetaba la pala de plata, que al coger el teléfono había asido el mango de madera sin pensar, y aquello parecía una promesa de que sí lo era, lo era.

—Pues a mí sí que me importa —espetó, asombrada ante la firmeza de su voz.

¿Cómo podía brotar una frase tan firme de una boca tan repentinamente seca? Y de repente, como por arte de magia, recordó dónde había oído antes aquella voz. Había sido esa misma tarde, en el contestador automático conectado al teléfono. Y no era de extrañar que la hubiera asociado enseguida, porque en la ocasión anterior la voz solo había pronunciado cuatro palabras: «Llamaré en otro momento».

—O se identifica ahora mismo o cuelgo.

Oyó un suspiro en el otro extremo de la línea, un sonido entre cansado y afable.

—No me lo ponga difícil, señora, que estoy intentando ayudarla, de verdad.

Lisey recordó las voces roncadas de la película predilecta de Scott, *La última película*, pensó de nuevo en Hank Williams cantando «Jambalaya». «Ponte elegante, sigue adelante, oh-oh».

—Voy a colgar, adiós, que le vaya bien —dijo Lisey.

Pero ni siquiera se apartó el auricular de la oreja. Todavía no.

—Puede llamarme Zack, señora. Es un nombre como cualquier otro. ¿Le parece?

—¿Zack qué?

—Zack McCool.

—Ya, y yo soy Liz Taylor.

—Usted quería un nombre, y yo le he dado uno.

En eso tenía razón.

—¿Y de dónde ha sacado este número, Zack?

—De Información.

Así que el número sí aparecía en la guía. Eso lo explicaba todo. Quizá.

—¿Quiere hacer el favor de escucharme un momento?

—Le estoy escuchando.

Escuchando... y aferrando la pala de plata... y esperando a que cambiara el viento. Quizá sobre todo esto último. Porque se avecinaba un cambio; lo percibía en cada fibra de su cuerpo.

—Señora, hace poco fue a verla un hombre para echar un vistazo a los papeles de su difunto esposo; por cierto, la acompañó en el sentimiento.

Lisey hizo caso omiso de sus últimas palabras.

—Mucha gente me ha pedido que les deje revisar los papeles de Scott después de su muerte —comentó, con la esperanza de que el hombre no fuera capaz de adivinar con qué fuerza le latía el corazón—. Y a todos les he dicho lo mismo. Algún día compartiré to...

—Ese hombre es de la universidad donde estudió su marido, señora. Dice que es el candidato más lógico, ya que de todas formas los papeles acabarán allí.

Lisey guardó silencio un instante y reflexionó sobre el modo en que su interlocutor había pronunciado «marido», algo así como «marío», como si Scott hubiera sido una fruta exótica, ahora consumida. También reflexionó sobre su pronunciación de la palabra «señora». A todas luces, no era de Maine ni del norte del país en general, y con toda probabilidad no era una persona culta, al menos en el sentido en que Scott habría empleado el término. Intuía que «Zack McCool» no

había ido a la universidad. También se dijo que, en efecto, el viento había cambiado. Ya no estaba asustada; lo que estaba, al menos de momento, era enfadada. Más que enfadada, de hecho. Cabreada como una mona.

—Woodbody —masculló con un tono de voz bajo y medio estrangulado que apenas reconoció—. Se refiere a él, ¿verdad? Joseph Woodbody. Ese Incunk hijo de la gran puta.

Se produjo otro silencio en el otro extremo de la línea.

—No entiendo, señora —repuso por fin su nuevo amigo.

Lisey se sintió completamente embargada por la rabia y dio gracias por ello.

—Creo que me entiende perfectamente. El profesor Joseph Woodbody, Rey de los Incunks, lo contrató para que me llamara y me asustara y así conseguir... ¿qué? ¿Que le dé las llaves del estudio de mi marido para que pueda revisar los manuscritos de Scott y llevarse lo que le venga en gana? ¿Es eso lo que...? ¿Realmente cree que...?

Lisey intentó contenerse; no le resultó fácil. La ira que sentía era amarga y dulce a un tiempo, y lo que le apetecía era entregarse a ella.

—Dígame una cosa, Zack. Responda sí o no. ¿Trabaja para el profesor Joseph Woodbody?

—Eso no es asunto suyo, señora.

Lisey no halló respuesta a esas palabras. La insolencia absoluta del hombre la había dejado anonadada, al menos de momento. Era lo que Scott habría llamado una

(no es asunto suyo).

absurdistad de tres pares de narices y cojones.

—Y por cierto, nadie me ha contratado para «intentar» hacer nada. —Silencio—. Quiero decir, algo. A ver, señora. Le conviene cerrar el pico y escuchar. ¿Me escucha?

Lisey siguió de pie con el auricular pegado a la oreja mientras meditaba las palabras del hombre, «¿Me escucha?», sin decir nada.

—La oigo respirar, así que sé que me escucha. Eso está muy bien. Cuando alguien me contrata, señora, le aseguro que servidor no «intenta», sino que hace. Sé que no me conoce, pero eso es su problema, no el mío. Esto no é..., no es una fanfarronada. Yo no «intento», yo hago. Va a darle a ese hombre lo que quiere, ¿me entiende? Él me llamará por teléfono o me enviará un correo electrónico con una clave especial que tenemos y me dirá: «Todo va bien, ya tengo lo que quiero». Si no me dice na..., nada en un espacio de tiempo determinao, iré a su casa y le haré daño. Le haré daño en sitios que no se dejaba tocá por los chicos en el baile del instituto.

Lisey había cerrado los ojos en algún punto de aquel extenso discurso, que

daba la impresión de ser un texto memorizado. Percibió que las lágrimas le rodaban por las mejillas, y no sabía si eran lágrimas de rabia o de...

¿Vergüenza? ¿Era posible que fueran lágrimas de vergüenza? Sí, había algo vergonzante en el hecho de que un desconocido le hablara de ese modo. Era como llegar a una escuela nueva y que el profesor te regañara el primer día.

A hacer puñetas, babyluv, dijo Scott. *Ya sabes lo que tienes que hacer.*

Y así era. En una situación como aquella, o te ponías las pilas o no. A decir verdad, Lisey nunca se había encontrado en una situación como aquella, pero una cosa no quitaba la otra.

—¿Señora? ¿Entiende lo que le acabo de decir?

Sabía lo que quería contestarle, pero podía ser que él no lo entendiera, así que Lisey decidió emplear un término más corriente.

—¿Zack? —musitó.

—Sí, señora —replicó él en el mismo tono, tal vez creyendo que estaban juntos en una especie de conspiración.

—¿Me oye?

—Poco, pero... sí, señora.

Lisey aspiró una profunda bocanada de aire y la retuvo unos instantes mientras imaginaba al hombre que decía «na» en vez de «nada» y «marío» en vez de «marido». Lo imaginó con el teléfono pegado a la oreja, esforzándose por oírla. Cuando la imagen se definió con toda claridad en su mente, pasó a la acción.

—¡VÁYASE A TOMAR POR EL CULO! —vociferó a voz en cuello.

Lisey colgó el teléfono con tanta fuerza que de la base salió despedida una auténtica polvareda.

5

El teléfono empezó a sonar de nuevo casi al instante, pero Lisey no tenía ningunas ganas de seguir conversando con «Zack McCool». Sospechaba que toda posibilidad de sostener lo que los presentadores de televisión llamaban un diálogo se había esfumado. Tampoco es que le interesara sostener un diálogo, ni escucharlo, ni pulsar el botón del contestador y descubrir que el hombre había abandonado aquel tono de afabilidad cansina y ahora tenía ganas de llamarla puta, zorra o guarra. Siguió el cable del teléfono hasta la pared (la caja estaba cerca de las cajas de cartón) y tiró de la clavija. El teléfono enmudeció en medio del tercer timbrazo. Adiós, «Zack McCool», al menos de momento. Suponía que cabía la

posibilidad de que tuviera que tratar con él (o acerca de él) más adelante, pero ahora mismo tenía que ocuparse de Manda. Por no hablar de Darla, que la esperaba y contaba con ella. Volvería a la cocina, descolgaría las llaves del coche del gancho... y dedicaría dos minutos a cerrar la casa, algo que no siempre se molestaba en hacer durante el día.

La casa y el granero y el estudio.

Sí, sobre todo el estudio, en el que se negaba a pensar en mayúsculas, como siempre había hecho Scott, como si aquel espacio fuera la hostia en verso. Pero hablando de hostias en verso...

Volvió a escudriñar el interior de la primera caja. No había cerrado las pestañas, de modo que no le costó vislumbrar el contenido.

IKE VUELVE A CASA

De Scott Landon

Impulsada por la curiosidad y por el hecho de que, a fin de cuentas, aquello apenas le llevaría un instante, Lisey apoyó la pala de plata contra la pared, levantó la página del título y miró debajo. En la segunda página vio escrito lo siguiente:

Ike volvió a casa zumbando, y todo iba bien. ¡DÁLIVA! ¡FIN!

Nada más.

Lisey se quedó mirando la página durante casi un minuto entero, a pesar de que sabía que tenía muchas cosas que hacer. Sintió de nuevo un hormigueo en la piel, pero esta vez fue una sensación casi agradable..., bueno, sin el casi. Sus labios se curvaron en una sonrisita perpleja. Desde que acometiera la tarea de vaciar su estudio, desde que perdiera los papeles y destrozara lo que a Scott le gustaba llamar su «rincón de los recuerdos», para ser exactos, Lisey había sentido su presencia..., pero nunca tan cerca como ahora. Nunca tan real. Introdujo la mano en la caja y hojeó el grueso fajo de folios, bastante segura de lo que descubriría. Y así fue. Todas las hojas estaban en blanco, al igual que las que yacían atravesadas en el fondo. En el vocabulario infantil de Scott, un zumbido era un viaje corto, y una dáliva..., bueno, eso era un poco más complicado, pero en ese contexto significaba casi con toda seguridad un chiste o una broma inofensiva. Aquella gigantesca falsa novela era la idea que Scott tenía de un chiste graciosísimo.

¿Y las otras dos cajas? ¿Y las que llenaban los cubículos de enfrente? ¿Tan sofisticada era la broma? Y en ese caso, ¿quién era la víctima? ¿Ella? ¿Los Incunks como Woodbody? Tenía cierto sentido, porque a Scott le gustaba burlarse de los tipos a los que llamaba «locos por el texto», pero aquella idea apuntaba una

posibilidad bastante espantosa, a saber, que hubiera intuido su

(Murió Joven).

inminente ataque

(Murió Antes De Tiempo).

y no le dijera nada. Lo cual a su vez planteaba una pregunta: ¿Le habría hecho caso Lisey en caso de que él se lo dijera? La primera respuesta que le acudió a la mente fue que no, que ella era la práctica de los dos, la que revisaba el equipaje de Scott para cerciorarse de que llevaba suficiente ropa interior y llamaba a la compañía aérea con antelación para comprobar si los vuelos salían puntuales. Pero recordaba la sangre de sus labios convertida en una sonrisa de payaso, recordaba el día en que le explicó, con lo que pareció una lucidez absoluta, que era peligroso comer fruta fresca tras la puesta de sol, y que convenía evitar cualquier alimento entre medianoche y las seis de la mañana. Según Scott, la «comida nocturna» a menudo era venenosa, y en su boca se antojaba del todo lógico. Porque...

(calla).

—Le habría creído, y punto —susurró.

Bajó la cabeza y cerró los ojos para contener unas lágrimas que no afloraron. Los ojos que habían llorado al oír el discurso ensayado de «Zack McCool» estaban más secos que el desierto. ¡Puñeteros ojos!

Desde luego, los manuscritos embutidos en los atestados cajones de su mesa y el archivador principal de arriba no eran dálivas, eso lo sabía. Algunos eran copias de relatos publicados, y otros eran versiones alternativas de dichos relatos. En la mesa que Scott llamaba el Gran Jumbo de Dumbo, Lisey había identificado al menos tres novelas inacabadas y lo que parecía una novela corta terminada... Anda que no habría babeado el tal Woodbody. Asimismo, había media docena de relatos acabados que a Scott por lo visto no le gustaban lo suficiente para enviarlos a la editorial, casi todos ellos bastante antiguos a juzgar por los tipos de letra. Lisey carecía de los conocimientos necesarios para discernir qué era basura y qué era un tesoro, pero estaba convencida de que todo ello resultaría de gran interés para los estudiosos de Landon. Sin embargo esta... dáliva, por emplear el término de Scott...

De nuevo asía el mango de la pala de plata, esta vez con más fuerza. Era un objeto real en un mundo que de repente se le antojaba una enorme tela de araña. Lisey abrió de nuevo los ojos.

—Scott, ¿es una broma o sigues jugando conmigo?

No obtuvo respuesta. Como era de esperar. Y tenía un par de hermanas que requerían su atención. A buen seguro, Scott habría comprendido que relegara aquel asunto a segundo plano por el momento.

En cualquier caso, decidió llevar consigo la pala.
Le gustaba sentir su peso en la mano.

6

Lisey conectó de nuevo el teléfono y salió a toda prisa, antes de que el maldito trasto empezara a sonar otra vez. Fuera se estaba poniendo el sol, y se había levantado un considerable viento del oeste, lo cual explicaba la corriente que había percibido al abrir la puerta para contestar a la primera de las dos inquietantes llamadas. Nada de fantasmas, babyluv. El día se le estaba haciendo larguísimo, pero aquel viento, encantador y en cierto modo fino, como el que había sentido en el sueño de la noche anterior, la calmó y la refrescó. Cruzó desde el granero hasta la cocina sin temer que «Zack McCool» la acechara en las inmediaciones. Sabía bien cómo sonaban las llamadas realizadas desde móviles en aquella zona, entrecortadas y apenas audibles. Según Scott, se debía a las torres de alta tensión, que Scott siempre llamaba «estaciones de reabastecimiento para OVNIS». En cambio, había oído a su amigo «Zack» con claridad prístina. Ese Fan del Espacio Exterior la había llamado desde un fijo, y Lisey dudaba de que sus vecinos le hubieran prestado el teléfono para que pudiera amenazarla a sus anchas.

Cogió las llaves del coche y se las guardó en el bolsillo lateral de los vaqueros (ajena al hecho de que aún llevaba el Cuadernillo de las Obsesiones de Amanda en el bolsillo posterior, aunque repararía en ello a su debido tiempo); también cogió el llavero más voluminoso del que colgaban todas las llaves del imperio doméstico de los Landon, cada una de ellas aún etiquetada con la pulcra caligrafía de Scott. Cerró la casa a cal y canto antes de regresar al granero para cerrar las puertas correderas y la entrada al estudio de Scott, situada en lo alto de la escalera exterior. Al terminar se dirigió hacia el coche con la pala al hombro y su sombra flotando junto a ella sobre la tierra del patio, a la luz de los últimos rayos rojizos del sol de junio.

IV

Lisey y la dáliva sangrienta (El mal rollo)

1

El trayecto hasta la casa de Amanda por la ensanchada y reasfaltada carretera 17 llevaba apenas un cuarto de hora, aun teniendo que aminorar la velocidad en el semáforo intermitente que regulaba el cruce con Deep Cut Road en dirección a Harlow. Lisey dedicó más tiempo del que quería pensando en dálivas en general y en una en particular. La primera. Y esa no había sido una broma.

—Pero la idiota de Lisbon Falls fue y se casó con él a pesar de todo — exclamó en voz alta con una carcajada.

Retiró el pie del acelerador. A su izquierda vio el supermercado de Patel, junto a los surtidores de gasolina de Texaco sobre el limpio asfalto negro y bajo los cegadores focos blancos. De repente, la acometió el apremiante impulso de entrar y comprar un paquete de cigarrillos, de Salem Light. Y ya que estaba, podía comprar una caja de esas rosquillas Nissel que tanto le gustaban a Amanda, las de calabaza, y tal vez unos pastelitos de chocolate para ella.

—Mira que estás loquita —se regañó con una sonrisa al tiempo que pisaba el acelerador a fondo.

El supermercado fue alejándose. Lisey conducía con los faros de cruce pese a que quedaba bastante luz. Al mirar por el retrovisor vio la ridícula pala de plata tirada en el asiento trasero.

—Mira que estás loquita —repitió, esta vez con una sonora carcajada.

¿Y qué? ¿Y qué si estaba loquita?

2

Lisey aparcó detrás del Prius de Darla, y estaba a medio camino de la puerta de la cuidada casita estilo Cape Cod de Amanda cuando Darla salió a su encuentro casi a la carrera e intentando contener las lágrimas.

—Gracias a Dios que has llegado —exclamó.

Y al ver la sangre que manchaba las manos de Darla, Lisey pensó de nuevo en dálivas, en su futuro marido surgiendo de la oscuridad y tendiéndole una mano que ya no parecía una mano.

—Darla, ¿qué...?

—¡Lo ha vuelto a hacer! Esa zorra chalada se ha vuelto a cortar. Lo único que he hecho es ir al lavabo... La he dejado bebiendo té en la cocina... «¿Estás bien, Manda?», le he preguntado..., y entonces...

—A ver —la interrumpió Lisey, obligándose a parecer calmada cuando menos.

Siempre había sido la calmada o como mínimo la que ponía cara de calmada, la que decía cosas como «A ver» o «Quizá no hay para tanto». ¿Acaso no era esa la misión de la hermana mayor? Bueno, tal vez no cuando la hermana mayor estaba loca de atar.

—No se va a morir ni nada, pero... menuda porquería —farfulló Darla.

Y entonces rompió a llorar.

Claro, ahora que he llegado te desmoronas, pensó Lisey. Nunca se os ocurre que la pequeña Lisey también pueda tener problemas, ¿eh?

Darla se sonó una fosa nasal y luego la otra sobre el césped cada vez más oscuro de Amanda con sendos bufidos muy poco femeninos.

—Qué increíble porquería, puede que tengas razón, puede que un lugar como Greenlawn sea la solución..., si es privado... y discreto... Es que no sé... a lo mejor tú puedes hacer algo..., probablemente sí, a ti te hace caso, siempre te ha hecho caso, yo ya no puedo más...

—Venga, Darl —murmuró Lisa en tono tranquilizador.

Y en aquel momento tuvo una relevación; no quería fumar. Fumar era un mal hábito del pasado. El tabaco estaba igual de muerto que su difunto marido, que se había desplomado dos años antes durante una lectura y muerto poco más tarde en un hospital de Kentucky, dáliva, fin. Lo que ansiaba agarrar no era un Salem Light, sino el mango de la pala de plata.

Un consuelo que no hacía falta encender.

¡Es una dália, Lisey!

Lo oyó de nuevo al encender la luz de la cocina de Amanda. Y también lo vio, caminando por el césped oscuro detrás de su piso de Cleaves Mills. Scott, que podía ser un loco, Scott, que podía ser valiente, Scott, que podía ser ambas cosas al mismo tiempo en las circunstancias propicias.

¡Y no una dália cualquiera, sino una dália sangrienta!

Detrás del piso donde ella le había enseñado a follar, donde él le había enseñado a decir «puñeta», donde se habían enseñado mutuamente a esperar, a esperar a que cambiara el viento. Scott vadeando entre la fragancia embriagadora de las flores porque casi había llegado el verano, porque el Invernadero Parks estaba muy cerca, con las persianas abiertas para dejar entrar el aire nocturno. Scott surgiendo de aquel universo perfumado una noche de finales de primavera para aparecer bajo la luz de la puerta trasera, donde ella lo esperaba. Cabreada con él, pero no demasiado; de hecho, casi dispuesta a hacer las paces. A fin de cuentas, ya la habían dejado plantada más de una vez (aunque nunca él), y algunos novios (incluyéndole a él) se habían presentado borrachos en su casa. Y cuando lo vio...

Su primera dália sangrienta.

Y ahora se encontraba delante de otra. La cocina de Amanda estaba llena de salpicaduras, trazos y gotas de lo que Scott a veces llamaba (por lo general imitando en plan cutre al comentarista deportivo Howard Cosell) «clarete». Vio gotas rojas sobre el mostrador de luminosa formica amarilla de Manda; un rastro alargado en la puerta del microondas, manchas e incluso una pisada en el suelo de linóleo. En el fregadero había un paño de cocina empapado en sangre.

Lisey paseó la mirada por el desastre y sintió que se le aceleraba el pulso. Era natural, se dijo, era lo que le pasaba a la gente cuando veía sangre. Además, había sido un día largo y estresante. *Lo que debes recordar es que con toda probabilidad parece peor de lo que es. Seguro que se ha dedicado a esparcir la sangre por todas partes adrede; su sentido del dramatismo siempre ha funcionado a las mil maravillas. Y tú has visto cosas peores, Lisey. Lo que se hizo en el ombligo, por ejemplo. O a Scott en Cleaves. ¿Vale?*

—¿Qué? —preguntó Darla.

—No he dicho nada —replicó Lisey.

Estaban de pie en el umbral, observando a su pobre hermana, que estaba sentada a la mesa de la cocina (también de luminosa formica amarilla), con la cabeza gacha y el cabello caído sobre el rostro.

—Has dicho «vale».

—Vale, pues he dicho vale —espetó Lisey, malhumorada—. La Buena de Ma siempre decía que la gente que habla sola tiene dinero en el banco.

Y ella tenía. Gracias a Scott, tenía un poco más o un poco menos de veinte millones de dólares, según la cotización del mercado de valores.

Pero la idea del dinero parecía carecer de peso cuando te encontrabas en una cocina ensangrentada. Lisey se preguntó si Mandy nunca había usado mierda porque no se le había ocurrido. En tal caso, podían considerarse afortunadas, ¿no?

—¿Escondiste los cuchillos? —preguntó a Darla en voz baja.

—Pues claro —replicó Darla, indignada..., aunque también en un susurro—. Se lo ha hecho con los fragmentos de la puta taza de té, Lisey. Mientras yo estaba meando...

Lisey ya lo había adivinado y tomado nota de que debía ir al Wal-Mart a comprar tazas nuevas lo antes posible. Amarillo luminoso para que hicieran juego con el resto de la cocina, a ser posible, aunque el requisito más importante era que llevaran esos adhesivos que las identificaban como «irrompibles».

Se arrodilló junto a Amanda y se dispuso a cogerle la mano.

—Ahí es donde se ha cortado, Lise. En las dos palmas —explicó Darla.

Con suma delicadeza, Lisey retiró las manos de Amanda de su regazo, les dio la vuelta e hizo una mueca. Los cortes habían dejado de sangrar, pero aun así le provocaron un nudo en el estómago. Y por supuesto, le recordaron a Scott surgiendo de las sombras veraniegas y tendiéndole la mano ensangrentada como si de una puta prueba de amor se tratara, un acto de contrición por el terrible pecado de emborracharse y olvidar que habían quedado. Madre mía, y luego decían que Cole estaba loco.

Amanda se había practicado dos cortes en diagonal desde la base del pulgar hasta la base del meñique, seccionando por el camino las líneas de la vida, las del amor y todas las demás. Lisey entendía cómo se había hecho el primero, pero ¿y el segundo? Debía de haberle costado un huevo (como decía el proverbio). Pero lo había conseguido y luego se había paseado por toda la cocina como quien pone azúcar glaseado en un pastel de locura (*Eh, mira, mírame, tú no estás loquita, la que está loquita soy yo, Manda, la loquita número uno, sí, señor*). Todo ello mientras Darla estaba en el baño, evacuando un poco de limonada y secándose el felpudo, menuda eres, Amanda, además de loquita, rauda como el rayo.

—Darla..., aquí no bastarán unas tiritas y agua oxigenada, cariño. Tenemos que llevarla a urgencias.

—¡Mierda! —masculló Darla, trastornada, antes de echarse de nuevo a llorar.

Lisey escudriñó el rostro de Amanda, apenas visible entre la cortina de sus cabellos.

—Amanda —dijo.

Nada. Ningún movimiento.

—Manda.

Nada. La cabeza de Amanda seguía caída como la de una muñeca. *Maldito Charlie Corriveau*, pensó Lisey. *Puto Charlie Corriveau*. Claro que si no hubiera sido por el Pedorro, habría sido por otra cosa. Porque las Amandas del mundo estaban hechas así. Te pasabas la vida esperando a que se cayeran y pensando que era un milagro cuando no se caían, pero el milagro acababa por hartarse de vivir, de modo que se desplomaba, sufría un ataque y moría.

—Conejito Manda...

Fue el apodo infantil lo que consiguió derribar por fin la barrera. Amanda alzó la cabeza muy despacio. Y lo que Lisey vio en su rostro no fue el vacío aturdido y ensangrentado que esperaba (sí, Amanda, tenías los labios rojos, y desde luego no por obra y gracia de Max Factor), sino la expresión infantil, chispeante, altiva y traviesa, esa que indicaba que Amanda había hecho una de las suyas, y que poco después alguien lloraría a causa de ello.

—Dáliva —susurró, y la temperatura corporal de Lisey Landon pareció descender diez grados en un santiamén.

4

La llevaron al salón; Amanda caminaba con docilidad entre ellas. La sentaron en el sofá y luego volvieron al umbral de la cocina para no perderla de vista y al mismo tiempo poder seguir hablando sin que su hermana las oyera.

—¿Qué te ha dicho, Lisey? Estás blanca como un fantasma.

Lisey deseó que Darla hubiera empleado otra palabra, como por ejemplo «sábana». No le gustaba oír la palabra «fantasma», sobre todo ahora que ya se había puesto el sol. Estúpido pero cierto.

—Nada —aseguró—. Bueno..., me ha dicho «pum», como si quisiera darme un susto o algo. «Pum, Lisey, estoy cubierta de sangre, ¿qué te parece?». No eres la única que está estresada, Darl.

—Si la llevamos a urgencias, ¿qué le harán? ¿La pondrán en vigilancia por intento de suicidio o algo por el estilo?

—Es posible —reconoció Lisey.

Sentía la cabeza un poco más despejada. Aquella palabra, «dáliva», había actuado en ella como una suerte de bofetón, o como si alguien le hubiera dado a oler un frasco de sales. Claro que también le había dado un susto de muerte, pero... si Amanda tenía algo que contarle, Lisey quería saber de qué se trataba.

Tenía la sensación de que todas las cosas que le habían sucedido en los últimos tiempos, incluso la llamada de «Zack McCool», guardaban alguna relación con... ¿qué? ¿El fantasma de Scott? Qué idiotez. ¿La dália sangrienta de Scott, entonces? ¿Qué tal eso?

¿O su chaval larguirucho? ¿El del enorme costado moteado?

No existe, Lisey, nunca existió más que en la imaginación de Scott..., que a veces era lo bastante poderosa para proyectarse sobre las personas que lo rodeaban. Lo bastante poderosa para que te inquietara la idea de comer fruta de noche, por ejemplo, aun cuando supieras que no era más que una superstición infantil que nunca llegó a superar. Y lo del chaval larguirucho, tres cuartas partes de lo mismo. Lo sabes, ¿verdad?

¿Lo sabía? Entonces, ¿por qué, cuando intentaba pensar en el asunto, percibía que una especie de bruma le envolvía los pensamientos y los desmembraba? ¿Por qué aquella voz interior le ordenaba que callara?

Darla la miraba con una expresión rara. Lisey se esforzó por regresar al momento presente, junto a las personas presentes y el problema presente. Y por primera vez se fijó en el aspecto fatigado en extremo de Darla, los profundos surcos alrededor de la boca, las ojeras oscuras... La asió por la parte superior de los brazos y reparó disgustada en su tacto huesudo, así como en el espacio que quedaba entre los tirantes del sujetador y los hombros demasiado hundidos de su hermana. Lisey recordaba la envidia con que miraba a sus hermanas mayores cuando salían de casa rumbo al instituto Lisbon, hogar de los Sabuesos. Ahora Amanda estaba a punto de cumplir los sesenta, y Darla no le iba demasiado a la zaga. Se habían hecho viejas, sí, señor.

—Pero una cosa, cariño —advirtió a Darla—. En el hospital no lo llaman «vigilancia por intento de suicidio», que queda fatal, sino simplemente «observación». —No sabía cómo lo sabía, pero estaba casi segura de que era cierto—. Los tienen allí veinticuatro horas, o quizá cuarenta y ocho.

—¿Pueden hacerlo sin autorización?

—Creo que no, a menos que el paciente haya cometido un delito y lo haya llevado al hospital la policía.

—Quizá convendría que llamaras a tu abogado y se lo preguntaras. Ese Montana...

—Se llama Montano, y probablemente esté en su casa. Ese número no figura en la guía; lo tengo en la agenda, pero la agenda está en casa. Mira, Darla, creo que si la llevamos al Memorial Stephens de No Soapa, todo irá bien.

No Soapa era el nombre con el que los lugareños habían bautizado los municipios de Norway-South Paris, en el condado vecino de Oxford, municipios que además se hallaban a un día de trayecto en coche de lugares de nombres tan

exóticos como México, Madrid, Gilead, China y Corinto. A diferencia de los grandes hospitales de Portland y Lexington, el Memorial Stephens era un centro pequeño y letárgico.

—Lo más probable es que le venden las manos y nos dejen llevarla a casa sin más —comentó, y tras una pausa añadió—: Si...

—¿Si qué?

—Si es que queremos llevarla a casa. Y si es que ella quiere volver a casa. Vamos a ver, no mentiremos ni nos inventaremos ninguna historia rocambolesca, ¿vale? Si preguntan..., y seguro que preguntarán, decimos la verdad. Sí, ya lo había hecho otras veces, pero hace mucho tiempo.

—Cinco años no es tanto ti...

—Todo es relativo —la atajó Lisey—. Y si ella quiere, que explique que su exnovio acaba de aparecer con su flamante esposa y que eso la ha deprimido.

—¿Y si no habla?

—Si no habla, Darla, lo más probable es que la tengan en observación al menos veinticuatro horas, y con la autorización de nosotras dos. ¿O acaso quieres traerla de vuelta a casa mientras siga de paseo por no sé qué galaxia remota?

Darla lo meditó unos instantes, suspiró y por fin sacudió la cabeza.

—Creo que en gran parte depende de Amanda —prosiguió Lisey—. Lo primero que debemos hacer es asearla. Me meteré con ella en la ducha si hace falta.

—De acuerdo —accedió Darla mientras se mesaba el cabello muy corto—. Supongo que tienes razón.

De repente bostezó con tal intensidad que se le habrían visto las amígdalas si no se las hubieran extirpado largo tiempo atrás. Lisey observó de nuevo sus ojeras y comprendió algo en lo que habría reparado mucho antes de no ser por la llamada de «Zack».

De nuevo asió los brazos de Darla, sin fuerza pero con insistencia.

—La señora Jones no te ha llamado hoy, ¿verdad?

Darla parpadeó por la sorpresa.

—No, cariño —repuso—. Me llamó ayer, a última hora de la tarde. Vine enseguida, la curé como pude y me quedé despierta junto a ella casi toda la noche. ¿No te lo había dicho?

—No, creía que todo había pasado hoy.

—Qué tontina eres —la regañó Darla con una leve sonrisa.

—¿Por qué no me has llamado antes?

—Porque no quería molestarte. Nos ayudas tanto a todas...

—No es verdad —objetó Lisey.

Siempre se sentía dolida cuando Darla, Canty (o incluso Jodotha, por

teléfono) decían semejantes tonterías. Sabía que era una locura por su parte, pero locura o no, así era.

—Eso no es más que el dinero de Scott —señaló.

—No, Lisey, eres tú. Siempre tú. —Darla calló un instante y por fin volvió a sacudir la cabeza—. Da igual. Lo que pasa es que creí que podríamos apañárnoslas las dos solas, pero me equivoqué.

Lisey la besó en la mejilla, la abrazó y fue a sentarse junto a Amanda en el sofá.

5

—Manda.

Nada.

—Conejito Manda.

Qué puñetas, antes había funcionado.

Y en efecto, Amanda levantó la cabeza.

—Qué. Quieres.

—Tenemos que llevarte al hospital, conejito Manda.

—No. Quiero. Ir.

Mientras su hermana articulaba aquellas palabras con voz atormentada, Lisey asentía y empezaba a desabrocharle los botones de la blusa salpicada de sangre.

—Ya lo sé, pero tus pobres manos necesitan más cuidados de los que Darl y yo podemos darte. Ahora la cuestión es si después quieres volver a casa o pasar la noche en el hospital de No Soapa. Si quieres volver aquí, me quedaré contigo. — Y puede que hablemos de dálivas en general y de dálivas sangrientas en particular —. ¿Qué te parece, Manda? ¿Quieres volver aquí o crees que necesitas quedarte un tiempo en el hospital?

—Quiero. Volver. Aquí.

Cuando Lisey instó a Amanda a que se levantara para poder quitarle los pantalones de estilo militar, Amanda obedeció sin rechistar, pero, al parecer, concentrada en la lámpara del salón. Si aquello no era lo que su psiquiatra denominaba «semicatatonía», desde luego se parecía de un modo inquietante, y Lisey experimentó un profundo alivio al comprobar que las siguientes palabras de Amanda sonaban más humanas que robóticas.

—Si vamos... a un sitio..., ¿por qué me desvistes?

—Porque tienes que pasar por la ducha —repuso Lisey mientras la conducía hacia el baño—. Y también necesitas cambiarte de ropa. La que llevas está... sucia.

Miró por encima del hombro y vio que Darla recogía la blusa y los pantalones que ella había dejado caer. Amanda se dejó llevar al baño con docilidad, pero al seguirla con la mirada, Lisey sintió que se le partía el corazón. No fue a causa del cuerpo surcado de cicatrices y costras, sino del trasero de sus sencillas bragas Boxercraft. Desde hacía años, Amanda llevaba bragas estilo calzoncillo; casaban bien con su cuerpo anguloso y resultaban incluso sexys. En aquel momento, la nalga derecha de las bragas mostraba una mancha de color marrón.

Oh, Manda, pensó. Pobrecilla.

Al poco, su hermana cruzó el umbral del baño, una radiografía antisocial ataviada con sujetador, bragas y calcetines blancos. Lisey se volvió hacia Darla. Darla estaba allí. Por un instante, también aparecieron todos aquellos años de gritos Debusher. Lisey se volvió de nuevo y entró en el baño tras la mujer a la que de pequeña llamaba «hermana grande conejito Manda», que estaba de pie sobre la alfombrilla, la cabeza gacha y los brazos inertes, esperando a que acabaran de desnudarla.

Cuando Lisey se disponía a desabrocharle el sujetador, Amanda se giró con brusquedad y le asió el brazo. Tenía las manos heladas. Por un momento, Lisey estuvo convencida de que hermana grande conejito Manda lo soltaría todo, lo de las dálivas sangrientas y todo lo demás. Pero Amanda se limitó a mirarla con ojos completamente lúcidos y serenos.

—Mi Charles se ha casado con otra —dijo.

Y acto seguido apoyó la frente fría sobre el hombro de Lisey y rompió a llorar.

6

El resto de la noche recordó a Lisey lo que Scott siempre llamaba la Ley Landon del Mal Tiempo. Cuando te quedabas en la cama con la esperanza de que el huracán se desviara mar adentro, la tempestad giraba hacia la costa y te arrancaba la casa de cuajo. En cambio, cuando madrugabas y te protegías de la tormenta, la cosa quedaba reducida a una mera brisa.

«Entonces, ¿qué sentido tiene todo?», le había preguntado Lisey.

Estaban acurrucados en la cama..., alguna cama, una de las primeras, relajados después de hacer el amor, él con uno de sus Herbert Tareyton y un cenicero sobre el pecho, mientras fuera soplabla un vendaval de aúpa. Lisey no recordaba de qué cama, qué vendaval, qué tormenta o qué año se trataba.

«PPCCN», había replicado Scott. Eso lo recordaba, aunque en el primer

momento creyó que no había oído bien.

¿Pepececene? ¿Qué significa Pepececene?

Scott apagó el cigarrillo y dejó el cenicero sobre la mesilla, junto a la cama. Luego le cogió el rostro entre las manos, cubriéndole las orejas y alejando así el mundo entero de ella por unos instantes. La besó en los labios y apartó las manos para que Lisey pudiera oírlo. Scott Landon siempre quería ser oído.

«PPCCN, babyluv. Ponte las Pilas Cuando lo Consideres Necesario».

Lisey reflexionó unos instantes (no era tan rápida como Scott, pero por lo general acababa pillando las cosas) y por fin comprendió que PPCCN era lo que Scott llamaba un agrónimo. *Ponte las Pilas Cuando lo Consideres Necesario*. Le gustaba. Era bastante absurdo, lo que hacía que aún le gustara más. Se echó a reír. Scott se unió a sus carcajadas, y al poco estaba tan dentro de ella como ambos estaban dentro de la casa mientras el formidable vendaval aullaba en el exterior.

Con Scott siempre se había reído mucho.

7

Lisey volvió a pensar varias veces en el dicho de Scott acerca de la tempestad que no llegaba cuando te protegías de ella antes de que la excursión a urgencias tocara a su fin y regresaran a la bien aislada casita estilo Cape Cod de Amanda, situada entre Castle View y la carretera de Harlow Deep Cut. Para empezar, Amanda aportó su granito de arena al recuperar buena parte de su vitalidad. Por morboso que resultara, Lisey no dejaba de pensar en aquellas bombillas casi gastadas que brillaban con fuerza durante una o dos horas antes de extinguirse para siempre. El cambio positivo empezó en la ducha. Lisey se desvistió y entró en la ducha con su hermana, que al principio se limitó a permanecer inmóvil con los hombros hundidos y los brazos colgando como un mono. En un momento dado, a pesar de utilizar el cabezal de mano y tener mucho cuidado, Lisey no pudo evitar verter un poco de agua caliente en el corte de la mano izquierda.

—¡Au! ¡Au! —gritó Manda al tiempo que le apartaba el brazo—. ¡Me has hecho daño, Lisey! Haz el favor de tener cuidado, ¿quieres?

Lisey le replicó en el mismo tono (Amanda no habría esperado menos de ella, aun estando ambas completamente desnudas), pero experimentó un gran alivio al advertir el enfado en la voz de su hermana, porque denotaba una notable lucidez.

—Bueno, usted perdone, señorita, pero no soy yo quien se ha cortado la mano con un trozo de taza.

—¿Y qué querías que hiciera si no podía cortársela a él? —espetó Amanda.

Y dicho aquello lanzó una asombrosa retahíla de impropiedades contra Charlie Corriveau y su flamante esposa, una mezcla de obscenidades adultas e insultos infantiles que llenó a Lisey de sorpresa, regocijo y admiración.

—Así que hijo de puta cabrón de mierda, ¿eh? Vaya, vaya —comentó cuando su hermana se detuvo para tomar aliento.

—Que te den, Lisey —masculló Amanda, ceñuda.

—Si de verdad quieres volver a casa esta noche, yo que tú no emplearía ese lenguaje con el médico que te atienda.

—¿Te crees que soy imbécil?

—No, solo que... bastará con decirle que estabas enfadada con él.

—Me vuelven a sangrar las manos.

—¿Mucho?

—Solo un poco. Será mejor que me pongas un poco de vaselina.

—¿En serio? ¿No te dolerá?

—Lo que duele es el amor —declaró Amanda en tono solemne... y de repente lanzó una risita que aligeró el corazón de Lisey.

Una vez Darla y ella acomodaron a Amanda en el BMW de Lisey, y ya rumbo a Norway, Manda se interesó por los progresos de su hermana en el estudio de Scott, casi como si aquel fuera el final de un día normal. Lisey no mencionó la llamada de «Zack McCool», pero les habló de «Ike vuelve a casa» y citó el texto íntegro de la historia: «Ike volvió a casa zumbando, y todo iba bien. ¡DÁLIVA! ¡FIN!». Quería mencionar aquella palabra, «dáliva», en presencia de Mandy, para observar su reacción.

Darla fue la primera en responder.

—Te casaste con un hombre pero que muy extraño, Lisa —comentó.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? —replicó ella.

Miró por el espejo retrovisor y vio a Amanda sentada sola en el asiento trasero. En solitario esplendor, habría dicho La Buena de Ma.

—¿Tú qué piensas, Manda?

Amanda se encogió de hombros, y por un instante Lisey creyó que esa constituiría su única reacción. Pero entonces llegó el torrente.

—Era muy suyo y ya está. Un día fui con él en coche a la ciudad; él tenía que ir a la papelería, y yo necesitaba zapatos nuevos, ya sabes, unas buenas botas para caminar por el bosque y tal. Pasamos por delante de aquella tienda de artículos de broma, Auburn Novelty. Scott no la había visto nunca y decidió que tenía que entrar sin falta. Se puso como un niño de diez años. Yo necesitaba unas botas para caminar por el bosque sin que me machacaran las ortigas, y él empeñado en comprarse la tienda entera. Polvos picapica, resortes mágicos, chicle de pimienta, vómito de plástico, gafas de rayos X... Lo puso todo sobre el mostrador, junto a

esas piruletas que cuando te las comes aparece una mujer desnuda dentro. Debió de gastarse más de cien dólares en aquella carroña fabricada en Taiwán. ¿Te acuerdas, Lisey?

Lisey se acordaba. Sobre todo recordaba el momento en que lo vio llegar a casa cargado de bolsas con caras risueñas y las palabras MUÉRETE DE RISA estampadas en ellas. Llegó con las mejillas arboladas. Y se refirió a sus compras como carroña, no mierda ni porquería, sino carroña. Era una palabra que había adquirido de ella, qué curioso. En fin, la reciprocidad era algo bueno, como decía siempre La Buena de Ma, aunque carroña era una palabra de su padre, al igual que era *Dandy Dave* quien a veces decía que las cosas que no servían para nada las «botaba». A Scott le encantaba esa expresión, afirmaba que tenía mucho más peso que «tirar» o «arrojar».

Scott con sus botines de las arcas de las palabras, de las historias, de los mitos.

El puñetero Scott Landon.

A veces pasaba un día entero sin pensar en él ni echarlo de menos. ¿Y por qué no? Llevaba una vida bastante plena, y además, a menudo había sido un hombre difícil de tratar. Un auténtico proyecto, como habrían dicho los de la quinta de su padre. Pero a veces llegaba un día, un día gris (o soleado) en que lo echaba de menos con tal intensidad que se sentía vacía, dejaba de ser mujer para convertirse en un árbol hueco y atenazado por el frío de noviembre. Así se sentía en aquel instante, con ganas de gritar su nombre para traerlo a casa, y su corazón se encogió ante la perspectiva de los años que tenía por delante, y se dijo que el amor no merecía la pena si el precio era sentirse así, aunque solo fuera durante diez segundos.

8

La mejoría de Amanda fue el primer punto positivo. El segundo fue Munsinger, el médico de guardia. En lugar de un veterano de vuelta de todo, se encontraron con un médico joven; no parecía tan joven como Jantzen, el médico al que Lisey había conocido en los últimos coletazos de la vida de Scott, pero no creía que pasara de los treinta. El tercer punto positivo, aunque si se lo hubieran dicho no lo habría creído, fue la llegada de los heridos del accidente de tráfico acaecido en Sweden.

Todavía no habían llegado cuando Lisey y Darla acompañaron a Amanda a la unidad de urgencias del Memorial Stephens; en aquel momento, la sala de espera aparecía desierta a excepción de un niño de unos diez años en compañía de su

madre. El niño sufría una erupción, y su madre no cesaba de regañarlo para que no se rascara. Seguía regañándolo cuando les hicieron pasar a uno de los cubículos. Al cabo de cinco minutos, el niño reapareció con los brazos vendados y expresión malhumorada. Su madre llevaba algunas muestras de ungüento y seguía regañándolo.

Unos minutos después, la enfermera llamó a Amanda.

—El doctor Munsinger la visitará ahora mismo, querida —anunció con fuerte acento de Maine.

Amanda miró a Lisey y a Darla con su característica expresión altiva de reina Isabel.

—Prefiero entrar sola —dijo.

—Por supuesto, Su Misteriosa Majestad —canturreó Lisey antes de sacarle la lengua.

En aquel momento le importaba un bledo si el hospital retenía a esa zorra escuálida y pesada una noche, una semana o un año entero. ¿A quién le importaba lo que Amanda hubiera susurrado en la cocina mientras Lisey estaba arrodillada junto a ella? Lo más probable era que tan solo le hubiera dicho «pum», y aun cuando se tratara de la otra palabra, ¿realmente quería volver a casa de Amanda, dormir con ella en la misma habitación e inhalar sus demenciales vapores cuando podía estar tan a gustito en su propia cama? «Puñetero caso cerrado, babyluv», habría dicho Scott.

—Pero recuerda lo que hemos hablado —advirtió Darla a su hermana mayor—. Te enfadaste y te hiciste esos cortes porque Charlie no estaba allí. Ahora ya estás mejor. Lo has superado.

Amanda le lanzó una mirada que Lisey no fue capaz de interpretar.

—Exacto —musitó—. Lo he superado.

9

Los heridos del accidente de tráfico acaecido en la pequeña población de Sweden llegaron al poco. Lisey no lo habría considerado un punto positivo si alguno de ellos hubiera estado grave, pero por lo visto no era el caso. Todos ellos caminaban por sus propios medios, y dos de los hombres se estaban riendo. Solo una de ellos, una chica de unos diecisiete años, lloraba. Tenía el cabello ensangrentado y el labio superior cubierto de mocos. Eran seis en total, a buen seguro ocupantes de dos vehículos, y un fuerte olor a cerveza manaba de los dos hombres, uno de los cuales parecía sufrir un esguince en el brazo. Acompañaban al sexteto dos enfermeros ataviados con chaqueta de East Stoneham Rescue sobre la ropa de

calle, y dos policías, uno del estado y uno de la montada. De repente, la pequeña sala de espera de urgencias estaba abarrotada. La enfermera que había llamado a Amanda «querida» asomó la cabeza para echar un vistazo, y al cabo de un instante el doctor Munsinger la imitó. Poco después, la chica sucumbió a un ataque de histeria anunciando a bombo y platillo que su madrastra la asesinaría. Momentos más tarde, la enfermera acudió para llevársela (Lisey advirtió que a ella no la llamaba «querida»), y al poco Amanda salió del BOX 2, llevando torpemente unos tubos del tamaño de una muestra. Del bolsillo izquierdo de sus holgados vaqueros sobresalía un par de recetas dobladas.

—Creo que podemos irnos —anunció con la misma altivez que antes.

Lisey se dijo que aquello era demasiado bueno para ser cierto, aun considerando la relativa juventud del médico de guardia y la llegada de los heridos. Y no se equivocaba. La enfermera asomó la cabeza por la puerta del BOX 1 como un maquinista por la ventanilla de la locomotora.

—¿Son ustedes las hermanas de la señorita Debusher? —inquirió.

Lisey y Darla asintieron. Nos declaramos culpables de los cargos, señoría.

—El doctor querría hablar con ustedes un momento antes de que se vayan.

Dicho aquello, su cabeza desapareció de nuevo en el interior de la estancia, donde la chica seguía sollozando.

En el otro extremo de la sala de espera, los dos hombres que olían a cerveza se echaron a reír de nuevo, y Lisey se dijo que, fueran cuales fuesen sus heridas, no debían de ser responsables del accidente. Y en efecto, los policías parecían centrar sus esfuerzos en un muchacho muy pálido que aparentaba la misma edad que la chica del cabello ensangrentado. Otro chico estaba llamando por el teléfono de monedas. Tenía un profundo corte en la mejilla que sin duda requeriría puntos. Un tercero esperaba su turno para llamar; no tenía heridas visibles.

Las palmas de las manos de Amanda aparecían cubiertas con una crema blanquecina.

—Dice que los puntos no aguantarían —explicó a sus hermanas casi con orgullo—. Y supongo que los vendajes se moverían. Me ha dicho que me ponga esta crema (qué mal huele, ¿verdad?) y las ponga en remojo tres veces al día durante tres días. Me ha dado una receta para la crema y otra para el líquido en el que tengo que remojarlas. También me ha dicho que intente no doblarlas demasiado, que trate de coger las cosas entre los dedos, así...

Atrapó un número prehistórico de *People* entre los dos primeros dedos de la mano derecha, lo levantó unos centímetros y lo dejó caer.

En aquel instante apareció la enfermera.

—El doctor Munsinger puede recibirlas ahora, a una de ustedes o a las dos —anunció con voz que indicaba que el tiempo apremiaba.

Lisey estaba sentada a un lado de Amanda, y Darla al otro. Se miraron por delante de su hermana sin que Amanda se diera cuenta, pues estaba observando con franco interés a las personas que ocupaban el otro extremo de la sala.

—Ve tú, Lisey —sugirió Darla—. Ya me quedo yo con ella.

10

La enfermera acompañó a Lisey hasta la entrada del BOX 2 y luego regresó junto a la chica sollozante con los labios tan apretados que apenas si se le veían. Lisey se sentó en la única silla que había y miró el único cuadro que adornaba la estancia, en el que se veía a un peludo cocker spaniel correteando por un prado lleno de narcisos. Al cabo de pocos instantes (estaba segura de que habría tenido que esperar más de no ser porque era un asunto que había que despachar cuanto antes), el doctor Munsinger entró a toda prisa y cerró la puerta tras de sí, ahogando los estruendosos sollozos de la adolescente antes de apoyar una de sus escuálidas nalgas sobre la camilla.

—Soy Hal Munsinger —se presentó.

—Lisa Landon.

Lisey le tendió la mano, y el doctor Hal Munsinger se la estrechó brevemente.

—Me gustaría obtener mucha más información sobre la situación de su hermana..., para el historial, ya sabe, pero, como sin duda puede comprobar, estoy un poco ajetreado. He pedido refuerzos, pero hasta que lleguen tengo que apañármelas solo.

—Le agradezco que me haya hecho un hueco —aseguró Lisey.

Y lo que agradecía aún más era la calma con que se oyó hablar. Era una voz que indicaba que todo estaba bajo control.

—Estoy dispuesta a certificar que mi hermana Amanda no constituye un peligro para sí misma, si es eso lo que le preocupa.

—Bueno, pues sí, me preocupa un poco, sí, pero aceptaré su palabra. Y la de ella. No es menor de edad, y en cualquier caso es bastante evidente que esto no es un intento de suicidio. —El médico, que hasta entonces estaba leyendo algo en su carpeta, alzó la vista y miró a Lisey con expresión embarazosamente penetrante—. ¿O sí?

—No.

—No. Por otro lado, no hace falta ser Sherlock Holmes para saber que no es la primera vez que se automutila.

Lisey lanzó un suspiro.

—Me ha dicho que estuvo en tratamiento psiquiátrico, pero que su psiquiatra se ha mudado a Idaho.

¿Idaho? ¿Alaska? ¿Marte? ¿A quién le importa? La cuestión es que esa zorra de los collares de cuentas se ha esfumado.

—Creo que así es —dijo en voz alta.

—Necesita volver a terapia, señora Landon, ¿de acuerdo? Lo antes posible. La automutilación no es un suicidio, al igual que no lo es la anorexia, pero sí indica una tendencia suicida, ya me entiende. —Sacó un cuadernillo del bolsillo de la bata y empezó a garabatear en él—. Voy a recomendarles un libro a usted y a su hermana. Se titula *Automutilación* y es de un hombre llamado...

—Peter Mark Stein —lo atajó Lisey.

El doctor Munsinger alzó la mirada con expresión sorprendida.

—Mi marido lo encontró después del último..., de lo que el señor Stein llama...

(su dáliva su última dáliva sangrienta).

El joven doctor Munsinger la miraba a la espera de que terminara.

(vamos Lisey dilo di «dáliva» di «dáliva sangrienta»).

Lisey salió de su ensimismamiento con un supremo esfuerzo de voluntad.

—Después de lo que Stein llama su última válvula de escape. Es el término que utiliza, ¿no?

Seguía hablando con voz serena, pero percibía las gotas de sudor intentando abrirse paso a través de los poros de las sienes. Válvula de escape o dáliva sangrienta..., todo quedaba reducido a lo mismo. Todo sigue igual.

—Creo que sí —convino Munsinger—, pero leí el libro hace bastantes años.

—Como le decía, mi marido lo encontró, lo leyó y me lo dio a leer a mí. Lo buscaré y se lo daré a mi hermana Darla. Y tenemos otra hermana que vive cerca. Ahora mismo está en Boston, pero cuando vuelva, me cercioraré de que también lo lea. Y no perderemos de vista a Amanda. Puede llegar a ser una persona difícil, pero la queremos.

—De acuerdo, con eso me basta. —El médico apeó su escuálido trasero de la camilla, y la sábana de papel que la cubría crujió—. Landon... Su marido era el escritor.

—Sí.

—La acompaño en el sentimiento.

Lisey había descubierto que aquella era una de las consecuencias más extrañas de haber estado casada con un hombre famoso. Transcurridos dos años de su muerte, la gente aún le daba el pésame. Imaginaba que seguiría pasando lo mismo al cabo de otros dos años. Tal vez diez. Qué deprimente.

—Gracias, doctor Munsinger.

El médico hizo un gesto de asentimiento y volvió a concentrarse en el asunto que los ocupaba, lo cual fue un alivio.

—La bibliografía relacionada con este trastorno en mujeres adultas es bastante escasa. Por lo general, la automutilación se da en...

Lisey tuvo el tiempo justo de imaginar que el médico acabaría la frase diciendo «adolescentes como esa llorona pesada de la sala contigua», porque de repente les llegó un gran estruendo procedente de la sala de espera, seguido de una cacofonía de gritos. La puerta del BOX 2 se abrió de golpe, y en el umbral apareció la enfermera. De pronto parecía más grande, como si los problemas la hubieran hinchado.

—¿Puede venir, doctor?

Munsinger salió disparado sin disculparse. Lisey lo respetó por ello: PPCCN.

Llegó a la puerta a tiempo de ver al médico a punto de derribar a la adolescente, que había asomado la cabeza por la puerta del BOX 1 para averiguar qué sucedía. Acto seguido, Munsinger chocó con una atónita Amanda, que aterrizó entre los brazos de su hermana con tal fuerza que ambas estuvieron a punto de caer al suelo. El policía del estado y el de la montada estaban junto al chico en apariencia ileso que había esperado para llamar por teléfono y que ahora yacía inconsciente en el suelo. El chico del corte en la mejilla seguía hablando por teléfono como si tal cosa. La escena recordó a Lisey un poema que Scott le había leído en cierta ocasión, un poema hermoso y terrible acerca del mundo que seguía girando sin importarle una

(carroña).

porra el dolor que sufrieras. ¿De quién era? ¿Eliot? ¿Auden? ¿El hombre que también había escrito el poema sobre la muerte del artillero de la cúpula blindada? Scott se lo habría dicho. En aquel momento habría dado hasta el último centavo por poder volverse hacia él y preguntarle quién era el autor de aquel poema sobre el sufrimiento.

11

—¿Seguro que te las arreglarás? —preguntó Darla al cabo de una hora más o menos.

Estaba junto a la puerta abierta de la casita de Amanda. La suave brisa de junio les acariciaba los tobillos y agitaba las páginas de una revista que había sobre la mesa del recibidor.

—Si me lo vuelves a preguntar te echo a patadas —espetó Lisey con una

mueca—. Todo irá bien. Nos tomaremos un poco de leche con cacao... La ayudaré, puesto que le resultará difícil manejar una taza en su est...

—Hombre, y teniendo en cuenta lo que ha hecho con la última... —la interrumpió Darla.

—Y luego a la cama. Dos solteronas Debusher sin consolador.

—Muy graciosa.

—Mañana nos levantaremos temprano, desayunaremos café y cereales, iremos a la farmacia a comprar los medicamentos, volveremos aquí para ponerle las manos en remojo, y luego, querida Darla, será tu turno.

—Si lo tienes claro...

—Clarísimo. Vete a casa y dale de comer al gato.

Darla le lanzó una última mirada escéptica, seguida de un beso en la mejilla y su característico abrazo ladeado. Luego recorrió el sendero de entrada en dirección a su coche diminuto. Lisey cerró la puerta con llave y miró a Amanda, que estaba sentada en el sofá, ataviada con un camisón de algodón, serena y en paz. Le acudió a la mente el título de una vieja novela romántica gótica..., una que quizá había leído de adolescente: *Habladme, señora*.

—Manda —musitó.

Amanda alzó la vista hacia ella, y aquellos ojos azules marca Debusher la miraron tan abiertos y confiados que Lisey no creyó que pudiera conducirla hacia la conversación que quería tener sobre Scott y las dálivas, Scott y las dálivas sangrientas. Si Amanda hablaba por iniciativa propia, quizá mientras yacían juntas en la oscuridad del dormitorio, de acuerdo, pero dirigirla hacia allí después del día que había pasado era harina de otro costal.

Tú también has tenido un día de aquí te espero, pequeña Lisey.

Cierto, pero no creía que eso justificara perturbar la paz que se leía en la mirada de Amanda.

—¿Qué pasa, Lisey?

—¿Te apetece un poco de leche con cacao antes de acostarte?

Amanda sonrió, un gesto que le quitó muchos años de encima.

—Me encantaría.

Así que tomaron la leche con cacao, y al ver que le costaba sostener la taza, Amanda encontró una caña de plástico estrambóticamente rizada, un trasto que habría encajado a la perfección en la tienda de artículos de broma Auburn Novelty, en uno de los cajones de la cocina. Antes de sumergirla, la sostuvo en alto (pinzada entre dos dedos, tal como le había indicado el médico).

—Mira, Lisey, es mi cerebro.

Durante un instante, Lisey se la quedó mirando con la boca abierta de par en par, incapaz de creer que Amanda acababa de hacer un chiste. Y luego se echó a

reír a carcajadas. De hecho, las dos se echaron a reír a carcajadas.

12

Se tomaron la leche con cacao, se turnaron para cepillarse los dientes tal como habían hecho tanto tiempo atrás en la granja donde se habían criado, y se acostaron. Con la lámpara de la mesilla de noche apagada y el dormitorio sumido en la oscuridad, Amanda pronunció el nombre de su hermana.

Uy, allá vamos, pensó Lisey con cierta inquietud. Otra diatriba sobre el figura de Charlie. O... ¿empezará hablar de la dáliva? ¿Querrá hablar de ello, a fin de cuentas? Y en tal caso, ¿realmente quiero oírlo?

—¿Qué, Manda?

—Gracias por ayudarme —dijo Amanda—. La crema que me ha puesto el médico alivia mucho.

Y dicho aquello se tendió de costado.

Lisa estaba atónita una vez más. ¿Eso era todo? Por lo visto, así era, porque al cabo de uno o dos minutos la respiración de Amanda se suavizó hasta adquirir el ritmo característico del sueño. Tal vez despertara en plena noche porque necesitara tomar un analgésico, pero de momento había caído en brazos de Morfeo.

Lisey no esperaba tener la misma suerte. No había dormido acompañada desde la noche antes de que su marido emprendiera aquel último viaje, por lo que había perdido la costumbre. Además, tenía que pensar en «Zack McCool», por no hablar del jefe de «Zack», ese Incunk hijo de puta de Woodbody. No tardaría en hablar con Woodbody. Mañana mismo. Mientras tanto, lo mejor que podía hacer era resignarse a varias horas de insomnio, quizá a la noche entera, con las dos o tres últimas horas en la mecedora que Amanda tenía en la planta baja..., si es que encontraba algo que mereciera la pena leer en la biblioteca de su hermana...

Habladme, señora, pensó. Puede que lo escribiera Helen McInnes. Desde luego, no lo escribió el hombre que compuso el poema sobre el artillero de la cúpula blindada...

Y en medio de aquel pensamiento, Lisey se sumió en un sueño profundo, sin imágenes de la alfombra mágica de PILLSBURY ni de ninguna otra clase.

13

Despertó en la zanja más tenebrosa de la madrugada, cuando la luna ya se ha puesto y el tiempo deja de existir. Apenas era consciente de que estaba despierta, o de que se había acurrucado contra la cálida espalda de Amanda como antaño se acurrucaba contra Scott, ni de que había acoplado las rodillas a la cara posterior de las rodillas de su hermana como antes hiciera con Scott... En su cama, en cien camas de motel. Qué coño, en quinientas, tal vez en setecientas. ¿He oído mil? ¿Alguien da mil? Vamos, amigos, que alguien suba a mil. Estaba pensando en dálivas y dálivas sangrientas. En PPCCN y en que a veces lo único que puedes hacer es agachar la cabeza y esperar a que cambie el viento. Estaba pensando en que si las tinieblas adoraban a Scott, entonces eso era amor verdadero, sí, señor, porque también él las adoraba, había bailado con ellas por la pista de los años hasta que por fin las tinieblas se lo habían llevado.

Me estoy metiendo otra vez en arenas movedizas, pensó.

Y el Scott al que conservaba en la cabeza (o al menos creía que se trataba de ese Scott, pero no lo sabía a ciencia cierta), respondió: *¿En qué arenas movedizas, Lisey? ¿De cuáles se trata ahora, babyluv?*

Regreso al presente, pensó ella.

Y Scott replicó: *Aquella película se llamaba Regreso al futuro. La vimos juntos.*

Y ella pensó: Esto no es una película, es nuestra vida.

Y Scott dijo: ¿Te has puesto las pilas, baby?

Y ella pensó: ¿Por qué me he enamorado de semejante...?

14

Es un idiota, está pensando. Es un idiota, y yo tres cuartos de lo mismo por perder el tiempo con él.

Sigue con la mirada clavada en el jardín trasero, reacia a llamarlo pero algo nerviosa porque salió por la puerta de la cocina para perderse en la oscuridad del jardín hace ya diez minutos. ¿Qué estará haciendo? Ahí abajo no hay más que setos y...

De un lugar no demasiado lejano le llega el chirrido de neumáticos, el tintineo de vidrios rotos, el ladrido de un perro y el alarido de un borracho. Los sonidos clásicos de una población universitaria un viernes por la noche, en otras palabras. Lisey se siente tentada de llamarlo, pero si lo hace, aun cuando solo grite su nombre, él sabrá que ya no está cabreada con él. Al menos, ya no tanto.

De hecho, no lo está, pero la cuestión es que Scott ha elegido un mal viernes

para presentarse borracho por sexta o séptima vez, y escandalosamente tarde por primera vez. Habían quedado para ir a ver una película que Scott se moría de ganas de ver, de un director sueco, y Lisey solo esperaba que la dieran doblada en lugar de subtitulada. Así pues, había engullido a toda prisa una ensalada al llegar del trabajo, pensando que Scott la llevaría a comer una hamburguesa al Bear's Den después del cine. (Y si no lo hacía, lo llevaría ella a él). En un momento dado sonó el teléfono, y Lisey creyó que sería él. Deseó que hubiera cambiado de opinión y decidido llevarla a ver la película de Redford en el centro comercial de Bangor (y por favor, Dios mío, nada de ir a bailar a The Anchorage después de pasar ocho horas de pie). Pero era Darla, que en apariencia la llamaba «para charlar», pero que no tardó en ir al grano, es decir, en empezar a machacarla (otra vez) por largarse al País de Nunca Jamás (palabras textuales de Darla), dejándolas a ella, Amanda y Cantata al cargo de todos los problemas (con lo cual hacía referencia a La Buena de Ma, que en 1979 ya se había convertido en la Gorda de Ma, la Ciega de Ma y, lo que era aún peor, la Chalada de Ma), mientras Lisey se dedicaba a «juguetear con los universitarios». Como si trabajar de camarera ocho horas al día fuera un juego. Para Lisey, el País de Nunca Jamás, era una pizzería situada a cuatro kilómetros del campus de la Universidad de Maine, y los Niños Perdidos eran en su mayoría chicos de fraternidad que se pasaban la vida intentando meterle mano. Dios sabía que su vago sueño de matricularse en unos cuantos cursos, tal vez nocturnos, se había esfumado por completo. No es que le faltara cerebro, sino tiempo y energía. Escuchó la diatriba de Darla intentando no perder los estribos, pero, por supuesto, los perdió y acabaron gritándose a doscientos kilómetros de distancia por toda la historia que compartían. Fue lo que su novio habría calificado sin duda de chorrada total y absoluta, y terminó con las sempiternas palabras de Darla:

—Haz lo que te dé la gana. Lo harás de todas formas, como siempre.

Después de aquella llamada ya no le apetecía la porción de tarta de queso que se había traído del restaurante para tomar de postre, y menos aún ir a ver una película de Ingmar Bergman..., pero sí le apetecía ver a Scott. Sí. Porque a lo largo de los últimos meses, y sobre todo a lo largo de las últimas cuatro o cinco semanas, ha llegado a depender de él de un modo peculiar. Quizá resulte un poco cursi, es probable, pero experimenta una sensación de seguridad cuando Scott la rodea con sus brazos, una sensación que no ha experimentado con ningún otro chico. Lo que sentía con y hacia casi todos ellos era impaciencia o recelo (en ocasiones lujuria pasajera). Pero Scott desprende bondad, y desde el primer momento percibió interés en él..., un interés por ella que apenas podía creer, porque Scott es mucho más inteligente que ella y además tiene tanto talento... Aunque para Lisey la bondad pesa más que estos dos atributos. Pero, en cualquier

caso, sí cree en su interés. Y Scott hablaba un lenguaje que Lisey absorbió con gran ansia desde el principio. No es el lenguaje de los Debusher, pero sí un lenguaje que ella conoce muy bien, como si siempre lo hubiera hablado en sueños.

Pero ¿de qué sirve hablar un lenguaje especial si no tienes con quién hablarlo? ¿O alguien en cuyo hombro llorar? Eso era lo que necesitaba esa noche. Nunca le había hablado de su puta familia chiflada..., perdón, puñetera familia chiflada en el lenguaje de Scott, pero tenía intención de hacerlo hoy. Tenía que hacerlo, ya que de lo contrario estallaría. Mientras esperaba intentó convencerse a sí misma de que al fin y al cabo Scott no sabía que acababa de tener la discusión más espantosa del mundo con la zorra de su hermana mayor, pero cuando dieron las seis, luego las siete, luego las ocho... (¿He oído las nueve? ¿Alguien da las nueve? Que alguien me dé las nueve). Y mientras intentaba comer un poco más de tarta de queso y por fin la tiraba a la basura porque estaba demasiado cabreada, puñeta..., no, demasiado cabreada, joder... Tenemos las nueve, ¿alguien da las diez?, son las diez y ni rastro del Ford del 73 con su único faro inseguro aparcando delante de su piso de North Main Street, y ella cada vez más cabreada, que alguien me dé furiosa.

Estaba sentada delante del televisor, con una copa de vino casi intacta y un documental de naturaleza desatendido en la pantalla. El cabreo había dado lugar a un estado de furia, y fue entonces cuando se convenció de que Scott no la dejaría plantada del todo. Representaría la escena, como solía decirse. Con la esperanza de mojar el churro. Podía hablarse también de echar un quiqui, meter la primera o sacarle brillo a la mecha. Qué típicos del País de Nunca Jamás eran todos ellos, y mientras esperaba ahí sentada, aguzando el oído para oír el sonido del Ford Fairlane del 73 de su Niño Perdido particular, imposible confundir el gorgoteo ronco del motor, debía de tener un agujero en el silenciador o algo, pensó en las palabras de Darla: «Haz lo que te dé la gana. Lo harás de todas formas, como siempre». Sí, y ahí estaba, la pequeña Lisey, reina del mundo, haciendo lo que le daba la gana, sentada en su pisito cutre, esperando a su novio, que llegaría borracho además de tarde, pero aún ansiosa por tener un pedazo de él, porque todos querían lo mismo, si hasta era un chiste, «Eh, camarera, tráeme el especial polvo rápido, un café con lefa y un trozo de tarta de mermelada de conejo». Ahí estaba, sentada en una incómoda silla de rastro, con los pies doloridos en un extremo del cuerpo y la cabeza embotada en el otro, mientras en la pantalla del televisor, borrosa porque las antenas del K-Mart son una puñetera porquería, una hiena devoraba un ardillón muerto. Lisey Debusher, reina del mundo, protagonista de una vida llena de *glamour*.

Pese a todo, ¿no experimentó una leve punzada de patética felicidad cuando

las manecillas del reloj pasaron las diez? Ahora, con la mirada inquieta clavada en el oscuro jardín, Lisey cree que la respuesta es sí. De hecho, sabe que la respuesta es sí. Porque mientras estaba sentada con su jaqueca y su copa de áspero vino tinto, viendo cómo la hiena daba cuenta del animalillo muerto mientras el locutor declamaba: «El predador sabe que tal vez no vuelva a comer tan bien en muchos días», Lisey estaba bastante segura de que lo amaba y de que sabía cosas que podían hacerle daño.

¿Como que él también la amaba a ella? ¿Era una de las cosas que podían hacerle daño?

Sí, pero en aquel asunto su amor por ella era secundario. Lo que importaba aquí era cómo lo veía ella, de igual a igual. Sus otros amigos veían su talento y quedaban deslumbrados por él. Ella veía cómo a veces luchaba por mirar a los ojos a los desconocidos. Comprendía que bajo su discurso inteligente y en ocasiones brillante, a pesar de sus dos novelas publicadas, ella podía hacerle mucho daño si se lo proponía. En palabras de su padre, Scott se la estaba buscando. Como había hecho a lo largo de toda su puñetera..., no, de toda su puta vida hechizada. Esta noche se rompería el hechizo. ¿Y quién lo rompería? Pues ella.

La pequeña Lisey.

Apagó el televisor, entró en la cocina con su copa de vino y la vació en el fregadero. Ya no le apetecía; ahora le sabía agrio además de áspero. *Tú lo has vuelto agrio*, se dijo. *De tan cabreada que estás*. No lo dudaba. Hay una vieja radio colocada en precario equilibrio en la repisa de la ventana, sobre el fregadero, una vieja Philco con la carcasa resquebrajada. Era del *Dandy*, quien la tenía en el granero y la escuchaba mientras trabajaba. Es la única pertenencia de su padre que Lisey conserva, y la ha colocado en la repisa de la ventana porque es el único lugar donde capta emisoras locales. Jodotha se la regaló una Navidad, y ya entonces era de segunda mano, pero cuando la desenvolvió y vio lo que era, el *Dandy* sonrió de oreja a oreja, y con qué efusividad le dio las gracias... ¡Una y otra vez! Jodi siempre había sido su favorita, y fue Jodi quien se sentó un domingo a la mesa y anunció a sus padres..., bueno, a todos ellos, en realidad, que estaba embarazada y que el chico que la había preñado se había largado para alistarse en la Marina. Quería saber si tal vez la tía Cynthia de Wolfeboro, New Hampshire, podría acogerla hasta que «dieran al bebé en adopción»... Así fue como lo expresó, como si fuera un trasto viejo para vender en el mercadillo. Su noticia provocó un desusado silencio alrededor de la mesa. Fue una de las pocas ocasiones, que Lisey recordara, en que el constante tintineo de los cubiertos contra los platos mientras siete hambrientos Debusher dejaban el asado en los huesos, cesó por completo. Al cabo de un rato, La Buena de Ma preguntó: «¿Has

hablado con Dios de esto, Jodotha?». Y Jodi, toma ya, mamá, replicó: «Es Don Cloutier quien me ha hecho el bombo, no Dios». Fue entonces cuando papá se levantó de la mesa y dejó a su hija favorita ahí sentada sin decir una sola palabra ni mirar atrás una sola vez. Al cabo de unos instantes, Lisey oyó el lejano sonido de la radio procedente del granero. Tres semanas más tarde, papá sufrió el primero de sus derrames cerebrales. Ahora Jodi ya no está (aunque aún no se ha ido a Miami, para eso faltan bastantes años) y es Lisey a quien le toca aguantar las llamadas indignadas de Darla, la pequeña Lisey, ¿y por qué? Porque Canty está de parte de Darla, y llamar a Jodi no les sirve de nada. Jodi es distinta de las demás hermanas Debusher. Darla afirma que es fría, Canty dice que es una egoísta, y ambas la tachan de indiferente, pero Lisey piensa que hay algo más, algo mejor y más sutil. De las cinco, Jodi es la única auténtica superviviente, por completo inmune a la humareda de culpabilidad que surge del viejo tipi familiar. Al principio era la abuela D quien producía aquella humareda, luego su madre, pero Darla y Canty están listas para tomar el relevo, ya conscientes de que si a ese humo venenoso y adictivo lo llamas «deber», nadie te ordenará que apagues el fuego. En cuanto a Lisey, le encantaría parecerse más a Jodi para que cuando Darla llamara pudiera echarse a reír y decir: «Que te den, Darla, quien mala cama hace, en ella se yace».

15

De pie en el umbral de la cocina. Con la mirada clavada en la suave pendiente alargada del jardín trasero. Esperando a verlo surgir de entre las sombras. Deseosa de llamarlo a gritos, sí, más que nunca, pero conteniendo su nombre entre los labios con obstinación. Se ha pasado la velada entera esperándolo, y ahora esperará un poco más.

Pero solo un poco.

Empieza a estar muy, pero que muy asustada.

16

La radio del *Dandy* solo tiene onda media. La emisora WGUY desapareció hace un montón, pero la WDER estaba poniendo viejos éxitos cuando Lisey enjuagó la copa de vino (algún héroe de los cincuenta cantaba sobre nuevos amores) y regresó al salón. Y bingo, ahí estaba, de pie en el umbral con una lata de cerveza

en una mano y su característica sonrisa torva pintada en el rostro. Probablemente no había oído el sonido del Ford a causa de la música. O el latido de la jaqueca. O ambas cosas.

—Hola, Lisey —empezó—. Siento llegar tarde, de verdad. Es que algunos del seminario avanzado de David empezamos a hablar de Thomas Hardy y...

Lisey le dio la espalda sin decir nada y entró de nuevo en la cocina para sumergirse en el sonido de la Philco, en la que ahora un montón de tíos cantaban «Shi-boom». Scott la siguió. Lisey sabía que la seguiría, porque así iban esas cosas. Sentía todas las cosas que quería decirle acumuladas en la garganta, palabras corrosivas, palabras venenosas, y una vocecilla solitaria y aterrada le suplicó que no las dijera, no a ese hombre, y ella la desterró de su mente, incapaz de hacer otra cosa a causa de la ira.

Scott señaló la radio con el pulgar.

—Es Chords, la versión original —explicó, estúpidamente orgulloso de saberlo.

Lisey se volvió hacia él.

—¿Crees que me importa una mierda quién canta en la radio después de haberme pasado ocho horas trabajando y otras cinco esperándote? Y apareces a las once menos cuarto con una sonrisa en la cara, una cerveza en la mano y una historia según la cual un poeta muerto resulta ser más importante que yo...

La sonrisa de Scott no desapareció, pero fue apagándose hasta convertirse en poco más que una comisura curvada y un hoyuelo poco profundo. Al mismo tiempo, los ojos se le llenaron de lágrimas. La voz solitaria y aterrada intentó detenerla de nuevo, pero Lisey no le hizo ningún caso. La escena se había convertido en una fiesta de cuchillos. Tanto la sonrisa casi desvanecida como el dolor creciente que empañaba sus ojos le decían cuánto la amaba Scott, y sabía que ello acrecentaba su poder para hacerle daño. Aun así, estaba decidida a cortar. ¿Por qué? Pues porque podía.

De pie en el umbral de la cocina, esperando a que vuelva, no recuerda todo lo que ha dicho, tan solo que cada cosa era un poco peor que la anterior, un poco más afilada e hiriente. En un momento dado quedó horrorizada al advertir que se parecía muchísimo a Darla en sus peores momentos, otra Debusher machacona, y para entonces la sonrisa de Scott ya había dejado de existir. La estaba mirando con expresión solemne, y Lisey se aterró al ver que sus ojos parecían enormes, ampliados por la humedad que los empañaba, tan inmensos que amenazaban con engullir su rostro. Se detuvo en medio de una frase acerca de que Scott siempre llevaba las uñas sucias y se las mordía como una rata mientras leía. Se detuvo, y por un instante no se oyó ningún ruido de motor delante de The Shamrock ni de The Mill, ni chirridos de neumáticos, ni siquiera los lejanos compases del grupo

que tocaba todos los fines de semana en The Rock. El silencio era infinito, y Lisey se dio cuenta de que quería retractarse y de que no sabía cómo. Lo más sencillo («Pero a pesar de todo te quiero, Scott, ven a la cama») no se le ocurrirá hasta más tarde. Después de la dáliva.

—Scott..., yo...

No sabía qué hacer a continuación, y por lo visto daba igual. Scott levantó el dedo índice de la mano izquierda como un profesor a punto de revelar un dato de suma importancia, y la sonrisa reapareció en su rostro. Una especie de sonrisa, en cualquier caso.

—Espera —dijo.

—¿Que espere?

Scott la miró complacido, como si Lisey hubiera comprendido un concepto muy complicado.

—Espera —repitió.

Y antes de que Lisey pudiera decir nada, Scott desapareció en la noche, con la espalda y el paso erguidos (sin vestigio alguno de borrachera), las caderas estrechas oscilando en los vaqueros. Lisey pronunció su nombre una vez, pero Scott se limitó a levantar de nuevo el dedo. Espera. Y al poco, las sombras lo engulleron.

17

Sigue escudriñando inquieta el jardín oscuro. Ha apagado la luz de la cocina creyendo que así lo verá con más facilidad, pero aún con la ayuda de la farola que alumbra el jardín contiguo, las sombras son dueñas de media pendiente. En el jardín contiguo, un perro lanza un ladrido ronco. El perro se llama Pluto, Lisey lo sabe porque ha oído a los vecinos gritar su nombre en varias ocasiones, aunque no sirve de nada. Piensa en el tintineo de vidrios rotos que ha oído hace unos instantes. Al igual que el ladrido, parecía cercano. Más cercano que los demás sonidos que pueblan esta noche ajetreada e infeliz.

¿Por qué, oh, por qué se ha tenido que poner así con él? Si ni siquiera quería ver la puñetera película sueca de marras. ¿Y por qué ha disfrutado tanto lanzándosele a la yugular? ¿Por qué ha sentido ese placer mezquino y repugnante?

No encuentra respuesta. La noche de finales de primavera despide una fragancia dulcísima. ¿Cuánto rato lleva Scott perdido en la oscuridad? ¿Dos minutos? ¿Cinco, tal vez? Parece más. Y ese tintineo de vidrios rotos, ¿tendrá algo que ver con Scott?

El invernadero está ahí abajo. Parks.

No existe razón alguna para que este pensamiento le acelere el pulso, pero se lo acelera. Y justo cuando percibe la intensificación de su ritmo cardíaco, vislumbra un movimiento exactamente detrás del punto donde sus ojos dejan de ser capaces de distinguir algo. Al cabo de un segundo, el movimiento se materializa en la forma de un hombre. Lisey experimenta un alivio que no logra disipar sus temores. No deja de pensar en los vidrios rotos. Y el hombre se mueve de un modo extraño, sin ese andar erguido y ágil de antes.

Ahora sí pronuncia su nombre, pero de sus labios apenas brota más que un susurro.

—¿Scott?

Al mismo tiempo, su mano se desliza a lo largo de la pared, buscando a tientas el interruptor que enciende la luz de la entrada.

Lo llama con voz tenue, pero la sombra que se arrastra por el césped..., sí, se arrastra, no camina, alza la cabeza en el instante en que los dedos extrañamente entumecidos de Lisey dan con el interruptor y lo accionan.

—¡Es una dáliva, Lisey! —grita cuando se enciende la luz.

No le habría salido mejor aunque lo hubiera planificado, Lisey está segura de ello. En su voz se percibe un alivio jubiloso, como si lo hubiera arreglado todo.

—¡Y no una dáliva cualquiera, sino una dáliva sangrienta!

Es la primera vez que oye esta palabra, pero no la confunde con ninguna otra. Es «dáliva», otra palabra marca Scott, y no una dáliva cualquiera, sino una dáliva sangrienta. La luz de la cocina salta al jardín para salir a su encuentro, y él tiende la mano hacia Lisey como si de un regalo se tratara; de hecho, está segura de que él lo considera un regalo, al igual que está segura de que ahí debajo sin duda sigue habiendo una mano, oh Jesús, María y Pepe el Carpintero, que siga habiendo una mano ahí debajo, porque de lo contrario acabará el libro que está escribiendo y todos los libros futuros tecleando con una sola mano. Porque el lugar donde antes se veía su mano izquierda se ha convertido en una masa roja y chorreante. La sangre fluye entre unos apéndices extendidos que supone deben de ser sus dedos, y mientras echa a correr hacia él, dando tumbos por la escalinata del porche trasero, va contando esas formas rojas extendidas, uno dos tres cuatro y, oh gracias a Dios, la quinta es el pulgar. Todo sigue ahí, pero tiene los vaqueros salpicados de sangre, y continúa extendiendo hacia ella la mano ensangrentada, la mano con la que ha atravesado uno de los gruesos vidrios del invernadero tras abrirse paso por entre el seto que delimita el jardín. Y le tiende su regalo, su acto de contrición por haber llegado tarde, su dáliva sangrienta.

—Es para ti —anuncia.

Mientras Scott habla, Lisey se arranca la blusa para envolverle esa masa roja y chorreante. La tela queda empapada al instante. Lisey percibe el calor demencial

de la sangre y sabe... ¡cómo no! por qué aquella vocecilla se ha aterrorizado tanto al escuchar las cosas que le ha dicho a Scott, y sabe lo que la vocecilla sabe desde el principio, y es que este hombre no solo está enamorado de ella, sino que también está medio enamorado de la muerte y más que dispuesto a mostrarse de acuerdo con cualquier cosa desagradable e hiriente que le diga quien sea.

¿Quien sea?

No, no del todo. No es tan vulnerable. Solo las personas a las que ama. Y de repente, Lisey cae en la cuenta de que ella no es la única que apenas ha hablado de su pasado.

—Es para ti. Para disculparme por haber olvidado nuestra cita y asegurarte que no volverá a pasar. Es una dáliva. La...

—Calla, Scott. No pasa nada. No estoy...

—La llamamos «dáliva sangrienta». Es especial. Papá nos lo explicó a mí y a Paul...

—No estoy enfadada contigo. No he estado enfadada contigo en ningún momento.

Scott se para al pie de la astillada escalinata de madera y la mira con los ojos muy abiertos, una expresión que le hace aparentar unos diez años. Lleva la mano envuelta torpemente en la blusa de Lisey como si del guantelete de un caballero se tratara. La tela, antes amarilla, se ha teñido por entero de rojo. Lisey está de pie en el césped, con los pechos cubiertos por el sujetador Maidenform, la hierba le hace cosquillas en los tobillos desnudos. La mortecina luz amarilla que los alumbraba desde la cocina proyecta una profunda sombra curvada entre sus pechos.

—¿La aceptas?

Scott la observa con una expresión de súplica infantil. El hombre que es ha desaparecido por el momento. Advierte dolor en su mirada larga y anhelante, y sabe que no se debe a la mano herida, aunque no sabe qué decir. La situación la supera. Ha hecho bien en comprimir el espantoso desastre que se ha causado al sur de la muñeca, pero ahora está paralizada. ¿Existe algo apropiado que decir? Y lo más importante, ¿existe algo inapropiado que decir? ¿Algo que le provoque un nuevo ataque?

Scott acude en su ayuda.

—Si aceptas una dáliva..., sobre todo una dáliva sangrienta, con pedir perdón es suficiente. Papá siempre lo decía. Papá se lo dijo a Paul y a mí muchas veces.

Dició, no dijo. Scott ha regresado a su gramática de niño. Dios mío.

—En tal caso, la aceptaré, porque de todas formas no quería ir a ver una peli sueca con subtítulos. Me duelen los pies. Lo único que quería era acostarme contigo. Y ahora, mira, tendremos que ir al puñetero hospital.

Scott meneaba la cabeza, despacio pero con firmeza.

—Scott...

—Si no estabas enfadada, ¿por qué me has gritado y me has dicho todas esas cosas de mal rollo?

Todas esas cosas de mal rollo. Sin duda otra postal de su infancia. Lisey toma nota de la expresión y la guarda para su ulterior revisión.

—Porque ya no podía gritarle a mi hermana —replica.

Esta respuesta le parece graciosa y se echa a reír. Ríe a carcajada limpia, y el sonido de su risa la sobresalta de tal modo que rompe a llorar. A continuación siente una especie de vértigo. Se sienta en la escalinata del porche, convencida de que está a punto de perder el conocimiento.

Scott se sienta junto a ella. Tiene veinticuatro años, el cabello casi hasta los hombros, el rostro áspero por la barba de dos días, el cuerpo muy delgado. Alrededor de la mano derecha lleva la blusa de Lisey, una de cuyas mangas se ha soltado y cuelga hasta el suelo. Scott le besa la sien palpitante y la mira con afectuosa comprensión. Cuando habla lo hace casi con total normalidad.

—Te entiendo —asegura—. La familia es una mierda.

—Y que lo digas —susurra ella.

Scott le rodea la cintura con el brazo..., el izquierdo, el que Lisey ya ha empezado a llamar el brazo de la dáliva sangrienta, su regalo para ella, su puñetero regalo chiflado de este viernes por la noche.

—No tiene por qué ser importante —prosigue Scott con voz extrañamente serena, como si no acabara de dejarse la mano reducida a una masa sanguinolenta—. Mira, Lisey, la gente puede olvidar cualquier cosa.

—¿Ah, sí? —replica ella con expresión escéptica.

—Sí. Este es nuestro momento. Tú y yo. Es lo único que importa.

Tú y yo. Pero ¿es eso lo que quiere ella? ¿Ahora que conoce la precariedad de su equilibrio? ¿Ahora que empieza a forjarse una idea de lo que puede ser la vida junto a él? Y entonces recuerda el tacto de sus labios contra la sien, aquel lugar secreto y especial, y piensa: Quizá sí. Todos los huracanes tienen ojo.

—¿Ah, sí? —repite en voz alta.

Scott guarda silencio durante unos segundos y se limita a abrazarla. De Cleave's, en el centro, les llega el ruido de motores, gritos y carcajadas enloquecidas. Es viernes por la noche, y los Niños Perdidos andan sueltos. Pero eso es en otro lugar. Aquí reina en solitario la fragancia de su alargado jardín trasero en pendiente, que dormita a la espera del verano, el sonido de Pluto ladrando bajo la farola del jardín vecino, el peso del brazo de Scott en torno a su cintura. Incluso la presión caliente y húmeda de su mano herida resulta reconfortante, marcando la piel desnuda de su costado como si de un hierro candente se tratara.

—*Baby* —dice por fin.

Silencio.

—*Babyluv* —añade.

Para Lisey Debusher, de veintidós años, harta de su familia e igual de harta de estar sola, aquello es suficiente. Por fin es suficiente. Scott la ha traído a casa, y en la oscuridad se entrega a ese Scott. Y desde ese momento hasta el final, nunca mirará atrás.

18

De nuevo en la cocina, Lisey retira la blusa y comprueba los daños. Al ver la herida experimenta otra oleada de náuseas que primero la eleva hacia la intensa lámpara de techo y luego la empuja hacia abajo, hacia la oscuridad. Le cuesta un esfuerzo sobrehumano no perder el conocimiento, y lo consigue diciéndose a sí misma *Scott me necesita, me necesita para que lo lleve a urgencias al hospital de Derry*.

De algún modo, Scott ha conseguido evitar cortarse las venas situadas tan cerca de la muñeca, un auténtico milagro, pero la palma de la mano muestra al menos cuatro cortes, con la piel colgando en algunos puntos, y tres más en lo que su padre siempre llamaba «los dedos gordos». La *pièce de résistance* es un espantoso tajo en el antebrazo, del que sobresale un triángulo de grueso vidrio verde como si de una aleta de tiburón se tratara. Se oye proferir una exclamación ahogada de impotencia cuando Scott arranca el vidrio casi con indiferencia y lo tira a la basura. Al hacerlo se sostiene la blusa empapada en sangre bajo la mano y el brazo, un gesto considerado para evitar manchar de sangre el suelo de la cocina. Pese a ello caen algunas gotas sobre el linóleo, pero, por sorprendente que parezca, apenas quedará sangre que limpiar más tarde. Hay un taburete alto en el que Lisey se sienta a veces para cortar verduras o incluso para fregar platos (cuando te pasas ocho horas al día de pie, aprovechas cualquier ocasión para sentarte), y Scott lo atrae hacia sí con el pie para poder sentarse y suspender la mano chorreante sobre el fregadero. Anuncia que le va a decir lo que tiene que hacer.

—Tenemos que ir a urgencias —apremia Lisey—. Scott, no seas tonto. Las manos están llenas de tendones y otras cosas. ¿Acaso quieres que te quede inútil? Porque podría pasar. ¡De verdad! Si te preocupa lo que puedan decir, puedes inventarte alguna historia, al fin y al cabo así te ganas la vida, y yo te respaldaré...

—Si mañana aún quieres que vaya, iremos —la interrumpe Scott.

Se comporta con normalidad absoluta, de forma racional, encantadora y casi

hipnóticamente persuasiva.

—No voy a morirme esta noche, la hemorragia casi ha parado, y además, ¿tú sabes cómo está la sala de urgencias los viernes por la noche? ¡Es un desfile de borrachos! Sería mucho mejor ir a primera hora del sábado.

La mira con una sonrisa, su característica sonrisa triunfal de bienestar que casi te exige que la correspondas, y ella intenta no hacerlo, pero empieza a perder la batalla.

—Además, los Landon nos recuperamos a toda pastilla. Nunca nos ha quedado otro remedio. Te voy a enseñar lo que tienes que hacer.

—Hablas como si hubieras atravesado muchas ventanas de invernadero con la mano a lo largo de tu vida.

—No —asegura Scott, la sonrisa algo más incierta—. Es la primera vez que lo hago. Pero tanto Paul como yo aprendimos bastantes cosas sobre heridas.

—¿Paul era tu hermano?

—Sí. Está muerto. Llena una palangana de agua caliente, ¿quieres? Pero no demasiado caliente.

Lisey arde en deseos de hacerle mil preguntas sobre aquel hermano
(*Papá se lo dijo a Paul y a mí muchas veces*).

cuya existencia desconocía, pero no es el momento. Y tampoco piensa seguir atosigándolo para que vaya a urgencias, ahora no. Si Scott accediera a ir, Lisey tendría que llevarlo allí en coche, y no está segura de poder hacerlo, porque está hecha un flan. Y además, Scott tiene razón respecto a la hemorragia; sangra cada vez menos. Gracias a Dios.

Lisey saca su palangana de plástico blanco (Mammoth Mart, setenta y nueve centavos) del armario situado bajo el fregadero y la llena de agua caliente. Scott sumerge la mano herida en ella. En el primer momento, Lisey se encuentra bien, los hilillos de sangre que flotan perezosos hacia la superficie no la afectan demasiado, pero cuando Scott introduce la otra mano y empieza a frotarse las heridas con suavidad, el agua se tiñe de rosa, y Lisey le da la espalda al tiempo que le pregunta por qué diantre vuelve a hacer sangrar las heridas.

—Quiero asegurarme de que los cortes quedan limpios —explica él—. Deberían estar limpios cuando me vaya a... —Se detiene un instante antes de proseguir—: a la cama. Puedo quedarme aquí, ¿verdad? Por favor.

—Sí —asiente ella—, claro que sí.

Pero no es eso lo que ibas a decir, piensa.

Después de limpiarse los cortes, Scott saca la mano del agua y vacía la palangana para que no tenga que hacerlo Lisey. Luego le muestra la mano mojada y reluciente. Ahora las heridas parecen menos peligrosas, pero al mismo tiempo más sobrecogedoras, como branquias de color rosado cada vez más oscuro.

—¿Puedo usar tus bolsitas de té, Lisey? Te compraré otra caja, te lo prometo. Me van a pagar derechos, cinco de los grandes. Mi agente me lo ha jurado por su madre. Le he dicho que no sabía que tuviera madre. Es broma...

—Ya sé que es broma, no soy tan tonta...

—No eres tonta en absoluto.

—¿Para qué quieres una caja entera de bolsitas de té, Scott?

—Tú tráela.

Lisey va a buscar la caja. Aún sentado sobre el taburete y procediendo con infinito cuidado, Scott vuelve a llenar la palangana de agua caliente, pero no demasiado caliente. A continuación abre la caja de las bolsitas de té.

—Es un invento de Paul —explica con entusiasmo.

El entusiasmo de un niño, se dice Lisey. *Mira qué avión más chulo he montado yo solito, mira la tinta invisible que he fabricado con el juego de química...* Scott deja caer las dieciocho bolsitas de té en el agua, que de inmediato se tiñe de un mortecino color ámbar mientras las bolsitas se hunden hasta el fondo.

—Escuece un poco, pero va super superbien. ¡Mira!

Super superbien, advierte Lisey.

Scott sumerge la mano en la infusión aguada y hace una mueca que deja al descubierto sus dientes algo torcidos y manchados.

—Duele un poco —declara—, pero funciona. Funciona super superbien, Lisey.

—Sí —asiente ella.

Es un poco estrambótico, pero imagina que tal vez el té ayude a prevenir la infección o a acelerar la cicatrización o ambas cosas. Chuckie Gendron, el encargado de la plancha en la pizzería, es un fanático de la revista *Insider*, y a veces Lisey echa un vistazo. Hace un par de semanas leyó un artículo en una de las últimas páginas según el cual el té servía para muchas cosas. Claro que el artículo compartía página con otro sobre un avistamiento del Bigfoot en Minnesota.

—Sí, supongo que tienes razón.

—Yo no, Paul —exclama él con el mismo entusiasmo y las mejillas arboladas.

Es casi como si no se hubiera hecho daño, piensa Lisey.

Scott se señala el bolsillo de la camisa con el mentón.

—Dame un cigarrillo, babyluv.

—¿Crees que te conviene fumar con la mano...?

—Que sí, que sí.

Así pues, Lisey saca el paquete del bolsillo, le pone un cigarrillo entre los

labios y se lo enciende. El humo fragante (siempre adorará ese olor) asciende en una columna azulada hacia el techo algo combado y manchado de humedad. Quiere preguntarle más cosas acerca de las dálivas, sobre todo las dálivas sangrientas. Empieza a forjarse una idea.

—Scott, ¿a ti y a tu hermano os criaron tu padre y tu madre?

—No —responde él, el cigarrillo en la comisura de los labios y un ojo entornado para protegerse del humo—. Mamá murió cuando yo nací. Papá siempre decía que la maté por tardar demasiado en salir y hacerme demasiado grandote.

Se echa a reír como si acabara de contar el chiste más gracioso del mundo, pero su risa suena nerviosa, la risa de un niño al oír un chiste verde que no acaba de entender.

Lisey guarda silencio; tiene miedo de hablar.

Scott tiene la mirada fija en el lugar donde su mano desaparece en el agua ahora teñida de té con sangre. Fuma una calada del Herbert Tareyton, y la ceniza de la punta se alarga. Aún tiene el ojo entornado, y el gesto le confiere un aspecto distinto. No desconocido, pero distinto, como...

Bueno, como un hermano mayor. Un hermano mayor muerto.

—Pero papá decía que no era culpa mía que me quedara dormido cuando llegó la hora de salir. Decía que mamá tendría que haberme dado un cachete para despertarme, pero que no lo hizo y por eso me hice tan grandote y mamá murió por eso, dáliva, fin.

Lanza otra carcajada. La ceniza cae sobre la encimera de la cocina, pero no parece reparar en ello. Sigue mirándose la mano sumergida en el té y guarda silencio.

Lo cual pone a Lisey en un brete. ¿Debe formular otra pregunta o no? Teme que Scott no le responda, que le eche un moco (sabe que los echa porque de vez en cuando ha asistido a su seminario de Autores Modernos). También teme que sí le responda, y de hecho cree que así será.

—¿Scott? —musita por fin.

—Hum.

El cigarrillo ya se ha consumido casi hasta lo que parece un filtro, pero que en el caso de los Herbert Tareyton no es más que una especie de boquilla.

—¿Tu papá hacía dálivas?

—Sí, dálivas sangrientas. Para cuando no nos atrevíamos a hacer algo o para soltar el mal rollo. Paul hacía dálivas geniales. Divertidas, como búsquedas del tesoro. Sigue las pistas. «¡Dáliva! ¡Fin!» y premio al canto. Una chocolatina o una Pepsi.

Más ceniza se desprende del cigarrillo. Los ojos de Scott siguen fijos en el té

mezclado con sangre.

—Pero papá da un beso.

Ahora la mira, y Lisey comprende de pronto que Scott sabe todo lo que ella no ha osado preguntarle y está intentando responder lo mejor posible. En la medida en que se atreve.

—Es el premio de papá. Un beso cuando cesa el dolor.

19

Lisey no tiene en el botiquín vendas que le parezcan adecuadas, de modo que acaba arrancando tiras de una sábana. Es una sábana vieja, pero a pesar de ello llora su pérdida; con el sueldo de camarera, aderezado con las tacañas propinas de los Niños Perdidos y las propinas solo un pelín más generosas de los profesores que van a comer a Pat's, no puede permitirse prescindir de su ropa blanca, pero cuando piensa en los cortes que surcan la mano de Scott y la branquia más profunda que tiene en el antebrazo, no vacila un solo instante.

Scott se queda dormido casi antes de apoyar la cabeza en la almohada de su mitad de la cama ridículamente estrecha. Lisey cree que permanecerá un rato despierta, pensando en lo que Scott le ha contado, pero se duerme casi de inmediato.

Durante la noche se despierta dos veces, la primera porque tiene ganas de orinar. La cama está vacía. Se dirige hacia el baño medio dormida, tirando de la enorme camiseta de la Universidad de Maine que usa como pijama, diciendo «Scott, date prisa, me estoy...».

Pero cuando entra en el baño, la lamparita que deja encendida allí toda la noche le revela que Scott no está allí. Y que la tapa del inodoro no está levantada, como Scott siempre la deja después de mear.

De repente se le pasan las ganas de orinar. De repente la aterra la posibilidad de que Scott haya despertado a causa del dolor, de que haya recordado todas las cosas que le ha contado y haya sucumbido a... ¿Cómo lo llaman en *Insider*? Ah, sí, los recuerdos recuperados.

¿Son recuerdos recuperados o cosas que Scott ha callado hasta ahora? Lisey no lo sabe a ciencia cierta, pero sí sabe que el hablar infantil de Scott le ha dado escalofríos... ¿Y si ha vuelto al invernadero de Parks para acabar el trabajo? ¿Para rebanarse el cuello en lugar de la mano?

Lisey se vuelve hacia las fauces penumbrosas de la cocina (el piso solo tiene la cocina y el dormitorio) y ve a Scott acurrucado en la cama. Está durmiendo en la habitual posición semifetal, las rodillas dobladas casi hasta el pecho, la frente

rozando la pared (cuando dejen el piso en otoño, comprobará que ha quedado una marca tenue, pero visible en aquel punto, la marca de Scott). Le ha dicho varias veces que tendría más espacio si durmiera en el otro lado, pero no quiere. Ahora se mueve un poco, los muelles chirrían, y a la luz de la farola que entra por la ventana, Lisey vislumbra un mechón de cabello oscuro caído sobre su mejilla.

No estaba en la cama.

Pero ahí está, en el lado de siempre. Si le queda alguna duda, no tiene más que deslizar la mano bajo el mechón de cabello que está mirando, levantarlo y sentir su peso.

¿O sea que quizá solo he soñado que no estaba?

Tiene sentido..., más o menos..., pero al volver al baño y sentarse en el retrete, vuelve a pensar: *No estaba allí. Cuando me he levantado, la puñetera cama estaba vacía.*

Deja el anillo del retrete levantado al terminar, porque sabe que si Scott se levanta a mear estará demasiado adormilado para hacerlo. Luego vuelve a la cama, a la que llega medio dormida. Scott está junto a ella, y eso es lo que importa. Sin duda, eso es lo que importa...

20

La segunda vez no despierta por sí sola.

—Lisey.

Scott la está zarandeando.

—Lisey, pequeña Lisey.

Lisey intenta seguir durmiendo, ha sido un día muy duro..., mejor dicho una semana muy dura..., pero Scott insiste.

—¡Despierta, Lisey!

Lisey abre los ojos, convencida de que quedará deslumbrada por la luz diurna, pero aún es de noche.

—¿Guepassa Scott? —farfulla.

Quiere preguntarle si vuelve a sangrar o si se le ha movido el vendaje, pero estas ideas se le antojan demasiado grandes y complicadas para su mente aturdida, de modo que Scott tendrá que conformarse con un «guepassa».

El rostro de Scott, completamente despabilado, se cierne sobre el suyo. Parece emocionado, pero no trastornado ni deformado por el dolor.

—No podemos continuar viviendo así —declara.

Estas palabras la despabilan casi por completo porque la asustan. ¿Qué está diciendo? ¿Quiere cortar con ella?

—Scott.

Busca a tientas por el suelo hasta encontrar el despertador Timex y mira la hora con ojos entornados.

—¡Son las cuatro y cuarto de la madrugada!

Lo dice en tono irritado, exasperado, y está irritada y exasperada, sin duda, pero también asustada.

—Lisey, deberíamos tener una casa de verdad. Comprarla, quiero decir. —Sacude la cabeza—. No, lo he dicho al revés. Creo que deberíamos casarnos.

Lisey experimenta una oleada de alivio y se deja caer sobre la cama. El reloj se le escurre por entre los dedos ahora relajados y choca contra el suelo. Al alivio sigue el asombro. Le acaban de pedir en matrimonio, como les sucedía a las damas en las novelas románticas. El tipo que se lo ha pedido (a las cuatro y cuarto de la mañana, eso sí) es el mismo que anoche la dejó plantada, se hizo polvo la mano porque ella le echó la bronca por aparecer cinco horas tarde (vale, sí, de acuerdo, y por unas cuantas cosas más) y apareció en el jardín ofreciéndole la mano herida como si fuera un puñetero regalo de Navidad. El hombre del hermano muerto cuya existencia desconocía hasta anoche y la madre muerta a la que presuntamente mató porque... ¿Cómo lo expresó el escritor de talento inconmensurable? Ah, sí, porque se hizo demasiado grandote.

—¿Lisey?

—Cállate, Scott, estoy pensando.

Qué difícil resulta pensar cuando la luna ya se ha puesto y el tiempo deja de existir, no importa lo que tu fiel reloj Timex pueda decir.

—Te quiero —musita él.

—Lo sé. Yo también te quiero, pero esa no es la cuestión.

—Podría serlo —señala él—. Me refiero al hecho de que me quieras. Ese podría ser precisamente el quid de la cuestión. Nadie me ha querido aparte de Paul. —Un largo silencio—. Bueno, y papá, supongo.

Lisey se incorpora sobre un codo.

—Scott, te quiere un montón de gente. Cuando hiciste la lectura de tu último libro..., y el que estás escribiendo ahora... —Lisey frunce la nariz, porque el nuevo libro se titula *Demonios vacíos*, y lo que ha leído y los fragmentos que le ha oído leer a él no le gustan nada—. ¡Asistieron casi quinientas personas! ¡Tuvieron que trasladar la lectura de la Sala Maine al Auditorio Hauck! ¡Y cuando acabaste, todos se pusieron de pie y te dedicaron una ovación tremenda!

—Eso no es amor —objeta él—, sino curiosidad. Y entre tú y yo, me siento como un monstruo de feria. Cuando publicas tu primera novela a los veintidós años, aprendes mucho sobre lo que significa ser un monstruo de feria, aun cuando el maldito libro no se venda más que a bibliotecas y no salga en edición de

bolsillo. Pero a ti te da igual lo del niño prodigio, Lisey...

—No es verdad...

Ya despierta por completo..., o casi.

—Ya, pero... Dame un cigarrillo, babyluv.

Sus cigarrillos están en el suelo, en el cenicero en forma de tortuga que Lisey tiene para él. Le alarga el cenicero, le encaja un cigarrillo entre los labios y se lo enciende.

—Pero también te importa si me cepillo los dientes o no...

—Bueno, claro...

—Y si el champú que uso me quita la caspa o me causa más...

Eso le recuerda algo a Lisey.

—Por cierto, he comprado un frasco de Tegrin, el champú del que te hablé. Está en la ducha. Quiero que lo pruebes.

Scott estalla en carcajadas.

—¿Lo ves? ¿Lo ves? Un ejemplo perfecto. Me tratas con un enfoque holístico.

—No sé qué significa —masculla ella con el ceño fruncido.

Scott apaga el cigarrillo sin apenas haber fumado.

—Significa que cuando me miras me ves de arriba abajo y de lado a lado, y que para ti todo tiene el mismo peso.

Lisey reflexiona unos instantes.

—Supongo que sí —asiente por fin.

—No sabes lo que eso significa para mí. Durante mi infancia no fui más que..., bueno, una cosa. Los últimos seis años he sido otra. Una cosa mejor, eso sí, pero para la mayoría de la gente, tanto aquí como en Pitt, Scott Landon no es más que... una especie de máquina de discos sagrada. Metes un par de monedas y sale una puñetera historia.

No parece enfadado, pero Lisey intuye que podría llegar a enfadarse. Con el tiempo. Si no tiene un lugar donde sentirse a salvo, donde ser una persona de dimensiones normales. Y sí, ella podría ser la persona que le proporcionara ese lugar. Scott la ayudaría a lograrlo. Hasta cierto punto, ya lo han hecho.

—Tú eres diferente, Lisey. Lo sé desde el primer momento, cuando nos conocimos en la Noche del Blues en la Sala Maine..., ¿te acuerdas?

Jesús, María y Pepe el Carpintero, cómo no va a acordarse. Aquella noche fue a la universidad para echar un vistazo a la exposición de Hartgen montada delante del Auditorio Hauck. Oyó música procedente de la sala y entró movida por poco más que un impulso. Él llegó al cabo de unos minutos, paseó la mirada por la sala casi llena y preguntó si el otro extremo del sofá en el que se había sentado Lisey estaba desocupado. Lisey había estado a punto de pasar de la música. De haberlo hecho, habría podido coger el autobús de las ocho y media para Cleaves. Así de

cerca había estado de pasar esa noche sola en la cama. La idea le produce la misma sensación que asomarse a una ventana muy alta.

No dice nada de todo esto, sino que se limita a asentir.

—Para mí eres como... —Scott se interrumpe y luego esboza una sonrisa divina pese a sus dientes torcidos—. Eres como el lago al que todos acudimos a beber. ¿Te he hablado ya del lago?

Lisey asiente de nuevo y le devuelve la sonrisa. De hecho, no le ha hablado de él de forma explícita, pero le ha oído mencionarlo en sus lecturas y durante las clases a las que ha asistido como oyente a instancias suyas, sentada al fondo del aula Boardman 101 o la Little 112. Cuando habla del lago siempre extiende la mano, como si quisiera sumergirla en él o bien sacar cosas, tal vez pececillos lingüísticos. A Lisey le parece un gesto enternecedor. Unas veces lo llama «el lago de los mitos», otras «el lago de las palabras». Dice que cada vez que llamas a alguien «pájaro de mal agüero» o «culo de mal asiento», estás bebiendo del lago o pescando renacuajos en él; que cada vez que envías a un chiquillo a la guerra y al peligro de muerte porque amas la bandera y le has enseñado a amarla, estás nadando en el lago, en lo más profundo de él, donde también nadan los peces grandes de fauces hambrientas.

—Vengo a ti, y me ves entero —continúa Scott—. Me quieres por todo, no solo por las historias que escribo. Cuando tu puerta se cierra y el mundo queda fuera, estamos a la misma altura.

—Eres mucho más alto que yo, Scott.

—Sabes muy bien a qué me refiero.

Lisey cree que, en efecto, lo sabe. Y está demasiado conmovida para acceder en plena noche a algo que tal vez lamente al llegar la mañana.

—Hablaremos de ello mañana —decreta al tiempo que coge los cigarrillos y el cenicero para dejarlos de nuevo en el suelo—. Si aún te apetece me lo vuelves a preguntar.

—Oh, me apetecerá, no te quepa duda —asegura él con confianza suprema.

—Ya veremos. Ahora duérmete.

Scott se vuelve de costado. Está tendido casi cuan largo es, pero cuando se duerma empezará a aovillarse. Doblará las rodillas hacia el pecho estrecho, y su frente, tras la que nadan todos esos pececillos exóticos de su imaginación, se acercará a la pared.

Lo conozco. Empiezo a conocerlo, por fin.

Aquel pensamiento le produce otra oleada de amor, y se ve obligada a apretar los labios para contener una retahíla de palabras peligrosas. De esas que luego resulta difícil retractarse, tal vez incluso imposible. Se concentra en apoyar los pechos contra su espalda y el vientre contra su trasero desnudo. Fuera cantan

algunos grillos, y Pluto sigue ladrando a la noche. Lisey empieza a adormilarse.

—¿Lisey?

La voz de Scott casi parece llegar desde otro mundo.

—¿Hummm?

—Sé que no te gusta *Demonios vacíos*...

—Dedessto —alcanza a mascullar.

Es lo más que consigue acercarse a una crítica literaria en su actual estado. Está a punto, muy a punto de dormirse.

—Sí, y no serás la única. Pero a mi editor le encanta. Dice que los de Sayler House han decidido que es una novela de terror. Me parece genial. ¿Cómo es el dicho? Lo peor no es que hablen mal de ti, sino que no hablen.

Lisey estaba a punto de dormirse. La voz de Scott le llegaba por un largo pasillo oscuro.

—No necesito a Carson Foray ni a mi agente para saber que *Demonios vacíos* me hará ganar mucha pasta. Ya estoy harto de tonterías, Lisey. Voy a subir como la espuma, pero no quiero hacerlo solo. Quiero que me acompañes.

—Gállade, Sco. Drme.

No sabe si Scott se duerme o no, pero por un milagro (un milagro de ojos azules), Scott Landon le hace caso y se calla.

21

El sábado por la mañana, Lisey Debusher se despierta a las nueve, un lujo sin precedentes, y lo primero que percibe es un tentador olor a beicon frito. Una franja de sol surca el suelo y la cama. Se dirige a la cocina. Scott está en calzoncillos friendo beicon, y Lisey se horroriza al comprobar que se ha quitado el vendaje que con tanto esmero le puso la noche anterior. Cuando protesta, Scott se limita a alegar que le picaba.

—Además —añade mientras le tiende la mano (lo cual le recuerda tanto el momento en que lo vio saliendo de las sombras anoche que siente un escalofrío) —, no tiene tan mal aspecto a la luz del día, ¿no te parece?

Lisey le toma la mano, se inclina sobre ella como si se dispusiera a leerle las líneas de la palma y la escudriña hasta que él la retira diciendo que si no le da la vuelta al beicon se le va a quemar. No está asombrada ni estupefacta; estas emociones quizá queden reservadas para las noches oscuras y las habitaciones penumbrosas, no para las radiantes mañanas de fin de semana, mientras la Philco colocada en la repisa emite esa canción que nunca ha llegado a entender del todo pero que tanto le gusta. No está asombrada ni estupefacta..., pero sí perpleja. Lo

único que se le ocurre es que debió de creer que los cortes eran mucho más graves de lo que son en realidad. Que se dejó vencer por el pánico. Porque estas heridas, aunque tampoco pueda decirse que son meros rasguños, distan mucho de ser tan profundas como creía. No solo se han cerrado, sino que ya han empezado a formar costras. Si lo hubiera llevado a urgencias, con toda probabilidad la habrían mandado a paseo.

Los Landon nos recuperamos a toda pastilla. Nunca nos ha quedado otro remedio.

Scott está retirando las tiras de beicon crujiente de la sartén para colocarlas sobre una capa doble de papel de cocina. En opinión de Lisey, es un buen escritor, pero como cocinero es la leche, al menos cuando se pone en serio. Sin embargo, necesita ropa interior nueva; el trasero de los calzoncillos que lleva se abomba de un modo bastante cómico, y el elástico de la cinturilla está a punto de fenecer. Procurará que se compre varios pares nuevos cuando le llegue el talón de derechos que le han prometido, y por supuesto no es la ropa interior lo que ocupa sus pensamientos en este momento; lo que en realidad quiere es comparar lo que vio anoche, esas profundas y sobrecogedoras branquias de un color cada vez más oscuro, con lo que tiene delante en estos momentos. Es la diferencia entre un mero corte y un tajo impresionante, ¿y realmente cree posible que alguien se recupere tan deprisa además de los personajes de la Biblia? ¿Lo cree? A fin de cuentas, no atravesó con la mano una ventana cualquiera, sino un vidrio de invernadero, lo cual le recuerda que tendrán que hacer algo al respecto, que Scott tendrá que...

—Lisey.

La voz de Scott la arranca de su ensimismamiento y se encuentra con la mirada fija en la mesa de la cocina, retorciendo la camiseta entre los muslos con ademán nervioso.

—¿Qué?

—¿Un huevo o dos?

Lisey medita un instante.

—Dos.

—¿Con la yema blanda o bien pasada?

—Bien pasada.

—¿Nos casaremos? —pregunta Scott sin cambiar de tono mientras casca los huevos con la mano indemne y los deja caer en la sartén.

Lisey sonríe, pero no a causa del tono neutro de su voz, sino por su forma algo arcaica de expresarse, y se da cuenta de que no está sorprendida en absoluto. Esperaba esta..., ¿cómo llamarla? Esta reanudación; sin duda debe de haberle dado vueltas en algún rincón apartado de su mente mientras dormía.

—¿Estás seguro? —replica.

—Segurísimo —asegura él—. ¿Qué me dices, babyluv?

—Babyluv dice que le parece bien.

—Estupendo —declara Scott—. Genial. —Un instante de silencio—. Gracias.

Ambos guardan silencio durante un momento. Desde la repisa de la ventana, la vieja y resquebrajada Philco emite la clase de música que papá Debusher nunca escuchaba. En la sartén, los huevos siguen su curso. Lisey está hambrienta. Y contenta.

—En otoño —dice.

Scott asiente mientras alarga la mano hacia un plato.

—Muy bien. ¿Octubre?

—Un poco justo, quizá. Mejor por Acción de Gracias. ¿Queda algún huevo para ti?

—Queda uno, y no quiero más.

—No me casaré contigo si no te compras ropa interior nueva —advierte Lisey.

Scott no le ríe el comentario.

—En tal caso, será mi máxima prioridad —promete.

Le pone el plato delante. Huevos con beicon. Tiene un hambre feroz. Mientras empieza a comer, Scott casca el último huevo.

—Lisa Landon —dice—. ¿Qué te parece?

—Que suena muy bien. Es una..., ¿cómo se dice cuando todas las palabras empiezan con el mismo sonido?

—Aliteración.

—Pues eso... Lisa Landon —repite.

Sabe bien, como los huevos.

—La pequeña Lisey Landon —añade él al tiempo que lanza el huevo al aire para darle la vuelta.

El huevo hace dos saltos mortales y aterriza de nuevo en la grasa del beicon con un chasquido.

—¿Tú, Scott Landon, prometes ponerte las pilas y no quitártelas pase lo que pase? —pregunta Lisey.

—Pilas puestas en la salud y en la enfermedad —conviene él.

Y los dos se echan a reír como locos mientras la radio suena en esta mañana soleada

Con Scott siempre se reía mucho. Y una semana después del incidente, todos los cortes, incluido el del antebrazo, habían sanado.

Sin dejar cicatrices.

23

Cuando vuelve a despertar, ya no sabe «cuándo» está, si entonces o ahora. Pero en la habitación entraba luz suficiente para distinguir el papel pintado azul celeste y el paisaje marino colgado de la pared. Así pues, se hallaba en el dormitorio de Amanda, lo cual le parecía lógico y al mismo tiempo ilógico, porque tiene la sensación de que está sumida en un sueño sobre el futuro, pero dormida en la estrecha cama que comparte y seguirá compartiendo con Scott casi todas las noches hasta el día de la boda, en noviembre.

¿Qué la había despertado?

Amanda dormía de espaldas a ella, y Lisey seguía acurrucada contra ella como una cuchara, los pechos apretados contra la espalda de su hermana, el vientre encajado tras su escuálido trasero... ¿Qué la ha despertado? No tiene ganas de mear..., al menos no demasiadas..., así que...

¿Has dicho algo, Amanda? ¿Quieres algo? ¿Un vaso de agua, tal vez? ¿Un trozo de vidrio de invernadero para cortarte las venas?

Aquellas preguntas le surcaron la mente, pero lo cierto era que no quería decir nada, porque acababa de ocurrírsele una idea extraña. La idea es que, pese a que distingue la mata cada vez más canosa de Amanda y el volante que rodea el cuello de su camión, en realidad estaba en la cama con Scott. ¡Sí! Que en algún momento de la noche, Scott... ¿Scott qué? ¿Se ha colado a través de los recuerdos de Lisey para meterse en el cuerpo de Amanda? Algo así. Desde luego, es una idea estrafalaria, pero aun así no quiere decir nada, porque teme que, si habla, Amanda le responda con voz de Scott. ¿Y qué haría ella entonces? ¿Gritar? ¿Gritar hasta despertar a los muertos, como suele decirse? Sin duda es una idea absurda, pero...

Pero mírala. Mira cómo duerme, con las rodillas dobladas y la cabeza inclinada. Si hubiera una pared, seguro que la tocaría con la frente. No es de extrañar que...

Y de repente, en ese abismo tenebroso previo al alba, de espaldas a Lisey, de modo que esta no alcanza a verlo, Amanda habló.

—*Baby*—dice.

Una pausa.

—Babyluv —añade.

Anoche, la temperatura corporal de Lisey pareció descender diez grados de golpe, y ahora se le antoja que baja treinta, porque aunque la voz que acaba de pronunciar aquella palabra sin duda pertenece a una mujer, también es la de Scott. Lisey vivió con él durante más de veinte años y la reconocería en cualquier parte.

Esto es un sueño, se dijo. Por eso ni siquiera sé si esto es el pasado o el presente. Si me giro veré la alfombra mágica de PILLSBURY flotando en un rincón.

Pero no podía girarse. Durante un buen rato no pudo moverse siquiera. Lo que por fin la impulsa a hablar es la luz diurna cada vez más intensa. La noche está a punto de tocar a su fin. Si Scott ha regresado, si realmente estaba despierta y no soñando, en tal caso debe de existir un motivo. Y sin duda no habrá regresado para hacerle daño. Eso nunca. Al menos... no adrede. Pero descubre que es incapaz de pronunciar ni su nombre ni el de Amanda. Ninguno de los dos le parece adecuado. Ambos se le antojan erróneos. Se vio a sí misma asir el hombro de Amanda para darle la vuelta. ¿Qué rostro vería bajo el flequillo canoso de Manda? ¿Y si era el de Scott? Por el amor de Dios, y si...

Despunta el día. Y de repente se convenció de que si permitía que saliera el sol sin haber hablado, la puerta entre el pasado y el presente se cerraría, robándole para siempre toda oportunidad de hallar respuestas.

Pues al carajo los nombres. Qué importa quién esté dentro del camisón...

—¿Por qué dijo Amanda «dáliva»? —preguntó.

En el dormitorio aún penumbroso, pero cada vez menos, su voz suena ronca y áspera.

—Te he dejado una dáliva —señala la otra persona que ocupa la cama, la persona contra cuyo trasero tiene apoyado el vientre.

Oh Dios oh Dios oh Dios esto es el peor mal rollo del mundo mundial, es lo más...

Y a renglón seguido: *Haz el favor de dominarte. Ponte las putas pilas ahora mismo.*

—¿Es una...? —Su voz suena más ronca y áspera aún. Y el dormitorio parece iluminarse demasiado deprisa. El sol aparecerá por el horizonte de levante en cualquier momento—. ¿Es una dáliva sangrienta?

—Tendrás una dáliva sangrienta —le asegura la voz en tono algo afligido.

Y se parece tanto a la voz de Scott... Pese a ello, se parecía más aún a la de Amanda, lo cual aterró todavía más a Lisey.

—Pero es una dáliva de las buenas, Lisey —prosiguió la voz en tono más alegre—. Llega detrás de la cortina violeta. Ya has encontrado las tres primeras estaciones. Unas cuantas más y tendrás el premio.

—¿Y cuál es el premio? —pregunta Lisey.

—Una bebida —replica la voz al instante.

—¿Una Coca-Cola? ¿Una Pepsi?

—Cállate. Queremos mirar las alceas.

La voz hablaba con un anhelo extraño, infinito, ¿y por qué le resulta tan familiar? ¿Por qué le parece el nombre de algo en lugar de un simple arbusto? ¿Es otra de esas cosas ocultas tras la cortina violeta que en ocasiones aparta de ella los recuerdos? No le dio tiempo de pensar en ello y menos aún de preguntar, porque de repente una franja de luz rojiza entró por la ventana. Lisey percibió que el tiempo volvía a quedar enfocado, y a pesar del miedo que había pasado, experimentó una intensa punzada de tristeza.

—¿Cuándo llegará la dáлива sangrienta? —inquirió—. Dímelo.

Pero no obtuvo respuesta. Ya sabía que no la obtendría, pero aun así sintió que la exasperación crecía hasta ocupar el lugar que habían llenado el terror y la perplejidad hasta el momento en que el sol se había asomado al horizonte y llenado el mundo de rayos de realidad.

—¿Cuándo llegará? ¿Cuándo, maldita sea?

Se dio cuenta de que estaba gritando y zarandeando el hombro envuelto en tela blanca con fuerza suficiente para alborotar el cabello..., pero no obtuvo respuesta.

—¡No juegues conmigo, Scott! ¿Cuándo? —vociferó, dominada por la furia.

Esta vez tiró del hombro en lugar de solo zarandearlo, y el otro cuerpo tendido en la cama se giró inerte. Por supuesto, era Amanda. Tenía los ojos abiertos y aún respiraba; incluso se veía cierto color en sus mejillas. Pero Lisey reconoció al instante la mirada de su hermana grande conejito Manda en sus rupturas con la realidad. Lisey ya no sabía si Scott se le había aparecido de verdad o si lo había imaginado mientras se hallaba en un estado de duermevela, pero lo que sí sabía era que en algún momento de la noche Amanda se había ido de nuevo. Y esta vez quizá para siempre.

SEGUNDA PARTE

PPCCN

Se volvió y divisó una enorme luna blanca observándola sobre la colina. Y su pecho se abrió a ella, quedó escindida como una joya transparente a su luz. Estaba llena de luna llena, entregada a ella. Sus senos se abrieron para franquearle el paso, su cuerpo se abrió como una anémona temblorosa, una suave y dilatada invitación tocada por la luna.

D. H. LAWRENCE,
El arco iris

V

Lisey y el largo, largo jueves (Estaciones de la dáliva)

1

Lisey no tardó mucho en comprender que aquel episodio era mucho peor que las tres rupturas anteriores de Amanda con la realidad, sus períodos de «semicatatonia pasiva», en palabras de su loquera. Era como si su hermana, por lo general exasperante y en ocasiones problemática, se hubiera convertido en una muñeca gigantesca que respiraba. Lisey consiguió (con un esfuerzo considerable) incorporarla y girarla para que quedara sentada en el borde de la cama, pero la mujer del camisón blanco (que tal vez, o tal vez no, había hablado con la voz del difunto marido de Lisey pocos instantes antes del amanecer) no reaccionó cuando Lisey pronunció su nombre, primero con voz normal y luego a gritos casi desesperados. Se limitó a permanecer sentada con las manos en el regazo y la mirada clavada en su hermana menor. Y cuando Lisey se apartó, la mirada de Amanda quedó fija en el espacio que había ocupado hasta aquel momento.

Lisey fue al baño para mojar un paño con agua fría, y al volver, Amanda estaba tendida boca arriba, la parte superior del cuerpo sobre la cama y los pies en el suelo. Lisey empezó a tirar de ella para incorporarla de nuevo, pero se detuvo al ver que las nalgas de Amanda, ya muy cerca del borde de la cama, comenzaban a resbalar. Si lo dejaba correr, su hermana acabaría en el suelo.

—¡Conejito Manda!

Pero esta vez Amanda no reaccionó ante el mote infantil. Lisey decidió poner toda la carne en el asador.

—¡Hermana grande conejito Manda!

Nada. En lugar de asustarse (lo cual sucedería en breve), Lisey se sintió embargada por la clase de furia que Amanda casi nunca había conseguido provocar en ella de niña aunque se lo propusiera.

—¡Basta! ¡Haz el favor de parar y volver a plantar el trasero en la cama para que pueda sentarte!

Nada. Cero patatero. Lisey se inclinó y enjugó el rostro de Amanda con el paño frío, pero fue en vano. Amanda ni siquiera pestañeó cuando el paño le pasó sobre los ojos. En ese momento, Lisey empezó a asustarse. Miró la radio despertador digital que había junto a la cama y comprobó que eran poco más de las seis. Podía llamar a Darla sin temor a despertar a Matt, que sin duda dormía el sueño de los justos en Montreal, pero no quería hacerlo. Todavía no. Llamar a Darla habría equivalido a reconocer la derrota, y no estaba preparada para ello.

Rodeó la cama, agarró a Amanda por las axilas y tiró de ella hacia atrás. Le costó más de lo que esperaba teniendo en cuenta el peso del escuálido cuerpo de su hermana.

Porque se ha convertido en un peso muerto, babyluv. Es por eso.

—Cállate —espetó sin saber con quién hablaba—. Cierra el pico.

Se encaramó a la cama, colocó las rodillas a ambos lados de los muslos de Amanda y las manos a ambos lados de su cuello. En aquella postura del misionero podía escudriñar el rostro congelado de su hermana. Durante los episodios anteriores, Manda se había mostrado dócil..., casi como una persona sometida a hipnosis, le había parecido a Lisey. Pero esta vez parecía diferente. Lo único que podía hacer era esperar que no fuera diferente, porque las personas tenían que hacer ciertas cosas por las mañanas. Siempre y cuando quisieran seguir disfrutando de una vida sin intrusiones en su casita estilo Cape Cod, por ejemplo.

—¡Amanda! —le vociferó.

Y por si las moscas, sintiéndose tan solo un poquitín ridícula, porque a fin de cuentas, estaban solas, añadió:

—¡Hermana... grande... conejito Manda! ¡Quiero que... te levantes... que te LEVANTES... y vayas al cagadero...! ¡Al CAGADERO, conejito Manda! A la de tres... ¡UNO... DOS... y TRES!

Al gritar tres, Lisey tiró otra vez de Amanda para sentarla, pero no consiguió ponerla de pie.

En una ocasión, sobre las seis y veinte, Lisey consiguió sacarla de la cama y colocarla más o menos en cuclillas. Se sentía como cuando tenía su primer coche, un Pinto de 1974, y después de darle al estárter durante dos interminables minutos, el motor se ponía en marcha justo antes de que la batería se agotara. Pero en lugar de erguirse y permitir que Lisey la condujera hasta el baño, Amanda

volvió a caer sobre la cama, y encima ladeada, de modo que Lisey tuvo que abalanzarse sobre ella, agarrarla de nuevo por las axilas y empujarla entre juramentos para evitar que cayera al suelo.

—¡Estás fingiendo, zorra! —le chilló, sabedora de que no era así—. ¡Pues muy bien, allá tú! ¡Allá tú si...!

De repente reparó en el volumen que había alcanzado su voz; despertaría a la señora Jones, la vecina de enfrente, si no se andaba con ojo. Así pues, se obligó a hablar más bajo.

—Allá tú si quieres seguir aquí tumbada. Sí, pero si crees que voy a pasarme la mañana entera atendiéndote estás muy equivocada. Voy a bajar a preparar café y gachas de avena. Si a Su Majestad le apetece, me lo hace saber. O..., no sé, envía a un lacayo para que le suba el desayuno a la cama.

No sabía si a hermana grande conejito Manda le apetecía, pero a ella sí, sobre todo el café. Se tomó uno solo antes de atacar el cuenco de gachas y otro con mucha leche y azúcar después. *Lo único que me falta ahora es un pitillo y me como el día con patatas. Sí, señor, un buen Salem Light*, pensó mientras se tomaba el café a sorbitos.

Su mente intentó desviarse hacia los sueños y recuerdos de la noche recién extinguida (**SCOTT Y LISEY LOS PRIMEROS AÑOS**, *sin lugar a dudas*, se dijo), pero Lisey no se lo permitió. Tampoco se permitió intentar examinar lo que le había sucedido al despertar. Tal vez más tarde tuviera tiempo de pensar en ello, pero ahora no. Ahora tenía que ocuparse de hermana grande.

¿Y si hermana grande ha encontrado una bonita cuchilla de afeitar de color rosa en el botiquín y ha decidido cortarse las venas? ¿O el cuello?

Lisey se levantó de la mesa a toda prisa, preguntándose si a Darla se le habría ocurrido retirar los objetos afilados del baño de arriba... o de todas las habitaciones de arriba, ya puestos. Subió por la escalera casi a la carrera, temerosa de lo que podía encontrarse en el dormitorio principal y armándose de valor para la posibilidad de no encontrar nada en la cama salvo dos almohadas hendidas.

Amanda seguía allí, con la mirada todavía clavada en el techo. Por lo visto no se había movido ni un milímetro. El alivio de Lisey no tardó en dar paso a un mal presentimiento. Se sentó en la cama y cogió una de las manos de Amanda entre las suyas. Tibias, pero inertes. Lisey intentó transmitir a los dedos de Manda la orden de cerrarse en torno a los suyos, pero no sucedió nada.

—¿Qué vamos a hacer contigo, Amanda?

No obtuvo respuesta.

Y puesto que estaban solas salvo por el reflejo que les devolvía el espejo, Lisey decidió continuar.

—Esto no lo habrá hecho Scott, ¿verdad, Manda? Por favor, dime que Scott

no ha hecho esto..., digamos... metiéndose en tu cuerpo.

Amanda no se pronunció ni en un sentido ni en otro, y al cabo de un rato Lisey inspeccionó el baño en busca de objetos afilados. Dedujo que Darla ya había pasado por allí, porque lo único que encontró fue una tijera de manicura en el fondo del cajón inferior del tocador pequeño y no demasiado bien surtido de Manda. Por supuesto, incluso una tijerita de manicura bastaría a una mano experta. Si hasta el padre de Scott había...

(calla Lisey no Lisey).

—Vale —jadeó, alarmada por el pánico que le inundó la boca con sabor a cobre, la luz violeta que le apareció tras los ojos y la fuerza con que su mano se cerró en torno a la tijerita—. Vale, de acuerdo, dejémoslo correr.

Escondió la tijerita tras un montón de polvorientas muestras de champú en el estante superior del armario de las toallas, y acto seguido se duchó porque no se le ocurrió nada mejor que hacer. Al salir del baño vio una gran mancha mojada en torno a las caderas de Amanda y comprendió que eso era algo a lo que las hermanas Debusher no podrían enfrentarse solas. Colocó una toalla bajo el trasero empapado de su hermana, miró de nuevo el reloj de la mesilla de noche, suspiró, descolgó el teléfono y marcó el número de Darla.

2

El día anterior, Lisey había oído en su mente la voz de Scott con toda claridad. *Te he dejado una nota, babyluv*. Había desdeñado aquellas palabras por considerarlas alguna clase de voz interior que imitaba la de su marido. Tal vez fuera cierto, probablemente fuera cierto, de hecho, pero a las tres de la tarde de aquel largo y caluroso jueves, sentada en el Pop's Café de Lewiston con Darla, sabía una cosa con certeza absoluta, y era que Scott le había dejado un regalo póstumo de tres pares de narices. Un premio dáliva de la hostia, en lenguaje de Scott. Había sido un día de mierda, pero habría sido mucho peor sin Scott Landon, a despecho de que llevara dos años muerto.

Darla parecía tan cansada como Lisey. En algún momento había encontrado tiempo para maquillarse un poco, pero no lo suficiente para disimular las ojeras. En cualquier caso, no había rastro de la furiosa mujer de treinta y tantos años que a finales de los setenta se cercioraba de llamar a Lisey una vez por semana para machacarla por el tema de las obligaciones familiares.

—¿En qué estás pensando, Lisey? —preguntó Darla.

Lisey acababa de alargar la mano hacia el recipiente que contenía los sobres de edulcorante, pero al oír la voz de Darla cambió de dirección, cogió el anticuado

azucarero y vertió una generosa ración en el café.

—Estaba pensando que este ha sido el Jueves del Café —repuso—. Sobre todo del Café con Azúcar de Verdad. Debo de ir por la décima taza.

—Ya somos dos —señaló Darla—. He ido al lavabo media docena de veces y pienso volver a ir antes de salir de este acogedor establecimiento. Menos mal que existen los antiácidos.

Lisey removió el café, hizo una mueca y volvió a removerlo.

—¿Seguro que quieres prepararle la maleta?

—Bueno, alguien tiene que hacerlo, y tú pareces más muerta que viva.

—Muchísimas gracias.

—Si tu hermana no te dice la verdad, ¿quién te la va a decir?

Lisey le había oído aquella frase miles de veces, junto con «El deber no pide permiso» y... el Número Uno de Todos los Tiempos de la Lista de Éxitos de Darla, «La vida es injusta». Pero en ese momento no le molestó; de hecho, incluso le arrancó un atisbo de sonrisa.

—Si quieres hacerlo, Darl, no seré yo quien intente arrebatarle semejante privilegio.

—No he dicho que quiera hacerlo, sino que lo haré. Tú has pasado la noche con ella y te has levantado con ella, así que considero que has hecho tu parte. Perdona, tengo que ir a gastar un penique.

Lisey la siguió con la mirada mientras pensaba *Otra de sus frases*. En la familia Debusher había expresiones para todo. Orinar era «gastar un penique», y defecar, estrafulario pero cierto, se decía «enterrar a un cuáquero». A Scott le encantaba aquella expresión, decía que con toda probabilidad procedía del escocés. Lisey suponía que era posible; casi todos los Debusher procedían de Irlanda, y los Anderson, de Inglaterra, o al menos así lo afirmaba La Buena de Ma, pero en toda familia hay alguna oveja negra. En cualquier caso, no era eso lo que le interesaba, sino el hecho de que «gastar un penique» y «enterrar a un cuáquero» eran frutos del lago, del lago de Scott, y desde el día anterior lo sentía tan puñeteramente cerca...

Lo de esta mañana ha sido un sueño, Lisey... Lo sabes, ¿verdad?

No sabía a ciencia cierta qué sabía o dejaba de saber sobre lo que había sucedido en el dormitorio de Amanda justo antes del alba, porque todo se le antojaba un sueño, incluso sus intentos de poner a Amanda de pie y llevarla al baño, pero de una cosa sí estaba segura, y era de que Amanda pasaría al menos una semana en el Centro de Recuperación y Rehabilitación Greenlawn. Había resultado mucho más fácil de lo que habría cabido esperar, y debían agradecérselo a Scott. Ahora

(aquí mismo).

eso le bastaba.

3

Darla había llegado a la acogedora casita estilo Cape Cod de Amanda antes de las siete, con el cabello, por lo general elegante, apenas peinado y un botón de la blusa desabrochado, de modo que el tejido rosa del sujetador asomaba descaradamente. Para entonces, Lisey ya había confirmado que Amanda tampoco comía. Permitió que Lisey le metiera una cucharada de huevos revueltos en la boca después de que la sentara con la espalda apoyada contra el cabezal de la cama, y aquello dio ciertas esperanzas a Lisey, pero fueron vanas. Tras permanecer inmóvil durante unos treinta segundos con pedacitos de huevo asomando entre los labios (la imagen produjo un escalofrío a Lisey, pues era como si su hermana hubiera intentado engullir un canario), Amanda se limitó a escupir la comida con la lengua. Algunos pedacitos se le quedaron adheridos a la barbilla, mientras que el resto le resbaló por la pechera del camisón. Amanda seguía con la mirada serena y fija en la distancia. O en lo místico, para los fans de Van Morrison. Scott había sido uno de ellos, desde luego, aunque la obsesión por Van se le había pasado bastante a principios de los noventa, época en la que comenzó a interesarse más por Hank Williams y Loretta Lynn.

Darla se había negado a creer que Amanda no quería comer hasta que ella misma intentó darle un poco de huevo. Se vio obligada a preparar otra sartén para probarlo, ya que Lisey había tirado los restos de los primeros dos a la trituradora del fregadero. La mirada ausente de Amanda le había quitado por completo las ganas que hubiera podido tener de acabarse la comida de hermana grande.

Para cuando Darla entró en el dormitorio, Amanda había resbalado de nuevo y perdido la posición de sentada, de modo que ayudó a Lisey a sentarla otra vez. Lisey agradeció su ayuda, porque ya empezaba a dolerle la espalda. Apenas alcanzaba a imaginar el coste creciente de cuidar de una persona así día y noche durante un período ilimitado de tiempo.

—Amanda, quiero que te comas esto —ordenó Darla en el tono firme e intimidatorio de «no-aceptaré-un-no-por-respuesta» que Lisey recordaba tan bien de numerosas conversaciones telefónicas.

Aquel tono, junto con la posición de la barbilla de Darla y la postura del cuerpo de Darla, manifestaba a las claras que consideraba que Amanda estaba fingiendo, «más falsa que una patada de culebra», habría dicho el *Dandy* en una de sus cien frases pintorescas y absurdas. Pero (se preguntó Lisey), ¿acaso no había sido esa casi siempre la sentencia de Darla cuando los demás no hacían lo

que ella quería? ¿Que eran más falsos que una patada de culebra?

—Quiero que te comas esto ¡ahora mismo!

Lisey abrió la boca para decir algo, pero decidió callar. Llegarían antes a su destino si Darla comprobaba la situación con sus propios ojos. ¿Y cuál era su destino? Greenlawn, con toda probabilidad. El Centro de Recuperación y Rehabilitación Greenlawn, en Auburn. El lugar que ella y Scott habían buscado después de la última válvula de escape de Amanda, en la primavera de 2001. Solo que resultó que el trato de Scott con Greenlawn había ido un poco más allá de lo que sospechaba su esposa, que daba las gracias a Dios por ello.

Darla embutió los huevos en la boca de Amanda y se volvió hacia Lisey con un asomo de sonrisa triunfal.

—¡Mira! Parece que solo necesita un poco de mano f...

En ese momento, la lengua de Amanda apareció entre sus labios inertes para empujar los pedacitos de huevo color canario. Plop. Sobre al camión aún húmedo por la anterior pasada con el paño húmedo.

—¿Decías? —musitó Lisey.

Darla escudriñó el rostro de Amanda durante largo, largo rato. Cuando se volvió de nuevo hacia Lisey, aquel gesto resuelto del mentón había desaparecido. Darla parecía de nuevo lo que era, una mujer de mediana edad a la que una urgencia familiar había sacado de la cama demasiado temprano. No estaba llorando, pero casi, porque sus ojos azul radiante, rasgo común a todas las hermanas Debusher, relucían a causa de las lágrimas acumuladas en ellos.

—No es como las otras veces, ¿verdad?

—No.

—¿Pasó algo anoche?

—No —denegó Lisey sin vacilar.

—¿Ningún acceso de rabia, ninguna rabieta?

—No.

—Oh, cariño, ¿qué vamos a hacer?

Lisey tenía una respuesta práctica a esa pregunta, y no era de extrañar, porque, a despecho de lo que pensara Darla, Lisey y Jodi siempre habían sido las más prácticas de la familia.

—Volver a tumbarla, esperar hasta una hora decente y llamar a ese sitio —replicó—. Greenlawn. Y rezar por que no vuelva a mearse encima hasta entonces.

cada una de las hermanas Debusher había aprendido del *Dandy* mucho antes de subir por primera vez al gran autobús escolar amarillo de Lisbon Falls. Cada tres o cuatro manos, una de ellas subía para echar un vistazo a Amanda. Su hermana estaba siempre igual, tendida de espaldas y con la mirada clavada en el techo. En la primera partida, Darla machacó a su hermana menor; en la segunda se zafó con un trío en la cuna, dejando a Lisey atascada en el barrizal. Que eso la pusiera de buen humor mientras Manda vegetaba en la planta de arriba dio que pensar a Lisey..., pero no tenía ganas de expresar sus pensamientos en voz alta. Se enfrentaban a un día muy largo, y si Darla lo empezaba con una sonrisa, pues mejor que mejor. Lisey declinó una tercera partida, y ambas miraron a un cantante de *country* que salía en el último segmento de las noticias matinales. A Lisey casi le pareció oír a Scott comentar «Este no va a quitar al viejo Hank del tabaco», refiriéndose, cómo no, a Hank Williams. En cuestión de música *country*, para Scott estaba Hank Williams... y luego todos los demás.

A las nueve y cinco, Lisey se sentó ante el teléfono y llamó a Información para obtener el número de Greenlawn.

—Deséame suerte —pidió a Darla con una sonrisa nerviosa.

—Te la deseo, créeme que te la deseo.

Lisey marcó el número. En el otro extremo de la línea, el teléfono sonó una sola vez.

—Hola —saludó una agradable voz femenina—, ha llamado al Centro de Recuperación y Rehabilitación Greenlawn, un servicio de la Corporación Sanitaria Fedders de América.

—Hola, me llamo...

Lisey solo consiguió articular aquellas palabras antes de que la agradable voz femenina procediera a enumerar todas las extensiones a las que se podía acceder a través del sistema..., si es que uno tenía teléfono multitono, claro está. Era una grabación. Dáliva para Lisey.

Sí, pero es que lo hacen tan bien que te engañan, pensó mientras pulsaba la tecla para acceder a Información sobre Admisión de Pacientes.

—Por favor, espere. En breve atenderemos su llamada —le prometió la agradable voz femenina antes de dar paso a la Orquesta Prozac interpretando algo que recordaba vagamente a «Homeward Bound», de Paul Simon.

Lisey se volvió hacia Darla para explicarle que su llamada estaba en espera, pero su hermana había subido a ver a Amanda.

Y una mierda, pensó. *Seguro que se ha ido porque no podía soportar la in...*

—Buenos días, me llamo Cassandra, ¿en qué puedo ayudarle?

—Buenos días, me llamo Lisa Landon..., la señora de Scott Landon.

Debía de haberse llamado a sí misma señora de Scott Landon como mucho

media docena de veces durante todos los años de su matrimonio, y ni una sola vez en los veintiséis meses transcurridos desde la muerte de Scott. No obstante, resultaba fácil comprender por qué lo hacía ahora. Era lo que Scott denominaba «la carta de la fama», una carta a la que él mismo apenas había recurrido. Decía que en parte se debía a que utilizarla le hacía sentirse como un auténtico capullo, y en parte a que temía que no funcionara, que si murmuraba alguna versión del consabido «¿Acaso no sabe con quién está hablando?» a algún maître, este le replicara «No, señor, ¿quién coño es usted?».

Mientras describía los episodios pasados de automutilación de su hermana, sus fases de semicatatonia y el gran salto adelante de aquella mañana, Lisey oía de fondo el suave golpeteo de un teclado de ordenador.

—Comprendo su preocupación, señora Landon —aseguró Cassandra cuando Lisey terminó—, pero Greenlawn no tiene plazas libres en estos momentos.

A Lisey se le encogió el corazón. De inmediato imaginó a Amanda en una habitación tamaño caja de cerillas del Hospital Memorial Stephens, llevando un pijama manchado de comida y mirando a través de una ventana con barrotes el semáforo del cruce entre las carreteras 117 y 19.

—Lo comprendo... Esto..., ¿está segura? Verá, es que no iría por ningún seguro de asistencia médica, ¿sabe? Pagaría en efectivo... —Con voz desesperada, sintiéndose tonta, aferrándose a un clavo ardiendo, cuando todo lo demás falla, recurre al dinero—. Por si la información le sirve de algo.

—Pues la verdad es que no, señora Landon.

A Lisey le pareció detectar cierta frialdad en la voz de Cassandra, y el corazón se le encogió aún más.

—Es una cuestión de espacio y compromisos. Mire, solo tenemos...

En aquel momento, Lisey oyó un levísimo timbrado, muy parecido al que emitía su tostadora cuando los pastelillos o los burritos ya estaban listos.

—¿Podría esperar un momento, señora Landon?

—Por supuesto.

Tras un chasquido regresó la Orquesta Prozac, esta vez con lo que tal vez fuera el tema principal de *Shaft*. Lisey escuchaba la música con una vaga sensación de irrealidad, pensando que si Isaac Hayes la oyera, con toda probabilidad se metería en la bañera con una bolsa de plástico en la cabeza. Cassandra la tuvo tanto rato en espera que Lisey empezó a sospechar que la había olvidado. No habría sido la primera vez; le había sucedido en varias ocasiones, sobre todo cuando intentaba comprar billetes de avión o modificar alguna reserva de coche de alquiler. En un momento dado, Darla bajó y extendió ambas manos como para preguntar qué sucedía. Lisey sacudió la cabeza para indicar tanto «nada» como «no lo sé».

En aquel instante, la espantosa música del teléfono dio paso a Cassandra, que ahora empezó a hablarle sin rastro de la frialdad anterior, sonando por primera vez como un ser humano. Casi como una persona conocida, de hecho.

—Señora Landon...

—¿Sí?

—Siento haberla hecho esperar tanto, pero en el ordenador tenía una nota que indicaba que debía avisar al doctor Alberness si usted o su marido llamaban. De hecho, el doctor Alberness está en su consulta en estos momentos. ¿Puedo pasarle con él?

—Sí —asintió Lisey.

Ahora sabía qué terreno pisaba, sabía exactamente dónde se encontraba. Sabía que antes de decirle cualquier otra cosa, el doctor Alberness le aseguraría que la acompañaba en el sentimiento, como si Scott hubiera muerto el mes anterior o la semana anterior. Y ella le daría las gracias. De hecho, si el doctor Alberness prometía ocuparse de la problemática Amanda pese a la falta de plazas en Greenlawn, Lisey casi estaba dispuesta a ponerse de rodillas y hacerle una mamada colosal. Aquel pensamiento le dio unas tremendas ganas de echarse a reír, hasta el punto de que se vio obligada a apretar los labios con fuerza durante varios segundos. Y sabía por qué la voz de Cassandra le había sonado de repente como si se tratara de una persona conocida; era la voz de la gente cuando de pronto reconocían a Scott, cuando se daban cuenta de que estaban frente a un tipo que había salido en la portada del puñetero *Newsweek*. Y si ese hombre famoso rodeaba con el brazo los hombros de una mujer, entonces también ella debía de ser famosa, aunque solo fuera por asociación. O, como Scott había dicho en cierta ocasión, por inyección.

—Hola, soy Hugh Alberness —se presentó de pronto una agradable y ronca voz masculina—. ¿Es usted la señora Landon?

—Sí, doctor —asintió Lisey al tiempo que indicaba a Darla que se sentara y dejara de caminar en círculos frente a ella—, soy Lisa Landon.

—Señora Landon, permítame que empiece diciéndole que la acompaño en el sentimiento. Su esposo me autografió cinco de sus libros, y los cuento entre mis posesiones más preciadas.

—Gracias, doctor Alberness —repuso Lisey antes de hacerle a Darla la señal de la victoria con los dedos—. Es usted muy amable.

5

Cuando Darla volvió del servicio de señoras del Pop's Café, Lisey comentó que

también a ella le convenía ir antes de salir, porque había treinta kilómetros hasta Castle View, y con frecuencia el tráfico era denso por la tarde. Para Darla, esa sería tan solo la primera etapa del viaje. Después de preparar una maleta para Amanda, tarea que ambas habían olvidado llevar a cabo aquella mañana, tendría que volver a Greenlawn para dejarla y luego regresar de nuevo a Castle View. Llegaría a su casa hacia las ocho y media si la suerte y el tráfico la acompañaban.

—Yo que tú respiraría hondo y me taparía la nariz en el lavabo —aconsejó Darla.

—¿Tan mal está?

Darla se encogió de hombros con un bostezo.

—Los he visto peores.

Lisey también, sobre todo durante sus viajes con Scott. Orinó con los muslos tensos y el trasero suspendido sobre la taza en la clásica postura Viaje de Promoción, tiró de la cadena, se lavó las manos, se remojó la cara, se peinó y luego se miró en el espejo.

—Una mujer nueva —le dijo a su reflejo—. La belleza americana.

Abrió la boca en una sonrisa exagerada para mostrarse a sí misma el producto de sus carísimas visitas al dentista. Sin embargo, los ojos que asomaban sobre la sonrisa exhibían una expresión escéptica.

—*El señor Landon me dijo que si algún día llegaba a conocerla, le preguntara...*

Calla, déjalo correr.

—... *le preguntara cómo consiguió despistar a la enfermera...*

—Solo que Scott no dijo «despistar» —señaló a su reflejo.

¡Cierra la boca, pequeña Lisey!

—... *cómo consiguió despistar a la enfermera en Nashville.*

—Scott dijo «dalivar», ¿verdad?

De nuevo percibió aquel sabor metálico en la boca, el sabor a monedas y a pánico. Sí, Scott había dicho «dalivar». Scott había dicho que el doctor Alberness le preguntara (si llegaba a conocerla) cómo había conseguido dalivar a la enfermera aquella vez en Nashville, sabedor de que Lisey captaría el mensaje a la primera.

¿Le estaba enviando mensajes? ¿Ya entonces?

—Basta —susurró a su reflejo, y salió del lavabo.

Habría sido estupendo poder atrapar aquella voz en su interior, pero últimamente siempre parecía estar presente. Durante largo tiempo había permanecido callada, bien dormida bien de acuerdo con la mente consciente de Lisey en que algunas cosas no se mencionaban y punto, ni siquiera entre las distintas versiones de una misma. Lo que la enfermera había dicho el día después

de que dispararan a Scott, por ejemplo. O

(calla calla de una vez).

lo que había sucedido

(¡Calla!).

en el invierno de 1996.

(¡QUE TE CALLES!).

Y milagro de los milagros, la voz calló..., pero Lisey intuyó que seguía observando y escuchando, y sintió miedo.

6

Lisey salió del lavabo justo a tiempo para ver a Darla colgar el teléfono público.

—He llamado al motel que hay justo enfrente de Greenlawn —explicó—. Me ha parecido limpio, así que he reservado una habitación para esta noche. No tengo ganas de pegarme el tute de vuelta a Castle View, y de esta forma podré ir a ver a Amanda a primera hora de la mañana.

Miró a su hermana con una expresión aprensiva que a Lisey se le antojó bastante surrealista teniendo en cuenta la cantidad de años que se había pasado escuchando las arengas justicieras de Darla, por lo general pronunciadas en un tono estridente e implacable.

—¿Te parece una tontería?

—Me parece una idea genial —aseguró Lisey al tiempo que le oprimía la mano.

La sonrisa aliviada de Darla le partió el corazón. *Eso es lo que consigue el dinero, pensó. Te convierte en la más lista, en la jefa.*

—Vamos, Darl. Conduzco yo, ¿te parece bien?

—Perfecto —convino Darla antes de salir con su hermana menor a la luz del atardecer.

7

El trayecto de regreso a Castle View fue tan lento como Lisey había temido; quedaron atascadas tras un camión sobrecargado de pulpa de papel, y en las curvas y pendientes no había espacio para adelantar. Lo único que Lisey pudo hacer fue mantener la suficiente distancia para que no se vieran obligadas a tragarse demasiado gas del tubo de escape de aquel trasto. Al menos, el viaje le

dio tiempo para pensar en el día.

Hablar con el doctor Alberness había sido como llegar a un partido de béisbol al final de la cuarta entrada, pero eso no era nada nuevo; jugar a ponerse al día había formado parte integrante de su vida junto a Scott. Recordaba el día en que se presentó en casa un camión de una tienda de muebles de Portland cargado con un sofá modular de dos mil dólares. Scott estaba en su estudio, trabajando con la música a todo trapo, como de costumbre (Lisey oía la lejana voz de Steve Earl cantando «Guitar Town» pese a la insonorización del estudio), e interrumpirlo le habría causado con toda probabilidad daños auditivos por valor de otros dos mil. Los tipos de la tienda dijeron que «el señor» les había asegurado que ella les indicaría dónde dejar el nuevo sofá. Ni corta ni perezosa, Lisey les pidió que llevaran el sofá actual, que por cierto se hallaba en perfecto estado, al granero, y colocaran el nuevo en su lugar. Al menos el color del mueble quedaba bien en la habitación, lo cual fue un alivio. Lisey sabía que ella y Scott no habían hablado de ningún sofá, ni modular ni de ninguna otra clase, al igual que sabía que Scott afirmaría..., oh, sí, con gran vehemencia, que sí habían hablado de ello. Estaba segura de que Scott se lo había comentado mentalmente, solo que en ocasiones olvidaba verbalizar tales conversaciones. El olvido era una destreza que había refinado hasta la perfección.

Tal vez su almuerzo con Hugh Alberness fuera otro ejemplo de ello. Cabía la posibilidad de que hubiera tenido intención de explicárselo a Lisey, y de habérselo preguntado seis meses o un año más tarde, lo más probable era que hubiera asegurado que sí se lo había contado. «¿Una comida con Alberness? Claro que sí, te lo conté aquella misma noche». Cuando lo que en realidad había hecho aquella misma noche era encerrarse en el estudio, poner el nuevo CD de Dylan y trabajar en un nuevo relato.

O quizá aquella vez había sido diferente. Tal vez Scott no lo olvidó (como en tiempos había olvidado que tenían una cita, como había olvidado hablarle de su extremadamente puñetera infancia), sino que ocultó pistas para que ella las hallara después de una muerte que él ya había augurado, que preparó lo que él mismo habría denominado «estaciones de la dáliva».

En cualquier caso, no era la primera vez que Lisey tenía que ponerse al día en un abrir y cerrar de ojos, y consiguió llenar gran parte de los huecos por teléfono mascullando «Ajá», «Oh, ¿en serio?» y «Vaya, lo había olvidado» en los momentos apropiados.

Cuando Amanda intentó extirparse el ombligo en la primavera de 2001 para luego sumirse durante una semana en ese estado de letargo que su psiquiatra llamaba «semicatatonía», la familia comentó la posibilidad de ingresarla en Greenlawn (u otra institución psiquiátrica) durante una cena familiar larga,

emotiva y en ocasiones agria que Lisey recordaba con toda claridad. También recordaba que Scott permaneció inusualmente silencioso durante casi toda la conversación y que apenas comió. Cuando la discusión comenzó a languidecer, intervino para decir que si nadie se oponía, reuniría algunos prospectos para que todos les echaran un vistazo.

—Hablas como si se tratara de un crucero —espetó Cantata con bastante sarcasmo, en opinión de Lisey.

Scott se había encogido de hombros, según recordó Lisey mientras pasaba tras el camión de pulpa de papel ante la señal acribillada a balazos que les daba la bienvenida al condado de Castle. «De acuerdo; está fuera», había dicho. «Podría ser importante que alguien le mostrara el camino de vuelta a casa mientras aún quiera regresar».

Ante esto, el marido de Canty lanzó un bufido. El hecho de que Scott hubiera ganado muchos millones con sus libros nunca había impedido que Richard le considerara un simple soñador sensiblero, y cuando Rich expresaba una opinión, Canty Lawlor la secundaba sin atisbo de duda. A Lisey no se le ocurrió en ningún momento decirles que Scott sabía lo que decía, pero, ahora que pensaba en ello, recordó que tampoco ella había comido gran cosa aquel día.

En cualquier caso, Scott llevó a casa una serie de prospectos y carpetas de Greenlawn; Lisey recordaba haberlos encontrado desparramados sobre el mostrador de la cocina. Uno de ellos, en el que se veía la fotografía de un gran edificio que se parecía bastante a Tara, de *Lo que el viento se llevó*, llevaba por título *La enfermedad mental, su familia y usted*. Sin embargo, no recordaba ninguna otra conversación sobre Greenlawn, ¿y por qué iba a recordarla? En cuanto Amanda salió del pozo, mejoró con rapidez. Y desde luego, Scott nunca mencionó su almuerzo con el doctor Alberness en octubre de 2001, varios meses después de que Amanda volviera a lo que para ella era la normalidad.

Según el doctor Alberness (Lisey lo averiguó por teléfono en respuesta a sus «Ajá», «Oh, ¿en serio?» y «Vaya, lo había olvidado»), durante el famoso almuerzo, Scott le había comentado que estaba convencido de que Amanda Debusher se encaminaba hacia una ruptura más grave con la realidad, tal vez una ruptura permanente, y que después de leer los prospectos y visitar las instalaciones con el buen doctor, consideraba que Greenlawn sería el lugar ideal para ella llegado el caso. El hecho de que Scott obtuviera del doctor Alberness la promesa de reservar una plaza para su cuñada en caso de presentarse la necesidad, todo ello a cambio de un único almuerzo y cinco libros autografiados, no sorprendía a Lisey en absoluto, máxime después de haberse pasado muchos años presenciando el implacable efecto que la fama surtía en algunas personas.

Alargó la mano hacia la radio del coche, deseosa de escuchar algo de música

country a todo trapo (otro de los malos hábitos que Scott le había contagiado en los últimos años de su vida y que ella aún no había abandonado), pero al volverse hacia Darla comprobó que su hermana se había quedado dormida con la cabeza apoyada contra la ventanilla derecha. No era el mejor momento para Shooter Jennings o Big & Rich. Lisey apartó la mano de la radio con un suspiro.

8

El doctor Alberness tenía ganas de rememorar sin prisas su almuerzo con el gran Scott Landon, y Lisey se lo permitió de buena gana pese a los insistentes gestos de Darla, que en su mayoría significaban «¿No puedes hacer que abrevie?».

Con toda probabilidad, Lisey podría haberlo hecho, pero consideraba que semejante actitud podía resultar perjudicial para su causa. Además, sentía curiosidad. De hecho, estaba hambrienta. ¿De qué? Pues de noticias de Scott. En cierto modo, escuchar al doctor Alberness fue como examinar los viejos recuerdos ocultos en la serpiente de libros. No sabía si todas las reminiscencias de Alberness constituían una de las «estaciones de la dáliva» de Scott, aunque sospechaba que no era así, pero sí sabía que despertaban en ella un dolor reseco pero intenso. ¿Era eso lo que quedaba del duelo después de dos años? ¿Esa tristeza dura y arenosa?

En primer lugar, Scott había llamado a Alberness por teléfono. ¿Sabía de antemano que el médico era un admirador suyo de tres pares de narices y cojones, o esa circunstancia no era más que una coincidencia? Lisey no creía que se tratara de una coincidencia, pues le parecía un poco demasiado..., cómo decirlo..., rebuscado, pero si Scott sabía que Alberness era admirador suyo, ¿cómo lo había averiguado? No halló el modo de preguntárselo sin interrumpir el hilo de los recuerdos del médico, pero daba igual; probablemente carecía de importancia. En cualquier caso, el doctor Alberness se había sentido profundamente halagado al recibir la llamada de Scott (casi se había derretido, como suele decirse), y se había mostrado más que receptivo tanto a las explicaciones de Scott sobre su cuñada como a la propuesta de comer juntos. ¿Le importaba al señor Landon que llevara consigo algunas de sus novelas preferidas para que se las firmara?, había preguntado el médico. Por supuesto que no, había asegurado Scott. Estaría encantado.

Alberness llevó sus novelas predilectas, y Scott, el historial médico de Amanda. Lo cual suscitó otra pregunta a Lisey, que ahora se hallaba a apenas un kilómetro de la casita estilo Cape Cod de Amanda: ¿cómo los había conseguido Scott? ¿Había engatusado a Amanda para que se los diera? ¿Había engatusado acaso a Jane Whitlow, la loquera de los collares de cuentas? Lisey sabía que era

muy posible. La capacidad de persuasión de Scott no era universal, y Dashmiel, ese pollo frito sureño de mierda, constituía un buen ejemplo de ello, pero muchas personas eran susceptibles a ella. Sin duda, Amanda formaba parte de ese grupo, aunque Lisey estaba convencida de que su hermana nunca había llegado a confiar por completo en Scott. (Manda había leído todos sus libros, incluso *Demonios vacíos...*, tras lo cual, según confesaría más tarde, se pasó una semana entera durmiendo con la luz encendida). En cuanto a Jane Whitlow, Lisey no tenía ni idea.

Tal vez el modo en que Scott había obtenido el historial médico de Amanda fuera otro de los extremos sobre los que la curiosidad de Lisey jamás llegara a quedar satisfecha. Quizá tendría que conformarse con saber que los había conseguido, que el doctor Alberness los había examinado de buena gana y que había llegado a la misma conclusión que Scott, a saber, que Amanda Debusher sufriría trastornos más graves en lo sucesivo. Y en algún momento dado (probablemente mucho antes de terminar el postre), Alberness había prometido a su escritor favorito que si se producía el temido desenlace, tendría una plaza reservada para la señora Debusher en Greenlawn.

—Qué amable por su parte —lo elogió Lisey con calidez.

Y ahora, cuando enfilaba el sendero de entrada de la casa de Amanda por segunda vez aquel día, se preguntó en qué momento de la conversación habría preguntado Alberness a Scott de dónde sacaba las ideas. ¿Había sido al principio o hacia el final? ¿En el primer plato o durante el café?

—Despierta, Darla, cariño —dijo mientras apagaba el motor—. Ya hemos llegado.

Darla se irguió y miró la casa de Amanda.

—Mierda —masculló.

Lisey se echó a reír. No pudo evitarlo.

9

Preparar el equipaje para Amanda resultó ser una tarea inesperadamente triste para ambas. Encontraron sus maletas en el cubículo de la segunda planta que hacía las veces de desván. Solo había dos Samsonite gastadas, con sendas etiquetas de **MIA** procedentes del viaje que había realizado a Miami para visitar a Jodotha hacía... ¿Siete años?

No, pensó Lisey, diez. Se las quedó mirando compungida y por fin sacó la más grande.

—Tal vez deberíamos llevarle las dos —comentó Darla en tono incierto antes

de enjugarse el rostro—. Uf, qué calor hace aquí arriba.

—Llévemole solo la grande —decidió Lisey.

Estuvo a punto de añadir que no creía que Amanda asistiera al Baile de los Catatónicos ese año, pero se contuvo. Un solo vistazo al rostro cansado y sudoroso de Darla le indicó que era el momento menos apropiado para intentar mostrarse ingeniosa.

—Podemos llevarle ropa suficiente para una semana como mínimo. De todos modos, no se moverá mucho. ¿Recuerdas lo que ha dicho el médico?

Darla asintió y volvió a enjugarse el sudor.

—Que se pasaría casi todo el día en su habitación, al menos de momento.

Bajo circunstancias normales, Greenlawn habría enviado un médico para que visitara a Amanda en su casa, pero gracias a Scott, Alberness fue directo al grano. Después de cerciorarse de que la doctora Whitlow ya no estaba y de que Amanda no podía o no quería caminar (y de que sufría incontinencia), prometió a Lisey que les mandaría una ambulancia de Greenlawn, un vehículo sin distintivo alguno, según subrayó. A los ojos de casi todo el mundo parecía una furgoneta de reparto cualquiera. Lisey y Darla la siguieron hasta Greenlawn en el BMW de Lisey, ambas profundamente agradecidas... Darla al doctor Alberness, y Lisey a Scott. La espera mientras el doctor Alberness exploraba a Amanda, no obstante, se les antojó mucho más larga que los cuarenta minutos que duró, y el dictamen no fue nada halagüeño. En ese momento, la única parte de él en la que Lisey quería concentrarse era la que Darla acababa de mencionar, es decir, que Amanda pasaría casi toda la primera semana en observación estricta, o sea, en su habitación o en la terracita a la que daba su habitación si podían convencerla para que caminara hasta ella. Ni tan siquiera iría a la sala común Hay, situada al final del pasillo, a menos que mostrara una mejoría repentina y drástica.

—Lo cual es improbable —señaló el doctor Alberness—. Puede suceder, pero no es habitual. Considero que lo mejor es decir siempre la verdad, señoras, y la verdad es que la señora Debuscher tiene muchas probabilidades de permanecer aquí durante un período prolongado.

—Además —agregó Lisey mientras inspeccionaba la más grande de las dos maletas—, quiero comprarle maletas nuevas. Estas están hechas polvo.

—Deja que se las compre yo —pidió Darla con voz cada vez más pastosa e insegura—. Haces tanto, Lisey. Pequeña Lisey...

Tomó la mano de su hermana, se la llevó a los labios y la besó.

Lisey quedó asombrada, casi estupefacta. Ella y Darla habían enterrado el hacha de guerra hacía tiempo, pero aquellas muestras de afecto no eran nada propias de su hermana mayor.

—¿Seguro que quieres hacerlo, Darl?

Darla asintió con vehemencia, se dispuso a decir algo, pero por fin calló y volvió a restregarse el rostro.

—¿Estás bien?

Darla empezó a asentir, pero de repente sacudió la cabeza.

—Maletas nuevas, qué absurdo —espetó de pronto—. ¿Acaso crees que volverá a necesitar maletas alguna vez? Ya has oído al médico... No ha reaccionado a la prueba del chasquido, ni a la prueba del ruido ni a la prueba de la punción. Sé muy bien cómo llaman las enfermeras a estos pacientes. Los llaman «vegetales», y me importa una mierda lo que el médico diga de tratamientos y fármacos milagrosos... ¡Si Amanda llega a recuperarse de esta, será un milagro de los buenos!

Como suele decirse, pensó Lisey con una sonrisa..., aunque solo sonrió en su fuero interno, donde sonreír no entrañaba peligro alguno. Condujo a su hermana exhausta y llorosa por el corto tramo de escalera que descendía desde el desván para alejarla del calor sofocante. Luego, en lugar de decirle que mientras hay vida hay esperanza, que debía acorazarse con una sonrisa, que siempre hay luz al final del túnel o cualquier otra chorrada recién salida del culo del perro, se limitó a abrazarla. Porque a veces un abrazo es la mejor opción. Era una de las cosas que había enseñado al hombre cuyo apellido había adoptado como propio, que a veces es mejor callar, a veces es mejor cerrar el pico de una vez y aferrarse al otro como si la vida te fuera en ello.

10

Lisey volvió a preguntar a Darla si quería que la acompañara de vuelta a Greenlawn, pero Darla declinó de nuevo el ofrecimiento. Tenía una vieja novela de Michael Noonan en cintas de audio, explicó, y aquella sería una buena ocasión para escucharla. Para entonces ya se había lavado la cara en el baño de Amanda, se había retocado el maquillaje y recogido el cabello. Tenía buen aspecto, y Lisey sabía por experiencia que cuando una mujer tiene buen aspecto suele ser porque se encuentra bien. Así pues, oprimió la mano de Darla, le pidió que condujera con cuidado y la siguió con la mirada hasta que la perdió de vista. Acto seguido recorrió la casa de Amanda a paso lento, primero el interior y luego el exterior, para cerciorarse de que todo quedaba cerrado. Ventanas, puertas, la trampilla del sótano, el garaje... Dejó entreabiertas dos de las ventanas del garaje para evitar que se acumulara el calor. Eso era algo que Scott le había enseñado a ella, algo que él había aprendido a su vez de su padre, el temible Chispas Landon..., además de aprender a leer (a la temprana edad de dos años), sumar en la pequeña

pizarra que se guardaba junto al fogón de la cocina, saltar del banco del recibidor gritando «¡Jerónimo!»... y todo lo relativo a las dálivas sangrientas, por supuesto.

—*Estaciones de la dáliva..., como estaciones de la cruz, supongo.*

Lo dice y se echa a reír. Es una risa nerviosa, insegura. La risa de un niño al escuchar un chiste verde.

—Sí, exacto —murmuró Lisey.

Se estremeció pese al calor del atardecer. Resultaba inquietante el modo en que aquellos viejos recuerdos se empeñaban en salir a la superficie en presente. Era como si el pasado no hubiera muerto, como si en algún nivel de la gran torre del tiempo, todo siguiera ocurriendo.

Peligrosa forma de pensar. Pensar así te va a causar muy mal rollo.

—No lo dudo —replicó Lisey en voz alta antes de lanzar también ella una carcajada nerviosa.

Se dirigió hacia el coche con el llavero de Amanda (sorprendentemente pesado, por cierto, pese a que la casa de Lisey era mucho más grande) colgado del dedo índice de la mano derecha. Tenía la sensación de que ya estaba metida en un gran mal rollo. El ingreso de Amanda en el loquero no era más que el comienzo. También estaba «Zack McCool» y el detestable Incunk, el profesor Woodbody. Los acontecimientos del día habían apartado a aquellos dos personajes de su mente, pero eso no significaba que hubieran dejado de existir. Estaba demasiado cansada y desanimada para ocuparse de Woodbody esa noche, demasiado cansada y desanimada incluso para intentar localizar su guarida..., pero se dijo que más le valía hacerlo, aunque solo fuera porque su amigo telefónico «Zack» daba la impresión de poder llegar a ser peligroso.

Subió al coche, guardó las llaves de hermana grande conejito Manda en la guantera y dio marcha atrás por el sendero de entrada. Mientras lo hacía, el sol poniente arrancó una refulgente red de destellos a algo situado a su espalda y hacia el techo. Con un sobresalto, Lisey pisó el freno, miró por encima del hombro... y vio la pala de plata. PRIMERA PIEDRA, BIBLIOTECA SHIPMAN. Alargó la mano, tocó el mango de madera y sintió que se calmaba un tanto. Comprobó la carretera en ambos sentidos, vio que no había tráfico y emprendió el regreso a casa. La señora Jones estaba sentada ante su puerta y la saludó con la mano. Lisey le devolvió el saludo, luego deslizó de nuevo la mano entre los asientos del BMW para tocar otra vez el mango de la pala.

Si era sincera consigo misma, pensó al emprender el breve trayecto de vuelta a casa, debía reconocer que la asustaban más aquellos recuerdos recurrentes, la sensación de que estaban sucediendo otra vez, en el ahora, que lo que podía o no haber sucedido en la cama justo antes del amanecer. Podía desechar ese episodio (bueno..., casi) como la ensoñación de una mente medio dormida y angustiada. Pero llevaba siglos sin pensar en Gerd Allen Cole, y si le preguntaban el nombre del padre de Scott o dónde trabajaba, habría respondido que sinceramente no lo recordaba.

—U.S. Gypsum —dijo en voz alta—. Solo que Chispas lo llamaba U.S. Gyppum... —Y con un gruñido ronco y fiero añadió—: Cállate, ahora mismo. Basta. Déjalo ya.

Pero ¿podía dejarlo? He ahí la cuestión. Y era una cuestión importante, porque su difunto marido no era el único que había aparcado ciertos recuerdos dolorosos y aterradores. También ella había colgado una especie de cortina mental entre **LISEY AHORA** y **¡LISEY! ¡LOS PRIMEROS AÑOS!**, y siempre había considerado que era una cortina resistente, pero ahora ya no estaba tan segura. Desde luego, tenía agujeros, y si mirabas a través de ellos corrías el riesgo de ver cosas en la bruma violeta del otro lado que quizá no quisieras ver. Más valía no mirar, al igual que más valía no mirarse en el espejo una vez oscurecía, a menos que todas las luces estuvieran encendidas, o comer

(comida nocturna).

una naranja o un cuenco de fresas después de ponerse el sol. Algunos recuerdos no estaban mal, pero otros eran peligrosos. Era mejor vivir en el presente, porque si te enganchabas al recuerdo equivocado, podías...

—¿Podías qué? —se preguntó Lisey a sí misma con voz enojada y temblorosa—. No quiero saberlo —se contestó de inmediato.

Del sol poniente surgió un PT Cruiser en sentido contrario, y el conductor la saludó con la mano. Lisey le devolvió el saludo, aunque no creía tener ningún conocido que tuviera un PT Cruiser. Daba igual, ahí, en medio de las quimbambas, siempre devolvías los saludos, pura cortesía rural. En cualquier caso, Lisey tenía la cabeza en otra parte. La cuestión era que no podía permitirse el lujo de rechazar todos sus recuerdos solo porque hubiera algunas cosas

(Scott en la mecedora, los ojos abiertos de par en par mientras el viento aullaba fuera, una galerna de órdago procedente de Yellowknife).

que no se sentía capaz de afrontar. Y no todos ellos se perdían en la bruma violeta; algunos estaban bien guardados en su propia serpiente mental de libros, demasiado a mano. El tema de las dálivas, por ejemplo. Scott la había puesto una vez al corriente de las dálivas, ¿verdad?

—Sí —asintió Lisey al tiempo que bajaba el visor para protegerse del sol poniente—. En New Hampshire. Un mes antes de casarnos. Pero no recuerdo exactamente dónde.

Se llama The Antlers.

Vale, muy bien, y qué. The Antlers. Y Scott lo había denominado su luna de miel anticipada o algo parecido...

Luna de miel de carga frontal. La llama «luna de miel de carga frontal». Dice: «Vamos, babyluv, haz las maletas y ponte las pilas».

—Y cuando babyluv preguntó adónde vamos... —murmuró.

... y cuando Lisey pregunta adónde van, él dice: «Lo sabremos cuando lleguemos». Y así es. Para entonces el cielo está blanco, y la radio anuncia nieve, por increíble que parezca con los árboles aún cubiertos de hojas casi del todo verdes...

Fueron allí para celebrar la publicación de la edición de bolsillo de *Demonios vacíos*, el espantoso y aterrador libro que colocó a Scott Landon por primera vez en la lista de los más vendidos y los hizo ricos. Resultaron ser los únicos clientes. Y se produjo una intempestiva nevada pese a que solo estaban a principios de otoño. El sábado se pusieron botas de nieve y enfilaron una pista forestal y se sentaron al pie de

(el árbol ñam-ñam).

un árbol, un árbol especial, y Scott encendió un cigarrillo y anunció que tenía que decirle algo, algo muy fuerte, y que si eso la hacía decidir no casarse con él lo sentiría mucho..., bueno, más bien que se le rompería el puñetero corazón, pero que...

Lisey dio un volantazo hacia la cuneta de la carretera 17 y se detuvo, levantando una gran polvareda tras de sí. La luz diurna aún era intensa, pero sus matices empezaban a cambiar, adquiriendo la sedosa y extravagante cualidad onírica que es patrimonio exclusivo de los atardeceres de junio en Nueva Inglaterra, el fulgor estival que los adultos nacidos al norte de Massachusetts recuerdan a la perfección de su infancia.

No quiero recordar The Antlers ni ese fin de semana. No quiero volver a la nieve que nos pareció tan mágica, ni al árbol ñamñam, donde nos comimos los bocadillos y nos bebimos el vino, ni a la cama que compartimos aquella noche, ni a las historias que me contó sobre bancos, dálivas y padres desquiciados. Tengo miedo de que todo lo que puedo alcanzar me conduzca a aquello que no me atrevo a ver. Basta, por favor.

En un momento dado, Lisey se dio cuenta de que lo estaba repitiendo en voz baja una y otra vez.

—Basta, basta, basta.

Pero estaba en una cacería de dálivas, y quizá era demasiado tarde para decir basta. Según la cosa que estaba con ella en la cama aquella mañana, ya había encontrado las tres primeras estaciones. Unas cuantas más y podría reclamar el premio. ¡A veces es una chocolatina! ¡A veces una bebida, una Coca-Cola o una Pepsi! ¡Siempre una tarjeta que dice **¡DÁLIVA! ¡Fin!**

«Te he dejado una dáliva», había dicho la cosa ataviada con el camisón de Amanda..., y ahora que estaba a punto de ponerse el sol, de nuevo le costaba creer que aquella cosa hubiera sido Amanda. O solo Amanda.

Tendrás una dáliva sangrienta.

—Pero primero una dáliva buena —musitó Lisey—. Unas cuantas estaciones más y tendré el premio. Una copa. Querría un *whisky* doble, por favor. —Lanzó una carcajada enloquecida—. Pero si las estaciones se pierden en la bruma violeta, ¿cómo demonios puede ser una dáliva buena? No quiero ir detrás de la bruma violeta.

¿Eran sus recuerdos estaciones de la dáliva? En tal caso, podía contar tres muy vívidos en las últimas veinticuatro horas: dejar al loco fuera de combate, arrodillarse junto a Scott sobre el asfalto ardiente, y verlo surgir de la oscuridad con la mano ensangrentada y extendida hacia ella como si se tratara de una ofrenda..., lo cual era precisamente su intención.

Es una dáliva, Lisey. Y no una dáliva cualquiera, sino una dáliva sangrienta.

Tendido sobre el asfalto, Scott le había dicho que su chaval larguirucho, el del inmenso costado moteado, estaba muy cerca. «No lo veo, pero lo oigo comer», había afirmado.

¡No quiero seguir pensando en estas cosas!, se oyó casi gritar.

Pero su voz parecía proceder de una distancia estremecedora, del otro extremo de un abismo insalvable. De repente, el mundo real se le antojaba quebradizo como una fina capa de hielo. O un espejo en el que uno no osaba mirarse más que uno o dos segundos.

Podría llamarlo para que viniera. Y vendría.

Sentada al volante de su BMW, Lisey recordó que su marido pidió hielo y que el hielo llegó, un auténtico milagro. Se llevó las manos al rostro. Las mentiras improvisadas siempre habían sido el punto fuerte de Scott, no de Lisey, pero cuando el doctor Alberness le preguntó por la enfermera de Nashville, Lisey se las ingenió para inventar que Scott había contenido el aliento y abierto los ojos, es decir, que se había hecho el muerto, y Alberness se echó a reír como si fuera lo más gracioso que había oído en su vida. Aquella reacción hizo que Lisey no envidiara precisamente a los subordinados del médico, pero al menos consiguió sacarla de Greenlawn y llevarla hasta allí, hasta la cuneta de una carretera rural, acosada por los recuerdos, que ladraban, gruñían y mordisqueaban la cortina

violeta..., la odiosa y a un tiempo valiosa cortina violeta.

—Estoy perdida —suspiró al tiempo que dejaba caer las manos y lanzaba una risita débil—. Estoy perdida en lo más profundo y tenebroso de este puñetero bosque.

No, creo que lo más profundo y tenebroso del bosque aún está por llegar, donde los árboles son más frondosos y despiden un olor dulzón, donde el pasado aún está sucediendo. Siempre está sucediendo. ¿Recuerdas que aquel día lo seguiste? ¿Que lo seguiste por aquella extraña nieve de octubre hasta el interior del bosque?

Por supuesto que lo recordaba. Scott se apartó del sendero, y ella lo siguió, intentando encajar las botas de nieve en las pisadas de su desconcertante prometido. Y esto se parecía bastante a aquel día, ¿verdad? Solo que si pretendía hacerlo, primero necesitaba otra cosa. Otro fragmento del pasado.

Lisey puso la primera, comprobó por el retrovisor que no venían coches, dio media vuelta y regresó a toda velocidad por donde había venido.

12

Naresh Patel, el propietario del supermercado del mismo nombre, llevaba la tienda en persona cuando Lisey entró en ella justo después de las cinco de la tarde de aquel larguísimo jueves. Estaba sentado tras la caja registradora en una silla de jardín, comiendo estofado de curry mientras Shania Twain hacía piruetas en el canal de música *country* sintonizado en el televisor. Su camiseta proclamaba **I ♥ DARK SCORE LAKE**.

—Un paquete de Salem Light, por favor —le pidió Lisey—. Pensándolo bien, mejor dos.

El señor Patel había trabajado de tendero, primero como empleado en el colmado que su padre tenía en New Jersey y luego como propietario de su supermercado, durante casi cuarenta años, por lo que sabía que no debía hacer comentario alguno cuando un supuesto abstemio empezaba a comprar alcohol o un supuesto no fumador empezaba a comprar tabaco. Se limitó a localizar el veneno de aquella señora en los bien surtidos estantes, lo dejó sobre el mostrador, comentó que hacía un día espléndido y fingió no reparar en el asombro de la señora Landon al enterarse del precio de los cigarrillos. Su reacción tan solo indicaba el largo tiempo transcurrido entre el abandono y la reanudación del hábito. Al menos aquella podía permitirse el veneno; el señor Patel tenía clientes que negaban el pan a sus hijos para comprarse tabaco.

—Gracias —dijo Lisey.

—De nada, señora. No dude en volver a visitarnos —repuso el señor Patel antes de acomodarse de nuevo en su silla para ver a Darryl Worley cantando «Awful, Beautiful Life», uno de sus temas preferidos.

13

Lisey había aparcado junto a la tienda para no obstaculizar ninguno de los surtidores de gasolina (había catorce, dispuestos en siete isletas inmaculadas), y cuando volvió a sentarse al volante del coche encendió el motor para poder bajar la ventanilla. La radio XM instalada bajo el salpicadero (cómo le habrían gustado a Scott todas aquellas emisoras musicales) se puso en marcha al mismo tiempo, aunque a poco volumen. Estaba sintonizada en la emisora de música de los cincuenta, y a Lisey no le extrañó escuchar «Sh-Boom». Sin embargo, no era el tema original de The Chords, sino una versión grabada por un cuarteto que Scott siempre insistía en llamar Los Cuatro Chicos Blancos. Salvo cuando estaba borracho, ocasiones en que los llamaba Los Cuatro Capullos Repeinados.

Abrió uno de los paquetes de tabaco y se deslizó un Salem Light entre los labios por primera vez en... ¿Cuándo había sido la última vez? ¿Cinco años atrás? ¿Siete? Cuando el encendedor del BMW emitió su chasquido, Lisey lo aplicó a la punta del cigarrillo y aspiró una cautelosa calada de humo mentolado. De inmediato se puso a toser con ojos llorosos. Intentó fumar otra calada. Esta fue un poco mejor, pero la cabeza empezó a darle vueltas. Una tercera calada. Nada de tos en esta ocasión, tan solo la sensación de que estaba a punto de perder el conocimiento. Si se desplomaba sobre el volante, el claxon empezaría a sonar, y el señor Patel saldría corriendo para ver qué ocurría. Quizá llegaría a tiempo para impedir que se quemara como una idiota... ¿Esa clase de muerte se llamaba inmolación o defenestración? Scott lo habría sabido, al igual que sabía quién tocaba la versión negra de «Sh-Boom», The Chords, y quién era el dueño de la sala de billares en *La última película*, Sam el León.

Pero Scott, The Chords y Sam el León ya no estaban.

Extinguió el cigarrillo en él hasta entonces inmaculado cenicero. Tampoco recordaba el nombre del motel de Nashville, al que había regresado cuando por fin dejó el hospital (*Sí, regresaste como un borracho a su vino y un perro a su vómito*, oyó canturrear a su Scott mental), tan solo recordaba que el recepcionista le había dado una de las destartaladas habitaciones traseras cuya única vista era una alta valla de madera. Le pareció que tras ella se habían congregado todos los perros de Nashville, ladrando, ladrando, ladrando sin cesar, haciendo que el lejano Pluto pareciera mudo en comparación. Lisey se había tumbado en una de las

camas individuales, sabedora de que no lograría conciliar el sueño, de que cada vez que empezara a dormitar vería al Rubio desplazando el cañón de su pistola amariconada hacia el corazón de Scott, de que oiría al Rubio decir: «Tengo que acabar con todo este campaneó por las fresias», y de que eso la despabilaría por completo una y otra vez. Pero al final sí se había dormido, había conseguido dormir lo suficiente para sobrellevar a duras penas el día siguiente, tres horas, tal vez cuatro, ¿y cómo había logrado semejante proeza? Pues con ayuda de la pala de plata. La había dejado en el suelo, junto a la cama, para poder extender la mano y tocarla cada vez que empezaba a pensar que había llegado tarde, que había sido demasiado lenta. O que Scott empeoraría durante la noche. Y esa era otra cosa en la que no había vuelto a pensar desde entonces. Lisey alargó la mano hacia el asiento trasero y tocó la pala. Se encendió otro Salem Light con la mano libre y se obligó a recordar el momento en que fue a verlo a la mañana siguiente, la subida a la tercera planta, donde se encontraba la UCI, en el calor ya abrasador de la mañana, porque en los dos ascensores para pacientes de aquella parte del hospital había sendos rótulos de **FUERA DE SERVICIO**. Recordó lo que había sucedido cuando se acercaba a su habitación. Una tontería, en realidad, una de esas

14

Una de esas situaciones absurdas en las que sin proponértelo le das un susto de muerte a alguien. Lisey recorre el pasillo desde la escalera situada en un extremo del ala, y la enfermera sale de la habitación 319 con una bandeja en las manos, mirando por encima del hombro y con el ceño fruncido hacia la habitación que acaba de abandonar. Lisey saluda a la enfermera (que sin duda no pasa de los veintitrés años y parece aún más joven) para advertirla de su presencia. Es un saludo suave, un saludo clásico de la pequeña Lisey, sin lugar a dudas, pero la enfermera profiere un grito estridente y deja caer la bandeja. Tanto el plato como la taza de café sobreviven, pues a fin de cuentas son viejos lobos de cafetería de hospital, pero el vaso se hace añicos, vertiendo zumo de naranja sobre el linóleo y los zapatos blancos hasta ahora impecables de la enfermera. La joven se queda mirando a Lisey con expresión de ciervo paralizado por los faros de un coche, parece por un instante a punto de girar sobre sus talones y salir huyendo, luego se domina y pronuncia la frase de rigor:

—Vaya, lo siento, me ha asustado.

Acto seguido se agacha de modo que el dobladillo del uniforme le cubre las

rodillas enfundadas en medias blancas modelo Nancy Enfermera, y devuelve el plato y la taza a la bandeja. Hecho esto y con movimientos rápidos y cuidadosos a un tiempo, procede a recoger los fragmentos de vidrio. Lisey se agacha junto a ella para ayudarla.

—No tiene por qué molestarse, señora —protesta la enfermera con un fuerte deje sureño—. Ha sido culpa mía. No me he fijado por dónde iba.

—No se preocupe —responde Lisey.

Consigue recoger algunos de los fragmentos antes que la joven enfermera y los deposita sobre la bandeja antes de empapar el zumo vertido con la servilleta.

—Es la bandeja del desayuno de mi marido, así que me sentiría culpable si no la ayudara a recoger.

La enfermera le lanza una mirada peculiar, parecida a la clásica «¿Está casada con ÉL?» a la que Lisey está más o menos acostumbrada, pero no del todo igual, luego vuelve a clavar la vista en el suelo y empieza a buscar vidrios que pueda haber pasado por alto.

—Ha comido, ¿verdad? —pregunta Lisey con una sonrisa.

—Sí, señora. Ha comido muy bien, teniendo en cuenta lo que ha pasado. Media taza de café, que es cuanto le permiten, un huevo revuelto, un poco de compota de manzana y una tarrina de gelatina. El zumo no se lo ha terminado..., como puede comprobar. —La enfermera se incorpora con la bandeja—. Iré a buscar un paño al control de enfermería para secar el suelo.

En este momento, la joven enfermera vacila y por fin lanza una risita nerviosa.

—A su marido se le da bien la magia, ¿verdad?

Sin que venga a cuento, Lisey piensa: *PPCCN, Ponte las pilas cuando lo consideres necesario*. Pero se limita a sonreír.

—Tiene un buen repertorio de trucos, desde luego. ¿Cuál le ha hecho?

¿Y en algún rincón de su mente recuerda la noche de la primera dáliva, el momento en que fue medio dormida al baño del piso de Cleaves Mills, diciendo «Scott, date prisa», mientras camina, porque sin duda debe de estar allí, porque no está en la cama?

—He entrado a ver cómo estaba —explica la enfermera— y juraría que la cama estaba vacía. El soporte del suero seguía allí con las bolsas colgadas, pero... pensé que se habría arrancado la aguja para ir al baño. Los pacientes hacen toda clase de cosas raras cuando están sedados...

Lisey asiente con la esperanza de que en su rostro siga dibujándose la misma sonrisa expectante, esa que dice «Ya me conozco la historia, pero aún no me he cansado de oírla».

—Así que entré en el baño, pero también estaba vacío. Y entonces, cuando me giré...

—Ahí estaba mi marido —termina Lisey por ella en voz baja y sin perder la sonrisa—. Abracadabra, tachán.

Y dáliva, fin, piensa.

—Sí, ¿cómo lo sabe?

—Bueno —responde Lisey, aún sonriendo—, Scott tiene la facultad de confundirse con su entorno, como un camaleón.

Aquella frase debería parecer del todo absurda, la mentira de una persona carente de imaginación, pero no es así. Porque no es una mentira. Muy a menudo, Lisey pierde de vista a Scott en los supermercados y los grandes almacenes (lugares en los que, por la razón que sea, nadie lo reconoce), y en cierta ocasión pasó casi media hora buscándolo en la Biblioteca de la Universidad de Maine antes de encontrarlo por fin en la hemeroteca, donde ya había mirado dos veces. Cuando lo regañó por hacerla esperar y obligarla a buscarlo en un lugar en el que ni siquiera podía alzar la voz para llamarlo, Scott se encogió de hombros y aseguró que había estado todo el rato en la hemeroteca, hojeando las nuevas revistas de poesía. Y lo curioso era que Lisey no creía que exagerara y mucho menos aún que mintiera. De algún modo lo había... pasado por alto.

El rostro de la enfermera se ilumina.

—Eso es exactamente lo que ha dicho Scott, que se confunde con su entorno —explica; de repente se ruboriza—. Nos dijo que lo llamáramos Scott, casi nos lo exigió. Espero que no le importe, señora Landon.

En los labios de esta joven enfermera sureña, su acento no la crispa como el de Dashmiel.

—Por supuesto que no. Se lo dice a todas las chicas, sobre todo a las guapas.

La enfermera sonríe y se ruboriza aún más.

—Dice que me vio pasar y mirarlo. Y me dijo algo como «Siempre he sido un hombre blanco, muy blanco, pero con toda la sangre que he perdido, ahora debo de estar entre los diez primeros».

Lisey lanza una carcajada cortés al tiempo que el estómago le da un vuelco.

—Y claro, con las sábanas blancas y el pijama blanco que lleva...

La joven enfermera empieza a hablar más despacio. Quiere creer lo que dice, y a Lisey no le cabe duda de que se lo creía mientras Scott hablaba con ella y la miraba con aquellos relucientes ojos color avellana, pero ahora comienza a percibir la esencia absurda que acecha justo debajo de sus palabras.

Así que Lisey acude en su ayuda.

—Además, tiene el talento de quedarse tan quieto... —asegura.

En realidad, Scott es el hombre más inquieto que conoce. Incluso cuando lee se pasa el rato removiéndose en el sillón, mordiéndose las uñas (un hábito que abandonó durante un tiempo después de su sermón, pero que no tardó en

recuperar), rascándose los brazos como un drogadicto ansioso por un pico, a veces incluso haciendo ejercicios de bíceps con las mancuernas que siempre guarda bajo su butaca predilecta. Solo lo ha visto quieto cuando duerme a pierna suelta y cuando escribe de un modo excepcionalmente fructífero. Pero la enfermera todavía la mira escéptica, de modo que sigue inventando en un tono de voz alegre que le suena espantosamente falso.

—A veces tengo la impresión de que es un mueble. He pasado a su lado sin verlo muchísimas veces —le roza la mano—. Estoy segura de que eso es lo que le ha pasado a usted, querida.

No está segura en absoluto, pero la enfermera le dedica una sonrisa agradecida, y el tema de la ausencia de Scott queda aparcado. *O más bien lo pasamos por alto*, piensa Lisey, *como una piedrecilla en la vesícula*.

—Hoy está mucho mejor —anuncia la enfermera—. El doctor Wendlestadt ha pasado a verlo en la primera ronda y ha quedado impresionado.

Lisey está convencida de ello. Y le dice a la enfermera lo que Scott le dijo a ella hace ya tantos años en el piso de Cleaves Mills. Entonces creyó que no era más que una frase hecha, pero ahora cree en ello a pies juntillas. Oh, sí, a pies juntillas.

—Los Landon se recuperan a toda pastilla —recita antes de entrar en la habitación de su esposo.

15

Está tendido en la cama con los ojos cerrados y la cabeza vuelta hacia un lado; un hombre muy blanco en una cama muy blanca, de eso no cabe la menor duda, pero resulta imposible no reparar en la cabellera oscura que le llega hasta los hombros. La silla en la que se sentó anoche está donde la dejó, y Lisey vuelve a ocupar su lugar junto a la cama. Saca el libro, *Salvajes*, de Shirley Conran, y está retirando la tapeta del sobre de cerillas que hace las veces de punto de lectura cuando siente la mirada de Scott clavada en ella y levanta la cabeza.

—¿Cómo estás, amor mío? —le pregunta.

Scott guarda silencio durante largo rato. Su respiración sigue siendo sibilante, pero no es el silbido estridente que emitía cuando estaba tendido sobre el asfalto del aparcamiento, suplicando que le llevaran hielo. *En efecto, está mejor*, piensa Lisey. En un momento dado, con cierto esfuerzo, Scott desplaza la mano para cubrir la de su mujer. Se la oprime. Sus labios (que parecen terriblemente resecos, tendrá que comprarle un lápiz de cacao) se abren en una sonrisa.

—Lisey —musita—. Pequeña Lisey.

Vuelve a dormirse con la mano aún sobre la de su esposa, a quien le parece perfecto. Puede volver las páginas del libro con una sola mano.

16

Lisey se removió como si acabara de despertar de una siesta, miró por la ventanilla del BMW y descubrió que la sombra de su coche se había alargado de forma considerable sobre el limpio asfalto oscuro del señor Patel. En su cenicero no había una colilla ni dos, sino tres. Miró por el parabrisas y vio un rostro observándola desde una de las pequeñas ventanas situadas en la parte posterior del supermercado, donde sin duda se encontraba el almacén. El rostro desapareció antes de que Lisey pudiera distinguir si se trataba de la esposa del señor Patel o de una de sus dos hijas adolescentes, pero sí tuvo tiempo de discernir su expresión, una expresión de curiosidad o preocupación. Sea como fuere, había llegado el momento de irse. Lisey dio marcha atrás para salir de la plaza de aparcamiento, contenta de haber apagado los cigarrillos en el cenicero del coche en lugar de arrojarlos al casi sobrecogedoramente limpio asfalto, y de nuevo puso rumbo a casa.

Recordar aquel día en el hospital y lo que dijo la enfermera ha sido otra estación de la dáliva.

¿Sí? Sí.

Había algo en la cama con ella aquella mañana, y de momento seguiría creyendo que había sido Scott. Por alguna razón la había enviado a una cacería de dálivas, como las cacerías que su hermano mayor, Paul, le organizaba cuando eran un par de niños infelices creciendo en el campo de Pensilvania. Solo que en lugar de pequeños acertijos que la guiaran de una estación a la siguiente, Scott la estaba guiando...

—Me estás guiando hacia el pasado —murmuró—. Pero ¿por qué? ¿Por qué, si ahí es donde está el mal rollo?

Estás en una buena dáliva. Llega detrás de la cortina violeta.

—Scott, no quiero ir más allá de la cortina violeta —protestó ella cuando se acercaba a la casa—. No quiero ir más allá de la bruma violeta, puñeta.

Pero me parece que no tengo elección.

Si eso era cierto, y si la siguiente estación de la dáliva significaba revivir el fin de semana en The Antlers, la luna de miel de carga frontal, entonces Lisey quería la caja de cedro de La Buena de Ma. Era lo único que le quedaba de su madre ahora que las

(africanas).

colchas afganas ya no estaban, y Lisey suponía que era su versión más modesta del rincón de los recuerdos de Scott. Era el lugar donde guardaba toda clase de recuerdos de

(¡SCOTT Y LISEY! ¡LOS PRIMEROS AÑOS!).

la primera década de su matrimonio. Fotos, postales, servilletas, cajas de cerillas, cartas de restaurantes, posavasos y chorradas similares. ¿Durante cuánto tiempo había coleccionado aquellas cosas? ¿Diez años? No, no tanto. Seis a lo sumo. Probablemente menos. Después de *Demonios vacíos*, los cambios habían sido numerosos y rápidos, no solo el experimento de Alemania, sino todo. Su vida matrimonial se había convertido en una suerte de tiovivo enloquecido como el que salía al final de *Extraños en un tren*, de Alfred Hitchcock. Dejó de coleccionar cosas como servilletas y cajas de cerillas porque había demasiados vestíbulos y demasiados restaurantes en demasiados hoteles. Al cabo de poco tiempo dejó de guardarlo todo. Y la caja de cedro de La Buena de Ma, que despedía una fragancia tan dulce cuando la abrías, ¿dónde estaría? En algún lugar de la casa, de eso estaba segura, y estaba resuelta a dar con ella.

Quizá resulte ser la próxima estación de la dáliva, pensó, y en aquel momento divisó el buzón ante ella. La puertecilla estaba abierta, y había un fajo de cartas atado a ella con un elástico. Impulsada por la curiosidad, Lisey detuvo el coche junto al buzón. Cuando Scott vivía, al llegar a casa encontraba el buzón lleno a menudo, pero en los últimos tiempos solía recibir poca correspondencia, y con frecuencia se trataba de cartas destinadas al OCUPANTE o los SEÑORES PROPIETARIOS de la casa. El fajo de hoy también parecía bastante flaco: cuatro sobres y una postal. El señor Simmons, el cartero, debía de haber embutido un paquete en el buzón, aunque cuando hacía buen tiempo solía sujetarlos con un elástico a la robusta bandera metálica. Lisey echó un vistazo a las cartas (facturas, publicidad y una postal de Cantata) y luego deslizó la mano en el buzón. Sus dedos rozaron algo suave, peludo y mojado. Profirió un grito de sorpresa, retiró la mano a toda prisa, vio sangre en los dedos y volvió a gritar, esta vez de horror. En el primer momento se convenció de que algo la había mordido, de que algo se había encaramado al poste de cedro del buzón para embutirse en el buzón. Quizá una rata o tal vez algo peor, algo rabioso, como un pájaro carpintero o una cría de mapache.

Se limpió la mano en la blusa, respirando en jadeos audibles que no eran exactamente gemidos, y por fin levantó la mano a regañadientes para verificar el número de cortes y su profundidad. Por un instante, su convicción de que algo la había mordido fue tan intensa que casi le pareció ver las marcas. Pero luego pestañeó con fuerza, y la realidad se impuso. Había manchas de sangre, pero ningún corte, ninguna dentellada. Había algo en su buzón, sin lugar a dudas, una

repugnante sorpresa peluda, pero dicha sorpresa ya no podía morder.

Lisey abrió la guantera, y el segundo paquete de cigarrillos cayó fuera. Rebuscó hasta dar con la pequeña linterna desechable que había trasladado allí desde la guantera de su anterior coche, un Lexus que había tenido durante cuatro años. Un buen coche, el Lexus. Lisey solo se lo había cambiado porque le recordaba demasiado a Scott, que siempre lo llamaba el Lexus Sexy de Lisey. Resultaba sorprendente cuánto podían llegar a doler las insignificancias cuando moría un ser querido. Hablando de la puñetera princesa y el guisante... Ahora solo esperaba que le quedara pila a la linterna.

Así era. El haz brillaba con fuerza y estabilidad. Lisey se volvió, respiró hondo y alumbró el interior del buzón. Era vagamente consciente de que había apretado los labios con tal fuerza que le dolían. Al principio solo distinguió una forma oscura y un fulgor verdoso, como el destello que la luz arranca a una superficie de mármol. Y algo mojado en la superficie de metal ondulado de la base del buzón. Suponía que era la sangre que le había manchado los dedos. Se desplazó hacia la izquierda hasta apoyar el costado contra la portezuela del conductor y así poder adentrar la linterna un poco más en el buzón. De repente, la forma oscura tenía pelaje, orejas y una nariz que con toda probabilidad sería rosada a la luz del día. Los ojos resultaban inconfundibles. Aún opacos por la muerte, su forma resultaba inequívoca. Había un gato muerto en su buzón.

Lisey se echó a reír. La suya no era una risa del todo normal, pero tampoco del todo histérica. De hecho, no estaba desprovista de cierto humor. No necesitaba a Scott para saber que encontrarse un gato muerto en el buzón era tan, tan *Atracción fatal* que daba asco. Aquella no era una película sueca subtitulada, y Lisey la había visto dos veces. Lo gracioso era que Lisey no tenía gato.

Dejó que la risa siguiera su curso, luego se encendió un Salem Light y enfiló el sendero de acceso.

VI

Lisey y el profesor (Esto es lo que pasa)

1

Lisey ya no sentía miedo, y el breve episodio de regocijo había dado paso a la furia pura y dura. Dejó el BMW aparcado delante de las puertas cerradas del granero y se dirigió con paso rígido hacia la casa, preguntándose si hallaría la misiva de su nuevo amigo en la puerta de la cocina o en la principal. En ningún momento dudó de que habría una misiva, y estaba en lo cierto. La nota estaba en la puerta trasera, un sobre blanco alargado que sobresalía entre la puerta mosquitera y la jamba. Con el cigarrillo encajado entre los dientes delanteros, Lisey abrió el sobre y desdobló la única hoja que contenía. El mensaje estaba mecanografiado.

Señora: Siento hacer esto porque me encantan los animales, pero mejor su gato que usted. No quiero hacerle daño. No quiero, pero tiene que llamar al 412-298-8188 y decirle a «El Hombre» que va a donar esos papeles de los que hablamos a la biblioteca de la escuela a través de Él. No queremos que el asunto se retrase más, señora, así que llámeme antes de las 8 de esta noche i él se pondrá en contacto conmigo. Acanemos con esto sin que nadie salga herido salvo su pobre Mascota, que me da MUCHA PENA.

Su amigo,

Zack

PD.: No estoy nada enfadado porque me dijera que me fuera a tomar por el c... Sé que estaba tastornada.

Z

Lisey se quedó mirando la Z, el último mensaje de «Zack McCool», y pensó en el Zorro cabalgando en plena noche con la capa ondeando a su espalda. Le lloraban los ojos. En el primer momento creyó que estaba llorando, pero enseguida comprendió que era por el humo. El cigarrillo que tenía entre los dientes se había consumido hasta el filtro. Lo escupió a los ladrillos que pavimentaban el sendero y lo aplastó con furia. Luego alzó la mirada hacia la alta valla de madera que delimitaba todo el jardín trasero..., aunque solo por motivos estéticos de simetría, ya que únicamente tenían vecinos en la cara sur, a la izquierda de Lisey tal como estaba situada junto a la puerta de la cocina con la enfurecedora y mal escrita nota de «Zack McCool», su puñetero ultimátum. Al otro lado de la valla vivían los Galloway, y los Galloway tenían media docena de gatos, lo que la gente solía llamar «gatos de granero» por aquellos lares. A veces merodeaban por el jardín de los Landon, sobre todo cuando no había nadie en casa. A Lisey no le cabía la menor duda de que el gato del buzón era uno de los gatos de granero de los Galloway, al igual que no le cabía la menor duda de que era Zack quien conducía el PT Cruiser con el que se había cruzado poco después de marcharse de casa de Amanda. El señor PT Cruiser se dirigía hacia el este tras surgir prácticamente del sol poniente, de modo que Lisey no había podido verlo bien. Y el muy cabrón incluso había tenido la desfachatez de saludarla. «Qué tal, señora, le he dejado una cosita en el buzón». Y ella le había devuelto el saludo, porque eso es lo que una hacía en el campo.

—Cabrón —masculló.

Estaba tan furiosa que ni siquiera sabía a quién iba dirigido el insulto, si a Zack o al Incunk chiflado que había contratado a Zack para que la acojonara. Pero puesto que Zack había sido lo bastante considerado para proporcionarle el número de Woodbody (Lisey había reconocido el prefijo de Pittsburgh), sí sabía de quién quería ocuparse primero, y descubrió que se moría de ganas de hacerlo. Pero antes de ocuparse de ese asunto tenía que encargarse de una tarea doméstica bastante desagradable.

Lisey se guardó la nota de «Zack McCool» en el bolsillo posterior, rozando el Cuadernillo de las Obsesiones de Amanda sin siquiera darse cuenta, y sacó las llaves de casa. Seguía demasiado furiosa para darse cuenta de gran cosa, incluida

la posibilidad de que la nota contuviera huellas del emisor. Tampoco estaba pensando en llamar a la oficina del sheriff, si bien era una de las cosas que había tenido intención de hacer antes de llegar a casa. La furia había reducido todo pensamiento coherente a algo muy parecido al haz de la pequeña linterna que había utilizado para alumbrar el interior del buzón, y en ese momento ello equivalía a dos cosas: ocuparse del gato y luego llamar a Woodbody para decirle que se ocupara de «Zack McCool». Que se lo quitara de encima. Porque de lo contrario...

2

De la alacena bajo el fregadero sacó dos cubos, algunos paños limpios, un par de guantes de goma viejos y una bolsa de basura que se embutió en el bolsillo trasero de los vaqueros. Vertió un poco de detergente en uno de los cubos y lo llenó de agua caliente, utilizando la función de ducha del grifo de la cocina para producir más espuma. Luego salió al jardín, tan solo se detuvo para coger unas pinzas de lo que Scott había llamado el Cajón de los Trastos de la cocina, los trastos grandes que solo utilizaba en las raras ocasiones en que decidía hacer una barbacoa. Se oyó a sí misma cantar una y otra vez el estribillo de «Jambalaya» mientras realizaba esas pequeñas y desagradables tareas: «Por las barbas del profeta, lo pasaremos de miedo en el pantano».

De miedo, sin duda.

Una vez fuera, llenó el segundo cubo con agua fría de la manguera y recorrió el sendero de entrada con un cubo en cada mano, con los paños echados sobre el hombro, las largas pinzas sobresaliendo de uno de los bolsillos traseros y la bolsa de basura embutida en el otro. Al llegar junto al buzón, dejó los cubos en el suelo y frunció la nariz. ¿Podía ser que oliera a sangre o solo eran imaginaciones suyas? Escudriñó el interior del buzón. Apenas veía nada, porque tenía la luz en contra. *Tendría que haber traído la linterna*, pensó, pero no tenía intención alguna de ir a buscarla ahora que se había puesto las pilas y estaba lista para la acción.

Lisey metió las pinzas en el buzón y no se detuvo hasta dar con algo que no era blando pero tampoco del todo duro. Las abrió cuanto pudo, luego las cerró y tiró. Al principio no sucedió nada, pero al poco el gato, en realidad poco más que una sensación de peso en el brazo, empezó a salir a regañadientes.

En un momento dado, las pinzas resbalaron y soltaron su presa. Lisey las retiró. Vio sangre y algunos pelos grises en los extremos espatulados, que Scott siempre había llamado los «agarradores». Recordaba haberle dicho que «agarradores» debía de ser un pez que había encontrado muerto en la superficie

de su precioso lago. Aquello había hecho reír a Scott.

Lisey se inclinó para escudriñar de nuevo el interior del buzón. El gato había recorrido medio camino y ahora se veía con claridad. Era de un indefinido color humo, uno de los gatos de granero de los Galloway, sin lugar a dudas. Cerró las pinzas dos veces, como gesto de la suerte, y estaba a punto de introducirlas de nuevo cuando oyó un coche aproximarse por el este. Se volvió con el pulso acelerado. No es que creyera que fuera Zack que regresaba en su pequeño PT Cruiser, sino que lo sabía. Pararía el coche y le preguntaría, en su particular acento sureño, si necesitaba ayuda. «Señora —diría—, ¿necesita ayuda?». Pero era un todoterreno, y lo conducía una mujer.

Te estás poniendo paranoica, pequeña Lisey.

Probablemente. Y dadas las circunstancias, estaba en su derecho.

Acaba de una vez. Has salido para hacerlo, así que hazlo.

Volvió a introducir las pinzas, prestando más atención esta vez, y al abrir los agarradores y posicionarlos alrededor de una de las patas cada vez más rígidas del malogrado gato de granero, pensó en Dick Powell en una de esas viejas películas en blanco y negro, trinchando un pavo y preguntando: «¿Quién quiere muslo?». Y sí, percibía el olor de la sangre del animal. Tuvo una arcada, bajó la cabeza y escupió entre las zapatillas deportivas.

Acaba de una vez.

Lisey cerró los agarradores (no estaba mal la palabra una vez te acostumbrabas a ella) y tiró de nuevo. Con la otra mano abrió la bolsa de basura, y el gato cayó en ella de cabeza. Retorció la boca de la bolsa e hizo un nudo, porque la tonta de la pequeña Lisey había olvidado traer una cinta amarilla para cerrarla. Luego hizo de tripas corazón y procedió a limpiar la sangre y el pelo del buzón.

3

En cuanto terminó de limpiar el buzón, Lisey se dirigió de nuevo hacia la casa, cargada con los cubos a la luz dorada del atardecer. Solo había desayunado café y un cuenco de gachas, y el almuerzo había consistido en apenas una cucharada de atún con mayonesa sobre un par de hojas de lechuga. A pesar del gato muerto, estaba hambrienta. Decidió aplazar la llamada a Woodbody hasta después de haberse metido algo entre pecho y espalda. La idea de llamar al sheriff o a cualquier ser humano vestido de uniforme azul, para el caso, todavía no había retornado a su mente.

Se lavó las manos durante tres minutos con agua muy caliente, hasta

cerciorarse de que no le quedaba ni rastro de sangre bajo las uñas. Luego sacó del frigorífico el Tupperware con los restos del pastel de hamburguesa, los vertió en un plato y metió este en el microondas. Mientras esperaba la campanilla de aviso, sacó una Pepsi de la nevera. Recordaba haber pensado que no se comería los restos del pastel de hamburguesa una vez satisfechas las ansias de comer aquella porquería; ya podía añadir aquel pensamiento a la larguísima lista de Cosas Respecto a Las que La Pequeña Lisey estaba Equivocada, pero ¿y qué? Ya ves, como le gustaba decir a Cantata cuando era una adolescente.

—Nunca he pretendido ser el cerebro de la familia —señaló Lisey a la cocina vacía, y en aquel momento sonó la campanilla del microondas, como si quisiera secundar sus palabras.

El mejunje recalentado casi quemaba demasiado para comerlo, pero Lisey lo engulló de todos modos, refrescándose la boca con enormes tragos burbujeantes de Pepsi. Mientras masticaba el último bocado recordó el susurro del pelaje del gato contra la pared de hojalata del buzón y la extraña sensación que había experimentado cuando el cuerpo del animal empezó a salir a regañadientes. Debíó de embutirlo a la fuerza, pensó, y de nuevo acudió a su mente Dick Powell, Dick Powell en blanco y negro, esta vez diciendo: «¿Quién quiere un poco de relleno?».

Se levantó para correr hacia el fregadero con tal rapidez que volcó la silla. Estaba convencida de que vomitaría hasta el último bocado, de que trallaría, echaría las papas, potaría hasta la primera papilla. Se inclinó sobre el fregadero con los ojos cerrados, la boca abierta y el vientre encogido y espasmódico. Tras un tenso intervalo de cinco segundos, emitió un eructo monstruoso que vibró como un enjambre de grillos. Permaneció inmóvil unos instantes más para asegurarse de que eso era todo. Una vez convencida, se enjuagó la boca, escupió y se sacó la nota de «Zack McCool» del bolsillo de los vaqueros. Había llegado el momento de llamar a Joseph Woodbody.

4

Esperaba que el número correspondiera a su despacho de la universidad, porque, a fin de cuentas, quién iba a darle a un chiflado como su nuevo amigo Zack el teléfono particular, y estaba preparada para dejar un mensaje provocador de tres pares de narices y cojones en el contestador de Woodbody. Sin embargo, al segundo timbrado contestó una voz femenina bastante agradable y tal vez lubricada a causa de esa ineludible primera copa de antes de la cena. La voz le indicó que estaba llamando a la residencia de los Woodbody y a continuación

preguntó quién llamaba. Por segunda vez en el día, Lisey se presentó como señora de Scott Landon.

—Querría hablar con el profesor Woodbody —pidió con voz afable.

—¿De qué se trata, por favor?

—De los papeles de mi difunto esposo —repuso Lisey mientras daba vueltas al paquete abierto de Salem Light que estaba sobre la mesilla de café, ante ella.

Se dio cuenta de que una vez más tenía tabaco, pero no fuego. Quizá fuera una señal para que abandonara el hábito antes de que sus pequeñas garras amarillas se le clavaran de nuevo en el tronco encefálico. Estuvo a punto de añadir: «Estoy segura de que querrá hablar conmigo», pero finalmente decidió no molestarse; sin duda su mujer ya lo sabía.

—Un momento, por favor.

Lisey esperó. No había pensado lo que diría, en atención a otra de las Reglas de Landon, según la cual solo debía planearse lo que se iba a decir en el caso de una disensión leve. Cuando estabas realmente furioso, cuando tenías ganas de arrancarle los ojos a alguien, como suele decirse, por lo general era mejor dejar que la cosa fluyera por sí sola.

Así pues, se quedó sentada, procurando dejar la mente en blanco y sin dejar de darle vueltas al paquete de cigarrillos. Una y otra vez.

—Hola, señora Landon, qué sorpresa tan agradable —dijo por fin una suave voz masculina que le pareció recordar.

PPCCN, pensó Lisey. *PPCCN*, *babyluv*.

—No —replicó—, no va a ser una sorpresa nada agradable, se lo aseguro.

Un instante de silencio.

—¿Cómo dice? —preguntó la voz en tono cauteloso—. ¿Es usted Lisa Landon? ¿La señora de Scott L...?

—Escúcheme bien, hijo de puta. Un hombre me está acosando. Creo que es peligroso. Ayer amenazó con hacerme daño.

—Señora Landon...

—En sitios donde no me dejaba tocar por los chicos en los bailes del instituto, según lo expresó, si no recuerdo mal. Y hoy...

—Señora Landon, no...

—Hoy me ha dejado un gato muerto en el buzón y una nota en la puerta, y en la nota había un número de teléfono, este número de teléfono, así que no me diga que no sabe de qué le estoy hablando, porque sí lo sabe.

Al pronunciar la última palabra, Lisey golpeó el paquete de cigarrillos con el canto de la mano como si de una pluma de bádminton se tratara. El paquete salió volando hasta el otro extremo de la estancia, escupiendo cigarrillos durante el trayecto. Lisey respiraba muy deprisa y con la boca abierta. No quería que

Woodbody la oyera y tomara su furia por miedo.

Woodbody no respondió. Lisey le dio tiempo.

—¿Sigue ahí? Más le vale —espetó al ver que el hombre guardaba silencio.

Al oír de nuevo la voz, supo que era el mismo hombre quien hablaba, pero el tono suave y culto había desaparecido para dar paso a la voz de un hombre que parecía más joven y más viejo a un tiempo.

—Voy a ponerla en espera para coger el teléfono del estudio, señora Landon —anunció.

—Para que su mujer no lo oiga, querrá decir.

—Espere un momento, por favor.

—No tarde, Woodbodrio, porque de lo contrario...

Un chasquido seguido de silencio. Lisey deseó haber llamado por el inalámbrico de la cocina; tenía ganas de caminar, tal vez de coger un cigarrillo y encenderlo en un quemador de la cocina. Pero quizá así estaba mejor; de este modo no podía ventilar ni un ápice de su furia. De este modo tenía que seguir con las pilas puestas hasta electrocutarse.

Transcurrieron diez segundos. Veinte. Treinta. Estaba a punto de colgar cuando se oyó otro chasquido, y a continuación oyó de nuevo al Rey de los Incunks hablándole con su nueva voz de joven viejo, teñida de una suerte de temblor espasmódico. *Son los latidos de su corazón*, pensó Lisey. Lo pensó ella, pero bien podría habérselo dicho Scott. *El corazón le late tan deprisa que puedo oírlo. ¿Quería asustarlo? Pues en efecto, lo he asustado. ¿Y cómo es que eso me asusta a mí?*

Sí, de repente estaba asustada. El miedo era como un hilo amarillo que se entretejía en medio de la manta roja que era su furia.

—Señora Landon, ¿se trata de un hombre llamado Dooley? ¿James o Jim Dooley? ¿Un tipo alto, flaco con un poco de acento rural? ¿Como de Virginia...?

—No sé cómo se llama. Por teléfono me dijo que se llamaba Zack McCool, y ese es el nombre con el que firmó la...

—Mierda —masculó Woobody.

Aunque tal como lo dijo sonó a «mieeeeeerda», casi como una especie de cántico, al que siguió un sonido que quizá fuera un gruñido. Un segundo hilo amarillo se unió al primero en la mente de Lisey.

—¿Qué? —preguntó con brusquedad.

—Es él —repuso Woodbody—. Tiene que ser él. La dirección de correo electrónico que me dio era Zack991.

—Usted le dijo que me intimidara para que le entregara los papeles inéditos de Scott, ¿verdad? Ese era el trato.

—Señora Landon, usted no lo entiende...

—Creo que sí. Me he tropezado con gente bastante chiflada después de la muerte de Scott, y los académicos les dan mil vueltas a los coleccionistas, pero usted hace que los demás académicos parezcan normales, Woodbodrio. Probablemente por eso consiguió disimular al principio. Los chalados de verdad tienen que ser capaces de disimular; es una herramienta fundamental para su supervivencia.

—Señora Landon, si me permitiera explicarle...

—Un hombre me está amenazando y usted es el responsable, así que no hace falta que me explique nada. Quiero que me escuche con mucha atención. Dígame que me deje en paz. Aún no lo he denunciado a las autoridades, pero en realidad creo que el hecho de que la policía sepa su nombre es la menor de sus preocupaciones. Si recibo una sola llamada, una sola nota o un solo animal muerto más de este fan del espacio exterior, iré a los periódicos. —De repente le vino la inspiración—. Empezaré por los de Pittsburgh. Estarán encantados. PROFESOR CHIFLADO AMENAZA A LA VIUDA DE FAMOSO ESCRITOR. Cuando ese titular aparezca en portada, las preguntas de la policía de Maine serán una insignificancia en comparación. Adiós a la cátedra...

A Lisey le pareció que el discursito había quedado bien, y lo cierto era que apartó esos hilos amarillos de temor, al menos por el momento. Por desgracia, las siguientes palabras de Woodbody los hicieron aflorar de nuevo, más brillantes que antes.

—Usted no lo entiende, señora Landon. No puedo pararlo.

5

Durante unos instantes, Lisey estuvo demasiado estupefacta para hablar.

—¿Cómo que no puede? —Logró articular por fin.

—Ya lo he intentado.

—¡Tiene su correo electrónico! Zack999 o lo que sea...

—Zack991 arroba Sail punto com... Como si fuera 000, porque no funciona. Funcionó las dos primeras veces que la utilicé, pero desde entonces los correos electrónicos me son devueltos con el mensaje IMPOSIBLE ENTREGAR MENSAJE.

Empezó a balbucear algo acerca de que podía volver a intentarlo, pero Lisey apenas le prestaba atención. Estaba repasando mentalmente su conversación con Zack McCool... o Jim Dooley, si ese era su verdadero nombre. Había dicho que si Woodbody no lo llamaba por teléfono...

—¿Tiene usted una dirección electrónica especial? —lo interrumpió a media

frase—. Ese tipo dijo que usted le enviaría un mensaje de correo electrónico especial para avisarlo cuando tuviera lo que quería. ¿Dónde está? ¿En su despacho de la universidad? ¿En un cibercafé?

—¡No! —Casi aulló Woodbody—. Escúcheme... Por supuesto que tengo una dirección de correo electrónico en la universidad, pero no se la di a Dooley. ¡Habría sido una locura! Tengo dos alumnos de posgrado que acceden con regularidad a mi correo, por no hablar de la secretaria del departamento de literatura inglesa.

—¿Y en casa?

—Sí, le di mi dirección particular, pero nunca la ha utilizado.

—¿Y qué me dice del número de teléfono que Dooley le dio?

Se produjo un silencio en el otro extremo de la línea, y cuando Woodbody habló de nuevo, en su voz se advertía una perplejidad sincera que asustó aún más a Lisey. Miró por el ventanal del salón y vio que el cielo del nordeste se estaba tiñendo de color lavanda. Pronto caería la noche, y tenía la sensación de que sería una noche muy larga.

—¿Qué número de teléfono? —farfulló Woodbody—. No me dio ningún número de teléfono, solo una dirección de correo electrónico que funcionó dos veces y luego ya no. Así que o le mintió o estaba fantaseando.

—¿Cuál de las dos opciones le parece más probable?

—No lo sé —repuso Woodbody casi en un susurro.

Lisey concluyó que aquella respuesta era la estrategia cobarde de Woodbody para no reconocer lo que realmente creía, es decir, que Dooley estaba loco.

—Espere un momento.

Lisey se dispuso a dejar el auricular en el sofá, pero de repente se lo pensó mejor.

—Más le vale seguir al teléfono cuando vuelva, profesor.

No le hizo falta echar mano de los quemadores de la cocina, porque había un montón de largas cerillas decorativas para encender el fuego en una escupidera de latón colocada junto a los utensilios para la chimenea. Recogió un Salem Light del suelo y frotó una cerilla contra la piedra de la chimenea. Decidió utilizar uno de los jarrones de cerámica como cenicero tras sacar las flores que contenía y pensar (no por primera vez) que el tabaco era uno de los hábitos más repugnantes del mundo. Luego regresó al sofá, se sentó y cogió de nuevo el auricular.

—Cuénteme qué ocurre.

—Señora Landon, mi esposa y yo íbamos a salir...

—Pues ya no —lo atajó Lisey—. Empiece por el principio.

6

Por supuesto, todo había empezado con los Incunks, esos adoradores paganos de textos originales y manuscritos inéditos, y el profesor Joseph Woodbody, que era su rey, por lo que a Lisey respectaba. A saber cuántos artículos había publicado acerca de la obra de Scott Landon o cuántos de ellos estarían acumulando polvo en la serpiente de libros sobre el granero. Tampoco le importaba hasta qué punto atormentaría al profesor Woodbody pensar en las obras inéditas que también podían estar acumulando polvo en el estudio de Scott. Lo que importaba era que, en un momento dado, Woodbody adquirió la costumbre de hacer una parada dos o tres tardes por semana al salir de la universidad, siempre en el mismo bar, un lugar llamado El Lugar. Había numerosos bares típicamente universitarios en las inmediaciones del campus de la Universidad de Pittsburgh, algunos de ellos antros cutres, otros locales más finolis donde iban a tomar copas los profesores y los estudiantes de posgrado, establecimientos con plantas en las repisas de las ventanas y «Bright Eyes» en lugar de «My Chemical Romance» en la máquina de discos. El Lugar era un bar de trabajadores situado a kilómetro y medio del campus, y el tema más roquero de la máquina de discos era un dúo de Travis Tritt y John Mellencamp. Woodbody le explicó que le gustaba ir allí porque estaba muy tranquilo las tardes entre semana, y también porque el ambiente le recordaba a su padre, que había trabajado en un taller de laminación de la U.S. Steel (A Lisey le importaba una puñetera mierda el padre de Woodbody). Fue en ese bar donde conoció al hombre que se hacía llamar Jim Dooley. Dooley también era de los que iba allí de copas por las tardes, un tipo de hablar moderado que solía vestir camisas de cambray azul y la clase de pantalones de trabajo con vuelta que siempre había llevado el padre de Woodbody. Woodbody lo describió como un hombre de poco más de metro ochenta, desgarrado y algo encorvado, de cabello oscuro y ralo que a menudo le caía sobre la frente. Creía que tenía los ojos azules, pero no estaba seguro pese a que habían tomado copas juntos durante seis semanas, hasta convertirse en lo que Woodbody denominó «más o menos colegas». No se habían contado mutuamente la vida, pero sí retazos de ella, como suelen hacer los hombres en los bares. Por su parte, Woodbody afirmaba haber contado la verdad. Ahora tenía razones para dudar de que Dooley hubiera hecho lo propio. Sí, era posible que Dooley se hubiera trasladado a Pittsburgh desde Virginia Occidental doce o catorce años antes, y con toda probabilidad había trabajado en una serie de empleos de baja cualificación e igual sueldo desde entonces. Sí, era posible que hubiera pasado algún tiempo en la cárcel; su actitud

apuntaba a ello, porque siempre parecía mirar por el espejo del bar cuando alargaba la mano hacia la cerveza y mirar por encima del hombro al menos una vez de camino al lavabo. Y sí, también cabía la posibilidad de que la cicatriz que tenía justo encima de la muñeca derecha se debiera a una breve pero ensañada pelea en la lavandería de la cárcel. O no. También podía ser que se hubiera caído del triciclo cuando era pequeño. Lo único que Woodbody sabía con certeza era que Dooley había leído todos los libros de Scott Landon y era capaz de comentarlos de forma inteligente. Y escuchó con aire comprensivo las quejas de Woodbody acerca de la intransigente viuda Landon, apoltronada sobre un valioso tesoro intelectual de manuscritos inéditos de su marido, entre ellos una novela entera, según contaban los rumores. Aunque lo cierto era que hablar de «aire comprensivo» era un eufemismo, porque en realidad Dooley se fue indignando por momentos.

Según Woodbody, fue Dooley quien empezó a llamarla Yoko.

Woodbody calificó sus encuentros en El Lugar de «ocasionales, aunque casi regulares». Lisey analizó sintácticamente aquella frase y concluyó que significaba que Woodbody y Dooley se habían reunido para sus bacanales anti Yoko Landon cuatro y a veces incluso más tardes por semana, y que cuando Woodbody hablaba de «una o dos cervezas», lo más probable era que se refiriera a una o dos jarras. Así pues, ahí estaban aquellos Óscar y Félix intelectuales, la extraña pareja, poniéndose ciegos casi cada tarde, al principio hablando de lo geniales que eran los libros de Scott y luego avanzando de forma totalmente natural hacia lo mezquina y cabrona que se había vuelto su viuda.

Según Woodbody, fue Dooley quien desvió sus conversaciones en aquella dirección. Lisey, que sabía cómo se ponía Woodbody cuando se le negaba algo que quería, no creía que le hubiera costado demasiado seguirle.

Y en un momento dado, Dooley aseguró a Woodbody que podía convencer a la viuda para que cambiara de actitud respecto a los manuscritos inéditos. A fin de cuentas, no podía costar tanto hacerla entrar en razón si lo más probable era que los papeles del escritor acabaran de todos modos en la biblioteca de la universidad con el resto de la Colección Landon. Dooley afirmó que se le daba bien hacer cambiar a la gente de opinión. El Rey de los Incunks (lanzando a su nuevo amigo una mirada de astucia ebria, Lisey estaba segura de ello) preguntó a Dooley cuánto querría cobrar por semejante servicio. Dooley respondió que no pretendía obtener beneficio alguno. A fin de cuentas, se trataba de un servicio a la humanidad, de arrebatarse un gran tesoro a una mujer demasiado estúpida para entender lo que tenía en sus manos, como una gallina incubando un puñado de huevos. Bueno, sí, admitió Woodbody, pero quien consiguiera tal hazaña bien merecía una recompensa. Dooley consideró el asunto y repuso que anotaría sus

gastos. Luego, cuando se reunieran para la transferencia de los documentos a Woodbody, podían hablar del pago. Dicho aquello, Dooley tendió la mano a su nuevo amigo por encima de la barra, como si acabaran de cerrar un trato sensato. Woodbody se la estrechó lleno de gozo y desprecio a un tiempo. Según contó a Lisey, había pensado mucho en Dooley durante las cinco o siete semanas transcurridas desde que lo conociera. Algunos días pensaba que era un auténtico chalado, un erudito carcelario autodidacta cuyas escalofriantes historias de atracos, peleas y apuñalamientos con mangos de cucharas eran del todo ciertas. Otros días (y el día en que le estrechó la mano se hallaba entre ellos) estaba convencido de que Jim Dooley no era más que un charlatán y que el delito más peligroso que había cometido en su vida había consistido en robar unos cuantos litros de disolvente en el Wal-Mart de Monroeville durante los seis meses que había trabajado allí en 2004. Así pues, para Woodbody no era más que una broma de borrachos, sobre todo cuando Dooley vino a decirle que conseguiría los papeles de Lisey en nombre del Arte. Cuando menos, eso fue lo que el Rey de los Incunks contó a Lisey esa tarde de junio, pero, por supuesto, era el mismo Rey de los Incunks que se había sentado medio borracho en un bar con un tipo al que apenas conocía, un «delincuente peligroso» confeso, para llamarla Yoko y coincidir en que Scott debía de haberse quedado con ella por una sola cosa, porque de lo contrario, ¿para qué narices habría seguido a su lado? Woodbody afirmó que, por lo que a él respectaba, todo aquello no fue más que una broma de dos tipos desvariando en un bar. Era verdad que los susodichos intercambiaron sus direcciones de correo electrónico, pero en los tiempos que corrían, todo el mundo tenía correo electrónico, ¿a que sí? El Rey de los Incunks solo vio a su leal súbdito una vez más después del día del apretón de manos, dos tardes después, para ser exactos. En aquella ocasión, Dooley tomó una sola cerveza y explicó a Woodbody que se estaba «entrenando». Después de aquella cerveza se bajó del taburete, aduciendo que «había quedado con un tío». También le dijo a Woodbody que probablemente se verían al día siguiente, a la semana siguiente como máximo. Pero Woodbody no volvió a ver a Jim Dooley. Al cabo de un par de semanas dejó de buscarlo. Y la dirección Zack991 dejó de funcionar. En cierto modo, pensó el profesor, perder la pista de Jim Dooley fue algo bueno. En aquel período había bebido demasiado, y además había algo definitivamente raro en Dooley. (*Un poco tarde para darse cuenta de eso, ¿no?*, pensó Lisey con amargura). El consumo de alcohol de Woodbody regresó a su nivel previo de una o dos cervezas por semana, y sin detenerse a pensar en ello empezó a frecuentar otro bar situado a un par de manzanas del primero. No fue hasta más tarde («cuando se me despejó la mente», según lo expresó) cuando comprendió que de forma inconsciente se había distanciado del último lugar en que había visto a

Dooley y que de hecho se había arrepentido de todo el asunto. Si es que era algo más que una fantasía, otro castillo en el aire marca Jim Dooley que Joe Woodbody había ayudado a amueblar tomando unas copas durante las lúgubres semanas del terrible invierno de Pittsburgh. Y se había convencido de que, en efecto, no era más que una fantasía, concluyó con la seriedad de un abogado cuyo cliente se enfrentaba a la inyección letal si él la cagaba. Había llegado a la conclusión de que casi todas las historias que Jim Dooley le había contado sobre fechorías y supervivencia en la cárcel de Brushy Mountain eran puras invenciones, y que su idea de convencer a la señora Landon para que donara los documentos de su difunto esposo también lo era. El trato que habían cerrado no era más que un juego de niños.

—En tal caso, dígame una cosa —dijo Lisey—. Si Dooley hubiera aparecido con un montón de obras de Scott, ¿eso le habría impedido a usted aceptarlas?

—No lo sé.

Era una respuesta sincera, pensó Lisey, de modo que le preguntó algo más.

—¿Sabe lo que ha hecho? ¿Sabe lo que ha desencadenado?

Esta vez, el profesor Woodbody guardó silencio, un silencio que Lisey también consideró sincero. Lo más sincero que el hombre podía llegar a ser, quizá.

7

—¿Fue usted quien le dio el número al que me llamó? —preguntó al profesor tras meditar unos instantes—. ¿También tengo que darle las gracias por eso?

—¡No, de ningún modo! No le di ningún número, se lo prometo.

Lisey le creyó.

—Quiero que haga algo por mí, profesor —anunció—. Si Dooley vuelve a ponerse en contacto con usted, tal vez solo para decirle que está sobre la pista del tesoro y que todo va sobre ruedas, usted le dirá que ya no hay trato, que se acabó.

—Lo haré —prometió el hombre con un entusiasmo casi abyecto—. Le aseguro que...

Lo interrumpió una voz femenina, la voz de su mujer, sin lugar a dudas, que le preguntó algo. Se oyó un crujido susurrante cuando el profesor cubrió el auricular con la mano.

A Lisey no le importó la interrupción; estaba ocupada recapitulando su situación y maldiciendo el resultado. Dooley le había dicho que la forma de librarse del problema era entregar a Woodbody los papeles y manuscritos inéditos de Scott. En tal caso, el profesor llamaría al loco, le diría que todo iba bien, y

asunto zanjado. Solo que el antiguo Rey de los Incunks afirmaba no tener ya modo de ponerse en contacto con Dooley, y Lisey le creía. ¿Era un desliz por parte de Dooley? ¿Un error de cálculo en su plan? No lo creía. Lo que creía era que Dooley tal vez tuviera la vaga intención de presentarse en el despacho de Woodbody (o su castillo suburbano) con los papeles de Scott..., pero antes planeaba aterrorizarla y luego hacerle daño en sitios donde nunca se dejaba tocar por los chicos en los bailes del instituto. ¿Y por qué iba a hacer eso después de tomarse tantas molestias en asegurar tanto al profesor como a ella que existía un sistema infalible de evitar que sucedieran cosas malas si Lisey cooperaba?

Tal vez porque necesita darse permiso a sí mismo.

Eso sonaba plausible. Y más tarde, cuando ella estuviera muerta, quizá, o tan grotescamente mutilada que desearía estar muerta, la conciencia de Jim Dooley podría asegurarse a sí misma que la culpable de todo era Lisey. *Le di todas las oportunidades del mundo, pensaría su amigo «Zack». La única responsable fue ella, por emperrarse en ser Yoko hasta el final.*

Vale. De acuerdo. Si Zack aparecía, se limitaría a entregarle las llaves del granero y del estudio, y a decirle que se llevara lo que le viniera en gana. *Le diré que se ponga las botas, que se ponga ciego.*

Pero ante aquel pensamiento, los labios de Lisey se estrecharon en una sonrisa amarga que tal vez solo sus hermanas y su difunto marido, que la denominaba La Cara de Tornado de Lisey, habrían reconocido.

—Y una porra, puñeta —masculló entre dientes.

Miró a su alrededor en busca de la pala de plata. No estaba allí. La había dejado en el coche. Si la quería, más le valía salir a buscarla antes de que oscure...

—¿Señora Landon? —Era el profesor, que hablaba con voz más angustiada que nunca; Lisey se había olvidado por completo de él—. ¿Sigue ahí?

—Sí —asintió ella—. Esto es lo que pasa.

—¿Cómo dice?

—Sabe muy bien a qué me refiero. Todas esas cosas que quería a toda costa, que consideraba tuyas por derecho... Pues esto es lo que pasa. ¿Cómo se siente? Y no olvidemos todas las preguntas a las que tendrá que responder cuando cuelgue, por supuesto.

—Señora Landon, yo no...

—Si lo llama la policía, quiero que les cuente todo lo que me ha dicho a mí. Lo cual significa que más le vale contestar primero a las preguntas de su mujer, ¿no le parece?

—Señora Landon, por favor... —siseó Woodbody, ahora presa del pánico.

—Es usted quien se ha metido en esto. Usted y su amigo Dooley.

—¡Deje de llamarlo «mi amigo»!

La Cara de Tornado de Lisey se intensificó hasta que sus labios dejaron al descubierto la parte superior de los dientes. Al mismo tiempo, sus ojos se entornaron hasta quedar reducidos a dos destellos azules. Era una expresión fiera, un clásico Debusher.

—¡Pero si lo es! —gritó—. Fue usted quien se sentó a tomar copas con él y le contó sus penas. Fue usted quien se rió cuando él me llamó Yoko Landon. Fue usted quien lo azuzó para que fuera por mí aun sin pedírselo explícitamente, y ahora resulta que el tipo está como una cabra y usted no puede pararle los pies. Así que no lo dude, profesor, voy a llamar al sheriff, le voy a dar su nombre y cualquier cosa que los ayude a encontrar a su amigo, porque no ha terminado, usted lo sabe y yo también, porque su amigo no quiere que haya terminado, se lo está pasando en grande, puñeta, y esto es lo que pasa. ¡Usted se metió en esto, así que ahora le toca apechugar! ¿Está claro? ¿Está claro?

No obtuvo respuesta, pero oyó el sonido gorgoteante de su respiración y supo que el antiguo Rey de los Incunks intentaba contener el llanto. Lisey colgó, recogió otro pitillo del suelo y lo encendió. Luego alargó de nuevo la mano hacia el teléfono, pero en el último instante meneó la cabeza. Llamaría al sheriff un poco más tarde; primero quería ir a buscar la pala de plata al BMW, y quería hacerlo ya, antes de que la luz natural se extinguiera por completo y su mitad del mundo cambiara el día por la noche.

8

El jardín lateral (suponía que lo seguiría llamando «patio» hasta el fin de sus días) ya estaba sumido en una inquietante oscuridad pese a que Venus, la estrella de los deseos, todavía no había hecho su aparición en el cielo. Las sombras en el ángulo formado por el granero y el cobertizo de las herramientas eran especialmente oscuras, y el BMW estaba aparcado a unos cinco metros de ella. Por supuesto, Dooley no estaba escondido en aquel manto de sombras, y si realmente había ido a su casa, podía estar en cualquier parte. Apoyado contra la caseta de la piscina, asomado a la esquina de la casa donde se encontraba la cocina, agazapado tras la trampilla del sótano...

Lisey giró sobre sus talones ante aquella idea, pero quedaba luz suficiente para ver que no había nada a ningún lado de la trampilla. Y las puertas estaban cerradas, de modo que no tenía que preocuparse por la posibilidad de que Dooley hubiera entrado en el sótano. A menos, por supuesto, que hubiera irrumpido en la casa de algún modo y se hubiera ocultado allí abajo antes de que ella llegara.

Basta Lisey te estás poniendo paranoi...

Se detuvo con los dedos cerrados en torno al picaporte de la puerta trasera del BMW. Permaneció inmóvil unos cinco segundos, luego dejó caer el cigarrillo que sujetaba en la mano libre y lo aplastó con el pie. Había alguien de pie en las sombras entre el granero y el cobertizo. Una figura muy alta y quieta.

Lisey abrió la puerta trasera derecha del BMW y agarró la pala de plata. La luz interior del coche se quedó encendida cuando volvió a cerrar la puerta. Había olvidado que las luces interiores de los coches permanecían encendidas unos segundos, las llamaban luces de cortesía, pero a ella no le parecía nada cortés la idea de que Dooley pudiera verla y que ella en cambio ya no pudiera verlo a él porque las puñeteras luces le entorpecían la visión. Se apartó del coche sujetando el mango de la pala en diagonal sobre el pecho. Por fin se apagó la luz interior. Durante un instante, la oscuridad resultante no hizo más que empeorar las cosas, ya que tan solo veía ante sí un mundo de confusas sombras violáceas bajo el cielo color lavanda. Esperaba que el hombre se abalanzara sobre ella en cualquier momento, la llamara «señora» y le preguntara por qué no le había hecho caso mientras sus manos se le cerraban en torno a la garganta para cortarle la respiración.

Pero aquello no sucedió, y al cabo de unos tres segundos sus ojos se acostumbraron a la escasa luz. Lo vio de nuevo, alto y erguido, grave y quieto, de pie en la esquina del edificio grande y el pequeño. Con algo a sus pies. Un bulto grande y cuadrado. Tal vez una maleta.

Dios mío, ¿no creará que puede meter todos los papeles de Scott ahí dentro?, pensó al tiempo que avanzaba otro paso hacia la izquierda, aferrando la pala de plata con tal fuerza que los puños le palpitaban.

—¿Eres tú, Zack?

Otro paso. Dos. Tres.

De repente oyó el motor de un coche que se acercaba y supo que sus faros barrerían el jardín y lo alumbrarían de lleno. Cuando eso sucediera, Zack saltaría sobre ella. Lisey levantó la pala tal como había hecho en agosto de 1988. En el momento en que completaba el movimiento con la pala, el coche llegó al cambio de rasante de Sugar Top Hill, alumbró por un instante el jardín y reveló el cortacésped eléctrico que ella misma había dejado en el ángulo entre el granero y el cobertizo. La sombra del mango de la pala se deslizó por la pared lateral del granero y se desvaneció cuando los faros del coche se alejaron. Una vez más, el cortacésped parecía un hombre con una maleta a sus pies, aunque ahora que sabía la verdad...

En las películas de terror, pensó, ahora es cuando el monstruo surge de la oscuridad y se abalanza sobre mí, justo cuando empiezo a tranquilizarme.

Nada ni nadie se abalanzó sobre ella, pero Lisey consideró que no estaría de más llevarse la pala de plata adentro, aunque solo fuera como amuleto de la buena suerte. Con la pala en una mano, agarrándola por el lugar donde el mango se encontraba con la hoja de plata, Lisey entró para llamar a Norris Ridgewick, el sheriff del condado de Castle.

VII

Lisey y la ley (La obsesión y la mente exhausta)

1

La mujer que contestó la llamada de Lisey se identificó como agente de comunicaciones Soames y le explicó que no podía pasarla con el sheriff Ridgewick porque el sheriff Ridgewick se había casado la semana anterior; él y su flamante esposa estaban de luna de miel en la isla de Maui y no regresarían hasta al cabo de diez días.

—¿Con quién puedo hablar entonces? —preguntó Lisey.

No le gustaba el tono estridente que había adquirido su voz, pero lo comprendía. Madre mía, vaya si lo comprendía. Había sido un día muy largo, maldita sea.

—Un momento, señora —pidió la agente de comunicaciones Soames.

Dejó a Lisey en espera con el Sabueso McGruff, que hablaba sobre grupos de vigilancia de barrio. A Lisey le pareció una mejora considerable respecto a la música de teléfono habitual. Después de escuchar a McGruff durante alrededor de un minuto la pasaron con un policía cuyo nombre habría hecho las delicias de Scott.

—Soy Andy Clutterbuck, señora, el ayudante del sheriff. ¿En qué puedo servirla?

Por tercera vez aquel día («a la tercera va la vencida», habría dicho La Buena de Ma), Lisey se presentó como la señora de Scott Landon. Luego contó al ayudante Clutterbuck una versión algo abreviada de la historia de «Zack

McCool», empezando por la llamada que había recibido la tarde anterior y acabando por la que ella había hecho esa misma tarde y que le había proporcionado el nombre de Jim Dooley. Clutterbuck se limitó a mascullar numerosos «ajá» y variaciones diversas hasta que terminó y luego le preguntó quién le había revelado el otro y posiblemente verdadero nombre de «Zack McCool».

Con ciertos remordimientos de conciencia
(*acusica acusica acusica*).

que a su vez le provocaron un momento de regocijo teñido de amargura, Lisey le dio el nombre del Rey de los Incunks, sin añadir ningún epíteto desagradable.

—¿Va a llamarle, ayudante Clutterbuck?

—Me parece lo más sensato, ¿a usted no?

—Supongo que sí —admitió Lisey.

Sin embargo, se preguntó qué conseguiría sonsacar el ayudante del sheriff del condado de Castle a Woodbody que Lisey no le hubiera sonsacado ya. Suponía que podía haber algo más; a fin de cuentas, ella había estado furiosa durante toda la llamada. También comprendió que no era eso lo que la inquietaba.

—¿Será detenido?

—¿Sobre la base de lo que acaba de contarme? Ni hablar. Puede que tenga motivos suficientes para iniciar un contencioso administrativo, aunque tendría que consultarlo con su abogado, pero estoy seguro de que ante un tribunal afirmaré que, por lo que a él respectaba, lo único que pretendía el tal Dooley era presentarse en su casa para aplicar unas técnicas de venta un poco más agresivas de lo habitual. Afirmaré no saber nada acerca de ningún gato muerto en su buzón ni de amenazas contra su integridad física..., y lo cierto es que diré la verdad teniendo en cuenta lo que acaba de contarme, ¿no le parece?

A Lisey no le quedó más remedio que mostrarse de acuerdo con él.

—Quiero la carta que le dejó ese hombre —anunció Clutterbuck— y el gato. ¿Qué ha hecho con sus restos?

—Tenemos una especie de caja de madera clavada a la fachada de la casa —explicó Lisey; cogió un cigarrillo, se lo quedó mirando unos instantes y volvió a dejarlo—. Mi marido tenía una palabra propia para definirlo..., de hecho, tenía palabras propias para definirlo casi todo, pero no la recuerdo. En cualquier caso, sirve para que los mapaches no se coman el pienso. He metido el cuerpo del gato en una bolsa de basura y esta en la mazmorra.

La palabra de Scott le acudió a la mente sin dificultad alguna una vez dejó de buscarla.

—Ajá, ajá... ¿Tiene congelador?

—Sí... —asintió Lisey, temiendo ya lo que el policía le diría a continuación.

—Quiero que meta el gato en el congelador, señora Landon. No hace falta que lo saque de la bolsa. Alguien lo recogerá mañana y lo llevará a la consulta de Kendall y Jepperson. Son los veterinarios del condado. Ellos determinarán la causa de la muerte...

—No será difícil —lo atajó Lisey—; el buzón estaba lleno de sangre.

—Ajá. Es una lástima que no sacara algunas fotos antes de limpiarlo.

—¡Vaya, le pido mil perdones! —chilló Lisey, ofendida.

—Cálmese —le ordenó Clutterbuck en un tono de voz tranquilo—. Comprendo que estuviera trastornada. Cualquier persona lo habría estado en su caso.

Usted no, pensó Lisey con resentimiento. *Usted se habría quedado frío como... un gato muerto en el congelador.*

—Bueno, eso zanja el asunto del profesor Woodbody y el gato muerto. ¿Y yo qué?

Clutterbuck le dijo que enviaría a un agente de inmediato, al agente Boeckman o al agente Alston, el que estuviera más cerca, para que se encargaran de la carta. Ahora que lo pensaba, dijo, el agente que acudiera a su casa también sacaría algunas fotos del gato muerto. Todos los agentes llevaban cámaras Polaroid en el coche. A continuación, el agente (y más tarde el agente que lo relevara) se apostarían en la carretera 19, a la vista de su casa. A menos, por supuesto, que recibieran una llamada de emergencia si se producía un accidente o algo por el estilo. Si Dooley «pasaba por allí» (una forma algo peculiar de expresarlo), vería el coche patrulla y se marcharía.

Lisey esperaba que Clutterbuck estuviera en lo cierto.

Los tipos como ese tal Dooley, prosiguió Clutterbuck, solían ser mucho ruido y pocas nueces. Si no lograban intimidar a alguien para que les diera lo que querían, tendían a olvidar el asunto.

—Lo más probable es que no vuelva a verlo.

Lisey esperaba que también estuviera en lo cierto respecto a eso, aunque tenía sus dudas. Lo que no cesaba de rondarle la mente era el modo en que «Zack» había organizado el plan, de forma que no pudieran pararle los pies, al menos no el hombre que lo había contratado.

2

Apenas veinte minutos después de la conversación telefónica con el agente Clutterbuck (a quien su fatigada mente insistía en llamar de distintas formas según el momento), un hombre delgado vestido de caqui y con un arma enorme en el

cinto llamó a la puerta principal. Se presentó como el ayudante Dan Boeckman y le dijo que había recibido instrucciones de recoger «cierta carta» y fotografiar a «cierto gato fallecido». Lisey puso cara de póquer al oír aquellas palabras, aunque se vio obligada a morderse la parte interior de las mejillas para no estallar en carcajadas. Boeckman deslizó la carta (junto con el sobre blanco) en una bolsa de plástico que Lisey le dio y luego le preguntó si había guardado al «animal fallecido» en el congelador. Lisey lo había hecho nada más colgar el teléfono, depositando la bolsa verde de basura en el rincón izquierdo del gran congelador, donde tan solo había un montón ancestral de filetes de ciervo envueltos en bolsas de plástico cubiertas de escarcha. La carne había sido un regalo que les había hecho su electricista, Smiley Flanders. Smiley había ganado una licencia de caza en la lotería local de 2001 o 2002 (Lisey no recordaba exactamente el año) y había abatido a un «bicho del copón bendito» en el valle de St. John, donde Charlie Corriveau había pescado a su nueva mujer, ahora que lo recordaba. El hueco que quedaba junto a la carne, que sin duda no se comería jamás, salvo quizá en caso de guerra nuclear, era el único lugar apropiado para el difunto gato de granero de los Galloway, y pidió al agente Boeckman que volviera a dejarlo allí y en ningún otro lugar cuando acabara de fotografiarlo. El hombre prometió con toda solemnidad «atender su petición», y Lisey tuvo que morderse una vez más la cara interior de las mejillas, aunque en esta ocasión estuvo a punto de no servir de nada. Se volvió hacia la pared como una niña traviesa, apoyó la frente contra el yeso y se cubrió la boca con la mano para poder reírse a carcajadas susurrantes.

Cuando se le pasó el ataque de risa empezó a pensar de nuevo en la caja de cedro de La Buena de Ma, que pertenecía a Lisey desde hacía treinta y cinco años, aunque ella nunca la había considerado suya. Recordar la caja y todos los recuerdos guardados en ella la ayudó a mitigar la histeria que amenazaba con apoderarse de ella. Y lo que la ayudó aún más fue la creciente certeza de que la había guardado en el desván. Lo cual era lógico, por supuesto. Los vestigios de la vida profesional de Scott se hallaban en el granero y el estudio, de modo que los vestigios de la vida que Lisey había llevado mientras él trabajaba estarían allí, en la casa que ella había elegido y que ambos habían llegado a adorar.

En el desván había al menos cuatro alfombras turcas muy caras que antaño le encantaban y que de repente, no sabía por qué razón, habían empezado a producirle escalofríos...

Al menos tres juegos de maletas jubiladas que habían soportado los envites de dos docenas de líneas aéreas, muchas de ellas pequeñas y cutres compañías regionales; guerreros cansados que merecían medallas y desfiles, pero que tendrían que contentarse con un honorable retiro en el desván. Bueno, mejor que

el vertedero municipal, sin duda.

Los muebles de estilo danés moderno que Scott había calificado de pretenciosos... Cómo se había enfurecido con él, sobre todo porque reconocía que seguramente tenía razón...

El escritorio de cubierta deslizante, una «ganga» que resultó tener una pata más corta que hubo que arreglar, solo que siempre volvía a estropearse y un día la cubierta se cerró sobre los dedos de Lisey y se acabó, al desván con el puñetero trasto...

Ceniceros de pie procedentes de la época en que fumaban...

La vieja máquina de escribir IBM Selectric de Scott, que Lisey había utilizado para escribir cartas hasta que empezó a hacerse difícil encontrar cinta correctora...

Un poco de esto, un poco de aquello, un poco de lo de más allá. Otro mundo, en realidad, pero al mismo tiempo ahí mismo, o al menos ahí arriba. Y en algún lugar, probablemente detrás de una pila de revistas o encima de la mecedora del respaldo roto, estaría la caja de cedro. Pensar en ello era como pensar en agua fría cuando hace mucho calor y estás muerto de sed. No sabía por qué, pero así era.

Para cuando el agente Boeckman subió del sótano con las instantáneas Polaroid, Lisey estaba impaciente por que se marchara. Pero el hombre no se iba («más pesado que un dolor de muelas», habría dicho papá Debusher). Primero le dijo que, por lo visto, el gato había sido apuñalado con alguna clase de herramienta (quizá un destornillador), y luego le aseguró que se quedaría cerca de la casa a vigilar. Las unidades (llamaba unidades a los coches patrulla) no llevaban impreso el lema PARA SERVIR Y PROTEGER, pero los agentes no olvidaban ese lema ni un solo segundo, y quería que Lisey se sintiera segura. Lisey respondió que se sentía tan segura que tenía intención de acostarse de inmediato; había sido un día muy largo, y había tenido que atender una urgencia familiar además del asunto de Dooley, por lo que estaba exhausta. El agente Boeckman captó la indirecta y se fue tras asegurarle una vez más que estaba completamente a salvo y que durmiera más que tranquila. Luego bajó por la escalinata con la misma impasibilidad con que había subido por la escalera del sótano, ojeando las fotografías del gato muerto por última vez antes de quedarse sin luz. Al cabo de uno o dos minutos, Lisey oyó dos tremendos rugidos del motor. Los faros del coche patrulla barrieron el jardín y la casa antes de apagarse. Pensó en el agente Daniel Boeckman sentado al otro lado de la carretera, el coche patrulla aparcado ostentosamente en el arcén. Esbozó una sonrisa y luego subió al desván, ajena por completo al hecho de que dos horas más tarde estaría tendida sobre la cama completamente vestida, exhausta y llorando.

3

La mente exhausta es la presa más fácil de la obsesión, y después de media hora de búsqueda infructuosa en el desván, donde el aire era caliente y sofocante, la luz era mortecina y las sombras parecían perversamente resueltas a ocultar todos los rincones que pretendía inspeccionar, Lisey se entregó a la obsesión sin ni tan siquiera darse cuenta de ello. De entrada no tenía ningún motivo claro para querer encontrar la caja, tan solo la intuición de que algo de lo que contenía, algún recuerdo de los primeros tiempos de su matrimonio, era la siguiente estación de la dáliva. Sin embargo, al cabo de un rato la propia caja se convirtió en su objetivo, la caja de cedro de La Buena de Ma. ¡Que les dieran a las dálivas!; si no encontraba la caja de cedro, aquella caja de treinta centímetros de longitud, unos veinte de anchura y tal vez quince de profundidad, no podría pegar ojo. Se quedaría tumbada en la cama, atormentada por pensamientos de gatos muertos, maridos muertos, camas vacías, guerreros Incunk, hermanas que se automutilan y padres que mutilan...

(calla Lisey calla).

Se quedaría ahí tumbada, dejémoslo así.

Una hora de búsqueda la convenció de que la caja no estaba en el desván a fin de cuentas. Pero para entonces ya estaba segura de que lo más probable era que estuviera en el dormitorio de invitados. Era del todo lógico pensar que había ido a parar allí..., solo que al cabo de otros cuarenta minutos (que incluyeron la exploración del estante superior del vestidor sobre una frágil escalera de mano) se convenció de que el dormitorio de invitados era otro callejón sin salida. Así pues, la caja estaba en el sótano. Sin duda. Con toda probabilidad había acabado detrás de la escalera, donde había un montón de cajas de cartón que contenían cortinas, restos de alfombras, componentes viejos de equipos de música y algunos artículos de deporte, como patines de hielo, un juego de cróquet y una red de bádminton con un agujero. Mientras bajaba a toda prisa por la escalera del sótano (sin pensar ya en el gato muerto que ahora descansaba junto a la pila de carne de ciervo petrificada), Lisey empezó a creer que había visto la caja allí abajo. Para entonces estaba muy cansada, pero apenas era consciente de ello.

Le llevó veinte minutos sacar todas las cajas de su alojamiento permanente. Algunas estaban húmedas y abiertas. Cuando terminó de registrar su contenido, temblaba de fatiga, la ropa se le pegaba al cuerpo y había empezado a sentir una desagradable jaqueca en la parte posterior del cráneo. Volvió a colocar las cajas intactas en su lugar y dejó las rotas donde estaban. La caja de La Buena de Ma

estaba en el desván. Tenía que estar allí. Mientras perdía el tiempo entre los patines oxidados y los rompecabezas olvidados, la caja de cedro esperaba pacientemente allá arriba. A Lisey se le ocurrieron varios rincones donde no había buscado, entre ellos la zona que quedaba bajo los alerones del tejado. Era el lugar más probable. Sin duda había puesto la caja allí y luego había olvidado...

El pensamiento se interrumpió en seco cuando se dio cuenta de que había alguien a su espalda. Lisey lo vio por el rabillo del ojo. Tanto si su nombre era Jim Dooley como si se hacía llamar Zack McCool, el hombre le posaría una mano en el hombro sudoroso y la llamaría «señora». Y entonces sí que tendría un problema.

La sensación era tan vívida que Lisey llegó a oír a Dooley arrastrar los pies. Giró en redondo al tiempo que levantaba las manos para protegerse el rostro y tuvo el tiempo justo para ver la aspiradora que ella misma había sacado del hueco bajo la escalera. En aquel momento tropezó con la caja mohosa que contenía la vieja red de bádminton. Agitó los brazos para mantener el equilibrio, estuvo a punto de conseguirlo, luego lo perdió, tuvo tiempo de pensar «mierda» y por fin cayó. La parte superior de su cabeza esquivó el pie de la escalera por un pelo, y eso estaba bien, porque un golpe así era de los que te dejan inconsciente o incluso te matan si chocas con suficiente fuerza contra el suelo de cemento. Lisey logró amortiguar la caída con las manos abiertas. Una de sus rodillas aterrizó con suavidad sobre la red de bádminton, mientras que la otra sufrió un golpe más contundente contra el suelo de cemento. Por suerte todavía llevaba los vaqueros.

La caída fue afortunada en otro sentido, pensó al cabo de un cuarto de hora mientras yacía en la cama aún completamente vestida. El llanto había amainado hasta quedar reducido a una serie de sollozos aislados y los jadeos entrecortados que son la resaca de las emociones fuertes. La caída (y el susto que la había precedido, suponía) le había aclarado la mente. Podría haberse pasado otras dos horas buscando la caja, o incluso más si las fuerzas la hubieran acompañado. Habría vuelto al desván, al dormitorio de invitados, al sótano... *Regreso al futuro*, habría añadido sin duda Scott, maestro en mostrarse ingenioso en los momentos menos indicados. O en lo que más tarde resultaban ser los momentos más indicados.

En cualquier caso, quizá habría seguido buscando hasta el amanecer sin obtener ni una mierda pinchada en un palo. Ahora estaba convencida de que o la caja estaba en un lugar tan evidente que había pasado media docena de veces por delante de ella sin verla, o había desaparecido, tal vez robada por una de las mujeres de la limpieza que habían trabajado para los Landon a lo largo de los años o por algún trabajador que la había visto y pensado que a su mujer le gustaría y que la señora Landon no la echaría de menos.

Tonterías, Lisey, dijo el Scott que moraba en su cabeza. Piensa en ello mañana, porque mañana será otro día.

—Sí —asintió.

De repente se incorporó, consciente de que era una mujer sudorosa y maloliente envuelta en ropas sudorosas y malolientes. Se desvistió tan deprisa como pudo, dejó la ropa en un montón al pie de la cama y se dirigió hacia la ducha. Se había arañado las palmas de ambas manos al caer en el sótano, pero hizo caso omiso del escozor y se enjabonó el cabello dos veces, dejando que la espuma le resbalara por los lados del rostro. Después, tras pasarse unos cinco minutos casi dormitando bajo el chorro de agua caliente, hizo girar el grifo con ademán resuelto, se enjuagó con agua casi helada y luego salió jadeante de la ducha. Se secó con una de las toallas grandes, y al dejarla caer en el cesto de la ropa sucia se dio cuenta de que volvía a ser ella misma, cuerda y preparada para dejar atrás aquel día.

Se acostó, y el último pensamiento que acudió a su mente antes de que el sueño la arrastrara hacia la negrura fue el agente Boeckman montando guardia. Era un pensamiento reconfortante, sobre todo después del susto que se había llevado en el sótano, y Lisey durmió profundamente, sin sueños, hasta que el estridente timbre del teléfono la despertó.

4

Era Cantata, que llamaba desde Boston. Por supuesto. Darla la había llamado. Darla siempre llamaba a Canty cuando surgían problemas, por lo general más bien pronto que tarde. Canty quería saber si debía volver a casa. Lisey aseguró a su hermana que no existía absolutamente ningún motivo para que regresara de Boston antes de lo previsto, a despecho de lo alterada que le hubiera parecido Darla. Amanda descansaba con todas las comodidades, y Canty no podía hacer nada.

—Podrías ir a visitarla, pero a menos que se produzca un cambio drástico, lo cual el doctor Alberness no cree que ocurra, ni siquiera podrás averiguar si sabe que estás ahí.

—Dios mío —suspiró Canty—. Es horrible, Lisa.

—Cierto. Pero está entre profesionales que entienden su situación..., o al menos saben cómo cuidar de personas en su situación. Y Darla y yo te mantendremos...

Lisey se había estado paseando por el dormitorio con el teléfono inalámbrico, pero en aquel momento se detuvo en seco, la mirada clavada en el cuaderno que

casi se había salido del bolsillo trasero de sus vaqueros. Era el Cuadernillo de las Obsesiones de Amanda, solo que ahora era Lisey quien se sentía obsesiva.

—¿Lisa?

Canty era la única que siempre la llamaba así, y a Lisey siempre la hacía sentirse como las azafatas que exhiben los premios en los concursos de la televisión. «Lisa, enséñales a Hank y Martha lo que han ganado...».

—Lisa, ¿estás ahí?

—Sí, cariño.

La mirada clavada en el cuaderno. La espiral centelleando al sol. La espiral de pequeños bucles de acero.

—Digo que Darla y yo te mantendremos al bu..., al corriente.

El cuaderno estaba curvado por la forma de la nalga contra la que había pasado tantas horas apretado, y mientras lo miraba, la voz de Canty se fue alejando. Lisey se oyó a sí misma decir que estaba segura de que Canty habría hecho lo mismo de estar en su lugar. Le dijo a Cantata que la llamaría por la noche, le dijo a Cantata que la quería, le dijo a Cantata adiós y arrojó el teléfono inalámbrico sobre la cama sin mirar siquiera lo que hacía. Solo tenía ojos para el gastado cuadernillo, setenta y nueve centavos en cualquier Walgreen's o establecimientos similares. ¿Y por qué le fascinaba tanto? ¿Por qué, ahora que era de día y estaba descansada? ¿Limpia y descansada? Con la luz del sol entrando a raudales por las ventanas, la búsqueda compulsiva de la caja de cedro se le antojaba una tontería, una mera manifestación conductual de la angustia del día anterior, pero el cuaderno no le parecía una tontería, en absoluto.

Y para acabar de rematarlo, la voz de Scott le habló con más claridad que nunca. ¡Dios, qué claridad! Qué fuerza.

Te he dejado una nota, babyluv. Te he dejado una dáliva.

Pensó en Scott bajo el árbol ñam-ñam, en Scott en la extraña nieve de octubre, diciéndole que a veces Paul le tomaba el pelo con una dáliva durilla..., pero nunca demasiado dura. Hacía años que no pensaba en ello. Lo había desterrado de su mente, por supuesto, como todas las demás cosas en las que no quería pensar; lo había guardado tras la cortina violeta. Pero ¿por qué era tan terrible?

—Nunca era cruel —había asegurado Scott con lágrimas en los ojos, pero no en la voz, que sonaba clara y firme; como siempre que tenía una historia que contar, pretendía que lo escucharan—. Cuando era pequeño, Paul nunca era cruel conmigo ni yo con él. Estábamos muy unidos. No nos quedaba más remedio. Lo quería, Lisey, lo quería muchísimo.

Lisey pasó las páginas de números, los números de la pobre Amanda, demencialmente apretados, y tras ellas no encontró más que páginas en blanco. Siguió hojeando el cuaderno cada vez más deprisa, con la certeza de que

encontraría algo desvaneciéndose por momentos, hasta que llegó a una página, casi al final, donde se veía una única palabra escrita:

ALCEAS

¿De qué le sonaba? Al principio no le vino a la memoria, pero de repente lo recordó. «¿Cuál es el premio?», había preguntado Lisey a la cosa vestida con el camisón de Amanda, la cosa que le daba la espalda. «Una bebida», había replicado. «¿Una Coca-Cola? ¿Una Pepsi?», había preguntado, y la cosa había dicho...

—Dijo..., él o ella dijo... «Cállate. Queremos mirar las alceas» —musitó Lisey.

Sí, eso era, o al menos casi, bastante cercano, en cualquier caso. No lo entendía, pero al mismo tiempo, se sentía a punto de entenderlo. Se quedó mirando la palabra un instante más y por fin hojeó el cuaderno hasta el final. Todas las páginas estaban en blanco. Estaba a punto de dejarlo cuando vio marcas de palabras en el dorso de la última página. Se acercó el cuaderno al rostro y distinguió las siguientes palabras marcadas en la ahuecada contratapa del cuaderno:

4.ª estación: Mira debajo de la cama

Pero antes de agacharse para mirar debajo de la cama, Lisey volvió a los números escritos al principio del cuaderno y luego a la página de las **ALCEAS**, situada a unas seis del final, y confirmó lo que ya sabía. Amanda escribía los cuatros con un ángulo recto y una línea vertical descendente, como les habían enseñado en la escuela: 4. Era Scott quien utilizaba la versión más triangular del número: 4. Era Scott quien invertía las emes y tenía la costumbre de subrayar las notas que tomaba. Y era Amanda quien solía escribir en mayúsculas pequeñas..., con letras de trazo perezoso y ligeramente redondeado: La A, la C, la S...

Lisey miró alternativamente la página de las **ALCEAS** y la de la 4.ª estación: Mira debajo de la cama. Se dijo que si dejaba ver las dos muestras de escritura a Darla y Canty, ambas identificarían sin duda alguna la primera como perteneciente a Amanda y la segunda, a Scott.

Y la cosa que estaba con ella en la cama el día anterior...

—Su voz se parecía a la de los dos —susurró con un hormigueo en la carne cuya existencia desconocía—. Que me tachen de loca, si quieren, pero su voz se parecía a la de los dos.

Mira debajo de la cama.

Por fin hizo lo que le indicaba la nota, y la única dália que vio fue un par de zapatillas viejas.

5

Lisey Landon estaba sentada en una franja de sol matutino, con las piernas cruzadas a la altura de las espinillas y las manos apoyadas sobre las rodillas. Había dormido desnuda, y desnuda seguía; la sombra de las cortinas transparentes que protegían la ventana este se proyectaba sobre su cuerpo esbelto como la sombra de una media. Una vez más leyó la nota que la guiaba hacia la cuarta estación de la dália..., una dália corta, una dália buena, unas cuantas más y tendría su premio.

A veces Paul me tomaba el pelo con una dália durilla..., pero nunca demasiado dura.

Nunca demasiado dura. Con aquel pensamiento en mente, Lisey cerró el cuaderno de golpe y se quedó mirando la contratapa. Debajo de la marca de Dennison se veían las siguientes palabras escritas en letras oscuras y diminutas:

mein gott

Lisey se levantó de un salto y empezó a vestirse a toda prisa.

6

El árbol los envuelve en un mundo aparte. Más allá de sus límites se extiende la nieve. Y bajo el árbol ñam-ñam suena la voz de Scott, la hipnótica voz de Scott. ¿En serio creía que su historia de terror era *Demonios vacíos*? Esta es su historia de terror, y exceptuando las lágrimas que derrama al hablar de Paul y de su unión inquebrantable a lo largo de todos aquellos años de mutilación, terror y sangre en el suelo, Scott la cuenta sin flaquear.

—Nunca hacíamos cacerías de dalias cuando papá estaba en casa —dice—, solo cuando estaba trabajando.

Scott ha perdido casi por completo el acento de Pensilvania occidental, pero en este momento vuelve a instalarse en él con mucha más fuerza que el acento norteno de ella, y su voz adquiere un tono infantil. No dice «casa» sino «gasa», no dice «trabajando» sino «tabajando».

—Paul siempre ponía el primer papel cerca. Podía decir algo como «Cinco estaciones de la dália», para indicar cuántas pistas había, y luego algo como «Ve

a mirar en el armario». La primera pista solo era un acertijo a veces, pero las otras lo eran casi siempre. Me acuerdo de una que decía: «Ve a donde papá le dio la patada al gato», y claro, eso era el viejo pozo. Y otra decía: «Ve a donde traqueteamos todo el día». Y al cabo de un ratito deduje que se refería al viejo tractor en el campo este, junto al muro de rocalla, y sí señor, ahí estaba la estación de la dáliva, encima del asiento, sujeta con una piedra. Porque las estaciones de la dáliva solo eran trozos de papel, sabes, con algo escrito y doblados. Yo casi siempre adivinaba los acertijos, pero si no me aclaraba, Paul me daba más pistas hasta que los resolvía. Y al final me llevaba el premio, una Coca-Cola, una Pepsi, una chokolatina...

La mira. Tras él no hay más que blanco, una pared blanca. El árbol ñam-ñam, que en realidad es un sauce, se inclina a su alrededor en un círculo mágico, aislándolos del mundo.

—A veces, cuando papi estaba de mal rollo, cortarse no le bastaba para desahogarse, Lisey. Un día cuando estaba así me subió

7

«al banco del recibidor», eso fue lo que dijo a continuación, Lisey lo recordaba bien (le gustara o no), pero antes de que pudiera seguir el recuerdo hasta la cortina violeta, tras la cual había permanecido oculto todos aquellos años, vio a un hombre de pie en el porche trasero. Y esta vez sí era un hombre, no un cortacésped ni una aspiradora, sino un hombre de verdad. Por suerte le dio tiempo a reparar en que, aunque no era el agente Boeckman, el hombre también vestía el uniforme caqui de la oficina del sheriff, lo cual le ahorró la vergüenza que habría supuesto ponerse a chillar como Jamie Lee Curtis en una de las películas de la serie *Halloween*.

El visitante se presentó como el agente Alston. Había ido para sacar el gato muerto del congelador de Lisey y también para asegurarle que vigilaría la casa a lo largo de todo el día. Le preguntó si tenía teléfono móvil, y Lisey contestó que sí. Estaba en el BMW, y le parecía que incluso funcionaba. El agente Alston le sugirió que lo llevara encima en todo momento y que programara el número de la oficina del sheriff en el menú de marcación rápida. Al observar su expresión se ofreció a hacerlo él si ella «no estaba familiarizada con dicha función».

Lisey, que casi nunca utilizaba el móvil, condujo al agente Alston hasta el BMW. El trasto resultó estar cargado solo a medias, pero el cargador se encontraba en el compartimiento situado entre los dos asientos. El agente Alston se dispuso a desenchufar el mechero, pero al ver las cenizas esparcidas a su

alrededor vaciló.

—No se preocupe —lo tranquilizó Lisey—. Por un momento pensé que volvería a empezar a fumar, pero he cambiado de idea.

—Me parece lo más sensato, señora —repuso el agente Alston sin sonreír.

Retiró el encendedor y enchufó el teléfono. Lisey no tenía ni idea de que podía hacerse eso, porque siempre había recargado el pequeño Motorola en la cocina. Después de dos años aún no se había acostumbrado a la idea de no tener a un hombre que se encargara de leer las instrucciones y dilucidar el significado de las figs. 1 y 2.

Preguntó al agente Alston cuánto tiempo llevaría la recarga.

—¿Completa? No más de una hora, tal vez menos. ¿Estará cerca de un teléfono entretanto?

—Sí, tengo algunas cosas que hacer en el granero; ahí hay teléfono.

—De acuerdo. Una vez el móvil esté cargado, préndaselo al cinturón o cuélgueselo de la cinturilla de los pantalones. Si surge cualquier problema, pulse el uno y hablará directamente con la policía.

—Gracias.

—De nada. Y, como ya le he dicho, estaré de guardia todo el día. Dan Boeckman estará aquí otra vez esta noche a menos que surja una emergencia. Es probable que pase, porque en los pueblos como este los viernes suelen ser moviditos. Pero en cualquier caso, si pasa algo, llámelo y vendrá de inmediato.

—De acuerdo. ¿Han tenido alguna noticia sobre el hombre que me ha estado acosando?

—No, señora —repuso el agente Alston con tranquilidad.

Claro que él bien podía permitirse mostrarse tranquilo, porque nadie lo había amenazado y no era probable que sucediera. Medía casi un metro noventa y debía de pesar ciento veinte kilos... «cagado y meado», habría añadido a buen seguro su padre. *Dandy Debusher* había sido famoso en Lisbon por su ingenio.

—Si Andy se entera de algo..., quiero decir el agente Clutterbuck, él estará al mando hasta que el sheriff Ridgewick vuelva de su luna de miel; estoy seguro de que se lo hará saber de inmediato. Mientras tanto, le aconsejo que tome algunas precauciones básicas. Cierre las puertas con llave cuando esté en casa, ¿de acuerdo? Sobre todo de noche.

—Sí.

—Y lleve el teléfono siempre encima.

—Lo haré.

El agente levantó el pulgar y sonrió cuando Lisey le devolvió el gesto.

—Bueno, voy a buscar al gato. Apuesto algo a que se alegrará de librarse de él.

—Sí —asintió Lisey.

Pero lo que realmente quería era librarse del agente Alston, al menos de momento, para poder ir al granero y mirar debajo de la cama. La cama que había pasado los últimos veinte años en un gallinero blanqueado. La cama que habían comprado

(*mein gott*).

en Alemania. En Alemania, donde

8

todo lo que puede salir mal sale mal.

Lisey no recuerda dónde escuchó esta expresión y por supuesto no importa, pero le acude a la mente con frecuencia creciente durante los nueve meses que pasan en Bremen: *Todo lo que puede salir mal sale mal.*

Todo lo que puede sale.

La casa de la ronda Bergenstrasse tiene corrientes de aire en otoño, es fría en invierno y tiene goteras cuando por fin llega la húmeda y patética primavera. Las duchas funcionan cuando les viene en gana. El lavabo de abajo es un espanto. El casero hace promesas y finalmente deja de contestar a las llamadas de Scott. Al cabo de un tiempo, Scott contrata a un bufete de abogados alemanes a un precio exorbitante, sobre todo, como cuenta a Lisey, porque no puede soportar la idea de que el hijo de puta del casero se salga con la suya, no puede soportar que gane. El hijo de puta del casero, que a veces guiña el ojo a Lisey cuando Scott no mira (nunca se ha atrevido a decírselo a Scott, quien carece de todo sentido del humor cuando se trata del hijo de puta del casero), no gana. Bajo amenazas de acciones legales realiza algunas reparaciones. El tejado deja de tener goteras, y el lavabo de abajo interrumpe sus horripilantes carcajadas nocturnas. Incluso hace reparar la caldera, un milagro de los buenos. Y de repente, una noche aparece borracho y se pone a gritar a Scott en una mezcla de alemán e inglés, llamándolo «el cabronazo americano comunista», expresión que su marido guarda como un tesoro hasta el fin de sus días. En un momento dado, Scott, tampoco demasiado sobrio que digamos (en Alemania Scott y la sobriedad raramente van de la mano), ofrece al hijo de puta del casero un cigarrillo y le dice: «*Siganstrujenbajen, mein Führer, bitte, bitte!*». Ese año, Scott bebe mucho, Scott bromea y Scott azuza a abogados contra caseros hijos de puta, pero Scott no escribe. ¿No escribe porque siempre está borracho, o siempre está borracho porque no escribe? Lisey no lo sabe. Seis de lo uno y media docena de lo otro. En mayo, cuando su contrato docente acaba de una vez, gracias a Dios, ya no le importa. En mayo, lo único que quiere es estar

en un lugar donde las conversaciones en el supermercado y las tiendas de la ronda no le recuerden a los monstruos de la película *La isla del doctor Moreau*. Sabe que no es justo, pero también sabe que no ha podido trabar ni una sola amistad en Bremen, ni siquiera entre las esposas de profesoras que hablan inglés, y su marido pasa demasiado tiempo en la universidad. Ella, por su parte, pasa demasiado tiempo en la gélida casa, siempre envuelta en un chal, pero casi siempre con frío, casi siempre sola y desgraciada, mirando programas de televisión que no entiende y escuchando el rugido de los camiones en la rotonda que hay en lo alto de la cuesta. Los grandes, los Peugeot, hacen temblar el suelo. El hecho de que Scott también sea desgraciado, que sus clases vayan mal y sus conferencias sean casi desastres, no ayuda en absoluto. ¿Por qué iba a ayudar? El que dijo que mal de muchos, consuelo de tontos era un imbécil. En cambio, el que dijo todo lo que puede salir mal saldrá mal, ese sí que sabía lo que se decía.

Cuando Scott está en casa, lo tiene pegado a ella mucho más de lo que está acostumbrada, porque no se refugia en el lúgubre cubículo convertido en estudio para escribir historias. Al principio intenta escribir, pero en diciembre sus incursiones en el estudio se han tornado esporádicas, y en febrero desiste por completo. El hombre capaz de escribir en un motel frente a una autopista de seis carriles y con una juerga estudiantil en pleno apogeo en el piso de arriba se ha quitado las pilas. Pero no le preocupa el asunto, al menos por lo que Lisey puede ver. En lugar de escribir, pasa largos, hilarantes y en definitiva agotadores fines de semana con su mujer. A menudo, Lisey bebe con él y se emborracha con él, porque aparte de follar con él es lo único que se le ocurre. Algunos lunes de resaca, Lisey se alegra de verlo salir por la puerta, aunque cuando llegan las diez de la noche y Scott todavía no ha regresado, siempre se aposta junto a la ventana del salón que da a la ronda, esperando ansiosa el Audi de alquiler que conduce, preguntándose dónde parará y con quién estará bebiendo. Y cuánto estará bebiendo. Algunos sábados la convence para que juegue con él al escondite en la gran casa llena de corrientes de aire; argumenta que así no pasarán frío, y está en lo cierto. O se pasan horas persiguiéndose, escalera arriba y abajo, o corriendo por los pasillos en sus ridículos *lederhosen*, riéndose como un par de críos alocados (por no hablar de cachondos) y gritando sus consignas alemanas: *Achtung!* y *Jawohl!* e *Ich habe Kopfschmerzen!* y, sobre todo, *Mein gott!* Gran parte de las veces, estos juegos atolondrados acaban en sexo. Con alcohol o sin (aunque por lo general con). Scott quiere sexo a todas horas, y Lisey cree que antes de dejar la gélida casa de la Bergenstrasse lo han hecho en todas las habitaciones, en casi todos los baños (incluyendo el del retrete de carcajada horripilante) e incluso en algunos de los vestidores. La ingente cantidad de sexo es una de las razones por las que nunca (bueno, casi nunca) la inquieta la posibilidad de que Scott tenga una

aventura, a pesar de las horas que pasa fuera de casa, a pesar de todo el alcohol que consume, a pesar de que no está haciendo aquello para lo que ha nacido, a saber, escribir historias.

Claro que ella tampoco está haciendo aquello para lo que ha nacido, y en ocasiones ese conocimiento la asalta como una fiera. No puede decir que Scott le mintiera o la engañara, no, no puede. Solo se lo dijo una vez, pero con claridad meridiana. No podían tener hijos. Si Lisey creía que no podía vivir sin tener hijos (y él sabía que procedía de una familia numerosa), entonces no podían casarse. Eso le partiría el corazón, pero si eso era lo que Lisey sentía, no habría más que hablar. Se lo dijo bajo el árbol ñam-ñam, en medio de aquella extraña nieve de octubre. Lisey solo se permite recordar aquella conversación durante las largas tardes entre semana que pasa sola en Bremen, cuando el cielo siempre parece blanco, el tiempo se hace eterno, los camiones rugen sin cesar y la cama tiembla bajo su cuerpo. La cama que Scott compró y más tarde insistirá en enviar a América. A menudo yace en ella con un brazo sobre los ojos, pensando que esto ha sido una idea pésima pese a los fines de semana hilarantes y el sexo apasionado (y a veces febril). En estas sesiones de sexo han hecho cosas que Lisey ni siquiera habría alcanzado a imaginar hace seis meses, y sabe que poco tienen que ver con el amor, sino más bien con el aburrimiento, la añoranza, el alcohol y la tristeza. Scott siempre ha bebido bastante, pero la cosa ha llegado a unos extremos que la asustan, y augura un cataclismo si su marido no se controla. Y su vientre vacío ha empezado a deprimirla. Hicieron un trato, sí, claro, pero bajo el árbol ñam-ñam no entendía aún que los años pasan y el tiempo pesa. A buen seguro, Scott empezará a escribir de nuevo cuando regresen a América, pero ¿qué hará ella? *Nunca me ha mentado*, piensa tendida en la cama de Bremen con el brazo sobre los ojos, pero ve un momento, no demasiado lejano, en que este hecho ya no la satisfará, y la perspectiva la asusta. A veces desearía no haberse sentado nunca bajo aquel puñetero sauce con Scott Landon.

A veces desearía no haberlo conocido.

9

—Eso no es verdad —susurró al granero en penumbra.

Pero el peso de su estudio, en la planta baja, se cernía sobre ella como una negación. Todos aquellos libros, todas aquellas historias, toda esa vida pasada. No se arrepentía de su matrimonio, pero sí, a veces deseaba no haber conocido nunca a su inquietante e inquieto hombre. Haber conocido a otro en su lugar. A un programador informático como Dios manda, por ejemplo, un tipo que ganara

setenta mil dólares al año y le hubiera dado tres hijos. Dos chicos y una chica, uno de ellos ahora ya adulto y casado, los otros dos todavía en la escuela. Pero no era esa la vida que había encontrado. O la vida que la había encontrado a ella.

En lugar de concentrarse de inmediato en la cama de Bremen (le parecía demasiado en demasiado poco tiempo), Lisey se dirigió a su patético proyecto de despacho, abrió la puerta y echó un vistazo. ¿Qué había pretendido hacer allí mientras Scott escribía en la planta de arriba? No lo recordaba, pero sabía que la había atraído hasta allí: el contestador. Se quedó mirando el 1 rojo que brillaba en la pantallita marcada con MENSAJES NO ESCUCHADOS y se preguntó si debía llamar al agente Alston para que lo escuchara con ella. Decidió no hacerlo. Si era Dooley, podía dejárselo escuchar más tarde.

Claro que es Dooley, ¿quién si no?

Hizo acopio de valor para escuchar otra amenaza pronunciada con aquella voz serena y superficialmente razonable, y por fin pulsó el botón de reproducción. Al cabo de un instante, una joven llamada Emma empezó a explicarle el extraordinario ahorro que representaría para Lisey cambiarse a la compañía MCI. Lisey interrumpió el entusiasta mensaje a medio camino, pulsó BORRAR y pensó: *Para que luego digan de la intuición femenina.*

Salió del despacho riendo.

10

Lisey observó el bulto de la cama de Bremen sin un ápice de pesar ni nostalgia, a pesar de que suponía que ella y Scott habían hecho el amor en ella (o follado en ella, porque no recordaba cuánto amor había encerrado la época de **SCOTT Y LISEY EN ALEMANIA**) cientos de veces. ¿Cientos? ¿Era eso posible en un período de tan solo nueve meses, sobre todo teniendo en cuenta que muchos días, a veces semanas enteras, no había visto a Scott desde que salía medio dormido a las siete de la mañana, con el maletín chocándole contra la rodilla, hasta que volvía arrastrando los pies, por lo general medio pedo, a las diez o incluso a las once menos cuarto de la noche? Suponía que sí, si te pasabas fines de semana enteros enfrascado en lo que Scott a veces llamaba «follaramas». ¿Por qué iba a sentir afecto alguno por aquella monstruosidad con sábanas, por muchas veces que hubieran dado botes en ella? De hecho, tenía muchas razones para odiarla, porque comprendía de un modo que no era intuitivo, sino más bien obra de cierta lógica subconsciente («Lisey es más lista que el hambre siempre y cuando no piense en ello», había oído decir una vez a Scott en una fiesta, un comentario que

no supo si tomarse como un cumplido o como causa de vergüenza), que su matrimonio había estado a punto de romperse en aquella cama. A despecho de lo absolutamente guarro y genial que hubiera sido el sexo, a despecho de que Scott la había follado hasta procurarle sin pestañear múltiples orgasmos, hasta convencerla de que aquel placer tan inmenso la haría perder el juicio, a despecho del lugar que ella había encontrado, ese lugar que no podía tocar porque Scott se corría, y a veces solo se estremecía, pero a veces gritaba, y a ella se le ponía la piel de gallina, incluso cuando él estaba dentro de ella, caliente como..., bueno, caliente como un horno de succión. Le parecía estupendo que el maldito trasto estuviera amortajado como un enorme cadáver, porque, al menos en su recuerdo, todo lo que había ocurrido entre ellos allí había sido malo y violento, un intento de estrangulación tras otro en el cuello de su matrimonio. ¿Amor? ¿Hacer el amor? Quizá. Quizá algunas veces. Pero lo que más recordaba era un polvo salvaje detrás de otro. Apretar el cuello..., y luego soltar. Apretar el cuello..., y luego soltar. Y cada vez, la cosa que eran Scott y Lisey tardaba un poco más en poder volver a respirar. Por fin se fueron de Alemania. Tomaron el *Queen Elizabeth 2* a Nueva York desde Southampton, y el segundo día de travesía, al volver de un paseo por cubierta, Lisey se detuvo delante de la puerta del camarote con la llave en la mano y la cabeza ladeada para escuchar. Del interior le llegó el lento pero constante golpeteo de su máquina de escribir, y Lisey sonrió.

No se permitió pensar que todo iba bien, pero de pie ante la puerta de aquel camarote, escuchando su actividad, supo que todo podía salir bien. Y así fue. Cuando Scott le dijo que había dispuesto que les enviaran lo que denominaba la cama *Mein Gott*, Lisey guardó silencio, sabedora de que nunca volverían a dormir ni a hacer el amor en ella. Si Scott se lo hubiera sugerido («Zolo una vez, pegueña Liz, por los buenos tempos»), ella se habría negado. De hecho, le habría dicho que se fuera a hacer puñetas. Si alguna vez existió un mueble maldito, era esa cama.

Lisey se acercó a ella, se arrodilló, levantó el faldón de la colcha que la cubría y echó un vistazo debajo. Y allí, en el espacio angosto y polvoriento donde el olor a mierda de gallina había vuelto a instalarse (*como un perro vuelve a su vómito*, pensó), estaba lo que andaba buscando.

Allí, entre las sombras, estaba la caja de cedro de La Buena de Ma Debusher.

VIII

Lisey y Scott (Bajo el árbol ñam-ñam)

1

Acababa de entrar en la soleada cocina con la caja de cedro entre los brazos cuando sonó el teléfono. Dejó la caja sobre la mesa y contestó con un «Diga» ausente, sin miedo a oír la voz de Jim Dooley. Si era él, se limitaría a decirle que había llamado a la policía y colgaría. En aquellos momentos estaba demasiado ocupada para asustarse.

Era Darla, no Dooley, que la llamaba desde la sala de visitas de Greenlawn. A Lisey no le sorprendió demasiado comprobar que Darla se sentía culpable por haber llamado a Canty a Boston. ¿Y si hubiera sido al revés, con Canty en Maine y Darla en Boston? Lisey creía que habría sucedido más o menos lo mismo. No sabía cuánto se querían Canty y Darla a aquellas alturas, pero seguían utilizándose como los borrachos utilizan el alcohol. Cuando eran niñas, La Buena de Ma siempre decía que si Canty pillaba la gripe, a Darlanna le subía la fiebre.

Lisey intentó dar las respuestas apropiadas, al igual que había hecho un rato antes con Canty y por la misma razón, es decir, para poder acabar cuanto antes y ocuparse de sus asuntos. Suponía que más tarde volverían a importarle sus hermanas, al menos eso esperaba, pero en ese momento los remordimientos de Darla le importaban igual de poco que el estado de vegetal de Amanda y, para el caso, el actual paradero de Jim Dooley, siempre y cuando no se lo encontrara delante de las narices blandiendo un cuchillo.

No, aseguró a Darla, no había hecho mal en llamar a Canty. Sí, había hecho

bien en decirle a Canty que se quedara en Boston. Y sí, Lisey iría a visitar a Amanda más tarde.

—Es horrible —declaró Darla, y pese a tener la cabeza en otra parte, Lisey detectó la desdicha en su voz—. Ella es horrible... Bueno, no quería decir eso —se apresuró a rectificar—, claro que no, solo que es horrible verla así. Está ahí sentada, Lisey. El sol le daba en un lado de la cara cuando he entrado, y tiene la piel tan gris y envejecida...

—Tranquila, cariño —murmuró Lisey mientras deslizaba las yemas de los dedos por la suave superficie lacada de la caja de La Buena de Ma. Aún cerrada percibía su dulzura. Cuando la abriera se inclinaría hacia delante para aspirar aquel aroma y sería como inhalar el pasado.

—La alimentan a través de un tubo —prosiguió Darla—. Se lo ponen y luego se lo quitan. Si no empieza a comer por sí sola, supongo que se lo dejarán puesto. —Sorbió por la nariz con un estruendo impresionante—. La alimentan a través de un tubo, y está tan delgada, y no habla, y he hablado con una enfermera y me ha dicho que a veces se tiran así años, y que a veces se quedan así para siempre. Oh, Lisey, ¡creo que no podré soportarlo!

Lisey esbozó una tenue sonrisa mientras sus dedos se desplazaban hacia las bisagras de la caja. Era una sonrisa de alivio. Ahí estaba Darla la Numerera, Darla la Diva, lo cual significaba que volvían a pisar terreno seguro, dos hermanas con el guión de siempre. En un extremo de la línea estaba Darla la Sensible. Un aplauso para ella, señoras y señores. En el otro extremo, la pequeña Lisey, Pequeña pero Matona. Démosle la bienvenida.

—Iré esta tarde y hablaré otra vez con el doctor Alberness, Darla. Para entonces se habrán hecho una idea más clara acerca de su estado...

—¿De verdad lo crees? —replicó Darla, escéptica.

—Por supuesto —aseguró Lisey, que en realidad no tenía ni puñetera idea—. Lo que tienes que hacer ahora es volver a casa y descansar. Echa una siesta.

—¡Oh, Lisey, no podría dormir! —proclamó Darla, dramática.

A Lisey le importaba un huevo si Darla comía, se fumaba un porro o se cagaba en un lecho de begonias; lo único que quería era colgar el teléfono.

—Bueno, pues vete a casa y al menos descansa un rato. Tengo que colgar, Darla, tengo algo en el horno.

—¡Vaya, Lisey! ¿Tú? —exclamó Darla, complacida.

Lisey se molestó sobremanera. Como si nunca hubiera cocinado nada más complicado que..., bueno, que pastel de hamburguesa de sobre.

—¿Has hecho pan de plátano?

—Casi, de arándanos, y tengo que ir a echarle un vistazo.

—Pero vendrás a ver a Manda más tarde, ¿verdad?

Lisey sintió deseos de gritar.

—Claro, esta tarde —aseguró en cambio.

—Bueno, pues...

De nuevo la duda. Convénceme, decía su tono de voz. Sigue hablando conmigo un cuarto de hora más y convénceme.

—Bueno, pues..., en tal caso me iré a casa.

—Estupendo. Hasta luego, Darl.

—¿Y de verdad no crees que haya hecho mal en llamar a Canty?

¡No! ¡Llama a Bruce Springsteen! ¡Llama a Hal Holbrook! ¡Llama a la puñetera Condolezza Rice! ¡Pero DÉJAME EN PAZ!

—Por supuesto que no. Creo que has hecho muy bien. Mantenla... —Lisey pensó en el Cuadernillo de las Obsesiones de Amanda—. Mantenla al corriente, ¿vale?

—Vale... Bueno, adiós, Lisey. Nos vemos luego.

—Adiós, Darl.

Clic.

Por fin.

Lisey cerró los ojos, abrió la caja y aspiró la penetrante fragancia del cedro. Por un momento se permitió volver a tener cinco años, vestida con unas bermudas heredadas de Darla y con sus gastadas pero adoradas botas de vaquera Li'l Rider, las que tenían aquellas franjas de color rosa desvaído a los lados.

Por fin abrió de nuevo los ojos para inspeccionar el contenido de la caja y ver adónde la llevaba.

2

Encima de todo había un paquete de papel de aluminio de unos quince centímetros de longitud, diez de ancho y unos cinco de profundidad. Dos bultos abombaban el papel. Cuando lo sacó, no sabía de qué se trataba, pero entonces percibió un vago olor a menta (¿lo habría olido ya antes, junto con la fragancia de la madera?) y lo recordó aun antes de desdoblar un lado y ver la porción de tarta nupcial dura como una piedra. Había dos figuritas insertadas en ella, un muñeco con levita y chistera, y una muñeca con vestido de novia blanco. Lisey había tenido intención de guardar la tarta un año y compartirla con Scott el día de su primer aniversario. ¿No decía eso la superstición? En tal caso, debería haberla guardado en el congelador, pero la tarta había acabado allí.

Arrancó un trocito de azúcar glaseado con la uña y se lo metió en la boca.

Apenas tenía sabor, apenas un espectro de dulzura y un último susurro de menta. Se habían casado en la capilla Newman de la Universidad de Maine, en una ceremonia civil. Habían asistido todas sus hermanas, incluso Jodi. Lincoln, el hermano superviviente de papá Debusher, llegó de Sabbatus para entregar a la novia. También fueron los amigos de Scott de la Universidad de Pittsburgh y la UMO, y su agente literario fue el padrino. Por supuesto, no asistió ningún miembro de la familia Landon; la familia de Scott había muerto.

Bajo la porción de tarta petrificada había dos invitaciones de boda. Ella y Scott las habían escrito a mano, la mitad cada uno. Lisey había guardado una de las de Scott y una de las suyas. Debajo vio una caja de cerillas de recuerdo. Habían comentado la posibilidad de imprimir tanto las invitaciones como las cajas de cerillas, pues era un gasto que probablemente podrían haber afrontado pese a que los réditos de la edición de bolsillo de *Demonios vacíos* aún no habían empezado a llegar, pero al final decidieron escribir las invitaciones a mano por considerarlo más personal (y mucho más gracioso, por supuesto). Recordaba haber comprado un paquete de cincuenta cajas de cerillas corrientes en el IGA de Cleaves Mills y escribir el mensaje en cada una de ellas con un rotulador rojo de punta fina. Con toda probabilidad, la caja que tenía en la mano era la última de la tribu, y la examinó con la curiosidad de una arqueóloga y el dolor de una amante.

Scott y Lisa Landon
19 de noviembre de 1979
«Ahora somos dos».

Lisey sintió que las lágrimas le escocían los ojos. La frase «Ahora somos dos» había sido idea de Scott; le explicó que era una variación de un título de la serie de Winnie-the-Pooh. Recordó al instante a cuál se refería (¿cuántas veces había acosado a Jodotha o a Amanda para que le leyeran la historia del bosque de los cien acres?) y consideró que «Ahora somos dos» era una frase brillante, perfecta. Lo besó de alegría. Ahora apenas podía mirar aquella caja de cerillas con su mensaje alocado y valiente. Se hallaba en el otro extremo del arco iris, ahora era una sola, qué número tan estúpido. Se guardó la caja de cerillas en el bolsillo de la pechera de la blusa y se enjugó las lágrimas que a fin de cuentas no había logrado contener y que le resbalaban por las mejillas. Por lo visto, investigar el pasado era una tarea mojada.

¿Qué me está pasando?

Habría pagado el precio de su caro BMW y más por conocer la respuesta a esa pregunta. ¡Con lo bien que parecía estar! Había llorado la muerte de Scott y luego seguido adelante. Había arrancado las malas hierbas y luego seguido adelante. Durante más de dos años, pudo aplicarse la vieja canción: Me las apaño muy bien

sin ti. Pero entonces comenzó a limpiar su estudio, y eso despertó el fantasma de Scott, no en un mundo lejano y etéreo, sino en ella. Sabía incluso cuándo y dónde había empezado. Fue al final del primer día, en ese rincón no del todo triangular que Scott llamaba su «rincón de los recuerdos». Era allí donde los galardones literarios colgaban de la pared y las menciones descansaban en una vitrina. El Premio Nacional de Literatura, el Pulitzer de novela, el Premio de Novela Fantástica por *Demonios vacíos*. ¿Y qué había sucedido?

—Me rompí —musitó Lisey con voz débil y asustada al tiempo que volvía a doblar el papel de aluminio sobre la tarta nupcial fosilizada.

No existía otra palabra para definirlo. Se rompió. No lo recordaba con absoluta claridad, tan solo que empezó porque tenía sed. Fue a buscar un vaso de agua en el puñetero e inútil cuartito que hacía las veces de bar..., inútil porque Scott ya no bebía, aunque sus escarceos con el alcohol habían durado bastantes años más que su amorío con el tabaco..., y del grifo no salió ni una gota de agua, del frigo no salió más que el sonido enloquecedor del aire impulsado por las tuberías, y podría haber esperado hasta que saliera agua, porque habría acabado saliendo, pero lo que hizo fue cerrar el grifo y regresar al umbral entre el bar y el llamado rincón de los recuerdos, y la lámpara de techo estaba encendida, pero era de las que podían amortiguarse y estaba muy baja. Con aquella luz, todo parecía normal, todo seguía igual, ja, ja. Casi esperaba verlo abrir la puerta de la escalera exterior, entrar, poner la música a todo trapo y empezar a escribir. Como si no le hubieran quitado las pilas para siempre. ¿Y qué esperaba sentir? ¿Tristeza? ¿Nostalgia? ¿En serio? ¿Algo tan correcto, tan femenino como nostalgia? En tal caso, menuda risa, porque el sentimiento que se apoderó de ella en aquel momento, un sentimiento febril y helado a un tiempo, fue

3

El sentimiento que se apodera de ella..., de Lisey la práctica, la que siempre conserva la calma (salvo quizá el día en que se ve obligada a blandir la espada de plata, e incluso ese día, intenta convencerse a sí misma, estuvo estupenda), de la pequeña Lisey, que no pierde los papeles cuando todos los demás sí los pierden..., el sentimiento que se apodera de ella es una suerte de furia inflamada y constante, una furia divina que parece empujar a un lado su mente y adueñarse de su cuerpo. No obstante, y no sabe si se trata de una paradoja o no, esa furia también da la impresión de aclararle las ideas, debe de ser eso, porque de repente lo entiende. Dos años es mucho tiempo, pero por fin se le enciende la bombilla. Lo pilla todo. Ve la luz.

Ha estirado la pata, como suele decirse. (¿Te gusta?).

Se ha ido al otro barrio. (¿No te encanta?).

Está criando malvas. (Una que pesqué en el lago al que todos vamos a beber y pescar).

Y si lo reduces a la esencia, ¿qué te queda? Bueno, pues que la ha dejado tirada. Se ha ido por patas. Se ha largado a la francesa. Se ha esfumado como por arte de magia. Ha dejado a la mujer que lo quería con cada fibra de su cuerpo y cada célula de su cerebro no tan inteligente, y lo único que le queda ahora a ella es esta... mierda de... puñetera... carcasa.

Y se rompe. Lisey se rompe. Mientras entra como una exhalación en su estúpido rincón de los recuerdos, le parece oírle decir *PPCCN, babyluv. Ponte las Pilas Cuando lo Consideres Necesario*, pero las palabras se pierden, y Lisey empieza a arrancar placas, fotografías y menciones enmarcadas de las paredes. Coge el busto de Lovecraft que el jurado del Premio de Novela Fantástica le entregó por *Demonios vacíos*, aquel libro espantoso, y lo arroja a la otra punta del estudio.

—Jódete, Scott, ¡jódete!

Es una de las pocas veces que ha utilizado esta palabra de forma tan descarnada desde que Scott atravesó el vidrio del invernadero con la mano, la noche de la dáliva sangrienta. Aquel día estaba furiosa con él, pero nunca había estado tan furiosa con él como ahora; si estuviera aquí, quizá lo volvería a matar. Está hecha un basilisco y arranca todas aquellas manifestaciones de vanidad fútil hasta dejar las paredes desnudas (pocas de las cosas que tira al suelo se rompen, gracias a la mullida moqueta..., menos mal, pensará más tarde, tras recuperar la cordura). Mientras gira y gira sobre sí misma, convertida en un tornado, grita su nombre una y otra vez, grita Scott y Scott y Scott, grita de dolor, de pérdida, grita para hacer que vuelva, que vuelva, por favor. Nada de todo sigue igual, nada es igual sin él, le odia, le echa de menos, hay un agujero enorme en ella, un viento más frío que el que soplaba desde Yellowknife sopla ahora a través de ella, el mundo está tan vacío y tan desprovisto de amor que no hay nadie en él para gritar tu nombre y traerte de vuelta a casa. Por fin coge la pantalla del ordenador instalado en el rincón de los recuerdos, y su espalda emite un crujido de advertencia cuando lo levanta, pero a hacer puñetas su espalda, las paredes desnudas se mofan de ella, y ella está furiosa. Se da la vuelta torpemente con la pantalla en las manos y la arroja contra la pared. Se oye un golpe hueco, ¡*PUUUMP!*, y de repente se hace el silencio.

No, fuera cantan los grillos.

Lisey se desploma sobre la moqueta salpicada de recuerdos, sollozando. ¿Y consigue que vuelva? ¿Consigue traerlo de regreso a su vida mediante la fuerza de

su dolor transformado ahora en furia? ¿Ha vuelto Scott como agua por una tubería largo tiempo vacía? Lisey cree que la respuesta a estas preguntas es

4

—No —murmuró Lisey.

Porque, por demencial que pareciera, daba la impresión de que Scott había empezado a disponer para ella las estaciones de la dáliva mucho antes de morir. Poniéndose en contacto con el doctor Alberness, por ejemplo, que por casualidad era un admirador suyo de tres pares de narices y cojones. Consiguiendo de alguna manera hacerse con el historial médico de Amanda y llevarlo a la comida, por el amor de Dios. Y el colmo de los colmos: «El señor Landon me dijo que si algún día llegaba a conocerla, le preguntara cómo había conseguido engañar a la enfermera en Nashville».

Y..., ¿cuándo había guardado la caja de cedro de La Buena de Ma bajo la cama de Bremen? Porque sin duda había sido Scott; Lisey sabía a ciencia cierta que ella no la había puesto ahí.

¿1996?

(*calla*).

En invierno de 1996, cuando la mente de Scott se quebró, y ella...

(*¡CALLA LISEY!*).

De acuerdo..., de acuerdo, no hablaría del invierno de 1996..., de momento, pero más o menos encajaba. Y...

La caza de la dáliva. Pero ¿por qué? ¿Con qué finalidad? ¿Para permitirle afrontar a plazos algo que no podía afrontar al contado? Quizá. Probablemente. Scott sabía de esas cosas, sin duda comprendería a una mente deseosa de ocultar sus recuerdos más terribles detrás de cortinas o guardarlos en cajas de dulce fragancia.

Una dáliva buena.

Oh, Scott, ¿qué tiene de buena? ¿Qué tiene de bueno todo este dolor, toda esta pena?

Una dáliva corta.

En tal caso, la caja de cedro era el final o estaba cerca del final, y Lisey tenía la sensación de que si seguía mirando mucho más, ya no habría vuelta atrás.

Baby, suspiró Scott..., pero solo en su mente. No existían los fantasmas, tan solo la memoria. Tan solo la voz de su marido muerto. Lisey lo creía; lo sabía, de hecho. Podía cerrar la caja. Podía correr la cortina. Podía dejar descansar el

pasado.

Babyluv.

Él siempre tenía que decir la suya, incluso muerto.

Lisey lanzó un suspiro, un sonido que se le antojó miserable y solitario, y decidió continuar. Jugaría a ser Pandora.

5

La única otra cosa que había guardado en la caja de su boda cutre y no religiosa (aunque su matrimonio había durado a pesar de ello, había aguantado muy bien), era una fotografía sacada en el banquete, celebrado en The Rock, el antro de *rock and roll* más atrevido, follonero, barriobajero y sucio de Cleaves Mills. Los mostraba a ella y a Scott en la pista cuando abrían el primer baile. Ella llevaba su vestido de encaje blanco, Scott un sencillo traje negro, el de sepulturero, como lo llamaba él, que había comprado para la ocasión y llevado una y otra vez durante la gira de promoción de *Demonios vacíos* aquel invierno. Al fondo vio a Jodtha y Amanda, ambas imposiblemente jóvenes y guapas, el pelo recogido, las manos petrificadas a medio aplauso. Lisey miraba a Scott, y él le devolvía la mirada con una sonrisa, la mano en su cintura, y oh, Dios, qué largo llevaba el cabello, casi hasta los hombros, lo había olvidado.

Lisey acarició la fotografía con las yemas de los dedos, deslizándolos sobre las personas que habían asistido a **¡SCOTT Y LISEY, EL COMIENZO!**, y descubrió que incluso recordaba el nombre del grupo de Boston (The Swinging Johnsons, qué gracioso^[2]) y la canción que habían bailado delante de sus amigos, una versión de «Demasiado tarde para echarse atrás», de Cornelius Brothers y Sister Rose.

—Oh, Scott —suspiró.

Otra lágrima le rodó por la mejilla, y Lisey se la enjugó con ademán distraído. Luego dejó la fotografía sobre la mesa de la soleada cocina y siguió investigando. Había una pila delgada de cartas de restaurante, servilletas de bar y cajas de cerillas de moteles del Medio Oeste, así como un programa de la Universidad de Indiana en Bloomington en el que se anunciaba una lectura de *Demonios vacíos*, de Scott Linden. Recordaba haberlo guardado por el gazapo y haberle dicho a Scott que algún día valdría una fortuna. Scott le había respondido: «Espera sentada, babyluv». La fecha indicada en el programa era el 19 de marzo de 1980..., así que ¿dónde estaban sus recuerdos de The Antlers? ¿No se había llevado nada de allí? Por aquel entonces casi siempre se llevaba algo, era como

una especie de afición, y habría jurado que...

Retiró el programa de «Scott Linden» y debajo encontró una carta de restaurante de color violeta oscuro con las palabras **The Antlers** y **Roma, New Hampshire**, impresas en oro sobre ella. Y oyó a Scott hablar con tanta claridad como si se lo estuviera susurrando al oído: *Hablando del rey de Roma...* Lo dijo aquella noche en el restaurante del hotel (desierto salvo por ellos y una única camarera), tras pedir la recomendación del chef para los dos. Y otra vez, más tarde, en la cama, al cubrir su cuerpo con el de él.

—Me ofrecí a pagarla —murmuró mientras sostenía la carta en alto en su cocina soleada y vacía—, y el hombre me dijo que me la podía llevar porque éramos los únicos clientes. Y por la tormenta de nieve.

Aquella extraña tormenta de nieve en pleno octubre. Habían pasado dos noches en el hotel en lugar de una, como habían previsto, y la segunda noche, Lisey había permanecido despierta largo rato después de que Scott se durmiera. El frío que había traído consigo la inusual nevada ya se alejaba, y Lisey oía la nieve derretirse y gotear de los alerones. Se quedó tendida en la cama desconocida (la primera de tantas camas desconocidas que compartiría con Scott), pensando en Andrew «Chispas». Landon, en Paul Landon y en Scott Landon..., Scott el superviviente. Pensando en dálivas. Dálivas buenas y dálivas sangrientas.

Pensando en la cortina violeta. Pensando en eso también.

En un momento dado, el viento había abierto las nubes, y la habitación quedó bañada por la luz de la luna. Con aquella luz consiguió conciliar por fin el sueño. Al día siguiente, domingo, pasearon en coche por el campo, que perdía el aspecto invernal a pasos agigantados para regresar al otoño, y menos de un mes más tarde estaban bailando al son de The Swinging Johnsons:

«Demasiado tarde para echarse atrás».

Abrió la carta con letras estampadas en oro para comprobar en qué había consistido la recomendación del chef aquella lejana noche, y del interior cayó una fotografía. Lisey la recordó al instante. El propietario del establecimiento la había sacado con la pequeña Nikon de Scott. El tipo desenterró dos pares de botas de nieve (tenía los esquís de fondo aún guardados en North Conway, les explicó, junto con sus cuatro motos de nieve) e insistió en que Scott y Lisey hicieran una pequeña excursión por el sendero que arrancaba detrás del hotel. «El bosque es mágico con la nieve —aseguró, según recordaba Lisey— y lo tendrán para ustedes solos, sin un solo esquiador ni una sola máquina quitanieves. Es una ocasión única».

Incluso les preparó la comida y les regaló una botella de vino. Y ahí estaban, embutidos en pantalones de esquí, parkas y unas orejeras que la afable esposa del propietario les había encontrado (la parka de Lisey le venía ridículamente grande,

tanto que el dobladillo le llegaba por la rodilla), posando de pie para la foto delante de un hotel rural, en medio de lo que parecía una ventisca de efectos especiales, calzados con botas de nieve y sonriendo como un par de chiflados encantados de la vida. La mochila en la que Scott llevaba la comida y el vino también era prestada. Scott y Lisey, de camino al árbol ñam-ñam, aunque ninguno de los dos lo sabía. De camino a un viaje por el sendero de los recuerdos. Solo que para Scott Landon, el sendero de los recuerdos era el Callejón de los Monstruos, y no era de extrañar que no quisiera ir allí a menudo.

Aun así, pensó Lisey mientras deslizaba los dedos sobre aquella fotografía, como había hecho con la fotografía del baile nupcial, debías de saber que tendrías que ir al menos una vez antes de que me casara contigo, te gustara o no. Tenías algo que decirme, ¿verdad? La historia que respaldaría tu única condición innegociable. Debiste pasarte semanas buscando el lugar idóneo. Y cuando viste ese árbol, ese sauce tan cargado de nieve que formaba una gruta en su interior, supiste que lo habías encontrado y no pudiste aplazar más el asunto. Me pregunto cuán nervioso debías de estar, hasta qué punto te asustaba la idea de que te escuchara y después te dijera que no quería casarme contigo a fin de cuentas.

Lisey creía que debía de estar muy nervioso, desde luego. Recordaba su silencio en el coche. ¿No había pensado incluso entonces que algo le rondaba la cabeza? Sí, porque por lo general Scott era muy hablador.

—Pero para entonces ya debías de conocerme lo suficiente... —empezó, pero dejó la frase sin terminar.

Lo bueno de hablar sola es que por lo general no tenías por qué terminar las frases. En octubre de 1979, Scott debía de conocerla lo suficiente para creer que permanecería a su lado. Por el amor de Dios, al ver que no lo abandonaba después de que se hiciera la mano pedazos con un vidrio del invernadero Parks, debió de convencerse de que Lisey no lo abandonaría. Pero ¿la perspectiva de revelar aquellos recuerdos, de tocar aquellas fibras antiguas, pero sensibles, lo había puesto nervioso? Suponía que más que nervioso, más bien muerto de miedo.

Pero, pese a ello, Scott le había tomado la mano enguantada y señalado el lugar con la mano libre.

—¿Por qué no comemos allí, Lisey? Metámonos debajo de ese

6

—¿Por qué no comemos debajo de aquel sauce? —propone.

Lisey acepta el plan de buen grado. En primer lugar, está hambrienta. En segundo lugar, le duelen las piernas, sobre todo las pantorrillas, a causa del

desacostumbrado ejercicio que representa caminar con botas de nieve. Levantar, girar, agitar..., levantar, girar, agitar. Pero sobre todo quiere dejar de contemplar durante un rato la nieve que no cesa de caer. El paseo ha hecho justicia a las promesas del propietario del hotel, y la quietud es algo que sin duda recordará durante el resto de su vida, un silencio tan solo quebrado por el crujido de sus botas, de su respiración y del lejano golpeteo inquieto de un pájaro carpintero. Pero el chaparrón de copos enormes (no se le ocurre otra forma de describirlo) empieza a agobiarla. Caen con tal densidad y rapidez que le impiden concentrarse, hasta el punto de que se siente desorientada y un poco mareada. El sauce se alza en el margen de un claro, las frondas aún verdes doblegadas por una gélida capa blanca.

¿Se llaman frondas?, se pregunta Lisey. Se propone preguntárselo a Scott durante la comida; Scott lo sabrá. Pero no llega a preguntárselo porque surgen menesteres más importantes.

Scott se acerca al sauce, y Lisey lo sigue, levantando los pies y agitándolos para desprender la nieve de las botas mientras sigue las pisadas de su prometido. Al llegar junto al árbol, Scott separa las... (frondas, ramas o cómo se llamen) cubiertas de nieve como si de una cortina se tratara y se asoma al interior. Su trasero cubierto por los vaqueros sobresale hacia ella como una invitación.

—¡Lisey! —la llama—. ¡Esto es genial! Ya verás c...

Lisey levanta la bota de nieve A y la estrella contra el Trasero con Vaqueros B. El prometido C desaparece al instante en las profundidades del Sauce Nevado D (con una exclamación de sorpresa). Es gracioso, muy gracioso, y Lisey empieza a reír bajo la nieve que no deja de caer. Está cubierta de nieve; incluso las pestañas le pesan.

—¿Lisey? —Le llega desde el interior del paraguas blanco.

—¿Sí, Scott?

—¿Me ves?

—No —replica ella.

—Pues acércate un poco más.

Lisey obedece, sigue las pisadas de Scott, convencida de lo que le espera, pero cuando los brazos de su prometido surgen por entre la cortina cubierta de nieve y su mano le agarra la muñeca, se sobresalta y lanza una carcajada histérica porque lo cierto es que está un poco asustada. Scott tira de ella, y la blancura helada le azota el rostro, cegándola por un instante. La capucha de la parka cae hacia atrás, y la nieve se le cuela por el cuello, gélida contra su piel aún caldeada. Las orejeras se le ladean. Oye un golpe sordo cuando grandes coágulos de nieve se desprenden de las ramas y caen al suelo a su espalda.

—¡Scott! —jadea—. Scott, me has dado un susto de...

Pero se calla en seco.

Scott está de rodillas ante ella, la capucha de la parka echada hacia atrás, dejando al descubierto una melena oscura casi tan larga como la suya. Lleva las orejeras alrededor del cuello como si de auriculares se tratara. La mochila está junto a él, apoyada contra el tronco. La está mirando con una sonrisa, pidiéndole en silencio que aquello le mole. Y le mola. Le mola muchísimo. *A cualquiera le molaría*, piensa.

Es como obtener permiso para entrar en el club donde su hermana mayor jugaba con sus amigas a piratas...

Pero no. Esto es mejor, porque no huele a madera vieja, revistas enmohecidas y mierda de ratón fosilizada. Es como si Scott la hubiera llevado a un mundo distinto por completo, como si le hubiera franqueado la entrada a un círculo secreto, una cúpula de tejado blanco que no pertenece a nadie más que a ellos. El círculo tiene un diámetro de unos siete metros, y en el centro se alza el tronco del sauce. La hierba que crece a su alrededor posee aún el matiz perfecto del verano.

—Oh, Scott —suspira.

De su boca no surge ninguna nubecilla de vaho. Se da cuenta de que hace calor ahí dentro. La nieve atrapada en las ramas inclinadas ha aislado el espacio. Se baja la cremallera del chaquetón.

—Es genial, ¿verdad? Y ahora escucha el silencio.

Scott calla. Ella también. Al principio cree que no hay ningún sonido, pero no es del todo cierto. Hay uno. Oye un leve tamborileo aterciopelado. Es su corazón. Scott alarga la mano, le quita los guantes y le coge las manos. Le besa el centro de ambas palmas. Por un instante, ninguno de los dos dice nada. Es Lisey quien por fin quiebra el silencio cuando su estómago emite un rugido de protesta. Scott estalla en carcajadas, se reclina contra el tronco del árbol y la señala con el dedo.

—Yo también —dice—. Tenía intención de quitarte esos pantalones de esquí y echar un polvo ahora mismo, Lisey, porque hace suficiente calor, pero después de tanto ejercicio, estoy demasiado hambriento.

—Quizá más tarde —aventura ella.

Sabedora de que, con toda probabilidad, más tarde estará demasiado llena para follar, pero da igual; si sigue nevando, a buen seguro pasarán otra noche en The Antlers, lo cual le parece perfecto.

Abre la mochila y dispone el almuerzo. Hay dos voluminosos bocadillos de pollo con mucha mayonesa, ensalada y dos gruesas porciones de lo que resulta ser tarta de pasas.

—Ñam —dice él cuando Lisey le alarga uno de los platos de cartón.

—Claro que ñam —replica ella—. Estamos bajo el árbol ñam-ñam.

Scott se echa a reír.

—Bajo el árbol ñam-ñam. Me gusta. —De repente, su sonrisa se desvanece y la mira con expresión solemne—. Es un sitio genial, ¿verdad?

—Sí, Scott, genial.

Scott se inclina hacia delante por encima de la comida; Lisey también se inclina para ir a su encuentro. Se besan por encima de la ensalada.

—Te quiero, pequeña Lisey.

—Yo también te quiero.

Y en aquel momento, aislados del mundo en este círculo de silencio tan verde y secreto, siente que nunca lo ha querido más. Esto es ahora.

7

Pese a haber afirmado que estaba hambriento, Scott solo se come la mitad del bocadillo y un poco de ensalada. No llega a probar la tarta de pasas, pero bebe más de media botella de vino. Lisey come con más apetito, pero no tanto como había esperado. Siente una punzada de inquietud. Sea lo que sea lo que le ronda por la cabeza a Scott, le resultará difícil decirlo y quizá aún más difícil a ella escucharlo. Lo que más le preocupa es que no imagina de qué puede tratarse. ¿Algún problema con la ley en el campo de Pensilvania occidental, donde se crió? ¿Tenía quizá un hijo? ¿Se habría casado de adolescente, un trabajillo rápido que dos meses más tarde había acabado en divorcio o anulación? ¿Se trata de Paul, el hermano que murió? Sea lo que fuere, está a punto de averiguarlo. «Tan seguro como que la lluvia sigue al trueno», habría dicho La Buena de Ma. Scott se queda mirando su trozo de tarta, parece plantearse la posibilidad de hincarle el diente y por fin se decanta por sacar los cigarrillos.

Recuerda el día en que le dijo que la familia era una mierda y piensa: *Se trata de las dálivas. Me ha traído hasta aquí para hablarme de las dálivas.* No le sorprende comprobar que esta idea la asusta sobremanera.

—Lisey —empieza Scott—. Tengo que explicarte una cosa. Y si eso hace que cambies de idea respecto a lo de casarte conm...

—Scott, no estoy segura de querer escuchar...

Scott la mira con una sonrisa entre cansina y temerosa.

—Ya me imagino que no estás segura. Y también sé que no tengo ningunas ganas de decírtelo. Pero es como ir al médico para que te pongan una inyección..., no, peor, como cuando te quitan un quiste o un forúnculo. Pero algunas cosas tienen que hacerse. —Sus relucientes ojos color avellana están clavados en los de ella—. Lisey, si nos casamos, no podemos tener hijos. Es innegociable. No sé hasta qué punto quieres tener hijos ahora mismo, pero

procedes de una familia numerosa y lo más normal sería que algún día quisieras tener la casa llena de niños. Tienes que saber que si estás conmigo, eso no podrá ser. Y no quiero que dentro de cinco o diez años me reproches a gritos que eso no formaba parte del trato.

Fuma una calada y exhala el humo por la nariz. El humo se eleva en una columna azul grisácea. Scott la mira de nuevo con el rostro muy pálido y los ojos muy abiertos. *Como gemas*, piensa ella, fascinada. Por primera y única vez lo ve no como un hombre apuesto (no lo es, aunque con la luz adecuada puede resultar impactante), sino hermoso, con la clase de hermosura que poseen algunas mujeres. Eso la fascina y por alguna razón la horroriza al mismo tiempo.

—Te quiero demasiado para mentirte, Lisey. Te quiero con todo lo que se supone que es mi corazón. Sospecho que esa clase de amor total puede llegar a resultar una carga para la mujer al cabo de un tiempo, pero es la única clase de amor que puedo dar. Creo que seremos un matrimonio rico en términos económicos, pero con toda probabilidad yo seré toda la vida un indigente en términos emocionales. Ganaré mucho dinero, pero en cuanto a lo demás, tengo lo justo para ti, y no pienso ensuciarlo ni diluirlo a base de mentiras. Ni de palabra ni de omisión.

Scott lanza un suspiro tembloroso y se lleva el dorso de la mano en la que sujeta el cigarrillo a la frente, como si le doliera la cabeza. Al poco la aparta y vuelve a mirar a Lisey.

—Nada de hijos, Lisey. No podemos. Yo no puedo.

—Scott, ¿eres...? ¿Algún médico...?

Scott menea la cabeza.

—No es nada físico. Escúchame, babyluv, está aquí. —Se golpetea la frente, justo entre los ojos—. Los Landon y la locura siempre van de la mano, y no estoy hablando de un relato de Edgar Allan Poe ni de una de esas novelas victorianas en las que la familia tiene a la tía chiflada encerrada en el desván. Estoy hablando de la locura real, de esa que se lleva en la sangre y se transmite.

—Scott, tú no estás loco...

Pero Lisey recuerda la noche en que surgió de la oscuridad, tendiéndole la mano hecha jirones, la voz pletórica de júbilo y alivio. Un alivio demencial. Recuerda sus propios pensamientos mientras le envolvía la mano en la blusa, que quizá Scott estaba enamorado de ella, pero también estaba medio enamorado de la muerte.

—Sí que lo estoy —musita él—. Estoy loco. Sufro delirios y visiones. La única diferencia es que los escribo. Los escribo y la gente me paga por leerlos.

Por un instante, Lisey se queda demasiado estupefacta (o quizá es el recuerdo de la mano destrozada, un recuerdo que ha desterrado de forma deliberada, lo que

la ha dejado estupefacta) para responder. Scott está hablando de su oficio (pues así es como lo denomina siempre en sus conferencias, no su arte, sino su oficio) como si de un delirio se tratara. Y eso sí es una locura.

—Scott —dice por fin—, escribir es tu trabajo.

—Crees que lo entiendes —replica él—, pero no entiendes la cara oscura. Espero que tengas la suerte de no entenderla jamás, pequeña Lisey. Y no voy a pasarme horas bajo este árbol para contarte la historia de los Landon, porque solo conozco una pequeña parte. Investigué tres generaciones y después lo dejé. Ya vi suficiente sangre, parte de ella la mía, cuando era niño, y en cuanto al resto, me limité a creer lo que contaba mi padre. Cuando era niño, papá decía que los Landon..., y los Landreau antes que ellos, se dividían en dos categorías, los esfumados y los del mal rollo. El mal rollo era mejor, porque se podía desahogar cortando. Tenías que cortar si no querías pasarte la vida entera en el loquero o en la cárcel. Papá decía que era la única manera.

—¿Te refieres a la automutilación, Scott?

Scott se encoge de hombros con expresión incierta. Tampoco ella está segura. A fin de cuentas, lo ha visto desnudo. Tiene algunas cicatrices, pero pocas.

—¿Dálivas sangrientas? —pregunta.

Esta vez se muestra más seguro.

—Sí, dálivas sangrientas.

—La noche que atravesaste el vidrio del invernadero con la mano, ¿estabas desahogando el mal rollo?

—Supongo. Sí. En cierto modo.

Scott aplasta el cigarrillo en la hierba. Se entretiene largo rato y no la mira.

—Es complicado —explica por fin—. Tienes que recordar lo mal que me sentía aquella noche. Se habían acumulado muchas cosas...

—No debería haber...

—No —la interrumpe Scott—, déjame acabar. Solo puedo decir esto una vez.

Lisey enmudece.

—Estaba borracho, me sentía fatal y llevaba mucho tiempo sin desahogar el mal rollo. No me había hecho falta. Sobre todo gracias a ti, Lisey.

Lisey tiene una hermana que atravesó un alarmante episodio de automutilación a los veintipocos años. Amanda lo ha superado, gracias a Dios, pero le quedan las cicatrices, sobre todo en la cara interior de los brazos y los muslos.

—Scott, si te has automutilado muchas veces, ¿no deberías tener cicatrices...?

—Y la primavera pasada —prosigue él como si no la hubiera oído—, cuando ya llevaba tiempo convencido de que se había callado para siempre, va y empieza a hablarme otra vez. «¡Lo llevas en la sangre, Scoot!», le oía decir. «Lo llevas en

la sangre como un virus, ¿a que sí?».

—¿Quién, Scott? ¿Quién empezó a hablarte?

Sabiendo que solo puede referirse a Paul o a su padre, y que con toda probabilidad no es Paul.

—Papá. Va y me dice: «Scooter, si quieres ser bueno, más vale que sueltes ese mal rollo. Pero ya, no te cuelgues, puñeta». Y eso es lo que hice. Un poquito..., un poquito... —Describe pequeños movimientos de corte, uno en la mejilla, otro en el brazo, para ilustrar sus palabras—. Y aquella noche, cuando te enfadaste... —Se encoge de hombros—. Fui a por todas. Para acabar de una vez por todas. De una vez por todas. Y todo fue bien. Todo fue bien. Te aseguro que me cortaría hasta desangrarme antes que hacerte daño. No quiero hacerte daño nunca. —Su rostro se contrae en un rictus de desprecio que Lisey no le ha visto jamás—. Nunca he sido como él. Mi papá... El puto señor Chispas —espeta.

Lisey guarda silencio. No se atreve a hablar. De todos modos, no sabe si podría aunque quisiera. Por primera vez en varios meses se pregunta cómo es posible que se cortara la mano como se la cortó y apenas le quedaran cicatrices. Es imposible. Piensa: *No tenía cortes en la mano; tenía la mano destrozada.*

Entretanto, Scott ha encendido otro Herbert Tareyton con mano ligeramente temblorosa.

—Te contaré una historia —anuncia—. Solo una, pero representa todas las historias de la infancia de un hombre. Porque las historias son lo mío. —Se queda mirando la columna ascendente de humo—. Las pesco en el lago. Te he hablado del lago, ¿verdad?

—Sí, Scott, adonde todos vamos a beber.

—Sí, y donde arrojamamos las redes. A veces los pescadores más valientes, los Austen, los Dostoievsky, los Faulkner, incluso fletan embarcaciones y navegan hasta donde nadan los grandes, pero ese lago es traicionero, más grande de lo que parece, más profundo de lo que ningún hombre puede adivinar, y cambia de aspecto, sobre todo cuando anochece.

Lisey no hace comentario alguno. La mano de Scott se desliza por su cuello. En un momento dado se introduce bajo el chaquetón desabrochado para posarse sobre su pecho. No como muestra de lujuria, de eso está bastante segura, sino en busca de consuelo.

—Muy bien —dice—. Es la hora del cuento. Cierra los ojos, pequeña Lisey.

Lisey obedece. Por un instante, el mundo bajo el árbol ñamñam se sume en la oscuridad además del silencio, pero Lisey no tiene miedo; puede oler a Scott y sentir su presencia junto a ella. Nota el tacto de su mano, ahora apoyada sobre su clavícula. Podría estrangularla fácilmente con esa mano, pero no hace falta que le asegure que nunca le hará daño, al menos físicamente, porque Lisey ya lo sabe.

La herirá, desde luego, pero sobre todo con palabras. Con esa boca que nunca cierra.

—Muy bien —repite el hombre con el que se casará dentro de menos de un mes—. Esta historia puede constar de cuatro partes. La Primera Parte se titula «Scooter en el banco».

»Había una vez un niño, un chiquillo flaco y asustado llamado Scott, solo que cuando su papá estaba de mal rollo y cortarse a sí mismo no le bastaba para desahogarse, entonces lo llamaba Scooter. Y un día, un día terrible y demencial, el chiquillo estaba de pie en un sitio muy alto, mirando abajo, hacia la tarima pulida del lejano suelo, hacia la sangre de su hermano

8

que se desliza despacio a lo largo de una grieta entre dos tablones.

—Salta —le ordena su padre. Y no por primera vez—. Salta, capullín de mierda, cobardica asqueroso, ¡salta ahora mismo!

—¡Tengo miedo, papá! ¡Está demasiado alto!

—No es verdad, y me importa una mierda si tienes miedo o no, salta de una puñetera vez o haré que lo lamente y que tu hermano lo lamente aún más, así que ¡soldados, a saltar!

Papá calla un momento, mirando de un lado a otro, los ojos enloquecidos como siempre que está de mal rollo, moviéndolos de un modo casi sonoro, y luego los clava de nuevo en el niño de tres años que está de pie sobre el largo banco que hay en el recibidor de la enorme y destartalada granja, en la que las corrientes de aire están a la orden del día. Está ahí de pie con la espalda apretada contra las hojas estarcidas en la pared rosada de esta granja situada en pleno campo, donde la gente se ocupa de sus propios asuntos.

—Puedes decir «Jerónimo» si quieres, Scoot. A veces dicen que ayuda si lo gritas muy fuerte cuando saltas del avión.

Así que Scott lo hace, necesita toda la ayuda posible, de modo que grita «¡JERÓMINO!», lo cual no es del todo exacto y de todos modos no ayuda porque sigue sin poder saltar del banco hasta la tarima pulida del suelo, tan lejana.

—¡Aaaah, por el puto amor del puto Dios!

Papá tira de Paul. Paul tiene seis años, casi siete, es alto y tiene el pelo rubio oscuro, muy largo delante y a los lados, necesita un corte de pelo, necesita ir a ver al señor Baumer de la barbería de Martensburg, el señor Baumen con la cabeza de alce colgada de la pared y el banderín desvaído en el escaparate, en el que se ve la

bandera americana y las palabras YO HE SERVIDO, pero tardarán algún tiempo en ir a Martensburg, y Scott lo sabe. No van al pueblo cuando papá está de mal rollo, y papá ni siquiera irá a trabajar durante unos días porque está de vacaciones.

Paul tiene los ojos azules, y Scott lo quiere más que a nada. Más que a sí mismo. Esta mañana, los brazos de Paul aparecen cubiertos de sangre y surcados de cortes, y papá vuelve a coger la navaja de bolsillo, la odiosa navaja que ha bebido tanta de su sangre, y la sostiene en alto para que el sol matinal le arranque destellos. Papá ha bajado la escalera llamándolos a gritos. («¡Dáliva! ¡Dáliva! ¡Venid aquí los dos!»). Si la dáliva es contra Paul, papá corta a Scott, y si es contra Scott, corta a Paul. Aún de mal rollo, papá entiende la esencia del amor.

—O saltas, gallina de mierda, o tendré que cortarle otra vez.

—¡No, papá! —chilla Scott—. ¡No le cortes más, por favor! Saltaré.

—¡Pues hazlo!

El labio superior de papá deja al descubierto sus dientes. Sus ojos ruedan enloquecidos en las cuencas, giran y giran como si buscara a gente acechando en los rincones, y quizá es así, probablemente, porque a veces lo oyen hablar con gente que no está. A veces Scott y su hermano los llaman los Tipos del Mal Rollo y a veces los Tipos de la Dáliva Sangrienta.

—¡Hazlo, Scooter! ¡Hazlo de una vez, Scoot! ¡Grita «Jerónimo» y a saltar, soldados! ¡No queremos gallinas de mierda en esta familia! ¡Ahora!

—¡JERÓMINO! —grita Scott, y aunque los pies le tiemblan y sus piernas se agitan, no consigue saltar. Piernas de cobarde, piernas de gallina de mierda. Papá no le da otra oportunidad. Papá hace un corte profundo en el brazo de Paul, y la sangre cae en una cortina. Parte de ella va a parar a los pantalones cortos de Paul, otra parte a sus zapatillas deportivas y la mayoría al suelo. Paul hace una mueca, pero no grita. Sus ojos suplican a Scott que acabe con aquello, pero su boca permanece cerrada. Su boca se niega a suplicar.

En U.S. Gypsum (que los niños llaman U.S. Gyppum porque así es como su padre llama a la empresa), los hombres llaman a Andrew Landon «Chispas» o a veces «señor Chispas». Ahora su rostro se cierne sobre el hombro de Paul, y su mata de cabello encanecido se eriza como si la electricidad con la que trabaja se le hubiera metido en el cuerpo, y sus dientes se muestran en una sonrisa de Halloween y sus ojos carecen de expresión porque papá se ha ido, es un esfumado, no hay nada allí salvo el mal rollo, ya no es un hombre ni un papá, sino tan solo una dáliva sangrienta con ojos.

—Si te quedas ahí arriba, esta vez le corto la oreja —dice la cosa con el pelo electrificado de su papá, la cosa metida en el cuerpo de papá—. Si te quedas ahí arriba, la próxima vez le corto el puto cuello. Me importa una mierda. Depende de ti, Scooter Scooter viejo Scoot. Dices que le quieres, pero no le quieres lo bastante

para hacer que deje de cortarle, ¿verdad? Si lo único que tienes que hacer es saltar de un banco de un metro, por el amor de Dios. ¿Qué te parece, Paul? ¿Qué te parece el gallina de mierda de tu hermanito?

Pero Paul guarda silencio y se limita a mirar a su hermano, sus ojos azul oscuro clavados en los avellana de su hermano, y este infierno continuará otros dos mil quinientos días, siete interminables años. «Haz lo que puedas y a la porra lo demás», dicen los ojos de Paul a Scott, y eso le parte el corazón, y cuando por fin salta del banco (una parte de él convencida de que está a punto de perder la vida) no es por las amenazas de su padre, sino porque los ojos de su hermano le han dado permiso para quedarse ahí arriba si al final resulta que lo asusta demasiado saltar.

Para quedarse sobre el banco aunque eso suponga la muerte de Paul Landon.

Aterrizo en el suelo y cae de rodillas en la sangre que empapa los tablones. Rompe a llorar, asombrado de comprobar que sigue vivo, y entonces su padre lo rodea con el brazo, el fuerte brazo de su padre lo levanta del suelo en un gesto ya no de furia, sino de amor. Su padre lo besa primero en la mejilla y luego en la comisura de los labios.

—¿Lo ves, Scooter Scooter viejo Scoot? Sabía que podías hacerlo.

Y luego papá dice que se ha terminado, que la dáliva sangrienta ha terminado y que Scott puede ocuparse de su hermano. Su padre le dice que es muy valiente, un cabroncete muy valiente, y le dice que le quiere. Y en ese instante de triunfo, a Scott ni siquiera le importa la sangre en el suelo, porque él también quiere a su padre, quiere a su loco papá de las dálivas sangrientas por permitir que todo haya terminado esta vez, aunque sabe, a pesar de tener solo tres años sabe que habrá una próxima vez.

9

Scott se detiene, mira a su alrededor y ve el vino. No se molesta en servírselo en el vaso, sino que bebe directamente de la botella.

—No fue un gran salto que digamos —dice con un encogimiento de hombros—. Pero para un niño de tres años parecía la leche.

—Dios mío, Scott —farfulla Lisey—. ¿Se ponía así muy a menudo?

—Bastante. Muchos de los episodios los he olvidado. Pero el día del banco se me ha quedado grabado. Y, como te he dicho antes, esta historia es representativa de las demás.

—¿Estaba...? ¿Se emborrachaba?

—No, casi nunca bebía. ¿Estás lista para la Segunda Parte de la historia,

Lisey?

—Si es como la primera, no estoy segura.

—No te preocupes, la Segunda Parte se titula «Paul y la dáliva buena»... No, rectifico, «Paul y la dáliva genial», y tuvo lugar pocos días después de que el viejo me hiciera saltar del banco. Lo llamaron del trabajo, y en cuanto su camioneta se perdió de vista, Paul me dijo que me portara bien mientras él iba a Mulie's.

Scott se interrumpe, lanza una carcajada y sacude la cabeza como hace la gente cuando se da cuenta de que ha hecho una tontería.

—Mueller's, así se llamaba en realidad. Te conté que volví a Martensburg cuando el banco subastó la casa, ¿no? Fue justo antes de conocerte.

—No, Scott.

Scott parece desconcertado..., por un instante casi atterradoramente vago.

—¿No?

—No.

No es el momento más indicado para recordarle que no le ha contado casi nada sobre su infancia...

¿Casi nada? Nada en absoluto, de hecho. Hasta hoy, bajo el árbol ñam-ñam.

—Bueno —masculla él (algo escéptico)—. Recibí una carta del banco de papá, la Primera Caja Rural de Pensilvania, como si hubiera una Segunda en alguna parte... Decía que se había dictado sentencia después de todos esos años y que me correspondía una parte de los beneficios de la subasta. Me dije que por qué no y fui. Por primera vez en siete años. Me gradué en el instituto de Martensburg cuando tenía dieciséis años. Pasé un montón de pruebas, me otorgaron una dispensa papal... Seguro que ya te lo había contado.

—No, Scott.

Scott lanza una carcajada nerviosa.

—Bueno, pues así fue. La hostia en patinete.

Lanza un silbido y otra carcajada nerviosa antes de engullir otro trago de la botella, que está casi vacía.

—La casa acabó vendiéndose por setenta de los grandes más o menos, de los cuales me pagaron tres mil doscientos, qué chollo, ¿eh? Pero en fin, antes de la subasta me di una vuelta por la parte de Martensburg donde vivíamos nosotros, y la tienda seguía allí, a un kilómetro y medio de casa, y si cuando era niño alguien me hubiera dicho que solo había un kilómetro y medio, le habría contestado que estaba chiflado. Estaba vacía, con tablones en las ventanas y un letrero de EN VENTA delante, aunque tan desvaído que apenas podía leerse. De hecho, el rótulo del tejado estaba en mejores condiciones, ese que decía ALMACÉN GENERAL MUELLER'S. Solo que nosotros siempre lo llamábamos Mulie's, porque así lo

llamaba papá. Al igual que a la U.S. Aceros la llamaba U.S. Haceros Millonarios a Nuestra Costa, y a Pittsburgh, Pitoburgh... y... maldita sea, Lisey, ¿estoy llorando?

—Sí, Scott —asiente Lisey, y su propia voz se le antoja muy lejana.

Scott coge una de las servilletas de papel que acompañaban el almuerzo y se enjuga los ojos. Luego la deja con una sonrisa.

—Paul me dijo que me portara bien mientras él iba a Mulie's, y me porté bien. Siempre hacía lo que Paul me decía, ¿sabes?

Lisey asiente. Te portas bien con las personas a las que amas. Quieres portarte bien con las personas a las que quieres porque sabes que pasarás demasiado poco tiempo con ellas, por largo que sea ese tiempo.

—La cuestión es que cuando volvió vi que llevaba dos botellas de Pepsi y supe que haría una dáliva buena, lo cual me hizo feliz. Me dijo que me fuera a mi cuarto y mirara cuentos un rato para que pudiera prepararla. Tardó mucho tiempo, y supe que sería una dáliva buena y larga, lo cual también me hizo feliz. Por fin me gritó que fuera a la cocina y mirara en la mesa.

—¿Alguna vez te llamaba Scooter? —pregunta Lisey.

—Él no, nunca. Cuando llegué a la cocina, Paul ya no estaba. Se había escondido. Pero sabía que me estaba observando. Encima de la mesa había un papel que decía ¡DÁLIVA! y luego...

—Un momento —lo interrumpió Lisey.

Scott la mira con las cejas arqueadas.

—Tú tenías tres años..., él seis... o casi siete...

—Exacto...

—Pero él sabía escribir acertijos, y tú, leerlos. Y no solo leerlos, sino entenderlos.

—Sí, ¿y? —replica Scott con las cejas aún más arqueadas por el desconcierto.

—Scott..., ¿el chalado de tu papá sabía que estaba abusando de dos puñeteros niños prodigio?

Scott la sorprende al echar la cabeza hacia atrás y lanzar una carcajada.

—¡No creo que esa fuera precisamente una de sus preocupaciones! Escucha, Lisey, porque aquel fue el mejor día que recuerdo de mi infancia, quizá porque fue un día muy largo. Imagino que alguien de la planta de Gypsum la cagó, y el viejo tuvo que hacer un montón de horas extraordinarias, no lo sé, pero en cualquier caso tuvimos la casa para nosotros solos desde las ocho de la mañana hasta que se puso el sol...

—¿Sin canguro?

Scott no responde, tan solo la mira como si le faltara un tornillo.

—¿Sin alguna vecina que os echara un vistazo de vez en cuando?

—Nuestros vecinos más próximos vivían a seis kilómetros. Mulie's estaba más cerca. Eso era lo que quería papá, y te aseguro que los del pueblo también.

—De acuerdo, cuéntame la Segunda Parte. «Scott y la dáliva buena».

—«Paul y la dáliva buena. La dáliva excelente. La dáliva genial».

Su rostro se suaviza con el recuerdo. Una historia para contrarrestar el horror del banco.

—Paul tenía un cuaderno pautado con líneas azules, un cuaderno Dennison, y cuando preparaba las estaciones de una dáliva, arrancaba una hoja y luego la doblaba para poder romperla en tiras. Así el cuaderno le duraba más, ¿entiendes?

—Sí.

—Solo que ese día debió de arrancar dos o incluso tres hojas. Lisey, fue una dáliva tan genial... —Al verlo recordar, Lisey visualiza al niño que fue—. La tira sobre la mesa decía ¡DÁLIVA! (la primera y la última siempre decían eso), y luego, justo debajo...

10

Justo debajo de ¡DÁLIVA! pone lo siguiente en las mayúsculas grandes y cuidadosas de Paul:

1 ¡BÚSCAME CERCA EN ALGO DULCE! 16

Pero antes de considerar el acertijo, Scott mira el número, saborea el **16**. ¡Dieciséis estaciones! Se siente embargado por un hormigueo de emoción. Lo mejor es que sabe que Paul nunca le toma el pelo. Si promete dieciséis estaciones, quince de ellas contendrán acertijos. Y si Scott no consigue adivinar uno de ellos, Paul le ayudará. Paul hablará desde su escondite con voz siniestra y aterradora (es la voz de papi, aunque Scott no reparará en ello hasta años más tarde, cuando escriba una historia siniestra y aterradora titulada *Demonios vacíos*), y le dará pistas hasta que Scott acierte. Sin embargo, Scott necesita las pistas cada vez menos. Mejora a marchas forzadas en el arte de dilucidar acertijos, al igual que Paul mejora a marchas forzadas en el arte de crearlos.

Búscame cerca en algo dulce.

Scott mira a su alrededor y casi de inmediato se fija en el gran tarro blanco colocado sobre la mesa en un haz de luz solar salpicada de motas de polvo. Para alcanzarla se ve obligado a encaramarse a una silla y lanza una risita cuando Paul le advierte «¡No lo vuelques, maldita sea!» con su siniestra voz de papi.

Scott levanta la tapa y sobre el azúcar encuentra otra tira de papel con otro

mensaje escrito con la cuidadosa letra de imprenta de su hermano:

2 ESTOY DONDE CLYDE SIEMPRE JUGABA CON CARRETES AL SOL

Hasta que desapareció en primavera, Clyde era su gato, y los dos niños lo adoraban, pero papi no lo adoraba porque Clyde maullaba todo el rato para que lo dejaran entrar o salir, y aunque ninguno de los dos lo dice en voz alta (y desde luego, ninguno de los dos se atrevería a preguntárselo a papi), están bastante seguros de que algo mucho más grande y malo que un zorro o una marta acabó con Clyde. En cualquier caso, Scott sabe muy bien dónde jugaba Clyde al sol, de modo que se dirige hacia allí a la carrera, cruzando el recibidor hasta el porche trasero sin prestar atención alguna (bueno, quizá un poquito) a las manchas de sangre bajo sus pies ni al banco de los horrores. En el porche trasero hay un enorme y viejo sofá que despide olores extraños cuando te sientas en él. «Huele a pedos fritos», dijo Paul un día, y Scott se rió tanto que acabó meándose en los pantalones. (Si papi hubiera estado allí, mearse en los pantalones habría significado un GRAN PROBLEMA, pero papi estaba trabajando). Scott se acerca al sofá, donde Clyde se tumbaba de espaldas y jugaba con los carretes de hilo que Paul y Scott hacían oscilar sobre él. Extendía las patas delanteras y proyectaba una gigantesca sombra en forma de gato en la pared. Scott se arrodilla y mira debajo de cada almohadón informe hasta encontrar la tercera tira de papel, la tercera estación de la dáliva, la cual lo envía a... No importa adónde lo envía. Lo que importa es ese día interminable. Dos niños pasan la mañana entrando y saliendo de una destartalada granja situada en medio del campo, mientras el sol asciende despacio hacia el mediodía desnudo de profundidad y de sombras. Este es un cuento sencillo de gritos, risas, polvo del patio y calcetines que resbalan hasta acumularse en torno a tobillos mugrientos; es la historia de dos niños demasiado ocupados para hacer pis dentro de casa, por lo que riegan el brezo que crece en la cara sur de la granja. Una historia que trata de un niño pequeño que abandonó los pañales hace poco y que se dedica a encontrar tiras de papel bajo la pata de la escala que conduce al piso superior del granero, debajo de la escalinata del porche, detrás de la lavadora Maytag estropeada que yace en el jardín trasero, bajo una roca cerca del viejo pozo seco... («No te caigas dentro, atontado», le advierte la siniestra voz de papi, ahora procedente de las altas malas hierbas que crecen junto al campo de alubias, este año en barbecho). Y por fin Scott recibe el siguiente mensaje:

15 ESTOY DEBAJO DE TODOS TUS SUEÑOS

Debajo de todos mis sueños, piensa. Debajo de todos mis sueños... ¿Dónde es eso?

—¿Necesitas ayuda, atontado? —Entona la voz siniestra—. Porque empiezo a tener un hambre que no veas.

Scott también. Ya es por la tarde, lleva horas jugando, pero pide un minuto más. La siniestra voz de papi le responde que tiene treinta segundos.

Scott se devana los sesos. *Debajo de todos mis sueños..., debajo de todos mis sueños...*

Por fortuna, no se le ocurren ideas relacionadas con el inconsciente ni con el ello, pero ya empieza a pensar en metáforas, y de repente la respuesta acude a su mente en una especie de destello divino. Sube por la escalera con toda la rapidez que le permiten sus piernecitas, el cabello revoloteando en torno a su frente bronceada y sucia. Se acerca a su cama en la habitación que comparte con Paul, mira bajo la almohada y, en efecto, ahí está su botella de Pepsi, una grande, ni más ni menos, junto con una última tira de papel. El mensaje es el mismo de siempre:

16 ¡DÁLIVA! ¡FIN!

Levanta la botella igual que mucho más tarde levantará cierta pala de plata (se siente como un héroe) y de repente se gira. Paul entra en la habitación con paso indolente, llevando su propia botella de Pepsi y el abridor que ha sacado del Cajón de las Cosas de la cocina.

—No está mal, Scottie. Has tardado un rato, pero lo has conseguido.

Paul abre su botella y luego la de Scott. Hacen entrechocar los largos cuellos de vidrio. Paul dice que eso es «brintar» y que cuando brintas tienes que pedir un deseo.

—¿Cuál es tu deseo, Scott?

—Deseo que la biblioteca móvil venga este verano. ¿Y tú, Paul?

Su hermano lo mira con calma. Dentro de un rato bajará a prepararles bocadillos de crema de cacahuete con mermelada, encaramándose al taburete del porche trasero, donde antes dormía y jugaba su mascota fatídicamente ruidosa, para sacar un tarro nuevo de margarina del estante superior de la despensa. Y dice

Pero de repente Scott enmudece. Se queda mirando la botella de vino, pero la

botella de vino está vacía. Él y Lisey se han quitado las parkas. Bajo el árbol ñam-ñam ya no se respira un ambiente caldeado, sino caluroso, casi sofocante, y Lisey piensa: *Tendremos que irnos pronto, porque si no la nieve que cubre las frondas se derretirá lo suficiente para desplomarse sobre nosotros.*

12

Sentada en la cocina, con la carta de The Antlers en las manos, Lisey pensó: *Y también tendré que abandonar estos recuerdos pronto, porque si no algo mucho más pesado que la nieve se desplomará sobre mí.*

Pero ¿acaso no era eso lo que quería Scott? ¿Lo que había planeado? ¿Y acaso esta dáliva no era su oportunidad para ponerse las pilas?

Pero tengo miedo. Porque estoy muy cerca.

¿Cerca de qué? ¿Cerca de qué?

—Calla —susurró.

Se estremeció como si la hubiera azotado una ráfaga de viento frío. Procedente de Yellowknife, quizá. Pero de inmediato, puesto que su mente y su corazón estaban divididos, añadió:

—Solo un poco más.

Es peligroso. Peligroso, pequeña Lisey.

Lo sabía; de hecho ya vislumbraba retazos de verdad por entre los desgarrones de su cortina violeta. Retazos que relucían como ojos. Oía voces que susurraban que existían razones para no mirarse en el espejo a menos que fuera estrictamente necesario (sobre todo de noche, y nunca a la hora del crepúsculo), razones para evitar la fruta fresca tras la puesta de sol y para ayunar por completo entre medianoche y las seis de la mañana.

Razones para no desenterrar a los muertos.

Pero no quería dejar el árbol ñam-ñam. Aún no.

No quería dejarlo a él.

Scott había pedido la biblioteca móvil, un deseo muy propio de él aunque en aquel momento solo tuviera tres años. ¿Y Paul? ¿Qué había pedido...?

13

—¿Qué, Scott? —le pregunta—. ¿Qué pidió Paul?

—Dijo: «Espero que papi se muera en el trabajo. Que se electrocute y se

muera».

Lisey lo mira, muda de horror y compasión.

De pronto, Scott empieza a guardar las cosas en la mochila.

—Salgamos de aquí, que si no nos vamos a asar —insta—. Creía que podría contarte muchas más cosas, Lisey, pero no puedo. Y no me digas que no soy como el viejo, porque esa no es la cuestión, ¿vale? La cuestión es que todos los miembros de mi familia tienen algo de eso.

—¿Paul también?

—No sé si puedo seguir hablando de Paul ahora mismo.

—De acuerdo —accede ella—. Volvamos. Echaremos una siesta y luego haremos un muñeco de nieve o algo.

La mirada de profunda gratitud que le dedica Scott la llena de vergüenza, porque lo cierto es que quería que dejara de hablar, porque ha escuchado más de lo que puede asimilar, al menos de momento. En otras palabras, está alucinada. Pero no puede dejarlo correr del todo, porque barrunta hacia dónde se dirige el resto de la historia. De hecho, casi tiene la impresión de poder terminarla por él. Pero antes tiene una pregunta.

—Scott, cuando tu hermano fue a comprar las Pepsis aquella mañana..., los premios de la dália buena...

Scott asiente con una sonrisa.

—La dália genial.

—Eso. Cuando fue a la tienda..., Mulie's..., ¿a nadie le extrañó ver llegar a un niño de seis años lleno de cortes? Aunque llevara tiritas...

Scott deja de asegurar las hebillas de la mochila y la mira con expresión muy seria. Sigue sonriendo, pero ha perdido casi todo el color que le sonrosaba las mejillas, y su tez está pálida, casi cerúlea.

—Los Landon se recuperan a toda pastilla —explica—. ¿No te lo había dicho?

—Sí —asiente ella—, me lo dijiste.

Y entonces, alucinada o no, decide hurgar un poco más.

—Otros siete años —musita.

—Sí, siete —corroborra Scott.

Con la mochila entre las rodillas cubiertas por los vaqueros, Scott la mira. Sus ojos le preguntan cuánto quiere saber. Cuánto se atreve a saber.

—¿Y Paul tenía trece años cuando murió?

—Sí, trece.

Scott habla con voz bastante serena, pero ahora todo color ha desaparecido definitivamente de sus mejillas, aunque Lisey advierte que el sudor le resbala por ellas y le aplasta el cabello.

—Casi catorce —añade Scott.

—¿Y tu padre lo mató con el cuchillo?

—No —deniega Scott con la misma serenidad—, con el rifle. Con su 30-06. En el sótano. Pero no es lo que piensas, Lisey.

No en un ataque de furia, supone que quiere aclararle Scott. No en un ataque de furia, sino a sangre fría. Eso es lo que piensa bajo el árbol ñam-ñam, cuando todavía considera la Tercera Parte de la historia de su prometido como «El asesinato del santo hermano mayor».

14

Calla, Lisey, calla, pequeña Lisey, se conminó en la cocina, ahora muy asustada, y no solo porque se había equivocado de medio a medio en sus creencias respecto a la muerte de Paul Landon. Estaba asustada porque empezaba a comprender (demasiado tarde, demasiado tarde) que lo hecho, hecho está, y que no hay más remedio que convivir para siempre con los recuerdos.

Aun cuando los recuerdos sean demenciales.

—No tengo por qué recordar —declaró mientras doblaba y desdoblaba la carta entre las manos—. No tengo por qué, no tengo por qué, no tengo que desenterrar a los muertos, estas locuras no pasan..., no

15

—No es lo que piensas.

Pero Lisey piensa lo que piensa. Ama a Scott Landon, pero no está atada a la rueda de su sobrecogedor pasado, así que seguirá pensando lo que piensa y sabiendo lo que sabe.

—¿Y tú tenías diez años cuando ocurrió? ¿Cuando tu padre...?

—Sí.

Solo diez años cuando su padre mató a su querido hermano mayor. Cuando su padre asesinó a su querido hermano mayor. Y la Cuarta Parte de esta historia encierra su propia inevitabilidad siniestra, ¿no es así? A Lisey no le cabe la menor duda. Sabe lo que sabe. El hecho de que Scott tan solo tuviera diez años no cambia nada. A fin de cuentas, era un niño prodigio en otros sentidos.

—¿Y tú lo mataste a él, Scott? ¿Mataste a tu padre? Lo mataste, ¿verdad?

Scott ha agachado la cabeza. El cabello le pende sobre el rostro,

oscureciéndolo. Al poco, bajo aquella cortina oscura se oye un único sollozo entrecortado. Luego se hace el silencio, pero Lisey ve que su pecho se agita espasmódico, intentando liberarse. Y entonces:

—Le di con el pico en la cabeza cuando estaba durmiendo y lo tiré al viejo pozo seco. Fue en marzo, durante la gran tormenta. Lo arrastré afuera por los pies. Traté de llevarlo hasta donde estaba enterrado Paul, pero no pude. Lo intenté, lo intenté y lo intenté, pero Lisey no pude. Pesaba demasiado. Así que lo tiré al pozo. Seguramente sigue allí, aunque cuando subastaron la granja me..., Lisey..., me..., me..., me asusté...

Scott alarga la mano hacia ella a ciegas, y si Lisey no hubiera estado allí, se habría caído de narices, pero está allí y entonces están

Están

De algún modo están

16

—¡No! —vociferó Lisey.

Arrojó la carta, ahora tan doblada que casi se había convertido en un tubo, al interior de la caja de cedro y cerró la tapa de golpe. Pero era demasiado tarde. Había ido demasiado lejos. Era demasiado tarde porque

17

De algún modo están fuera, en plena nevada.

Lisey lo ha abrazado bajo el árbol ñam-ñam y de repente

(¡bum! ¡dáliva!).

están fuera bajo la nieve.

18

Lisey estaba sentada en la cocina con la caja de cedro ante ella y los ojos cerrados. El sol que entraba por la ventana este le atravesaba los párpados y formaba una suerte de sopa granate que se movía al ritmo de su corazón..., un ritmo demasiado rápido.

Bueno, este se ha escapado. Pero supongo que puedo vivir con uno solo. Uno solo no me matará, pensó Lisey.

Lo intenté y lo intenté.

Abrió los ojos y miró la caja de cedro colocada sobre la mesa. La caja que había buscado con tanto ahínco. Y pensó en algo que el padre de Scott le había dicho a su hijo: «Los Landon..., y los Landreau antes que ellos, se dividían en dos categorías, los esfumados y los del mal rollo».

El mal rollo consistía, entre otras cosas, en una especie de manía homicida.

¿Y los esfumados? Scott le había dado una explicación aquella noche. Los esfumados eran catatónicos de toda la vida, como su mismísima hermana, ingresada en Greenlawn.

—Si todo esto tiene que ver con salvar a Amanda, Scott —musitó—, ya puedes ir olvidándolo. Es mi hermana y la quiero, pero no tanto. Volvería a ese..., ese infierno... por ti, Scott, pero no por ella ni por nadie más.

El teléfono empezó a sonar en el salón. Lisey dio un respingo como si la hubieran apuñalado y profirió un grito.

IX

Lisey y el Príncipe Negro de los Incunks (El deber del amor)

1

Si Lisey no parecía ella misma, lo cierto era que Darla no lo advirtió. Se sentía demasiado culpable. También demasiado feliz y aliviada. Canty volvía de Boston para «ayudar con Mandy». Como si pudiera hacer algo. Nadie podía hacer nada, ni siquiera Hugh Alberness y todo su personal en Greenlawn, se dijo Lisey mientras escuchaba el parloteo de Darla.

Tú sí puedes ayudar, murmuró Scott. Scott, que siempre tenía que meter baza. Ni siquiera la muerte parecía haberlo detenido. *Tú sí puedes, babyluv*.

—... idea suya —le aseguraba Darla en aquel momento.

—Ajá —masculló Lisey.

Podría haber señalado que Canty seguiría disfrutando de su viaje en compañía de su marido, del todo ajena al hecho de que Amanda tenía un problema, si Darla no hubiera sentido la necesidad de llamarla (si no hubiera metido las narices, como solía decirse), pero lo último que deseaba Lisey en ese momento era enzarzarse en una discusión. Lo que quería era guardar la maldita caja de cedro de nuevo bajo la cama *mein gott* y comprobar si lograba olvidar que la había encontrado. Mientras hablaba con Darla se le ocurrió otra de las máximas de Scott: cuanto más te cuesta abrir un paquete, menos acaba importándote su contenido. Estaba segura de que lo mismo podía aplicarse a los objetos perdidos, tales como las cajas de cedro, por ejemplo.

—Su vuelo llega al aeródromo de Portland poco después de las doce —seguía

parloteando Darla—. Me dijo que alquilaría un coche, pero le he dicho que no, que es una tontería, que ya iría a buscarla yo. —Se detuvo un instante para preparar la embestida final—. Podríamos encontrarnos allí, Lisey. Si quieres. Podríamos comer en el Snow Squall..., solo chicas, como en los buenos tiempos. Y luego podríamos ir a ver a Amanda.

¿A qué buenos tiempos te refieres?, pensó Lisey. ¿A cuando me tirabas del pelo o a cuando Canty me perseguía por todas partes y me llamaba Señorita Lisa Sin Tetas?

—Ve tú, y yo me reuniré con vosotras si puedo, Darl —dijo en voz alta—. Tengo que hacer algunas cosas...

—¿Cocinar?

Una vez confesado el pecado de provocar a Cantata suficientes sentimientos de culpabilidad para interrumpir su viaje, Darla adoptó un tono travieso.

—No, tiene que ver con la donación de los papeles de Scott.

En cierto modo era verdad, porque a despecho del desenlace del asunto Dooley/McCool, quería vaciar de una vez el estudio de Scott. Ya había holgazaneado bastante. Que los papeles acabaran en la Universidad de Pittsburgh, sin duda era el mejor lugar para ellos, pero con instrucciones de que su amigo el profesor no tuviera nada que ver. Que se fuera a tomar viento el tal Woodbodrio.

—Oh —exclamó Darla, convenientemente impresionada—. Bueno, en ese caso...

—Si puedo me reuniré con vosotras —reiteró Lisey—. Si no, os veré a las dos esta tarde en Greenlawn.

A Darla le pareció bien. Le dio los datos del vuelo de Canty, que Lisey anotó obedientemente. Qué diablos, quizá bajara a Portland. Al menos eso le daría una excusa para salir de casa... y para alejarse del teléfono, la caja de cedro y casi todos los espantosos recuerdos que parecían suspendidos sobre su cabeza como el contenido de una piñata infernal a punto de romperse.

Y de repente, sin que pudiera evitarlo, otro recuerdo se coló por un resquicio.

No saliste a la nieve desde debajo del sauce, Lisey. Fue algo más. Scott te llevó...

—¡No! —gritó al tiempo que daba un manotazo a la mesa. Oírse a sí misma gritar la asustó, pero también cumplió su cometido de borrar limpiamente y por completo el hilo de tan peligrosos pensamientos. Aunque tal vez se restableciera más tarde, ese era el problema...

Lisey se quedó mirando la caja de cedro como si mirara a un perro muy querido que acabara de morderla sin motivo alguno. *Voy a guardarte otra vez debajo de la cama, pensó. Te guardo debajo de la cama mein gott, ¿y luego qué?*

—Dáliva-fin —dijo.

Lisey salió de casa y cruzó el patio hasta el granero sosteniendo la caja de cedro ante ella como si contuviera algo frágil o altamente explosivo.

2

La puerta de su despacho estaba abierta. Desde el umbral se extendía un brillante rectángulo de luz eléctrica por el suelo del granero. La última vez que había estado allí, Lisey había salido riendo. Lo que no recordaba era si había dejado la puerta abierta o cerrada. Creía recordar que la luz estaba apagada, que no había llegado a encenderla en ningún momento. Por otro lado, durante un buen rato había estado del todo convencida de que la caja de cedro de La Buena de Ma estaba en el desván. ¿Cabía la posibilidad de que uno de los ayudantes del sheriff hubiera entrado a echar un vistazo y dejado la luz encendida? Suponía que sí. Suponía que todo era posible.

Se oprimió la caja de cedro contra el vientre en un ademán que se le antojaba protector, se asomó a la puerta abierta del despacho y paseó la mirada a su alrededor. Estaba vacío..., parecía estar vacío..., pero...

Sin el menor atisbo de reparo, aplicó un ojo a la grieta entre la jamba y la puerta. «Zack McCool» no estaba escondido allí. No había nadie escondido allí. Pero cuando volvió a mirar dentro del despacho, advirtió que la pantallita del contestador volvía a mostrar un brillante 1 rojo. Entró de nuevo en la estancia, se puso la caja de cedro bajo el brazo y pulsó el botónPLAY. Se produjo un momento de silencio, seguido de la tranquila voz de Jim Dooley.

—Señora, creía que habíamos quedado ayer a las ocho —dijo—. Ahora veo policías en su casa. Por lo visto no entiende lo serio que es este asunto, aunque da la impresión de que un gato muerto en el buzón es un mensaje bastante difícil de malinterpretar.

Una pausa. Lisey se quedó mirando el contestador con expresión fascinada. No se le oye respirar, pensó.

—Nos veremos pronto, señora —añadió el hombre.

—Que te den —masculló Lisey.

—Vamos, señora, eso no está..., no está nada bien —la reconvino Jim Dooley.

Por un instante, Lisey creyó que el contestador le había..., bueno, pues eso, contestado. Pero enseguida comprendió que esta segunda versión de la voz de Dooley había sonado en directo, por así decirlo, y a su espalda. Sintióse de nuevo como una moradora de uno de sus sueños, Lisey Landon se encaró con él.

3

Su aspecto corriente la consternó. Aún de pie en el umbral del pequeño despacho inacabado del granero, con una pistola en la mano (y lo que parecía una bolsa de la merienda en la otra), Lisey no estaba segura de poder distinguirlo en una rueda de reconocimiento si los demás hombres también eran delgados y llevaban ropa de trabajo veraniega y gorras de béisbol de los Sea Dogs de Portland. Su rostro era estrecho y liso, sus ojos de un azul brillante. En suma, la cara de un millón de nortños, por no hablar de seis o siete millones de paletos del sur medio y profundo. Medía alrededor de un metro ochenta o quizá menos, y el mechón de cabello que sobresalía del borde de la gorra era de un anodino castaño claro.

Lisey miró el ojo negro de la pistola que sostenía y sintió que toda la fuerza desaparecía de sus piernas. Aquello no era una 22 barata, sino un arma de verdad, una automática muy grande (o al menos eso creía) capaz de hacer agujeros también muy grandes. Se sentó en el canto del escritorio. De no haber sido por el canto, con toda probabilidad habría caído al suelo. Por un instante estuvo casi segura de que se orinaría en los pantalones, pero consiguió contenerse. Al menos de momento.

—Llévese lo que quiera —susurró con la boca entumecida—. Lléveselo todo.

—Vamos arriba, señora —replicó él—. Hablaremos de ello arriba.

La idea de estar en el estudio de Scott con aquel hombre la llenó de espanto y repugnancia.

—No. Llévase los papeles y váyase. Déjeme en paz.

El hombre se la quedó mirando con expresión paciente. A primera vista aparentaba unos treinta y cinco años, pero cuando te fijabas en los pequeños abanicos de arrugas que se agolpaban en torno a sus ojos y su boca, comprendías que tenía cinco más como mínimo.

—Arriba, señora, a menos que quiera empezar con una bala en el pie. Sería una forma muy dolorosa de hablar de negocios. Hay muchos huesos y tendones en los pies.

—No lo..., no se atreverá..., el ruido...

Su voz se le antojaba más lejana a cada palabra. Era como si su voz estuviera en un tren que empezara a alejarse de la estación y se hubiera asomado a la ventanilla para despedirse de ella. *Adiós, pequeña Lisey, tu voz tiene que dejarte, pronto te quedarás muda.*

—Oh, el ruido no me preocupa en absoluto —aseguró Dooley con aire divertido—. Sus vecinos se han ido..., a trabajar, supongo, y su policía particular ha tenido que acudir a un aviso. —Su sonrisa se desvaneció, pero la expresión

divertida siguió en su sitio—. Se ha puesto gris. Supongo que ha sufrido un *shock* y que se va a desmayar, señora. Puede que eso me facilite un poco el trabajo.

—Deje..., deje de llamarme...

«Señora», quería añadir, pero de repente se sintió envuelta en unas alas de color gris cada vez más oscuro. Antes de que se tornaran demasiado oscuras y densas para ver a través de ellas, advirtió vagamente que Dooley se guardaba el arma en la cinturilla de los pantalones (*Vuélate los huevos*, pensó Lisey como en un sueño, *hazle un favor al mundo*) y avanzaba con rapidez para sostenerla. No llegó a saber si lo consiguió, porque en aquel momento perdió el conocimiento.

4

Notó algo mojado que le acariciaba el rostro, y en el primer momento creyó que era un perro, Louise, quizá. Pero Louise era el collie que tenían en Lisbon Falls, y de eso hacía mucho tiempo. Ella y Scott nunca habían tenido perro, tal vez porque no tenían hijos y ambas cosas parecían ir naturalmente juntas, como la crema de cacahuete y la mermelada, o los melocotones en almíbar y la na...

Vamos arriba, señora..., a menos que quiera empezar con una bala en el pie.

Aquel pensamiento la hizo volver en sí de golpe. Abrió los ojos y vio a Dooley en cuclillas delante de ella, con un paño húmedo y observándola con aquellos ojos azul brillante. Intentó zafarse de ellos. Oyó un tintineo metálico y a continuación sintió una punzada de dolor en el hombro cuando algo la oprimió y la inmovilizó.

—¡Au! —gritó.

—Si no tira no le dolerá —dijo Dooley como si aquella fuera la situación más razonable del mundo, lo cual era de esperar en un chiflado como él.

El equipo de música de Scott sonaba por primera vez desde Dios sabía cuándo, tal vez desde abril o mayo de 2004, la última vez que Scott estuvo escribiendo allí. «Waymore's Blues». Pero no era el tema original del viejo Hank, sino una versión, tal vez de los *Crickets*. No sonaba a todo volumen, no tan fuerte como Scott solía ponerla, pero sí lo suficiente. Lisey se hacía una idea bastante clara

(le haré daño).

de la razón por la que el señor Jim «Zack McCool» había puesto música. No quería

(en sitios que no se dejaba tocar por los chicos).

pensar en ello (de hecho, lo que quería era volver a perder el conocimiento), pero por lo visto no podía evitarlo. «La mente es como un mono», decía Scott, y

Lisey recordaba el origen de aquella frase incluso ahora, con la mano esposada a la cañería situada bajo la pila. *Dog Soldiers*, de Robert Stone.

Ven a la primera fila, pequeña Lisey. Si es que aún puedes ir a algún sitio, claro está.

—¿No le parece una canción preciosa? —dijo Dooley al tiempo que se sentaba en el umbral del cubículo con las piernas cruzadas y la bolsa de la merienda en el hueco romboide que formaban. La pistola yacía en el suelo, junto a su mano derecha. Dooley la miró con expresión de sinceridad—. Y cuenta verdades como un templo. Se ha hecho un favor desmayándose, se lo aseguro.

Lisey advirtió el acento sureño en su voz, no tan pretencioso como el del pollo frito sureño de mierda de Nashville, pero apreciable de todos modos.

Dooley sacó de la bolsa un tarro de mayonesa con la etiqueta de Hellmann's aún pegada. En su interior, un paño blanco arrugado flotaba en un líquido transparente.

—Cloroformo —explicó, más contento que un niño con zapatos nuevos—. Me lo enseñó a usar un tipo que decía saber cómo se hacía, pero también me dijo que era fácil equivocarse. Como mínimo se habría despertado con un dolor de cabeza de narices, señora. Pero sabía que no querría subir aquí, lo intuía.

Formó una pistola con la mano y la señaló con una sonrisa. En el equipo de música, Dwight Yoakam empezó a cantar «A Thousand Miles from Nowhere». Dooley debía de haber encontrado uno de los CD de música cañera grabados por el propio Scott.

—¿Podría beber un poco de agua, señor Dooley?

—¿Eh? ¡Oh, por supuesto! Tiene la boca un poco seca, ¿verdad? Siempre pasa cuando se sufre un *shock*.

Dooley se levantó, dejó el arma donde estaba..., probablemente fuera de su alcance, aunque tirara hasta el límite de la cadena de la esposa. Intentarlo y fracasar sería sin duda una pésima idea.

Dooley abrió el grifo. Las cañerías traquetearon y resoplaron. Al cabo de un instante, Lisey oyó que el grifo empezaba a escupir agua. Sí, con toda probabilidad el arma estaba fuera de su alcance, pero tenía la entepierna de Dooley justo encima de la cabeza, a apenas treinta centímetros de distancia, y una mano libre.

—Podría estrujarme los huevos si quisiera —comentó Dooley como si le hubiera leído el pensamiento—. Pero le advierto que las botas que llevo son Doc Martens, y usted no tiene nada de nada en las manos —«nadená», sonaron las palabras en boca de Dooley—. Sea inteligente, señora, y confórmese con un buen trago de agua fresca. Este grifo hace tiempo que no se usa, pero parece que funciona de maravilla.

—Enjuague el vaso antes de llenarlo —pidió Lisey con voz ronca, a punto de quebrarse—. También hace tiempo que no se usan.

—Oído cocina —canturreó Dooley con toda afabilidad.

Le recordaba a cualquiera del pueblo. Si hasta le recordaba a su padre. Por supuesto, Dooley también le recordaba a Gerd Allen Cole, el chiflado por excelencia. Por un instante estuvo tentada de alargar la mano y retorcerle los huevos pese a su advertencia, por atreverse a ponerla en aquella situación. Le costó un gran esfuerzo contenerse.

Al cabo de un instante, Dooley se agachó y le alargó uno de los pesados vasos Waterford. Lo había llenado hasta los tres cuartos, y si bien el agua no era del todo transparente, parecía lo bastante transparente para beber. De hecho, le parecía maravillosa.

—Despacito —advirtió Dooley en tono solícito—. Le dejaré que aguante el vaso, pero si me lo tira, tendré que romperle un tobillo. Si me da, le romperé los dos, aunque no me haga sangre. Lo digo en serio, ¿entendido?

Lisey asintió y bebió un sorbo de agua. En el equipo de música, Dwight Yoakam dio paso al mismísimo viejo Hank, que formuló la sempiterna pregunta: «¿Por qué ya no me quieres como antes? ¿Cómo es que me tratas como a un zapato viejo?».

Dooley volvió a ponerse en cuclillas hasta que el trasero casi le rozó los talones de las botas y se abrazó las rodillas con un brazo. Parecía un granjero mirando a una vaca beber en el abrevadero norte. Lisey calculó que estaba en estado de alerta, pero no máxima. No esperaba que Lisey le arrojara el pesado vaso de cristal y por supuesto estaba en lo cierto. Lisey no quería acabar con los tobillos rotos.

Pero si ni siquiera he llegado a tomar la importantísima primera clase de patinaje en línea, pensó, y eso que los martes se celebran las Noches de Solteros en la pista de patinaje de Oxford.

Una vez calmada la sed, Lisey le alargó el vaso. Dooley lo cogió y lo examinó.

—¿Seguro que no quiere er... el último trago, señora?

Pronunció la palabra «trago» sin el más mínimo deje sureño, y de repente Lisey tuvo la intuición de que Dooley exageraba su procedencia sureña. Quizá adrede, quizá sin siquiera ser consciente de ello. En materia lingüística se corregía al alza porque corregirse a la baja habría resultado pretencioso. ¿Tenía alguna importancia? Probablemente no.

—No tengo más sed.

Dooley apuró el vaso, y al tragar se le movió la nuez en el cuello escuálido. Luego le preguntó si se encontraba mejor.

—Me encontraré mejor cuando se vaya.

—Lo entiendo. No la entretendré mucho rato.

Se guardó de nuevo el arma en la cinturilla de los pantalones y se levantó. Le crujieron las rodillas, y una vez más Lisey pensó (maravillada, en realidad). *Esto no es un sueño. Me está pasando de verdad.* Dooley propinó un puntapié distraído al vaso, que rodó un trecho sobre la moqueta blanco roto de la oficina principal, y se subió los pantalones.

—No puedo permitirme el lujo de quedarme mucho rato, señora. Su policía volverá pronto, él u otro, y además me parece que también tiene un problemilla con sus hermanas, ¿verdad?

Lisey guardó silencio.

Dooley se encogió de hombros con indiferencia y se asomó al despacho principal. Fue un momento surrealista para Lisey, porque había visto a Scott en aquella misma postura muchísimas veces, con una mano a cada lado del marco sin puerta, los pies sobre la tarima desnuda del bar, la cabeza y el torso asomados al estudio. Pero a Scott no lo habrían sorprendido jamás vestido con pantalones de trabajo color caqui; había sido hombre de vaqueros hasta el final. Y tampoco tenía una calva en la coronilla. *Mi marido murió con toda la pelambrera intacta*, pensó.

—Qué sitio tan bonito —comentó Dooley—. ¿Qué es? ¿Un pajar reformado? Seguro que sí.

Lisey no dijo nada.

Dooley siguió asomado al estudio, se balanceaba un poco mientras miraba a derecha e izquierda. *Señor de todos sus dominios*, pensó Lisey.

—Pero que muy bonito —prosiguió el hombre—. Más o menos lo que esperaba. Tiene tres habitaciones..., o lo que yo llamo habitaciones, y tres claraboyas, con lo que hay mucha luz natural. De donde vengo llamamos los sitios como este «casas de rifles» o «rifleras», pero esto es mucho más fino, ¿a que sí?

Lisey siguió sin decir nada.

Dooley se volvió hacia ella con expresión seria.

—No es que le guarde rencor a su marido, señora, o a usted, ahora que está muerto. Pasé un tiempo en la Prisión Estatal de Brushy Mountain, puede que el profesor se lo contara. Y fue su marido quien me ayudó a superar lo peor. Me leí todos sus libros, ¿y sabe cuál es el que me gustó más?

Claro que sí, pensó Lisey. Demonios vacíos. *Seguro que te lo has leído nueve veces.*

Pero Dooley la sorprendió.

—*La hija del cabotaje.* Y no es que me gustara, señora, es que me encantó. Adquirí la costumbre de leerlo cada dos o tres años desde que lo encontré en la

biblioteca de la cárcel, y podría citarle pasajes enteros. ¿Sabe qué parte me gusta más? Cuando Gene se encara por fin con su padre y le dice que se va le guste o no. ¿Sabe lo que le dice a ese desgraciado hijo de puta, y perdone mi lenguaje?

Que nunca ha entendido el deber del amor, pensó Lisey, pero guardó silencio. A Dooley no pareció importarle. Estaba en plena forma, en plena vorágine.

—Gene le dice a su viejo que nunca ha entendido el deber del amor. ¡El deber del amor! ¡Es precioso! ¡Cuántos de nosotros hemos sentido algo así pero nunca hemos tenido las palabras exactas para describirlo! Pero su marido sí las tenía. En el nombre de todos los que sin él habríamos permanecido mudos, eso es lo que dice el profesor. Dios debía de querer a su hombre, señora, porque si no, no le habría dado semejante lengua.

Dooley alzó la mirada hacia el techo, y los tendones de su cuello se tensaron hasta sobresalir.

—¡El DEBER! ¡Del AMOR! Y Dios se lleva primero a quienes ama más, para tenerlos a Su lado, amén.

Bajó la cabeza un instante. La cartera le sobresalía del bolsillo. La llevaba prendida con una cadena. Por supuesto. Los hombres como Jim Dooley siempre llevaban la cartera prendida con una cadena, prendida a su vez a una trabilla del cinturón. Al cabo de un instante volvió a erguir la cabeza.

—Merecía un sitio bonito como este. Espero que disfrutara de él cuando no se angustiaba con sus creaciones.

Lisey pensó en Scott sentado a la mesa que llamaba el Gran Jumbo de Dumbo, sentado ante su Mac de pantalla grande y riendo por algo que acababa de escribir. Mordiendo una caña de plástico o bien una uña. A veces coreando las canciones que escuchaba. Haciendo pederretas con los brazos en verano, cuando hacía calor e iba sin camiseta. Así lo angustiaban sus puñeteras creaciones. Pero siguió callada. En el equipo de música, el viejo Hank dio paso a su hijo. «Whiskey Bent and Hell Bound», cantaba *Junior*.

—¿Así que ha decidido castigarme con el silencio? Bueno, allá usted, pero no le servirá de nada, señora. Le voy a administrar un poco de disciplina. No intentaré venderle la moto de que me dolerá más a mí que a usted, pero sí le diré que ha llegado a caerme muy bien en el poco tiempo transcurrido desde que la conozco, y que por tanto esto..., esto nos va a doler a los dos. También quiero decirle que tendré todo el cuidado que pueda, porque no quiero quebrar esa fuerza suya. Pero aun así..., habíamos hecho un trato, y usted no lo respetó.

¿*Un trato*? Lisey sintió que un escalofrío la recorría de pies a cabeza. Por primera vez se forjó una idea clara de la amplitud y la complejidad de la locura de Dooley. Las alas grises amenazaban con apoderarse de nuevo de ella, y esta vez las combatió con fiereza.

Dooley oyó el tintineo de la cadena (debía de haber traído las esposas en la bolsa, junto con el tarro de mayonesa) y se volvió hacia ella.

Tranquila, babyluv, tranquila, murmuró Scott. *Habla con él..., no cierres el pico.*

Un consejo que Lisey no necesitaba. Mientras siguieran hablando, la disciplina quedaría aplazada.

—Escúcheme, señor Dooley. No habíamos hecho un trato, se equivoca... — Vio que el hombre fruncía el ceño y que su mirada empezaba a ensombrecerse, de modo que se apresuró a continuar—: A veces es difícil concretar las cosas por teléfono, pero estoy dispuesta a colaborar con usted.

Tragó saliva y oyó un chasquido en su garganta. Tenía ganas de beber más agua, mucha más agua, pero no le parecía el momento más indicado para pedirla. Se inclinó hacia delante y lo miró de hito en hito, azul contra azul, antes de hablar con toda la seriedad y sinceridad que logró reunir.

—Le estoy diciendo que, por lo que a mí respecta, su postura ha quedado del todo clara. ¿Y sabe una cosa? Acaba de echar un vistazo a los manuscritos que su..., esto..., que su colega quiere a toda costa. ¿Se ha fijado en los archivadores negros del espacio central?

Dooley la miraba con las cejas arqueadas y una sonrisita escéptica, pero tal vez no era más que su expresión de regateo. Lisey se permitió albergar cierta esperanza.

—Me ha parecido que abajo también hay un montón de cajas —comentó Dooley—. Más libros, por lo visto.

—Son...

¿Qué iba a decirle? «Son dálivas, no libros». Suponía que la mayoría de ellos lo eran, pero Dooley no lo entendería. «Son bromas pesadas, la versión de Scott del polvo picapica y el vómito de plástico». Eso lo entendería, pero a buen seguro no se lo creería.

Dooley seguía mirándola con aquella sonrisita escéptica. No era en absoluto una expresión de regateo. No, era una expresión que decía: «Ya que está, señora, ¿por qué no saca el otro conejo del sombrero?».

—En las cajas de abajo solo hay copias a papel carbón, fotocopias y hojas en blanco —continuó.

Sonaba a mentira porque era mentira, ¿y qué iba a decir? «Está usted demasiado loco para entender la verdad, señor Dooley». Decidió seguir hablando.

—Las cosas que quiere Woodbodrio, lo bueno de verdad, está todo aquí arriba. Relatos inéditos..., copias de cartas a otros escritores..., las cartas de ellos a él...

Dooley echó la cabeza hacia atrás y lanzó una carcajada.

—¿Woodbodrio? Vaya, señora, ha heredado usted el talento de su marido con las palabras.

La carcajada remitió, y aunque siguió sonriendo, sus ojos se convirtieron en dos punzones de hielo.

—Bueno, ¿y qué cree que debo hacer? ¿Ir a Oxford o a Mechanic Falls, alquilar una furgoneta de mudanzas, volver aquí y llevarme esos archivadores? Podría pedirle a uno de esos polis que me echara una mano...

—Yo...

—Cierre el pico —la atajó Dooley, señalándola con el dedo, sin un asomo de sonrisa en los labios—. Pero, claro, si me fuera, seguro que tendría una docena de polis del estado esperándome a la vuelta. Me detendrían, y le digo una cosa, señora, merecería diez años más en chirona si me creyera semejante patraña.

—Pero...

—Y además, eso no é... es lo que acordamos. El trato es que usted llamaría al profesor, al viejo Woodbodrio..., cómo me gusta, chica..., y que él me enviaría un correo electrónico por el sistema especial que tenemos, y entonces él se encargaría de los papeles, ¿verdad?

Una parte de él creía en eso. Tenía que creerlo, porque de lo contrario, ¿por qué iba a insistir en el tema si estaban solos?

—¿Señora? —le preguntó Dooley en tono solícito—. ¿Señora?

Si una parte de él tenía que seguir mintiendo pese a que estaban solos, tal vez se debía a que una parte de él necesitaba que le mintieran. En tal caso, esa era la parte de Jim Dooley a la que tenía que acceder, la parte de él que quizá seguía cuerda.

—Escúcheme, señor Dooley.

Procuró hablar con voz grave y lenta, la voz que utilizaba con Scott cuando amenazaba con perder la chaveta por cualquier cosa, desde una mala crítica hasta un trabajo de fontanería mal hecho.

—El profesor Woodbody no tiene forma de ponerse en contacto con usted, y en su fuero interno, usted lo sabe. Pero yo sí puedo ponerme en contacto con él. Ya lo he hecho. Lo llamé anoche.

—Está mintiendo.

Pero esta vez no estaba mintiendo, y él sabía que no estaba mintiendo, y por alguna razón aquello lo alteraba. La reacción fue exactamente la contraria a la que Lisey había pretendido provocar, porque lo que quería era calmarlo, pero se dijo que tenía que persistir con la esperanza de que la parte cuerda de Jim Dooley estuviera en las inmediaciones, escuchando.

—No —le aseguró—. Usted me dejó su número, y yo le llamé.

Lo miró de hito en hito. Reunió hasta la última migaja de sinceridad que pudo

conseguir antes de adentrarse de nuevo en el País de la Fantasía.

—Le prometí los manuscritos y le pedí que le dijera que me dejara en paz, y él me dijo que no podía decirle que me dejara en paz porque ya no tenía forma de ponerse en contacto con usted. Me dijo que los dos primeros correos electrónicos se enviaron bien, pero que después de eso empezaron a llegarle devueltos...

—Uno miente y el otro lo respalda —recitó Jim Dooley.

Y a partir de entonces las cosas sucedieron con una rapidez y una ferocidad a las que Lisey apenas daba crédito, aunque, por otro lado, cada momento de la paliza y la mutilación que siguieron se le quedó grabado en la memoria para toda la vida, incluso el sonido de su respiración rápida y seca, incluso el modo en que los botones de su camisa caqui se tensaban sobre su pecho, dejando al descubierto pedacitos de la camiseta blanca que llevaba debajo mientras le abofeteaba la cara con el dorso de la mano, luego la palma, el dorso, la palma, el dorso, la palma, el dorso y la palma. Ocho golpes en total, «Ocho, ocho, me como un bizcocho», cantaban de pequeñas cuando jugaban a la comba en el patio polvoriento, y el sonido de la piel de Dooley sobre su piel recordaba a las ramitas secas partidas sobre la rodilla, y aunque no llevaba anillos en esa mano (debería estarle agradecida), el cuarto y el quinto bofetón le partieron el labio, el sexto y el séptimo le hicieron brotar la sangre a chorro, y el último fue lo bastante fuerte para machacarle la nariz y hacerla sangrar también. Para entonces lloraba de miedo y de dolor. Chocó varias veces con la cabeza contra la cara inferior de la pila del bar, hasta que empezaron a zumbarle los oídos. Se oyó pedirle a gritos que se detuviera, que podía llevarse lo que quisiera si se detenía. Por fin se detuvo.

—Puedo darle el manuscrito de una nueva novela —se oyó decir—, su última novela, está acabada, la acabó un mes antes de morir y no le dio tiempo a revisarla, es un verdadero tesoro, a Woodbodrio le encantará.

Tuvo tiempo de pensar *Muy imaginativa, pero ¿qué harás si te toma la palabra?* Pero Jim Dooley no le estaba tomando la palabra en nada. Estaba de rodillas ante ella, jadeando con fuerza (ya hacía calor allí arriba, si hubiera sabido que la esperaba una paliza en el estudio de Scott, habría puesto el aire acondicionado) y revolviendo el contenido de su bolsa de la merienda. Se le habían formado grandes manchas de sudor en las axilas de la camisa.

—Señora, siento muchísimo hacer esto, pero al menos no es su coño —declaró.

Lisey tuvo tiempo de pensar dos cosas antes de que Dooley adelantara la mano izquierda para rasgarle la blusa de un tirón y abrirle el cierre del sujetador para dejar al descubierto sus pequeños pechos. La primera era que Dooley no lo sentía en absoluto. La segunda era que el objeto que llevaba en la mano derecha

procedía sin duda alguna de su propio Cajón de las Cosas. Scott lo llamaba «el abridor pijo de Lisey». Era su abrelatas Oxo, el de las pesadas pinzas de goma.

X

Lisey y los argumentos en contra de la locura (El buen hermano)

1

Los argumentos en contra de la locura caen con un leve susurro.

La frase resonaba una y otra vez en la mente de Lisey mientras se arrastraba desde el rincón de los recuerdos hacia el espacio central de la oficina alargada y caótica de su difunto marido, dejando tras de sí un rastro sobrecogedor, un reguero de sangre procedente de su nariz, boca y pecho mutilado.

Nunca conseguirás limpiar la sangre de la moqueta, pensó, y la frase acudió de nuevo a su pensamiento a modo de respuesta: Los argumentos en contra de la locura caen con un leve susurro.

Aquella historia estaba preñada de locura, desde luego, pero el único sonido que recordaba en aquel momento no era un leve susurro ni un ronroneo ni nada que se le pareciera, sino el sonido de sus gritos cuando Jim Dooley aplicó el abrelatas a su pecho izquierdo como si de una sanguijuela mecánica se tratara. Había gritado y se había desmayado, y al poco Dooley la había despertado de un bofetón para decirle una cosa más. Después de aquello le permitió volver a perder el conocimiento, pero le prendió una nota en la blusa (después de quitarle amablemente el sujetador echado a perder y volver a abrocharle la prenda) para cerciorarse de que no lo olvidaba. Pero Lisey no necesitaba ninguna nota, pues recordaba a la perfección lo que Dooley le había dicho.

—Si no tengo noticias del profesor antes de las ocho de esta tarde, la próxima vez le haré mucho más daño. Y le aconsejo que no se vaya de la lengua, señora,

¿me entiende? Si le dice a alguien que he estado aquí, la mataré.

Eso era lo que había dicho Dooley. Y la nota prendida a su blusa añadía lo siguiente: «Si zanjamos este asunto, los dos estaremos más contentos. Firmado: Su buen amigo “Zack”».

Lisey no sabía cuánto tiempo había tardado en volver en sí la segunda vez. Lo único que sabía era que cuando despertó, el sujetador echado a perder estaba en la papelera, y tenía la nota prendida en el lado derecho de la blusa. El lado izquierdo estaba empapado en sangre. Se desabrochó un par de botones para echar un vistazo, pero al ver el estropicio gimió y apartó la mirada. Tenía peor aspecto que cualquiera de las mutilaciones que se había autoinfligido Amanda, incluyendo la del ombligo. En cuanto al dolor..., tan solo alcanzaba a recordar algo enorme y asolador.

Ya no llevaba la esposa, y Dooley incluso le había dejado un vaso de agua, que Lisey apuró con avidez. Sin embargo, cuando intentó ponerse de pie, advirtió que las piernas le temblaban con demasiada violencia para sostenerla. Así pues, salió del rincón a gatas, manchando de sangre y de sudor ensangrentado la moqueta de Scott (aunque, a decir verdad, aquella moqueta color cáscara de huevo nunca le había gustado, porque se veía hasta la última mota de suciedad), el cabello aplastado sobre la frente, las lágrimas ya secas en las mejillas, la sangre tornándose costra en la nariz, los labios y la barbilla.

Al principio creyó que se dirigía hacia el teléfono, probablemente para llamar al ayudante del sheriff Buttercluck pese a las advertencias de Dooley y la incapacidad de la oficina del sheriff del condado de Castle para protegerla a la primera. Y entonces aquel verso

(los argumentos en contra de la locura).

le asaltó de nuevo el pensamiento, y vio la caja de cedro de La Buena de Ma volcada sobre la moqueta entre la escalera que conducía a la planta baja del granero y la mesa que Scott siempre había llamado el Gran Jumbo de Dumbo. El contenido de la caja de cedro yacía desparramado sobre la moqueta, y Lisey comprendió que la caja y su contenido desparramado habían sido su objetivo desde el primer momento. Sobre todo quería la cosa amarilla que veía echada sobre la doblada carta violeta de The Antlers.

Los argumentos en contra de la locura caen con un leve susurro.

De uno de los poemas de Scott. No escribía muchos y casi nunca publicaba los que escribía, porque consideraba que no eran buenos y los componía para sí mismo. Sin embargo, aquel le parecía muy bueno a Lisey pese a no saber a ciencia cierta qué significaba o siquiera de qué trataba. Sobre todo le gustaba aquel primer verso, porque a veces oías el sonido de las cosas, ¿a que sí? Caían nivel a nivel, dejando un agujero al que podías asomarte. O caerte, si no te

andabas con ojo.

PPCCN, babyluv. Te diriges hacia la madriguera del conejo, así que ponte las pilas bien puestas.

Dooley debía de haber subido la caja de La Buena de Ma al estudio porque creía que guardaba relación con lo que buscaba. Los tipos como Dooley y Gerd Allen Cole, alias el Rubio, alias monsieur campaneó por las fresias, creían que todo guardaba relación con lo que buscaban. Sus pesadillas, sus fobias, sus inspiraciones nocturnas... ¿Qué creía Dooley que contenía la caja de cedro? ¿Una lista secreta de los manuscritos de Scott, tal vez escrita en código? Quién sabía. En cualquier caso, la había vaciado, no había visto más que un montón de chorradas inútiles (inútiles para él, en cualquier caso) y luego había arrastrado a la viuda Landon al interior del estudio en busca de un lugar donde pudiera esposarla antes de que recobrara el conocimiento. Las cañerías del fregadero del bar demostraron ser el lugar idóneo.

Lisey siguió arrastrándose hacia el contenido desparramado de la caja con la mirada clavada en el cuadrado de punto amarillo. No sabía si lo habría descubierto por sí sola, aunque intuía que la respuesta era que no, que ya estaba harta de recuerdos. Pero ahora...

Los argumentos en contra de la locura caen con un leve susurro.

Eso parecía. Y si su valiosa cortina violeta acababa cayendo, ¿produciría ese mismo sonido leve y triste? No le extrañaría que así fuera. Nunca había sido más que un montón de telarañas entretejidas. No había más que echar un vistazo a todo lo que ya había recordado.

Basta, Lisey, no te atrevas, calla.

—Cállate tú —farfulló.

El pecho le palpitaba y le ardía. Scott había sufrido una herida en el pecho, y ahora ella también tenía la suya. Recordó aquella noche en que lo vio surgir de las sombras en su jardín mientras Pluto ladraba y ladraba y ladraba en el jardín vecino. Scott sosteniendo lo que antes había sido una mano y ahora no era más que un coágulo de sangre con cosas que recordaban vagamente a dedos sobresaliendo de él. Scott diciéndole que era una dáliva sangrienta para ella. Scott sumergiendo aquella carne destrozada en una palangana llena de té, diciéndole que era algo que

(es un invento de Paul).

su hermano le había enseñado. Diciéndole que todos los Landon se recuperaban a toda pastilla porque nunca les había quedado otro remedio. Aquel recuerdo atravesó el que había debajo, en el que ella y Scott estaban sentados bajo el árbol ñam-ñam cuatro meses más tarde. «La sangre caía en una cortina», le contó Scott, y Lisey le preguntó si Paul había sumergido los cortes en té, y Scott

le respondió que no...

Calla, Lisey..., no dijo eso. No se lo preguntaste, y él no lo dijo.

Pero sí se lo había preguntado. Le preguntó toda clase de cosas, y Scott había respondido. No entonces, no bajo el árbol ñam-ñam, pero sí más tarde. Aquella noche, en la cama. La segunda noche que pasaron en The Antlers, después de hacer el amor. ¿Cómo podía haberlo olvidado?

Lisey se detuvo a descansar un instante sobre la moqueta color cáscara de huevo.

—No lo había olvidado —declaró—. Estaba tras la cortina violeta. Hay una gran diferencia.

Fijó de nuevo la mirada en el cuadrado amarillo y empezó a gatear de nuevo.

Estoy bastante seguro de que lo del té fue más tarde, Lisey. Sí, muy seguro de hecho.

Scott tumbado a su lado, fumando, siguiendo con la mirada el humo que ascendía desde su cigarrillo, ascendía hasta desaparecer, como desaparecen las rayas en los postes de barbería, como desaparecía a veces el propio Scott.

Lo sé porque por entonces ya hacía fracciones.

¿En la escuela?

No, Lisey. Scott pronunció aquellas palabras en un tono que revelaba más, que indicaba que ella debería haber sabido que Chispas Landon nunca había sido esa clase de padre. Yo y Paul estudiábamos en casa. Papi llamaba la escuela pública el establo de asnos.

Pero los cortes que le hizo aquel día a Paul, el día que saltaste del banco, ¿eran graves? ¿No simples rasguños?

Se hizo un largo silencio mientras Scott seguía contemplando el humo subir y desaparecer, dejando tras de sí tan solo su fragancia entre dulce y amarga. Y por fin, en un tono sin inflexiones: *Papi hacía cortes profundos.*

No parecía existir respuesta adecuada para una declaración tan contundente, de modo que Lisey guardó silencio.

Y al poco Scott prosiguió: *Pero no era eso lo que querías preguntarme. Pregunta lo que quieras, Lisey. Adelante, te responderé. Pero tienes que preguntar.*

Lisey no recordaba o no estaba preparada para recordar lo que sucedió a continuación, pero en aquel instante la asaltó de nuevo el recuerdo del momento en que abandonaron el refugio del árbol ñam-ñam. Scott la había abrazado bajo aquel paraguas blanco, y al cabo de un instante estaban bajo la nieve. Y ahora, mientras gateaba hacia la caja de cedro volcada, el recuerdo

(la locura).

cayó

(con un leve susurro).

y Lisey por fin permitió que su mente creyera lo que su segundo corazón, su corazón oculto y secreto, sabía desde el principio. Por un momento fugaz no estuvieron ni bajo el árbol ñamñam ni fuera en la nieve, sino en otro lugar. Un lugar cálido y bañado en una brumosa luz rojiza, envuelto en el trino lejano de los pájaros e impregnado de aromas tropicales. Algunos los conocía..., frangipán rojo, jazmín, buganvilla, mimosa, la tierra mojada sobre la que se habían arrodillado como los amantes que eran..., pero las fragancias más dulces le resultaban desconocidas, y anhelaba conocer sus nombres. Recordaba haber abierto la boca para hablar y a Scott cubriéndole los labios

(calla).

con el canto de la mano. Recordaba pensar lo extraño que era ir tan abrigados en un lugar tan tropical y advertir que Scott estaba asustado. Y de repente estaban bajo la nieve. Aquella estrambótica nevada de octubre.

¿Cuánto tiempo habían pasado en aquella tierra de nadie? ¿Tres segundos? Quizá incluso menos. Pero ahora, mientras gateaba porque se sentía demasiado débil y aterrorizada para caminar, Lisey al menos consiguió aceptar la verdad. Para cuando estuvieron de vuelta en The Antlers, había conseguido convencerse bastante de que no había sucedido, pero sí había sucedido.

—Y volvió a suceder —dijo—. Aquella noche.

Tenía tanta sed, puñeta. Ansiaba beber otro vaso de agua, pero, por supuesto, el rincón de los recuerdos quedaba a su espalda, por lo que iba en sentido contrario si quería beber agua y recordaba a Scott cantando una canción del viejo Hank mientras regresaban en coche aquel domingo, cantando «Llevo todo el día soportando el desierto yermo sin un solo trago de agua, agua fresca».

Ya beberás, babyluv.

—¿Sí? —masculló con voz aún ronca y quebrada—. Me iría de perlas un trago de agua. Esto duele tanto...

No obtuvo respuesta, y quizá no la necesitaba. Por fin llegó junto a los objetos desparramados en torno a la caja volcada. Alargó la mano hacia el cuadrado amarillo, lo separó de la carta violeta y lo encerró con fuerza en el puño. Luego se tendió del lado que no le dolía y observó el cuadrado con detenimiento, las líneas diminutas del tricotado, los nudos, los tirabuzones minúsculos. Tenía sangre en los dedos, y la sangre manchó la lana, pero apenas si reparó en ello. La Buena de Ma había tricotado docenas de colchas afganas a base de cuadraditos como ese, colchas color rosa y gris, mantas color azul y dorado, color verde y naranja fuego. Eran la especialidad de La Buena de Ma y brotaban sin cesar de sus agujas, una tras otra, mientras permanecía sentada ante el televisor por las noches. Lisey recordó que de pequeña creía que aquellas colchas se llamaban «africanas». Todas

sus primas (Angleton, Darby, Wiggins y Washburn, además de un número casi incontable de Debusher) habían sido obsequiadas con colchas africanas al casarse; y cada una de las hermanas Debusher tenía al menos tres. Y con cada colcha africana venía un cuadrado de más del mismo color o dibujo. La Buena de Ma denominaba aquellos cuadrados adicionales «caprichos» y los hacía como adornos de mesa o para enmarcarlos y colgarlos de la pared. Puesto que la colcha africana amarilla había sido el regalo de La Buena de Ma para Lisey y Scott, y como a Scott siempre le había encantado, Lisey había guardado el capricho en la caja de cedro. Ahora yacía ensangrentada sobre la moqueta, aferrada al cuadrado capricho, y cejó en el intento de olvidar. ¡Dáliva! ¡Fin!, pensó y acto seguido rompió a llorar. Comprendía que era incapaz de mostrarse coherente, pero quizá no pasaba nada. Ya llegaría el orden más tarde si hacía falta.

Y si había un más tarde, por supuesto.

Los esfumados y los del mal rollo. Los Landon, y los Landreau antes que ellos, siempre son una cosa u otra. Y siempre acaba saliendo.

No era de extrañar que Scott hubiera reconocido el problema de Amanda sin dificultad alguna; conocía la automutilación de primera mano. ¿Cuántas veces se lo habría hecho? No lo sabía. Resultaba imposible leer sus cicatrices como podían leerse las de Amanda porque..., bueno, porque sí. No obstante, el único episodio de mutilación del que tenía constancia, la noche del invernadero, había sido espectacular. Y había aprendido de su padre, que solo usaba el cuchillo con sus hijos cuando su propio cuerpo no le bastaba para desahogar el mal rollo.

Los esfumados y los del mal rollo. Siempre lo uno o lo otro. Y siempre acaba saliendo.

Y si Scott se había librado de la peor cara del mal rollo, ¿qué quedaba?

En diciembre de 1995, la temperatura descendió hasta extremos casi insoportables. Y a Scott empezó a pasarle algo. Tenía previstas varias conferencias y lecturas a principios de año en distintas universidades de Texas, Oklahoma, Nuevo México y Arizona, una gira que denominaba la Conquista del Oeste de Scott Landon 1996, pero llamó a su agente literario para que las cancelara todas. La agencia puso el grito en el cielo, lo cual no era de extrañar, porque Scott pretendía tirar trescientos mil dólares en conferencias al retrete, pero Scott no dio su brazo a torcer. Adujo que le resultaba imposible hacer la gira, que estaba enfermo. Estaba enfermo, sin lugar a dudas. Mientras el invierno clavaba sus garras con creciente saña, Scott Landon se convirtió en un hombre enfermo. Lisey empezó a notar ya a principios de noviembre que algo

2

Sabe que algo le pasa y que no es la bronquitis en la que no cesa de escudarse. No tiene tos y su piel se nota fresca al tacto, de modo que aunque no le deja tomarle la temperatura, ni siquiera con uno de esos termómetros de sien, está bastante segura de que no tiene fiebre. Por lo visto, se trata de un problema mental, no físico, y Lisey se asusta muchísimo. La única vez que reúne el valor suficiente para sugerirle que vaya a ver al doctor Bjorn, Scott se pone como una moto, acusándola de ser adicta a los médicos «como el resto de tus chaladas hermanas».

¿Y cómo se supone que debe reaccionar a eso? ¿Cuáles son exactamente los síntomas que muestra? ¿Los tomaría en serio algún médico, aún uno tan comprensivo como Rick Bjorn? Ha dejado de escuchar música mientras escribe, eso para empezar. Y no está escribiendo mucho, eso en segundo lugar y mucho más grave. El avance de su nueva novela, que Lisey Landon, pese a no ser una gran crítica literaria, adora, ha pasado del sprint habitual a un goteo cansino. Y lo peor..., por el amor de Dios, ¿qué ha sido de su sentido del humor? Ese bullicioso sentido del humor puede resultar agotador, pero su ausencia repentina cuando el otoño da paso a la ola de frío se le antoja espeluznante; es como en aquellas películas antiguas de exploradores, cuando los tambores de los indígenas enmudecen de pronto. También está bebiendo más y hasta más altas horas de la noche. Lisey siempre se ha acostado antes que él, por lo general mucho más temprano, pero casi siempre advierte cuándo llega y a qué huele. También sabe lo que ve en las papeleras del estudio, y a medida que se acentúa su inquietud, adquiere la costumbre de echar un vistazo cada dos o tres días. Está habituada a ver latas de cerveza, a veces muchas, porque a Scott siempre le ha gustado la cerveza, pero en diciembre de 1995 y principios de enero de 1996, también empieza a ver botellas de Jim Beam. Y Scott tiene resaca. Por alguna razón, eso la desasosiega más que nada. A veces deambula por la casa, pálido, silencioso, enfermo, hasta media tarde antes de animarse un poco. En varias ocasiones lo ha oído vomitar tras la puerta cerrada del baño, y por la velocidad a la que desaparecen las aspirinas sabe que sufre jaquecas. Podría decirse que eso no tiene nada de raro, porque si te bebes una caja de cerveza o una botella de Jim Beam entre las nueve y las doce de la noche, pagarás el precio. Y tal vez solo sea eso, pero Scott bebe mucho desde la noche que lo conoció en el auditorio de la universidad, cuando llevaba una botella escondida en el bolsillo de la chaqueta (una botella que compartió con ella) y nunca ha sufrido más que resacas levísimas. Ahora, cuando ve las botellas vacías en la papelería y tan solo una

página o dos añadidas al manuscrito de *La luna de miel del proscrito* que tiene sobre la enorme mesa (y algunos días ninguna), se pregunta si estará bebiendo mucho más de lo que ella sabe.

Durante un breve período consigue aparcar las preocupaciones gracias a las compras navideñas y las reuniones familiares. A Scott nunca le ha gustado demasiado ir de compras, ni siquiera cuando las tiendas están vacías, pero este año se sumerge en la locura consumista con un buen humor que raya la histeria. Sale con ella cada puñetero día, capeando los temporales de los clientes que atestan el centro comercial de Auburn y las tiendas de la calle principal de Castle Rock. Lo reconocen a menudo, pero rechaza con amabilidad y alegría las frecuentes peticiones de autógrafos que le hacen muchas personas, ansiosas de hacerse con un regalo único. Lo hace alegando que si no se queda junto a su mujer, lo más probable es que no vuelva a verla hasta Pascua. Quizá ha perdido su sentido del humor, pero nunca lo ve perder los estribos, ni siquiera cuando algunos de los solicitantes de autógrafos se ponen pesados, y por unos días parece estar más o menos bien, vuelve a ser más o menos el mismo pese a la gran cantidad de alcohol que consume, la gira cancelada y los progresos casi nulos de su nuevo libro.

El día de Navidad es estupendo, con muchos regalos y un enérgico revolcón de mediodía. La cena de Navidad se celebra en casa de Canty y Rich, y durante los postres, Rich pregunta a Scott cuándo producirá una de las películas basadas en sus novelas.

—Ahí es donde se gana la pasta gansa —asegura Rich, por lo visto ajeno al hecho de que tres de las cuatro adaptaciones cinematográficas han fracasado de un modo estrepitoso; solo la adaptación de *Demonios vacíos*, que Lisey no ha visto, dio dinero.

De camino a casa, el sentido del humor de Scott regresa con la fuerza de un destructor. Hace una imitación genial de Rich con la que Lisey se parte de risa hasta que llegan a casa. Una vez de vuelta en Sugar Top Hill, se dirigen a la planta superior para un segundo revolcón. En la bruma postorgásmica, Lisey se sorprende pensando que si Scott está enfermo, tal vez más gente debería contagiarse, porque así el mundo se convertiría en un lugar mejor.

Despierta sobre las dos de la madrugada del día 26 con ganas de ir al baño, y (hablando de *déjà vu*) Scott no está en la cama. Pero esta vez no se ha esfumado; Lisey ha llegado a captar la diferencia sin siquiera permitirse averiguar qué significa cuando piensa

(*esfumado*).

en eso que su marido hace a veces y el lugar adónde va.

Orina con los ojos cerrados mientras escucha el viento que sopla fuera. Suena

frío ese viento, pero ella no sabe lo que es el frío. Aún no. Dentro de un par de semanas lo sabrá muy bien. Dentro de un par de semanas sabrá un montón de cosas.

Cuando acaba de orinar mira por la ventana del baño. Da al granero y al estudio de Scott, situado en el pajar reformado. Si estuviera allá arriba (cuando se desvela en plena noche es lo que suele hacer), vería las luces, tal vez incluso alcanzaría a oír a lo lejos el alegre sonido del *rock and roll* que siempre escucha. Pero esta noche el granero está a oscuras, y la única música que oye Lisey es el aullido del viento. El sonido la inquieta un poco, porque remueve pensamientos dormidos en lo más recóndito de su cerebro

(*infarto derrame cerebral*).

y demasiado desagradables para ocuparse de ellos, aunque un poco demasiado insistentes, teniendo en cuenta lo..., lo raro que ha estado Scott últimamente, para desterrarlos del todo. Así que en lugar de regresar medio dormida al dormitorio, se acerca a la otra puerta del baño, la que da al distribuidor de la planta superior. Llama a Scott sin obtener respuesta, pero ve una delgada línea de luz dorada bajo la puerta cerrada al final del pasillo. Y ahora sí, muy suave, le llega el sonido de la música procedente de aquella habitación. No es *rock and roll*, sino *country*. Hank Williams. El viejo Hank canta «Kaw-Liga».

—¿Scott? —lo llama de nuevo.

Al no obtener respuesta, se dirige hacia allí mientras se aparta el cabello de los ojos, los pies desnudos susurrando apenas sobre una moqueta que más adelante acabará en el desván, asustada sin una razón que alcance a articular, aunque guarda relación con

(*esfumado*).

cosas que están zanjadas o deberían estarlo. «Atado y bien atado», habría dicho a buen seguro papá Debusher, una expresión que el viejo *Dandy* había pescado en el lago al que todos acudimos a beber, el lago donde arrojamos nuestras redes.

—¿Scott?

Permanece un instante inmóvil ante la puerta del dormitorio de invitados, embargada por un horrible presentimiento. Scott está sentado en la mecedora frente al televisor, muerto, se ha suicidado, cómo es que no lo ha visto venir, acaso no lleva un mes o más notando los síntomas... Ha aguantado hasta Navidad por ella, pero ahora...

—¿Scott?

Hace girar el pomo, abre la puerta y lo ve sentado en la mecedora tal como lo ha imaginado, pero vivo y coleando, envuelto en su colcha africana favorita, la amarilla. En la pantalla del televisor, con el volumen bajado, transcurre su

película predilecta, *La última película*. No aparta la vista de ella para mirar a Lisey.

—Scott, ¿estás bien?

Sus ojos no se mueven, no pestañean siquiera. Lisey empieza a estar muy asustada, y en un rincón de su mente, una de las extrañas palabras de Scott (*esfumado*).

da un respingo y se abalanza sobre ella, y de un manotazo Lisey la envía de vuelta al subconsciente con un (*puñeta*).

juramento apenas articulado. Entra en la habitación y de nuevo pronuncia su nombre. Esta vez sí parpadea, gracias a Dios, vuelve la cabeza para mirarla y sonríe. Es la sonrisa marca Scott Landon de la que se enamoró la primera vez que la vio, sobre todo por la forma en que le eleva los rabillos de los ojos.

—Hola, Lisey —dice—. ¿Qué haces levantada?

—Podría preguntarte lo mismo —replica Lisey.

Mira a su alrededor en busca de alcohol (una lata de cerveza, quizá una botella medio vacía de Jim Beam), pero no ve nada. Buena señal.

—Es tarde, ¿sabes? Muy tarde.

Se produce un prolongado silencio durante el cual Scott parece meditar seriamente las palabras de su mujer.

—Me ha despertado el viento —explica por fin—. Golpeaba uno de los canalones contra la fachada de la casa, y no he conseguido volver a dormirme.

Lisey se dispone a decir algo, pero acaba callando. Cuando llevas mucho tiempo casada (suponía que el tiempo exacto dependía de cada matrimonio, aunque en su caso habían sido unos quince años), aparece cierta telepatía. En este momento, la telepatía le indica que Scott tiene algo más que decir, de modo que Lisey guarda silencio a la espera de comprobar si está en lo cierto. En el primer momento parece que así es, porque Scott abre la boca. Pero entonces se levanta una ráfaga de viento, y Lisey lo oye, un leve tintineo que recuerda el castaño de una dentadura metálica. Scott inclina la cabeza hacia el sonido..., sonríe un poco..., no es una sonrisa agradable..., la sonrisa de alguien que guarda un secreto..., y vuelve a cerrar la boca. En lugar de decir lo que tenía intención de decir, se vuelve de nuevo hacia la pantalla del televisor, donde Jeff Bridges, un Jeff Bridges pero que muy joven, y su mejor amigo se dirigen a México. Cuando regresen, Sam el León habrá muerto.

—¿Crees que ahora podrás dormir? —pregunta a Scott, y al ver que este no responde, empieza a asustarse de nuevo—. Scott...

Pronuncia su nombre con más sequedad de la que pretendía emplear, y cuando Scott se vuelve de nuevo para mirarla, a regañadientes, piensa Lisey, aunque ha

visto esta película al menos dos docenas de veces, repite la pregunta con voz ahora más suave.

—¿Crees que ahora podrás dormir?

—Puede —concede Scott, y Lisey advierte algo en su mirada que la aterra y la entristece a un tiempo: Scott tiene miedo—. Si duermes abrazada a mí.

—¿Con el frío que hace esta noche? ¿Estás de guasa? Anda, apaga la tele y vuelve a la cama.

Scott obedece, y Lisey se tiende abrazada a él, escuchando el viento y disfrutando del masculino calor que desprende su cuerpo.

Empieza a ver las mariposas. Es lo que casi siempre le pasa cuando está a punto de quedarse dormida. Ve grandes mariposas rojas y negras que abren las alas en la oscuridad. Alguna vez ha pensado que también las verá cuando le llegue la hora. Es una idea que la asusta, pero solo un poco.

—¿Lisey? —la llama Scott desde muy lejos.

También él está a punto de dormirse; Lisey lo sabe.

—¿Hmmm?

—No le gusta que hable.

—¿A quién?

—No lo sé —responde Scott desde muy lejos—. Quizá sea el viento. El frío viento del norte, el que viene de...

Puede que la última palabra sea «Canadá», pero resultaba imposible afirmarlo con seguridad, porque por entonces Lisey se ha perdido en la tierra de los sueños, y Scott también, y cuando van allí nunca van juntos, y Lisey teme que también eso sea un augurio de la muerte, un lugar donde quizá haya sueños, pero nunca amor, nunca un hogar, nunca una mano que sujete la tuya mientras los escuadrones de pájaros surcan la bola anaranjada del sol al final del día.

3

Durante un período de unas dos semanas, Lisey sigue intentando creer que las cosas están mejorando. Más tarde se preguntará cómo ha podido ser tan idiota, tan obstinadamente ciega, cómo ha podido confundir su lucha frenética para aferrarse al mundo (y a ella) por una mejoría, pero por supuesto cuando solo tienes un clavo ardiendo, te aferras a él.

De hecho, tiene varios clavos a los que agarrarse. Durante los primeros días de 1996 parece dejar de beber por completo, exceptuando una copa de vino con la cena en un par de ocasiones, y va a su estudio cada día. No se dará cuenta hasta más tarde, «Más tarde, petarde», canturreaban de pequeñas cuando empezaban a

construir castillos de palabras en la playa del lago, de que esos días no añade una sola página al manuscrito, de que no hace más que beber a escondidas y engullir pastillas de menta y escribirse a sí mismo notas inconexas. Detrás del teclado del Mac que ahora utiliza encontrará un papel, papel de carta, en realidad, con las palabras **DE LA MESA DE SCOTT LANDON** escritas en la parte superior, y sobre ellas ha garabateado «La cadena del tractor dice que llegas tarde, Scoot, incluso ahora». No es hasta que ese viento gélido, el que sopla desde Yellowknife, aúlla en torno a la casa, cuando por fin ve los cortes en forma de luna creciente en las palmas de sus manos. Cortes que solo puede haberse hecho con las uñas mientras pugnaba por aferrarse a su vida y la cordura, como un escalador que intentara aferrarse a un puñetero saliente en medio de una tormenta. No será hasta más tarde cuando encontrará su provisión de botellas vacías de Jim Beam, más de una docena en total, y en eso al menos no se echará la culpa, porque lo cierto es que estaban muy bien escondidas.

4

Los dos primeros días de 1996 hace un calor impropio de la estación; es lo que la gente antes denominaba el Deshielo de Enero. Pero ya el día 3 de enero, los partes del tiempo advierten de un gran cambio, una espantosa ola de frío procedente de los desiertos blancos del centro de Canadá. Se aconseja a los habitantes de Maine que se cercioren de llenar hasta los topes sus depósitos de gasoil, de aislar bien las cañerías de agua y de preparar suficiente «espacio abrigado» para sus animales. Las temperaturas bajarán hasta treinta bajo cero e irán acompañadas de vientos huracanados, por lo que la sensación térmica será de cincuenta o cincuenta y cinco grados bajo cero.

Lisey se asusta lo suficiente para llamar a su contratista después de fracasar en sus intentos de preocupar a Scott. Gary le asegura que los Landon poseen la casa mejor aislada de Castle View, le promete que vigilará de cerca a los parientes de Lisey (sobre todo a Amanda, huelga decirlo) y le recuerda que el frío forma parte del hecho de vivir en Maine. Unas cuantas noches de perros y ya tendremos aquí la primavera, augura.

Pero cuando la ola de frío llega el 5 de enero, resulta ser lo peor que recuerda Lisey, incluso si se remonta a los días de su infancia, cuando cada trueno escuchado por sus oídos infantiles se convertía en una gran tempestad, y cada copo de nieve, en una ventisca. Mantiene todos los termostatos de la casa a veinticuatro grados, y la caldera nueva funciona sin interrupción. Sin embargo, entre el 6 y el 9 de enero, la temperatura de la casa no pasa en ningún momento de

los diecisiete grados. El viento no aúlla alrededor del tejado, sino que chilla como una mujer desentrañada centímetro a centímetro por un psicópata armado con un cuchillo romo. Los vientos de sesenta kilómetros por hora (y ráfagas de cien, lo bastante fuertes para derribar media docena de antenas de radio en la zona central de Maine y New Hampshire) arrastran la nieve que se ha acumulado sobre la tierra durante el deshielo de enero por los campos como si de fantasmas danzarines se tratara. Al chocar contra las contraventanas, las partículas granulares retumban como granizo.

La segunda noche de tan extravagante ola de frío canadiense, Lisey despierta a las dos de la madrugada y comprueba que Scott ha vuelto a desaparecer de la cama. Lo encuentra en la habitación de invitados, de nuevo arrebujado en la colcha africana amarilla de La Buena de Ma, de nuevo mirando *La última película*. Hank Williams canta «Kaw-Liga». Sam el León ha muerto. Le cuesta arrancarlo de su ensimismamiento, pero por fin lo consigue. Le pregunta si se encuentra bien, y Scott responde que sí. Le dice que mire por la ventana, que es muy hermoso, pero que tenga cuidado, que no mire demasiado rato.

—Mi papi decía que te podías quemar los ojos si mirabas esa claridad mucho rato —advierte.

Lisey profiere una exclamación al contemplar semejante belleza. Grandes telones surcan el cielo y cambian de color ante sus ojos. El verde da paso al violeta, el violeta al bermellón, el bermellón a una extraña tonalidad roja que no alcanza a nombrar. Óxido, quizá algo parecido, pero no es exactamente eso; más bien cree que no existe un nombre para el color que está viendo. Cuando Scott le tira de la parte posterior del camisón para decirle que ya basta, que deje de mirar, Lisey se sobresalta al mirar el reloj digital del vídeo y descubrir que lleva diez minutos contemplando la aurora boreal.

—No mires más —insiste con la voz quejumbrosa y confusa de quien habla en sueños—. Vuelve a la cama conmigo, pequeña Lisey.

Lisey accede de buen grado, contenta de poder interrumpir esa película terrible, sacarlo de la mecedora y de la habitación gélida. Pero mientras lo lleva de la mano por el pasillo, Scott dice algo que le pone la piel de gallina.

—El viento suena como la cadena del tractor, y la cadena del tractor suena como mi papi —dice—. ¿Y si no está muerto?

—Eso es una chorrada, Scott —replica Lisey.

Pero esas cosas nunca parecen chorradas en plena noche, ¿a que no? Sobre todo cuando el viento chilla y el cielo está tan lleno de colores que también parece chillar a modo de respuesta.

Cuando despierta la noche siguiente, el viento sigue aullando, y esta vez, al entrar en el dormitorio de invitados, comprueba que el televisor no está

encendido, pero que Scott tiene la mirada clavada en él de todos modos. Está sentado en la mecedora y arrebujaado en la colcha africana amarilla de La Buena de Ma, pero no contesta, ni siquiera la mira. Scott está allí, pero a la vez se ha ido. Esfumado.

5

Lisey rodó sobre sí misma para tenderse de espaldas en el estudio de Scott y se quedó mirando la claraboya que quedaba justo encima de ella. El pecho le palpitaba de dolor. Sin pensar en lo que hacía, se oprimió el cuadrado amarillo contra él. En el primer momento, el dolor se intensificó..., pero luego experimentó una leve sensación de alivio. Siguió mirando la claraboya, jadeante. Percibía el olor acre del sudor, las lágrimas y la sangre, el caldo en que se marinaba su piel. Lanzó un gemido.

Los Landon nos recuperamos a toda pastilla. Nunca nos ha quedado otro remedio. Si era cierto, y tenía razones para creer que lo era, nunca había deseado tanto ser una Landon como en aquel momento. Ya no quería ser Lisa Debusher, de Lisbon Falls, el accidente tardío de mamá y papá, la mocosa.

Eres quien eres, declaró la voz de Scott con paciencia. *Eres Lisey Landon, mi pequeña Lisey.* Pero hacía mucho calor, y le dolía tanto..., y ahora era ella quien quería hielo, y por mucho que escuchara su voz, Scott Landon nunca había estado tan puñeteramente muerto como en ese momento.

PPCCN, babyluv, insistió su difunto marido, pero su voz le llegaba de muy lejos.

Lejos.

Incluso el teléfono colocado sobre el Gran Jumbo de Dumbo, por el que teóricamente podía pedir ayuda, se le antojaba muy lejano. ¿Y qué estaba cerca? Una pregunta, una muy sencilla. ¿Cómo podía haber encontrado a su hermana en aquel estado sin recordar que había encontrado a su marido en el mismo estado durante la ola de frío de 1996?

Sí que lo recordaba, le susurró su mente a su mente mientras ella permanecía tendida de cara a la claraboya, con el cuadrado amarillo de punto tiñéndose de rojo contra su pecho. *Lo recordaba. Pero recordar a Scott en la mecedora significaba recordar The Antlers; recordar The Antlers significaba recordar lo que pasó cuando salimos del árbol ñam-ñam a la nieve; recordar eso era afrontar la verdad sobre su hermano Paul; afrontar el recuerdo verdadero de Paul significaba regresar a esa habitación de invitados, con la aurora boreal*

llenando el cielo mientras el viento aullaba desde Canadá, desde Manitoba, desde Yellowknife. ¿No lo ves, Lisey? Todo estaba relacionado, siempre lo ha estado, y en cuanto te permitieras hacer la primera asociación, empujar la primera ficha de dominó...

—Me habría vuelto loca —gimió—. Como ellos. Como los Landon, los Landreau y quienquiera que sepa de esto. No es de extrañar que se volvieran chalados sabiendo que existe un mundo justo al lado de este..., y que la pared divisoria es tan delgada...

Pero ni siquiera eso era lo peor. Lo peor era la cosa que tanto lo atormentaba, la cosa de pelaje moteado con el costado infinito...

—¡No! —chilló en el estudio vacío, pese a que chillar le provocó un punzada de inmenso dolor que le recorrió el cuerpo entero—. ¡No! ¡Basta! ¡Haz que pare! ¡Haz que esas cosas PAREN!

Pero era demasiado tarde. Y demasiado cierto para seguir negándolo, por grande que fuera el riesgo de sucumbir a la locura. Realmente existía un lugar donde la comida se echaba a perder, donde a veces incluso se tornaba venenosa al caer la noche, y donde esa cosa moteada, el chaval larguirucho de Scott

(imitaré el sonido que hace cuando gira la cabeza).

quizá fuera real.

—Oh, es real, de eso no cabe duda —susurró Lisey—. Yo lo vi.

Lisey rompió a llorar en el estudio vacío y maldito de su marido muerto. Ni siquiera ahora sabía con seguridad si era cierto y dónde lo había visto exactamente en caso de que fuera cierto..., pero tenía la sensación de que era cierto. La clase de asesino de esperanzas que los pacientes de cáncer ven en el fondo de lúgubres vasos cuando se han tomado todos los medicamentos y el indicador de la morfina marca 0 y la noche no parece tener fin y el dolor sigue presente, carcomiéndote cada vez más los huesos insomnes. Y vivo. Vivo, malévol, hambriento. La clase de cosa que su marido había intentado en vano matar a base de alcohol, de eso estaba segura. Y a base de risas. Y a base de trabajo. La cosa que Lisey había estado a punto de ver en sus ojos vacuos cuando lo encontró sentado en la fría habitación de invitados, delante del televisor silencioso. Estaba sentado

6

Está sentado en la mecedora, arrebuñado hasta los ojos inmóviles en la colcha africana exageradamente amarilla de La Buena de Ma. Mira a Lisey y a la vez a

través de Lisey. No reacciona a las repeticiones cada vez más frenéticas de su nombre, y Lisey no sabe qué hacer.

Llamar a alguien, piensa, eso es lo que tienes que hacer, y recorre el pasillo a la carrera hasta su dormitorio. Canty y Rich estarán en Florida hasta mediados de febrero, pero Darla y Matt viven muy cerca, y es el número de Darla el que tiene intención de marcar, a estas alturas no le preocupa en lo más mínimo despertarlos en plena noche, necesita hablar con alguien, necesita ayuda.

No la obtiene. La terrible galerna, el viento que le hace tener frío incluso envuelta en el camisón de franela y un jersey que se ha puesto encima, el que hace que la caldera del sótano funcione a todas horas mientras la casa cruje y a veces incluso emite golpes alarmantes, ese viento helado procedente de Canadá ha arrancado algún cable en Castle View, y lo único que oye al descolgar el auricular es un zumbido oligofrénico. Pese a ello, pulsa un par de veces el botón de interrupción de llamada, porque eso es lo que suele hacerse, pero sabe que no servirá de nada, y en efecto, no sirve de nada. Está sola en la gran casa victoriana reformada de Sugar Top Hill mientras los cielos se llenan de estrambóticos telones de colores y las temperaturas descienden hasta extremos inimaginables. Sabe que si intenta ir a casa de los Galloway, sus vecinos, tiene muchas probabilidades de perder el lóbulo de la oreja o un dedo, quizá incluso un par, a causa del frío. De hecho, es posible que muera congelada delante de su puerta antes de lograr despertarlos. Hace un frío con el que no se puede jugar.

Lisey cuelga el auricular y vuelve corriendo a la habitación de invitados, las zapatillas susurrando a cada paso. Scott sigue tal como lo ha dejado. La gimoteante banda sonora de los años cincuenta que acompaña *La última película* le resultaba desagradable en plena noche, pero el silencio es peor, peor, peor. Y justo antes de que una gigantesca ráfaga de viento se apodere de la casa e intente arrancarla de sus cimientos (apenas puede creer que no se haya ido la luz, sin duda pasará dentro de poco), comprende por qué incluso el viento le proporciona cierto alivio: no lo oye respirar. No parece muerto e incluso tiene algo de color en las mejillas, pero ¿cómo sabe que no lo está?

—¿Cariño? —murmura mientras se acerca a él—. ¿Puedes hablarme, cielo? ¿Puedes mirarme?

Scott no dice nada, no la mira, pero cuando Lisey apoya los dedos helados contra su cuello, advierte que tiene la piel cálida y percibe su pulso en la gran vena o arteria situada justo debajo de sus dedos. Y algo más. Siente que intenta llegar hasta ella. A la luz del día, por mucho frío y viento que hiciera (la clase de luz que parece dominar todas las tomas exteriores de *La última película*, ahora que lo piensa), sin duda se mofaría de aquella idea, pero ahora no. Ahora sabe lo que sabe. Scott necesita ayuda, tanta como aquel día en Nashville, primero

cuando el psicópata le disparó y luego cuando estaba tendido sobre el asfalto ardiente, temblando y pidiendo hielo.

—¿Cómo puedo ayudarte? —murmura—. ¿Cómo puedo ayudarte ahora?

Es Darla quien responde, Darla tal como era de adolescente, «tetuda y más mala que un rayo», como había comentado La Buena de Ma una vez en un arranque de vulgaridad impropio de ella, de lo cual se infería que debía de estar más que harta de su hija.

No vas a ayudarle, ¿por qué hablas de ayudarle?, pregunta Darla, y su voz se le antoja tan real que casi percibe el olor del maquillaje en polvo que Darla tenía permiso para utilizar (a causa de las imperfecciones de su piel) y casi oye el chasquido de la burbuja del chicle de su hermana al estallar. Y ¡tachán! Ha estado en el lago, ha arrojado su red y ha sacado una buena pesca. *Se ha vuelto tarumba, Lisey, majara, ha perdido la chaveta, se le ha ido la castaña, está más loco que un cencerro, y la única forma de ayudarle es llamar a los hombres de blanco en cuanto el teléfono vuelva a funcionar.* Lisey oye reír a Darla, una carcajada de absoluto desprecio adolescente, en lo más profundo de su mente mientras mira a su marido sentado en la mecedora con los ojos abiertos de par en par. *¿Ayudarle? ¿AYUDARLE? Por el amor de Dios...*

Pero Lisey cree que sí puede ayudarle. Cree que hay una manera.

El problema es que la manera de ayudarle entraña cierto peligro y no es en modo alguno infalible. Lisey es lo bastante sincera para reconocer que ella misma es responsable de algunos de los problemas. Ha almacenado ciertos recuerdos, como la increíble salida del árbol ñam-ñam, y ocultado verdades insoportables, como la verdad sobre Paul, el Santo Hermano, tras una especie de cortina que tiene en la mente. Hay cierto sonido

(oh Dios mío qué gruñido tan desagradable)

allá atrás, y también ciertas imágenes

(las cruces el cementerio las cruces a la luz sangrienta).

A veces se pregunta si todo el mundo tiene esa cortina mental, tras la cual empieza la zona de *prohibido pensar*. Debería ser así. Resulta muy útil; te ahorra un montón de noches en blanco. Tras su cortina se esconden un montón de cachivaches polvorientos, un poco de esto, un poco de aquello, un poco de lo de más allá. Un auténtico laberinto, en suma. *Oh, pequeeeña Liiizey, me impresiooonas, mein gott...*, ¿y qué dicen los niños?

—No eeentres ahíii —masculla Lisey.

Pero cree que entrará, cree que si aspira a tener alguna posibilidad de salvar a Scott, de traerlo de vuelta, tendrá que entreaar ahíii... sea donde sea.

Oh, pero si está aquí mismo.

Eso es lo espeluznante del caso.

—Lo sabes, ¿verdad? —dice.

Empieza a llorar, pero no es a Scott a quien se lo pregunta, porque Scott se ha ido adónde van los esfumados. Una vez, bajo el árbol ñam-ñam, protegidos de aquella extraña nevada de octubre, Scott se refirió a su oficio como una suerte de locura. Lisey protestó, ay, la práctica Lisey, para quien todo seguía igual, y él respondió: «No entiendes la cara oscura. Espero que tengas la suerte de no entenderla jamás, pequeña Lisey».

Pero esta noche, mientras el viento sopla enfurecido desde Yellowknife y el cielo se llena de colores enloquecidos, la suerte se le ha acabado.

7

Tendida de espaldas en el estudio de su difunto marido, con el capricho ensangrentado apretado contra el pecho, Lisey dijo:

—Me senté junto a él y le saqué la mano de debajo de la colcha africana para poder sujetársela.

Lisey tragó saliva y oyó un chasquido en las profundidades de su garganta reseca. Necesitaba más agua, pero no se atrevía a ponerse de pie, todavía no.

—Tenía la mano caliente, pero el suelo

8

El suelo está frío pese al camisón de franela, los leotardos de franela y las bragas de seda que lleva bajo los leotardos. Esta habitación, como todas las de la planta alta, tiene calefacción radiante de suelo, que percibe al alargar la mano que no sostiene la de Scott, pero el calor apenas la reconforta. La incansable caldera envía el calor hacia arriba y las conducciones de la calefacción de suelo lo propagan. El calor se eleva unos diez centímetros y... puf, se esfuma. Como las rayas en un poste de barbería. Como el humo de los cigarrillos. Como los maridos, a veces.

Qué más te da el suelo frío. No importa si el culo se te pone azul. Si puedes hacer algo por él, hazlo.

Pero ¿qué es ese algo? ¿Por dónde narices tiene que empezar?

La respuesta acude a su mente con la siguiente ráfaga de viento. *Empieza con el remedio del té.*

—Nunca-me-dijo-nada-sobre-ello-porque-nunca-se-lo-pregunté.

Las palabras brotan de sus labios con tal rapidez que parecen una sola y exótica palabra.

En tal caso, es una exótica mentira de una sola palabra. Scott contestó a su pregunta sobre el remedio del té aquella noche en The Antlers. En la cama, después de hacer el amor. Lisey le hizo dos o tres preguntas, pero la que importaba, la pregunta clave, resultó ser la primera. Y muy sencilla, por cierto. Scott podría haber contestado con un simple sí o no, pero ¿cuándo había Scott Landon contestado a algo con un simple sí o no? Y resultó ser el meollo de la cuestión. ¿Por qué? Porque los hizo regresar al tema de Paul. Y la historia de Paul era en esencia la historia de su muerte. Y la muerte de Paul conducía a...

—No, por favor —implora en un susurro, y de repente advierte que está oprimiendo la mano de su marido con demasiada fuerza.

Por descontado, Scott no protesta. En palabras de la familia Landon, se ha esfumado. Suena gracioso expresado así, casi como un chiste malo.

Se encuentran dos amigos y uno le dice al otro:

Oye, por cierto, ¿dónde está fulanito?

¿Fulanito? Pues mira, se ha esfumado.

(El público se parte de risa).

Pero Lisey no se parte de risa ni necesita ninguna de sus vocecillas interiores para saber que Scott se ha largado a Esfumadolandia. Si quiere traerlo de vuelta, primero tendrá que ir a buscarlo.

—Oh, Dios, no —gime, porque el significado de esa expedición ya acecha en el rincón más alejado de su mente, una gran silueta envuelta en muchas capas—. Oh, Dios, ¿tengo que hacerlo?

Pero Dios no responde. Ni falta que le hace a Lisey. Sabe lo que tiene que hacer o al menos cómo empezar. Debe recordar su segunda noche en The Antlers, después de hacer el amor. Cuando ya estaban a punto de dormirse, Lisey pensó: *¿Qué hay de malo en que quieras saber más cosas sobre el santo hermano mayor, no sobre el papá diabólico? Vamos, pregúntale.*

Así que le preguntó. Sentada en el suelo, con la mano de su marido (que empieza a enfriarse) en la suya mientras el viento aúlla en el exterior y el cielo se llena de colores enloquecidos, Lisey asoma la cabeza tras la cortina que ha colgado para ocultar sus peores recuerdos, los más desconcertantes, y se ve a sí misma preguntando a Scott por el remedio del té. Preguntándole

—Después del episodio del banco, ¿Paul sumergió las heridas en té como hiciste

tú aquella noche en mi piso?

Scott está tendido en la cama junto a ella, la sábana subida hasta las caderas, de modo que Lisey distingue los primeros rizos de su vello púbico. Está fumando lo que llama «el siempre fabuloso cigarrillo poscoito», y la única luz que alumbra la habitación procede de la lámpara encendida en su mesilla de noche. A la mortecina luz rosada de esa lámpara, el humo se eleva y desaparece en la oscuridad, induciendo a Lisey a preguntarse

(¿hubo un sonido, una especie de palmada de aire bajo el árbol ñam-ñam cuando nos fuimos?).

algo que ya esta intentando desterrar de su mente.

El silencio se prolonga. Está a punto de concluir que Scott no va a responder, pero entonces responde. Y en un tono que le hace creer que el largo silencio se ha debido a que ha meditado a fondo sus palabras, no a que era reacio a contestar.

—Estoy bastante seguro de que lo del remedio del té vino más tarde, Lisey. — Piensa un poco más y por fin asiente—. Sí, sé que vino más tarde, porque para entonces estaba haciendo fracciones. Un tercio más un cuarto igual a siete doceavos, cosas así.

Sonríe..., pero a Lisey, que ha llegado a conocer muy bien su repertorio de expresiones, le parece una sonrisa nerviosa.

—¿En la escuela? —pregunta.

—No, Lisey.

En un tono que indica que Lisey debería saber que no es así, y cuando vuelve a hablar, Lisey detecta en su voz ese sobrecogedor matiz

(lo intenté y lo intenté).

infantil.

—Yo y Paul estudiábamos en casa. Papi llamaba la escuela pública el establo de asnos.

Sobre la mesilla de noche, junto a la lámpara, hay un cenicero encima de un ejemplar de *Matadero Cinco* (Scott se lleva un libro dondequiera que vaya, sin excepciones). Scott tira en él la ceniza de su cigarrillo. Fuera sopla una ráfaga de viento, y el viejo hotel emite crujidos de protesta.

De repente, Lisey se dice que tal vez no es buena idea, que lo mejor sería darse la vuelta y dormir, pero por otro lado siente curiosidad, y la curiosidad acaba por ganar la batalla.

—Pero los cortes que le hizo aquel día a Paul, el día que saltaste del banco, ¿eran graves? ¿No simples rasguños? Quiero decir que a veces los niños ven las cosas de una manera... Cualquier cañería rota les parece una inundación...

Deja la frase sin terminar. Se produce un largo silencio mientras Scott sigue con la mirada el humo que trasciende el haz de la lámpara y desaparece. Cuando

vuelve a hablar lo hace con voz seca, neutra y segura a un tiempo.

—Papi hacía cortes profundos.

Lisey abre la boca para decir algo convencional que ponga fin a la conversación, porque en su mente se han activado toda clase de alarmas, hileras enteras de luces rojas, pero Scott se le adelanta.

—Pero no era eso lo que querías preguntarme. Pregunta lo que quieras, Lisey. Adelante, te responderé. No voy a tener secretos para ti, no después de lo que ha pasado esta tarde, pero tienes que preguntar.

¿*Qué ha pasado esta tarde?* Esa parece la pregunta lógica, pero Lisey entiende que esta no puede ser una conversación lógica porque gira en torno a la locura, a la locura, y ahora ella también forma parte de esa locura. Porque Scott la ha llevado a algún lugar, lo sabe, no han sido imaginaciones suyas. Si pregunta qué ha pasado esta tarde, Scott se lo dirá, acaba de prometerle que lo hará..., pero no es la forma correcta de entrar. La somnolencia poscoito la ha abandonado por completo y nunca se había sentido tan despierta.

—Después de que saltaras del banco, Scott...

—Papi me dio un beso, un beso era el premio de papi. Para decir que la dáliva sangrienta se había acabado.

—Sí, lo sé, me lo dijiste. Después de que saltaras del banco y se acabaran los cortes, Paul... ¿fue a alguna parte para que lo curaran? ¿Por eso pudo ir a la tienda a comprar dos botellas de Pepsi y preparar una dáliva tan pocos días después?

—No.

Scott aplasta el cigarrillo en el cenicero colocado encima del libro. Lisey experimenta una extraña mezcla de emociones ante tan sencilla negativa, una combinación de profundo alivio y amarga decepción. Es como si tuviera un nubarrón de tormenta encerrado en el pecho. No sabe exactamente qué piensa, pero ese «no» significa que puede dejar de pens...

—No podía.

Scott habla en el mismo tono seco, neutral y seguro.

—Paul no podía. No podía ir. —Hace un hincapié leve pero inconfundible en la última palabra—. Tenía que llevarlo yo.

Scott se vuelve hacia ella y la toma..., pero solo entre sus brazos. Entierra el rostro en su cuello, y Lisey lo nota caliente de emociones contenidas.

—Hay un sitio. Lo llamábamos Boo'ya Moon, no me acuerdo por qué. Es muy bonito. —*Monito*—. Lo llevaba allí cuando se hacía daño y lo llevé allí cuando murió, pero no podía llevarlo cuando estaba de mal rollo. Después de que papi lo mató lo llevé allí, a Boo'ya Moon, y lo enterrí.

La presa se rompe, y Scott estalla en sollozos. Consigue amortiguar un poco el

sonido apretando los labios, pero la fuerza del llanto sacude la cama, y durante un rato lo único que Lisey puede hacer es abrazarlo. En un momento dado, Scott le pide que apague la lámpara, y cuando Lisey le pregunta por qué, Scott contesta:

—Porque este es el resto, Lisey. Creo que puedo contártelo si me abrazas, pero no con la luz encendida.

Y aunque está más asustada que nunca, más incluso que la noche en que lo vio surgir de entre las sombras con la mano convertida en una masa sanguinolenta, aparta el brazo lo suficiente para apagar la lámpara de la mesilla de noche y le roza el rostro con el pecho que más tarde sufrirá la locura de Jim Dooley. Al principio, la habitación queda sumida en las tinieblas, pero al poco los muebles reaparecen en forma de siluetas cuando los ojos se acostumbran a la oscuridad; incluso adquieren una especie de tenue brillo sobrenatural que anuncian la inminente reaparición de la luna entre las nubes cada vez menos compactas.

—Crees que papi asesinó a Paul, ¿verdad? Crees que así termina esta parte de la historia.

—Scott, me dijiste que lo mató con el rifle...

—Pero no fue un asesinato. Lo habrían dicho si hubiera llegado a ir a juicio, pero yo estaba allí y sé que no fue un asesinato.

Se interrumpe. Lisey cree que encenderá otro cigarrillo, pero no es así. Fuera sopla otra ráfaga de viento, y el viejo edificio cruje de nuevo. Por un instante, los muebles se tornan un poco más visibles, pero enseguida vuelve a envolverlos la oscuridad.

—Papi podría haberlo asesinado, claro. Muchas veces. Lo sé. Alguna que otra vez lo habría hecho de no haber estado yo ahí para ayudar, pero al final no fue así. ¿Sabes lo que es la eutanasia, Lisey?

—Matar por compasión.

—Sí. Eso es lo que hizo papi con Paul.

Más allá de la cama, los muebles pugnan de nuevo por alcanzar la visibilidad, pero acaban por sucumbir de nuevo a las sombras.

—Fue por el mal rollo, ¿entiendes? Paul lo tenía igual que papi. Solo que Paul tenía tanto que papi no se lo podía quitar a base de cortes.

Lisey lo entiende hasta cierto punto. Todas las veces que el padre mutilaba a los hijos (además de a sí mismo, imagina), en realidad estaba ejerciendo una especie de medicina preventiva demencial.

—Papi decía que por lo general el mal rollo se saltaba dos generaciones y luego aparecía con mucha más fuerza. «Te golpea como la cadena del tractor en el pie, Scoot», decía.

Lisey meneaba la cabeza; no sabe de qué habla, y una parte de ella no quiere saberlo.

—Era diciembre —prosigue Scott—, y había una ola de frío, la primera del invierno. Vivíamos en esa granja en medio de la nada, rodeados de campo abierto por todas partes, y solo había una carreterita que llevaba a la tienda de Mulie's y luego a Mattenburg. Estábamos prácticamente aislados del mundo. Más solos que la una, ¿entiendes?

Lisey lo entiende. Lo entiende muy bien. Imagina al cartero subir por esa carretera de vez en cuando, y por supuesto Chispas Landon conduciría por ella para ir

(*U.S. Gyppum*).

al trabajo, pero poco más. Ningún autocar escolar, porque yo y Paul estudiábamos en casa. Los autocares escolares iban al corral de los asnos.

—La nieve empeoraba las cosas, y el frío las empeoraba aún más, porque nos tenía encerrados en casa. Pero ese año no fue tan malo al principio. Al menos teníamos un árbol de Navidad. Algunos años, papi se ponía de mal rollo..., o simplemente de mal humor..., y entonces no había árbol ni regalos. —Lanza una carcajada corta y desprovista de humor—. Una Navidad nos tuvo despiertos hasta las tres de la madrugada, leyéndonos en voz alta el Apocalipsis, cosas sobre vasijas abiertas, plagas y jinetes de varios colores, y en un momento dado tiró la Biblia a la cocina y rugió: «Pero ¿quién coño escribe semejantes chorradas? ¿Y quiénes son los imbéciles que se las creen?». Cuando se ponía en aquel plan, Lisey, podía llegar a rugir como Ahab en los últimos días del *Pequod*. Pero aquella Navidad, las cosas no iban mal. ¿Sabes lo que hicimos? Fuimos de compras a Pittsburgh, y papi incluso nos llevó al cine, una de Clint Easwood haciendo de poli y disparando como un poseso en una ciudad. Me dio dolor de cabeza, y las palomitas me dieron dolor de tripa, pero me pareció la cosa más genial que había visto en mi vida. Al llegar a casa escribí una historia igualita y por la noche se la leí a Paul. Seguro que era una mierda pinchada en un palo, pero me dijo que estaba muy bien.

—Seguro que era un hermano genial —interviene Lisey con cautela.

Pero su interés cae en saco roto, porque Scott no la ha oído siquiera.

—Lo que quiero decir es que llevábamos meses funcionando casi como una familia normal. Si es que existe tal cosa, lo cual dudo. Pero..., pero.

Se detiene para pensar y al cabo de un buen rato continúa.

—Un día, poco antes de Navidad, yo estaba arriba, en mi habitación. Hacía frío, un frío que pelaba, y estaba a punto de empezar a nevar. Estaba echado en la cama, leyendo la lección de historia, y en un momento dado miré por la ventana y vi a papi cruzar el patio cargado de leña. Bajé por la escalera trasera para ayudarle a amontonarla en la leñera y evitar que cayera corteza de los troncos al suelo, porque eso siempre lo hacía enfadar. Y Paul estaba

Paul está sentado a la mesa de la cocina cuando su hermano pequeño, que apenas tiene diez años y necesita un corte de pelo, baja por la escalera trasera con los cordones de las deportivas desanudados. Scott cree que le preguntará si le apetece bajar en trineo por la pendiente que hay detrás del granero en cuanto la leña esté guardada. Si es que papi no les encomienda otra tarea, claro está.

Paul Landon, alto, delgado y ya apuesto pese a contar tan solo trece años, tiene un libro abierto ante sí. Se titula *Introducción al álgebra*, y Scott no tiene motivo alguno para creer que su hermano está haciendo algo que no sea buscar x hasta que Paul se vuelve y lo mira. Scott está a tres peldaños del pie de la escalera cuando Paul se gira. Apenas transcurre una fracción de segundo antes de que Paul se abalance sobre su hermano menor, al que jamás ha levantado siquiera la mano en toda su vida en común, pero esa fracción de segundo basta para saber que no, Paul no estaba tan solo sentado a la mesa. No, Paul no estaba leyendo. No, Paul no estaba estudiando.

Paul estaba al acecho.

No es vacío lo que Scott ve en los ojos de su hermano cuando Paul se levanta de la silla con brusquedad suficiente para que salga despedida y se estrelle contra la pared, sino puro mal rollo. Aquellos ojos ya no son azules. Algo ha estallado en el cerebro que hay tras ellos y teñido esos ojos de sangre hasta el rabillo.

Con toda probabilidad, cualquier otro niño se habría quedado paralizado y habría muerto a manos del monstruo que una hora antes tan solo era un niño normal y corriente, sin nada en la cabeza aparte de los deberes o tal vez qué podían comprarle él y Scott a su padre por Navidad si juntaban sus ahorrillos. Pero Scott no es un niño cualquiera, como tampoco lo es Paul. Los niños normales y corrientes no habrían podido sobrevivir a Chispas Landon, y con toda probabilidad es la experiencia de vivir con la locura de su padre la que ahora salva a Scott. Reconoce el mal rollo en cuanto lo ve y no pierde tiempo en incredulidades. Gira sobre sus talones e intenta huir escaleras arriba, pero solo consigue avanzar tres pasos antes de que Paul le agarre las piernas.

Gruñendo como un perro al ver a un intruso en su jardín, Paul rodea con los brazos las espinillas de Scott y tira hacia atrás. Scott se aferra a la barandilla para conservar el equilibrio. Grita una sola vez «¡Papá, ayúdame!» y luego enmudece. Gritar malgasta energía, y Scott la necesita toda para seguir aferrado a la barandilla.

Por supuesto, no tiene fuerza suficiente. Paul tiene tres años más, pesa veinte

kilos más y es mucho más fuerte. Por añadidura, se ha vuelto loco. Si Paul consigue obligarlo a soltar la barandilla, Scott resultará malherido o incluso muerto pese a su rapidez de reflejos, pero en lugar de agarrar a Scott, lo que Paul agarra son los pantalones de pana y las zapatillas deportivas de su hermano, que este olvidó atarse al saltar de la cama.

(«Si me hubiera atado las zapatillas —contará a su mujer muchos años después en la cama de la habitación de la primera planta del The Antlers, en New Hampshire—, probablemente hoy no estaríamos aquí. A veces creo que mi vida se reduce a eso, Lisey, a un par de zapatillas deportivas Keds del treinta y siete con los cordones desatados»).

La cosa que antes era Paul lanza un rugido, cae hacia atrás con los pantalones entre los brazos y tropieza con la silla en la que hace una hora se sentó a dilucidar coordenadas cartesianas. Una de las zapatillas cae sobre el linóleo ahuecado y abombado. Entretanto, Scott pugna por seguir avanzando, por llegar hasta el descansillo del primer piso mientras aún esté a tiempo, pero resbala en la escalera lisa a causa de los calcetines y se ve obligado a apoyar una rodilla en el suelo. El tirón de su hermano le ha bajado a medias los raídos calzoncillos, y siente una corriente de aire frío en la raja del culo. Incluso tiene tiempo para pensar *Por favor, Dios, no quiero morir así, con el culo al aire*. Y entonces la cosa-hermano se levanta con un alarido y arroja los pantalones lejos de sí. La prenda resbala sobre la mesa de la cocina, dejando el libro de álgebra en su lugar pero derribando el tarro del azúcar. «A tomar viento fresco», habría dicho su padre. La cosa que antes era su hermano se abalanza sobre él, y Scott se prepara para el contacto de sus manos y el cuchillo de sus uñas al clavársele en la piel cuando de repente se oye un tremendo golpe, seguido de un grito ronco y furioso:

—¡Déjalo en paz, puñetero cabrón! ¡Déjalo en paz con tu puto mal rollo!

Scott se había olvidado de papi. La corriente de aire que ha notado en el culo era porque papi ha abierto la puerta para entrar la leña. Y en ese momento las manos de Paul lo agarran, le clava las uñas y tira de él hacia atrás, obligándolo a soltar la barandilla con una facilidad pasmosa. Dentro de un momento sentirá los dientes de Paul. Lo sabe, esto es el mal rollo de verdad, el mal rollo profundo, no lo que le pasa a papi cuando ve a gente que no está o monta una dáliva sangrienta para él mismo o para los niños (algo que hace cada vez menos a Scott a medida que este se hace mayor), sino el mal rollo auténtico al que papi se refería al echarse a reír y menear la cabeza cuando le preguntaban por qué los Landreau habían abandonado Francia a pesar de que eso significaba dejar atrás todo su dinero y sus tierras. Y eso que eran ricos, los Landreau eran ricos, y Paul lo va a morder, *me va a morder ya mismo, YA MISMO...*

Pero no llega a sentir los dientes de Paul. Percibe su aliento cálido en la carne

desprotegida del costado izquierdo, justo encima de la cadera, y entonces oye otro golpe sordo cuando papi golpea una vez a Paul en la cabeza con el tronco..., con las dos manos, con todas sus fuerzas. Este sonido va seguido de una serie de sonidos inconexos cuando el cuerpo de Paul resbala hacia el suelo de linóleo.

Scott se vuelve. Está espantado sobre los peldaños inferiores, ataviado tan solo con una vieja camisa de franela, los calzoncillos y calcetines blancos de deporte con los talones agujereados. Uno de sus pies casi roza el suelo. Está demasiado anonadado para llorar. Percibe un intenso sabor metálico en la boca. El último golpe ha sonado fatal, y por un instante su poderosa imaginación pinta la cocina con la sangre de Paul. Intenta gritar, pero sus pulmones casi paralizados tan solo consiguen emitir una especie de graznido ahogado. Parpadea y ve que no hay sangre, tan solo Paul tumbado de bruces en el azúcar procedente del difunto tarro, roto en cuatro fragmentos. «Ese no volverá a bailar el tango», dice papi a veces cuando se rompe algo, un vaso o un plato, pero ahora no lo dice, sino que permanece inmóvil junto a su hijo inconsciente, aún enfundado en su chaqueta de trabajo amarilla. Tiene nieve sobre los hombros y en el cabello alborotado y cada vez más canoso. En una mano enguantada sujeta el tronco. A su espalda, desparramada en la entrada como palillos del Mikado, yace el resto de la leña. La puerta sigue abierta, y la corriente de aire frío sigue azotando el interior de la casa. Y ahora Scott sí ve la sangre, solo un poco, brotando de la oreja izquierda de Paul y resbalando por un lado de su rostro.

—¿Está muerto, papi?

Papi arroja el tronco a la leñera y se mesa la melena. Hay nieve medio derretida atrapada entre los pelos de su barba incipiente.

—No, no está muerto, eso sería demasiado fácil.

Se dirige a grandes zancadas hacia la puerta trasera y la cierra para evitar la corriente de aire frío. Todos sus movimientos manifiestan repugnancia, pero Scott ya lo ha visto actuar así, cuando recibe Cartas Oficiales sobre cuestiones fiscales, escolares y similares, y está bastante seguro de que en realidad está asustado.

Papi vuelve junto a su hijo tendido en el suelo. Durante un rato se apoya alternativamente sobre una bota y sobre la otra. Por fin alza la mirada hacia el otro hijo.

—Ayúdame a llevarlo al sótano, Scoot.

No conviene cuestionar a papi cuando te ordena hacer algo, pero Scott tiene miedo. Además, va medio desnudo. Baja a la cocina y empieza a ponerse los pantalones.

—¿Por qué, papi? ¿Qué vas a hacer con él?

Y milagro de los milagros, papi no le pega. Ni siquiera le grita.

—No tengo ni puñetera idea. Dejarlo ahí abajo mientras me lo pienso. Date

prisa. No tardará mucho en despertarse.

—¿Es el mal rollo de verdad? ¿Como con los Landreau? ¿Y tu tío Theo?

—¿Tú qué crees, Scoot? Cóglele la cabeza, a menos que quieras que se dé golpes contra la escalera cuando lo bajemos. Te digo que no tardará en despertarse, y si vuelve a empezar, puede que esta vez no tengas tanta suerte. Ni yo. El mal rollo es fuerte.

Scott obedece a su padre. Corren los años sesenta, esto es América, los hombres no tardarán en pisar la luna, pero aquí tienen a un niño que por lo visto se ha vuelto loco en un abrir y cerrar de ojos. El padre se limita a aceptar los hechos. Después de las primeras preguntas estupefactas, el hijo también los acepta. Cuando llegan al pie de la escalera del sótano, Paul empieza a removerse y emite sonidos guturales. Chispas Landon le rodea el cuello con las manos y empieza a estrangularlo. Scott grita de horror e intenta apartar a su padre.

—¡No, papi!

Chispas Landon retira una mano el tiempo suficiente para propinar un bofetón despistado a su hijo menor. Scott da un traspié y choca contra la mesa colocada en el centro del suelo de tierra compactada. Sobre ella hay una prensa manual que de algún modo Paul ha conseguido reparar. Ha impreso algunos de los relatos de Scott en ella; son las primeras publicaciones del hermano menor. La manivela del monstruo de doscientos cincuenta kilos se le clava dolorosamente en la espalda y se dobla sobre sí mismo con una mueca mientras observa a su padre seguir con lo que estaba haciendo.

—¡No lo mates, papi! ¡NO LO MATES, POR FAVOR!

—No lo voy a matar —asegura Landon sin volverse—. Debería hacerlo, pero no lo haré. Todavía no. Tonto de mí, pero es mi chico, mi puto primogénito, y no lo mataré a menos que no me quede otro remedio. Y me temo que no me quedará otro remedio, santa Madre de Dios. Pero todavía no. No lo voy a hacer, joder. Pero no puedo dejar que se despierte. Tú nunca has visto algo así, pero yo sí. Arriba he tenido suerte porque estaba detrás de él. Aquí podría tirarme dos horas persiguiéndolo sin pillarlo. Treparía por las paredes y se subiría al puto techo. Y cuando por fin consiguiera agotarme...

Landon aparta las manos del cuello de Paul y clava la mirada en su cara aún pálida. El reguero de sangre procedente del oído del chico parece haberse detenido.

—Ya está. ¿Qué te parece, cabroncete? Se ha desmayado otra vez. Pero no por mucho tiempo. Tráeme el rollo de cordel que hay debajo de la escalera. Servirá hasta que vayamos al cobertizo a buscar una cadena. Y luego no sé. Depende.

—¿Depende de qué, papi?

Asustado. No recuerda haber estado nunca tan asustado. No. Y su padre lo

mira de un modo que lo asusta aún más. Porque es una mirada astuta.

—Bueno, pues supongo que depende de ti, Scoot. Tú has conseguido ponerlo mejor muchas veces..., y no me mires con esos ojos de cordero degollado. ¿Crees que no lo sabía? Dios, para ser un chico listo mira que eres tonto.

Chispas vuelve la cabeza y escupe al suelo de tierra.

—Has conseguido que esté mejor en muchas cosas. Puede que ahora también lo consigas. Nunca he sabido de nadie que mejore del mal rollo..., quiero decir del mal rollo de verdad..., pero nunca había visto a nadie como tú tampoco, así que puede que lo consigas. Puedes intentarlo hasta reventar, como decía mi viejo. Pero de momento tráeme el rollo de cuerda. Y date prisa, maldito cabroncete pasmao, porque no tardará

11

—Se está despertando —dijo Lisey, tendida sobre la moqueta color cáscara de huevo en el estudio de su difunto marido—. Se está

12

—Despertando —dice Lisey, sentada en el frío suelo del dormitorio de invitados, sosteniendo la mano de su marido, una mano cálida pero terriblemente laxa y pálida—. Scott dijo

13

Los argumentos en contra de la locura caen con un leve susurro; son los sonidos de voces muertas en discos muertos flotando hacia abajo en el conducto quebrado del recuerdo. Cuando me vuelvo hacia ti para preguntarte si lo recuerdas. Cuando me vuelvo hacia ti en nuestra cama

14

En la cama junto a él es donde oye estas cosas; en la cama con él en The Antlers,

al final de un día en el que ha ocurrido algo para lo que no tiene explicación alguna. Se lo cuenta mientras las nubes se disipan y la luna se acerca como un heraldo y los muebles flotan hacia los márgenes de la visibilidad. Lo abraza en la oscuridad y escucha, reacia a creer (incapaz de no hacerlo), mientras el joven que pronto se convertirá en su esposo le dice:

—Papi le dijo que le llevara ese rollo de cuerda que había debajo de la escalera. «Y date prisa, maldito cabroncete pasmao», añadió, «porque no tardará en despertarse, y cuando se despierte

15

—Cuando se despierte estará de muy mala baba.

Mala baba. Al igual que Scooter y el mal rollo, lo de la mala baba es una expresión propia de su familia que poblará sus sueños (y su lenguaje) durante el resto de su productiva pero corta vida.

Scott va a buscar el rollo de cuerda que hay debajo de la escalera y se lo lleva a papi. Papi ata a Paul con movimientos rápidos y gráciles. Su sombra se expande y danza en las paredes de piedra del sótano a la luz de las tres bombillas de setenta y cinco vatios colgadas del techo y controladas por un interruptor situado en lo alto de la escalera. Le ata los brazos a la espalda con tal fuerza que las cabezas de los húmeros se hacen notar a través de la camisa. Scott siente la necesidad de volver a hablar pese al miedo que le tiene a papi.

—Lo has atado demasiado fuerte, papi.

Papi le lanza una mirada. Es solo una mirada rápida, pero Scott advierte temor en ella. Y eso lo asusta. Más aún, lo deja anonadado. Hasta hoy habría afirmado en todo momento que a su padre no lo asustaba nada salvo la Junta Escolar y sus malditos correos certificados.

—No tienes ni idea, así que cierra el pico. ¡No pienso permitir que se suelte! Es posible que no pudiera matarnos si se soltara, pero lo que está claro es que yo tendría que matarlo a él. ¡Sé muy bien lo que hago!

No lo sabes, piensa Scott mientras observa a papi atar las piernas de Paul, primero a la altura de las rodillas, luego a la altura de los tobillos. Paul ya ha empezado a moverse de nuevo y emitir esos sonidos guturales. *Estás dando palos de ciego*. Pero entiende la verdad del amor que papi siente por Paul. Puede que sea un amor feo, pero es verdadero y fuerte. De no ser así, papi no daría palos de ciego. Habría seguido golpeando a Paul con el tronco hasta matarlo. Por un instante, una parte de la mente de Scott (una parte fría) se pregunta si papi correría el mismo riesgo por él, por Scooter, que ni siquiera se atrevió a saltar de un banco

de un metro hasta ver a su hermano ensangrentado y lleno de cortes ante él, pero enseguida destierra ese pensamiento. No es a él a quien le ha dado el mal rollo.

Al menos de momento.

Papi acaba atando a Paul a uno de los postes de acero pintado que apuntalan el techo del sótano.

—Ya está —anuncia al tiempo que se aparta, jadeando como si acabara de echar el lazo a un toro bravo en un rodeo—. Esto lo mantendrá tranquilo durante un rato. Ve al cobertizo, Scott. Coge la cadena pequeña que está justo al lado de la puerta y la cadena grande de tractor que está en el estante de la izquierda, con las piezas de la camioneta. ¿Sabes a cuál me refiero?

Hasta ahora, Paul estaba caído sobre la cuerda que le inmovilizaba el torso. De repente se incorpora con tal brusquedad que se golpea la cabeza contra el poste con fuerza sobrecogedora. Scott hace una mueca de angustia. Paul lo mira con aquellos ojos que hasta hace poco eran azules. Sonríe, y las comisuras de sus labios se alzan más de lo que deberían..., casi hasta la altura de las orejas, le parece a Scott.

—Scott —dice su padre.

Por una vez en su vida, Scott no le presta atención. Está fascinado por la máscara de Halloween que antes era el rostro de su hermano. La lengua de Paul sale reptando por entre los dientes y da un saltito en el aire húmedo del sótano. Al mismo tiempo, su entrepierna se oscurece cuando se mea en los p...

De repente recibe un tortazo que lo empuja hacia atrás hasta que vuelve a chocar contra la prensa.

—No lo mires, atontao. Este cabrón te hipnotizará como una serpiente. Será mejor que espables de una puñetera vez, Scooter... Esto ya no es tu hermano.

Scott se lo queda mirando con la boca abierta. A su espalda, como si pretendiera subrayar las palabras de su padre, la cosa atada al poste lanza un rugido demasiado potente para proceder de una garganta humana. Pero no importa, porque no es un sonido humano. Ni de lejos.

—Ve a buscar esas cadenas, Scotty. Las dos. Y date prisa. La cuerda no aguantará mucho. Voy arriba a buscar el rifle. Si se suelta antes de que vuelvas con las cadenas...

—¡No lo mates, papi, por favor! ¡No mates a Paul!

—Trae las cadenas. Luego veremos qué hacemos.

—¡La cadena del tractor es demasiado larga! ¡Pesa demasiado!

—Pues usa la carretilla, atontao. La grande. Venga, mueve el culo.

Scott mira por encima del hombro una vez y ve a su padre retrocediendo hacia el pie de la escalera. Camina despacio, como un domador de leones alejándose de la jaula al terminar su número. Bajo él, alumbrado por la potente luz de una de las

bombillas colgadas del techo, está Paul. Se golpea la parte posterior de la cabeza contra el poste con tal rapidez que a Scott le recuerda un martillo neumático. Al mismo tiempo se agita de un lado a otro. Scott no puede creer que Paul no esté sangrando o que no se desmaye, pero así es. Y comprende que su padre tiene razón. Las ataduras no lo retendrán si sigue debatiéndose así.

No podrá, se dice mientras su padre camina en una dirección (en busca del rifle guardado en el armario de la entrada) y él en la opuesta (para ponerse las botas). *Se matará si sigue así*. Pero entonces recuerda el rugido que ha brotado de la garganta de su hermano, ese rugido imposible, y no cree que se mate.

Y mientras sale de la casa sin abrigo, se dice que quizá sabe lo que le ha sucedido a Paul. Hay un lugar al que puede ir cuando papi le hace daño, y ha llevado a Paul allí cuando papi hace daño a Paul. Sí, muchas veces. Hay cosas buenas en ese lugar, árboles preciosos, agua que cura, pero también cosas malas. Scott nunca intenta ir allí de noche, y cuando va no hace ruido y vuelve enseguida, porque la intuición de su corazón de niño le dice que las cosas malas suelen salir de noche. Cazan de noche.

Si puede ir allí, ¿tan difícil le resulta creer que algo (algo de mal rollo) ha podido meterse dentro de Paul y volver con él aquí? ¿Algo que lo vio y se obsesionó con él, o quizá tan solo un estúpido germen que se le metió por la nariz y se le instaló en el cerebro?

Y en tal caso, ¿quién tiene la culpa? ¿Quién llevaba a Paul a ese lugar?

Una vez en el cobertizo, Scott mete la cadena ligera en la carretilla. Es fácil, apenas le lleva unos segundos. Meter la cadena del tractor le resulta mucho más difícil. La cadena del tractor es un trasto de tres pares de narices y cojones y no cesa de parlotear en su lenguaje metálico, una retahíla incesante de vocales de acero. En dos ocasiones, los pesados eslabones se le escurren entre los brazos temblorosos, y la segunda vez le pellizcan la piel hasta que sangra en brillantes escarapelas. La tercera vez casi consigue meterla toda en la carretilla, pero una parte, de unos diez kilos, aterriza ladeada, en el costado de la carretilla en vez del lecho, y toda la cadena cae sobre el pie de Scott, enterrándolo en acero y arrancando al niño un perfecto alarido de soprano.

—Scooter, ¿piensas volver antes de que se congele el infierno o qué? —vocifera papi desde la casa—. ¡Haz el favor de venir ya mismo, joder!

Scott se vuelve hacia la casa con los ojos muy abiertos por el terror, endereza la carretilla y se inclina sobre la cadena grasienta. Tendrá el pie amoratado durante un mes y sufrirá dolor en la zona durante el resto de sus días (un problema que viajar a ese otro lugar nunca alcanza a subsanar), pero en este momento no siente nada tras el golpe inicial. Una vez más acomete la tarea de meter la cadena en la carretilla, sintiendo el sudor que le resbala por los costados y la espalda,

percibiendo el olor animal que desprende, sabiendo que si oye un disparo, significará que los sesos de Paul están desparramados por todo el sótano y que habrá sido por su culpa. El tiempo se convierte en un ente físico y pesado, como la tierra. Como la cadena. Espera que papi vuelva a gritarle desde la casa, y cuando emprende el camino de vuelta hacia la luz amarilla de la cocina con la carretilla sin haber oído la voz de su padre, lo embarga otro temor, el de que Paul haya conseguido soltarse a fin de cuentas. No son los sesos de Paul los que yacen desparramados sobre la tierra de olor rancio, sino las entrañas de papi, arrancadas por la cosa que hasta esta tarde era su hermano. Paul está arriba, escondido en algún lugar de la casa, y cuando Scott entre empezará la dáliva. Solo que esta vez, el premio será él.

Por supuesto, todo esto es fruto de su imaginación, esa maldita imaginación que se desboca como un caballo salvaje, pero cuando su padre sale al porche, la imaginación ha ejercido ya suficiente influencia para que Scott no vea a Andrew Landon, sino a Paul con su sonrisa de loco, y lanza un grito. Levanta las manos para protegerse el rostro, y la carretilla está a punto de volcarse. De hecho, se habría volcado si papi no hubiera alargado las manos para sujetarla. Luego levanta una de las manos para abofetear a su hijo, pero la baja casi al instante. Puede que más tarde vuelen los bofetones, pero ahora no. Ahora lo necesita. Así que en lugar de golpearlo, papi se escupe en la mano derecha y la restriega contra la izquierda. Luego se agacha, ajeno al frío que hace en la escalinata del porche pese a que solo lleva la camiseta interior, y agarra la parte delantera de la carretilla.

—Voy a levantarla, Scooter. Tú coge los asideros y conduce para que no vuelque. Le he dado otro golpe, no me ha quedado más remedio, pero no durará mucho. Si se nos caen las cadenas, no creo que Paul pase de esta noche. No podré permitirlo, ¿lo entiendes?

Scott entiende que la vida de su hermano depende ahora de una carretilla llena de cadenas que pesan tres veces más que él. Por un instante contempla seriamente la posibilidad de salir huyendo a la oscuridad como alma que lleva el diablo, pero enseguida coge los asideros. No es consciente de que las lágrimas le ruedan por las mejillas. Hace un gesto de asentimiento a su padre, y este le responde con otro. Lo que ocurre entre ellos no es más que cuestión de vida o muerte.

—A la de tres. Una..., dos..., mantenla recta, hijo de perra... ¡y tres!

Chispas Landon levanta la carretilla desde el suelo hasta lo alto de la escalinata con un grito de esfuerzo que se pierde en una nube de vaho blanco. La camiseta se le rasga bajo el brazo, dejando al descubierto un mechón de alborotado vello rojizo. Suspendida en el aire, la carretilla sobrecargada se inclina primero hacia la izquierda y luego hacia la derecha, y el niño piensa *No te*

vuelques, maldita hija de puta. Contrarresta ambas inclinaciones, ordenándose a sí mismo no empujar demasiado fuerte. Y funciona, pero Chispas Landon no pierde el tiempo con felicitaciones, sino que retrocede hacia la casa haciendo rodar la carretilla tras él. Scott lo sigue cojeando.

Una vez en la cocina, papi da la vuelta a la carretilla y la guía hacia la puerta del sótano, que ha cerrado y asegurado con el cerrojo. La rueda deja un rastro en el azúcar derramado. Scott nunca olvida esa imagen.

—Abre la puerta, Scott.

—¿Y si..., y si está ahí, papi?

—Pues lo derribo con este trasto. Si quieres tener alguna posibilidad de salvarlo, deja de decir chorradas y abre la puta puerta.

Scott descorre el cerrojo y abre la puerta. Paul no está allí. Scott distingue la sombra sobredimensionada de Paul aún atada al poste, y algo que le inmovilizaba las entrañas se relaja un poco.

—Aparta, hijo.

Scott se aparta. Su padre empuja la carretilla hasta la escalera del sótano y con otro gruñido de esfuerzo la levanta, frenando la rueda con el pie cuando intenta retroceder. Las cadenas se estrellan contra la escalera con una cacofonía metálica, astillando dos peldaños antes de caer casi hasta abajo. Papi deja la carretilla a un lado y empieza a bajar la escalera. Al llegar junto a las cadenas les propina un puntapié para que sigan bajando. Scott lo sigue y justo después de pasar el primer peldaño astillado ve a Paul caer hacia un lado, el costado izquierdo de la cabeza ahora totalmente ensangrentado. Uno de sus dientes yace sobre el hombro de su camisa.

—¿Qué le has hecho? —Casi grita Scott.

—Darle con un tablón. No me ha quedado otro remedio —asegura su padre en tono curiosamente defensivo—. Se estaba despertando, y tú todavía estabas en el cobertizo haciendo el idiota. No se les puede hacer mucho daño cuando están de tan mal rollo.

Scott apenas lo oye. Ver a Paul cubierto de sangre borra de su mente lo sucedido en la cocina. Intenta esquivar a papi para llegar junto a su hermano, pero papi lo agarra con fuerza.

—No vayas, a menos que no quieras seguir vivo —advierte Chispas Landon, y lo que retiene a Scott no es la mano que le atenaza el hombro, sino la terrible ternura que advierte en la voz de su padre—. Porque si te acercas mucho te olerá. Aunque esté inconsciente, te olerá y se despertará.

Ve a su hijo menor alzar la mirada hacia él y asiente con la cabeza.

—Sí, ahora es como un animal salvaje. Un devorahombres. Y si no encontramos la manera de controlarlo, tendremos que matarlo. ¿Lo entiendes?

Scott asiente y acto seguido se le escapa un sollozo que suena como el rebuzno de un asno. Con aquella misma ternura terrible, papi alarga la mano, le enjuga los mocos de la nariz y los arroja al suelo.

—Pues entonces deja de lloriquear y ayúdame con las cadenas. Usaremos el poste central y la mesa con la prensa encima. La puta prensa debe de pesar doscientos o doscientos cincuenta kilos.

—¿Y si las cadenas no bastan?

Chispas Landon meneaa la cabeza lentamente.

—Pues no sé.

16

Tendido en la cama con su mujer, entre los crujidos que el viento arranca a The Antlers, Scott dice:

—Bastaron. Al menos durante tres semanas. Ahí es donde mi hermano Paul pasó sus últimas Navidades, su último Año Nuevo, las tres últimas semanas de su vida..., en ese sótano apestoso.

Menea la cabeza lentamente. Lisey siente el movimiento de su cabello contra la piel, siente su humedad. Es sudor. El sudor también le empapa la cara, tan mezclado con las lágrimas que no alcanza a distinguirlos.

—No te puedes imaginar cómo fueron aquellas tres semanas, Lisey, sobre todo cuando papi se iba a trabajar y nos quedábamos solos él y yo..., eso y yo...

—¿Tu padre se iba a trabajar?

—Teníamos que comer. Y teníamos que pagar el gasoil, porque no podíamos caldear la casa entera con leña, aunque sabe Dios que lo intentamos. Y sobre todo no podíamos permitir que la gente empezara a sospechar. Papi me lo explicó todo.

Ya me lo imagino, piensa Lisey, furiosa, pero no dice nada.

—Le dije a papi que le cortara para que soltara todo el veneno, como siempre había hecho, pero papi dijo que no serviría de nada, que cortarle no serviría de nada porque el mal rollo se le había metido en el cerebro. Cuando papi se iba, esa cosa me llamaba por mi nombre. Me decía que me había preparado una dáliva, una dáliva buena, y que al final me daría una chocolatina además de una Pepsi. A veces su voz se parecía tanto a Paul que me acercaba a la puerta del sótano, pegaba la oreja a la madera y escuchaba, aunque sabía que era peligroso. Papi me había dicho que era peligroso, que no escuchara y que me mantuviera alejado del sótano cuando estuviera solo, y que me tapara las orejas y rezara en voz alta o gritara «¡Que te den, cabrón de mierda, que te den a ti y a tu madre!», porque eso y las oraciones servían igual y al menos lo harían callar, pero que no escuchara,

porque decía que Paul se había ido y que lo único que había en el sótano era un demonio del País de las Dálivas Sangrientas, y me dijo: «El Diablo puede fascinar, Scoot, nadie sabe mejor que los Landon cuánto puede fascinar el diablo. Y los Landreau antes que ellos. Primero fascina a la mente y luego se bebe el corazón». Por lo general le hacía caso, pero a veces me acercaba y escuchaba..., y me imaginaba que era Paul..., porque le quería y quería que regresara, no porque realmente creyera..., y nunca descorrí el cerrojo...

Se produce un largo silencio. Su espesa cabellera se desliza inquieta por el cuello y el pecho de Lisey, y por fin sigue hablando con una vocecilla infantil tenue y reacia:

—Bueno, una vez sí..., pero no abrí la puerta..., nunca abría la puerta a menos que papi estuviera en casa, y cuando papi estaba en casa, la cosa solo gritaba y movía las cadenas y a veces ululaba como una lechuza. Y cuando hacía eso, a veces papi también ululaba..., era como una broma, ¿sabes? Oírlos ulularse el uno al otro..., papi en la cocina y él..., bueno..., ya sabes, encadenado en el sótano..., y yo me asustaba a pesar de que sabía que era una broma, porque era como si los dos estuvieran locos..., dos locos intercambiando gritos de lechuza..., y pensaba *Solo queda uno, y soy yo. Solo uno que no está de mal rollo, y no tengo ni once años, y ¿qué pensarían si fuera a Mulie's y lo contara todo?* Pero no servía de nada pensar en Mulie's, porque si papi estaba en casa, me perseguiría y me obligaría a volver. Y si no estaba..., si me creían y volvían a casa conmigo, matarían a mi hermano..., si es que mi hermano seguía allí en alguna parte..., y me llevarían con ellos... y me meterían en el orfanato. Papi siempre decía que de no estar él para cuidar de Paul y de mí, acabaríamos en el orfanato, donde te ponen una pinza en la pilila si te haces pis en la cama..., y los grandes..., bueno, tienes que hacerles mamadas toda la noche...

Se detiene, atrapado en algún lugar entre el ahora y el entonces. Fuera sopla otra ráfaga de viento, y el edificio emite un gruñido de protesta. Lisey quiere creer que lo que Scott le está contando no es cierto, que se trata de una horrible y fantasiosa alucinación infantil, pero sabe que no es así. Que hasta la última y espantosa palabra es cierta. Cuando Scott continúa, Lisey percibe que intenta recuperar su voz adulta, su yo adulto.

—Hay personas en centros psiquiátricos, a menudo personas que han sufrido traumatismos catastróficos en el lóbulo frontal, que regresan a estados animales. He leído bastante sobre ello. Pero por lo general es un estado que evoluciona con el paso de los años. En el caso de mi hermano sucedió de repente. Y una vez sucedió, una vez cruzó esa frontera...

Scott traga saliva. El chasquido que produce su garganta reseca es tan ruidoso como el de un interruptor.

—Cuando bajaba la escalera del sótano con su comida, carne y verdura en un plato de tarta, como cuando llevas comida a un perro grande, como un gran danés o un pastor alemán, Paul corría hasta tensar las cadenas que lo ataban al poste, las que llevaba alrededor del cuello y la cintura. Babeaba mucho, y de repente las cadenas se tensaban, y él se caía, todavía aullando y gruñendo como un demonio, aunque con voz ahogada, hasta que recobraba el aliento, ¿sabes?

—Sí —asiente Lisey con un hilo de voz.

—Tenía que dejar el plato en el suelo... Aún recuerdo el olor agrio de aquella tierra cuando me agachaba, nunca lo olvidaré...

Y luego empujarlo hasta donde pudiera alcanzarlo. Teníamos un mango roto de rastrillo para eso. No te podías acercar demasiado, porque te habría clavado las uñas y arrastrado hacia él. No necesitaba a papi para saber que si me pillaba me devoraría vivo.

Y ese era el hermano que me preparaba las dálivas. El hermano que me quería. Sin él no habría sobrevivido. Sin él, papi me habría matado antes de cumplir los cinco años, no adrede, sino impulsado por su propio mal rollo. Paul y yo sobrevivimos juntos, haciendo piña, ¿lo entiendes?

Lisey asiente. Lo entiende.

—Solo que ese enero mi amigo del alma estaba encadenado en el sótano, al poste y a la mesa con la prensa encima, y se podían medir las fronteras de su mundo por el arco..., el arco de cagarros..., porque tiraba de la cuerda todo lo que podía, se agachaba y cagaba.

Por un momento se lleva los dorsos de las manos a los ojos. Los tendones del cuello le sobresalen dolorosamente. Respira por la boca con grandes bocanadas temblorosas. Lisey no cree que sea necesario preguntarle dónde aprendió a vivir su dolor en silencio; ya lo sabe.

—¿Cómo consiguió encadenarlo tu padre? ¿Lo recuerdas? —le pregunta antes de que Scott siga hablando.

—Lo recuerdo todo, Lisey, pero eso no significa que lo sepa todo. Media docena de veces metió algo en la comida de Paul, eso lo sé seguro. Creo que era algún tipo de tranquilizante para animales, pero no sé de dónde lo sacó. Paul engullía todo lo que le dábamos salvo la verdura, y por lo general la comida le daba energía. Se ponía a aullar, ladrar y corretear de un lado a otro; corría hasta tensar las cadenas, supongo que para intentar romperlas, o saltaba y daba puñetazos al techo hasta que le sangraban los nudillos, puede que para atravesarlo, o puede que solo por diversión. A veces se tendía en el suelo de tierra y se masturbaba. Pero de vez en cuando la actividad solo duraba diez o quince minutos, y luego paraba. Sin duda esas fueron las veces en que papá le drogó la comida. Se ponía en cuclillas, mascullaba algo y luego caía de lado, se ponía las

manos entre las piernas y se dormía. La primera vez que lo hizo, papi le puso dos cinturones de cuero que había hecho, aunque supongo que el que le puso en el cuello se llamaría más bien «gargantilla», ¿no? Tenían unas anillas grandes de metal detrás. Papi pasó las cadenas a través de ellas, la cadena de tractor por la de la cintura y la más ligera por la anilla de la gargantilla, en la nuca. Luego soldó las anillas con un soplete. Así lo ató, y cuando se despertó, Paul se puso como un loco al verse así. Daba la impresión de que la casa se venía abajo.

El acento chato y nasal de la Pensilvania rural se ha adueñado tanto de su voz que la palabra «casa» adquiere un matiz casi germánico.

—Nos quedamos en lo alto de la escalera, observándolo, y le supliqué a papi que lo soltara antes de que se rompiera el cuello o se asfixiara, pero papi me dijo que no se asfixiaría, y tenía razón. Lo que pasó tres semanas después fue que empezó a tirar de la mesa e incluso a arrancar el poste central, el poste de acero que sostenía el suelo de la cocina, pero no se rompió el cuello ni se asfixió. Las otras veces que le drogó la comida fue para ver si yo podía llevarlo a Boo'ya Moon... ¿Te he contado que así es como llamábamos yo y Paul el otro lugar?

—Sí, Scott —asiente Lisey.

También ella ha roto a llorar. Deja fluir las lágrimas porque no quiere que Scott la vea enjugárselas, no quiere dejarle ver que siente compasión por aquel niño de granja.

—Papi quería comprobar si podía llevarlo allí y hacer que se pusiera mejor, como cuando él le cortaba, o como la vez que le pinchó el ojo con las tenazas y Paul lloró y lloró porque casi no veía nada, o la vez que papi me gritó a mí y dijo: «¡Scott, maldito hijo de perra, cabroncete asesino de madres!», por manchar la casa de barro y me tiró al suelo y me dio tal patada en la rabadilla que no podía caminar bien. Y la rabadilla no me mejoró hasta que hice una dáliva, ya sabes..., y me llevé un premio. —Scott hace un gesto de asentimiento—. Y papi lo vio y me dio un beso y me dijo: «Scott, eres único. Te quiero, maldito cabroncete». Y yo le besé y le dije: «Papi, tú sí que eres único. Te quiero, maldito cabronazo». Y se echó a reír.

Scott se aparta de ella y, pese a la oscuridad, Lisey advierte que su rostro se ha convertido casi en el de un niño maravillado.

—Se rió tan fuerte que casi se cae de la silla... ¡Hice reír a mi padre!

Lisey tiene mil preguntas, pero no se atreve a formular ni una sola de ellas. De hecho, no está segura de ser capaz de formular ni una sola de ellas.

Scott se lleva una mano al rostro, se lo restriega, la mira de nuevo. Ya ha regresado. Así, por las buenas.

—Madre mía, Lisey —suspira—. Nunca había hablado de esto, nunca, con nadie. ¿Estás bien?

—Sí, Scott.

—En ese caso, eres una mujer pero que muy valiente. ¿Ya has empezado a decirte que no es más que una sarta de tonterías?

Scott está sonriendo. Es una sonrisa algo vacilante, pero auténtica, y a Lisey le resulta lo bastante entrañable para besarla, primero un lado y luego el otro, en aras del equilibrio.

—Lo he intentado —reconoce—, pero no funciona.

—¿Es por la forma en que salimos zumbando de debajo del árbol ñam-ñam?

—¿Así es como lo llamas?

—Así es como Paul llamaba a los viajes rápidos. Los viajes rápidos que te llevaban de aquí a allí en nada. En un zumbido.

17

Pues supongo que depende de ti, Scoot.

Son las palabras de su padre. Quedan suspendidas en el aire y no desaparecen.

Supongo que depende de ti.

Pero Scott solo tiene diez años, y la responsabilidad de salvar la vida, la cordura y quizá incluso el alma de su hermano le pesa y le roba el sueño cuando Navidad y Año Nuevo quedan atrás, dando paso al gélido y nevado enero.

Tú has conseguido ponerlo mejor muchas veces. Has conseguido que esté mejor en muchos sentidos.

Es cierto, pero nunca ha visto algo semejante, y Scott descubre que ya no puede comer a menos que papi esté junto a él, atosigándolo a cada bocado. Aún el grito más ahogado de la cosa del sótano lo arranca de su sueño ahora ligero, pero por lo general no le importa, porque por lo general lo que deja atrás son pesadillas morbosas y pintadas de rojo. En muchas de ellas se encuentra en Boo'ya Moon solo y de noche, a veces en cierto cementerio cerca de cierto lago, un desierto de lápidas y cruces de madera, escuchando las risas y oliendo la brisa, antes dulce, comenzar a transformarse en un hedor de suciedad por entre la maleza. Se puede ir a Boo'ya Moon por la noche, pero no es buena idea, y si estás allí cuando la luna alcanza su cenit, te conviene estar muy calladito. Calladito de la hostia. Pero en sus pesadillas, Scott siempre lo olvida y se horroriza al descubrir que está cantando «Jambalaya» a voz en cuello.

Puede que ahora también lo consigas.

Pero la primera vez que lo intenta, Scott sabe que con toda probabilidad es imposible. Lo sabe en cuanto rodea cautelosamente con el brazo el cuerpo de la cosa cagada y maloliente que ronca al pie del poste de acero. Es como intentar

atarse un piano de cola a la espalda y pretender bailar el chachachá. Antes, Paul y él se trasladaban con facilidad a ese otro mundo (que en realidad no es más que este mundo vuelto del revés como un bolsillo, como le contará más tarde a Lisey). Pero la cosa que ronca en el sótano es un yunque, una caja fuerte..., un piano de cola atado a la espalda de un niño de diez años.

Retrocede junto a papi, convencido de que recibirá una torta, algo que no lamenta, porque considera que merece una torta. O algo peor. Pero papi, que se ha sentado al pie de la escalera con un tronco en la mano para presenciar la escena, no lo abofetea ni le da un puñetazo, sino que aparta el cabello sucio y apelmazado de la nuca de Scott y lo besa allí con una ternura que hace temblar al niño.

—No me extraña demasiado, Scott. Es lo que tiene el mal rollo.

—Papi, ¿Paul todavía está ahí dentro?

—No lo sé.

Ha colocado a Scott entre sus piernas abiertas, de modo que el niño está rodeado por la tela verde de sus pantalones. Papi le ha rodeado el pecho con las manos y apoyado el mentón sobre su hombro. Juntos observan a la criatura dormida al pie del poste. Miran las cadenas. Miran el arco de cagarros que marca los confines de su mundo subterráneo.

—¿Qué piensas, Scott? ¿Qué sientes?

Scott contempla la posibilidad de mentir a papi, pero solo durante un instante. No hará eso con los brazos de papi alrededor de su pecho, no mientras perciba el amor de papi con la nitidez de un haz de linterna en plena noche. El amor de papi es tan verdadero como su furia y su locura, aunque se ve con menor frecuencia y se demuestra aún más raramente. Scott no siente nada y lo reconoce a regañadientes.

—Pequeño, no podemos seguir así.

—¿Por qué no? Al menos está comiendo...

—Tarde o temprano vendrá alguien y lo oirá. Bastaría con uno de esos capullos que venden aspiradoras puerta a puerta.

—No hará ruido. El mal rollo hará que esté callado.

—Puede que sí, puede que no. Es imposible saber lo que pasará con el mal rollo. Y luego está el olor. Por mucho que eche ambientador de lima hasta reventar, el olor a mierda se esparcirá por el suelo de la cocina. Pero lo peor de todo... Scott, ¿no ves lo que está haciendo con la mesa? ¿Y con el poste? ¿Con el puñetero poste?

Scott mira. Al principio apenas da crédito a lo que ve, y por supuesto no quiere dar crédito a lo que ve. Aquella enorme mesa y su antiquísima prensa manual Stratton de doscientos cincuenta kilos se han desplazado al menos un metro de su posición original. Scott distingue las marcas de las patas en la tierra

compactada. Peor aún es lo del poste de acero, rematado por una plancha blanca de metal, la cual, a su vez, se apoya contra la viga que discurre directamente bajo el suelo de la cocina. Scott distingue un oscuro ángulo recto tatuado sobre la plancha blanca de metal y sabe que era ahí donde se apoyaba el poste de acero. Scott recorre el poste con la mirada en un intento de calcular si se ha ladeado. No ve nada... todavía. Pero si la cosa sigue tirando de él con su fuerza inhumana..., día tras día...

—¿Puedo volver a intentarlo, papi?

Papi suspira. Scott vuelve la cabeza para escudriñar aquel rostro odiado, temido, amado.

—¿Papi?

—Puedes intentarlo todas las veces que quieras —responde por fin—. Adelante y buena suerte.

18

Silencio en el estudio situado sobre el granero, donde hacía calor, donde Lisey yacía herida, donde su marido estaba muerto.

Silencio en el dormitorio de invitados, donde hace frío y su marido sigue ausente.

Silencio en la habitación de The Antlers, donde yacen juntos, Scott y Lisey, Ahora somos dos.

Y entonces, el Scott vivo habla en nombre del que está muerto en 2006 y ausente en 1996, y los argumentos en contra de la locura hacen algo más que caer; para Lisey, se desmoronan completamente de una vez por todas; todo sigue igual.

19

Al otro lado de las ventanas de la habitación en The Antlers, el viento sopla y las nubes se disipan. Dentro, Scott se detiene el tiempo suficiente para beber un sorbo de agua del vaso que siempre tiene en la mesilla de noche. La interrupción rompe la regresión hipnótica que una vez más ha empezado a adueñarse de él. Cuando sigue hablando da la impresión de narrar en lugar de vivir el episodio, y Lisey experimenta un profundo alivio.

—Lo intenté dos veces más —cuenta con voz de adulto—. Antes creía que el último intento fue lo que lo mató. De hecho, lo he creído hasta esta misma noche,

pero hablar de ello, oírme hablar de ello me ha ayudado más de lo que nunca habría imaginado. Supongo que los psicoanalistas tienen algo de razón con eso de la terapia narrativa, ¿eh?

—No lo sé. —Ni le importa—. ¿Tu padre te echó la culpa?

Claro que sí, pensó al tiempo que lo preguntaba.

Pero una vez más parece que ha subestimado la complejidad del pequeño triángulo que existió durante un tiempo en aquella granja aislada de Mattensburg, Pensilvania. Porque después de titubear un instante, Scott deniega con la cabeza.

—No. Quizá habría ayudado si me hubiese abrazado como la primera vez que lo intenté y me hubiera dicho que no era culpa mía, que no era culpa de nadie, que era por el mal rollo, como el cáncer o la parálisis cerebral o algo parecido, pero no lo hizo. Se limitó a levantarme con un solo brazo..., me quedé ahí colgado como una marioneta con los hilos cortados..., y después...

En la oscuridad cada vez menos densa, Scott explica su silencio respecto a su pasado con un único y terrible gesto. Se lleva un dedo a los labios, un signo de exclamación pálido bajo sus ojos muy abiertos, y lo mantiene allí. Chis.

Lisey recuerda lo sucedido después de que Jodi se quedara embarazada y se fuera, y asiente comprensiva. Scott le dedica una mirada de gratitud.

—Tres intentos en total —prosigue—. El segundo fue solo tres o cuatro días después del primero. Hice todo lo que pude, pero pasó lo mismo que la primera vez. Solo que para entonces el poste al que lo había encadenado mi padre ya estaba ladeado, y había un segundo arco de cagarros más grande, porque también había desplazado la mesa un poco más y por tanto tenía un poco más de cadena. Papi empezaba a temer que acabara rompiendo una de las patas de la mesa, a pesar de que también eran de metal. Después del segundo intento le dije a papi que creía saber lo que había fallado. No podía hacerlo, no podía llevarlo al otro mundo porque siempre estaba inconsciente cuando me acercaba a él. Y papi dijo: «Bueno, ¿y qué quieres hacer, Scooter, llevártelo cuando esté despierto y completamente loco? Te arrancaría la puñetera cabeza». Le dije que ya lo sabía. Y sabía algo más, Lisey. Sabía que si no me arrancaba la cabeza en el sótano, me la arrancaría en el otro lado, en Boo'ya Moon. Así que le pregunté a mi padre si podía aturdirlo solo un poco, para que no estuviera del todo inconsciente, solo lo suficiente para que pudiera acercarme y abrazarlo como te he abrazado hoy a ti bajo el árbol ñam-ñam.

—Oh, Scott —dice Lisey.

Teme por el niño de diez años pese a saber que todo salió bien. Sabe que el niño sobrevivió y se convirtió en el joven que ahora yace a su lado.

—Papi dijo que era peligroso. «Estás jugando con fuego, Scoot», dijo. Yo ya lo sabía, pero no había otra manera. No podíamos tenerlo en el sótano mucho más

tiempo, incluso yo lo entendía. Y entonces papi..., bueno, me alborotó el pelo y dijo: «¿Qué ha sido del gallina que tenía miedo de saltar del banco?». Me sorprendió que lo recordara siquiera, porque ese día estaba de muy mal rollo, y me sentí orgulloso.

Lisey piensa cuán lúgubre debía de ser aquella vida, en la que complacer a un hombre como aquel podía enorgullecer a un niño, y se recuerda que a la sazón Scott solo tenía diez años. Diez años y pasaba gran parte del tiempo a solas con un monstruo en el sótano. El padre también era un monstruo, pero al menos se mostraba racional de vez en cuando. Un monstruo capaz de dar un beso en ocasiones.

—Y entonces...

Scott escudriña la penumbra. La luna aparece un instante y le alumbra juguetona el rostro antes de esconderse de nuevo entre las nubes.

—Papi... —prosigue, y Lisey percibe una vez más al niño adueñándose del hombre—. Papi nunca me preguntaba qué veía o adónde iba o qué hacía cuando iba allí, y no creo que se lo preguntara nunca a Paul tampoco. Me dijo: «Y si lo llevas allí así, Scoot..., ¿qué pasa si se despierta? ¿Crees que estará mejor de repente? Porque si no, no estaré allí para ayudarte». Pero había pensado en ello, ¿sabes? Había pensado, pensado y pensado hasta que creí que me explotaría la cabeza. —Scott se incorpora sobre un codo y la mira—. Sabía tan bien como papi o incluso mejor que aquello tenía que terminar. Por el poste. Y por la mesa. Pero también porque Paul estaba adelgazando mucho, y le estaban saliendo llagas en la cara por no comer bien. Le dábamos verdura, pero lo tiraba todo excepto las patatas y las cebollas, y uno de sus ojos, el que papi le había machacado con las tenazas, estaba como blanquecino por encima de lo rojo. Además se le habían caído más dientes y tenía un codo muy torcido. Vivir ahí abajo estaba acabando con él, Lisey, y lo que la falta de sol y la mala comida no conseguían, lo conseguía él a base de golpes y bandazos. ¿Lo entiendes?

Lisey asiente.

—Así que se me ocurrió esa idea y se la conté a papi. Y me dijo: «Crees que eres muy listo para tener solo diez años, ¿eh?». Y le respondí que no, que no era listo en casi nada, y que si creía que había alguna forma mejor y menos peligrosa, pues vale. Solo que él tampoco lo sabía. Y me dijo: «Pues yo sí creo que eres muy listo para tener solo diez años. Y resulta que sí tienes agallas a fin de cuentas. A menos que te eches atrás». «No me echaré atrás», aseguré. Y él añadió: «No hará falta, Scooter, porque estaré al pie de la escalera con mi puñetero ri...».

Papi está al pie de la escalera con su rifle, su 30-06. Scott está junto a él, observando a la criatura encadenada al poste de metal y la mesa de la prensa, intentando no temblar. En el bolsillo derecho lleva el delgado instrumento que papi le ha dado, una aguja hipodérmica con la punta cubierta por un capuchón de plástico. No necesita que papi le advierta que es un mecanismo frágil. Si se produce un forcejeo, puede llegar a romperse. Papi ha propuesto guardarla en una cajita de cartón blanco que antes contenía una estilográfica, pero sacar la aguja de la cajita llevaría un par de segundos como mínimo, segundos que podrían marcar la diferencia entre la vida y la muerte si consigue llevar a la criatura encadenada al poste a Boo'ya Moon. En Boo'ya Moon no estará papi para ayudarlo con su rifle. En Boo'ya Moon solo estarán él y la cosa que se ha deslizado en Paul como una mano en un guante robado. Los dos solos en lo alto de la Colina del Amor.

La cosa que antes era su hermano está espatarrada, con la cabeza apoyada contra el poste central y las piernas abiertas, desnuda salvo por la camiseta de Paul. Tiene las piernas y los pies sucios, los costados cubiertos de mierda. El plato de tarta, completamente limpio, sin una mancha de grasa siquiera, yace junto a una de sus manos mugrientas. La enorme hamburguesa que contenía ha desaparecido por el gatzate de la cosa-Paul en cuestión de segundos, pero Andrew Landon se ha pasado media hora devanándose los sesos respecto a su creación culinaria y tirado la primera tentativa a la basura tras decidir que había metido demasiada «cosa» en la carne. «La cosa» consiste en unas píldoras blancas casi idénticas a las pastillas para la acidez que papi toma a veces. La única vez que Scott le preguntó de dónde salían, papi respondió: «¿Por qué no cierras el puto pico, George el Curioso, antes de que te lo cierre yo?». Y cuando papi dice algo así, captas la indirecta a poco que tengas dos dedos de frente. Papi machaca las píldoras con el culo de un vaso. Habla mientras trabaja, tal vez solo, tal vez con Scott, mientras debajo de ellos, la cosa encadenada a la prensa manual emite ruidos monótonos en demanda de la cena. «Es fácil calcularlo cuando lo que quieres es dormirlo», dice papi, paseando la mirada entre el montoncito de polvo blanco y la carne picada. «Sería todavía más fácil si quisiera matar al cabrón, ¿eh? Pero no, no quiero matarlo, solo quiero darle la oportunidad de matar al que aún está bien, tonto de mí. Bueno, pues a hacer puñetas, a Dios no le gustan los cobardes». Emplea el costado del dedo meñique con sorprendente delicadeza para separar una delgada línea de polvo blanco del montoncito. Luego pellizca una pizca de polvo, la espolvorea sobre la carne picada como si de sal se tratara,

amasa la carne, espolvorea un poco más de polvo y vuelve a amasar. No se esfuerza demasiado por practicar lo que llamaba *jot cuisín* cuando se trata de alimentar a la criatura del sótano, porque afirma que estaría encantada de comérselo todo crudo... o aún caliente y tembloroso, para el caso.

Y ahora Scott está junto a su padre, la jeringuilla en el bolsillo, observando a la criatura peligrosa espatarrada contra el poste, roncando con el labio superior retirado hasta dejar al descubierto los dientes. La saliva le resbala en un reguero por la comisura de los labios. Tiene los ojos medio abiertos, pero no hay rastro de los iris; Scott tan solo entrevé los globos lisos y relucientes... *Solo que ya no son blancos*, piensa.

—Venga, maldita sea —dice papi al tiempo que le da un golpe en el hombro—. Si vas a hacerlo, hazlo antes de que pierda los nervios o me dé un puto ataque al corazón... ¿O crees que está fingiendo? ¿Que no está inconsciente?

Scott menea la cabeza. La cosa no intenta engañarlos, lo percibiría. De repente mira a su padre con expresión inquisitiva.

—¿Qué? —pregunta papi, exasperado—. ¿Qué te ronda por la cabeza aparte del pelo?

—¿De verdad estás...?

—¿Que si de verdad estoy asustado? ¿Es eso lo que quieres saber?

Scott asiente con repentina timidez.

—Sí, estoy muerto de miedo, joder. ¿Creías que eras el único? Y ahora cierra el pico y hazlo ya. Acabemos con esto de una vez por todas.

Scott no entenderá nunca por qué la confesión de su padre hace que se sienta más valiente; tan solo sabe que es así. Se dirige hacia el poste central y mientras camina toca una vez más el cilindro de la jeringuilla que lleva en el bolsillo. Llega al arco exterior de cagarros y da una zancada para no pisarlos. El siguiente paso lo lleva hasta el anillo interior y lo que podría denominarse la guarida de la criatura. Aquí el olor se torna más intenso; no es olor a mierda, ni siquiera a cabello y a piel, sino más bien a pellejo y a pelaje. El pene de la cosa es más grande que el de Paul. El vello púbico apenas desarrollado de Paul se ha convertido en una mata espesa y áspera, y los pies al final de las piernas de Paul (las piernas son lo único que no ha cambiado de aspecto) están doblados hacia adentro, como si los huesos de los tobillos se estuvieran torciendo. *Como tablones dejados bajo la lluvia*, piensa Scott; no es una idea tan absurda.

Desvía la mirada hacia el rostro de la cosa, hacia sus ojos. Los tiene aún entornados y sigue sin haber rastro de los iris, tan solo de los globos inyectados en sangre. La respiración tampoco ha cambiado. Las manos mugrientas continúan inertes, las palmas hacia arriba como en ademán de rendición. Pero Scott sabe que ha entrado en la zona roja. La cosa no vacilará. La cosa lo olerá y despertará en un

santiamén. Sucederá a pesar de «la cosa» que papi le ha puesto en la hamburguesa, de modo que si puede hacerlo, si puede llevar a la criatura que se ha apoderado de su hermano...

Scott sigue andando con las piernas casi entumecidas. Una parte de su mente está completamente convencida de que camina hacia la muerte. Ni siquiera podrá salir zumbando si la cosa-Paul lo agarra. No obstante, se sitúa a su alcance, en lo más íntimo del miasma, y le apoya las manos en los costados desnudos y húmedos. Piensa

(*Paul ven conmigo*).

y

(*Dáliva Boo'ya Moon agua dulce el lago*).

y por un instante enloquecedor está a punto de ocurrir. Experimenta la conocida sensación de que las cosas se alejan; oye el zumbido de los insectos y percibe la deliciosa fragancia de los árboles de la Colina del Amor a pleno sol. De repente, las manos de uñas largas de la criatura rodean en el cuello de Scott. La criatura abre la boca, y de ella brota un aliento fétido que ahuyenta los sonidos y los olores de Boo'ya Moon. Scott se siente como si alguien acabara de arrojar una roca llameante sobre la delicada trama de su..., ¿su qué? No es su mente la que lo transporta a ese otro lugar, no es exactamente su mente..., y no tiene tiempo de seguir pensando en ello, porque la cosa lo ha agarrado, lo ha atrapado. Todo lo que temía papi ha ocurrido. La cosa ha abierto la boca de un modo tan infernal que amenaza la cordura, hasta el punto de que la mandíbula inferior parece caer hasta la

(*diablícula*).

clavícula, contrayendo el sucio rostro en algo de lo que ha desaparecido hasta el último vestigio de Paul... y de humanidad. Es el mal rollo sin careta. Scott tiene el tiempo justo para pensar *Me arrancará la cabeza de un solo bocado, como si fuera una piruleta*. Aquella boca monstruosa se abre en un bostezo de pesadilla, los ojos enrojecidos centellean al brillo desnudo de las bombillas colgadas, y Scott no va a ninguna parte salvo a la muerte. La cabeza de la cosa retrocede lo suficiente para chocar contra el poste antes de lanzarse hacia delante.

Pero Scott ha vuelto a olvidarse de papi. La mano de papi surge de la penumbra, agarra a la cosa-Paul por el pelo y de alguna forma consigue apartarle la cabeza. Acto seguido aparece la otra mano de papi, el pulgar doblado en torno a la culata del rifle, el índice abrazando el gatillo. Oprime el cañón del arma contra el mentón erguido de la cosa.

—¡No, papi! —chilla Scott.

Andrew Landon no le presta atención alguna, no puede permitirse prestar atención alguna. Ha agarrado un buen mechón de pelo de la cosa, pero empieza a

escurrírsele entre los dedos. La criatura emite alaridos, y sus alaridos recuerdan sobrecogedoramente a una palabra.

Papi.

—Saluda de mi parte al infierno, cabrón de mierda —dice Chispas Landon antes de apretar el gatillo.

El disparo del 30-06 resulta ensordecedor en el espacio reducido del sótano; a Scott le resonará en los oídos durante más de dos horas. El cabello deshilachado de la cosa se alborota como azotado por una repentina ráfaga de viento, y una gran mancha roja pinta el poste ladeado. Las piernas de la cosa dan una patada de cómic y luego quedan inmóviles. Las manos que rodean el cuello de Scott incrementan la presión por un instante y luego caen con las palmas vueltas hacia arriba, plump, sobre la tierra compactada del suelo. Papi alza a Scott en volandas.

—¿Estás bien, Scoot? ¿Puedes respirar?

—Estoy bien, papá. ¿Tenías que matarlo?

—¿Estás chiflado o qué?

Scott yace inerte en el abrazo de su padre, incapaz de creer que haya sucedido pese a que sabía que podía llegar a suceder. Desea con todas sus fuerzas perder el conocimiento. Desea..., al menos un poco..., morir él también.

Papi lo zarandea.

—¡Iba a matarte!

—S-sí.

—Pues claro que sí, joder. Madre mía, Scotty, estaba dejando que le arrancara el puto pelo a mechones para llegar hasta ti. ¡Para arrancarte el puto cuello!

Scott sabe que es cierto, pero también sabe otra cosa.

—Míralo, papi. Míralo ahora.

Permanece unos segundos más colgado entre los brazos de su padre como una muñeca de trapo o una marioneta con los hilos cortados. Luego, Landon lo baja despacio, y Scott sabe que su padre está viendo lo que él quería que viera; solo es un chico. Un chico inocente encadenado en el sótano por su padre chalado y su obediente hermano menor, malnutrido hasta quedar en los huesos y cubierto de llagas; un niño que ha luchado tan conmovedoramente por su libertad que ha llegado a desplazar el poste de acero y la pesadísima mesa a los que estaba encadenado. Un niño que ha vivido tres horripilantes semanas como prisionero antes de acabar con un tiro en la cabeza.

—Ya lo veo —responde papi, y lo único más lúgubre que su voz es su rostro.

—¿Por qué no está como antes, papi? ¿Por qué...?

—Porque el mal rollo se ha ido, atontado. —Y aquí se produce una ironía que incluso un niño de diez años profundamente trastornado puede llegar a apreciar, al menos un niño tan inteligente como Scott. Ahora que Paul está muerto,

encadenado a un poste del sótano con el cerebro desparramado a su alrededor, papi parece y suena más cuerdo que nunca—. Y si alguien más lo ve así, acabaré en la cárcel estatal de Waynesburg o encerrado en el puto loquero de Reedville. Eso si no me linchan antes. Tendremos que enterrarlo, aunque será una putada con la tierra como está, más dura que una piedra.

—Lo llevaré, papi.

—¿Cómo vas a llevarlo? ¡Si no has podido llevarlo cuando estaba vivo!

Scott carece del vocabulario necesario para explicarle que ahora será tan solo como ir allí vestido, lo cual siempre hace. El peso de yunque, de caja fuerte, de piano de cola, ha desaparecido de la cosa encadenada al poste; la cosa encadenada al poste no es más que la vaina verde que arrancas de la mazorca.

—Ahora podré —se limita a asegurar Scott.

—Eres un bocazas de mucho cuidado —dice papi.

Pero pese a sus palabras apoya el rifle contra la mesa de la prensa, se mesa los cabellos y suspira. Por primera vez tiene aspecto de hombre que algún día envejecerá.

—Venga, Scott. Adelante. No se pierde nada con probar.

Pero ahora que el peligro ha pasado, Scott se siente invadido por la timidez.

—Date la vuelta, papi.

—¿QUÉ COÑO dices?

La voz de papi entraña una posible paliza, pero por una vez Scott no se arredra. No es la parte de ir al otro lado la que lo inquieta; le da igual si papi lo presencia. Lo que le da vergüenza es que papi lo vea abrazar a su hermano muerto. Va a llorar. Ya percibe el llanto, como la lluvia una tarde a finales de primavera, cuando el día ya ha alcanzado las temperaturas que presagian la inminencia del verano.

—Por favor —suplica en el tono más conciliador que puede—. Por favor, papi.

Por un instante, Scott está convencido de que su padre cruzará el sótano hasta donde se encuentra su hijo superviviente, con su sombra triplicada corriendo junto a él por los muros de piedra, y lo abofeteará, tal vez con la fuerza suficiente para hacerlo caer sobre el regazo de su hermano muerto. Ha recibido muchos bofetones y por lo general el mero hecho de pensar en ellos lo hace encogerse, pero ahora se mantiene erguido entre las piernas abiertas de Paul, mirando a su padre de hito en hito. No le resulta fácil, pero lo consigue. Porque han sobrevivido juntos a un episodio espeluznante y tendrán que guardar el secreto para siempre. Chis. Por eso merece pedírselo y merece mirar a su padre de hito en hito mientras aguarda su respuesta.

Papi no se abalanza sobre él, sino que respira hondo, exhala el aire

ruidosamente y se da la vuelta.

—Supongo que a partir de ahora también me pedirás que friegue el suelo y limpie el lavabo —refunfuña—. Te dejo contar hasta treinta, Scoot

21

—Te dejo contar hasta treinta y luego me daré otra vez la vuelta —cuenta Scott a Lisey—. Estoy bastante seguro de que así es como acabó la frase, pero no lo oí porque de repente me había esfumado de la faz de la tierra. Y Paul también, libre de las cadenas. Una vez muerto, me lo llevé con la misma facilidad que siempre, tal vez incluso más. Apuesto algo a que papi no llegó a contar hasta treinta. Bah, apuesto a que ni siquiera le dio tiempo a empezar, porque oyó el tintineo de las cadenas, o quizá el sonido del aire llenando el lugar donde estábamos, y seguro que se giró y vio que se hallaba solo en el sótano.

Scott ha relajado el cuerpo contra ella; el sudor que le empapaba el rostro, los brazos y el cuerpo entero empieza a secarse. Ya lo ha contado, ha soltado lo peor con un esfuerzo sobrehumano.

—El sonido —dice Lisey—. Siempre me lo he preguntado, ¿sabes? Quiero decir, si hubo un sonido bajo el sauce cuando..., bueno, ya sabes..., cuando salimos.

—Cuando salimos zumbando.

—Sí, cuando..., eso.

—Cuando salimos zumbando, Lisey. Dilo.

—Cuando salimos zumbando. —Lisey se pregunta si habrá perdido el juicio, si Scott habrá perdido el juicio y su locura es contagiosa.

Ahora Scott sí enciende otro cigarrillo, y su rostro adopta una expresión de curiosidad sincera a la luz de la cerilla.

—¿Qué viste, Lisey? ¿Lo recuerdas?

—Había mucho violeta —responde ella, vacilante—, una pendiente..., y tuve una sensación como de sombra, como si tuviéramos árboles justo detrás, pero todo fue tan rápido, apenas un segundo o dos...

Scott se echa a reír y la rodea con un brazo.

—Estás hablando de la Colina del Amor.

—¿La Colina del Amor...?

—Paul le puso ese nombre. Aquellos árboles están rodeados de tierra blanda y honda... No creo que el invierno llegue nunca allí, y ahí es donde lo enterré. Ahí es donde enterré a mi hermano. —Scott le lanza una mirada solemne y añade—: ¿Quieres ir a verlo, Lisey?

Lisey se había quedado dormida en el suelo del estudio pese al dolor...

No, no se había dormido, porque era imposible dormir con semejante dolor. No sin ayuda médica. Así pues, ¿dónde había estado?

Hipnotizada.

Pensó en la dimensión de aquella palabra y concluyó que encajaba casi a la perfección con su estado. Se había sumido en una especie de recuerdo doble, quizá incluso triple. Recuerdo total. Pero a partir de ese punto, los recuerdos del gélido dormitorio de invitados donde había encontrado a su marido en estado catatónico y los recuerdos de los dos en la vieja cama del primer piso de The Antlers (recuerdos diecisiete años más antiguos, pero también más nítidos) estaban borrados. «¿Quieres ir a verlo, Lisey?», le había preguntado Scott, sí, sí, pero lo siguiente quedaba sumergido en una brillante luz violeta, oculto tras aquella cortina, y cuando intentó alcanzarlos, las voces de la autoridad de su infancia (La Buena de Ma, el *Dandy*, todas sus hermanas mayores) lanzaron exclamaciones de alarma. ¡No, Lisey! ¡Ya basta, Lisey! ¡Déjalo correr, Lisey!

Le costaba respirar. (¿Le había costado respirar aquella noche en la cama con su amor?).

Abrió los ojos. (Los tenía abiertos cuando Scott la tomó entre sus brazos, de eso estaba segura).

La radiante luz de junio, luz de junio del siglo veintiuno, sustituyó el violeta chillón y cegador de un millón de lilas. El dolor de su pecho herido regresó en oleadas con la luz. Pero antes de que Lisey pudiera reaccionar a la luz o a las voces aterradas que le ordenaban no seguir adelante, alguien la llamó desde el granero, sobresaltándola hasta el punto de que estuvo a punto de proferir un grito. Si la voz se hubiera detenido en la palabra «señora», sin duda habría gritado.

—¿Señora Landon? —Una breve pausa—. ¿Está arriba?

Ni un vestigio de acento sureño en la voz, tan solo un deje norteno que arrastraba las palabras, convirtiéndolas en estáaaa arribaaa, y Lisey supo de quién se trataba; era el agente Alston. Le había dicho que iría a echar un vistazo, y ahí estaba, tal como había prometido. Era su oportunidad para decirle que sí, joder, que estaba arriba, tirada en el suelo y cubierta de sangre porque el Príncipe Negro de los Incunks le había hecho daño, que Alston tenía que llevarla al hospital con las luces y la sirena a todo trapo porque necesitaba que le pusieran puntos en el pecho, muchos puntos, y necesitaba protección las veinticuatro horas del...

No, Lisey.

Fue su mente quien le envió aquellas palabras, de eso estaba segura, como una bengala en el cielo oscuro (bueno..., casi segura), pero le llegaron en voz de Scott. Como si así pudiera cobrar más autoridad.

Y sin duda funcionó, porque Lisey se limitó a responder que sí, que estaba arriba.

—¿Todo bien?

—Perfecto, afirmativo —asintió.

Quedó asombrada al comprobar que su voz sonaba perfecta, sobre todo teniendo en cuenta que tenía la blusa empapada en sangre y el pecho le palpitaba como..., bueno, no existía ningún símil apropiado. Simplemente le palpitaba.

En la planta baja, al mismísimo pie de la escalera, según calculó Lisey, el agente Alston lanzó una carcajada.

—Pasaba por aquí de camino a Cash Corners. Hay un pequeño incendio doméstico. —*Doméestico*—. Sospechan que ha sido provocado. —*Provocaaado*—. ¿Estará bien sola un par de horas o tres?

—Sí.

—¿Tiene el móvil?

En efecto, tenía el móvil y deseó poder hablar por él en ese mismo momento. Si tenía que seguir gritando, con toda probabilidad acabaría perdiendo el conocimiento.

—¡Aquí mismo! —gritó.

—¿Sí? —insistió el agente en tono algo escéptico.

Dios, ¿y si subía y la veía? Entonces sí que se pondría escéptico, escéptico a la novena potencia. Pero cuando siguió hablando, Lisey advirtió que su voz se alejaba. Apenas podía creer que eso la alegrara, pero en efecto, la alegraba. Ahora que aquella historia había empezado, quería zanjarla.

—Bueno, pues llámeme si necesita algo. Volveré luego. Si sale, deje una nota para que sepa que está bien y cuándo volverá, ¿de acuerdo?

Y Lisey, que empezaba a vislumbrar, aunque vagamente, una serie de acontecimientos que le deparaba el futuro inmediato, repuso:

—¡Recibido!

Tendría que empezar por volver a la casa, pero antes que nada, un poco de agua. Si no bebía un poco más de agua en los minutos siguientes, tenía la sensación de que la garganta empezaría a arderle como la casa del incendio provocaaado.

—A la vuelta pasaré por el supermercado de Patel, señora Landon. ¿Quiere que le traiga algo?

¡Sí! ¡Una caja de Coca-Colas heladas y un cartón de Salem Light!

—No, gracias, agente.

Si se veía obligada a hablar mucho más, la voz le fallaría. Y aunque no le fallara, el policía advertiría algo raro en ella.

—¿Ni siquiera rosquillas? Tienen unas rosquillas buenísimas —aseguró con voz sonriente.

—¡Estoy a dieta! —Fue lo único que se atrevió a responder.

—Ah, bueno, oído cocina —exclamó el agente—. Hasta luego, señora Landon.

Basta, por favor, Dios, rogó en silencio.

—¡Hasta luego, agente! —vociferó.

Lisey aguzó el oído para escuchar el motor del coche patrulla y al cabo de un rato le pareció oírlo, aunque muy lejano. Debía de haber aparcado junto al buzón y recorrido el sendero de la entrada a pie.

Lisey permaneció tendida un instante más para hacer acopio de fuerzas y por fin se incorporó hasta quedar sentada. Dooley le había cortado el pecho en diagonal y hacia la axila. La herida larga e irregular se había secado y cerrado un poco, pero el movimiento la abrió de nuevo. Sintió un dolor descomunal. Lanzó un grito que no hizo más que empeorar las cosas. Percibió que un reguero de sangre fresca le resbalaba por la caja torácica. Las alas oscuras empezaron a arrebatarle la visión una vez más, y pugnó por ahuyentarlas repitiendo una y otra vez el mismo mantra hasta que el mundo se tornó sólido. *Tengo que acabar esto, tengo que ir detrás de la cortina violeta. Tengo que acabar esto, tengo que ir detrás de la cortina violeta. Tengo que acabar esto e ir detrás de la cortina violeta.*

Sí, detrás de la cortina violeta. En la colina había sido un millón de lilas. En su mente era la pesada cortina que ella misma había confeccionado, quizá con la ayuda de Scott, sin duda con su aprobación tácita.

No será la primera vez que vaya.

¿De verdad? Sí.

Y puedo volver a hacerlo. Ir detrás de ella o arrancarla si es necesario.

Pregunta: ¿Habían vuelto a hablar Scott y ella de Boo'ya Moon después de aquella noche en The Antlers? Lisey no lo creía. Tenían sus palabras en clave, por supuesto, y Dios sabía que aquellas palabras habían salido de detrás de la cortina las veces que lo había perdido de vista en centros comerciales y supermercados..., por no hablar del día en que la enfermera lo había perdido de vista en la puñetera cama de hospital..., y luego estaba la referencia mascullada al chaval larguirucho cuando estaba tendido en el aparcamiento después de que Gerd Allen Cole le disparara..., y Kentucky..., Bowling Green, cuando agonizaba...

¡Basta, Lisey!, advirtieron las voces a coro. ¡No lo hagas, pequeña Lisey!, gritaron. ¡Mein gott, no te atrevas!

Había intentado dejar atrás Boo'ya Moon, incluso después del invierno de 1996, cuando...

—Cuando volví a ir allí —dijo con voz seca pero clara en el estudio de su marido muerto—. En invierno de 1996 volví a ir. Fui para traerlo de vuelta.

Ya estaba dicho, y el mundo no se acabó. De las paredes no salieron hombres ataviados con bata blanca para llevársela consigo. De hecho, incluso le parecía encontrarse un poco mejor, y quizá no era tan sorprendente. Tal vez cuando ibas al meollo de la cuestión descubrías que la verdad era una dáлива cuyo único deseo era salir a la luz.

—Vale, pues ya ha salido, al menos una parte, la parte de Paul, o sea que, ¿puedo beber ahora un poco de agua, puñeta?

Nadie le dijo que no, de modo que usó el canto del Gran Jumbo de Dumbo para incorporarse. Las alas oscuras aparecieron de nuevo, pero agachó la cabeza para intentar mantener la mayor cantidad posible de sangre en su patético cerebro, y esta vez la sensación de desmayo se disipó más deprisa. Puso rumbo al cubículo que hacía las veces de bar, siguiendo su propio rastro de sangre, caminando con los pies muy separados y diciéndose que debía de parecer una anciana a la que hubiesen robado el andador.

Lo consiguió. No se dignó recoger el vaso tirado sobre la moqueta. No quería saber nada más de él. Sacó otro de la alacena con la mano derecha, pues con la izquierda aún aferraba el cuadrado de punto amarillo, y abrió el grifo del agua fría. El agua fluía bien, y las cañerías apenas protestaron. Abrió la puerta de espejo situada sobre el fregadero y en el armario encontró lo que esperaba, un frasco de excedrinas de Scott. Y no era de los que llevaban el típico tapón de seguridad. Hizo una mueca al percibir el olor avinagrado que salió del frasco cuando lo abrió y comprobó la fecha de caducidad: **JULIO DE 2005**. *En fin, es lo que hay*, pensó.

—Creo que eso lo dijo Shakespeare —farfulló antes de engullir tres comprimidos.

No sabía si le servirían de algo, pero el agua le supo a gloria, de modo que bebió hasta sentir un calambre en el vientre. Se aferró al canto del fregadero del bar de su difunto marido y esperó a que se le pasara. El calambre pasó, lo cual dejaba tan solo el dolor en el rostro magullado y el latido mucho más intenso del pecho herido. En la casa tenía algo mucho más fuerte que los analgésicos de Scott (aunque no menos caducado), un frasco de Vicodin procedente del anterior escaqueo de Amanda con la automutilación. Darla también tenía, y Canty tenía el frasco de Percocet de conejito Manda. Todas ellas habían acordado sin apenas comentarlo que Amanda no debía tener acceso a los medicamentos fuertes, porque si un día se encontraba mal podía decidir tomárselos todos a la vez. Un

ocaso a ritmo de cóctel.

Dentro de un rato intentaría llegar hasta la casa y hasta el Vicodin, pero todavía no. Caminando de nuevo con los pies igual de separados, un vaso de agua medio lleno en una mano y el cuadrado empapado de colcha africana en la otra, Lisey se dirigió hacia la polvorienta serpiente de libros y se sentó ante ella a la espera del efecto de los prehistóricos analgésicos. Y mientras esperaba, sus pensamientos se desviaron de nuevo hacia la noche que lo encontró en el dormitorio de invitados..., en el dormitorio de invitados, pero ausente.

No dejaba de pensar que estábamos solos. El viento, el puñetero viento

23

Escucha el viento huracanado aullar alrededor de la casa, el azote de la nieve contra las ventanas, sabedora de que están solos, de que ella está sola. Y mientras escucha, sus pensamientos se desvían de nuevo hacia aquella noche en New Hampshire, en plena madrugada, mientras la luna incordiaba las sombras con su luz inconstante. Recuerda cómo abrió la boca para preguntarle si de verdad podía hacerlo, si podía llevarla, pero luego volvió a cerrarla porque sabía que era la clase de pregunta que solo formulas para ganar tiempo..., ¿y acaso no intentas ganar tiempo solo cuando te enfrentas con alguien?

Estamos en el mismo bando, recuerda haber pensado. Si vamos a casarnos, más vale que lo estemos.

Pero había una pregunta que sí necesitaba formular, tal vez porque aquella noche en The Antlers le llegó a ella el turno de saltar del banco.

—¿Y si allí es de noche? Dijiste que había cosas malas allí de noche.

—No es de noche, cariño —aseguró Scott con una sonrisa.

—¿Cómo lo sabes?

Scott meneó la cabeza sin dejar de sonreír.

—Lo sé. Como el perro de un niño sabe que es hora de sentarse junto al buzón porque el autocar de la escuela está a punto de llegar. Está a punto de ponerse el sol. Pasa a menudo.

Lisey no lo entendió, pero tampoco preguntó; una pregunta siempre llevaba a otra, al menos en su experiencia, y el momento de las preguntas había pasado. Si pretendía confiar en él, el momento de las preguntas había pasado. Así pues, Lisey respiró hondo.

—De acuerdo —accedió—. Es nuestra luna de miel de carga frontal. Llévame a algún lugar que no sea New Hampshire. Esta vez quiero echar un buen vistazo.

Scott aplastó el cigarrillo a medio fumar en el cenicero y le cogió los brazos

con delicadeza, los ojos relucientes de entusiasmo y buen humor... Lisey recuerda tan bien el tacto de sus dedos contra la piel aquella noche.

—Tienes muchísimas agallas, Lisey..., todo el mundo debería enterarse. Agárrate a mí y veamos qué pasa.

Y me llevó, piensa Lisey, sentada en el dormitorio de invitados, sosteniendo la mano fría y cerúlea del hombre-muñeco sentado en la mecedora. Pero siente la sonrisa en su propio rostro, pequeña Lisey, gran sonrisa, y se pregunta cuánto tiempo lleva sonriendo. Me llevó, sé que me llevó. Pero de eso hace diecisiete años, los dos éramos jóvenes y valientes, y él estaba allí. Ahora él se ha esfumado.

Solo que su cuerpo sigue aquí. ¿Significa eso que ya no puede desaparecer físicamente, como cuando era niño? ¿Como Lisey sabe que desaparece de vez en cuando desde que lo conoce? ¿Como desapareció del hospital de Nashville, por ejemplo, cuando la enfermera lo perdió de vista?

Es entonces cuando Lisey siente la leve presión de la mano de Scott sobre la suya. Es una presión casi imperceptible, pero él es su amor, y ella la siente. Sus ojos siguen clavados en la pantalla oscura del televisor, por encima de los pliegues de la colcha africana amarilla, pero sí, le está apretando la mano. Es un apretón a distancia, ¿y por qué no? Scott está muy lejos aunque su cuerpo siga aquí, y puede que esté apretándole la mano con todas sus fuerzas en el lugar donde se encuentra ahora.

De repente, Lisey tiene una intuición brillante; Scott le está abriendo un conducto. Solo Dios sabe el esfuerzo que le está costando hacerlo o cuánto tiempo conseguirá mantenerlo abierto, pero se trata de eso. Lisey le suelta la mano, se pone de rodillas, haciendo caso omiso del hormigueo que le recorre las piernas casi dormidas y la nueva ráfaga de viento que sacude la casa. Retira una parte suficiente de la manta para poder deslizar los brazos en torno a los costados y los brazos inertes de Scott, y así poder entrelazar las manos en el centro de su espalda y abrazarlo. Luego coloca el rostro anhelante frente al impávido de su marido.

—Tira de mí —le susurra al tiempo que lo zarandea—. Tira de mí, Scott.

No sucede nada, y Lisey levanta la voz.

—¡Tira de mí, maldita sea! ¡Tira de mí hasta ti para que pueda traerte a casa!
¡SI QUIERES VOLVER A CASA, LLÉVAME HASTA DONDE ESTÁS!

24

—Y lo hiciste —masculló Lisey—. Lo hiciste, y yo lo hice. Que me aspen si sé

cómo funciona ahora que estás muerto, ahora que te has ido de verdad, no solo esfumado como aquella noche en la habitación de invitados, pero se trata de esto, ¿verdad? Solo de esto.

Pero lo cierto es que sí tenía una idea respecto a cómo funcionaba. Era una idea arrinconada en un confín lejano de su mente, tan solo una silueta tras la cortina, pero real a fin de cuentas.

La excedrina empezaba a hacer efecto. No mucho, pero tal vez lo suficiente para permitirle llegar a la planta baja del granero sin desmayarse ni romperse la crisma. Si lograba llegar hasta allí, podría ir a la casa, donde tenía las drogas buenas de verdad..., si es que seguían haciendo efecto. Más valía, porque tenía cosas que hacer y sitios a los que ir. Y algunos de ellos muy lejanos, por cierto.

—Los viajes de mil kilómetros empiezan con un solo paso, Lisey —se dijo a sí misma al tiempo que se levantaba.

Caminando de nuevo a paso lento y cuidadoso, Lisey puso rumbo a la escalera. Le llevó casi tres minutos bajarla, aferrada en todo momento a la barandilla y deteniéndose en dos ocasiones a causa del mareo, pero consiguió descender sin caerse. Se sentó unos instantes en la cama *mein gott* para recobrar el aliento y luego emprendió la larga expedición hasta la puerta posterior de la casa.

XI

Lisey y el lago (Chis... Ahora tienes que guardar silencio)

1

El mayor temor de Lisey, que el calor de mediodía la abrumara y le hiciera perder el conocimiento a medio camino entre el granero y la casa, resultó infundado. El sol se puso de su parte al ocultarse tras una nube, y en el mismo instante se materializó una brisa fresca que le calmó la piel ardiente y el rostro tumefacto. Cuando llegó a la puerta trasera de la casa, la profunda herida del pecho le palpitaba de nuevo con fuerza, pero las alas oscuras de la inconsciencia permanecieron alejadas. Tuvo un momento de pánico mientras no lograba encontrar las llaves, pero por fin sus dedos temblorosos toparon con el llavero (un pequeño duende de plata) bajo el pañuelo de papel que por lo general llevaba en el bolsillo delantero derecho, de modo que no sucedió nada. Y la casa estaba fresca. Fresca, silenciosa y, sobre todo, era suya. Ojalá siguiera siendo así mientras se ocupaba de las heridas. Sin llamadas, sin visitantes, sin policías de metro ochenta que aparecieran en la puerta trasera para ver cómo estaba. Y por encima de todo, por favor, Señor (te lo ruego), sin nuevas visitas del Príncipe Negro de los Incunks.

Atravesó la cocina y sacó la palangana blanca de plástico que guardaba bajo el fregadero. Agacharse le dolió, le dolió mucho, y una vez más sintió la calidez de la sangre sobre la piel, empapándole los restos mortales de la blusa destrozada.

Lo ha pasado bien haciéndolo..., lo sabes, ¿verdad?

Por supuesto que lo sabía.

Y volverá. Por muchas promesas que le hagas, por muchas cosas que le entregues..., volverá. ¿También sabes eso?

Sí, también sabía eso.

Porque para Jim Dooley, el trato con Woodbody y los manuscritos de Scott no son más que un campaneó por las fresias. Existe una razón por la que te lastimó el pecho en lugar del lóbulo de la oreja o un dedo.

—Claro —aseguró a la cocina desierta..., primero envuelta en sombra y de repente radiante cuando el sol salió de detrás de una nube—. Es su idea de un polvazo. Y la próxima vez, si la policía no se lo impide, irá por mi coño.

Impídeselo tú, Lisey. Tú.

—No digas chorradas —increpó a la cocina desierta en su mejor imitación de Zsa Zsa Gabor.

De nuevo con la mano derecha, abrió la alacena situada sobre la tostadora, sacó una caja de bolsitas de té Lipton y la puso en la palangana. Agregó el cuadradito ensangrentado de la colcha africana que había encontrado en la caja de cedro de La Buena de Ma, aunque no tenía ni la menor idea de por qué seguía llevándolo en la mano. Luego emprendió el trayecto hacia la escalera arrastrando los pies.

¿Por qué dices que es una chorrada? Detuviste al Rubio, ¿no? No te llevaste el mérito, pero fuiste tú.

—Aquello fue distinto.

Se quedó mirando la escalera con la palangana blanca bajo el brazo, apretada contra la cadera para que la caja de bolsas de té y el cuadrado de punto no cayeran. La escalera se le antojó larguísima, tanto que casi le extrañó no ver nubes en lo alto.

Si fue distinto, ¿por qué vas arriba?

—¡Porque ahí es donde está el Vicodin! —le gritó a la casa vacía—. ¡Las malditas pastillas que lo curan todo!

La voz dijo una cosa más y luego enmudeció.

—PPCCN, babyluv tiene razón —convino Lisey—. Más vale que te lo creas.

Y dicho aquello inició el largo y lento ascenso.

2

A medio camino regresaron las alas, más oscuras que nunca, y por un instante se convenció de que se desmayaría sin remedio. Se estaba aconsejando a sí misma caer hacia delante, sobre los peldaños, en lugar de hacia atrás, al vacío, cuando la

vista se le despejó de nuevo. Se sentó con la palangana sobre las piernas, agachó la cabeza y en aquella postura contó hasta cien, intercalando la palabra «Mississippi» entre cada número. Luego se levantó otra vez y culminó el ascenso. En la primera planta había corriente de aire, por lo que hacía aún más fresco que en la cocina, pero, pese a ello, Lisey llegó al final de la escalera empapada en sudor. El sudor se le metió en el corte del pecho, y pronto percibió un tremendo escozor que hizo compañía al dolor. Y volvía a tener sed. Una sed que le azotaba la garganta y el estómago. Ese era un problema que podía remediar, y cuanto antes mejor.

Echó un vistazo al dormitorio de invitados al pasar muy despacio ante él. Lo habían redecorado desde 1996, dos veces, pero comprobó que le resultaba muy fácil visualizar la mecedora negra con el sello de la Universidad de Maine en el respaldo..., y el ojo ciego del televisor..., y las ventanas cubiertas de escarcha que cambiaba de color a medida que cambiaban las luces del cielo...

Basta, pequeña Lisey, eso forma parte del pasado.

—Forma parte del pasado, pero no ha terminado —replicó, enojada—. ¡Ese es el problema, puñeta!

No obtuvo respuesta a su arranque, pero por fin llegó al dormitorio principal con baño..., lo que Scott, nada famoso por su delicadeza, siempre llamaba Il Grande Cagatorium. Dejó la palangana, vació el vaso de los cepillos de dientes (seguía conteniendo dos cepillos, pero los dos eran suyos), y lo llenó de agua fría hasta arriba. Se lo bebió con ansia y luego dedicó un instante a examinarse en el espejo. Al menos el rostro.

Lo que vio no resultaba nada alentador. Sus ojos eran destellos azules en medio de dos cavernas oscuras. Bajo ellos, la piel se había teñido de marrón negruzco. Tenía la nariz torcida hacia un lado. No creía que estuviera rota, pero ¿qué sabía ella? Al menos podía respirar por ella. Bajo la nariz se veía una gran costra de sangre seca a ambos lados de la boca, confiriéndole un grotesco bigote a lo Fu Manchu. «Mira, mamá, soy un motero», intentó decir, pero las palabras se resistieron a brotar de sus labios. De todos modos era un chiste patético.

Tenía los labios tan hinchados que la cara interior sobresalía como en un mohín exageradamente coqueto.

¿De verdad tenía intención de ir a Greenlawn, residencia del famoso Hugh Alberness, en este estado? ¿En serio? Qué gracia... Me echarían un vistazo y pedirían una ambulancia para llevarme a un hospital de verdad, de esos que tienen UCI.

No es eso lo que estabas pensando. Lo que estabas pensando...

Pero se apresuró a desterrar aquella idea de su mente y recordó la que Scott decía a menudo: «El noventa y ocho por ciento de lo que nos pasa por la cabeza

no es asunto nuestro». Quizá fuera cierto, quizá no, pero de momento le convenía adoptar la misma actitud que en la escalera, cabeza gacha y pasito a pasito.

Lisey tuvo otro momento de pánico porque no encontraba el Vicodin. Estuvo a punto de desistir, convencida de que una de las tres chicas que acudían a hacer la limpieza de primavera se habría llevado el frasco, pero por fin lo encontró escondido tras el complejo vitamínico de Scott. Y, milagro de los milagros, caducaban ese mismo mes.

—Quien guarda, halla —masculló antes de tomarse tres.

Luego llenó la palangana de plástico con agua tibia y vertió en ella un puñado de bolsitas de té. Se quedó mirando cómo el agua transparente empezaba a teñirse de ámbar, luego se encogió de hombros y arrojó el resto de las bolsas. Todas ellas se hundieron hasta el fondo del agua cada vez más oscura, y Lisey recordó a un joven diciendo: «Escuece un poco, pero va super superbien». En otra vida. Ahora lo averiguaría por sí misma.

Cogió un paño limpio de la barra instalada junto al lavabo, lo dejó caer en la palangana y lo escurrió con suavidad. *¿Qué estás haciendo, Lisey?*, se preguntó a sí misma..., pero la respuesta era evidente, ¿no? Estaba siguiendo el rastro que le había dejado su marido. El rastro que conducía al pasado.

Dejó caer los vestigios de su blusa al suelo del baño y con una mueca de aprensión aplicó el paño empapado en té sobre el pecho. Le dolió, pero en comparación con los crueles pinchazos provocados por el sudor, casi le resultó agradable, como un enjuague bucal sobre una encía inflamada.

Funciona. Funciona super superbien, Lisey.

En tiempos se lo había creído..., más o menos, pero por entonces tenía veintidós años y estaba dispuesta a creerse un montón de cosas. Ahora creía en Scott. ¿Y en Boo'ya Moon? Sí, suponía que también creía en eso. Un mundo que aguardaba a la vuelta de la esquina y tras la cortina violeta colgada en su mente. La cuestión residía en si estaba al alcance de la mujer del famoso escritor ahora que él había muerto y ella estaba sola.

Lisey escurrió de nuevo el paño, del que salió una mezcla de sangre y té, volvió a sumergirlo en el mejunje y lo aplicó de nuevo sobre el pecho herido. Esta vez le escoció aún menos. *Pero no cura, pensó. No es más que otro hito en el camino que conduce al pasado.*

—Otra dáliva —declaró en voz alta.

Con el paño suavemente apretado contra el pecho y el cuadrado ensangrentado de la manta africana (el capricho de La Buena de Ma) en la mano cerrada bajo la herida, Lisey entró muy despacio en el dormitorio y se sentó en la cama, la mirada fija en la pala de plata con las palabras PRIMERA PIEDRA, BIBLIOTECA SHIPMAN grabadas en la hoja. Sí, advirtió una pequeña abolladura

en el punto que había chocado primero contra el arma del Rubio y poco después con el rostro del Rubio. Tenía la pala, y aunque la manta africana amarilla en la que Scott se había arrebujado aquellas gélidas noches de 1996 había desaparecido largo tiempo atrás, tenía aquel resto, el capricho.

Dáliva, fin.

—Ojalá fuera el fin —dijo Lisey antes de tenderse sobre la cama con el paño aún oprimido contra el pecho.

El dolor empezaba a remitir, pero el alivio se debía al efecto de las píldoras de Amanda, mucho más potente que el remedio del té de Paul o los analgésicos caducados de Scott. Cuando el efecto pasara, el dolor volvería. Al igual que Jim Dooley, autor del dolor. La cuestión era qué haría ella entretanto. ¿Podía hacer algo?

Lo único que no puedes hacer es dormirte.

No, eso sería nefasto.

«Si no tengo noticias del profesor antes de las ocho de esta tarde, la próxima vez le haré mucho más daño», le había advertido Dooley, y Dooley había organizado el asunto de forma que ella tuviera todas las de perder. También le había advertido que no se fuera de la lengua ni dijera a nadie que él había estado allí. Hasta ahora le había hecho caso, pero no porque tuviera miedo de morir. En cierto modo, saber que Dooley tenía intención de matarla de todos modos le reportaba cierta ventaja. Por lo menos ya no tenía que preocuparse por intentar razonar con él. Pero si llamaba a la oficina del sheriff..., bueno...

—No puedes ir de cacería de dálivas con la casa llena de policías de nombre extraño —dijo—. Además...

Además, creo que Scott todavía no ha terminado de decir la suya. O de intentarlo.

—Cariño —suspiró en el dormitorio vacío—, ojalá supiera lo que quieres decirme.

3

Se volvió hacia el reloj digital de la mesilla de noche y quedó asombrada al comprobar que solo eran las once menos veinte. Tenía la sensación de que el día había durado mil años, pero sospechaba que se debía a que había pasado buena parte de él rememorando el pasado. Los recuerdos distorsionaban la perspectiva, y los más vívidos podían llegar a aniquilar el tiempo mientras duraban.

Pero, dejando a un lado el pasado, ¿qué estaba sucediendo en ese momento?

Bueno, se dijo Lisey, vamos a ver. En el Reino de Pittsburgh, el antiguo Rey

de los Incunks sin duda está experimentando la casa de terror que mi difunto marido siempre llamaba el Síndrome de los Testículos Malolientes. El agente Alston está en Cash Corners, inspeccionando un pequeño incendio doméeeestico. Sospechan que provocaaado, querida. ¿Jim Dooley? Quizá escondido en el bosque por aquí cerca, afilando una ramita, con mi abrelatas Oxo en el bolsillo, matando el tiempo. Su PT Cruiser podría estar aparcado en cualquiera de la docena de graneros y cobertizos que hay en Castle View, en Deep Cut o a las afueras de Harlow. Darla probablemente está de camino al aeródromo de Portland para recoger a Canty. La Buena de Ma habría dicho «Pitando que es gerundio». ¿Y Amanda? Oh, Amanda se ha esfumado, babyluv. Tal como Scott auguró que sucedería tarde o temprano. Hizo de todo, incluso reservarle una habitación, puñeta. Porque Dios los cría y ellos se juntan, como dice el refrán.

—¿Tengo que ir a Boo'ya Moon? —preguntó en voz alta—. ¿Es la siguiente estación de la dáliva? Lo es, ¿verdad? Scott, burro, ¿cómo lo hago contigo muerto?

Te estás precipitando de nuevo.

Claro, estaba obsesionada con su incapacidad de ir a un lugar que ni siquiera se había permitido recordar en toda su extensión...

Tienes que hacer mucho más que levantar esa cortina y mirar por debajo del dobladillo.

—Tengo que arrancarla —musitó, trastornada—. ¿Verdad que sí?

No obtuvo respuesta. Lisey tomó el silencio por un sí. Se volvió de costado y cogió la pala de plata. La inscripción centelleó al sol de la mañana. Dobló el cuadrado de la colcha africana en torno al mango y levantó la herramienta.

—Muy bien —resolvió—, la arrancaré. Me preguntó si quería ir, y le dije que sí. Dije «Jerónimo».

Lisey reflexionó unos instantes.

—No, no dije eso, lo dije a su manera, «Jerómino». ¿Y qué pasó? ¿Qué pasó después?

Cerró los ojos y sintió deseos de lanzar un grito exasperado al ver tan solo una brillante extensión violeta. Pero en lugar de gritar pensó *PPCCN, babyluv: Ponte las Pilas Cuando lo Consideres Necesario*, y agarró el mango de la pala con más fuerza. Se vio a sí misma blandiéndola. La vio centellear al sol brumoso de agosto. Y la cortina violeta se abrió ante ella con la brusquedad de la piel al abrirse tras un corte, y lo que salió no fue sangre, sino luz, una espectacular luz anaranjada que llenó el corazón de una terrible combinación de gozo, terror y pena. No era de extrañar que hubiese reprimido el recuerdo durante tantos años. Era demasiado. Más que demasiado. Aquella luz parecía conferir al aire del crepúsculo una textura sedosa, y el chillido de un pájaro le azotó el oído como un

guijarro de cristal. La brisa le trajo cien perfumes exóticos. Frangipán, buganvilla, rosas polvorientas y, oh, Dios santo, cactus cereus de floración nocturna. Lo que más la alteró fue el recuerdo de la piel de Scott sobre su piel, el latido de la sangre de su marido en contrapunto con el latido de la suya, porque un momento antes yacían desnudos en la cama de The Antlers y ahora estaban arrodillados desnudos entre la infinidad violeta de las lilas, cerca de la cima de la colina, desnudos en las sombras cada vez más densas de los árboles. Y por encima del horizonte se elevaba la mansión anaranjada de la luna, hinchada y ardiente de tan fría, mientras el sol se ocultaba al otro lado, hirviendo en una casa purpúrea de fuego. Se dijo que aquella mezcla de luz enfurecida la mataría con su belleza.

Tendida sobre su lecho de viuda, aferrada a la pala con ambas manos, una Lisey mucho mayor profirió una exclamación de gozo por lo que recordaba y de pena por lo que había perdido. El corazón se le recompuso y al mismo tiempo se le volvió a romper. Le sobresalían los tendones del cuello. Sus labios tumefactos se separaron hasta dejar al descubierto los dientes y verter sangre fresca en los resquicios de las encías. Las lágrimas le resbalaban desde los ojos en dirección a las orejas, de donde quedaron suspendidas como joyas exóticas. Y el único pensamiento claro que surcaba su mente era *Oh, Scott, no habíamos nacido para semejante belleza, no habíamos nacido para semejante belleza, deberíamos haber muerto en aquel momento, oh, cariño, deberíamos haber muerto, desnudos y abrazados, como amantes de alguna leyenda.*

—Pero no morimos —murmuró Lisey—. Scott me estrechó entre sus brazos y me dijo que no podíamos quedarnos mucho rato, porque empezaba a oscurecer y aquel era un lugar peligroso de noche, casi todos los árboles del amor se echaban a perder. Pero luego me dijo que quería...

4

—Quiero enseñarte algo antes de volver —anuncia antes de ayudarla a levantarse.

—Oh, Scott —se oye decir con un hilo de voz—. Oh, Scott.

No se siente capaz de articular nada más. En cierto modo, aquello le recuerda la primera vez que percibió la proximidad de un orgasmo, solo que esta sensación se alarga y se alarga, todo inminencia, pero sin llegada.

Scott la lleva a alguna parte. Lisey siente la hierba alta acariciándole los muslos con un leve susurro. Al cabo de un instante, la hierba desaparece, y comprueba que se hallan en un sendero trillado que pasa por entre las lilas. Conduce a lo que Scott llama «los árboles del amor», y Lisey se pregunta si habrá alguien allí. *Si es así, ¿cómo lo soportan?*, piensa. Arde en deseos de contemplar

de nuevo la enorme luna naciente, pero no se atreve.

—No hables bajo los árboles —advierte Scott—. No creo que nos pase nada de momento, pero más vale prevenir aunque solo estemos en el margen del Bosque de las Hadas.

Lisey no cree que fuera capaz de hablar más que en susurros aunque Scott se lo ordenara. Bastante ha tenido con conseguir musitar «Oh, Scott».

Scott se encuentra bajo uno de los árboles del amor. Tiene aspecto de palmera, solo que el tronco es verde y deshilachado, cubierto de lo que parece pelo en lugar de musgo.

—Dios, espero que no lo hayan derribado —dice—. Estaba bien la última vez que vine, la noche que te enfadaste tanto y atravesé el vidrio del invernadero con la mano... ¡Ah, ahí está!

Tira de ella hacia la derecha, fuera del sendero. Y cerca de uno de los dos árboles separados que parecen custodiar la entrada del bosque, Lisey ve una sencilla cruz confeccionada con dos tablones; a ella le parecen unos simples fragmentos de una caja de madera. No hay montículo funerario; de hecho, la tierra parece más bien hundida en aquel punto, pero la cruz basta para indicarle que se trata de una tumba. En el brazo horizontal de la cruz se ve una sola palabra escrita con cuidadosas letras de imprenta: **PAUL**.

—La primera vez lo escribí con lápiz —explica Scott con voz que suena clara pero lejana a un tiempo—. Luego lo intenté con bolígrafo, pero por supuesto no funcionó porque la madera es demasiado áspera. El rotulador resultó mejor, pero acabó desvaído. Al final me decanté por pintura negra que encontré en un viejo estuche de Paul.

Lisey contempla la cruz a la extraña mezcla de luces del día agonizante y la noche naciente, pensando (en la medida en que es capaz de pensar). *Todo es cierto. Lo que me parecía haber experimentado cuando salimos de debajo del árbol ñam-ñam sucedió de verdad. Y ahora también, solo que más claro y durante más tiempo.*

—¡Lisey!

La voz de Scott denota una alegría rayana en la histeria, ¿y por qué no? No ha podido compartir este lugar con nadie desde la muerte de Paul. Las pocas veces que ha venido, ha tenido que hacerlo solo. Llorar solo.

—¡Quiero enseñarte otra cosa!

En algún lugar suena una campana, un sonido muy lejano pero que le resulta familiar.

—¿Scott?

—¿Qué? —replica él, arrodillado sobre la hierba—. ¿Qué, babyluv?

—¿Has oído...?

Pero la campana ha dejado de sonar. Sin duda han sido imaginaciones suyas.

—Nada. ¿Qué querías enseñarme?

Como si no me hubieras enseñado bastante ya, piensa.

Scott desliza las manos entre la hierba alta al pie de la cruz, pero por lo visto no hay nada allí, y su sonrisa feliz y algo bobalicona empieza a desvanecerse.

—A lo mejor algo se lo ha llev... —empieza, pero se interrumpe en seco.

Su rostro se contrae en una mueca, luego se relaja, y lanza una carcajada medio histérica.

—¡Aquí está! Maldita sea, pensaba que me había pinchado, menudo chiste, después de tantos años... ¡Pero todavía lleva el capuchón! ¡Mira, Lisey!

Lisey habría jurado que nada conseguiría distraer su atención de este lugar maravilloso, el cielo bermellón a este y oeste, de un extraño verde azulado sobre su cabeza, la exótica mezcla de aromas, y sí, en alguna parte, muy lejos, un nuevo tañido de alguna campana perdida... Pero lo que Scott sostiene alto a la luz moribunda del día lo consigue. Es la jeringuilla que su padre le dio, la que Scott debía clavarle cuando llegaran aquí. En la base metálica se distinguen algunas motas de óxido, pero por lo demás parece nueva.

—Era lo único que tenía para dejar aquí —explica Scott—. No tenía ninguna fotografía. Los niños que iban a la escuela de asnos al menos tenían fotos.

—¿Cavaste la tumba...? Scott, ¿cavaste la tumba con las manos?

—Lo intenté. Y conseguí hacer un hoyo poco profundo, porque la tierra es blanda, pero la hierba..., arrancar la hierba me llevó mucho rato..., qué malas hierbas tan resistentes..., y entonces empezó a oscurecer, y los reidores empezaron...

—¿Los reidores?

—Son como hienas, creo, pero en malvado. Viven en el Bosque de las Hadas.

—El Bosque de las Hadas... ¿Fue Paul quien le puso ese nombre?

—No, yo. —Scott señala los árboles—. Paul y yo nunca vimos a los reidores de cerca, la mayoría de las veces solo los oíamos. Pero veíamos otras cosas..., yo veía otras cosas..., hay una cosa...

Scott se vuelve hacia la masa cada vez más oscura de los árboles del amor y luego hacia el camino, que se desvanece de inmediato al adentrarse en el bosque.

—Tenemos que volver —anuncia con inequívoca cautela.

—Pero tú puedes llevarnos, ¿no?

—Con tu ayuda sí.

—Entonces cuéntame cómo lo enterraste.

—Puedo contártelo cuando volvamos, si...

Pero el ademán negativo que Lisey hace con la cabeza lo acalla.

—No. Entiendo por qué no quieres tener hijos. Ahora lo entiendo. Si alguna

vez me dijeras: «Lisey, he cambiado de idea, quiero correr el riesgo», podríamos hablar de ello, porque por un lado estaba Paul..., y por otro tú.

—Lisey...

—Podríamos hablar de ello llegado el caso, pero por lo demás nunca volveremos a hablar de esfumados, del mal rollo ni de este lugar, ¿de acuerdo? —Observa la expresión con que la mira Scott y suaviza el tono—. No tiene que ver contigo, Scott, no todo tiene que ver contigo, ¿sabes? Resulta que esto tiene que ver conmigo. Este lugar es hermoso. —Se vuelve con un estremecimiento—. Es demasiado hermoso. Si pasara demasiado tiempo aquí o incluso demasiado tiempo pensando en este lugar..., creo que la belleza me volvería loca. Así que si tenemos poco tiempo, por una vez en tu vida, abrevia, puñeta. Cuéntame cómo lo enterraste.

Scott se aparta de ella hasta casi darle la espalda. La luz anaranjada del sol poniente define la silueta de su cuerpo. El promontorio del omóplato, la inclinación de la cintura, la curva de la nalga, la línea apenas arqueada del muslo... Toca el brazo de la cruz. Entre la hierba alta, apenas visible, la curva vítrea de la jeringuilla brilla como una baratija olvidada de un tesoro de pacotilla.

—Lo cubrí de hierba y me fui a casa. No pude volver aquí hasta al cabo de casi una semana. Estaba enfermo. Tenía fiebre. Papi me daba gachas de avena por la mañana y sopa cuando volvía del trabajo. Yo tenía miedo del fantasma de Paul, pero nunca vi su fantasma. Luego me puse bueno y traté de venir con la pala de papi, pero no conseguí pasarla. Solo yo. Creía que los aminaes... —*animales*—, se lo habrían comido, los reidores y tal, pero no habían empezado, así que volví a casa y traté de pasar otra vez, esta vez con una pala de juguete que encontré en nuestro viejo baúl de juguetes en el desván. Conseguí pasarla, y con eso cavé su tumba, Lisey, con una pala de plástico rojo que teníamos cuando éramos pequeños.

El sol poniente ha empezado a teñirse de rosa. Lisey abraza a Scott. Scott la estrecha entre sus brazos y por un instante oculta el rostro en su cabello.

—Lo querías mucho —constata ella.

—Era mi hermano —se limita a responder él, y con eso basta.

Abrazada a él en la creciente penumbra, Lisey ve o cree ver otra cosa. ¿Otro trozo de madera? Eso parece, otro tablón de una caja de madera tirado junto al punto donde el sendero se separa de la colina cubierta de lilas (y donde su color lavanda adquiere un matiz violeta cada vez más oscuro). No, no uno solo, sino dos.

¿Será otra cruz?, se pregunta. ¿Una cruz rota?

—Scott, ¿hay alguien más enterrado aquí?

—¿Eh? —masculla él en tono sorprendido—. ¡No! Hay un cementerio, claro,

pero no está aquí, está junto a... —En este momento ve lo que ha captado la atención de Lisey y lanza una risita ahogada—. ¡Ah, eso! No es una cruz, sino una señal. Paul la hizo más o menos cuando organizó la primera dádiva, cuando aún podía venir solo de vez en cuando. ¡Me había olvidado por completo de la vieja señal!

Se zafa de ella y corre hacia la señal. Corre sendero abajo, corre bajo los árboles. Lisey no sabe si aquello le hace demasiada gracia.

—Scott, está a punto de anochecer. ¿No crees que es mejor que volvamos?

—Ahora mismo, Lisey, ahora mismo.

Recoge uno de los tablones y se lo trae. Lisey a duras penas distingue las letras desvaídas y tiene que acercarse la madera a los ojos para leer el mensaje:

AL LAGO

—¿Lago? —pregunta.

—Lago —corroborra Scott.

Y se echa a reír. Pero en aquel preciso instante, en las profundidades de lo que llama el Bosque de las Hadas (donde sin duda ya ha anochecido), los primeros reidores elevan sus voces.

Son solo dos o tres, pero el sonido aterroriza a Lisey más que ninguna otra cosa en toda su vida. No le recuerda la risa de las hienas, sino que suena humano, las carcajadas de unos locos en las profundidades más tenebrosas de una pesadilla gótica. Se aferra al brazo de Scott hasta clavarle las uñas y le dice con una voz que apenas reconoce que quiere regresar, que Scott tiene que llevarla de vuelta ahora mismo.

En la distancia tañe una campana.

—Sí —asiente él al tiempo que arroja la señal entre la hierba.

Sobre sus cabezas, una ráfaga de aire oscuro agita los árboles del amor, arrancándoles suspiros y un perfume más penetrante que el de las lilas, una fragancia sofocante, casi enfermiza.

—Este lugar no es seguro de noche. El lago sí, y la playa..., los bancos..., tal vez incluso el cementerio, pero...

Más reidores se unen al coro. En cuestión de segundos se han convertido en docenas. Algunas carcajadas ascienden por una escala desafinada y se transforman en chillidos tan escalofriantes que a Lisey le entran ganas de responder con un chillido propio. Luego descienden de nuevo, a veces hasta convertirse en risitas ahogadas que parecen proceder de una ciénaga.

—¿Qué son esas cosas? —susurra; por encima del hombro de él, la luna es un globo hinchado de gas—. No parecen animales.

—No lo sé. Corren a cuatro patas, pero a veces..., es igual. Nunca los he visto

de cerca. Ni yo ni Paul.

—¿A veces qué, Paul?

—Se levantan. Como las personas. Miran a su alrededor. Da igual. Lo que ahora importa es volver. Quieres volver, ¿verdad?

—¡Sí!

—Pues cierra los ojos y visualiza la habitación de The Antlers. Visualízala con toda la precisión que puedas. Eso me ayudará. Nos dará impulso.

Lisey cierra los ojos y por un terrible instante no ve nada. Pero entonces visualiza el modo en que la cómoda y las mesillas que flanquean la cama surgieron de la oscuridad cuando la luna se desembarazó de las nubes, y de inmediato acude a su mente el papel pintado de las paredes, rosas silvestres, y la silueta del cabezal de la cama, y el crujido cómico de los muelles cada vez que uno de ellos se movía. Y de repente, el sonido aterrador de aquellas cosas riendo en el

(Bosque Bosque de las Hadas).

bosque oscuro parece desvanecerse. También los olores se desvanecen, y una parte de ella se entristece por tener que abandonar este lugar, pero la sensación más clara que experimenta es de alivio. Por su cuerpo (por supuesto) y su mente (sin lugar a dudas), pero sobre todo por su alma, su puñetera alma inmortal, porque quizá las personas como Scott Landon puedan viajar a lugares como Boo'ya Moon, pero aquel surrealismo, aquella belleza no estaban hechas para mortales normales y corrientes como ella, a menos que se hallaran en las páginas de un libro o en la oscuridad tranquilizadora de una sala de cine.

Y solo he visto una pequeña parte, piensa.

—¡Muy bien! —exclama Scott, y Lisey detecta una mezcla de alivio y sorpresa complacida en su voz—. ¡Lisey, eres una campeo...!

Na, acaba la palabra, pero antes de que Scott la pronuncie, antes de que la suelte y ella abra los ojos, Lisey sabe

5

—Supe que estábamos en casa —terminó antes de abrir los ojos.

La intensidad del recuerdo era tal que por un instante esperó ver la quietud bañada por la luna del dormitorio que habían compartido dos noches en New Hampshire veintisiete años atrás. Había aferrado la pala de plata con tal fuerza que tuvo que obligarse conscientemente a abrir los dedos uno a uno. Luego se colocó el capricho amarillo, apelmazado por la sangre, pero reconfortante, de nuevo sobre el pecho.

¿Y luego qué? ¿Vas a decirme que después de aquello, después de todo aquello, os limitasteis a daros media vuelta y dormir?

Pues sí, era más o menos lo que había ocurrido. Lisey ardía en deseos de empezar a olvidar, y Scott estaba más que encantado de seguirle la corriente. Había necesitado todo su valor para revivir su pasado, lo cual no era de extrañar. Sin embargo, Lisey le hizo una última pregunta aquella noche, lo recordaba bien, y estuvo a punto de hacerle otra al día siguiente, en el trayecto de regreso a Maine, antes de darse cuenta de que no hacía falta. La pregunta que le hizo por la noche guardaba relación con algo que Scott había dicho justo antes de que los reidores empezaran a emitir sus carcajadas y el susto matara su curiosidad. Lo que quería saber era a qué se había referido Scott al decir «Cuando aún podía venir solo de vez en cuando». Hablaba de Paul.

Scott se sobresaltó.

—Hacía años que no pensaba en eso —comentó—, pero sí, podía venir solo. Le resultaba difícil, como a mí darle a una pelota de béisbol, y por eso casi siempre me dejaba hacer a mí, y creo que con el tiempo perdió la facultad de hacerlo.

La pregunta que pensó hacerle en el coche giraba en torno al lago cuya dirección indicaba la señal rota. ¿Era el lago del que siempre hablaba en sus conferencias? Lisey no llegó a preguntárselo porque, a fin de cuentas, la respuesta era obvia. Sus oyentes podían creer que el lago de los mitos, el lago del lenguaje (al que todos acudimos a beber, nadar o quizá pescar un poco), era una referencia en sentido figurativo, pero ella sabía que no era así. Era un lago real. Lo sabía entonces porque conocía a Scott. Lo sabía ahora porque había estado allí. Se llegaba a él desde la Colina del Amor por el camino que se adentraba en el Bosque de las Hadas; había que pasar tanto por el Árbol de la Campana como por el cementerio para llegar hasta él.

—Fui a buscarlo —susurró sin soltar la pala—. Oh, Dios, recuerdo tan bien la luna —añadió con brusquedad, y de repente se le puso la carne de gallina con tal intensidad que se retorció sobre la cama.

La luna. Sí, la luna. Una luna sangrienta de color anaranjado, tan distinta de la aurora boreal y el mortífero frío que acababa de dejar atrás. Una luna de verano demencial, sensual, tenebrosamente deliciosa, que iluminaba el valle de piedra en forma de cuña mejor de lo que habría querido. La veía casi tan bien como entonces porque había rasgado la cortina violeta, la había rasgado con brusquedad justiciera, pero la memoria no era más que memoria, y Lisey creía que la suya la había llevado cuan lejos podía. Quizá un poco más, con una o dos imágenes añadidas de su propia serpiente de libros, pero no mucho, y tendría que regresar allí, a Boo'ya Moon.

La cuestión era si podría hacerlo.

Y entonces le acudió a la mente otra pregunta: *¿Y si se ha convertido en uno de los amortajados?*

Por un instante, una imagen intentó abrirse paso en la mente de Lisey. Vio gran cantidad de figuras silenciosas que parecían cadáveres envueltos en sábanas anticuadas a modo de sudario. Pero estaban sentadas. Y le pareció que respiraban.

Un estremecimiento la recorrió de pies a cabeza. El temblor le ocasionó una punzada de dolor en el pecho herido pese al Vicodin que había tomado, pero no había forma de impedir que el escalofrío siguiera su curso. Cuando remitió, Lisey se sintió capaz de afrontar cuestiones prácticas. La más apremiante era si podía pasar al otro mundo por sí sola, porque tenía que ir, a despecho de los amortajados.

Scott podía hacerlo solo y llevarse consigo a su hermano Paul. De adulto había podido llevar a Lisey desde The Antlers. La pregunta crucial residía en qué había sucedido diecisiete años más tarde, aquella gélida noche de enero de 1996.

—No se había esfumado del todo —murmuró—. Me apretó la mano.

Sí, y recordaba haber pensado que quizá se la estaba apretando con todas sus fuerzas dondequiera que se hallara, pero ¿significaba eso que se la había llevado a ella?

—Y le grité —añadió con una sonrisa—. Le dije que si quería volver a casa tenía que llevarme con él..., y siempre creí que lo había hecho...

Chorradas, pequeña Lisey, nunca pensaste en ello siquiera, ¿verdad? Hasta hoy, cuando te han hecho papilla la teta y no te ha quedado más remedio. Así que, ya que estás pensando en ello, piensa en ello de verdad. ¿Te llevó consigo aquella noche? ¿Lo hizo?

Estaba a punto de concluir que era una de esas preguntas marca el huevo y la gallina, es decir, preguntas sin respuesta satisfactoria, cuando recordó las palabras de Scott: «Lisey, eres una campeona».

Lo había conseguido sola en 1996. Aun así, Scott estaba vivo en ese momento, y aquel apretón, por débil que fuera, había bastado para indicarle que estaba al otro lado, abriendo un conducto para ella...

—Sigue allí —dijo, aferrando con más fuerza la pala—. El paso sigue allí, tiene que seguir allí, porque Scott se preparó para esto. Me dejó una puñetera dáliva para que yo también estuviera preparada. Y entonces, ayer por la mañana, en la cama con Amanda..., eras tú, Scott, sé que eras tú. Me dijiste que me esperaba una dáliva sangrienta... y un premio..., una bebida, dijiste..., y me llamaste «babyluv». ¿Dónde estás ahora? ¿Dónde estás ahora, cuando te necesito para que me llesves al otro lado?

No obtuvo respuesta salvo el tictac del reloj colgado de la pared.

Cierra los ojos. También había dicho eso. Visualiza. Visualiza lo mejor que puedas. Eso me ayudará. Lisey, eres una campeona.

—Más me vale —masculló en el dormitorio soleado, vacío, desprovisto de Scott—. Más me vale, cariño.

Uno de los peores defectos de Scott era que pensaba demasiado, pero ese nunca había sido uno de los problemas de Lisey. Si se hubiera detenido a reflexionar sobre la situación en Nashville, con toda probabilidad Scott habría muerto. Se había limitado a actuar y a salvarle la vida con la pala que ahora sujetaba.

Traté de venir con la pala de papi, pero no conseguí pasarla.

¿Conseguiría pasar la pala de Nashville?

Creía que sí. Y eso estaba bien, porque no quería separarse de ella.

—Amigas hasta el final —susurró al tiempo que cerraba los ojos.

Empezó a invocar los recuerdos de Boo'ya Moon, ahora vívidos, pero de repente una pregunta perturbadora quebró su concentración. Otro pensamiento inquietante que la distraía de su objetivo.

¿Qué hora es allí, pequeña Lisey? Bueno, no me refiero a la hora, sino a si es de día o de noche. Scott siempre lo sabía, o al menos eso decía, pero tú no eres Scott.

No, pero recordaba uno de los temas de *rock and roll* favoritos de Scott. «La noche es el mejor momento». En Boo'ya Moon, la noche era el peor momento, cuando los olores se tornan putrefactos y la comida podía llegar a envenenarte. La noche era el momento en que salían los reidores, criaturas que caminaban a cuatro patas pero a veces se erguían como personas y miraban a su alrededor. Y también había otras cosas, cosas peores.

Cosas como el chaval larguirucho de Scott.

Está muy cerca, cariño. Eso era lo que le había dicho bajo el sol abrasador de Nashville el día en que estaba convencida de que moriría. *Lo oigo comer.* Lisey había intentado decirle que no sabía de qué estaba hablando, pero Scott la había pellizcado y le había ordenado que no insultara su inteligencia ni la de ella.

Porque yo había estado allí. Porque había oído a los reidores y creído a Scott cuando me dijo que había cosas peores al acecho. Y era cierto. Vi la cosa de la que hablaba. La vi en 1996, cuando fui a Boo'ya Moon para traerlo de vuelta. Solo le vi el costado, pero fue suficiente.

—Un costado infinito —masculló Lisey, horrorizada al comprobar que realmente creía en la veracidad de aquellas palabras.

Era de noche en 1996. Era de noche cuando pasó al otro mundo de Scott desde el dormitorio de invitados. Había bajado por el sendero para adentrarse en el bosque, el Bosque de las Hadas, y...

Muy cerca, un motor se puso en marcha. Lisey abrió los ojos y estuvo a punto de proferir un grito. Luego se relajó poco a poco. Solo era Herb Galloway, o quizá el hijo de los Luttrell, al que Herb contrataba a veces, segando la hierba en el jardín vecino. No tenía nada que ver con aquella noche gélida de enero de 1996, cuando encontró a Scott en el dormitorio de invitados, presente físicamente, respirando, pero ausente en todos los demás sentidos relevantes.

Aun cuando pudiera hacerlo, no puedo hacerlo así; hay demasiado ruido, pensó.

El mundo está demasiado apegado a nosotros, pensó.

¿Quién escribió eso?, pensó. Y como tantas otras veces, aquel pensamiento fue seguido de su dolorosa coletilla: *Scott lo sabría.*

Sí, Scott lo sabría. Lo recordó en todas aquellas habitaciones de motel, encorvado sobre la máquina de escribir portátil(**¡SCOTT Y LISEY, LOS PRIMEROS AÑOS!**) y más tarde, con el rostro iluminado por el fulgor del ordenador portátil. A veces con un cigarrillo consumiéndose en un cenicero junto a él, a veces con una copa, siempre con el rizo olvidado sobre la frente. Lo recordó tendido sobre ella en aquella misma cama, persiguiéndola a toda pastilla por aquella espantosa casa de Bremen (**¡SCOTT Y LISEY EN ALEMANIA!**), ambos desnudos y muertos de risa, cachondos, pero no realmente felices, mientras los camiones y los coches rugían alrededor de la rotonda al final de la calle. Recordó los brazos de Scott alrededor de su cuerpo, todas las veces que la había abrazado, y su olor, y la aspereza de su mejilla contra la de ella, y se dijo que vendería su alma, sí, su puñetera alma inmortal, por escuchar una vez más el portazo de Scott y su voz diciendo: «¡Hola, Lisey, ya estoy en casa! ¿Todo sigue igual?».

Calla y cierra los ojos.

Era la voz de Lisey, pero al mismo tiempo casi la de Scott, una excelente imitación, de modo que Lisey cerró los ojos y sintió las primeras lágrimas cálidas, casi reconfortantes, por entre la pantalla de las pestañas. Había descubierto que muchas cosas acerca de la muerte no te las contaban, y una de las importantes era el tiempo que tus seres queridos tardaban en morir en tu corazón. *Es un secreto,* pensó Lisey, *y así debe ser, porque ¿quién querría acercarse a otra persona sabiendo lo difícil que resultaría prescindir de ella? En tu corazón, los seres queridos mueren muy despacio, ¿verdad? Como una planta cuando te vas de viaje y olvidas pedirle al vecino que pase de vez en cuando con la regadera, y es tan triste...*

No quería pensar en la tristeza ni en su pecho herido, donde el dolor empezaba a reaparecer. En lugar de ello desvió los pensamientos hacia Boo'ya Moon. Recordaba lo sobrecogedor y al mismo tiempo maravilloso que había sido pasar de la gélida noche de Maine a aquel paraíso tropical en un abrir y cerrar de ojos.

La textura algo melancólica del aire, la fragancia sedosa del frangipán y la buganvilla. Recordaba la espectacular luz del sol poniente y la luna naciente, así como el tañido lejano de aquella campana. La misma campana.

Lisey reparó en que el sonido del cortacésped en el jardín de los Galloway se había alejado de un modo extraño, al igual que el rugido de una motocicleta que pasaba por la carretera. Algo ocurría, estaba casi segura de ello. Se había activado un resorte, se estaba llenando un pozo, estaba girando una rueda. Quizá el mundo no estaba demasiado apegado a ella a fin de cuentas.

Pero ¿y si llegas allí y es de noche? Suponiendo que lo que estás experimentando no es una combinación de estupefacientes y fantasía, ¿qué pasa si llegas allí y es de noche, cuando salen las cosas malas? ¿Cosas como el chaval larguirucho de Scott?

Pues me vuelvo.

Si estás a tiempo, querrás decir.

Sí, eso es lo que quiero decir, si estoy a...

De pronto, la luz que se filtraba a través de sus párpados cerrados cambió del rojo al violeta casi negro. Era como si alguien hubiera bajado una persiana. Pero una persiana no explicaría la gloriosa mezcla de olores que de repente le llenaba la nariz, las fragancias combinadas de todas aquellas flores, ni tampoco explicaría la hierba que sentía contra las pantorrillas y la espalda desnuda.

Lo había conseguido. Había pasado.

—No —dijo Lisey con los ojos aún cerrados, pero era una protesta débil, apenas una formalidad.

Sabes que sí, Lisey, susurró la voz de Scott. Y el tiempo apremia. PPCCN, babyluv.

Y como sabía que la voz estaba en lo cierto, que el tiempo apremiaba, Lisey abrió los ojos y se encontró sentada en el refugio infantil de su inteligente marido.

Lisey se encontró sentada en Boo'ya Moon.

6

No era ni de noche ni de día, y ahora que estaba allí, no le sorprendió. Las dos veces anteriores había llegado justo antes del crepúsculo, así que no era de extrañar que de nuevo llegara en el mismo momento.

El sol, una resplandeciente bola naranja, estaba suspendido sobre el horizonte al final del campo aparentemente inacabable de lilas. En el extremo contrario, Lisey distinguió el primer arco de la luna naciente, una luna mucho mayor que la

luna de otoño más grande que había visto en su vida.

No es nuestra luna, ¿verdad? ¿Cómo va a ser nuestra luna?

La brisa le alborotó las puntas sudorosas del cabello, y en algún lugar no demasiado lejano sonó la campana. Un sonido que recordaba, una campana que recordaba.

Será mejor que te des prisa, ¿no te parece?

Sí. El lago era un lugar seguro, o al menos eso había afirmado Scott, pero para llegar allí tenía que atravesar el Bosque de las Hadas, que no lo era. Era una distancia corta, pero le convenía apresurarse.

Subió la cuesta hasta los árboles casi corriendo y buscando con la mirada la cruz de Paul. Al principio no la vio, pero por fin la vislumbró, muy inclinada. No tenía tiempo para enderezar la cruz..., pero pese a ello lo hizo, porque Scott lo habría hecho. Dejó en el suelo la pala de plata (había pasado con ella y con el cuadrado de punto amarillo) para poder usar ambas manos. Sin duda llegaba a hacer mal tiempo en aquel lugar, porque la única palabra escrita tan concienzudamente en la cruz, **PAUL**, se había desvaído hasta casi borrarse.

Creo que la última vez también la enderecé, pensó. En 1996. Y pensé que me gustaría buscar también la jeringuilla, pero no había tiempo.

Ni ahora tampoco. Era su tercer viaje a Boo'ya Moon. El primero no había sido tan malo porque la acompañaba Scott, y no habían pasado de la señal rota que rezaba **AL LAGO** antes de regresar al dormitorio de The Antlers. Pero la segunda vez, en 1996, había tenido que enfilar sola el sendero que se adentraba en el Bosque de las Hadas. No recordaba el valor del que sin duda tuvo que hacer acopio, sin saber qué distancia la separaba del lago ni qué encontraría una vez llegara allí. Eso no significaba que el tercer viaje estuviera exento de una serie de dificultades únicas. Iba desnuda de cintura para arriba, el pecho lastimado empezaba a palparle de nuevo, y Dios sabía a qué clase de criaturas atraería el olor de la sangre. En fin, era demasiado tarde para preocuparse por aquellas cosas.

Y si algo me ataca, pensó al tiempo que volvía a agarrar el corto mango de madera de la pala, uno de esos reidores, por ejemplo, le daré con el Matachalados de la pequeña Lisey, copyright de 1988, pendiente de patente, reservados todos los derechos.

En algún lugar ante ella volvió a oírse el tañido de aquella campana. Descalza, con el pecho al aire y cubierta de sangre, ataviada tan solo con unas viejas bermudas vaqueras y armada con una pala de plata, Lisey se dispuso a seguir el sonido por el sendero cada vez más oscuro. El lago se hallaba delante de ella, sin duda a menos de un kilómetro de distancia. Era un lugar seguro incluso de noche. Se quitaría la poca ropa que llevaba y se lavaría en sus aguas.

La oscuridad se intensificó de pronto cuando se halló bajo las copas de los árboles. Lisey sintió la imperiosa necesidad de avanzar más deprisa, pero cuando el viento agitó de nuevo la campana (se oía muy cerca ahora, y Lisey sabía que estaba colgada de una rama por un cordel resistente), se detuvo, abrumada por una compleja superposición de recuerdos. Sabía que la campana estaba colgada por un cordel porque la había visto en su último viaje, diez años atrás. Pero Scott la había golpeado mucho antes, aun antes de que se casaran. Lo sabía porque la había oído en 1979. Ya entonces le había resultado desagradablemente familiar. Desagradable porque había llegado a odiar el sonido de aquella campana aun antes de que fuera a parar a Boo'ya Moon.

—Y se lo dije —murmuró al tiempo que se cambiaba la pala de mano y se apartaba el cabello de la cara.

El capricho amarillo yacía sobre su hombro izquierdo. A su alrededor, los árboles del amor se agitaban como voces susurrantes.

—No dijo gran cosa, pero supongo que se lo tomó en serio.

Se puso de nuevo en marcha. El sendero descendía un trecho y luego ascendía hasta lo alto de una colina, donde los árboles no se apretujaban tanto, y una intensa luz rojiza se filtraba entre ellos. Todavía no se había puesto el sol. Bien. Y allí estaba la campana, balanceándose de un lado a otro lo suficiente para producir el más leve de los tintineos. Antaño estaba junto a la caja registradora del restaurante Pat's *Pizza & Café* de Cleaves Mills. No era la clase de campanilla que se hacía sonar con la palma de la mano, el discreto aparato de recepción de hotel que emitía un solo ding antes de enmudecer, sino una especie de campana de escuela en miniatura con mango que no cesaba de gritar ding dong hasta que dejabas de agitarla. Y a Chuckie G., el cocinero de guardia casi todas las noches durante el año que Lisey había trabajado de camarera allí, le encantaba aquella campana. A veces, recordaba habérselo contado a Scott, oía su engorroso tintineo plateado en sueños, junto con el grito vociferante de Chuckie G: «¡Pedido preparado, Lisey! ¡Vamos, deprisa! ¡La gente tiene hambre!». Sí, en la cama le había contado a Scott cuánto detestaba la pesada campanilla de Chuckie G., debía de haber sido en la primavera de 1979, porque poco después la campanilla había desaparecido. Nunca había asociado a Scott con su desaparición, ni siquiera cuando la oyó por primera vez allí en su primer viaje, porque estaba ocupada en demasiadas otras cosas, en un exceso de información extraña, y Scott nunca lo había mencionado. Y más tarde, en 1996, mientras lo buscaba, oyó de nuevo la campanilla perdida de Chuckie G., y esa vez la

(vamos deprisa la gente tiene hambre pedido preparado).

reconoció de inmediato. Y todo cobró una especie de sentido demencial. A fin de cuentas, Scott Landon era el hombre que creía que la tienda de artículos de broma Auburn Novelty era la capital del universo. ¿Por qué no iba a pensar que birlar la campanilla que tanto exasperaba a su novia y llevarla a Boo'ya Moon era una broma genial? ¿Por qué no colgarla junto al camino para que el viento la hiciera sonar?

La última vez estaba manchada de sangre, susurró la profunda voz del recuerdo. *Sangre en 1996.*

Sí, y eso la había asustado, pero había seguido adelante a pesar de todo..., y ahora la sangre había desaparecido. La intemperie que casi había borrado el nombre de Paul en la cruz también había limpiado la campana. Y el cordel resistente del que Scott la había colgado veintisiete años antes (siempre y cuando el tiempo se calculara del mismo modo allí) casi se había gastado, y la campanilla no tardaría en caer al camino. Y la broma habría terminado.

De repente, la intuición la asaltó con más fuerza que nunca, no en palabras, sino en una imagen. Se vio a sí misma dejando la pala de plata al pie del Árbol de la Campana, y lo hizo sin pausa y sin detenerse a pensarlo. Tampoco se preguntó por qué lo hacía; ofrecía un aspecto perfecto al pie del viejo y nudoso árbol. Campanilla de plata arriba, pala de plata abajo. En cuanto al motivo de aquella perfección..., en fin, era como preguntarse por qué existía Boo'ya Moon. Había creído que la pala serviría para protegerla a ella. Por lo visto no era así. La miró una vez más (no podía perder más tiempo) y siguió adelante.

8

El sendero la condujo a otro recodo del bosque. Allí, la potente luz roja del atardecer había palidecido hasta un matiz naranja apagado, y los primeros reidores despertaron en algún lugar ante ella, en lo más tenebroso del bosque, voces sobrecogedoras que ascendían por la demencial escala de cristal y le ponían la piel de gallina.

Date prisa, babyluv.

—De acuerdo.

Una segunda carcajada se unió a la primera, y aunque sintió que la carne de gallina se le extendía por toda la espalda desnuda, se dijo que estaba bien. Ante ella, el sendero rodeaba una enorme roca gris que recordaba a la perfección. Tras ella se abría una profunda hondonada de piedra, oh, sí, una hondonada de tres pares de narices y cojones, y el lago. En el lago estaría a salvo. El lago daba

miedo, pero era un lugar seguro. Era...

De repente, Lisey percibió con claridad meridiana que algo la acechaba, a la espera de que la última luz del día se disipara para entrar en acción.

Para atacarla.

Con el pulso tan acelerado que intensificaba el dolor del pecho lastimado, Lisey rodeó el gran bulto gris de la roca. Y allí estaba el lago, como un sueño hecho realidad. Mientras contemplaba su fantasmal espejo reluciente, los últimos recuerdos encajaron en sus respectivos lugares, y recordar fue como volver a casa.

9

Rodea la roca gris y olvida la sangre reseca que mancha la campana y que tanto la ha inquietado. Olvida el frío, el aullido del viento y la aurora boreal que ha dejado atrás. Por un instante incluso olvida a Scott, a quien ha venido a buscar para llevarlo a casa..., siempre y cuando quiera regresar. Contempla el fantasmal espejo reluciente y lo olvida todo. Porque es hermoso. Y aunque nunca había estado aquí, es como volver a casa. Ni siquiera se asusta cuando una de esas cosas empieza a reír, porque se halla en territorio seguro. No necesita que nadie se lo diga; en su fuero interno lo sabe, al igual que sabe que Scott lleva años hablando de este lugar en sus conferencias y escribiendo sobre él en sus libros.

También sabe que es un lugar triste.

Es el lago al que todos acudimos a beber, nadar, pescar un poco desde la orilla; también es el lugar donde algunas almas valerosas zarpan con sus precarias barquitas en pos de los grandes navíos. Es el lago de la vida, la copa de la imaginación, y supone que cada persona ve una versión distinta de él, pero siempre con dos rasgos en común; siempre tiene alrededor de un kilómetro y medio de profundidad en el Bosque de las Hadas, y siempre es un lugar triste. Porque la imaginación no es la única esencia de este lugar. También lo es

(ceder).

la espera. Sentarse... y contemplar estas aguas oníricas... y esperar. *Ya viene, piensas. Ya se acerca, lo sé.* Pero no sabes de qué se trata exactamente, y los años pasan.

¿Cómo lo sabes, Lisey?

Supone que se lo reveló la luna; y también la aurora boreal que te quema los ojos con su frío fulgor; la dulce y polvorienta fragancia de las rosas y el frangipán en la Colina del Amor; sobre todo se lo dijeron los ojos de Scott mientras pugnaba por aferrarse, aferrarse, aferrarse. Por evitar tomar el camino que conducía a este lugar.

Otras risas se elevan en las entrañas más tenebrosas del bosque, y de repente se oye un rugido que las silencia por unos instantes. A su espalda, la campanilla tintinea y luego enmudece de nuevo.

Debería darme prisa.

Sí, aunque percibe que la prisa es la antítesis de este lugar. Tienen que regresar a la casa de Sugar Top Hill lo antes posible, y no por el peligro que representan las bestias salvajes, los ogros, los troles y

(vortos y fansines).

otras criaturas extrañas que habitan las profundidades del Bosque de las Hadas, donde siempre está oscuro como una mazmorra y donde nunca brilla el sol, sino porque cuanto más tiempo pase Scott aquí, menos probabilidades tendrá ella de llevarlo de vuelta a casa. Además...

Lisey imagina cómo sería ver la luna arder como una piedra fría en la superficie quieta del lago..., y piensa: *Seguramente fascinante.*

Sí.

Unos viejos escalones de madera descienden por la ladera. Junto a cada peldaño se ve un hito de piedra con una palabra labrada en él. En Boo'ya Moon puede leerlas, pero sabe que en casa no significarían nada para ella; y apenas recordará lo esencial: **XI** significa «pan».

La escalera termina en una pendiente que desciende hacia la izquierda y termina al nivel del agua, donde una playa de fina arena blanca reluce a la luz cada vez más tenue. Antes de la playa, labrados escalonadamente en un muro de roca, hay unos doscientos bancos curvados de piedra que dan al lago. Deben de tener capacidad para unas mil o incluso dos mil personas sentadas muy juntas, pero no es así. Calcula que no puede haber más de cincuenta o sesenta en total, y casi todos ellos se ocultan entre los pliegues de unas sábanas que parecen mortajas. Pero si están muertos, ¿cómo es posible que estén sentados? ¿Realmente quiere averiguarlo?

En la playa hay unas dos docenas más, bastante dispersos. Y algunos, seis u ocho tal vez, en el agua. Vadean en silencio. Cuando Lisey llega al pie de la escalera y empieza a caminar hacia la playa, avanzando con facilidad por el surco de un sendero que muchos han recorrido antes que ella, ve a una mujer que se inclina y empieza a lavarse la cara. Lo hace con los ademanes lentos de una persona dormida, y Lisey recuerda aquel día en Nashville, cuando todo empezó a suceder a cámara lenta en el instante en que comprendió que el Rubio tenía intención de disparar a su marido. También se sintió como en un sueño, pero no lo era.

Y entonces ve a Scott. Está sentado en un banco de piedra situado a nueve o diez hileras por encima del nivel del lago. Aún tiene la colcha africana de La

Buena de Ma, solo que no está envuelto en ella, porque hace demasiado calor. La lleva echada sobre las rodillas, con el dobladillo arremolinado sobre los pies. Lisey no sabe cómo la colcha africana puede estar aquí y al mismo tiempo en la casa, y piensa: *Puede que algunos objetos sean especiales. Como Scott.* ¿Y ella? ¿Ha quedado una versión de Lisey Landon en la casa de Sugar Top Hill? No lo cree. Cree que ella no es tan especial, ella no, la pequeña Lisey no. Está convencida de que, para bien o para mal, está del todo aquí. O del todo esfumada, según a qué mundo te refieras.

Toma aliento con la intención de llamarlo por su nombre, pero se contiene, impelida por una intuición.

Chis, piensa. Calla, pequeña Lisey, ahora

10

Ahora debes guardar silencio, pensó, al igual que en enero de 1996.

Todo seguía como entonces, solo que ahora lo veía un poco mejor porque había llegado un poco antes y las sombras del valle de piedra que contenía el lago no eran tan densas. El cuerpo de agua tenía forma de pelvis femenina. En el extremo de la playa, donde las caderas se estrechaban en dirección a la cintura, se veía un saliente de fina arena blanca. En él, bastante separadas unas de otras, había cuatro personas, dos hombres y dos mujeres, con las miradas embelesadas fijas en el lago. En el lago había media docena más. Ninguno de ellos nadaba. Casi todos se habían metido solo hasta las pantorrillas, salvo un hombre a quien el agua le llegaba a la cintura. Lisey deseó poder distinguir la expresión del hombre, pero estaba demasiado lejos. Tras las personas que había en el agua y las que había en la playa (y que todavía no habían hecho acopio de valor suficiente para meterse, dedujo Lisey), se alzaba el muro inclinado de roca con docenas o quizá centenares de bancos labrados en él. En ellos se sentaban unas doscientas personas, también muy separadas unas de otras. Le parecía recordar que la otra vez solo había visto a cincuenta o sesenta, pero esta tarde había muchas más. Pero de todas las que había, al menos tres cuartas partes estaban envueltas en aquellas horribles

(mortajas).

sábanas.

También hay un cementerio, ¿lo recuerdas?

—Sí —musitó Lisey.

El pecho volvía a dolerle horrores, pero miró el lago y recordó la mano mutilada de Scott. También recordaba la rapidez con que se había recuperado del

disparo del psicópata... Los médicos habían quedado estupefactos. Existía un medicamento mejor que el Vicodin para ella, y muy cerca, por añadidura.

—Sí —repitió.

Y empezó a descender por la pendiente, esta vez con la única y triste diferencia de que Scott Landon no estaba sentado en ningún banco.

Justo antes de que el sendero muriera en la playa, Lisey vio otro camino que se abría a su izquierda, alejándose del lago. Una vez más la abrumaron los recuerdos y vio la luna

11

Ve la luna elevarse por entre una grieta en el inmenso saliente de granito que abraza el lago. Es una luna hinchada, gigantesca, como la noche en que su futuro marido la llevó a Boo'ya Moon desde su habitación en The Antlers, pero en el claro cada vez más ancho al que se abre la grieta su semblante infectado de color naranja rojizo aparece quebrado en segmentos irregulares por las siluetas de los árboles y las cruces. Tantas cruces... Lisey contempla lo que parece un cementerio rural de factura rústica. Al igual que la cruz que Scott confeccionó para su hermano Paul, las que ahora ve parecen hechas de madera, y si bien algunas son bastante grandes y un puñado de ellas ofrecen un aspecto más ornamentado, todas parecen hechas a mano, y muchas están maltrechas por la intemperie. Vislumbra asimismo lápidas redondeadas, algunas de ellas tal vez de piedra, aunque resulta difícil asegurarlo a causa de la creciente penumbra. La luz de la luna naciente constituye un obstáculo en lugar de una ayuda, porque el cementerio entero queda a contraluz.

Si hay un cementerio aquí, ¿por qué enterró a Paul en otro lugar? ¿Sería porque murió con el mal rollo?

No lo sabe ni le importa. Lo que le importa es Scott. Está sentado en uno de esos bancos como un espectador en un encuentro deportivo apenas concurrido, y si quiere hacer algo, más le vale darse prisa. «No te duermas en los laureles», habría dicho La Buena de Ma, una expresión que había pescado en el lago.

Lisey deja atrás el cementerio y sus rudimentarias cruces, y camina por la playa en dirección a los bancos de piedra en los que está sentado su marido. La arena es prieta y le hace cosquillas en los pies. Al sentirla contra las plantas de los pies y los talones repara en que va descalza. Aún lleva el camisón y las diversas capas de ropa interior, pero las zapatillas han quedado atrás. El contacto de la arena la consterna y le resulta agradable a un tiempo. Asimismo le parece extrañamente familiar, y al llegar al primer banco de piedra comprende la razón.

De niña tenía un sueño recurrente en el que volaba por toda la casa en una alfombra mágica, invisible a los ojos de todos los demás. Despertaba de aquellos sueños eufórica, aterrada y empapada en sudor. La arena le produce la misma sensación que la alfombra mágica..., como si pudiera doblar las rodillas en cualquier momento y salir volando en lugar de tan solo dar un salto.

Sobrevolaría el lago como una libélula, quizá rozando el agua con los dedos de los pies..., volaría hasta el punto donde desemboca en un arroyuelo..., hasta donde el arroyuelo se ensancha hasta convertirse en un río..., volando bajo..., oliendo la humedad procedente del agua, atravesando la bruma baja como si de un velo de gasa se tratara hasta llegar al mar..., y seguiría adelante..., sí, adelante, adelante y adelante...

Desprenderse de aquella imagen tan sugerente es una de las cosas más difíciles que Lisey ha hecho en su vida. Es como intentar levantarse después de varios días de trabajo arduo y tan solo unas pocas horas de sueño profundo y maravillosamente reparador. Descubre que ya no está en la arena, sino sentada en un banco en la tercera fila desde la playa, contemplando el agua con la barbilla apoyada en la mano. Y comprueba que la luna empieza a perder su fulgor anaranjado. Ha adquirido un matiz lechoso y pronto se tornará plateada.

¿Cuánto rato llevo aquí?, se pregunta, trastornada. Intuye que no demasiado, entre quince minutos y media hora, pero aun así es demasiado..., aunque, desde luego, ahora sabe cómo funciona este lugar, ¿verdad?

Lisey advierte que el lago le atrapa la mirada, la paz del lago, donde ahora solo vadean dos o tres personas, una de ellas una mujer con un fardo grande o un niño pequeño en brazos, y se obliga a desviar la vista hacia los horizontes rocosos que flanquean este lugar y las estrellas que se asoman al firmamento azul oscuro por encima del granito y los escasos árboles que crecen allí. Cuando consigue salir de su ensimismamiento, se levanta, da la espalda al agua y de nuevo localiza a Scott. No le resulta difícil, porque la colcha amarilla es muy llamativa, incluso en la penumbra cada vez más acusada.

Se dirige hacia él, pasando de una hilera a otra como si se hallara en un estadio de fútbol. Da un amplio rodeo para esquivar a una de las criaturas amortajadas..., pero aun así pasa lo bastante cerca de ella para distinguir la figura humana bajo los pliegues de tela; cuencas oculares vacías y una mano que asoma por entre ellos.

Es una mano de mujer con el esmalte de uñas rojo ajado.

Cuando llega junto a Scott, el corazón le late con violencia, y siente que le falta el aliento pese a que el ascenso no ha sido duro. A lo lejos, los reidores han empezado a practicar sus escalas, partícipes de un chiste interminable. A su espalda, leve pero todavía audible, oye el tintineo inquieto de la campanilla de

Chuckie G. y piensa: *¡Pedido preparado, Lisey! ¡Vamos, date prisa!*

—¿Scott? —murmura.

Pero Scott no la mira. Scott contempla embelesado el lago, donde una bruma levísima, una mera exhalación, ha empezado a elevarse a la luz de la luna. Lisey solo se permite echar un breve vistazo antes de concentrarse de nuevo con firmeza en su marido. Ya ha aprendido que no debe mirar el lago durante demasiado rato, o al menos eso espera.

—Scott, es hora de volver a casa.

Nada. Ninguna reacción en absoluto. Recuerda haber objetado que Scott no estaba loco, que escribir historias no lo convertía en un loco, y a Scott respondiendo: «Espero que tengas la suerte de no entender jamás la cara oscura, pequeña Lisey». Pero no había tenido esa suerte a fin de cuentas. Ahora sabe mucho más. Paul Landon sucumbió víctima del mal rollo y murió enloquecido, encadenado a un poste en el sótano de una granja aislada. Su hermano menor se ha casado y forjado una carrera profesional indiscutiblemente brillante, pero ha llegado la hora de pagar la factura.

Un catatónico de los de toda la vida, piensa con un estremecimiento.

—¿Scott? —le susurra de nuevo, casi al oído.

Le ha tomado las manos, frescas y suaves, cerúleas e inertes.

—Scott, si estás aquí y quieres volver a casa, apriétame las manos.

Durante un instante que se le antoja eterno, no sucede nada salvo las carcajadas de los reidores en las profundidades del bosque, y algo más cerca, el sobrecogedor y casi femenino chillido de un pájaro. Pero por fin Lisey percibe algo que o es fruto de su imaginación o es un ligerísimo movimiento de los dedos de Scott contra los suyos.

Intenta decidir qué hacer a continuación, pero lo único que sabe a ciencia cierta es lo que no debe hacer; no debe permitir que la noche los envuelva, que los hipnotice con la luz plateada de la luna que desciende desde el cielo al tiempo que las tinieblas los atenazan desde la tierra. Este lugar es una trampa. Está segura de que a cualquier persona que permanezca demasiado tiempo junto al lago le resultará imposible abandonarlo. Entiende que si lo contemplas durante un rato, puedes llegar a ver lo que quieras. Amores perdidos, hijos muertos, oportunidades desaprovechadas..., cualquier cosa.

¿Qué es lo más increíble de este lugar? Que no haya más personas en los bancos de piedra. Que no estén apretujados como los espectadores en un partido del puñetero Mundial de Fútbol.

De repente capta un movimiento por el rabillo del ojo y alza la mirada al sendero que conduce de la playa a la escalera. Ve a un hombre robusto ataviado con pantalones blancos y una camisa del mismo color con todos los botones

desabrochados. Un gran corte rojo le surca el lado izquierdo del rostro, y el cabello gris acero se le levanta en la parte posterior de la cabeza extrañamente aplanada. Mira a su alrededor un instante y luego baja por el sendero hasta la playa.

—Accidente de coche —anuncia Scott junto a ella con un enorme esfuerzo.

El corazón le da un vuelco, pero se contiene para no volverse ni oprimirle las manos con demasiada fuerza, aunque no puede evitar un pequeño apretón.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta, procurando hablar con voz neutra.

No obtiene respuesta. El hombre robusto de la camisa abierta echa un último vistazo desdeñoso a las figuras silenciosas sentadas en los bancos, les da la espalda y se mete en el agua. A su alrededor revolotean delicadas hebras de luz de luna, y una vez más Lisey tiene que hacer un esfuerzo ímprobo por desviar la mirada.

—¿Cómo lo sabes, Scott?

Scott se encoge de hombros como si estos le pesaran una tonelada, o al menos así se lo parece a Lisey.

—Telepatía, supongo.

—¿Y ahora se pondrá mejor?

Se produce un largo silencio, y cuando Lisey ya cree que Scott no responderá, su marido vuelve a hablar.

—Es posible —dice—. Está..., está muy dentro —explica, y se lleva la mano a la cabeza, como si indicara alguna clase de lesión cerebral—. A veces las cosas... van demasiado lejos.

—¿Y entonces vienen aquí y se sientan? ¿Y se envuelven en sábanas?

Scott guarda silencio. Lisey empieza a temer que ha perdido lo poco que ha encontrado. No necesita que nadie le diga lo fácil que resultaría, porque lo intuye. Cada fibra de su cuerpo lo sabe.

—Scott, creo que quieres volver. Creo que por eso te esforzaste tanto en diciembre. Y creo que por eso te has traído la colcha. Se ve muy bien, incluso en la oscuridad.

Scott baja la mirada como si viera la colcha por primera vez y luego esboza una tenue sonrisa.

—Siempre... me salvas, Lisey —constata.

—No sé de qué me...

—Nashville. Me estaba hundiendo —la interrumpe Scott, más animado a cada palabra que pronuncia, de modo que Lisey se permite albergar cierta esperanza—. Estaba perdido en la oscuridad, y tú me encontraste. Tenía calor, tanto calor, y me diste hielo. ¿Te acuerdas?

Lisey recuerda a la otra Lisa

(He derramado media puta Coca-Cola por el camino).

y cómo los temblores de Scott cesaron de repente cuando le deslizó un cubito de hielo sobre la lengua ensangrentada. Recuerda el agua teñida de Coca-Cola goteándole de las cejas. Lo recuerda todo.

—Claro que me acuerdo. Y ahora salgamos de aquí.

Scott sacude la cabeza despacio, pero con firmeza.

—Es demasiado difícil. Vete tú, Lisey.

—¿Que me vaya sin ti?

Parpadea con fuerza y al percibir el escozor se da cuenta de que está llorando.

—No te resultará difícil, haz lo mismo que aquella vez en New Hampshire.

Habla en tono paciente, pero aún muy despacio, como si cada palabra pesara muchísimo, y la está malinterpretando adrede, Lisey está casi segura de ello.

—Cierra los ojos, concéntrate en el lugar del que has venido..., visualízalo..., y allí volverás.

—¿Sin ti? —repite Lisey con fiereza.

Bajo ellos, muy despacio, como si se moviera bajo el agua, un hombre ataviado con una camisa de franela roja se vuelve para mirarlos.

—Chis, Lisey..., aquí tienes que guardar silencio —advierte Scott.

—¿Y si no quiero? ¡Esto no es la puñetera biblioteca, Scott!

En lo más hondo del Bosque de las Hadas, los reidores lanzan una carcajada como si aquello fuera lo más gracioso que han oído jamás, una broma genial propia de la tienda de artículos de broma Auburn Novelty. Del lago les llega un único chapoteo. Lisey se vuelve en aquella dirección y comprueba que el hombre robusto se ha ido a..., bueno, a otra parte. Concluye que le importa un pimiento si está bajo el agua o en la Dimensión X, porque lo único que le interesa ahora es su marido. Tiene razón, siempre lo salva, en plan séptimo de caballería. Y no pasa nada, porque cuando se casaron ya sabía que las cuestiones prácticas nunca serían su fuerte, pero tiene derecho a esperar un poco de ayuda por su parte, ¿no?

Scott ha vuelto a concentrar la mirada en el agua. Lisey intuye que cuando la noche se cierre del todo y la luna empiece a brillar allí como una lámpara ahogada, lo perderá definitivamente. Eso la asusta y la enfurece. Se levanta y agarra la colcha africana de La Buena de Ma. A fin de cuentas, es de su parte de la familia, y si esto va a ser su divorcio, quiere recuperarla, toda ella, aunque a Scott le duela. Sobre todo si le duele, de hecho.

Scott se la queda mirando con una expresión de sorpresa soñolienta que la enfurece aún más.

—Muy bien —espeta Lisey con una ligereza quebradiza.

Es un tono impropio de ella y por lo visto también de este lugar, porque varias personas se vuelven visiblemente alteradas y tal vez incluso molestas. Bueno,

pues que se fueran a hacer puñetas ellos y los caballos (o coches fúnebres o ambulancias) que los habían llevado hasta allí.

—Si quieres quedarte aquí a mirar las musarañas o cómo se diga, por mí perfecto. Yo volveré por el camino...

Y por primera vez advierte una emoción fuerte en el rostro de Scott; es miedo.

—¡No, Lisey! —exclama—. ¡Tienes que salir zumbando! ¡No puedes volver por el camino! ¡Es demasiado tarde, casi de noche!

—Chis —masculla alguien.

Muy bien, si quieren que se calle, se callará. Recoge la colcha africana entre los brazos y empieza a bajar por las gradas. A dos hileras de la playa se aventura a mirar atrás. Una parte de ella está convencida de que Scott la seguirá, porque al fin y al cabo Scott es Scott. Por muy extraño que sea este lugar, sigue siendo su marido, su amante. La idea del divorcio se le ha pasado por la cabeza, pero sin duda es absurdo, algo que les sucede a otros, no a Scott y Lisey. Scott no permitirá que se vaya sola. Pero cuando mira por encima del hombro, ve que sigue allí sentado con su camiseta blanca y sus calzoncillos largos verdes las rodillas juntas y las manos entrelazadas como si tuviera frío en este lugar de clima tan tropical. No la sigue, y por primera vez Lisey se permite reconocer que quizá le resulte imposible. En tal caso, le quedan dos opciones: quedarse con él o volver a casa sola.

No, existe una tercera. Puedo jugar. Apostarlo todo a un número, como suele decirse. Jugarme los cuartos. Así que venga, Scott. Si el camino es realmente tan peligroso, haz el favor de mover el culo e impedirme que lo tome.

Se siente tentada de volver a mirar atrás mientras cruza la playa, pero eso equivaldría a mostrar debilidad. Los reidores se han acercado, lo que significa que la cosa que acecha junto al camino de regreso a la Colina del Amor también estará más cerca. Ya debe de ser noche cerrada bajo los árboles, y supone que en breves momentos volverá a sentirse observada, a notar la sensación de que algo se acerca. «Está muy cerca, cariño», le dijo Scott aquel día en Nashville, tendido sobre el asfalto abrasador, con el pulmón perforado y a un paso de la muerte. Y cuando Lisey intentó replicar que no sabía de qué estaba hablando, él le espetó que no insultara su inteligencia.

Ni la de ella.

Da igual. Me enfrentaré a lo que haya en el bosque cuando..., si es necesario. Lo único que sé ahora mismo es que Lisey, la hija de Dandy Debusher, se ha puesto las pilas por fin. Esa «cosa» misteriosa que Scott siempre afirmaba no poder definir porque cambiaba constantemente. Esto es lo más, PPCCN, babyluv, ¿y sabes qué? Es genial.

Lisey enfila el sendero que asciende hasta la escalera, y a su espalda

—Me llamó —murmuró Lisey.

Una de las mujeres a las que había visto en la orilla del lago se había adentrado en el agua hasta las rodillas y contemplaba el horizonte con expresión soñadora. Su acompañante se volvió hacia Lisey, el ceño fruncido con aire desaprobador. En el primer momento, Lisey no comprendió el motivo, pero enseguida cayó en la cuenta de que a la gente no le gustaba que hablaras allí; eso no había cambiado. Intuía que pocas cosas cambiaban en Boo'ya Moon.

Hizo un gesto de asentimiento como si la mujer ceñuda le hubiera pedido explicaciones.

—Mi marido me llamó, intentó detenerme. Sabe Dios lo que le costaría hacerlo, pero lo hizo.

—Calle..., por favor. Tengo que... pensar —dijo la mujer de la playa, que tenía el cabello rubio, pero de raíces oscuras, como si necesitara un retoque.

Lisey asintió de nuevo (por ella perfecto, aunque dudaba de que la mujer rubia estuviera pensando tanto como creía) y entró en el agua. La había imaginado fresca, pero de hecho estaba casi caliente. El calor le ascendió por las piernas y le provocó un hormigueo en el sexo que llevaba mucho tiempo sin sentir. Se adentró más en el agua, pero solo hasta que le llegó a la cintura. Luego avanzó otra media docena de pasos, miró atrás, comprobó que se hallaba al menos a diez metros de distancia del último de los vadeadores, y recordó que la comida se echaba a perder en Boo'ya Moon al caer la noche. ¿Se echaría a perder también el agua? Y en caso de que no fuera así, ¿no cabía la posibilidad de que de ella salieran cosas peligrosas como en el bosque? ¿Tiburones de lago, por así decirlo? Y si era así, ¿no podía ser que se encontrara demasiado lejos de la orilla para regresar antes de que uno de ellos decidiera que la cena estaba servida?

Esto es tierra segura.

Solo que no era tierra, sino agua, y Lisey estuvo a punto de ceder al impulso de regresar corriendo a la orilla antes de que algún submarino asesino con dientes le arrancara una pierna. Intentó combatir el pánico. Había llegado muy lejos, no una vez, sino dos, el pecho le dolía horrores, y por Dios que conseguiría lo que había ido a buscar.

Aspiró una profunda bocanada de aire y sin saber qué esperar se arrodilló muy despacio hasta tocar el fondo arenoso, permitiendo que el agua le cubriera los pechos, el ileso y el malherido. Por un instante, el pecho izquierdo le dolió más que nunca y creyó que el dolor le haría estallar la cabeza. Pero entonces

Scott vuelve a llamarla por su nombre, esta vez con un matiz de pánico en la voz.

—¡Lisey!

El grito corta el silencio onírico de este lugar como una flecha de punta llameante. Lisey está a punto de volverse porque percibe agonía además de pánico en él, pero algo en su interior le ordena que no lo haga. Si quiere tener alguna posibilidad de salvarlo, no debe mirar atrás. Ya ha hecho su apuesta. Pasa junto al cementerio, con sus cruces relucientes a la luz de la luna, sin apenas echarle un vistazo y sube la escalera con la espalda y la cabeza erguidas, sosteniendo la colcha africana de La Buena de Ma en alto para no tropezar con ella, y se siente invadida por una euforia demencial, la clase de euforia que imagina solo sienten quienes han apostado cuanto poseen (la casa la cuenta el perro de la familia) a un número. Sobre su cabeza, muy cerca, se cierne el enorme peñasco gris que marca la cima del sendero que conduce a la Colina del Amor. El cielo está salpicado de estrellas y constelaciones desconocidas. En alguna parte, la aurora boreal arde en largas cortinas de color. Es posible que jamás vuelva a verla, pero cree que no le importa demasiado. Llega a lo alto de la escalera y sin vacilar rodea la roca. Y es entonces cuando Scott tira de ella. Su olor nunca le ha resultado tan reconfortante como ahora. En el mismo instante, Lisey toma consciencia de que algo se mueve a su izquierda, se mueve con rapidez, no en el sendero que lleva a la colina de lilas, sino junto a él.

—Chis, Lisey —susurra Scott, acercándole tanto los labios que le hace cosquillas en la oreja—. Por tu vida y por la mía, ahora debes guardar silencio.

Es el chaval larguirucho de Scott, no hace falta que se lo diga. Durante años ha percibido su presencia en algún rincón de su vida, como algo vislumbrado en un espejo por el rabillo del ojo. O un secreto desagradable oculto en el sótano, por ejemplo. Y ahora el secreto ha salido a la luz. En los resquicios entre los árboles que se alzan a su izquierda, deslizándose a lo que parece la velocidad de un tren ultrarrápido, se ve una riada de carne. Es lisa casi en su totalidad, pero en algunos puntos se distinguen manchas oscuras o cráteres que pueden ser lunares o incluso, supone Lisey (aunque en realidad no quiere suponer nada), tumores de piel. Empieza a visualizar mentalmente una especie de gusano gigantesco y de repente se queda paralizada. La cosa detrás de los árboles no es un gusano, y sea lo que sea, posee cierta sensibilidad, porque Lisey percibe que está pensando. Sus pensamientos no son humanos, son del todo ininteligibles, pero su naturaleza inescrutable ejerce una suerte de fascinación horripilante...

Es el mal rollo, piensa al tiempo que se le hiela la sangre en las venas. Sus pensamientos son el mal rollo y nada más.

Es una idea terrible, pero certera. De su garganta brota un sonido a caballo entre chillido y gemido. Es un sonido leve, pero Lisey ve o siente que el avance vertiginoso de la cosa pierde velocidad, como si la hubiera oído.

Scott también lo sabe. El brazo con el que la ha rodeado bajo los pechos la oprime un poco más, y de nuevo mueve los labios junto a su oreja.

—Si queremos volver a casa, tenemos que irnos ahora mismo —murmura. Está totalmente despierto y presente. Lisey no sabe si se debe a que ya no contempla el lago o al terror que siente. Tal vez a ambas cosas—. ¿Lo entiendes?

Lisey asiente. El miedo que experimenta es tal que la paraliza, y toda euforia por haber recuperado a Scott se desvanece. ¿Ha vivido con esto toda la vida? Si es así, ¿cómo se las ha arreglado? Pero incluso ahora, sometida a un terror extremo, supone que lo sabe. Hay dos cosas que lo han mantenido unido a la tierra y a salvo del chaval larguirucho. Una es escribir. La otra tiene una cintura que él puede rodear y un oído al que puede susurrar.

—Concéntrate, Lisey. Ahora. Estrújate los sesos.

Lisey cierra los ojos y visualiza el dormitorio de invitados de la casa de Sugar Top Hill. Ve a Scott sentado en la mecedora. Se ve a sí misma sentada en el suelo frío junto a él, sujetándole la mano. Scott se la aprieta con la misma fuerza que ella a él. A su espalda, los vidrios escarchados de la ventana aparecen teñidos de fantásticos colores cambiantes. El televisor está encendido, y en él transcurre una vez más *La última película*. Los chicos están en la sala de billares en blanco y negro de Sam el León, y en la máquina de discos Hank Williams canta «Jambalaya».

Por un instante siente que Boo'ya Moon ondula, pero entonces la música que escucha en su mente, música que durante un momento ha sonado tan clara y feliz, se desvanece. Lisey abre los ojos. Ansía desesperadamente volver a casa, pero el peñasco gris y el sendero que serpentea entre los árboles del amor siguen allí. Aquellas estrellas extrañas siguen brillando en el cielo, pero los reidores han enmudecido, al igual que el susurro áspero de los matorrales e incluso el tintineo inquieto de la campanilla de Chuckie G., porque el chaval larguirucho se ha detenido a escuchar, y parece que el mundo entero contiene el aliento para escuchar con él. Está ahí, a unos quince metros a su izquierda, y Lisey percibe ahora su olor. Huele como los pedos viejos en un lavabo de un área de autopista, o como el miasma ponzoñoso de *whisky* y tabaco que a veces te azota cuando abres la puerta de una habitación de motel barato, o como los pañales meados de La Buena de Ma en su ancianidad senil; se ha detenido tras la hilera más cercana de árboles del amor, ha hecho un alto en su carrera veloz a través del bosque, y por el

amor de Dios, no consiguen regresar, no consiguen regresar, por alguna razón se han quedado atrapados aquí.

El siguiente susurro de Scott es tan débil que apenas si parece estar hablando. De no ser por la tenue sensación de sus labios contra la delicada piel de la oreja, Lisey casi habría creído que se trataba de telepatía.

—Es por la colcha, Lisey; a veces las cosas viajan en un sentido, pero no en el otro. Por lo general, los objetos se pueden duplicar. No sé por qué, pero es así. Se ha convertido en un ancla. Suéltala.

Lisey abre los brazos y deja caer la colcha. Produce un sonido levísimo, apenas un suspiro (como los argumentos en contra de la locura cayendo a un sótano definitivo), pero el chaval larguirucho lo oye. Lisey percibe un cambio en la dirección de sus pensamientos insondables; siente la sobrecogedora presión de su mirada demente. Uno de los árboles se quiebra con un chasquido explosivo cuando la cosa empieza a girarse, y Lisey cierra los ojos de nuevo y ve la habitación de invitados con más claridad que en toda su vida, la ve con una intensidad desesperada, a través de una perfecta lupa de terror.

—Ahora —murmura Scott.

Y entonces sucede algo increíble. Lisey siente que el aire se vuelve del revés. De repente, Hank Williams está cantando «Jambalaya». Está cantando

14

Estaba cantando porque el televisor estaba encendido. Ahora lo recordaba con claridad meridiana y se pregunta cómo había podido olvidarlo.

Es hora de dejar de lado los recuerdos y volver a casa, Lisey.

Todo el mundo fuera del agua, como suele decirse. Lisey ya tenía lo que había ido a buscar mientras permanecía atrapada en el último y terrorífico recuerdo del chaval larguirucho. El pecho aún le dolía, pero el dolor monstruoso había quedado reducido a una molestia sorda. Peor se había sentido de adolescente después de llevar un sujetador demasiado pequeño durante todo un día caluroso. Desde donde estaba arrodillada y con el agua hasta la barbilla advirtió que la luna, ahora más pequeña y casi de plata pura, superaba todos los árboles menos los más altos del cementerio. Y la asaltó un nuevo temor: ¿Y si el chaval larguirucho regresaba? ¿Y si la oía pensar en él y volvía? En teoría, aquel era un lugar seguro, y Lisey suponía que así debía de ser, al menos protegido de los reidores y las demás criaturas desagradables que moraban en el Bosque de las Hadas, pero intuía que el chaval larguirucho no estaba sujeto a ninguna de las reglas que mantenían a las otras cosas alejadas de allí. Intuía que el chaval larguirucho era... diferente. El

título de un viejo relato de terror le acudió a la mente y luego resonó como una campana de hierro: «Silbaré y vendrás a mí, muchacho», seguido del título del único libro de Scott Landon que Lisey detestaba: *Demonios vacíos*.

Pero antes de que pudiera emprender el camino de regreso a la orilla, antes de que pudiera incorporarse siquiera, la asaltó otro recuerdo, uno mucho más reciente. El recuerdo de despertar en la cama junto a su hermana Amanda justo antes del alba y descubrir que el pasado y el presente se habían enredado en una maraña indisoluble. Peor aún, Lisey había llegado a convencerse de que no estaba en la cama con su hermana, sino con su marido muerto. Y en cierto modo así era. Porque aunque la cosa que yacía en la cama junto a ella llevaba el camisón de Manda y hablaba con su voz, había empleado el lenguaje íntimo de su matrimonio y expresiones que solo Scott podía conocer.

«Tendrás una dáliva sangrienta», le había anunciado la cosa, y al poco había aparecido el Príncipe Negro de los Incunks con el abrelatas Oxo de Lisey en su repulsiva chistera.

Llega detrás de la cortina violeta. Ya has encontrado las tres primeras estaciones. Unas cuantas más y tendrás el premio.

¿Y qué premio le había prometido la cosa que yacía junto a ella en la cama? Una bebida. Lisey había creído que se trataría de una Coca-Cola o una Pepsi porque esos eran los premios de Paul, pero ahora sabía que no.

Lisey bajó la cabeza, sumergió el rostro maltrecho en el agua y acto seguido, sin permitirse pensar en lo que hacía, bebió dos tragos. El agua que la rodeaba estaba casi caliente, pero el agua que bebió era fresca, dulce y reparadora. Podría haber bebido mucha más, pero el instinto le dijo que lo dejara en dos tragos, que dos era el número mágico. Se tocó los labios y descubrió que la hinchazón casi había desaparecido. No se sorprendió.

Sin intentar proceder con sigilo (ni molestarse en estar agradecida, al menos de momento), Lisey regresó a la playa. El trayecto se le antojó eterno. Ya no había nadie vadeando cerca de la orilla, y la playa aparecía desierta. Le pareció ver a la mujer con la que había hablado sentada en uno de los bancos de piedra con su acompañante, pero no lo sabía a ciencia cierta porque la luna aún no estaba lo bastante alta. Miró un poco más arriba y clavó la mirada en una de las figuras amortajadas, sentada a una docena de filas de la playa. La luz de la luna bañaba un lado de la cabeza envuelta de la criatura, y Lisey se sintió embargada por una extraña certeza. Era Scott y la estaba observando. ¿Acaso no tenía cierto sentido, si había conseguido conservar la suficiente consciencia para ir a ella justo antes del alba, mientras estaba en la cama junto a su hermana catatónica, si estaba resuelto a decir la suya?

Sintió la imperiosa necesidad de llamarlo, aunque sin duda sería una locura

peligrosa hacerlo. Abrió la boca, y el agua que le chorreaba del cabello se le metió en los ojos y le escoció. A lo lejos se oyó la campanilla de Chuckie G. agitada por el viento.

Fue entonces cuando Scott habló con ella por última vez.

—*Lisey*.

Una voz de ternura infinita. Pronunciando su nombre, llamándola para que regresara a casa.

—*Pequeña*

15

—Lisey —dice—. Babyluv.

Scott está en la mecedora, y ella sentada en el suelo, pero es él quien tiembla. De repente acude a la mente de Lisey el nítido recuerdo de la abuela D diciendo «Asustao y temblando en la oscuridad», y comprende que hace frío porque toda la colcha africana se ha quedado en Boo'ya Moon. Pero eso no es todo; en la habitación hace un frío que pela. Antes ya hacía frío, pero ahora está helada, y además se ha apagado la luz.

El susurro constante de la caldera ha cesado, y al mirar por la ventana escarchada lo único que ve son los extravagantes colores de la aurora boreal. La farola de los Galloway está apagada. *Se ha ido la luz*, piensa, pero no, porque el televisor sigue encendido y en él sigue transcurriendo aquella maldita película. Los chicos de Anarene, Texas, están en el billar, pronto irán a México y cuando vuelvan, Sam el León habrá muerto, estará envuelto en una mortaja y sentado en uno de esos bancos con vistas al...

—No es verdad —objeta Scott.

Le castañetean los dientes, pero aun así Lisey detecta perplejidad en su voz.

—No he puesto la maldita película porque sabía que podía despertarte, Lisey. Además...

Lisey sabe que es cierto, porque esta noche, al entrar en la habitación, ha visto que el televisor estaba apagado, pero ahora mismo tiene cosas mucho más importantes en que pensar.

—¿Nos seguirá, Scott?

—No, amor —asegura él—. No puede a menos que te huela muy, muy bien o se fije en tu...

Deja la frase sin terminar. Por lo visto todavía le preocupa la cuestión de la película.

—Además, nunca suena «Jambalaya» en esta escena. He visto *La última*

película cincuenta veces y, aparte de *Ciudadano Kane*, diría que es la mejor película de todos los tiempos, y nunca suena «Jambalaya» en la escena del billar. Sí que canta Hank Williams, pero canta «Kaw-Liga», aquel tema sobre el jefe indio. Y si el televisor y el vídeo funcionan, ¿por qué no va la maldita luz?

Se levanta y acciona el interruptor de la luz. Nada. El poderoso vendaval procedente de Yellowknife ha conseguido por fin cortar la electricidad en su casa, en Castle Rock, en Castle View, Harlow, Motton, Tashmore Pond y la mayor parte del Maine occidental. En el momento en que Scott acciona el interruptor de la luz, el televisor se apaga. La imagen se reduce a un brillante punto blanco que permanece un instante y desaparece. La próxima vez que ponga la cinta de *La última película*, descubrirá que en el medio hay un fragmento de diez minutos en blanco, como si lo hubiera borrado un potente campo magnético. Ninguno de los dos hablará jamás de ello, pero tanto Scott como Lisey comprenderán que, aunque los dos visualizaron el dormitorio de invitados, lo más probable es que fuera Lisey quien los empujara hacia casa con mayor fuerza..., y que sin duda fue Lisey quien visualizó a Hank cantando «Jambalaya» en lugar de «Kaw-Liga». Y Lisey visualizó con tanto empeño el vídeo y el televisor en funcionamiento, que al regresar ambos aparatos funcionaron durante casi un minuto y medio pese a que todo el condado de Castle estaba sin luz.

Scott echa unos troncos de roble en la estufa de la cocina, y Lisey improvisa una cama con mantas y un colchón hinchable sobre el suelo de linóleo. Cuando se tumban en ella, Scott la estrecha entre sus brazos.

—Me da miedo dormirme —confiesa Lisey—. Me da miedo despertar por la mañana y ver que la estufa está apagada y tú te has ido otra vez.

Scott sacude la cabeza.

—Estoy bien; todo ha terminado por un tiempo.

Lisey le lanza una mirada a caballo entre la esperanza y la duda.

—¿Lo sabes o solo lo dices para tranquilizar a tu mujercita?

—¿A ti qué te parece?

Lo que le parece es que este hombre ya no es el espectro de Scott con el que ha vivido desde noviembre, pero le cuesta creer en tan milagroso cambio.

—Pues que tienes mejor aspecto, pero me asusta hacerme ilusiones.

En la estufa estalla un nudo de madera, y Lisey da un respingo. Scott la abraza con más fuerza, y ella se acurruca contra él casi con violencia. Siente el calor de las mantas, el calor de sus brazos. Scott es lo único que desea y necesita en la oscuridad.

—Esta..., esta cosa que ha perturbado a mi familia..., viene y va —explica Scott—. Cuando pasa, es como cuando acaba un calambre.

—Pero ¿volverá?

—Puede que no, Lisey.

La fuerza y la seguridad que detecta en su voz la sorprenden de tal forma que alza la cabeza para escudriñarle el rostro. No ve rastro de insinceridad, ni siquiera del engaño piadoso destinado a aligerar el corazón atribulado de una esposa.

—Y si vuelve, puede que no sea tan fuerte como esta vez.

—¿Te lo dijo tu padre?

—Mi padre no sabía mucho de los esfumados. He sentido esta atracción hacia... el lugar donde me has encontrado... en dos ocasiones antes que hoy. La primera fue el año antes de conocerte. Esa vez fueron el alcohol y la música rock los que me salvaron. La segunda vez...

—Alemania —lo interrumpe Lisey.

—Sí —asiente él—. Alemania. Esa vez fuiste tú quien me salvaste, Lisey.

—¿Estuviste muy cerca en Bremen, Scott?

—Mucho —se limita a responder.

Lisey siente un escalofrío; si lo hubiera perdido en Alemania, lo habría perdido para siempre. *Mein gott*.

—Pero aquello fue un soplo de brisa en comparación con esto. Esto ha sido un huracán.

Lisey quiere preguntarle muchas más cosas, pero lo que más desea es abrazarse a él y creer su afirmación de que todo irá bien. Al igual que quieres creer al médico cuando te dice que el cáncer ha remitido y tal vez no vuelva jamás, supone.

—Y tú estás bien.

Necesita oírsele decir una vez más. Lo necesita.

—Sí, hecho un brazo de mar, como suele decirse.

—¿Y... la cosa?

No hace falta que concrete más, porque Scott sabe a qué se refiere.

—Hace mucho tiempo que tiene mi rastro y conoce la forma de mis pensamientos. Después de tantos años, somos casi viejos amigos. Probablemente podría atraparme, pero le supondría un esfuerzo, y ese tipo es perezoso. Además..., hay algo que me protege. Algo que está en el lado claro de la ecuación. Porque existe ese lado, ¿sabes? Bueno, tienes que saberlo porque formas parte de él.

—Una vez me dijiste que podías llamarlo si querías —le recuerda Lisey con un hilo de voz.

—Sí.

—Y a veces tienes ganas de hacerlo, ¿verdad?

Scott no lo niega, y fuera el viento aúlla una nota larga a lo largo de los alerones del tejado. Pero aquí, bajo las mantas, delante de la estufa de la cocina,

hace calor. Hace calor entre los brazos de Scott.

—Quédate conmigo, Scott —dice.

—Lo haré —promete él—. Lo haré mientras...

16

—Lo haré mientras pueda —dijo Lisey.

Reparó en varias cosas al mismo tiempo. En primer lugar, había regresado a su dormitorio, a su cama. En segundo, tendría que cambiar las sábanas, porque había vuelto empapada y tenía arena de otro mundo adherida a los pies húmedos. En tercer lugar, estaba temblando pese a que no hacía frío en la estancia. En cuarto lugar, ya no tenía la pala de plata; la había dejado atrás. Y en quinto, si la figura sentada era en realidad su marido, con toda probabilidad había sido la última vez que lo veía. Su marido se había convertido en una de las criaturas amortajadas, un cadáver sin sepultura.

Tendida sobre la cama empapada, aún ataviada con sus bermudas mojadas, Lisey rompió a llorar. Tenía muchas cosas que hacer y había regresado con casi todos los pasos organizados mentalmente (intuía que eso también formaba parte de su premio al final de la última dádiva de Scott), pero primero tenía que terminar de llorar a su esposo. Se cubrió los ojos con un brazo y permaneció tumbada en aquella postura durante el siguiente cuarto de hora, sollozando hasta que los ojos se le hincharon y la garganta empezó a dolerle. Nunca había imaginado que llegaría a desearlo tanto ni a echarlo tanto de menos. Aquel sentimiento constituyó un auténtico golpe para ella. Pero al mismo tiempo, y pese a que el pecho herido aún le dolía un poco, Lisey estaba convencida de que nunca se había sentido tan bien, tan contenta de estar viva o tan dispuesta a entrar en acción y hacer rodar unas cuantas cabezas.

Como solía decirse.

XII

Lisey en Greenlawn (*Las Alceas*)

1

Miró el reloj de la mesita de noche mientras se quitaba las bermudas empapadas y sonrió, no porque el hecho de que fueran las doce menos diez de una mañana de junio resultara intrínsecamente gracioso, sino porque le vino a la cabeza una frase de Scrooge en *Cuento de Navidad*: «Los espíritus lo han hecho todo en una noche». Lisey tenía la sensación de que algo había conseguido mucho en su vida en un período de tiempo muy breve, apenas unas horas.

Pero no olvides que he estado viviendo en el pasado, y eso ocupa una cantidad impresionante de tiempo, pensó..., y tras reflexionar sobre ello unos instantes lanzó una sonora carcajada que a cualquiera que la escuchara le habría parecido demencial.

No pasa nada, ríe cuanto quieras, babyluv, aquí solo estamos nosotros, pensó mientras entraba en el baño. Empezó a reír de nuevo, pero se interrumpió en seco al pensar que Dooley podía estar allí. Podía estar escondido en el sótano o en cualquiera de los numerosos armarios de la casa; podía estar sudando la gota gorda en el desván, justo encima de su cabeza. No sabía gran cosa sobre él, era la primera en reconocerlo, pero la idea de que se había ocultado en la casa encajaba con lo que sí sabía. Ya había demostrado que era un cabrón muy temerario.

No te preocupes por él ahora. Preocúpate por Darla y Canty.

Buena idea. Lisey podía llegar a Greenlawn antes que sus hermanas mayores, ni siquiera tendría que apresurarse demasiado para conseguirlo, pero tampoco

podía colgarse. *Arreando que es gerundio*, se advirtió a sí misma.

Sin embargo, no pudo negarse un instante frente al espejo de cuerpo entero que cubría el dorso de la puerta del dormitorio. Se situó ante él, con los brazos a lo largo de los costados, y examinó con ojo clínico y sin prejuicios su cuerpo delgado y anodino de mujer de mediana edad..., y también su rostro, que Scott había descrito en cierta ocasión como el rostro de un zorro en verano. Lo tenía un poco hinchado, nada más. Lisey tenía aspecto de haber dormido muy profundamente, tal vez después de haber tomado unas copas de más. Los labios seguían un poco tumefactos, lo cual les confería cierta sensualidad que le producía una sensación incómoda y agradable a un tiempo. Vaciló un instante, sin saber qué hacer al respecto, y por fin sacó una barra de labios Rosa Fuerte de Revlon del fondo del cajón donde guardaba el maquillaje. Se aplicó un poco y asintió con aire dubitativo. Si la gente iba a mirarle los labios, e intuía que cabía esa posibilidad, más le convenía darles algo que mirar que intentar disimular lo indisimulable.

El pecho que Dooley le había operado con meticulosidad de psicópata mostraba una fea zanja que se curvaba desde la axila hasta la caja torácica. Parecía una herida bastante profunda acaecida dos o tres semanas atrás y que estaba cicatrizando a la perfección. Las otras dos heridas, más superficiales, se asemejaban a las marcas rojizas que quedan en la piel después de llevar ropa interior demasiado ceñida. O quizá, poniéndole un poco de imaginación, abrasiones causadas por una cuerda. La diferencia entre aquello y el horror que había visto al volver en sí era abismal.

—Los Landon nos recuperamos a toda pastilla, hijo de puta —masculló antes de meterse en la ducha.

2

Solo tuvo tiempo para una ducha rápida. El pecho aún le dolía lo suficiente para descartar el sujetador. Se puso unos pantalones de trabajo, una camiseta holgada y un chaleco, para evitar que la gente se le quedara mirando los pezones, siempre y cuando los tíos se molestaran en mirarles los pezones a las mujeres de cincuenta años. Según Scott, lo hacían. Recordaba un día, en tiempos mucho más felices, en que su marido le había dicho que los hombres heterosexuales se fijaban en prácticamente todas las mujeres entre los catorce y los ochenta y cuatro años; afirmaba que se debía a un circuito cerrado que existía entre el ojo y la polla sin pasar por el cerebro.

Era mediodía. Bajó por la escalera, se asomó al salón y vio el paquete de

cigarrillos sobre la mesilla de centro. Ya no le apetecía fumar. Fue a la despensa, cogió un frasco nuevo de crema de cacahuete (tras prepararse para encontrar a Jim Dooley agazapado en el rincón o detrás de la puerta de la despensa) y sacó la mermelada de fresa del frigorífico. Se preparó un bocadillo de pan blanco de crema de cacahuete con mermelada y comió dos deliciosos y pegajosos bocados antes de llamar al profesor Woodbody. La oficina del sheriff del condado de Castle estaba en posesión de la carta amenazadora de «Zack McCool», pero Lisey siempre había tenido buena memoria para los números, y aquel estaba chupado. El prefijo de Pittsburgh al principio y el ochenta y uno ochenta y ocho al final. No le importaba hablar con la Reina de los Incunks si no se ponía el Rey, pero el contestador constituiría un problema. Podía dejar un mensaje, pero no sabría si la persona adecuada lo escucharía a tiempo para que sirviera de algo.

Sus preocupaciones resultaron infundadas, porque fue Woodbody quien contestó, y no precisamente en tono majestuoso, sino más bien amilanado y cauteloso.

—¿Sí? ¿Diga?

—Hola, profesor Woodbody, soy Lisa Landon.

—No tengo por qué hablar con usted. He hablado con mi abogado, y dice que no tengo por qué...

—Tranquilo —lo atajó Lisey mientras miraba su bocadillo con expresión anhelante.

Pero no sería buena idea hablar con la boca llena. Con toda probabilidad, la conversación sería breve.

—No le causaré problemas con la policía ni con los abogados ni nada por el estilo... si me hace un pequeño favor.

—¿Qué favor? —inquirió Woodbody, suspicaz, una actitud que Lisey no le reprochaba.

—Existe la remota posibilidad de que su amigo Jim Dooley lo llame hoy...

—¡Ese tipo no es amigo mío! —la interrumpió Woodbody en tono quejumbroso.

Ya, pensó Lisey, y estás a punto de convencerte de que nunca lo ha sido.

—Vale, pues compañero de copas. Conocido, lo que sea... Si llama, dígame que he cambiado de idea, ¿quiere? Dígame que he entrado en razón. Dígame que nos encontraremos esta tarde a las ocho en el estudio de mi marido.

—Me parece que se va a meter en un grave aprieto, señora Landon.

—Claro, de eso sabe usted mucho, ¿verdad? —El bocadillo resultaba cada vez más tentador, y el estómago de Lisey emitió un gruñido de protesta—. Profesor, lo más probable es que no llame. En tal caso, perfecto. Si llama, y le da mi mensaje, también perfecto. Pero si llama, y usted no le da mi mensaje...,

simplemente «Ha cambiado de idea y quiere verlo esta tarde a las ocho en el estudio de Scott», y me entero..., entonces, señor mío, le aseguro que se lo haré pasar pero que muy mal.

—No puede. Mi abogado dice...

—No le haga caso a su abogado, hágame caso a mí. Mi marido me dejó veinte millones de dólares. Con ese dinero, si decido darle por el culo, se pasará tres años cagando sangre, ¿lo pillas?

Lisey colgó sin darle ocasión a añadir nada más, mordió un gran pedazo del bocado, sacó la limonada de la nevera, contempló la posibilidad de servirse un vaso y por fin bebió directamente de la botella.

3

Si Dooley llamaba durante las horas siguientes, Lisey no estaría en casa para contestar. Por suerte, Lisey sabía a qué teléfono llamaría. Fue al despacho inacabado en el granero, frente al cadáver amortajado de la cama de Bremen, se sentó en la sencilla silla de cocina (una buena silla de oficina era una de las cosas que nunca había llegado a encargarse), pulsó el botón de grabación del contestador automático y habló sin pensar. No había vuelto de Boo'ya Moon con un plan, sino con una serie de pasos que debería seguir y la creencia de que, si hacía su parte, Jim Dooley se vería obligado a hacer la suya. *Silbaré y vendrás a mí, muchacho*, pensó.

—Zack..., señor Dooley..., soy Lisey. Por si escucha este mensaje, he ido a ver a mi hermana, que está en el hospital, en Auburn. He hablado con el profesor y estoy encantada de que este asunto pueda arreglarse. Estaré en el estudio de mi marido esta tarde a las ocho, o si quiere, si le preocupa la policía, puede llamarme aquí a las siete para quedar de otra forma. Puede que haya un agente de la oficina del sheriff aparcado delante de la casa o entre los arbustos al otro lado de la carretera, así que tenga cuidado. Escucharé los mensajes.

Temió que el mensaje no cupiera en la cinta de salida, pero no fue así. ¿Cómo reaccionaría Jim Dooley si llamaba a ese número y lo escuchaba? Dado su actual nivel de locura, Lisey no tenía ni idea. ¿Rompería su silencio y llamaría al profesor a Pittsburgh? Tal vez. También resultaba imposible predecir si el profesor le transmitiría el mensaje en caso de que Dooley lo llamara, y quizá daba igual. No le importaba demasiado si Dooley creía que estaba dispuesta a cooperar o por el contrario pretendía tomarle el pelo. Lo único que quería era que le picara la curiosidad y ponerlo nervioso, como imaginaba que se sentían los peces al mirar un cebo que se deslizaba por la superficie.

No se atrevió a dejar una nota en la puerta porque era muy probable que el agente Boeckman o el agente Alston la leyera mucho antes que Dooley, y de todos modos habría sido un poco exagerado. Por el momento había hecho cuanto podía.

¿Y realmente esperas que aparezca esta tarde a las ocho, Lisey? ¿Que suba tan campante por la escalera hasta el estudio de Scott, tranquilo y confiado?

No esperaba que se presentara tan campante ni que mostrara una actitud distinta de la locura que Lisey ya había experimentado, pero sí esperaba que acudiera. Se iría con cuidado, como cualquier bestia salvaje, al acecho de trampas, quizá saliendo del bosque ya a media tarde, pero Lisey creía que en su fuero interno sabía que no se trataba de un engaño que Lisey habría elaborado con la oficina del sheriff o la policía del estado. Lo sabía por el ansia de complacer que detectaría en su voz y porque, después de lo que había hecho, tenía motivos de sobra para esperar que estuviera amedrentada. Escuchó el mensaje dos veces más y asintió. Sí. A primera vista parecía una mujer deseosa de zanjar un asunto engorroso, pero creía que Dooley captaría el miedo y el dolor justo debajo de la superficie. Porque esperaba captarlos y porque estaba loco.

Lisey creía que había algo más. Se había ganado su bebida. Se había ganado la dáliva, y eso le había conferido una fuerza primitiva. Tal vez no durara mucho, pero no importaba, porque una pequeña parte de aquella fuerza, de aquella extraña sensación primaria, estaba grabada en el contestador automático. Creía que, en caso de llamar, Dooley la percibiría y reaccionaría.

4

El teléfono móvil seguía en el BMW y ahora estaba del todo cargado. Consideró la posibilidad de volver al pequeño despacho del granero y cambiar el mensaje del contestador para añadir el número del móvil, pero entonces reparó en que no lo sabía. *Nunca te llamas a ti misma, querida*, pensó antes de estallar de nuevo en una de aquellas carcajadas histriónicas.

Condujo despacio hasta el final del camino de acceso, con la esperanza de que el agente Alston estuviera allí. Y ahí estaba, más grande que nunca y con aspecto también algo primitivo. Lisey salió del coche y le dedicó un saludo militar. El policía no se apresuró a pedir refuerzos ni echó a correr al verle la cara, sino que se limitó a sonreír y le devolvió el saludo.

Por descontado, a Lisey se le había ocurrido la idea de inventarse alguna historia si encontraba a un agente de guardia, algo acerca de que «Zack McCool» la había llamado para decirle con su peculiar forma de hablar que había decidido

volver a West Virginia y olvidarse de la viuda del escritor porque aquello estaba demasiado lleno de policías yankies. Lo diría sin el acento sureño, por supuesto, y creía que podía mostrarse bastante convincente, sobre todo en su actual estado de gracia bautismal, pero al final resolvió no hacerlo. Una historia así podía acabar poniendo al sheriff en funciones y a sus ayudantes aún más en guardia si conjeturaban que Jim Dooley intentaba engañarlos. No, lo mejor sería dejar las cosas tal como estaban. Dooley ya había encontrado el camino hasta ella en una ocasión y lo más probable era que pudiera volver a hacerlo. Si lo atrapaban, sus problemas quedarían resueltos..., aunque, a decir verdad, ver a Jim Dooley entre rejas ya no era su solución favorita.

Además, no le hacía gracia la idea de mentir a Alston ni a Boeckman más de lo estrictamente necesario. Eran policías, estaban haciendo lo posible por protegerla y además eran unos grandullones entrañables.

—¿Qué tal, señora Landon?

—Muy bien. Solo he parado para decirle que me voy a Auburn. Mi hermana está en el hospital.

—Lo siento mucho. ¿El General o el Kingdom?

—Greenlawn.

No sabía si lo conocería pero, a juzgar por la pequeña mueca que contrajo su rostro, dedujo que sí.

—Vaya, es una lástima..., al menos hace un día estupendo para dar un paseo en coche. Pero procure volver antes del atardecer. En la radio han anunciado grandes tormentas, sobre todo en esta zona.

Lisey miró a su alrededor y sonrió, primero al día, que en efecto era precioso, al menos de momento, y luego al agente Alston.

—Lo intentaré. Gracias por la información.

—De nada. Tiene un lado de la nariz un poco hinchado. ¿Le ha picado algún bicho?

—Los mosquitos me machacan a veces —repuso Lisey—. Tengo otra al lado del labio, ¿la ve?

Alston le miró la boca, que Dooley le había golpeado varias veces con la mano abierta poco antes.

—No, no veo nada —reconoció.

—Perfecto, eso significa que el antihistamínico ha hecho efecto. Espero que no me dé sueño.

—Si le da sueño, pare el coche, ¿de acuerdo? No corra riesgos.

—Sí, papá —canturreó Lisey.

Alston se echó a reír y se ruborizó un poco.

—Por cierto, señora Landon...

—Llámeme Lisey.

—Sí, señora... Lisey. Ha llamado Andy. Le gustaría que pasara usted por la oficina del sheriff cuando le vaya bien para hacer una declaración formal sobre este asunto. Ya sabe, algo que pueda firmar para que quede constancia. ¿Le parece bien?

—Sí. Pasaré por allí cuando vuelva de Auburn.

—Bueno, le diré un secreto, señora Lan..., Lisey. Nuestras dos secretarias suelen irse temprano los días que amenaza tormenta. Viven en Motton, y esas carreteras se inundan en menos que canta un gallo.

—Ya veremos —comentó Lisey con un encogimiento de hombros antes de mirar ostentosamente el reloj—. ¡Vaya, qué tarde! Tengo que darme prisa. No dude en usar el lavabo si lo necesita, agente Alston. Hay una...

—Joe. Si usted es Lisey, yo soy Joe.

—De acuerdo, Joe —accedió Lisey con un gesto de asentimiento—. Hay una llave de la puerta trasera bajo la escalinata del porche. Si busca un poco la encontrará.

—Por supuesto, soy investigador —le recordó el policía, muy serio.

Lisey estalló en carcajadas y levantó la mano. El agente Joe Alston esbozó una sonrisa y le chocó los cinco a la luz del sol, cerca del buzón donde había encontrado el gato muerto de los Galloway.

5

Durante el trayecto a Auburn reflexionó sobre el modo en que el agente Joe Alston la había mirado mientras charlaban al final del camino de acceso. Hacía mucho tiempo que no atraía una mirada admirativa de un hombre, pero hoy sí, y eso a pesar de su cara hinchada. Increíble. Realmente increíble.

—El Tratamiento de Belleza Marca Paliza de Jim Dooley —dijo, echándose a reír—. Podría anunciarlo por televisión.

Y sentía un sabor maravillosamente dulce en la boca. Estaba convencida de que jamás volvería a apetecerle un cigarrillo. Quizá debería anunciar también eso por televisión.

6

Lisey llegó a Greenlawn a la una y veinte. No esperaba ver el coche de Darla,

pero aun así lanzó un suspiro de alivio al cerciorarse de que no formaba parte de la docena de vehículos dispersos por el aparcamiento para visitas. Le gustaba la idea de que Darla y Canty estuvieran muy al sur de allí, bien lejos de la locura peligrosa de Jim Dooley. Recordó la época en que ayudaba al señor Silver a clasificar patatas cuando era pequeña (bueno, a los doce o trece años, no tan pequeña a fin de cuentas). El señor Silver siempre le advertía que llevara pantalones largos y se arremangara la camisa cuando estuviera cerca del clasificador de patatas instalado en el cobertizo trasero. «Si este trasto te atrapa, te deja desnuda en un santiamén», decía, y Lisey se había tomado la advertencia en serio porque comprendía que el viejo Max Silver no se refería a lo que la máquina le haría a su ropa, sino a lo que le haría a ella. Amanda formaba parte de esta historia, formaba parte de ella desde el día en que se presentó en casa de Lisey mientras ella acometía a regañadientes la tarea de vaciar el estudio de Scott. Lisey aceptaba ese hecho. Por el contrario, Darla y Canty representarían una complicación innecesaria. Si Dios era bondadoso, las retendría en el Snow Squall, comiendo langosta y tomando vino blanco con soda, durante mucho, mucho rato. Hasta medianoche.

Antes de bajar del coche, Lisey se rozó el pecho izquierdo con la mano derecha e hizo una mueca de anticipación porque esperaba sentir un dolor lacerante. Sin embargo, lo único que sintió fue una leve molestia. *Increíble*, se dijo. *Es como tocar una magulladura de hace una semana. Cuando te pongas a dudar de la existencia de Boo'ya Moon, recuerda lo que Dooley te ha hecho hace apenas cinco horas y cómo estás ahora.*

Salió del coche, lo cerró con el mando a distancia y se detuvo para mirar a su alrededor en un intento de situar la plaza en la que había aparcado. No tenía una razón clara para hacerlo, nada que pudiera concretar. No era más que otro de los pasos del proceso, como cuando horneas pan por primera vez con ayuda de un recetario, y le parecía perfecto.

El aparcamiento para visitas de Greenlawn, recién asfaltado y pintado, le recordaba mucho el aparcamiento en el que su marido se había desplomado dieciocho años atrás, y oyó la voz fantasmal del profesor asociado Roger Dashmiel, alias el pollo frito sureño de mierda, diciendo: «Ahora cruzaremos el aparcamiento hasta el pabellón Nelson, que tiene aire acondicionado». Aquí no hay ningún pabellón Nelson; el pabellón Nelson estaba en el País de Ayer, al igual que el hombre que había ido allí para echar una palada de tierra y declarar inaugurada la construcción de la Biblioteca Shipman.

Lo que se cernía sobre los setos cuidadosamente cortados no era el edificio del departamento de literatura inglesa, sino la fachada de ladrillo liso y vidrio reluciente de un loquero del siglo veintiuno, la clase de lugar limpio y luminoso

donde su marido podría haber acabado si algo, alguna espina que los médicos de Bowling Green habían decidido por fin denominar «neumonía» (nadie quería escribir «Causas desconocidas» en el certificado de defunción de un hombre cuyo fallecimiento saldría publicado en la primera página del *New York Times*), no hubiera acabado con él antes.

A este lado del seto se alzaba un roble; Lisey había aparcado de forma que el BMW quedara a su sombra, pese a que, en efecto, divisó nubes al oeste, de modo que el agente Joe Alston tal vez estuviera en lo cierto respecto a las tormentas de la tarde. El árbol habría sido un marcador excelente de ser el único, pero no lo era. Había una hilera entera de robles a lo largo del seto, y a Lisey le parecían todos idénticos..., pero ¿qué puñeta importaba de todos modos?

Echó a andar hacia el camino que conducía al edificio principal, pero algo..., una voz interior que no se parecía a ninguna de las variaciones de su propia voz mental, la obligó a retroceder, insistiendo en que volviera a mirar el coche y la plaza que ocupaba en el aparcamiento. Se preguntó si algo querría que aparcara el BMW en otro lugar. En tal caso, no se estaba expresando con demasiada claridad. Lisey decidió dar una vuelta de inspección, como su padre le había enseñado a hacer antes de emprender un viaje largo. Solo que en esos casos te fijabas en el dibujo de los neumáticos, algún faro roto, el tubo de escape caído y otras cosas por el estilo. En cambio ahora no sabía qué buscaba.

Puede que esté demorando el momento de verla y nada más.

Pero no se trataba de eso. Era algo más. Algo importante.

Observó la matrícula 5671RD, con ese ridículo colimbo ártico, y un adhesivo muy desvaído, un regalo que Jodi le había hecho en broma. Decía: JESÚS ME AMA, ESO LO SÉ, POR ESO NUNCA DESPACIO CONDUCIRÉ. Eso era todo.

No basta, insistió la voz, y de repente Lisey divisó algo interesante en el extremo más alejado del aparcamiento, casi oculto bajo el seto. Era una botella vacía de vidrio verde. Una botella de cerveza, creía. Lisey corrió hacia ella y al recogerla percibió un agrio olor agrícola procedente de su interior. En la etiqueta, algo desvaída, se veía un perro en pleno gruñido. Según la etiqueta, aquella botella había contenido cerveza extra Lobo Nórdico. Lisey llevó la botella al coche y la colocó sobre el asfalto, justo debajo del colimbo de la matrícula.

BMW color crema, no bastaba.

BMW color crema aparcado a la sombra de un roble, tampoco bastaba.

BMW color crema aparcado a la sombra de un roble con una botella vacía de cerveza Lobo Nórdico bajo la matrícula de Maine 5761RD con colimbo ártico incluido y un poco a la izquierda del adhesivo gracioso... Eso sí bastaba.

Aunque a duras penas.

¿Y por qué?

A Lisey le importaba un puñetero pimientito.
Se dirigió hacia el edificio principal a grandes zancadas.

7

No le pusieron pega alguna para entrar a ver a Amanda, pese a que el horario de visitas de la tarde no empezaba oficialmente hasta las dos, es decir, media hora más tarde. Gracias al doctor Hugh Alberness y por supuesto a Scott, Lisey era una especie de estrella en Greenlawn. Diez minutos después de dar su nombre en el mostrador de recepción, achicado por un gigantesco mural estilo new age en el que se veía a unos niños que contemplaban embelesados el cielo nocturno con las manos entrelazadas, Lisey estaba sentada con su hermana en la pequeña terraza a la que daba su habitación, tomando un insípido ponche en un vaso de plástico y viendo un partido de cróquet que transcurría en el césped posterior de la clínica, al cual el centro sin duda debía su nombre^[3]. En algún lugar que Lisey no alcanzaba a ver, un cortacésped eléctrico emitía su monótono zumbido. La enfermera de guardia había preguntado a Amanda si también le apetecía un vaso de «zumito de bicho» y tomó su silencio por una respuesta afirmativa. El vaso estaba intacto sobre la mesa, y Amanda, ataviada con un pijama verde menta y lazo a juego en el cabello recién lavado, permanecía sentada con la mirada perdida en la distancia; no miraba a los jugadores de cróquet, pensó Lisey, sino que parecía mirar a través de ellos. Tenía las manos entrelazadas sobre el regazo, pero Lisey vio el feo corte que surcaba la izquierda, así como el brillo de la crema desinfectante que lo cubría. Había intentado iniciar tres veces una conversación, pero Amanda no había articulado una sola palabra. Lo cual, según la enfermera, era habitual en ella. Amanda estaba incomunicada, no recibía mensajes, había salido a comer, estaba de vacaciones, de visita en la vía láctea. Había sido problemática toda su vida, pero la situación actual era todo un récord incluso para ella.

Y Lisey, que esperaba recibir una visita en el estudio de su marido al cabo de tan solo seis horas, no tenía tiempo que perder. Bebió un sorbo de la insípida bebida, deseando poder tomarse una Coca-Cola (que estaba terminantemente prohibida en el centro a causa de la cafeína), y dejó el vaso sobre la mesa. Miró a su alrededor para cerciorarse de que estaban solas, se inclinó hacia delante y cogió las manos de Amanda, procurando no estremecerse al contacto viscoso de la crema y las líneas abultadas de los cortes en plena cicatrización. Amanda no dio muestras de sentir dolor; su rostro permaneció inalterado, como si estuviera durmiendo con los ojos abiertos.

—Amanda —dijo Lisey; intentó mirar a su hermana de hito en hito, pero le resultó imposible—. Amanda, quiero que me escuches. Querías ayudarme a limpiar todo lo que dejó Scott, y necesito que me ayudes. Necesito tu ayuda.

No obtuvo respuesta.

—Hay un hombre malo. Un loco. Es como aquel cabrón de Cole en Nashville, de hecho, se le parece mucho, solo que no puedo encargarme sola de él. Tienes que volver de dondequiera que estés y ayudarme.

Nada. Amanda seguía mirando a los jugadores de cróquet. A través de los jugadores de cróquet. El cortacésped seguía zumbando. Los vasos de plástico llenos de zumo de bicho estaban sobre una mesa de terraza sin esquinas, porque en aquel lugar las esquinas estaban tan prohibidas como la cafeína.

—¿Sabes lo que creo, conejito Manda? Creo que estás sentada en uno de esos bancos de piedra con el resto de los esfumados comatosos, contemplando el lago. Creo que Scott te vio allí en una de sus visitas y se dijo: «Vaya, una que se corta. Los reconozco en cuanto los veo, porque mi padre formaba parte de esa tribu. Qué digo, si yo también formo parte de la tribu». Y se dijo también: «He aquí una señora que acabará en la jubilación anticipada a menos que alguien le eche una mano, por así decirlo». ¿Fue así, Manda?

Nada.

—No sé si previó lo de Jim Dooley, pero adivinó que acabarías en Greenlawn, lo veía tan claro como que la mierda se queda pegada a la manta. ¿Recuerdas que el *Dandy* decía eso a veces, Manda? ¡Tan claro como que la mierda se queda pegada a la manta! Y cuando La Buena de Ma lo regañaba, él replicaba que la mierda no era una palabrota, sino un hecho de la vida. ¿Te acuerdas?

Todavía nada de Amanda, tan solo aquella mirada vacua y enloquecedora.

Lisey pensó en aquella gélida noche con Scott en la habitación de invitados, mientras el viento aullaba en torno a la casa y el cielo ardía, y acercó la boca a la oreja de Amanda.

—Si puedes oírme, apriétame la mano —susurró—. Aprieta todo lo que puedas.

Esperó, y transcurrieron varios segundos. Estaba a punto de tirar la toalla cuando percibió un levísimo movimiento. Podía tratarse de un espasmo involuntario o de imaginaciones suyas, pero no lo creía. Lo que creía era que en algún lugar muy lejano Amanda oía a su hermana llamarla a gritos. Llamarla a gritos para traerla de vuelta a casa.

—Muy bien —masculló Lisey con el pulso tan acelerado que creyó que se ahogaría—. Eso está muy bien. Es un comienzo. Voy a ir a buscarte, Amanda. Voy a traerte a casa, y tú me ayudarás. ¿Me oyes? Tienes que ayudarme.

Lisey cerró los ojos y oprimió las manos de Amanda con más fuerza, sabedora

de que podía hacerle daño, pero sin que ello le importase lo más mínimo. Amanda podría quejarse más tarde, cuando recobrara la voz para hacerlo. Si es que tenía una voz para hacerlo. «Ay, pero es que el mundo está hecho de “sí”», le había dicho Scott en cierta ocasión.

Lisey hizo acopio de toda su fuerza de voluntad y concentración para conjurar la visión más clara posible del lago. Visualizó el valle rocoso en el que se abría; visualizó la límpida punta de flecha que formaba la playa, coronada por los bancos de piedra que se curvaban con suavidad hacia arriba; visualizó el corte en la roca y el sendero secundario, una suerte de garganta, que conducía al cementerio. Pintó el agua de azul brillante salpicado de mil puntitos de sol, pintó el lago de día, porque estaba harta de Boo'ya Moon al atardecer, muchas gracias.

Ahora, pensó, y esperó a que el aire se volviera del revés y los sonidos de Greenlawn se desvanecieran. Por un instante le pareció que así era, pero enseguida concluyó que era fruto de su imaginación. Al abrir los ojos comprobó que la terraza seguía ahí mismo, con el vaso de zumo de Amanda sobre la mesa redondeada. Amanda continuaba inmersa en su placidez catatónica, una figura de cera que respiraba bajo el pijama verde menta cerrado con velcro porque los botones era algo que uno podía tragarse. Amanda con el lazo a juego en el cabello y el océano entero en los ojos.

Por un momento la asaltó una duda terrible. Tal vez todo aquello no era más que fruto de su propia locura, todo salvo Jim Dooley. No existían familias tan jodidas como los Landon fuera de los libros de V. C. Andrews, ni lugares como Boo'ya Moon fuera de los cuentos infantiles. Lisey se había casado con un escritor que había muerto, nada más. Lo había salvado una vez, pero cuando enfermó en Kentucky ocho años más tarde, no pudo hacer nada por él porque resulta imposible abatir un microbio con una pala, ¿a que sí?

Empezó a relajar la presión sobre las manos de Amanda, pero de pronto la volvió a incrementar. Hasta el último vestigio de su fuerte corazón y su considerable fuerza de voluntad se amotinó en señal de protesta. *¡No! ¡Fue real! ¡Boo'ya Moon es real! Estuve allí en 1979, antes de casarme con él, y otra vez en 1996, para encontrarlo cuando necesitaba que lo encontraran, para traerlo a casa cuando necesitaba que lo trajeran a casa, y una vez más esta misma mañana. Si me asaltan las dudas, lo único que tengo que hacer es comparar cómo tenía el pecho cuando Jim Dooley acabó con él y cómo lo tengo ahora. La razón por la que no puedo ir...*

—La colcha africana —murmuró—. Scott dijo que la colcha africana nos retenía allí como si fuera un ancla, aunque no sabía por qué. ¿Nos estás reteniendo aquí, Manda? ¿Nos está reteniendo alguna parte asustada y testaruda de ti? ¿O reteniéndome a mí?

Amanda no contestó, pero Lisey intuía que se trataba precisamente de eso. Una parte de Amanda quería que Lisey fuera a buscarla para traerla de vuelta, pero otra parte no quería que la rescataran. Lo que esa segunda parte quería era terminar de una vez por todas con el sucio mundo y todos los problemas del sucio mundo. Esa parte estaría encantada de seguir comiendo por un tubo, de cagarse en los pañales y de pasar las cálidas tardes en aquella terracita, vestida con pijamas cerrados con velcro, la mirada fija en el césped verde y los jugadores de cróquet. ¿Y qué estaba mirando Amanda en realidad?

El lago.

El lago por la mañana, el lago por la tarde, el lago a la puesta de sol, el lago reluciente a la luz de la luna y las estrellas, con delicadas hebras de vapor elevándose desde la superficie como sueños amnésicos.

Lisey reparó en que aún conservaba ese sabor dulce en la boca, un sabor que por lo general solo notaba a primera hora de la mañana, y se dijo: *Es del lago. Mi premio. Mi bebida. Dos sorbos. Uno para mí y otro para...*

—Otro para ti —dijo en voz alta.

De repente, vio tan claro el siguiente paso que se preguntó cómo había podido perder tanto tiempo. Sin soltar las manos de Amanda, Lisey se inclinó hacia delante hasta situar su rostro frente al de Amanda. Los ojos de su hermana seguían desenfocados y perdidos bajo el flequillo recto y canoso, como si mirara a través de Lisey. Pero cuando Lisey deslizó las manos hasta sus codos para inmovilizarla y cubrió la boca de su hermana con la suya, Amanda abrió los ojos de par en par con expresión tardía de comprensión; intentó forcejear, pero era demasiado tarde. La boca de Lisey se inundó de dulzura cuando el segundo sorbo de agua del lago invirtió su recorrido. Empleó la lengua para separar los labios de Amanda, y mientras sentía el segundo trago que había bebido en el lago pasar de su boca a la de su hermana, Lisey visualizó el lago con una claridad meridiana que empequeñecía sus anteriores intentos de concentrarse y verlo, por denodados que hubieran sido. Olió el frangipán y la buganvilla, fragancias mezcladas con un aroma profundo y en cierto modo nostálgico de olivas, el olor que despedían los árboles del amor durante el día. Sintió la arena compacta bajo los pies, descalzos porque sus zapatillas deportivas no habían pasado. Las zapatillas no, pero ella sí, lo había conseguido, había pasado al otro lado, estaba

8

Estaba de vuelta en Boo'ya Moon, de pie sobre la cálida arena compacta de la playa, esta vez bajo un sol de justicia que no pintaba miles de puntitos brillantes

en la superficie del agua, sino al parecer millones. Porque aquel cuerpo de agua era más ancho. Por un instante, Lisey contempló embelesada el agua y la silueta inmensa de un velero que flotaba en ella. Y mientras miraba, de repente comprendió lo que la criatura le había dicho en la cama de Amanda.

«¿Cuál es mi premio?», había preguntado Lisey, y la cosa, que parecía ser Scott y Amanda al mismo tiempo, le había contestado que su premio sería una bebida. Pero cuando Lisey preguntó si se trataba de una Coca-Cola o una Pepsi, la cosa había dicho: «Cállate. Queremos mirar las alceas». Lisey había supuesto que la cosa se refería a las flores; había olvidado que en tiempos aquella palabra había tenido un significado muy distinto, un significado mágico.

Amanda..., porque había sido Amanda..., se refería al navío que flotaba en aquellas aguas azules y radiantes; con casi toda certeza, Scott no podía estar al corriente de aquel maravilloso barco de ensueño de la niñez de su hermana.

No era un lago lo que veía, sino un puerto ante el que había un solo barco anclado, un navío hecho para valientes muchachas pirata que se aventuraban a buscar tesoros (y novios). ¿Y su capitana? La aguerrida Amanda Debusher, cómo no, porque en tiempos aquel velero había sido su fantasía más feliz. En tiempos remotos, antes de tornarse tan furiosa por fuera y tan atemorizada por dentro.

Cállate. Queremos mirar Las Alceas.

Oh, Amanda, pensó Lisey casi en un lamento. Este era el lago al que todos íbamos a beber, la mismísima copa de la imaginación, y por supuesto, cada uno lo veía a su manera. Aquel refugio infantil era la versión de Amanda. Sin embargo, los bancos eran iguales, lo que indujo a Lisey a suponer que al menos ellos eran del todo reales. Vio a veinte o treinta personas sentadas en ellos, contemplando el agua con expresión soñadora, y más o menos la misma cantidad de figuras amortajadas. A la luz del día se asemejaban sobrecogedoramente a insectos envueltos en una tela de araña.

No tardó en divisar a Amanda; estaba sentada unas doce hileras por encima de ella. Lisey sorteó a dos de los espectadores silenciosos y una de las aterradoras figuras amortajadas a fin de llegar junto a ella. Se sentó a su lado y de nuevo le tomó las manos, que no estaban heridas ni mostraban cicatrices siquiera. Y mientras las sostenía, los dedos de Amanda se cerraron muy despacio pero indiscutiblemente en torno a los suyos. En aquel instante, una extraña certeza se adueñó de Lisey. Amanda no necesitaba el trago de agua del lago que había bebido Lisey ni que esta la convenciera para que se sumergiera en el agua sanadora, porque Amanda quería volver a casa. La mayor parte de ella había esperado a que la rescataran como a una princesa dormida de cuento... o una valiente pirata hecha esclava. ¿Y cuántas de esas figuras sin amortajar se hallarían en la misma situación? Lisey veía sus rostros en apariencia serenos y sus miradas

perdidas en la distancia, pero eso no significaba que algunos de ellos no estuvieran gritando en su fuero interno para que alguien los ayudara a encontrar el camino de vuelta a casa.

Lisey, que solo podía ayudar a su hermana..., tal vez..., desterró aquella idea con un estremecimiento.

—Amanda —dijo—, vamos a volver ahora, pero tienes que ayudarme.

Al principio no obtuvo respuesta, pero al cabo de unos instantes Amanda habló con voz muy tenue, como si estuviera dormida.

—¿Li...sey? ¿Has bebido ese... ponche asqueroso?

Lisey rió a su pesar.

—Un poco, por educación. Mírame.

—No puedo. Estoy mirando *Las Alceas*. Voy a ser pirata... y navegar... —su voz se apagaba— por los siete mares... tesoro... las islas Caníbal...

—Eso era imaginario —replicó Lisey.

Detestaba la aspereza que advirtió en su voz; era como desenvainar el sable para matar a un bebé dormido plácidamente sobre la hierba, un ser del todo inofensivo. Porque ¿acaso no eran así los sueños infantiles?

—Lo que ves no es más que la estrategia de este lugar para atraparte. No es más que una... dáliva.

—Scott me dijo que intentarías venir —musitó Manda, sorprendiéndola... e hiriéndola—. Que si alguna vez te necesitaba, intentarías venir.

—¿Cuándo, Manda? ¿Cuándo te dijo eso?

—Le encantaba este lugar —prosiguió Amanda con un profundo suspiro—. Lo llamaba Boolya Mood o algo parecido. Decía que era fácil de amar. Demasiado fácil.

—¿Cuándo, Manda? ¿Cuándo te lo dijo? —insistió Lisey, presa del deseo de zarandearla.

Amanda dio la impresión de hacer un esfuerzo tremendo... y por fin sonrió.

—La última vez que me corté. Scott me hizo volver a casa. Dijo que... todos queráis que volviera.

De repente, muchas cosas parecían adquirir sentido. Por supuesto, era demasiado tarde para cambiar las cosas, pero aun así, era mejor saberlo. ¿Y por qué no se lo había contado nunca a su mujer? ¿Porque sabía que a la pequeña Lisey la aterrizzaba Boo'ya Moon y las cosas, sobre todo una, que vivían allí? Sí. ¿Porque intuía que lo descubriría por sí misma a su debido tiempo? También.

Amanda se había vuelto de nuevo hacia el navío que flotaba en el puerto que era su versión del lago de Scott. Lisey le sacudió el hombro.

—Tienes que ayudarme, Manda. Hay un psicópata que quiere hacerme daño, y necesito que me ayudes a pararle los pies. Necesito que me ayudes ahora

mismo.

Amanda se giró para mirar a Lisey con una expresión de asombro casi cómica en el rostro. A sus pies, una mujer ataviada con un caftán y sosteniendo la fotografía de un niño de sonrisa semidesdentada en una mano se volvió hacia ellas.

—Cállense... mientras... intento pensar... por qué lo hice... —las reconvino con voz lenta y preñada de vaguedad.

—Métase en sus asuntos, señora —le replicó Lisey con brusquedad antes de mirar de nuevo a Amanda, que para su alivio seguía mirándola a ella.

—Lisey, ¿quién...?

—Un loco. Un tipo que se presentó en mi casa por los malditos papeles y manuscritos de Scott. Solo que ahora está más interesado por mí. Esta mañana me ha hecho daño y volverá a hacerlo si yo no..., si nosotras no...

Amanda se estaba volviendo de nuevo hacia el barco anclado en el puerto, y Lisey le agarró la cabeza con firmeza para volver a encararse con ella.

—Préstame atención, flacucha.

—No me llames flacu...

—Si me prestas atención no lo haré. ¿Conoces mi coche? ¿Mi BMW?

—Sí, Lisey, pero...

Amanda seguía intentando desviar la mirada hacia el agua. Lisey estuvo a punto de volver a girarle la cabeza, pero la intuición le advirtió que no sería más que una solución momentánea. Si de verdad quería sacar a Amanda de allí, tendría que hacerlo con la voz, con la voluntad y, en última instancia, porque Amanda quería regresar.

—Manda, ese tipo..., no solo quiere hacerme daño. Si no me ayudas, creo que puede llegar a matarme.

Amanda la miró con aire asombrado y perplejo.

—¿Matar...?

—Sí. ¡Sí! Te prometo que te lo explicaré todo, pero no aquí. Si nos quedamos mucho rato, acabaré sin hacer otra cosa que contemplar *Las Alceas* contigo.

Y no creía que fuera mentira. Percibía la atracción de aquella cosa, su deseo de que mirara. Si sucumbía a la tentación, podían transcurrir veinte años en cuestión de veinte minutos, y transcurridos aquellos años, ella y hermana grande conejito Manda seguirían allí sentadas, a la espera de embarcar en un buque pirata que siempre hacía señas pero nunca zarpaba.

—¿Tendré que beberme ese ponche asqueroso? ¿Ese...?

Amanda frunció el ceño en un esfuerzo por recordar, y al poco las arrugas se alisaron de nuevo.

—¿Ese zumo de biiiiiicho?

La forma infantil en que alargó la palabra arrancó otra carcajada a Lisey, y la mujer del caftán y la fotografía se volvió de nuevo hacia ellas. Amanda alegró el corazón de Lisey al lanzarle una mirada de altivo desdén... y luego dedicarle un gesto obsceno con la mano.

—¿Tendré que hacerlo, pequeña Lisey?

—Se acabó el ponche, se acabó el zumo de bicho, te lo prometo. Ahora concéntrate en mi coche. ¿Sabes de qué color es? ¿Estás segura de que te acuerdas?

—Crema.

Los labios de Amanda se afinaron un poco, y su rostro adquirió una expresión impaciente que encantó a Lisey.

—Cuando te lo compraste te dije que es el color en el que más se nota la suciedad, pero no me hiciste ni caso.

—¿Recuerdas el adhesivo?

—Era un chiste sobre Jesús, si no recuerdo mal. Tarde o temprano, algún cristiano cabreado lo rasgará con la llave y seguro que te hace unos cuantos arañazos de regalo en el coche.

De una hilera superior les llegó la voz extremadamente desaprobadora de un hombre.

—Si tienen que hablar. Deberían irse. A otra parte.

Lisey no se molestó en volverse y mucho menos en dedicarle un gesto obsceno.

—El adhesivo dice: «JESÚS ME AMA, ESO LO SÉ, POR ESO NUNCA DESPACIO CONDUCIRÉ». Quiero que cierres los ojos, Amanda, y visualices mi coche. Visualiza la parte trasera, donde está el adhesivo. Visualízalo a la sombra de un árbol. La sombra se mueve porque sopla una brisa suave. ¿Puedes hacerlo?

—S... sí..., creo que sí... —farfulló Amanda al tiempo que lanzaba una última mirada anhelante al barco anclado en el puerto—. Supongo que sí, si así consigo evitar que alguien te haga daño..., aunque no entiendo qué puede tener que ver con Scott. Lleva más de dos años muerto..., aunque..., creo que me dijo algo sobre la colcha afgana amarilla de La Buena de Ma, y creo que quería que te lo dijera. Pero no lo hice. He olvidado tantas cosas de aquellos episodios..., adrede, supongo.

—¿Qué episodios? ¿Qué episodios, Manda?

Amanda se la quedó mirando como si su hermana pequeña fuera el ser más estúpido sobre la faz de la tierra.

—Cuando me cortaba. Después de la última vez, cuando me mutilé el ombligo..., estuvimos aquí. —Amanda se llevó una mano a la mejilla, formando un hoyuelo provisional—. Era algo acerca de una historia. Tu historia, la historia

de Lisey. Y la colcha afgana. Solo que Scott la llamaba «africana». Dijo algo de una dalia... dalila... No sé, puede que lo soñara.

Aquellas palabras tan inesperadas provocaron un sobresalto a Lisey, pero no le hicieron perder el equilibrio. Si pretendía sacar a Amanda de allí..., y a sí misma..., tenía que hacerlo ya.

—No te preocupes ahora por eso, Manda; cierra los ojos y visualiza mi coche. Hasta el último puñetero detalle que se te ocurra. Yo me encargaré del resto.

Al menos eso espero, pensó, y en cuanto vio que Amanda cerraba los ojos, hizo lo mismo y sujetó las manos de su hermana con fuerza. Ahora sabía por qué había mirado su coche con tanta insistencia, a fin de regresar al aparcamiento para visitas en lugar de a la habitación de Amanda, situada en un ala cerrada a cal y canto.

Visualizó el BMW color crema (Amanda estaba en lo cierto, aquel color había resultado ser un desastre) y luego delegó aquella parte en Amanda mientras ella se concentraba en añadir el 5671RD de la matrícula y la *pièce de résistance*, la botella de cerveza Lobo Nórdico que había dejado sobre el asfalto, un poco a la izquierda del adhesivo de JESÚS ME AMA, ESO LO SÉ. La imagen se le antojó perfecta, pero no se operó cambio alguno en el aire de fragancia exquisita que impregnaba aquel lugar, y todavía oía a lo lejos un leve aleteo que podía deberse a una lona holgada agitada por la brisa. Aún sentía la piedra fresca del banco bajo el cuerpo, y todas aquellas sensaciones le provocaron una punzada de pánico. *¿Y si esta vez no puedo volver?*

Y de repente, desde un lugar que le pareció imposiblemente distante, oyó el murmullo exasperado de Amanda.

—Maldita sea, había olvidado el ridículo colimbo de la matrícula.

Al cabo de un instante, el aleteo de la lona se fundió con el zumbido del cortacésped antes de desaparecer por completo. Solo que ahora el zumbido del cortacésped sonaba lejano porque...

Lisey abrió los ojos. Ella y Amanda estaban en el aparcamiento, justo detrás del BMW. Aferrada a las manos de Lisey, Amanda tenía los ojos cerrados con fuerza, el ceño fruncido y la boca contraída en un rictus de profunda concentración. Aún llevaba el pijama verde menta abrochado con velcro, pero iba descalza, y Lisey comprendió que cuando la enfermera de guardia fuera a la terraza donde había dejado a Amanda Debusher y a su hermana, Lisa Landon, encontraría dos sillas vacías, dos vasos de plástico con ponche, un par de zapatillas y un par de deportivas con los calcetines aún metidos en ellas.

Y entonces, muy pronto, sin duda, la enfermera daría la voz de alarma.

A lo lejos, entre Castle Rock y New Hampshire, retumbó un trueno. Se avecinaba una tormenta de verano.

—¡Amanda! —exclamó Lisey.

Un nuevo temor se apoderó de ella; ¿y si Amanda abría los ojos y en ellos no había más que aquellos océanos vacuos?

Pero los ojos de Amanda estaban completamente despiertos, si bien mostraban una expresión algo histérica. Paseó la mirada por el aparcamiento, el BMW, su hermana y su propio aspecto.

—Deja de apretarme tanto las manos, Lisey —ordenó—. Me duelen un montón. Y necesito algo de ropa. Este ridículo pijama es transparente, y no llevo bragas ni por supuesto sujetador.

—Compraremos algo de ropa —prometió Lisey.

Y en un acceso de pánico tardío, se llevó la mano al bolsillo delantero derecho de los pantalones de trabajo... Lanzó un suspiro de alivio; su cartera seguía allí. Pero el alivio apenas duró un instante, porque el mando a distancia del coche, que había guardado en el bolsillo delantero izquierdo, de eso estaba segura, porque siempre lo guardaba allí, había desaparecido. No había pasado. O estaba en la terraza de la habitación de Amanda con sus zapatillas, o...

—¡Lisey! —gritó Amanda al tiempo que le asía el brazo.

—¿Qué? ¡Qué! —replicó Lisey mientras giraba en redondo, pero por lo que alcanzaba a ver, seguían estando solas en el aparcamiento.

—¡Estoy despierta! —Se maravilló Amanda con voz ronca y los ojos inundados de lágrimas.

—Lo sé —asintió Lisey sin poder contener una sonrisa pese a la desaparición del mando a distancia—. Es maravilloso, puñeta.

—Voy a buscar mi ropa —anunció Amanda y echó a andar hacia el edificio principal.

Lisey apenas consiguió agarrarla por el brazo. Considerando que hasta hacía unos minutos estaba inmersa en una catatonia profunda, hermana grande conejito Manda se comportaba con una vivacidad pasmosa.

—Olvídate de la ropa —espetó Lisey—. Si entras, te garantizo que te obligarán a pasar la noche aquí. ¿Es eso lo que quieres?

—¡No!

—Genial, porque te necesito conmigo. Por desgracia, lo más probable es que tengamos que coger el autobús.

—¿Pretendes que suba a un autobús con esta pinta de putón? —Casi chilló Amanda.

—Amanda, he perdido la llave del coche. O está en tu terraza o en uno de esos bancos... ¿Te acuerdas de los bancos?

Amanda asintió a regañadientes.

—¿No guardabas una llave de repuesto en un cacharro de esos magnéticos

debajo del parachoques trasero del Lexus? El cual, por cierto, era de un color mucho más sensato para este clima...

Lisey apenas oyó la pulla. Scott le había regalado el «cacharro magnético» por su cumpleaños hacía cinco o seis años, y al comprar el BMW había transferido la llave de repuesto del coche nuevo a la cajita de metal casi sin pensar. En teoría seguía allí, bajo el parachoques trasero. A menos que se hubiera caído. Apoyó una rodilla en el suelo, buscó a tientas y, cuando ya empezaba a desesperar, sus dedos toparon con la cajita, que seguía vivita y coleando en su sitio.

—Amanda, te quiero. Eres un genio.

—Qué va —resopló Amanda con toda la dignidad que podía reunir una mujer ataviada con un pijama verde transparente—. Solo soy tu hermana mayor. ¿Y ahora podemos meternos en el coche, por favor? Porque el suelo está muy caliente, incluso a la sombra.

—Claro que sí —asintió Lisey al tiempo que abría el coche con la llave de repuesto—. Tenemos que salir de aquí, solo que..., me da rabia...

Se detuvo en seco, lanzó una carcajada y meneó la cabeza.

—¿Qué? —preguntó Amanda en ese tono característico que en realidad significaba «¿Y ahora qué?».

—Nada. Bueno..., es que me estaba acordando de algo que me dijo papá cuando me saqué el carnet. Un día llevé a unos cuantos chicos a casa desde la playa White y... Te acuerdas de esa playa, ¿no?

Para entonces ya habían subido al coche, y Lisey estaba dando marcha atrás para salir del hueco sombreado. El aparcamiento seguía tranquilo, y así quería abandonarlo.

Amanda soltó un bufido y se abrochó el cinturón con cuidado para no lastimarse más las manos heridas.

—¡La playa de White! ¡Bah! Una vieja gravera que por casualidad tenía un manantial en el fondo. —Su expresión desdeñosa se trocó en otra de anhelo—. Nada que ver con la arena de Southwind,

—¿Así lo llamabas? —preguntó Lisey, curiosa a su pesar.

Se detuvo a la salida del aparcamiento y esperó la oportunidad para girar a la izquierda por Minot Avenue y emprender el regreso a Castle Rock. Había mucho tráfico, y tuvo que contener el impulso de girar a la derecha para alejarse de una vez de aquel lugar.

—Por supuesto —repuso Amanda, exasperada con Lisey a juzgar por su tono—. Southwind era el puerto en el que *Las Alceas* siempre atracaba para procurarse provisiones. También es donde las chicas piratas iban a ver a sus novios. ¿No te acuerdas?

—Vagamente —murmuró Lisey.

De hecho, se estaba preguntando si oirían una alarma a su espalda cuando las enfermeras descubrieran que Amanda se había ido. Probablemente no. No convenía asustar a los pacientes. Por fin se produjo un hueco en el tráfico, y Lisey se coló en él, granjeándose un bocinazo de un conductor impaciente que se vio obligado a aminorar la velocidad en unos dos kilómetros para dejarla pasar.

Amanda le dedicó un gesto obsceno con ambas manos a la altura de los hombros y sin siquiera dignarse mirar atrás.

—Menuda técnica —se mofó Lisey—. Algún día conseguirás que te violen y te maten por ello.

Amanda la miró con aire malicioso.

—Bonitas palabras para alguien que está con el agua al cuello. —Y sin detenerse casi a respirar, añadió—: ¿Qué te dijo el *Dandy* aquel día cuando volviste de la playa White? Seguro que fue una chorrada.

—Me vio salir de aquel Pontiac viejo descalza, sin zapatillas ni sandalias, y me dijo que iba contra la ley conducir descalzo en el estado de Maine.

Dicho aquello, Lisey lanzó una breve mirada culpable a los dedos del pie con que pisaba el acelerador.

Amanda emitió una suerte de gruñido chirriante. En el primer momento, Lisey creyó que estaba llorando o al menos intentándolo, pero luego comprendió que se estaba riendo. Esbozó una sonrisa, en parte porque ante ella divisó la ronda 202, que les permitiría sortear el tráfico urbano.

—¡Qué tonto era! —Logró articular Amanda entre carcajadas—. ¡Mira que era burro! ¡*Dandy* Dave Debusher! ¡Cabeza de chorlito! ¿Sabes lo que me dijo a mí una vez?

—No, ¿qué?

—Si quieres saberlo, escupe.

Lisey pulsó el botón que bajaba la ventanilla, escupió y se enjugó el labio inferior aún ligeramente hinchado con el dorso de la mano.

—¿Qué, Manda?

—Me dijo que si besaba a un chico con la boca abierta, me quedaría embarazada.

—¡Venga, no me lo creo!

—Es verdad, y te diré otra cosa...

—¿Qué?

—¡Estoy segura de que se lo creía!

Y entonces ambas se echaron a reír.

XIII

Lisey y Amanda

(Cosas de hermanas)

1

Ahora que tenía a Amanda, Lisey no sabía a ciencia cierta qué hacer con ella. Hasta llegar a Greenlawn, todos los pasos le habían parecido muy claros, pero mientras regresaban hacia Castle Rock y los nubarrones de tormenta se acumulaban sobre New Hampshire, no tenía claro nada de nada. Acababa de secuestrar a su hermana supuestamente catatónica de uno de los loqueros más prestigiosos de Maine, por el amor de Dios.

Sin embargo, Amanda parecía de todo menos loca; el temor de Lisey de que volviera a sumirse en la catatonía se disipó a pasos agigantados. Amanda Debusher no estaba tan lúcida desde hacía años. Después de escuchar todo lo sucedido entre Lisey y «Zack». Dooley, constató:

—Así que lo que le interesaba cuando apareció eran los manuscritos de Scott, pero ahora va por ti porque es el típico chiflado que se pone cachondo haciendo daño a las mujeres. Como ese psicópata de Rader en Wichita.

Lisey asintió. Dooley no la había violado, pero desde luego se había puesto cachondo. Lo que la impresionó fue la sucinta reconstrucción de los hechos que acababa de hacer Amanda, hasta el detalle de la comparación con Rader, cuyo nombre Lisey no habría recordado. Manda contaba con la ventaja de cierta perspectiva, por supuesto, pero su claridad mental seguía resultando asombrosa.

Ante ellas, una señal indicaba que quedaban veintidós kilómetros hasta Castle Rock. Cuando la pasaron, el sol se ocultó tras los nubarrones.

—Quieres acabar con él antes de que él acabe contigo, ¿verdad? —añadió Amanda en voz mucho más baja—. Matarlo y deshacerte del cadáver en el otro

mundo.

Delante de ellas retumbó otro trueno. Lisey esperó. *¿Cosas de hermanas?*, pensó. *¿Es eso lo que estamos haciendo?*

—¿Por qué, Lisey? Aparte de que supongo que porque puedes...

—Me ha hecho daño. Me ha jodido.

Lisey tuvo la sensación de que no parecía ella misma, pero si la verdad también era cosa de hermanas, y así lo creía, entonces adelante.

—Y te voy a decir una cosa, cariño. La próxima vez que me joda será la última vez que joda a alguien.

Amanda tenía las manos embutidas bajo el escuálido trasero y la mirada fija en la carretera.

—Siempre fuiste su columna vertebral —musitó por fin, casi para sus adentros.

Lisey la miró más que sorprendida, atónita, de hecho.

—¿Qué has dicho?

—Scott. Y él lo sabía. —Levantó un brazo y examinó la cicatriz rojiza que lo surcaba antes de volverse hacia Lisey—. Mávalo —sentenció con una indiferencia escalofriante—. Me parece estupendo.

2

Lisey tragó saliva y oyó un chasquido en la garganta.

—Mira, Manda, la verdad es que no sé muy bien qué me hago. Tienes que saberlo de entrada. Estoy dando palos de ciego.

—Pues ¿sabes qué? No me lo creo —replicó Amanda, casi juguetona—. Le has dejado mensajes para quedar con él a las ocho en el estudio de Scott, uno en tu contestador automático y uno a ese profesor de Pittsburgh, por si Dooley lo llama. Tienes intención de matarlo, y no pasa nada. Al fin y al cabo, la policía ya ha tenido su oportunidad, ¿no? —Y antes de que Lisey pudiera responder, prosiguió—: Claro que sí. Y el tipo entró en tu casa delante de sus narices y por poco te rebana la teta con tu abrelatas.

Lisey dobló una curva y se encontró detrás de otro renqueante camión de pulpa de papel; era como revivir el día en que ella y Darla habían regresado a casa tras ingresar a Amanda en el centro. Lisey pisó el freno y se sintió de nuevo culpable por conducir descalza. Las viejas ideas nunca mueren.

—Scott tenía columna vertebral más que suficiente —aseguró.

—Sí. Y la gastó sobreviviendo a su infancia.

—¿Qué sabes de eso? —preguntó Lisey.

—Nada. Nunca me habló de su infancia. ¿Crees que no me di cuenta? Puede que Darla y Canty no se enteraran de nada, pero yo sí, y Scott lo sabía. Nos conocíamos, Lisey, como solo pueden conocerse dos personas que no beben en una fiesta inundada en alcohol. Creo que por eso se preocupaba por mí. Y sé otra cosa.

—¿Qué?

—Que más vale que adelantes a ese camión si no quieres que me asfixie con el gas del tubo de escape.

—No tengo suficiente visibilidad.

—Sí que tienes. Además, a Dios no le gustan los cobardes... Esa es otra cosa que la gente como Scott y como yo sabemos muy bien.

—Manda...

—¡Adelántalo! ¡Me estoy asfixiando!

—Creo que no tengo suficiente vi...

—¡Lisey tiene novio! Lisey y Zeke, subidos a un árbol, B-E-S-Á-N...

—Estás imposible, flacucha.

—Besos, besos, con lengua, con lengua, pequeña Lisey —rió Amanda.

—Si viene alguien por el otro carril...

—Primero viene el amor, luego el matrimonio, luego Lisey con un...

Sin detenerse a pensar en lo que hacía, Lisey pisó a fondo el acelerador del BMW con el pie desnudo y giró el volante. Estaba a la altura de la cabina del camión de pulpa de papel cuando otro camión de pulpa de papel apareció en sentido contrario en lo alto del siguiente cambio de rasante.

—¡Mierda, mierda, mierda, que alguien me ayude, estamos jodidas! —chilló Amanda, que ya no lanzaba risitas ahogadas, sino carcajadas incontenibles.

Lisey también se reía.

—¡Pisa a fondo, Lisey!

Y Lisey lo hizo. El BMW se lanzó hacia delante con brío, y Lisey consiguió volver a su propio carril con tiempo de sobra. *Darla se habría puesto a gritar como una descosida*, pensó.

—Bueno —suspiró—. ¿Contenta?

—Sí —asintió Amanda al tiempo que le acariciaba la mano derecha con la izquierda, obligándola a relajar la presión con que se aferraba al volante—. Contenta de estar aquí, muy contenta de que fueras a buscarme. Una parte de mí no quería volver, pero casi toda yo estaba..., no sé..., triste por haberme ido. Y asustada de que pronto dejara de importarme. Así que gracias, Lisey.

—Dale las gracias a Scott. Él sabía que necesitarías ayuda.

—Y también sabía que tú necesitarías ayuda —señaló Amanda con infinita suavidad—. Y apuesto algo a que sabía que solo una de tus hermanas estaría lo

bastante loca para prestártela.

Lisey apartó la vista de la carretera para mirar un instante a Amanda.

—¿Tú y Scott hablabais de mí, Amanda? ¿Hablasteis de mí en el otro lado?

—Hablábamos. No recuerdo si aquí o allí, pero no creo que importe. Hablábamos de lo mucho que te queríamos.

Lisey se vio incapaz de responder; sentía el corazón a punto de estallar. Quería llorar, pero si lloraba no vería la carretera. Y de todos modos, quizá ya había derramado suficientes lágrimas. Lo cual no significaba que no derramara más en el futuro.

3

Guardaron silencio durante un rato. El tráfico se aligeró en cuanto pasaron el *camping* de Pigwookit. Sobre sus cabezas, el cielo aún era azul, pero el sol había quedado sepultado bajo los nubarrones que se avecinaban, lo cual confería al día una cualidad diáfana pero extrañamente desprovista de sombras.

—¿Habrías ido a buscarme aunque no hubieras necesitado un cómplice? —preguntó por fin Amanda en un tono pensativo y curioso muy impropio de ella.

Lisey reflexionó unos instantes.

—Quiero creer que sí —repuso por fin.

Amanda levantó la mano de Lisey que le quedaba más cerca y la besó, en realidad un roce liviano como el ala de una mariposa, antes de volver a colocarla sobre el volante.

—Southwind es un lugar peculiar. Cuando estás allí, parece tan real como cualquier sitio de este mundo y mejor que cualquier sitio de este mundo. Pero cuando estás aquí... —Se encogió de hombros con un ademán que a Lisey se le antojó triste—. No es más que un rayo de luna.

Lisey recordó aquella noche tumbada en la cama de The Antlers con Scott, contemplando los esfuerzos de la luna por hacerse visible, escuchando su historia y pasando con él al otro lado. Esfumándose.

—¿Cómo lo llamaba Scott? —inquirió Amanda.

—Boo'ya Moon.

—Bueno, no me había equivocado tanto.

—No.

—Creo que casi todos los niños tienen un lugar al que van cuando tienen miedo, se sienten solos o simplemente se aburren. Lo llaman el País de Nunca Jamás, el País de las Maravillas o Boo'ya Moon si tienen mucha imaginación y se lo inventan. La mayoría acaba olvidando ese lugar. Los de más talento, como

Scott, ponen arneses a sus sueños y los convierten en caballos.

—Tú también tenías mucho talento. Fuiste tú quien inventó Southwind, ¿no? Las niñas del pueblo jugaron a eso durante años. No me extrañaría que algunas niñas de Sabbatus Road todavía jugaran hoy en día.

Amanda lanzó una carcajada y sacudió la cabeza.

—La gente como yo no está hecha para pasar al otro lado. Mi imaginación solo bastó para meterme en líos.

—Manda, eso no es verdad...

—Sí lo es —la atajó Amanda—. Los loqueros están llenos de personas como yo. En nuestro caso, nuestros sueños nos ponen el arnés a nosotros y nos fustigan con látigos suaves, oh, encantadores, y corremos y corremos, pero sin movernos del sitio..., porque el barco..., Lisey, las velas nunca se despliegan, y el barco nunca leva el ancla...

Lisey se arriesgó a mirarla de nuevo. Las lágrimas resbalaban por las mejillas de su hermana. Quizá nunca se derramaban lágrimas en aquellos bancos de piedra, pero sí, aquí formaban parte de la puñetera naturaleza humana.

—Sabía que estaba a punto de irme —prosiguió Amanda—. Cuando estábamos en el estudio de Scott..., mientras escribía todos aquellos números absurdos en el cuadernito de marras..., lo sabía...

—El cuadernito de marras resultó ser la clave de todo —explicó Lisey, recordando encontrar las palabras **ALCEAS** y **mein gott** escritas en él..., algo así como un mensaje en una botella, u otra dáliva «Lisey, estoy aquí, ven a buscarme, por favor».

—¿Lo dices en serio? —preguntó Amanda.

—Sí.

—Qué gracia. Fue Scott quien me regaló esos cuadernos, ¿sabes? Suficientes para toda la vida. Por mi cumpleaños.

—¿Ah, sí?

—Sí, el año antes de morir. Me dijo que quizá podrían ser útiles algún día. —Logró esbozar una sonrisa—. Y parece que uno de ellos lo ha sido.

—Sí —convino Lisey.

Se preguntó si las palabras **mein gott** estarían escritas en la contratapa de todos ellos, en pequeñas letras oscuras justo debajo de la marca. Quizá algún día lo comprobara. Si ella y Amanda salían de aquello con vida, claro está.

la oficina del sheriff, Amanda le aferró el brazo y le preguntó qué creía que estaba haciendo. Escuchó la respuesta de su hermana con creciente asombro.

—¿Y qué hago yo mientras tú haces tu declaración y rellenas impresos? —inquirió en tono corrosivo—. ¿Sentarme en un banco delante del Registro de Animales con este pijama que enseña las tetas por el norte y el felpudo por el sur? ¿O me quedo en el coche a escuchar la radio? ¿Cómo explicarás el hecho de que vas descalza? ¿Y si alguien de Greenlawn ya ha llamado a la oficina del sheriff para decirles que no pierdan de vista a la viuda del escritor, porque ha ido a visitar a su hermana en la Mansión de los Chiflados y ahora las dos han desaparecido?

Lisey se quedó boquidifusa, como habría dicho su no demasiado inteligente padre. Había estado tan obsesionada con el problema de sacar a Manda de Ninguna Parte y ocuparse de Jim Dooley que había olvidado por completo su actual estado de desaliño, por no mencionar las posibles repercusiones de la Gran Evasión. Para entonces, ya había aparcado en semibatería ante el edificio de ladrillo que albergaba la oficina del sheriff, con un coche patrulla de la policía del estado a su izquierda y un sedán Ford con las palabras OFICINA DEL SHERIFF CONDADO DE CASTLE impresas en el costado a su derecha. Lisey empezó a sentirse atenazada por la claustrofobia. De repente le acudió a la mente el título de un tema *country*, «¿En qué estaría yo pensando?».

Una ridiculez, por supuesto; no era una fugitiva, Greenlawn no era una cárcel, y Amanda no era estrictamente una presa, pero en cuanto a lo de ir descalza... ¿Cómo puñeta iba a justificar eso? Y...

Lo cierto es que no he pensado en nada. Me he limitado a seguir los pasos. La receta. Y esto es como volver una página y descubrir que la siguiente está en blanco.

—Además —prosiguió Amanda—, tenemos que pensar en Darla y Canty. Lo has hecho muy bien esta mañana, Lisey, no es que te critique, pero...

—Sí que me criticas —la interrumpió Lisey—. Y tienes razón. Si no estamos ya en un apuro, lo estaremos muy pronto. No quería ir a tu casa enseguida ni quedarme allí demasiado rato por si Dooley también la está vigilando...

—¿Sabe algo de mí?

Me parece que también tiene un problemilla con sus hermanas.

—Creo... —empezó Lisey, pero se detuvo en seco, porque mostrarse ambigua resultaría perjudicial—. Sé que sí, Manda.

—Bueno, pero no es Dios, no puede estar en dos sitios a la vez.

—No, pero tampoco quiero que vaya la policía. No quiero que se metan en esto para nada.

—Vayamos a Vista, Lisey, ya sabes, a Gran Vista.

Gran Vista era el nombre por el que los lugareños conocían la zona de *picnic*

con vistas a los lagos de Castle y Little Kin. Era la entrada al parque natural de Castle Rock y había mucho espacio para aparcar e incluso un par de lavabos portátiles. Y a media tarde, con la tormenta que se avecinaba, con toda probabilidad estaría desierto. Un buen lugar para detenerse, pensar, hacer balance y matar el tiempo. Tal vez Amanda fuera en efecto un genio.

—Venga, salgamos de Main Street —la instó Amanda mientras se tironeaba del cuello del pijama—. Me siento como una puta en una iglesia.

Lisey dio marcha atrás con cuidado (ahora que ya no quería nada de la oficina del sheriff, estaba absurdamente convencida de que chocaría con otro coche antes de alejarse de ella), y giró hacia el oeste. Al cabo de diez minutos tomó el desvío cuya señal indicaba

PARQUE NATURAL DE CASTLE ROCK
ZONA DE *PICNIC* Y SERVICIOS
MAYO-OCTUBRE
EL PARQUE CIERRA A LA PUESTA DE SOL
POR MOTIVOS DE HIGIENE, PROHIBIDO
REVOLVER LOS CONTENEDORES

5

El coche de Lisey era el único en todo el estacionamiento, y la zona de *picnic* también aparecía desierta; no se veía un solo excursionista poniéndose ciego de naturaleza (o de cerveza). Amanda se encaminó hacia una de las mesas de *picnic*. Tenía las plantas de los pies muy rosadas, y pese a que el sol se había ocultado tras las nubes, era evidente que iba desnuda bajo el pijama verde.

—Amanda, ¿realmente crees que es...?

—Si viene alguien me meto en el coche —prometió Manda antes de mirar por encima del hombro y dedicarle una sonrisa—. Pruébalo, la hierba está sinuosa.

Lisey caminó de puntillas hasta el final del aparcamiento asfaltado y pisó la hierba. Amanda tenía razón, «sinuosa» era la palabra exacta, el pez perfecto del lago de las palabras de Scott. Y la panorámica que se disfrutaba hacia el oeste era un disparo directo a la vista y al corazón. Los nubarrones de tormenta se deslizaban hacia ellas por entre los dientes serrados de los Montes Blancos, y Lisey contó siete zonas oscuras donde las altas laderas ya se hallaban bajo una lluvia torrencial. Relámpagos cegadores estallaban en las entrañas de aquellas bolsas de tormenta, y entre dos de ellos, conectándolas como si de un puente de hadas se tratara, se veía un arco iris doble que se arqueaba sobre el monte

Cranmore en una lazada de azul frágil. Mientras Lisey lo contemplaba, el hueco azul se cerró, y sobre otra montaña cuyo nombre desconocía se abrió otro, por donde reapareció el arco iris. A sus pies, el lago Castle mostraba un sucio color gris oscuro, y el Little Kin era poco más que un ojo de ganso muerto. El viento empezaba a arreciar, pero soplaba imposiblemente cálido, y cuando le apartó el cabello de las sienes, Lisey alzó los brazos como si se dispusiera a volar, no en una alfombra mágica, sino impulsada por la alquimia de una tormenta de verano.

—¡Manda! —gritó—. ¡Cuánto me alegro de estar viva!

—Y yo —convino Amanda muy seria al tiempo que extendía las manos.

El viento le apartó el cabello grisáceo del rostro, alborotándolo como si fuera una niña. Lisey tomó la mano de su hermana con delicadeza, procurando evitar los cortes, pero consciente de una creciente fiereza en su interior. Sobre sus cabezas retumbaban los truenos, el viento cálido se tornó más fuerte, y ciento cuarenta kilómetros al oeste de allí los nubarrones se deslizaban entre los desfiladeros prehistóricos. Amanda empezó a bailar, y Lisey se unió a ella, descalzas sobre la hierba, las manos entrelazadas y elevadas hacia el cielo.

—¡Sí! —vociferó Lisey cuando retumbó el siguiente trueno.

—¿Sí qué? —replicó Manda al mismo volumen y con una carcajada.

—¡Sí, quiero matarlo!

—¡Ya te lo decía yo! ¡Te ayudaré! —gritó Amanda.

Y entonces comenzó a llover, y ambas corrieron de vuelta al coche, riendo y con las manos aún entrelazadas por encima de su cabeza.

6

Se pusieron a cubierto antes de que cayera el primero de los seis chaparrones de aquella tarde, por lo que evitaron acabar empapadas, lo que sin duda habría sucedido de haber esperado más. Treinta segundos después de que cayeran las primeras gotas ya no se distinguía la mesa de *picnic* más cercana, situada a menos de veinte metros de distancia. La lluvia era fría, pero dentro del coche hacía calor, y el parabrisas se empañó al instante. Lisey puso el motor en marcha y activó la función para desempañarlo. Amanda cogió el móvil de Lisey.

—Ha llegado el momento de llamar a la señorita Michelines —anunció, empleando un mote para Darla que Lisey no había oído en muchos años.

Lisey miró el reloj y comprobó que eran más de las tres. No era probable que Canty y Darla (en tiempos más conocida como «la señorita Michelines», un mote que detestaba) aún estuvieran almorzando.

—Lo más seguro es que ya estén en la carretera de Auburn —comentó.

—Sí, lo más seguro —convino Amanda, hablando como si Lisey fuera una niña pequeña—. Por eso voy a llamar a la señorita Michelines al móvil.

Si soy una analfabeta en tecnología es por culpa de Scott, quiso replicar Lisey. Desde que murió me he ido quedando cada vez más rezagada. Pero si ni siquiera he llegado a comprarme un DVD, y eso que todo el mundo tiene.

—Si llamas a Darla «señorita Michelines», lo más probable es que te cuelgue el teléfono aunque se dé cuenta de que eres tú.

—Nunca se me ocurriría hacer eso.

Amanda contempló la lluvia torrencial, que había convertido el parabrisas del BMW en un río de vidrio.

—¿Sabes por qué yo y Canty la llamábamos así, y por qué era una maldad por nuestra parte?

—No.

—Cuando tenía tres o cuatro años, Darla tenía una muñequita de goma roja. Ella era la auténtica señorita Michelines. A Darla le encantaba aquella cosa. Una noche que hacía frío dejó a la señorita Michelines sobre un radiador, y la muñeca se derritió. Madre del amor hermoso, qué pestazo.

Lisey hizo cuanto pudo por contener otra carcajada, pero fracasó estrepitosamente. Puesto que tenía la garganta apretada y la boca cerrada, la risa le salió por la nariz y arrojó una gran cantidad de moco transparente sobre sus dedos.

—Humm, qué bueno, el té está servido, señora —se mofó Amanda.

—Hay pañuelos de papel en la guantera —masculló Lisey, ruborizada hasta la raíz de los cabellos—. ¿Me los das, por favor?

Y de nuevo pensó en la señorita Michelines derretida sobre el radiador, y aquel pensamiento se cruzó con la que había sido la expresión más jugosa del *Dandy*, «madre del amor hermoso», y se echó a reír de nuevo, aunque detectó la tristeza oculta como una perla agri dulce tras su hilaridad, una tristeza relacionada con la pulcra, intolerante y reprimida Darla y la niña que había sido, esa niña manchada de mermelada y a menudo furiosa que siempre parecía necesitar algo.

—Bah, límpiate en el volante —sugirió Amanda, también riendo y con el móvil apretado contra el vientre—. Creo que me voy a mear encima.

—Si te meas en ese pijama, Amanda, se derretirá. Haz el favor de darme la caja de pañuelos, maldita sea.

Sin dejar de reír, Amanda abrió la guantera y le pasó los pañuelos.

—¿Crees que podrás localizarla con la que está cayendo? —inquirió Lisey.

—Si lleva el móvil encendido, la localizaré. Y a menos que esté en el cine o algo así, siempre lo lleva encendido. Hablo con ella casi cada día, en ocasiones dos veces si Matt está fuera en una de sus orgías docentes. Porque resulta que a

veces Metzie la llama, y luego Darla me cuenta lo que le ha dicho. Darla es la única persona de la familia con la que Metzie se digna hablar.

Lisey quedó fascinada. No sabía que Amanda y Darla hablaran de la problemática hija de Amanda; desde luego, Darla nunca lo había mencionado. Sintió deseos de ahondar en el tema, pero suponía que no era el momento más indicado.

—¿Qué le dirás si la localizas?

—Tú escucha. Creo que lo tengo claro, pero me da miedo que si te lo cuento, pierda parte de su... No sé. Frescura. Verosimilitud. Lo único que quiero es que las dos estén demasiado lejos para aparecer de pronto y...

—... ¿quedar atrapadas en el clasificador de patatas de Max Silver? — Terminó Lisey por ella.

Todas habían trabajado para el señor Silver en algún momento. Veinticinco centavos por barril de patatas, y acababas quitándote roña de las uñas hasta febrero.

Amanda le lanzó una mirada penetrante y luego sonrió.

—Algo así. Darla y Canty pueden llegar a ser unas pesadas, pero las quiero, así que... No quiero que acabe pasándoles algo solo porque aparezcan en el lugar equivocado en el momento menos indicado.

—Yo tampoco —convino Lisey en voz baja.

Durante unos instantes, bolas de granizo se estrellaron contra el techo y el parabrisas, pero al poco volvieron a dar paso a la lluvia.

Amanda le dio una palmadita en la mano.

—Ya lo sé, pequeña.

Pequeña. No pequeña Lisey, sino tan solo pequeña. ¿Cuánto tiempo hacía que Amanda no la llamaba así? Y había sido la única.

7

Amanda marcó el número con cierta dificultad a causa de sus heridas, y en una ocasión se equivocó y tuvo que volver a empezar. La segunda vez lo consiguió, pulsó el botón de llamada y se llevó el pequeño Motorola al oído.

La lluvia había amainado un poco. Lisey descubrió que ya podía ver la mesa de *picnic*. ¿Cuántos segundos habían transcurrido desde que Amanda pulsara el botón de llamada? Se volvió hacia su hermana con las cejas arqueadas. Amanda empezó a menear la cabeza, pero de repente se irguió en el asiento y levantó el dedo índice como si llamara al camarero en un restaurante caro.

—¿Darla?... ¿Me oyes?... ¿Sabes quién soy?... ¡Sí! ¡Sí, de verdad!

Amanda sacó la lengua y abrió los ojos de par en par, imitando la reacción de Darla con eficiencia silenciosa y bastante cruel, la reacción de una concursante que acaba de llevarse el bote entero.

—Sí, está justo a mi lado... ¡Darla, para un momento! Antes no podía hablar y ahora no me dejas meter baza... Te dejaré hablar con Lisey dentro de un momen...

Amanda escuchó un buen rato, asintiendo con la cabeza y al mismo tiempo juntando el pulgar con los demás dedos de la mano derecha para emular el cloqueo de un pato.

—Vale, vale, se lo diré, Darl... Ella y Canty están juntas, Lisey, pero todavía en el aeródromo —explicó Amanda sin molestarse en cubrir el auricular, probablemente porque quería que Darla oyera que transmitía su mensaje—. El avión de Canty llegó con retraso a causa de una tormenta en Boston. Qué lástima, ¿verdad?

Amanda le hizo la señal de la victoria mientras hablaba y luego se concentró de nuevo en el teléfono.

—Me alegro de haberos localizado antes de que os pusierais en marcha, porque ya no estoy en Greenlawn. Estamos en el Centro de Salud Mental Acadia, en Derry... Exacto, Derry.

Escuchó un poco más entre gestos de asentimiento.

—Sí, es como un milagro. Lo único que sé es que he oído a Lisey y he despertado. Lo último que recuerdo antes de eso es que me llevasteis al Memorial Stephens. Y luego..., bueno, he oído que Lisey me llamaba, y ha sido como cuando alguien te despierta de un sueño profundo..., y los médicos de Greenlawn me han enviado aquí para que me hagan un montón de pruebas en el cerebro que sin duda costarán un riñón...

Escuchó unos instantes más.

—Sí, cariño, claro que quiero saludar a Canty, y estoy segura de que Lisey también, pero nos están llamando, y el teléfono no funcionará en la sala de pruebas. Vendréis, ¿verdad? Seguro que podéis llegar a Derry hacia las siete, las ocho como mucho...

En aquel momento, los cielos se abrieron de nuevo. Aquel aguacero era aún más furibundo que el primero, y de repente el coche quedó envuelto en un redoble incesante de tambores huecos. Por primera vez, Amanda pareció no saber qué hacer. Miró a Lisey con los ojos muy abiertos por el pánico y un dedo levantado hacia el techo, de donde procedía el estruendo. «Quiere saber qué es este ruido», vocalizó en silencio.

Sin vacilar, Lisey le arrebató el teléfono y se lo llevó al oído. La conexión era excelente pese a la tormenta (o quizá precisamente por su causa, qué sabía ella).

No oyó tan solo a Darla, sino también a Canty, que hablaban en tono agitado, confuso y alegre. Incluso oyó un anuncio por megafonía que anunciaba retrasos en los vuelos por culpa del mal tiempo.

—Darla, soy Lisey. ¡Amanda ha vuelto! ¡Sí, de verdad! ¿A que es estupendo?

—¡Lisey, no puedo creerlo!

—Ver para creer —recitó Lisey—. Venid al Acadia cagando leches y lo veréis con vuestros propios ojos.

—¿Qué es ese ruido, Lisey? ¡Suenan como si estuvieras en la ducha!

—¡Es la sala de hidroterapia, aquí enfrente! —mintió Lisey rauda como el rayo, pensando que nunca serían capaces de explicar aquello, jamás—. Tienen la puerta abierta y hay un ruido de mil demonios.

Por un instante no se oyó más que el estrépito de la lluvia contra el coche.

—Si de verdad está bien, Lisey —dijo Darla por fin—, ¿qué te parece si Canty y yo vamos al Snow Squall de todas formas? El trayecto hasta Derry es largo, y las dos estamos hambrientas.

En el primer momento, Lisey se enfureció con ella, pero enseguida se enfureció consigo misma por reaccionar así. Cuanto más tardaran, mejor, ¿no? Pero aun así, el tono afectado y quejumbroso de Darla le revolvió un poco el estómago. Y supuso que eso también eran cosas de hermanas.

—Claro, ¿por qué no? —asintió por fin al tiempo que hacía la señal de la victoria a Amanda, que le sonrió con un asentimiento de cabeza—. De aquí no nos vamos a mover, Darl.

Salvo para darnos una vuelta por Boo'ya Moon, quizá, a deshacernos del cadáver de un psicópata. Eso con un poco de suerte, si las cosas nos salen redondas.

—¿Me pasas otra vez a Manda? —pidió Darla en el mismo tono enfurruñado, como si nunca hubiera presenciado la espantosa catatonia de su hermana y ahora creyera que había fingido todo el tiempo—. Canty quiere hablar con ella.

—Claro —repuso Lisey.

Vocalizó la palabra «Cantata» al pasarle el teléfono a su hermana.

Amanda aseguró varias veces a Canty que sí, estaba bien, sí, era un milagro, no, no le importaba que siguieran adelante con el plan original de comer en el Snow Squall, y no, no hacía falta que pasaran por Castle View a recoger nada en su casa porque Lisey ya se había ocupado de todo.

Hacia el final de la conversación, la lluvia cesó de repente, sin término medio, como si Dios hubiera cerrado un grifo en el cielo, y una idea extraña asaltó a Lisey: así era como llovía en Boo'ya Moon, en chaparrones rápidos, furiosos e intermitentes.

Lo he dejado atrás, pero no mucho, pensó, y reparó en que aún percibía ese

sabor dulce y limpio en la boca.

Mientras Amanda le decía a Cantata que la quería y colgaba, un increíble haz de húmedo sol de junio quebró la masa de nubes, y de inmediato apareció otro arco iris, esta vez más cerca, reluciente sobre el lago Castle. *Como una promesa*, se dijo Lisey. *La clase de promesa que quieres creer pero en la que no acabas de confiar.*

8

El murmullo de Amanda la arrancó de la contemplación ensimismada del arco iris. Amanda estaba pidiendo por teléfono el número de Greenlawn, que escribió con la yema del dedo en el vaho que empañaba la parte inferior del parabrisas del BMW.

—Eso no se irá ni cuando el parabrisas esté despejado, ¿sabes? —señaló Lisey cuando Amanda colgó—. Tendré que quitarlo con limpiacristales. Hay un bolígrafo en el compartimiento central, ¿por qué no me lo has pedido?

—Porque estoy catatónica —replicó Amanda al tiempo que le alargaba el teléfono.

Lisey se quedó mirando el aparato.

—¿A quién quieres que llame?

—Como si no lo supieras.

—Amanda...

—Tienes que hacerlo tú, Lisey. Yo no sé con quién hablar ni cómo conseguiste ingresarme allí.

Guardó silencio un instante, retorciendo los dedos sobre las perneras del pijama. El cielo se había vuelto a encapotar, oscureciendo el día, como si el arco iris no hubiera sido más que un sueño.

—Bueno, sí que lo sé —dijo por fin—. Solo que no fuiste tú, sino Scott. Él lo arregló todo. Me reservó una butaca.

Lisey se limitó a asentir, porque no se atrevía a decir nada.

—¿Cuándo? ¿La última vez que me automutilé? ¿La última vez que lo vi en Southwind? ¿Lo que él llamaba Boonya Moon?

Lisey no se molestó en corregirla.

—Se cameló a un médico llamado Hugh Alberness. Alberness leyó tu historial, concluyó que volverías a tener problemas, y cuando te quedaste catatónica esta vez, te examinó y te ingresó. ¿No lo recuerdas? ¿No recuerdas nada?

—No.

Lisey cogió el móvil y miró el número escrito en el parabrisas parcialmente empañado.

—No sé qué decirles, Manda.

—¿Qué les habría dicho Scott, pequeña?

Pequeña. Otra vez. El siguiente chaparrón, fortísimo, pero de tan solo veinte segundos de duración, azotó el techo del coche, y mientras retumbaba sobre sus cabezas, Lisey recordó todas las conferencias a las que había ido con Scott, lo que él llamaba «bolos». Con la notable excepción de Nashville en 1988, tenía la impresión de que siempre lo había pasado bien, ¿y por qué no? Scott les decía lo que querían oír, y la única labor de Lisey consistía en sonreír y aplaudir en los momentos adecuados. Ah, y de vez en cuando tenía que murmurar «Gracias» cuando la mencionaban. A veces le regalaban cosas, recuerdos, y él se los entregaba a ella, y ella tenía que aguantarlos. A veces la gente hacía fotos, y a veces había gente como Tony Eddington, Toneh, cuyo trabajo residía en escribirlo todo, y a veces la mencionaban y a veces no, y a veces escribían su nombre bien y a veces no, y una vez la habían calificado de «chica» de Scott Landon, y eso no estaba mal, nada estaba mal porque nunca la armaba, se le daba bien estar callada, pero no era como la niña de la historia de Saki, la invención improvisada no era en absoluto su especialidad, y...

—Mira, Amanda, si lo que pretendes es invocar a Scott, pues no funciona. Estoy más perdida que un pulpo en un garaje. ¿Qué tal si llamas al doctor Alberness y le dices que estás bien...?

Mientras hablaba intentó devolver el móvil a su hermana.

Amanda se llevó las manos mutiladas al pecho a modo de objeción.

—No colaría dijera lo que dijese. Estoy loca. Tú, por otro lado, no solo estás cuerda, sino que eres la viuda del famoso escritor. Así que haz el favor de llamar, Lisey. Quítanos de encima al doctor Alberness. Y hazlo ya.

9

Lisey marcó el número, y lo que siguió era casi demasiado parecido a la llamada que había hecho el largo, larguísimo jueves, el día que había empezado a seguir las estaciones de la dália. De nuevo contestó Cassandra, y de nuevo reconoció la música soporífera cuando la recepcionista la puso en espera, pero esta vez Cassandra parecía emocionada y aliviada de oírla. Anunció que iba a pasar la llamada a casa del doctor Alberness.

—No se vaya —pidió a Lisey antes de desaparecer en lo que tal vez hubiera sido el tema disco de Donna Summer «Love to Love you, *Baby*» antes de sufrir

una lobotomía musical.

Las palabras «No se vaya» poseían un matiz ominoso, pero el hecho de que Hugh Alberness estuviera en su casa..., sin duda resultaba esperanzador, ¿no?

Puede haber llamado a la policía desde su casa. O quizá la ha llamado el médico de guardia en Greenlawn. ¿Y qué le dirás cuando se ponga? ¿Qué narices le dirás?

¿Qué le habría dicho Scott?

Scott le habría dicho que la realidad es Ralph.

Y, sin lugar a dudas, era cierto.

Lisey esbozó una sonrisa al recordar a Scott paseándose por una habitación de hotel en... ¿Lincoln? ¿Lincoln, Nebraska? Omaha era más probable, porque era una habitación de hotel agradable, tal vez incluso parte de una *suite*. Scott estaba leyendo el periódico cuando pasaron un fax de su editor por debajo de la puerta. El editor, Carson Foray, quería introducir más cambios en el tercer borrador de la nueva novela de Scott. Lisey no recordaba de cuál se trataba, solo que era una de las últimas, a las que él se refería a veces como «Las novelas de amor apasionado de Landon». En cualquier caso, Carson, que trabajaba con Scott desde lo que el viejo *Dandy* habría denominado «la medianoche del tiempo», consideraba que el encuentro fortuito de dos personajes después de veinte años de separación estaba mal resuelto. «La trama chirría un poco, colega», escribía.

—Pues que te chirríe esto, colega —refunfuñó Scott al tiempo que se agarraba la entrepierna con una mano. (¿Y no le cayó aquel encantador y engorroso mechón de pelo sobre la frente al hacerlo? Por supuesto que sí). Y entonces, antes de que Lisey pudiera decir algo conciliador, Scott cogió el periódico, lo hojeó hasta la contraportada y le mostró un artículo en una sección llamada «Mundo extraño». El titular rezaba PERRO ENCUENTRA EL CAMINO DE VUELTA A CASA... DESPUÉS DE TRES AÑOS. Contaba la historia de un collie llamado Ralph que se había perdido cuando su familia estaba de vacaciones en Port Charlotte, Florida. Tres años más tarde, Ralph había aparecido en casa de la familia, situada en Eugene, Oregon. Estaba flaco, no llevaba collar y tenía las patas cansadas, pero por lo demás gozaba de buena salud. Llegó a la casa, se sentó delante de la puerta y ladró para que lo dejaran entrar.

—¿Qué crees que diría monsieur Foray si incluyera esta historia en un libro? —preguntó al tiempo que se apartaba el cabello de la frente, aunque por supuesto volvió a caerle de inmediato sobre ella—. ¿Crees que me enviaría un fax diciendo que chirriaba un poco, colega?

Divertida por su exasperación y casi ridículamente conmovida por la idea de que Ralph hubiera regresado al cabo de tanto tiempo (y Dios sabe después de cuántas aventuras), convino en que esa sería con toda probabilidad la reacción de

Carson.

Scott cogió de nuevo el periódico, se quedó mirando un rato con expresión siniestra la foto de Ralph, en la que se le veía muy pizpireto con un collar nuevo y un pañuelo con estampado de cachemira atado al cuello, y luego lo dejó a un lado.

—Te diré una cosa, Lisey —declaró—. Los novelistas trabajan bajo una presión tremenda. La realidad es Ralph, que aparece después de tres años sin que nadie sepa por qué. Pero los novelistas no pueden contar esa historia porque ¡chirría un poco, colega!

Después de desahogarse, Scott se puso a reescribir las páginas en cuestión, si Lisey no recordaba mal.

La música telefónica se interrumpió.

—¿Sigue ahí, señora Landon? —preguntó Cassandra.

—Sí —asintió Lisey, ahora bastante más calmada.

Scott tenía razón. La realidad era un borracho que compraba un boleto de lotería, ganaba setenta millones de dólares y los compartía con su camarera favorita. La realidad era una niña que lograba salir viva del pozo en Texas donde había permanecido atrapada seis días. La realidad era un universitario que se precipitaba al vacío desde el balcón del quinto piso en Cancún y solo se rompía la muñeca. La realidad era Ralph.

—Le paso —anunció Cassandra.

Se oyeron dos chasquidos, y a continuación Hugh Alberness. Un Hugh Alberness muy preocupado, estimó Lisey, pero no presa del pánico, dijo:

—¿Señora Landon? ¿Dónde está?

—De camino a casa de mi hermana. Llegaremos allí dentro de veinte minutos.

—¿Amanda está con usted?

—Sí —asintió Lisey.

Había decidido contestar a sus preguntas, pero nada más. Una parte de ella sentía curiosidad por averiguar qué preguntas le formularía.

—Señora Landon...

—Lisey.

—Lisey, hay muchas personas preocupadas en Greenlawn esta tarde, sobre todo el doctor Stein, el médico de guardia, la enfermera Burrell, encargada del ala Ackley, y Josh Pelan, jefe de nuestro pequeño pero por lo general competente servicio de seguridad.

Lisey concluyó que aquella parrafada era una pregunta («¿Qué ha hecho?») y una acusación («Nos ha dado un susto de muerte»), y consideró conveniente responder. Brevemente. No le costaría nada cavarse un hoyo y caer en él.

—Ya, bueno, lo siento mucho. Pero Amanda quería marcharse, ha insistido mucho, y también ha insistido en no llamar a Greenlawn hasta que estuviéramos

bastante lejos. Dadas las circunstancias, me ha parecido mejor seguirle la corriente. Tenía que tomar una decisión.

Amanda le hizo una entusiasta señal de la victoria, pero Lisey no podía despistarse. El doctor Alberness era un fan de la hostia de Scott, pero no le cabía duda de que también era un gran experto en sonsacar a la gente cosas que no querían ni pretendían contar.

Sin embargo, Alberness parecía animado.

—Señora Landon..., Lisey..., ¿ha reaccionado su hermana? ¿Está despierta y lúcida?

—Oír para creer —dijo Lisey antes de alargar el teléfono a Amanda, que la miró alarmada, pero lo cogió.

«Ten cuidado», vocalizó Lisey.

10

—¿Doctor Alberness? —dijo Amanda con voz lenta y cautelosa, aunque clara—. Sí, soy yo. —Una pausa—. Amanda Debusher, correcto. —Otra pausa—. Mi segundo nombre de pila es Georgette. —Una tercera pausa—. Julio de 1946, es decir, a punto de cumplir los sesenta. —Una cuarta pausa—. George W. Bush, aunque me pese... Ese hombre tiene un complejo de Dios al menos tan peligroso como el de sus enemigos. —Una quinta pausa, un gesto casi imperceptible de negación—. No puedo ocuparme de todo esto ahora, doctor Alberness. Le paso a Lisey.

Le devolvió el teléfono con una mirada que suplicaba aprobación..., aunque fuera por los pelos. Lisey asintió con firmeza. Amanda se reclinó en el asiento como si acabara de culminar una carrera agotadora.

—¿... sigue ahí? —Estaba preguntando el médico cuando Lisey se llevó el aparato al oído.

—Soy Lisey, doctor Alberness.

—¿Qué ha pasado, Lisey?

—Tendré que hacerle un resumen, doctor...

—Hugh. Llámeme Hugh, por favor.

Hasta entonces, Lisey había estado muy erguida, pero en aquel momento se permitió reclinarse un poco contra el reconfortante cuero del asiento. El doctor Alberness le había pedido que lo llamara Hugh. Volvían a ser amigos. No podía bajar la guardia, pero con toda probabilidad, todo saldría bien.

—Fui a verla..., estábamos en la terraza..., y de repente volvió en sí.

Apareció cojeando y sin collar, pero por lo demás bien, pensó Lisey, y tuvo

que apretar los labios para contener una carcajada enloquecida. Al otro lado del lago estalló un relámpago. Así sentía ella la cabeza.

—Nunca había oído algo igual —comentó Hugh Alberness; no era una pregunta, de modo que Lisey guardó silencio—. ¿Y cómo..., esto..., cómo han salido?

—¿Cómo dice?

—¿Cómo se las arreglaron para pasar delante de la recepción del ala Ackley sin que las vieran? ¿Quién les abrió la puerta?

La realidad es Ralph, se recordó Lisey.

—Nadie nos pidió que firmáramos ningún registro de salida ni nada... —repuso, procurando no exteriorizar demasiada perplejidad—. Todos parecían muy ocupados. Salimos sin más.

—¿Y la puerta?

—Estaba abierta —aseguró Lisey.

—Que me... —masculló Alberness, pero se obligó a callar.

Lisey esperó a que siguiera hablando, porque estaba bastante segura de que así sería.

—Las enfermeras encontraron un llavero, un mando a distancia y unas zapatillas. También unas deportivas con los calcetines dentro.

Por un instante, Lisey quedó atascada en la imagen del llavero. No se había dado cuenta de que había perdido todas las llaves, y a buen seguro no convenía hacérselo saber a Alberness.

—Llevo una llave de repuesto del coche en una cajita magnética bajo el parachoques. En cuanto al llavero...

Lisey intentó lanzar una carcajada lo más sincera posible. No sabía si lo había conseguido, pero al menos Amanda no palideció.

—¡Lamentaría mucho perderlo! Se encargará de que me lo guarden, ¿verdad?

—Por supuesto, pero tenemos que ver a la señorita Debusher. Existen ciertos protocolos que debemos seguir si quiere que le demos el alta bajo su responsabilidad.

El tono del doctor Alberness indicaba que le parecía una idea espantosa, pero no encerraba ninguna pregunta. Lisey esperó, aunque no le resultó fácil. Al otro lado del lago, el cielo se había ensombrecido una vez más. Se avecinaba otro chaparrón. Lisey ansiaba zanjear la conversación antes de que empezara a llover, pero esperó. Tenía la impresión de que ella y Alberness habían llegado a un punto crítico.

—Lisey —dijo el médico por fin—, ¿por qué han dejado su calzado en la clínica?

—No lo sé. Amanda insistió en que nos fuéramos enseguida, descalzas y sin

llevarnos las llaves...

—En cuanto a las llaves, quizá le preocupaba el detector de metales —señaló Alberness—, aunque dado su estado, me extraña que... En fin, da igual, continúe.

Lisey desvió la mirada de la tormenta inminente, que ya había borrado las colinas que se alzaban al otro lado del lago.

—Amanda, ¿recuerdas por qué queríamos que nos fuéramos descalzas? —preguntó al tiempo que ladeaba el teléfono hacia ella.

—No —repuso Amanda en voz alta antes de añadir—: Solo que quería sentir la hierba. La hierba sinuosa.

—¿Lo ha oído? —preguntó Lisey a Alberness.

—¿Algo de sentir la hierba?

—Sí, pero seguro que se trataba de algo más. Insistió mucho.

—¿Y usted le hizo caso?

—Es mi hermana mayor, Hugh, la mayor de todas, de hecho. Además, debo reconocer que estaba demasiado emocionada por tenerla de vuelta en el planeta Tierra para pensar con claridad.

—Pero necesito..., necesitamos verla y asegurarnos de que se trata de una auténtica recuperación.

—¿Le parece bien si la llevo a la clínica mañana?

Amanda abrió los ojos de par en par y sacudió la cabeza con tal vigor que el cabello le salió despedido en todas direcciones. Al mismo tiempo, Lisey asintió con igual contundencia.

—Estupendo —repuso Alberness.

Lisey percibió alivio en su voz, un alivio auténtico que le provocó remordimientos por mentir. Pero de algunas cosas no puedes zafarte una vez te has puesto las pilas bien puestas.

—Podríamos ir a Greenlawn mañana a las dos para que habláramos. ¿Le va bien?

—Perfecto.

Siempre y cuando sigamos vivas mañana a las dos.

—Magnífico. Lisey, quería preguntarle si...

En aquel instante, justo encima de sus cabezas, un inmenso relámpago cabalgó bajo las nubes y chocó contra algo al otro lado de la carretera. Lisey oyó el chasquido y percibió el olor a electricidad y chamusquina. Nunca había estado tan cerca de un rayo. Amanda profirió un grito que quedó casi ahogado por el monstruoso estruendo del trueno consiguiente.

—¿Qué ha sido eso? —exclamó Alberness.

Lisey creía que la conexión seguía siendo perfecta, pero el médico al que su marido había engatusado con tanto ahínco cinco años atrás por el bien de Amanda

se le antojaba muy lejano e insignificante en aquel momento.

—Truenos y relámpagos —explicó con serenidad—. Está cayendo una buena tormenta, Hugh.

—Pues será mejor que pare el coche.

—Ya lo he hecho, pero querría colgar el teléfono antes de que me dé una descarga eléctrica o algo. Nos vemos mañana...

—El ala Ackley...

—Sí, a las dos. Con Amanda. Gracias por...

Otro relámpago brilló en el cielo, y Lisey se encogió a la espera del estruendo, pero esta vez fue más débil, y el trueno que lo siguió, aunque potente, no amenazó con reventarle los tímpanos.

—... por ser tan comprensivo —terminó y pulsó el botón de fin de llamada sin despedirse.

La lluvia empezó a caer de inmediato, como si hubiera esperado a que acabara de hablar. Golpeaba el coche con tremenda furia. Lisey no solo no veía la mesa de *picnic*, sino tampoco el morro del coche.

Amanda le asió el hombro, y Lisey recordó otra canción *country* según la cual si clavabas los dedos hasta el hueso lo único que te quedaba eran unos dedos huesudos.

—No pienso volver allí, Lisey. ¡Ni hablar!

—¡Ay, Manda, me haces daño!

Amanda la soltó, pero no se apartó, sino que siguió mirándola con expresión enfurecida.

—No pienso volver.

—Sí que volverás. Solo para hablar con el doctor Alberness.

—No...

—Calla y escúchame.

Amanda parpadeó y se reclinó de nuevo en el asiento para alejarse de la furia que denotaba la voz de Lisey.

—Darla y yo tuvimos que ingresarte allí, no nos quedó otro remedio. No eras más que un bulto de carne que respiraba, con babas saliéndote de un extremo del cuerpo y pis del otro. Y mi marido, que sabía que iba a ocurrir, no solo se ocupó de ti en un mundo, sino en dos. Me lo debes, hermana grande conejito Manda. Por eso vas a ayudarme a mí esta noche y a ti misma mañana, y no quiero oír nada más salvo «Sí, Lisey». ¿Entendido?

—Sí, Lisey —masculló Amanda antes de bajar la mirada hacia sus manos y romper a llorar de nuevo—. Pero ¿y si me meten otra vez en esa habitación? ¿Y si me encierran y me lavan como a los viejos y me hacen beber zumo de bicho?

—No lo harán. No pueden. El ingreso fue voluntario; Darla y yo nos

ocupamos de eso, porque tú estabas fuera de servicio.

Amanda lanzó una risita lastimera.

—Scott decía eso. Y a veces, cuando alguien era muy altivo, decía que estaba «fuera de soberbia».

—Sí —asintió Lisey con una punzada de dolor—. Lo recuerdo. Pero ahora estás bien, eso es lo que importa. —Le cogió una mano, procurando no hacerle daño—. Mañana irás allá y lo dejarás embelesado.

—Lo intentaré —prometió Amanda—. Pero no porque te lo deba.

—¿Ah, no?

—No, porque te quiero —explicó Amanda con sencilla dignidad—. Vendrás conmigo, ¿verdad? —añadió con un hilo de voz.

—Claro que sí.

—A lo mejor..., a lo mejor tu amigo acaba con nosotras... Así no tendré que preocuparme más de Greenlawn.

—Te dije que no lo llamas «mi amigo».

Amanda esbozó una leve sonrisa.

—Creo que puedo hacerlo si tú dejas de llamarme conejito Manda.

Lisey estalló en carcajadas.

—¿Por qué no nos ponemos en marcha, Lisey? Ya llueve menos. Y por favor, pon la calefacción, que empiece a hacer frío.

Lisey la encendió, dio marcha atrás para salir de la plaza donde había aparcado y puso rumbo a la carretera.

—Iremos a tu casa —anunció—. Lo más probable es que Dooley no la esté vigilando si allí llueve tanto como aquí, al menos eso espero. Y aunque la vigile, ¿qué verá? Iremos a tu casa y luego a la mía. Dos mujeres de mediana edad. ¿Va a preocuparse por dos mujeres de mediana edad?

—No creo —reconoció Amanda—. Pero me alegro de que hayamos enviado a Canty y a la señorita Michelines a un largo viaje, ¿tú no?

Lisey también se alegraba, si bien sabía que, al igual que Lucy Ricardo, tendría que dar unas cuantas explicaciones en algún momento dado. Entró en la carretera, ahora desierta. Esperaba no topar con un árbol cruzado en la carretera, aunque sabía que cabía la posibilidad. Los truenos seguían retumbando en el cielo con aire malhumorado.

—Podré coger algo de ropa —comentó Amanda—. Además, tengo un kilo de carne picada en el congelador. La descongelaré en el microondas. Me muero de hambre.

—En mi microondas —puntualizó Lisey sin apartar la vista de la carretera.

Había dejado de llover del todo, al menos de momento, pero ante ella se cernían más nubarrones negros. «Negros como el sombrero de un villano de

vodevil», habría dicho Scott, y Lisey se sintió embargada por el sempiterno anhelo de tenerlo a su lado, un anhelo que nunca se podría cumplir. Un abismo de necesidad.

—¿Me has oído, pequeña Lisey? —preguntó Amanda.

Lisey comprendió que su hermana le había dicho algo. Algo acerca de algo. Veinticuatro horas antes había temido que Manda no volviera a hablar jamás, y ahora ya empezaba a hacer caso omiso de ella. Pero ¿acaso no funcionaba así el mundo?

—No —reconoció—. Me parece que no, lo siento.

—Típico de ti. Siempre perdida en tu...

Amanda enmudeció y se volvió hacia la ventanilla.

—¿Siempre perdida en mi propio mundo? —Terminó Lisey por ella con una sonrisa.

—Lo siento.

—No lo sientas.

Al doblar una curva, Lisey dio un volantazo para esquivar una gran rama de abeto derribada en la carretera. Contempló la posibilidad de parar y tirarla a la cuneta, pero por fin decidió dejarla allí para el siguiente conductor. Con toda probabilidad, el siguiente conductor no tendría un psicópata al que enfrentarse.

—Si te refieres a Boo'ya Moon, no es mi mundo en realidad. Me parece que todos los que van allí tienen su propia versión. ¿Qué me decías, por cierto?

—Que tengo otra cosa que quizá te interese. Si es que todavía no te has puesto las pilas, claro está.

Lisey se llevó un buen sobresalto. Apartó por un instante la vista de la carretera para mirar a su hermana.

—¿Qué? ¿Qué has dicho?

—Es una forma de hablar —comentó Amanda—. Lo que quiero decir es que tengo un arma.

11

Había un sobre blanco alargado encajado en la puerta mosquitera de la casa de Amanda, debajo del tejado del porche y por tanto a resguardo de la lluvia. El primer pensamiento aterrador que surcó la mente de Lisey era que Dooley ya había estado allí. Pero el sobre que Lisey había encontrado después de descubrir al gato muerto en el buzón estaba en blanco por las dos caras, mientras que este llevaba el nombre de Amanda escrito en el dorso. Se lo alargó. Amanda echó un vistazo a su nombre, dio la vuelta al sobre para leer el membrete en relieve,

Hallmark, y por fin espetó una sola palabra cargada de desdén:

—Charles.

En el primer momento, el nombre le resultó desconocido, pero al poco recordó que en tiempos, antes de que diera comienzo toda aquella locura, su hermana había tenido novio.

El Pedorro, pensó al tiempo que emitía un sonido gutural.

—¿Lisey? —le preguntó Amanda con las cejas enarcadas.

—Estaba pensando en Canty y la señorita Michelines de camino a Derry —explicó Lisey—. Sé que no es gracioso, pero...

—Bueno, tiene su gracia —señaló Amanda—. Y seguro que esto también.

Abrió el sobre, sacó la tarjeta y la ojeó.

—Oh. Dios mío. Mira. Lo que acaba de salir. Del culo del perro.

—¿Puedo verla?

Amanda se la pasó. En la tarjeta se veía a un niño pequeño con varios dientes caídos, la idea que Hallmark tenía de una personalidad firme, pero entrañable (jersey demasiado holgado, vaqueros con parches), que sostenía una flor algo marchita en la mano. «¡Lo siento mucho!» decía el mensaje escrito tras las gastadas zapatillas del mocosito. Lisey abrió la tarjeta y leyó lo siguiente:

Sé que he herido tus sentimientos, y supongo que te sientes mal.

Esta nota es para decirte que no eres la única que está triste.

**He decidido enviarte una nota para disculparme,
porque imaginarte hundida en la miseria me pone muy triste.**

Así que sal y huele las rosas. Sé feliz por un rato.

Recupera tu andar ligero. Esboza una sonrisa alegre.

**Supongo que hoy te he hecho sentir un poquito de tristeza,
Pero espero que sigamos siendo amigos cuando el sol salga mañana.**

Lo firmaba «Tu amigo (para siempre, recuerda los buenos tiempos). Charles “Charlie”. Corriveau».

Lisey intentó con todas sus fuerzas adoptar una expresión solemne, pero fracasó y se echó a reír. Amanda no tardó en unirse a ella. Rieron juntas en el porche de Amanda, y cuando empezaban a recobrar un poco la compostura, Amanda se irguió, se encaró con el jardín empapado por la lluvia, sostuvo en alto la tarjeta como si de un misal se tratara y declamó:

—Querido Charles, no puedo dejar pasar ni un solo instante más sin rogarte que vengas a besarme el culo.

El cuerpo de Lisey chocó contra la fachada de la casa con ímpetu suficiente para hacer vibrar la ventana más próxima. Con las manos apretadas contra el

pecho, aullaba de la risa. Amanda le dedicó una sonrisa altiva y bajó por la escalinata del porche. Chapoteó por el jardín, levantó el enano de piedra que custodiaba los rosales y de debajo de él sacó la llave que guardaba allí. Pero mientras estaba agachada aprovechó la ocasión para restregarse la tarjeta de Charlie Corriveau por el trasero enfundado en tela verde.

Sin preocuparse por la posibilidad de que Jim Dooley las vigilara desde el bosque, sin pensar en Jim Dooley siquiera, Lisey cayó sentada en el porche, casi asfixiada de la risa. Quizá había reído de aquella manera una o dos veces con Scott, pero quizá no. Quizá ni siquiera entonces.

12

Había un solo mensaje en el contestador de Amanda, y era de Darla, no de Dooley.

—¡Lisey! —exclamaba con voz exultante—. No sé lo que has hecho, pero ¡uau! Vamos hacia Derry. Lisey, te quiero, eres una campeona.

Oyó a Scott decir «Lisey, eres una campeona», y aquel pensamiento empezó a apagarle la risa.

El arma de Amanda resultó ser un revólver Pathfinder del 22, y cuando Amanda se lo alargó, Lisey sintió que encajaba en su mano como un guante, como si lo hubieran fabricado a medida para ella. Amanda lo guardaba dentro de una caja de zapatos en el estante superior del armario del dormitorio. Lisey consiguió abrir la cámara casi al primer intento.

—Por el amor de Dios, Amanda, está cargado.

Como si Alguien Ahí Arriba estuviera disgustado con la blasfemia de Lisey, los cielos se abrieron y empezó a caer otro aguacero. Al cabo de unos instantes, el granizo golpeaba las ventanas y los canalones.

—¿Qué quieres que haga si entra un violador? —replicó Amanda—. ¿Apuntarle con un arma descargada y gritar «¡Bang!»? Lisey, abróchamelo, ¿quieres?

Amanda se había puesto unos vaqueros, y en ese momento le dio la espalda desnuda para que le abrochara el sujetador.

—Cada vez que lo intento, las manos me duelen horrores. Deberías haberme metido en ese lago tuyo.

—Bastante tenía con sacarte de allí como para encima bautizarte, ¿sabes? —espetó Lisey mientras le abrochaba el sujetador—. Ponte la blusa roja con flores amarillas, ¿quieres? Me encanta cómo te queda.

—Me hace barrigona.

—Amanda, tú no tienes barriga.

—Sí que... ¿Se puede saber por qué quitas las balas, en el nombre de Jesús, María y Pepe el Carpintero?

—Para no volarme la rodilla —explicó Lisey mientras se guardaba las balas en el bolsillo de los vaqueros—. Luego la recargaré. —Aunque no sabía si sería capaz de apuntar a Jim Dooley y apretar el gatillo... Quizá sí. Si invocaba el recuerdo de su abrelatas.

Pero tienes intención de acabar con él..., ¿verdad?

Desde luego. Dooley le había hecho daño. Strike uno. Era peligroso. Strike dos. No podía delegar la tarea en nadie más. Strike tres y fuera. No obstante, siguió mirando el Pathfinder, fascinada. Scott había investigado heridas de bala para uno de sus libros, *Reliquias*, creía recordar, y Lisey había cometido el error de echar un vistazo a una carpeta llena de fotografías horripilantes. Hasta ese momento no comprendió de verdad la suerte que Scott había tenido aquel día en Nashville. Si la bala de Cole hubiera alcanzado una costilla y astillado...

—¿Por qué no nos lo llevamos en la caja de zapatos? —propuso Amanda mientras se ponía una sencilla camiseta (BÉSAME DONDE APESTA - NOS VEMOS EN MOTTON) en lugar de la blusa que le gustaba a Lisey—. Dentro hay más balas. Puedes cerrarla con cinta mientras saco la carne del congelador.

—¿De dónde lo has sacado, Manda?

—Me lo regaló Charles —repuso Amanda.

Le dio la espalda, cogió un cepillo de su tocador no demasiado tocado, se miró en el espejo y atacó el cabello con furia.

—El año pasado.

Lisey volvió a guardar el arma, que tanto se parecía a la que Gerd Allen Cole había disparado contra su esposo, en la caja de zapatos y observó el reflejo de Amanda en el espejo.

—Me acosté con él dos y en ocasiones tres veces por semana durante cuatro años —prosiguió Amanda—. Se puede considerar una relación íntima, ¿no estás de acuerdo?

—Sí.

—También le lavé las camisetas durante cuatro años, y le quitaba la caspa del cuero cabelludo una vez por semana para que no le cayera encima de los hombros de sus trajes oscuros y lo pusiera en evidencia, y en mi opinión esas cosas son mucho más íntimas que follar. ¿Tú qué crees?

—Creo que tienes razón.

—Sí... Cuatro años y lo que recibo es una tarjeta de Hallmark a modo de finiquito. Esa mujer a la que encontró en St. John puede metérselo donde le quepa.

Lisey sintió deseos de vitorearla. No, no creía que Amanda necesitara sumergirse en el lago.

—Venga, voy a sacar la carne del congelador y nos largamos a tu casa —dijo Amanda—. Estoy muerta de hambre.

13

El sol salió cuando se acercaban al supermercado de Patel, y ante ellas el arco iris se alzó sobre la carretera como una verja de cuento de hadas.

—¿Sabes lo que me gustaría cenar? —preguntó Amanda.

—No, ¿qué?

—Uno de esos asquerosos pasteles de hamburguesa. No tendrás algo así en casa, ¿verdad?

—Tenía —reconoció Lisey con una sonrisa culpable—, pero me lo comí.

—Para en el supermercado. Iré a comprar.

Lisey aparcó delante de la tienda. Amanda había insistido en llevarse el dinero que guardaba en la jarra azul de la cocina, y sacó un billete muy arrugado de cinco dólares.

—¿Cuál te gusta, pequeña?

—Cualquiera menos el de hamburguesa con queso —repuso ella.

XIV

Lisey y Scott (Babyluv)

1

A las siete y cuarto de aquella tarde, Lisey tuvo una premonición. No era la primera que tenía en su vida; había tenido al menos otras dos. Una en Bowling Green, al poco de entrar en el hospital al que habían llevado a su marido después de que se desplomara en una recepción del departamento de literatura inglesa. Y desde luego había tenido otra la mañana que viajaron a Nashville, la mañana en que rompió el vaso de los cepillos de dientes. La tercera la asaltó mientras los nubarrones de tormenta se disipaban, liberando una hermosa luz dorada de entre sus fauces. Ella y Amanda estaban en el estudio de Scott sobre el granero. Lisey revisaba los papeles de Scott en el escritorio principal, alias el Gran Jumbo de Dumbo. De momento, lo más interesante que había encontrado era un paquete de postales francesas algo picantes con una etiqueta adhesiva en la que Scott había garabateado «¿Quién me ha enviado ESTAS COSAS?». Junto al ordenador apagado yacía la caja de zapatos con el revólver en su interior. No había retirado la tapa, pero había rasgado la cinta adhesiva con la uña. Amanda estaba en la otra punta, en la alcoba que albergaba el televisor y el equipo de música de Scott. De vez en cuando, Lisey la oía refunfuñar acerca del desorden en los estantes. En una ocasión, la oyó preguntarse en voz alta cómo se las arreglaba Scott para encontrar las cosas.

Fue entonces cuando la asaltó la premonición. Cerró el cajón que estaba inspeccionando y se sentó en la silla de oficina de respaldo alto. Cerró los ojos y

esperó a captar lo que se avecinaba. Resultó ser una canción. En su mente se puso en marcha una máquina de discos, y la voz nasal pero innegablemente alegre de Hank Williams empezó a cantar: «Adiós, Joe, tengo que irme, oh tengo que oh..., tengo que irme, en la piragua, brazo pantanoso abajo...».

—¡Lisey! —exclamó Amanda desde la alcoba en la que Scott se sentaba a escuchar música o ver películas de vídeo. Cuando no las miraba en la habitación de invitados en plena noche. Y Lisey oyó la voz del profesor del departamento de literatura inglesa de la Universidad Pratt en Bowling Green, a tan solo cien kilómetros de Nashville. A poco más de un tiro de piedra, señora.

«Será mejor que venga lo antes posible», le había aconsejado el profesor Meade por teléfono. «Su marido se ha puesto enfermo. Muy enfermo, me temo».

«Querida Ivonne, mi dulce amor, oh, oh, oh...».

—¡Lisey! —repitió Amanda, despierta y lúcida a más no poder, tanto que resultaba increíble imaginarla catatónica tan solo ocho horas antes.

Los espíritus lo han hecho todo en una noche, pensó Lisey. Sí, espíritus.

El doctor Jantzen considera necesario operar. Algo llamado toracotomía.

Los chicos volvieron de México, pensó Lisey. Volvieron a Anarene. Porque Anarene era su hogar.

¿Qué chicos, si se puede saber? Los chicos en blanco y negro. Jeff Bridges y Timothy Bottoms. Los chicos de *La última película*.

En esa película siempre es ahora, y ellos siempre son jóvenes, pensó. Siempre son jóvenes, y Sam el León siempre está muerto.

—¿Lisey?

Abrió los ojos y vio a hermana grande asomada al umbral de la alcoba, los ojos tan brillantes como su voz, y por supuesto llevaba en la mano el estuche de vídeo que contenía *La última película*, y experimentó una sensación de..., bueno, como volver a casa. La sensación de volver a casa, oh, oh, oh.

¿Y a qué se debía? ¿Al hecho de que beber del lago reportaba ciertos privilegios? ¿A que a veces traías de vuelta a este mundo lo que recogías en el otro? ¿Recogías o tragabas? Sí, sí y sí.

—Lisey, cariño, ¿estás bien?

Aquel tono de preocupación afectuosa y maternal era tan impropia de la personalidad habitual de Amanda que Lisey se vio embargada por una sensación de surrealismo total.

—Sí —asintió—. Solo estaba descansando la vista.

—¿Te importa que la mire? La he encontrado con el resto de las cintas de Scott. Casi todas parecen bastante malas, pero siempre he querido ver esta y nunca lo he conseguido. Puede que me ayude a distraerme.

—Me parece perfecto —aseguró Lisey—, pero estoy bastante segura de que

hay un trozo en blanco. Es una cinta vieja.

Amanda estaba examinando el dorso del estuche.

—Jeff Bridges parece un crío.

—Sí, ¿verdad? —musitó Lisey, distraída.

—Y Ben Johnson está muerto, claro... —Se interrumpió en seco—. Aunque quizá sea mejor que no la mire. A lo mejor no oímos llegar a tu am..., a Dooley, si es que viene.

Lisey retiró la tapa de la caja de zapatos, sacó el Pathfinder y apuntó a la escalera que descendía al granero.

—He cerrado con llave la puerta de la escalera exterior —explicó—, así que solo puede subir por aquí. Y estoy vigilando.

—Podría provocar un incendio en el granero —aventuró Amanda, nerviosa.

—No quiere carbonizarme..., no tendría gracia.

Además, pensó Lisey, tengo un sitio adónde ir. Mientras conserve ese sabor tan dulce en la boca, tengo un sitio adónde ir, y no creo que me suponga ningún problema llevarte conmigo, Manda. Ni siquiera dos raciones de pastel de hamburguesa y dos vasos de refresco de cereza habían conseguido disipar aquella dulzura encantadora.

—Bueno, si estás segura de que no te molesta...

—Venga, que no estoy estudiando para los exámenes finales ni nada.

Amanda entró de nuevo en la alcoba.

—Espero que el vídeo funcione —comentó como si acabara de encontrar un gramófono y un montón de discos antiguos.

Lisey inspeccionó los numerosos cajones del Gran Jumbo de Dumbo, pero la tarea se le antojaba artificiosa..., y a buen seguro lo era. Intuía que había muy poca cosa interesante ahí arriba. Ni en los cajones, ni en los archivadores, ni en los discos duros de los ordenadores... Bueno, tal vez algún pequeño tesoro para más Incunks rabiosos, los coleccionistas y académicos que conservaban sus puestos en gran parte examinándose el equivalente literario de la roña umbilical en las abstrusas publicaciones de que eran responsables; idiotas ambiciosos y excesivamente cultos que habían perdido de vista lo que significaban en verdad los libros y la lectura, y se conformaban con convertir paja en oro de pie de página durante décadas y más décadas. Pero todos los caballos de verdad ya se habían escapado del establo. El material de Scott Landon que gustaba a los lectores normales, personas encerradas en aviones que iban de Los Ángeles a Sidney, muertas de asco en salas de espera de hospitales, ociosas en los largos días lluviosos de las vacaciones, que alternaban entre la novela de la semana y el rompecabezas instalado en el porche..., todo eso ya estaba publicado. *La perla secreta*, publicada un mes después de su muerte, había sido lo último.

No, Lisey, susurró una voz, y al principio creyó que era la de Scott, y a continuación, qué locura, pensó que era la voz del viejo Hank. Pero era una tontería, porque no se trataba de una voz masculina. ¿Sería la voz de La Buena de Ma, susurrando sin parar en su cabeza?

Creo que quería que te dijera algo. Algo acerca de una historia.

No era la voz de La Buena de Ma, aunque su colcha afgana estaba en ella, sino la de Amanda. Se hallaban sentadas en uno de aquellos bancos de piedra, contemplando el navío *Las Alceas*, que siempre permanecía anclado, sin llegar a zarpar jamás. Lisey nunca había reparado en el parecido existente entre la voz de su madre y la de su hermana mayor hasta revivir aquel recuerdo. Y...

Algo acerca de una historia. Tu historia. La historia de Lisey.

¿Había dicho eso Amanda? Ahora se le antojaba un sueño y no estaba del todo segura, pero creía que sí.

Y la colcha afgana. Solo que...

—Solo que la llamó «africana» —musitó Lisey—. La llamó «africana», lo llamaba «dáliva», no dalia ni dalila.

—¿Lisey? —la llamó Amanda desde la alcoba—. ¿Has dicho algo?

—Estaba hablando sola, Manda.

—Eso significa que tienes dinero en el banco —repuso Amanda.

A partir de entonces solo se oyó la banda sonora de la película. A Lisey le parecía recordar cada compás, cada acorde de aquella música.

Si me dejaste una historia, Scott, ¿dónde está? Aquí en el estudio no, apuesto lo que sea. Y en el granero tampoco, porque allá abajo no hay más que dálivas falsas como Ike vuelve a casa.

Pero eso no era del todo cierto. Había encontrado al menos dos premios de verdad en el granero, la pala de plata y la caja de cedro de La Buena de Ma, escondida bajo la cama de Bremen. Con el capricho en su interior. ¿Era eso a lo que se refería Amanda?

Lisey no lo creía. Aquella caja contenía una historia, pero era su historia, **Scott y Lisey: Ahora somos dos**. Así pues, ¿cuál era la historia de Lisey? ¿Y dónde estaba?

Y hablando de dónde, ¿dónde estaba el Príncipe Negro de los Incunks?

Ni en el contestador de Amanda ni en el del granero. Lisey solo había encontrado un mensaje en el contestador de la casa, y era del agente Alston. «Señora Landon, la tormenta ha ocasionado bastantes daños en el pueblo, sobre todo en el extremo sur. Alguien, espero que yo mismo o Dan Boeckman, irá a verla lo antes posible, pero entretanto quiero recordarle que cierre las puertas con llave y no deje entrar a nadie que no pueda identificar. Eso significa que debe hacerles quitarse el sombrero o la capucha del impermeable aunque llueva a

mares, ¿de acuerdo? Y lleve el móvil encima todo el rato. Recuerde, en caso de emergencia solo tiene que pulsar la tecla de MARCACIÓN RÁPIDA y el 1. La pasarán de inmediato con la oficina del sheriff.

—Genial —había comentado Amanda—. Eso significa que todavía no se nos habrá coagulado la sangre cuando lleguen. Seguro que eso acelera las pruebas de ADN.

Lisey no se había molestado en contestar. No tenía intención de permitir que la oficina del sheriff del condado de Castle se encargara de Jim Dooley. Por lo que a ella respectaba, Jim Dooley podía haberse rebanado el cuello con su abrelatas Oxo.

La luz del contestador del granero parpadeaba cuando entró, y en la pantallita de MENSAJES RECIBIDOS brillaba el 1, pero cuando pulsó el PLAY, tan solo oyó tres segundos de silencio, una inspiración muy suave y el chasquido de la comunicación interrumpida. Podía tratarse de alguien que se había equivocado de número, porque mucha gente se equivocaba y luego colgaba, pero Lisey sabía que no era así.

No. Había sido Dooley.

Lisey se reclinó en la silla de la oficina, deslizó un dedo por la empuñadura de goma del 22, lo cogió y abrió el tambor. Era bastante fácil cuando ya lo habías hecho un par de veces. Cargó las cámaras y volvió a cerrar el tambor, que emitió un leve pero firme clic.

En la otra estancia, Amanda rió por algo de la película. Lisey esbozó una sonrisa. No creía que Scott hubiera planeado todo aquello; si ni siquiera planeaba sus libros, por complejos que fueran algunos de ellos. Afirmaba que planificarlos le habría quitado la gracia al proceso. Para él, escribir un libro era como descubrir un hilo de colores llamativos en la hierba y seguirlo hasta donde lo llevara. A veces el hilo se rompía y acababas con las manos vacías, pero a veces, si tenías suerte, si eras valiente y perseverabas, te conducía hasta un tesoro. Y el tesoro nunca era el dinero que te pagaban por el libro, sino el libro en sí mismo. Lisey suponía que los Roger Dashmiel del mundo no lo creían, y que Joseph Woodbody sin duda estaba convencido de que debía de tratarse de algo más elevado, sublime, pero Lisey había convivido con él y le creía. Escribir un libro era como ir a la caza de una dáliva. Lo que nunca le había contado, aunque suponía que siempre lo había intuido, era que si el hilo no se rompía, siempre conducía a la playa. Al lago al que todos acudimos a beber, arrojar nuestras redes, nadar y a veces ahogarnos.

¿Y lo sabía? ¿Supo al final que aquello era el final?

Lisey se irguió un poco en la silla, intentando recordar si Scott había tratado de disuadirla de que lo acompañara en aquel viaje a Pratt, una pequeña pero prestigiosa escuela de artes donde había realizado la primera y última lectura de

La perla secreta. Se había desplomado durante la recepción organizada tras la lectura. Una hora y media más tarde, Lisey estaba a bordo de un avión, y uno de los invitados a la recepción, un médico cardiólogo cuya esposa lo había arrastrado a la lectura de Scott, lo estaba operando para intentar salvarle la vida o al menos prolongársela el tiempo suficiente para trasladarlo a un hospital más grande.

¿Lo sabía? ¿Intentó dejarme en casa adrede porque sabía lo que se avecinaba?

No estaba convencida de ello, pero al recibir la llamada del profesor Meade, ¿acaso no comprendió que Scott sin duda sabía que se acercaba algo? ¿Si no el chaval larguirucho, entonces eso? ¿No era acaso esa la razón por la que todos sus asuntos estaban en perfecto orden, por la que había dispuesto todos los papeles necesarios? ¿No era acaso esa la razón por la que había previsto los problemas futuros de Amanda con tanta meticulosidad?

«Será mejor que venga en cuanto haya autorizado la intervención», le había aconsejado el profesor Meade. Y ella lo había hecho. Había llamado a una compañía de vuelos chárter a la que recurrían a menudo tras hablar con una voz anónima de las oficinas del Hospital Comunitario de Bowling Green. Al llamar se había identificado como la esposa de Scott Landon y dado autorización al doctor Jantzen para que realizara una toracotomía (palabreja que apenas podía pronunciar) y demás «intervenciones necesarias». Se había mostrado más segura de sí misma en la llamada a la compañía aérea. Quería el avión más rápido que tuvieran disponible. ¿El Gulfstream era más rápido que el Lear? Perfecto, pues el Gulfstream.

En la alcoba de entretenimiento, en el universo en blanco y negro de *La última película*, donde Anarene era el hogar y donde Jeff Bridges y Timothy Bottoms siempre serían unos chavales, el viejo Hank cantaba a Kaw-Liga, el aguerrido jefe indio.

Fuera, el mundo había empezado a enrojecer, como sucedía cuando se avecinaba el crepúsculo en cierta tierra mítica descubierta largo tiempo atrás por dos niños asustados de Pensilvania.

Todo ha sucedido muy deprisa, señora Landon. Ojalá tuviera alguna respuesta para usted, pero no la tengo. Quizá el doctor Jantzen le sea de más ayuda.

Pero no fue así. El doctor Jantzen realizó la toracotomía, pero tampoco ella aportó respuestas.

No sabía lo que era, pensó Lisey mientras el sol arrebolado se acercaba a las colinas del oeste. No sabía qué era una toracotomía, no sabía qué estaba pasando..., aunque en honor a la verdad, a pesar de todo lo que había ocultado detrás de la cortina violeta, sí lo sabía.

Los pilotos habían encargado una limusina cuando aún estaban en el aire. El Gulfstream aterrizó pasadas las once, y llegó al montón de bloque de hormigón que llamaban hospital poco después de medianoche, pero había sido un día caluroso, y todavía hacía calor.

Recordaba que, cuando el conductor le abrió la puerta, tuvo la sensación de que podía alargar las manos, retorcérselas y escurrir la humedad del aire.

Y había perros ladrando, por supuesto, parecía que todos los perros de Bowling Green ladraban a la luna, y oh, Dios mío, hablando de déjà vu, había un anciano pasando la mopa por el vestíbulo y dos ancianas sentadas en la sala de espera, gemelas idénticas a juzgar por su aspecto, de ochenta años cuando menos, y frente a mí

2

Frente a ella hay dos ascensores pintados de azul grisáceo. Ante ellos, una señal sobre un caballete que dice FUERA DE SERVICIO. Lisey cierra los ojos y extiende la mano a ciegas para apoyarse en la pared, por un instante bastante convencida de que se va a desmayar. ¿Y por qué no? Tiene la sensación de que no solo ha viajado en el espacio, sino también en el tiempo. Esto no es Bowling Green en 2004, sino Nashville en 1988. Su marido tiene problemas pulmonares, desde luego, pero del calibre 22. Un psicópata le ha metido una bala en el cuerpo y le habría metido más si Lisey no hubiera sido tan rápida con la pala de plata.

Espera a que alguien le pregunte si se encuentra bien o incluso la agarre para impedir que pierda el equilibrio, pero solo se oye el susurro de la mopa del empleado de la limpieza y, más lejos, el suave tintineo de una campanilla que le recuerda otra campanilla en otro lugar, una campanilla que a veces suena tras la cortina violeta que ha corrido cautelosamente para ocultar ciertas partes de su pasado.

Abre los ojos y observa que la recepción está desierta. Hay luz tras la ventanilla de información, de modo que Lisey supone que debe de haber alguien de guardia, pero la persona en cuestión se ha ausentado, quizá para ir al lavabo. Las ancianas gemelas de la sala de espera tienen la mirada clavada en lo que parecen revistas idénticas de sala de espera. Al otro lado de la puerta de entrada, la limusina está detenida tras los faros amarillos encendidos como un exótico pez de aguas profundas. En este lado de la puerta, un hospital de ciudad pequeña dormita en las primeras horas de un nuevo día, y Lisey comprende que si no arrea, como habría dicho el *Dandy*, se quedará más sola que la una. Esta sensación no

engendra temor, irritación ni perplejidad, sino más bien una profunda pena. Más tarde, durante el vuelo de regreso a Maine en compañía del ataúd con los restos mortales de su esposo, pensará: *Fue entonces cuando supe que Scott no saldría de allí con vida. Había llegado al final del camino. Tuve una premonición. ¿Y sabes una cosa? Creo que fue el rótulo delante de los ascensores el que me la provocó. El puñetero rótulo de FUERA DE SERVICIO. Sí.*

Puede buscar el directorio del hospital o pedir indicaciones al empleado de la limpieza, pero no hace ninguna de las dos cosas. Está segura de que encontrará a Scott en la UCI del hospital si la operación ya ha terminado, y de que encontrará la UCI en la tercera planta. Es una intuición tan potente que casi espera ver una alfombra mágica hecha con un saco de harina flotando al pie de la escalera cuando llega a ella, un rectángulo polvoriento de algodón con las palabras LA MEJOR HARINA DE PILLSBURY impresas en ella. Por supuesto, no ve tal cosa, y al llegar a la tercera planta está sudada, pegajosa y tiene el pulso acelerado. Pero la puerta indica **CUIDADOS INTENSIVOS HCBG**, y la sensación de estar despierta y al mismo tiempo inmersa en un sueño en el que el presente y el pasado están atrapados en un bucle infinito se intensifica aún más.

Está en la habitación 319, piensa Lisey. Está segura de ello pese a observar que se han producido numerosos cambios desde la última vez que acudió a ver a su marido a un hospital. El más evidente es la pantalla de televisión instalada delante de cada habitación, en la que se ven múltiples datos en rojo y verde. Los únicos que Lisey conoce a ciencia cierta son el pulso y la tensión arterial. Ah, y también figuran los nombres: COLVETTE-JOHN, DUMBARTON-ADRIAN, TOWSON-RICHARD, VANDERVEAUX-ELIZABETH (Lizzie Vanderveaux, menudo trabalenguas, piensa), DRAYTON-FRANKLIN. Se está acercando a la 319 y piensa: La enfermera saldrá de la habitación de Scott con la bandeja en la mano y de espaldas a mí; no será mi intención sobresaltarla, pero por supuesto lo haré. Se le caerá la bandeja. A los platos y la taza de café no les pasará nada, porque son soldados veteranos de cantina, pero el vaso de zumo se romperá en mil pedazos.

Pero ahora no es por la mañana, sino de madrugada, no hay ventiladores de techo agitando el aire, y el nombre que figura en el monitor instalado ante la 319 dice YANEZ-THOMAS. No obstante, la sensación de *déjà vu* es lo bastante intensa para obligarla a asomar la cabeza y ver la inmensa figura de un hombre, Thomas Yanez, tendido en la cama individual. De repente la embarga una sensación como las que quizá experimenten los sonámbulos al despertar; mira a su alrededor con temor y confusión crecientes, pensando: *¿Qué estoy haciendo aquí? Me voy a meter en un buen lío por haber subido sola.* Y a renglón seguido piensa: TORACOTOMÍA. Y piensa: EN CUANTO HAYA AUTORIZADO LA

INTERVENCIÓN, y casi le parece ver la palabra *INTERVENCIÓN* palpitando en letras sangrientas, y en lugar de irse sigue avanzando a buen paso por el pasillo brillantemente iluminado hacia el lugar donde sin duda se encuentra el puesto de enfermería. De repente la asalta una idea terrible

(y si ya...).

pero la aparta de su mente, la aparta con todas sus fuerzas.

En el puesto de enfermería, una enfermera ataviada con un uniforme en el que unos personajes de dibujos animados de la Warner Bros. hacen cabriolas enloquecidas, toma notas en una serie de gráficas dispuestas ante ella. Otra habla en voz baja por un micrófono diminuto prendido a la solapa de su camisa más tradicional de rayón al tiempo que, por lo que parece, consulta unas cifras en el monitor de un ordenador. Tras ella, un pelirrojo desgarrado está espatarrado en una silla plegable con el mentón apoyado sobre la pechera de su camisa de vestir blanca. Colgada del respaldo hay una americana oscura a juego con los pantalones que lleva. Se ha quitado los zapatos y la corbata (Lisey ve la punta asomada al bolsillo de la americana), y tiene las manos entrelazadas sobre el regazo. Lisey quizá ha tenido la premonición de que Scott no saldrá con vida del hospital de Bowling Green, pero no tiene ni la menor idea de que está mirando al médico que acaba de operarlo, prolongándole la vida el tiempo suficiente para que puedan despedirse después de veinticinco años de vida en común casi siempre buena..., qué narices, casi siempre genial. En este momento, Lisey le echa unos diecisiete años y se dice que quizá sea el hijo de una de las enfermeras de la UCI.

—Disculpen —dice Lisey.

Las dos enfermeras dan un respingo. Esta vez, Lisey ha conseguido sobresaltar a dos enfermeras en lugar de a una sola. La enfermera del micrófono habrá grabado un «¡Oh!» en la cinta. A Lisey le importa un pimiento.

—Me llamo Lisa Landon, y tengo entendido que mi marido, Scott...

—Ah, sí, señora Landon, por supuesto —responde la enfermera que lleva a Bugs Bunny en un pecho y a Elmer Fudd apuntándole con una escopeta desde el otro mientras el Pato Lucas los mira desde el valle que se abre bajo ellos—. El doctor Jantzen la esperaba para hablar con usted. Fue él quien le practicó los primeros auxilios en la recepción.

Lisey aún no entiende nada, en parte quizá porque no ha tenido tiempo de consultar la palabra toracotomía en el diccionario.

—Scott... ¿Perdió el conocimiento? ¿Se desmayó?

—El doctor Jantzen le dará todos los detalles. ¿Sabe que le practicó una pleurectomía parietal además de una toracotomía?

¿Pleurequé? Lo más fácil parece ser responder que sí. Entretanto, la enfermera que estaba grabando datos en la cinta alarga la mano y zarandea un poco al

pelirrojo dormido. Cuando abre los ojos, Lisey advierte que se ha equivocado respecto a su edad y que probablemente es lo bastante mayor para beber alcohol, pero... no pretenderán decirle que él es quien le ha abierto el pecho a su marido..., ¿verdad?

—La operación —farfulla Lisey.

No sabe a cuál de los tres se dirige. Detecta a las claras la desesperación en su voz; no le gusta, pero no puede hacer nada por evitarla.

—¿Ha salido bien?

La enfermera de la Warner Bros. vacila un instante, y Lisey lee todos sus temores reflejados en aquellos ojos que de repente se apartan de ella.

—Este es el doctor Jantzen —anuncia la enfermera, mirándola de nuevo—. La estaba esperando.

3

Tras el primer instante soñoliento, el doctor Jantzen se despabila a toda prisa. Lisey supone que se trata de una cualidad propia de los médicos, así como de los policías y los bomberos. Desde luego, no de los escritores. *Ni siquiera podías dirigirle la palabra antes de que se hubiera tomado un par de cafés.*

Repara en que acaba de pensar en su marido en tiempo pasado, y una oleada glacial le eriza los pelos de la nuca y le pone la piel de gallina. La sensación va seguida de una impresión de ingravidez maravillosa y terrible a un tiempo, como si estuviera a punto de alejarse flotando como un globo al que han cortado el cordel. Alejarse flotando a

(calla pequeña Lisey déjalo correr).

otro lugar. La luna, tal vez. Lisey se ve obligada a clavarse las uñas en las palmas de las manos para no perder el equilibrio.

El doctor Jantzen susurra algo a la enfermera de la Warner Bros., que lo escucha y asiente.

—No olvide ponerlo por escrito, ¿de acuerdo?

—Antes de las dos estará hecho —promete Jantzen.

—¿Está seguro de que quiere hacerlo así? —insiste la enfermera, sin ánimo de confrontación, piensa Lisey, sino tan solo para cerciorarse de que lo ha entendido bien.

—Sí —asiente él.

Acto seguido, Jantzen se vuelve hacia Lisey y le pregunta si está lista para subir a la UA Alton. Ahí es donde se encuentra su marido, le explica. Lisey asiente.

—Bien —dice Jantzen con una sonrisa cansada y no demasiado auténtica—. Espero que haya traído las botas de montaña, porque está en la quinta planta.

Cuando emprenden el camino de regreso hacia la escalera (pasando por delante de **YANEZ-THOMAS** y **VANDERVEAUX-ELIZABETH**), la enfermera de la Warner Bros. habla por teléfono. Más tarde, Lisey entenderá que en la conversación susurrada Jantzen le ha ordenado a la enfermera que llame arriba y mande que desconecten a Scott del respirador. Si es que está lo bastante consciente para reconocer a su mujer y oír su despedida. Tal vez incluso para despedirse a su vez de ella en caso de que Dios le conceda una última bocanada de aire con que activar sus cuerdas vocales. Más tarde, Lisey comprenderá que desconectarlo del respirador ha reducido su esperanza de vida de unas horas a unos minutos, pero que Jantzen lo consideró adecuado porque, en su opinión, el paso de las horas no ofrecía a Scott ninguna esperanza de recuperación. Más tarde comprenderá que lo han instalado en el cubículo que el pequeño hospital comunitario destina a los enfermos infecciosos.

Más tarde.

4

Durante el lento pero constante ascenso por la calurosa escalera hasta la quinta planta, Lisey descubre que Jantzen apenas puede explicarle nada sobre lo que le ocurre a Scott, porque apenas sabe nada. La toracotomía no se ha efectuado para curarlo, dice, sino tan solo para extraerle el líquido acumulado, y la intervención suplementaria ha servido para liberar el aire atrapado en las cavidades pleurales.

—¿De qué pulmón estamos hablando, doctor Jantzen? —le pregunta.

—De ambos —responde él, aterrándola.

5

Es entonces cuando el médico le pregunta cuánto tiempo lleva Scott enfermo y si fue al médico «antes de que su trastorno actual se agravara». Lisey le contesta que Scott no sufría ningún trastorno, que no estaba enfermo. Lleva unos diez días con mucosidad, tosiendo un poco y estornudando, pero nada más. Ni siquiera tomaba antihistamínicos, aunque estaba convencido de que se trataba de una alergia, y ella también. Lisey sufre síntomas parecidos cada final de primavera y principio de verano.

—¿Tos profunda? —pregunta el médico cuando se acercan al rellano de la quinta planta—. ¿Tos profunda y seca, como la tos matinal de un fumador? Siento lo de los ascensores, por cierto.

—No pasa nada —responde Lisey, procurando no jadear—. Sí que tenía tos, pero nada serio, ya se lo he dicho. Antes fumaba, pero lo dejó hace años. —Cree—. A lo mejor ha sido un poco más fuerte los últimos dos días, y me despertó una vez por la noche...

—¿Anoche?

—Sí, pero bebió un vaso de agua y se le pasó.

El doctor Jantzen empieza a abrir la puerta, que da a otro silencioso pasillo de hospital, y Lisey le apoya una mano en el brazo para detenerlo.

—Escuche. Las lecturas como las de anoche... Antes, Scott aguantaba media docena de esos bolos aunque tuviera cuarenta de fiebre. Se chutaba a base de aplausos y seguía. Pero eso se acabó hace cinco, quizá incluso siete años. Si hubiera estado enfermo, habría llamado al profesor Meade, el director del departamento de literatura inglesa, para cancelar la puñe..., la lectura.

—Señora Landon, cuando ingresó, su marido estaba a cuarenta y uno de fiebre.

Lisey no puede más que mirar al doctor Jantzen, ese personaje de cara adolescente tan poco digna de confianza, con horror mudo y algo que no es exactamente incredulidad. Sin embargo, más tarde empezará a cobrar forma una imagen. Existen suficientes testimonios, combinados con ciertos recuerdos que se resisten a permanecer del todo enterrados, para mostrarle cuanto necesita ver.

Scott tomó un vuelo chárter de Portland a Boston, y de allí tomó un vuelo de la United a Kentucky. Más tarde, una azafata del vuelo de United que le pidió un autógrafo contó a un periodista que el señor Landon se había pasado «casi todo el vuelo» tosiendo y que estaba muy rojo. «Cuando le pregunté si se encontraba bien», declaró al periodista, «me contestó que solo era un catarro de verano, que acababa de tomarse un par de aspirinas y que enseguida estaría bien».

Frederic Borent, el estudiante de posgrado que fue a recibirlo al aeropuerto, también habló de la tos y explicó que Scott le había pedido que parara en la farmacia para comprar un frasco de antitusígeno. «Creo que estoy incubando la gripe», comentó a Borent. Este explicó que la lectura le hacía mucha ilusión y que le preguntó si podría hacerla. «Se sorprendería de lo que puedo hacer», le había respondido Scott.

Borent se sorprendió, en efecto. Estaba encantado, al igual que la mayor parte del público que asistió a la lectura. Según el *Daily News* de Bowling Green, la lectura fue «casi una sesión de hipnosis», y durante ella Scott tan solo se detuvo para emitir unas leves tosecitas que no le costó contener tomando unos sorbos de

agua del vaso que tenía en el atril. Al hablar con Lisey, Jantzen le confesó que le había asombrado la vitalidad de Scott. Y fue su asombro, junto con el mensaje que le transmitió por teléfono el director del departamento de literatura inglesa, lo que abrió un desgarrón en la cuidadosa cortina de represión que había colgado Lisey, al menos durante un tiempo. Lo último que Scott le dijo a Meade después de la lectura y justo antes de la recepción fue: «Llame a mi mujer, ¿quiere? Dígale que quizá tenga que venir. Dígale que me parece que he comido la comida que no debía después de ponerse el sol. Es una especie de broma privada».

6

Lisey expresa sus peores temores al joven doctor Jantzen sin pensar.

—Scott se va a morir, ¿verdad?

Jantzen titubea, y de repente Lisey se da cuenta de que quizá sea joven, pero desde luego no es un crío.

—Quiero que lo vea —dice tras un silencio que a Lisey se le antoja eterno—. Y quiero que él la vea a usted. Está consciente, pero puede que no por mucho rato. ¿Me acompaña?

Jantzen camina muy deprisa. Se detiene en el puesto de enfermería, y el enfermero de guardia levanta la mirada de la revista que está leyendo, *Geriatría Moderna*. Jantzen habla con él en voz baja, pero reina tal silencio en la planta que Lisey distingue con claridad las tres palabras que pronuncia el enfermero y que la aterran:

—La está esperando.

Al final del pasillo hay dos puertas cerradas con el siguiente mensaje escrito en letras color naranja brillante:

UNIDAD DE AISLAMIENTO ALTON
PASEN POR PUESTO DE ENFERMERÍA
ANTES DE ENTRAR
OBSERVEN TODAS LAS PRECAUCIONES
POR SU BIEN
POR EL DE **ELLOS**
USO OBLIGATORIO DE MASCARILLA
Y GUANTES EN ALGUNOS CASOS

A la izquierda de las puertas hay una pila; Jantzen se lava las manos e indica a Lisey que haga lo propio. Sobre una camilla situada a la derecha yacen mascarillas de gasa, guantes de látex en sobres sellados, fundas amarillas para zapatos en una caja de cartón con las palabras PARA TODOS LOS NÚMEROS impresas en ella, así como un pulcro montón de batas de quirófano.

—Aislamiento —comenta Lisey—. Ni que mi marido tuviera el puñetero síndrome de Andrómeda.

Jantzen titubea un instante antes de contestar.

—Creemos que tal vez haya contraído alguna clase de neumonía exótica, tal vez incluso la gripe aviaria, pero sea lo que fuere, no hemos logrado identificarlo, y lo está...

No termina la frase, por lo visto no sabe cómo hacerlo, y Lisey le echa una mano.

—Lo está haciendo polvo —dice.

—Bastará con que se ponga la mascarilla, señora Landon, a menos que tenga alguna herida. No he visto nada...

—No creo que tenga que preocuparme por heridas ni que necesite mascarilla —lo ataja al tiempo que empuja la hoja izquierda de la puerta doble antes de que él pueda interponer objeción alguna—. Si fuera contagioso, ya me lo habría pasado.

Jantzen la sigue al interior de la unidad de aislamiento Alton mientras se desliza una de las mascarillas verdes sobre la nariz y la boca.

7

Solo hay cuatro habitaciones al final del pasillo de la quinta planta, y solo uno de los monitores de televisión está encendido; solo una de las habitaciones emite los pitidos típicos de la maquinaria de hospital, y el susurro leve y constante del oxígeno. El nombre que figura en el monitor bajo el pulso espantosamente rápido, 178 pulsaciones por minuto, y la tensión arterial espantosamente baja, 79/44, es LANDON-SCOTT.

La puerta está entreabierta. En ella se ve un rótulo con una llama anaranjada tachada con una X. Bajo ella, escrito en brillantes letras rojas, se lee el siguiente mensaje: **NI LLAMAS NI CHISPAS**. Lisey no es escritora ni mucho menos poeta, pero en estas palabras lee cuanto necesita saber acerca del fin de las cosas; es la línea que subraya su matrimonio, como quien subraya una lista de números antes de sumarlos. «Ni llamas ni chispas».

Scott, que por la mañana se ha despedido de ella con su habitual exclamación impertinente, «¡Hasta luego, coco-lisey!», y el retumbar del rock retro de los Flamin' Groovies en el CD de su viejo Ford, ahora yace en la cama con el rostro blanco como la leche, mirándola. Solo sus ojos parecen estar del todo vivos, aunque excesivamente ardientes. Arden como los ojos de una lechuza atascada en una chimenea. Está tendido de costado. Han apartado el respirador de la cama, pero Lisey distingue la flema viscosa en el tubo y sabe

(*calla pequeña Lisey*).

que en esa mierda verde pululan gérmenes o microbios o ambas cosas que nadie logrará identificar jamás, ni aún con el mejor microscopio de electrones del mundo, ni aún con ayuda de todas las bases de datos que existen sobre la faz de la tierra.

—Hola, Lisey...

Habla en un susurro casi inaudible («Un soplo de nada bajo la puerta», como habría dicho el viejo *Dandy*), pero Lisey lo oye con claridad y se acerca a él. Alrededor del cuello lleva colgada una mascarilla de plástico que sopla oxígeno con un siseo. Dos tubos de plástico surgen de su pecho, en el que se ven dos incisiones recién grapadas que recuerdan el dibujo infantil de un pájaro. Los tubos que le salen por la espalda parecen grotescamente enormes en comparación con los delanteros. A los ojos consternados de Lisey, parecen mangueras de radiador. Son transparentes, y en ellos ve un líquido turbio y fragmentos ensangrentados de tejido que desembocan en una especie de maletín instalado en la cama junto a él. Esto no es Nashville; no es una bala del 22; pese a que su corazón se rebela contra los hechos, el primer vistazo la convence de que Scott no verá salir el sol mañana.

—Scott —dice al tiempo que se arrodilla junto a la cama y le toma la mano ardiente—. ¿Se puede saber qué puñeta has hecho esta vez?

—Lisey —musita Scott y alcanza a apretarle la mano un poco.

Su respiración es una sibilancia estridente y entrecortada que recuerda bien de aquel día en el aparcamiento. Lisey sabe exactamente lo que dirá a continuación, y Scott no la defrauda.

—Tengo tanto calor, Lisey. ¿Hielo?... ¿Por favor?

Lisey desvía la mirada hacia la mesilla, pero no hay nada. Mira por encima del hombro al médico que la ha acompañado hasta allí, ahora convertido en el Vengador Pelirrojo Enmascarado.

—Doctor... —empieza, pero de repente se queda en blanco—. Lo siento, he olvidado su nombre.

—Jantzen, señora Landon, y no se preocupe.

—¿Podrían traerle un poco de hielo a mi marido? Dice que...

—Sí, por supuesto, yo mismo iré a buscarlo.

Sale de la habitación al instante. Lisey comprende que deseaba un pretexto para dejarlos a solas.

Scott vuelve a oprimirle la mano.

—Me voy —anuncia con la misma voz apenas audible—. Lo siento. Te quiero.

—¡No, Scott! —Y añade, aunque sea absurdo—: ¡El hielo! ¡Ahora te traen hielo!

Con lo que sin duda es un esfuerzo ímprobo, porque su respiración se torna más estridente aún, Scott levanta la mano y le acaricia la mejilla con un dedo abrasador. Es entonces cuando Lisey rompe a llorar. Sabe lo que debe preguntarle. La voz asustada que nunca la llama Lisey, sino pequeña Lisey, la guardiana de los secretos, le advierte a gritos que no lo haga, pero Lisey la aparta de un empujón mental. Todo matrimonio veterano tiene dos corazones, uno claro y otro oscuro. Y aquí está el corazón oscuro del suyo.

Se acerca a él, a su calor agonizante. Percibe los últimos vestigios de la espuma con que se afeitó ayer por la mañana y la del champú de árbol de té con que se lavó el pelo. Se acerca hasta que sus labios rozan la oreja ardiente de su marido.

—Ve, Scott. Arrástrate hasta el puñetero lago, si hace falta. Si el médico vuelve y encuentra la cama vacía, ya me inventaré algo, da igual, pero ve al lago y cúrate, hazlo, hazlo por mí, maldita sea.

—No puedo —susurra Scott.

En ese momento empieza a toser de un modo que la hace retroceder un poco. Cree que esa tos apergaminada lo matará, que lo abrirá en canal, pero de algún modo consigue controlarla. ¿Y por qué? Porque aún tiene algo que decir. Incluso allí, en su lecho de muerte, en una unidad de aislamiento desierta a la una de la madrugada, en medio de un pueblucho perdido en Kentucky, Scott quiere decir la suya.

—No... funcionará

—¡Entonces iré yo! ¡Ayúdame!

Pero Scott menea la cabeza.

—Está en el camino... del lago. La cosa.

Lisey sabe de inmediato a qué se refiere. Impotente, mira hacia uno de los vasos de agua, donde a veces se vislumbra la cosa de pelaje moteado. Allí, o en un espejo, o por el rabillo del ojo. Siempre en plena noche. Siempre cuando estás perdido, o atenazado por el dolor, o ambas cosas. El chaval de Scott. El chaval larguirucho...

—Dur... miendo.

Un extraño sonido surge de los pulmones destrozados de Scott. Lisey cree que

se ahoga y alarga la mano hacia el timbre, pero entonces observa un destello mordaz en sus ojos febriles y comprende que se está riendo o al menos intentándolo.

—Durmiendo en... el camino. Costado... alto... cielo...

Vuelve los ojos hacia el techo, y Lisey está convencida de que intenta decirle que su costado es tan alto como el cielo.

Scott tironea la mascarilla de oxígeno, pero no consigue levantarla. Lisey se la coloca sobre la nariz y la boca. Scott aspira varias bocanadas profundas de aire y luego le pide por señas que se la quite. Lisey lo hace, y durante unos instantes, tal vez un minuto entero, su voz se fortalece.

—Fui a Boo'ya Moon desde el avión —explica, maravillado—. Nunca había intentado nada parecido. Creí que me caería, pero aparecí en la Colina del Amor, como siempre. Volví a ir desde el lavabo... en el aeropuerto. La última vez... desde el camerino, justo antes de la lectura. Sigue allí. El viejo Freddy. Sigue ahí mismo.

Por el amor de Dios, si incluso le ha puesto nombre a la puñetera cosa.

—No podía llegar al lago, así que comí unas bayas..., por lo general están bien..., pero...

No puede terminar la frase. Lisey vuelve a ponerle la mascarilla.

—Era demasiado tarde —constata mientras Scott respira oxígeno puro—. Era demasiado tarde, ¿verdad? Las comiste después de ponerse el sol.

Scott asintió.

—Pero tenías que hacerlo.

Scott asiente de nuevo y le indica que le retire la mascarilla.

—¡Pero en la lectura estabas bien! —exclama Lisey—. ¡El profesor Meade dice que estuviste fantástico!

Scott está sonriendo, tal vez la sonrisa más triste que Lisey ha visto en su vida.

—Rocío —dice—. Lo lamí de las hojas. La última vez, cuando fui... desde el camerino. Creí que podría...

—Creíste que podría curarte. Como el agua del lago.

Scott asiente con los ojos, que no se apartan de los suyos en ningún momento.

—Y te pusiste mejor. ¿Durante un rato?

—Sí, un rato. Ahora...

Se encoge de hombros en señal de que lo siente y vuelve la cabeza a un lado. Esta vez el ataque de tos es peor, y Lisey observa horrorizada que el fluido que llena los tubos es cada vez más denso y rojo. Scott le agarra de nuevo la mano.

—Estaba perdido en la oscuridad —susurra—. Tú me encontraste.

—Scott, no...

Scott asiente. Sí.

—Me viste entero. Todo...

Emplea la mano libre para describir un débil círculo: *Todo sigue igual*. Sonríe una vez más sin dejar de mirarla.

—¡Aguanta, Scott! ¡Aguanta!

Él asiente como si Lisey lo hubiera comprendido por fin.

—Aguanta..., espera a que cambie el viento.

—¡No, Scott, el hielo! —grita, porque no se le ocurre otra cosa—. ¡Espera el hielo!

«*Baby*», dice Scott. «*Babyluv*», la llama. Y a partir de entonces el único sonido es el siseo constante de la mascarilla de oxígeno que lleva colgada alrededor del cuello. Lisey se lleva las manos al rostro

8

y cuando las retiró, estaban secas. Estaba sorprendida y al mismo tiempo no lo estaba. Sin lugar a dudas, sentía alivio; tal vez por fin había terminado el duelo. Suponía que aún le quedaba mucho trabajo por hacer en el estudio de Scott, porque Amanda y ella apenas si habían empezado, pero consideraba que había hecho progresos inesperados en la limpieza de su propia porquería a lo largo de los últimos dos o tres días. Al tocarse el pecho herido, apenas sintió dolor. *Es elevar la autosanación a otro nivel*, se dijo con una sonrisa.

En la otra habitación, Amanda increpó al televisor.

—¡Venga, capullo! Deja a esa zorra, ¿no ves que no vale nada?

Lisey ladeó la cabeza en aquella dirección y dedujo que Jacy estaba a punto de engatusar a Sonny para que se casara con ella. La película estaba a punto de terminar.

Debe de haberse saltado una parte, pensó, pero al alzar la vista hacia la oscuridad que envolvía la claraboya comprendió que no era así. Llevaba más de una hora y media sentada al Gran Jumbo de Dumbo, reviviendo el pasado. Trabajándose un poco, como les gustaba decir a los esotéricos. ¿Y qué conclusiones había sacado? Que su marido estaba muerto, nada más. Muerto y enterrado. No la estaba esperando en el camino de Boo'ya Moon ni sentado en uno de esos bancos de piedra donde lo había encontrado una vez. Scott había dejado atrás Boo'ya Moon. Al igual que Huck, se había largado a los Territorios.

¿Y qué provocó la enfermedad que acabó con su vida? En su certificado de defunción se hablaba de neumonía, y a ella no le importaba. Si hubieran escrito «Muerto por los mordiscos de una bandada de patos», Scott seguiría igual de muerto, pero no podía evitar preguntárselo. ¿Le llegó la muerte a causa de una

flor que arrancó y olió, de un bicho que le clavó el aguijón en la piel mientras el sol sangriento se resguardaba en su morada de truenos? ¿La buscó él durante una visita rápida a Boo'ya Moon una semana o un mes antes de su última lectura en Kentucky? ¿O quizá la muerte llevaba al acecho varias décadas, emitiendo su tictac inexorable? Tal vez se debiera a una sola mota de tierra que se le metió bajo la uña mientras cavaba la tumba de su hermano. Un único bicho asesino que había dormido durante años y por fin despertó un día, cuando a Scott se le ocurrió una palabra que llevaba mucho rato buscando y batió de palmas, satisfecho. Quizá... —un pensamiento terrible, pero quién sabía—, quizá era ella quien le había llevado la muerte tras una de sus visitas, un ácaro mortífero en una partícula de polen que Scott se llevó al besarle la punta de la nariz.

Oh, mierda, ahora sí que estaba llorando.

Había visto un paquete cerrado de pañuelos de papel en el cajón superior izquierdo del escritorio. Lo sacó, lo abrió, sacó un par de pañuelos y empezó a enjugarse las lágrimas. En la habitación contigua oyó a Timothy Bottoms gritar: «¡Estaba barriendo, malditos cabrones!» y supo que el tiempo había dado otro de sus torpes saltos. Solo quedaba una escena, aquella en la que Sonny vuelve con la esposa del entrenador, su amante de mediana edad. Y luego aparecen los créditos.

Sobre la mesa, el teléfono emitió un leve tintineo. Lisey sabía lo que significaba, al igual que supo lo que significaba el débil círculo que Scott había trazado con la mano al final de su vida, *todo sigue igual*.

El teléfono había dejado de funcionar. Alguien había cortado o bien arrancado el cable. Dooley estaba allí. El Príncipe Negro de los Incunks había ido a buscarla.

XV

Lisey y el chaval larguirucho (Pafko en la pared)

1

—¡Amanda, ven aquí!

—Un momento, Lisey, la película está a punto de...

—¡Ahora mismo, Amanda!

Descolgó el teléfono, comprobó que, en efecto, no funcionaba, y volvió a colgarlo. Lo sabía todo, como si siempre hubiera estado ahí, al igual que el sabor dulce en la boca. En un instante cortaría la luz, y si Amanda no llegaba antes de que lo hiciera...

Pero ahí estaba, de pie en el umbral entre la alcoba y la habitación principal, con aspecto de repente temeroso y envejecido. En el vídeo, la mujer del entrenador estaba a punto de arrojar la taza de café contra la pared, enfadada porque las manos le temblaban demasiado para servirlo. A Lisey no le extrañó descubrir que a ella también le temblaban las manos. Cogió el revólver. Amanda la vio hacerlo y pareció asustarse aún más. Como si hubiera preferido estar en Filadelfia, dadas las circunstancias. O catatónica.

Demasiado tarde, Manda, pensó Lisey.

—¿Está aquí, Lisey?

—Sí.

A lo lejos, un trueno retumbó como para corroborar su asentimiento.

—¿Cómo lo sab...?

—Porque ha cortado el teléfono.

—El móvil...

—En el coche. Ahora cortará la luz.

Llegó al extremo de la enorme mesa de arce rojo, el Gran Jumbo de Dumbo, *Sí, señor*, pensó, *podría aterrizar un avión en este maldito trasto*. Unos ocho pasos en línea recta la separaban de Amanda, ocho pasos sobre la moqueta en la que se veían manchas granates de su propia sangre.

Cuando llegó junto a su hermana, las luces seguían encendidas, y Lisey tuvo un instante de duda. ¿No cabía la posibilidad de que una rama del árbol desprendida a causa de las tormentas de la tarde hubiera arrancado los cables del teléfono?

Claro, pero no es eso lo que ha pasado.

Intentó dar el arma a Amanda, pero esta no quería cogerla. El revólver se estrelló sobre la moqueta, y Lisey se preparó para el estallido del disparo, que sin duda iría seguido del grito de Amanda o del suyo cuando una bala se alojara en el tobillo de una de las dos. Pero el arma no se disparó, sino que permaneció ahí tirada, mirando las musarañas con su único ojo ciego. Al agacharse para recogerla, Lisey oyó un golpe sordo en la planta baja, como si alguien hubiera chocado con algo y lo hubiera volcado. Una caja de cartón llena casi en su totalidad de páginas en blanco, por ejemplo, una caja que formaba parte de toda una pila de ellas.

Cuando volvió a mirar a su hermana, Amanda tenía las manos, la izquierda sobre la derecha, apretadas contra su escaso pecho. Había palidecido mucho, y sus ojos se habían convertido en dos lagos oscuros de consternación.

—No puedo coger el arma —susurró—. Mírame las manos.

Las extendió con las palmas hacia arriba para mostrarle los cortes.

—Coge la puñetera pistola —insistió Lisey—. No tendrás que dispararle.

A regañadientes, Amanda cerró los dedos en torno a la empuñadura de goma del Pathfinder.

—¿Me lo prometes?

—No, pero casi —replicó Lisey.

Se volvió hacia la escalera que descendía al granero. Aquel extremo del estudio estaba más oscuro y resultaba mucho más amenazador, sobre todo ahora que Amanda empuñaba el arma. Amanda, tan poco fiable, capaz de hacer cualquier cosa, incluso, más o menos la mitad de las veces, lo que se le pedía.

—¿Cuál es el plan? —susurró Amanda.

En la otra habitación, el viejo Hank cantaba de nuevo, y Lisey supo que *La última película* había terminado.

Lisey se llevó un dedo a los labios en demanda de silencio
(ahora debes guardar silencio).

y se apartó de Amanda. Un paso, dos pasos, tres pasos, cuatro. Llegó al centro de la estancia, equidistante del Gran Jumbo de Dumbo y el umbral de la alcoba donde Amanda sostenía el 22 con el cañón apuntando a la moqueta manchada de sangre. Se oyó otro trueno. Música *country* en el vídeo. Silencio en la planta baja.

—No creo que esté abajo —susurró Amanda.

Lisey retrocedió otro paso hacia el enorme escritorio de arce rojo. Seguía tensa, casi temblaba por los nervios, pero su parte racional la obligaba a admitir que Amanda debía de estar en lo cierto. El teléfono no funcionaba, pero allí era normal que se estropeará al menos un par de veces al mes, sobre todo durante o después de una tormenta. Aquel ruido sordo que había oído al agacharse para recoger el arma... ¿Lo había oído realmente o había sido producto de su imaginación?

—No creo que esté a... —empezó Amanda, y fue entonces cuando se apagaron las luces.

2

Durante unos segundos que se le antojaron eternos, Lisey no vio nada y se maldijo por no haberse traído la linterna del coche. Habría sido tan fácil. Pero lo único que podía hacer era quedarse donde estaba y lograr que Amanda también se quedara donde estaba.

—¡No te muevas, Manda! ¡Quédate quieta hasta que te lo diga!

—¿Dónde está, Lisey? —preguntó Amanda con voz llorosa—. ¿Dónde está?

—Aquí mismo, señorita —repuso Jim Dooley en tono ligero desde la negrura que envolvía la escalera—. Y las veo a las dos con estas gafas especiales que llevo. Están un poco verdes, pero las veo muy bien.

—No es verdad, está mintiendo —aseguró Lisey.

Sin embargo, sintió un nudo en la boca del estómago; no había contado con que Dooley llevara equipo de visión nocturna.

—Que me muera si miento, señora —canturreó Dooley.

Su voz aún procedía de lo alto de la escalera, y al poco Lisey empezó a distinguir una silueta borrosa en aquella zona. No veía su bolsa de los horrores, pero, oh, Dios mío, oyó el crepitar del papel.

—Las veo lo bastante bien para saber que es la señorita Huesuda quien lleva la pistola. Quiero que la deje en el suelo ahora mismo, señorita Huesuda. Ahora mismo. ¡He dicho que la deje en el suelo ahora mismo! —espetó de repente como un látigo al restallar.

Ya era noche cerrada, y si había luna, aún no había salido o bien estaba oculta

entre las nubes, pero por las claraboyas entraba luz suficiente para que Lisey advirtiera que Amanda empezaba a bajar el arma. Aún no la había dejado caer, pero la estaba bajando. Lisey habría dado lo que fuera por tenerla en sus manos, pero...

Pero necesito las dos manos libres. Para que cuando llegue el momento te pueda agarrar bien, maldito hijo de puta.

—No, Amanda, no la sueltes. No creo que tengas que dispararle. Ese no es el plan.

—El plan es que la suelte, señorita.

—Entra aquí —dijo Lisey—, donde no se le ha perdido nada, te insulta y encima te dice que sueltes el arma. ¡Tu arma!

El fantasma apenas visible que era la hermana de Lisey volvió a levantar el revólver. No apuntó al contorno negro que apenas se distinguía entre las sombras en lo alto de la escalera, sino al techo, pero lo importante era que no la había soltado y que había erguido la cabeza.

—¡He dicho que la suelte! —Casi chilló la figura.

Pero algo en la voz de Dooley reveló a Lisey que sabía que había perdido aquella batalla. La maldita bolsa crepitó de nuevo.

—¡No! —replicó Amanda—. ¡No pienso soltarla! ¡Váyase..., lárguese de aquí y deje en paz a mi hermana!

—No lo hará —aseguró Lisey antes de que la sombra en lo alto de la escalera pudiera responder—. No lo hará porque está loco.

—Más vale que tenga cuidado con lo que dice —advirtió Dooley—. Por lo visto ha olvidado que las veo tan claramente como si estuvieran en un escenario.

—Pero está loco. Tan loco como aquel crío que disparó a mi marido en Nashville. Gerd Allen Cole. ¿Ha oído hablar de él? Claro que sí, lo sabe todo acerca de Scott. Siempre nos reíamos de los tipos como usted, Jimmy...

—Basta, señora...

—Los llamábamos Fans del Espacio Exterior. Cole lo era, y usted también. Usted es más astuto y malvado, porque es mayor, pero en el fondo no es tan diferente. Un Fan del Espacio Exterior es un Fan del Espacio Exterior. Viajeros de la Puñetera Vía Láctea.

—No me hable así —espetó Dooley en el mismo tono de antes, y esta vez, pensó Lisey, no era para asustarlas—. He venido a hacer negocios.

La bolsa de papel crujió de nuevo, y Lisey advirtió que la sombra se movía. La escalera se hallaba a unos quince metros del escritorio, en la zona más oscura de la alargada estancia principal, pero Dooley avanzaba hacia ella como propulsado por sus propias palabras, y los ojos de Lisey ya se habían acostumbrado a la negrura. Unos pasos más y las sofisticadas gafas de visión

nocturna dejarían de tener importancia. Estarían en pie de igualdad. Al menos visualmente.

—¿Por qué? Es todo verdad.

Y lo era. De repente, Lisey sabía cuanto necesitaba saber acerca de Jim Dooley, alias Zack McCool, alias el Príncipe Negro de los Incunks. La verdad le llenaba la boca, como aquel sabor infinitamente dulce. De hecho, era ese sabor.

—No le provoques, Lisey —aconsejó Amanda con voz aterrada.

—Se provoca él solo. La única provocación que necesita sale directa del circuito distorsionado y sobrecalentado que tiene por cerebro. Igual que Cole.

—¡No tengo nada que ver con él! —gritó Dooley.

Certeza radiante en cada sinapsis, estallando en cada sinapsis. Por supuesto que era posible que Dooley hubiera conocido la historia de Cole al leer acerca de su héroe literario, pero Lisey sabía que no era así. Y todo tenía un sentido más que perfecto, divino.

—Nunca estuvo en la cárcel de Brushy Mountain; eso no es más que una patraña que le contó a Woodbody, charla de bar. Pero sí estuvo encerrado, en el loquero. Estuvo en el loquero con Cole.

—¡Cierre el pico, señora! ¡Hágame caso y cierre el pico ahora mismo!

—¡Calla, Lisey! —suplicó Amanda.

Pero Lisey hizo caso omiso a ambos.

—¿Hablaban de sus novelas favoritas de Scott Landon... cuando Cole estaba lo bastante medicado para decir algo coherente? Seguro que sí. A él le gustaba *Demonios vacíos*, ¿verdad? Y a usted, *La hija del cabotaje*. Un par de Fans del Espacio Exterior hablando de libros mientras les hacían algunos arreglillos en los puñeteros sistemas de control...

—¡He dicho que cierre el pico!

La figura surgió flotando de la oscuridad. Como un submarinista al surgir de las aguas negras y profundas a la orilla verdosa. Claro que los submarinistas no llevaban bolsas de papel ante el pecho, como si quisieran protegerse el corazón de los golpes de viudas crueles que sabían demasiado.

—No voy a repetírselo...

Pero Lisey siguió sin hacerle caso. No sabía si Amanda aún sostenía el arma y ya no le importaba. Estaba inmersa en aquel delirio.

—¿Hablaban Cole y usted de los libros de Scott en las sesiones de terapia de grupo? Seguro que sí. Todo ese rollo de la figura paterna. Y luego, cuando lo soltaron, ahí estaba Woodbodrio, como un papá sacado de una novela de Scott Landon. Uno de los papás buenos. Cuando lo soltaron del loquero. Cuando lo soltaron de la fábrica de gritos. Cuando lo soltaron de la academia de la risa, como suele de...

Con un chillido, Dooley dejó caer la bolsa de papel (que emitió un sonido metálico al estrellarse contra el suelo) y se abalanzó sobre Lisey.

Sí. Por eso necesitaba tener las dos manos libres, tuvo tiempo de pensar ella.

El grito de Amanda se superpuso al de Dooley. De los tres, Lisey fue la única que no perdió la calma, porque solo Lisey sabía a ciencia cierta lo que hacía..., aunque no exactamente por qué. No intentó echar a correr. Abrió los brazos a Jim Dooley y lo estrechó entre ellos como a un amante.

3

Dooley la habría derribado y habría aterrizado sobre ella (Lisey estaba segura de que esa era su intención) de no ser por el escritorio. Permitió que su impulso la empujara hacia atrás y percibió el hedor del sudor en su cabello y en su piel. También sintió que la curva de las gafas se le clavaba en la sien y oyó un rápido castañeteo justo debajo de la oreja izquierda.

Son sus dientes, pensó. Son sus dientes, va por mi cuello.

Su trasero chocó contra el largo costado del Gran Jumbo de Dumbo. Amanda gritó otra vez. Se oyó un fuerte disparo, seguido de un destello de luz cegadora.

—¡Déjala en paz, hijo de puta!

Mucho rollo, pero ha disparado al techo, pensó Lisey al tiempo que apretaba aún más las manos entrelazadas en la nuca de Dooley mientras él la inclinaba hacia atrás como un compañero de baile al final de un tango particularmente amoroso. Lisey percibió el olor a pólvora. Le zumbaban los oídos y sentía la polla de Dooley, pesada y en erección casi total.

—Jim —musitó sin soltarlo—. Te daré lo que quieres. Déjame que te dé lo que quieres.

Dooley aflojó un poco la presión. Lisey percibió su desconcierto. Y de repente, con un alarido felino, Amanda aterrizó sobre la espalda de Dooley, y Lisey cayó de nuevo sobre la mesa. Su columna vertebral emitió un crujido de advertencia, pero distinguía la sombra ovalada del rostro de Dooley con suficiente claridad para saber que estaba muy asustado. *¿Me ha tenido miedo desde el principio?*, se preguntó.

Ahora o nunca, pequeña Lisey.

Buscó sus ojos tras los estrafalarios círculos de las gafas, los encontró y clavó la mirada en ellos. Amanda seguía chillando como un gato con la cola atrapada en una ratonera, y Lisey la vio golpear con los puños los hombros de Dooley. Los dos puños. Así que había disparado una vez al techo y luego soltado el arma. En fin, tal vez fuera lo mejor.

—Jim. —Dios, su peso la estaba matando—. Jim.

Dooley bajó la cabeza como hipnotizado por su mirada y el poder de su voluntad. Por un instante, Lisey creyó que no conseguiría llegar hasta él pese a ello. Pero entonces, con un último esfuerzo desesperado, «Pafko en la pared», habría dicho Scott, citando a Dios sabía quién, lo consiguió. Inhaló el olor de la carne con cebolla que había cenado al cubrir los labios de Dooley con los suyos. Empleó la lengua para separárselos, lo besó con más fuerza y le pasó el segundo trago de agua del lago. En el mismo instante percibió cómo la abandonaba la dulzura. El mundo que conocía se tambaleó y empezó a alejarse de ella. Ocurrió muy deprisa. Las paredes se tornaron transparentes y las fragancias del otro mundo le azotaron el olfato: frangipán, buganvilla, rosas, cereus de floración nocturna...

—Jerómino —musitó en el interior de su boca.

Y como si hubiera aguardado aquella palabra, el peso de la mesa bajo su cuerpo se transformó en lluvia y al cabo de un instante desapareció. Lisey cayó; Jim Dooley cayó sobre ella; sin dejar de chillar, Amanda cayó sobre ambos.

Dáliva, pensó Lisey. Dáliva, fin.

4

Aterrizó sobre una extensión de hierba espesa que conocía tan bien como si se hubiera pasado la vida revolcándose en ella. Tuvo tiempo de registrar la presencia de los árboles del amor antes de que la presión le cortara el aliento con un ruidoso jadeo. Numerosos puntitos negros le nublaron la vista en aquel universo enrojecido por el atardecer.

Quizá habría perdido el conocimiento si Dooley no se hubiera quitado de encima de ella. Se zafó de Amanda como si no fuera más que una gatita pesada, se levantó, paseó la mirada por la colina cubierta de lilas y luego por los árboles del amor que delimitaban lo que Paul y Scott Landon habían bautizado con el nombre de Bosque de las Hadas. Lisey se llevó un sobresalto por el aspecto de Dooley. Parecía una calavera cubierta de piel y cabello. Al cabo de un instante comprendió que se debía a su rostro estrecho en combinación con las sombras del crepúsculo y lo que les había sucedido a sus gafas. Los vidrios no habían pasado a Boo'ya Moon, y sus ojos se asomaban a los orificios que habían dejado. Tenía la boca abierta, e hilillos de saliva plateada tendidos entre el labio superior y el inferior.

—Siempre... le gustaron... los libros de Scott —jadeó Lisey como una corredora agotada, pero empezaba a recobrar el aliento, y las motas negras que le

nublaban la vista se estaban desvaneciendo—. ¿También le gusta su mundo, señor Dooley?

—¿Dónde...? —empezó y siguió moviendo la boca, pero de ella no brotó sonido alguno.

—Boo'ya Moon, junto al Bosque de las Hadas, cerca de la tumba de Paul, el hermano de Scott.

Sabía que Dooley sería tan peligroso para ella (y para Amanda) allí como en el estudio de Scott una vez recobrara el poco sentido que tenía, pero aun así se permitió contemplar un instante la colina cubierta de lilas y el cielo crepuscular. Pensó, y no por primera vez, que la mezcla de calor y plata fría podría llegar a matarla con su belleza.

Pero ahora no tenía que preocuparse de la belleza. Una mano quemada por el sol se posó sobre su hombro.

—¿Qué me está haciendo, señora? —preguntó Dooley con los ojos casi saliéndose de sus órbitas tras los orificios de las gafas—. ¿Intenta hipnotizarme? Porque no lo conseguirá.

—En absoluto, señor Dooley —aseguró Lisey—. Usted quería lo que pertenecía a Scott, ¿no? Y sin duda esto es mejor que cualquier relato inédito e incluso que mutilar a una mujer con su propio abrelatas, ¿no le parece? ¡Mire! ¡Un mundo distinto! ¡Un lugar hecho de imaginación! ¡Sueños tejidos en un universo diferente! Por supuesto, el bosque es peligroso, todo este lugar es peligroso de noche, y está a punto de oscurecer, pero estoy segura de que un chiflado valiente y con las pilas puestas como...

En aquel momento vio lo que Dooley pretendía hacer, vio su asesinato escrito claramente en aquellos extraños ojos hundidos por las gafas, y gritó el nombre de su hermana..., alarmada, sí, pero también riendo. A pesar de todo. Riéndose de él. En parte porque tenía una pinta bastante ridícula con aquellas gafas sin vidrios, pero sobre todo porque en aquel momento crucial se le había ocurrido el final de un viejo chiste de burdel: «¡Eh, tíos, se os ha caído el rótulo!». El hecho de que no recordara el resto del chiste aún le hacía más gracia.

Pero de repente se quedó de nuevo sin aliento y no pudo seguir riendo, tan solo emitir una especie de estertor.

5

Arañó el rostro de Dooley con las uñas cortas, pero en modo alguno inexistentes, y le dejó tres marcas sangrantes en la mejilla, pero el hombre no aflojó la presión, sino que la incrementó aún más. El estertor que brotaba de su garganta subió de

volumen, como el sonido de una máquina primitiva con tierra en los engranajes. El clasificador de patatas del señor Silver, tal vez.

¿*Dónde puñetas estás, Amanda?*, pensó, y ahí estaba Amanda. Golpear la espalda y los hombros de Dooley con los puños no había servido de nada, de modo que su hermana se arrodilló, le agarró el paquete a través de los vaqueros con las manos heridas... y se lo retorció.

Dooley lanzó un alarido y apartó a Lisey de un empujón. Lisey aterrizó entre la hierba alta, cayó de espaldas y de inmediato se incorporó mientras intentaba recobrar el aliento, que le quemaba en la garganta. Dooley estaba doblado sobre sí mismo con las manos en la entrepierna, una postura de dolor que trajo a Lisey el vívido recuerdo de un accidente en el balancín del patio de la escuela y a Darla constatando en tono prosaico: «Esta es una de las razones por las que me alegro de no ser un chico».

Amanda se abalanzó sobre él

—¡Manda, no! —gritó Lisey.

Pero era demasiado tarde. Aún atenazado por el dolor, Dooley era veloz como el rayo. Esquivó a Amanda con facilidad y luego le asestó un golpe tremendo con el puño huesudo. Al mismo tiempo se arrancó las gafas inutilizadas con la otra mano y las arrojó a la hierba. Todo vestigio de cordura había desaparecido de aquellos ojos azules. Se parecía a la cosa muerta de *Demonios vacíos*, que salía implacable del pozo para cumplir su venganza.

—No sé dónde estamos, pero le diré una cosa, señora... De aquí no sale.

—Si no me atrapa, el que no saldrá de aquí es usted —replicó Lisey.

Y se echó a reír de nuevo. Estaba asustada, aterrorizada, de hecho, pero reír le sentó bien, tal vez porque comprendía que la risa era su puñal. Cada carcajada que brotaba de su cuello abrasado clavaba la punta un poco más en la carne de Dooley.

—Deje de reírse, zorra, ¡deje de reírse de una puta vez! —rugió Dooley antes de salir disparado tras ella.

Lisey se volvió para huir. Apenas había avanzado dos pasos por el sendero que se adentraba en el bosque cuando oyó a Dooley proferir un grito de dolor. Al mirar atrás lo vio arrodillado. Algo le sobresalía del brazo, y su camisa se estaba tiñendo de rojo a marchas forzadas. Dooley se levantó con dificultad y tiró del objeto mascullando una maldición. La cosa se movió, pero no salió. Lisey vio un destello amarillo que salía de ella en una línea. Dooley gritó de nuevo y agarró la cosa que tenía clavada en la mano con la mano libre.

De repente, Lisey lo entendió. La respuesta le acudió a la mente como un relámpago demasiado perfecto para ser cierto. Dooley había salido tras ella, pero Amanda le había puesto la zancadilla de inmediato, y Dooley había caído sobre la

cruz de madera que marcaba la tumba de Paul Landon. El larguero de la cruz sobresalía de su bíceps como una aguja gigantesca. Por fin consiguió arrancársela y la arrojó lejos de sí. De la herida abierta brotó más sangre, sangre escarlata que resbalaba por la manga de su camisa hasta el codo. Lisey sabía que debía procurar que Dooley no concentrara su ira en Amanda, que yacía indefensa sobre la hierba, casi a sus pies.

—¡A ver si me pillas, cara de papilla! —canturreó, recurriendo a una cantinela de patio que ni siquiera sabía si recordaba.

Acto seguido le sacó la lengua, se llevó los pulgares a las sienes y agitó los demás dedos para completar el cuadro.

—¡Zorra! ¡Maldita hija de puta! —chilló Dooley al tiempo que echaba a correr de nuevo.

Lisey corrió. Ya no reía, por fin estaba demasiado asustada para reír, pero en sus labios aún se pintaba una sonrisa aterrorizada mientras sus pies daban con el sendero y se adentraba en el Bosque de las Hadas, donde ya casi era de noche.

6

La señal que indicaba **AL LAGO** había desaparecido, pero cuando corría por el primer tramo del sendero, ahora convertido en una línea blanquecina que parecía flotar entre la masa oscura de los árboles que lo flanqueaban, Lisey oyó una especie de carcajada delante de ella. *Reidores*, pensó, y se arriesgó a mirar por encima del hombro con la esperanza de que si Dooley oía aquel sonido, tal vez cambiara de idea respecto a...

Pero no. Dooley seguía allí, visible a la luz agonizante del día porque le estaba dando alcance. Corría a toda velocidad pese a la sangre negra que ahora le cubría la manga izquierda desde el hombro hasta la muñeca. Lisey tropezó con una raíz, estuvo a punto de perder el equilibrio y consiguió conservarlo pese a todo, en parte porque sabía que Dooley se abalanzaría sobre ella en cuestión de cinco segundos si se caía. Lo último que sentiría sería su aliento, lo último que olería sería el hedor agrio de los árboles al transformarse en sus peligrosas versiones nocturnas, y lo último que oiría sería la risa demente de aquella especie de hienas que vivían en las entrañas del bosque.

Lo oigo jadear. Lo oigo jadear porque me está alcanzando. Aunque corra a toda velocidad, y no podré seguir así mucho rato, él es un poco más rápido que yo. ¿Cómo es que el estrujón en las pelotas no le hace ir más despacio? ¿Ni la pérdida de sangre?

La respuesta a aquella pregunta era sencilla, de una lógica aplastante: claro

que le hacían ir más despacio. En caso contrario ya la habría alcanzado. Lisey iba en tercera. Intentó poner cuarta, pero no lo consiguió. Por lo visto, no tenía cuarta. A su espalda, los jadeos ásperos y acelerados de Jim Dooley se acercaban cada vez más, y supo que en cuestión de un minuto, tal vez menos, percibiría el primer roce de sus dedos en la espalda de la camisa.

O en el cabello.

7

El sendero describió una curva y se tornó más escarpado durante unos metros. Las sombras se iban apoderando del lugar. Creía que quizá por fin empezaba a sacarle un poco más de ventaja a Dooley. No se atrevía a mirar atrás y pidió al cielo que Amanda no hubiera intentado seguirlos. Tal vez la Colina del Amor fuera un lugar seguro, tal vez el lago también lo fuera, pero el bosque no, desde luego. Y Jim Dooley no estaba acabado, ni mucho menos. Lisey oyó el tintineo lejano y onírico de la campanilla de Chuckie G., que Scott había robado en otra vida para colgarla en un árbol en lo alto de la siguiente cuesta.

Ante ella vio un poco de luz, ya no roja, sino del matiz rosado del ocaso. Se filtraba por entre una suerte de claro. También el sendero aparecía más iluminado ahora, y Lisey distinguió la suave cuesta que trazaba. Al final de ella, recordó, volvía a descender y serpenteaba por una zona aún más tenebrosa hasta llegar al peñasco y por fin al lago.

No lo conseguiré, pensó. Sentía que el aire le abrasaba la garganta, y empezaba a notar un pinchazo en el costado. *Me atraparé antes de que llegue al final de la cuesta.*

Fue la voz de Scott la que le replicó, risueña en la superficie, sorprendentemente furiosa bajo ella. *No has llegado hasta aquí para eso. Vamos, babyluv, PPCN.*

PPCN, sí. Ponerse las pilas nunca le había parecido más necesario que en ese momento. Lisey corrió cuesta arriba, el cabello aplastado contra el cráneo en mechones sudorosos, moviendo los brazos a un ritmo frenético. Aspiraba el aire en enormes bocanadas y lo exhalaba con un estruendo infernal. Anhelaba volver a sentir aquella dulzura en la boca, pero había regalado el último sorbo al chiflado que la perseguía, y el único sabor que le llenaba la boca ahora era el del cobre y la extenuación. Oyó que Dooley volvía a acortar distancias. Ya no gritaba; reservaba todo el aliento para la persecución. El pinchazo del costado se intensificó. Empezó a zumbarle el oído derecho y luego el izquierdo. Los reidores reían ahora más cerca, como si quisieran presenciar la cacería. Lisey olió el cambio de los

árboles, el aroma antes dulce trocado ahora en un hedor penetrante, como el olor de la *henna* viejísima que ella y Darla habían encontrado en el baño de la abuela D después de su muerte, un olor envenenado, y...

No son los árboles.

Los reidores habían enmudecido. Ahora tan solo se oían los jadeos entrecortados de Dooley, que intentaba por todos los medios salvar los últimos metros que lo separaban de ella. Y de repente sintió lo que le parecieron los brazos de Scott estrechándola, atrayéndola hacia sí. *Chis, Lisey. Por tu vida y por la mía, ahora debes guardar silencio.*

No está echado en el camino como cuando Scott intentó llegar hasta el lago en 2004, pensó. Esta vez está junto al camino, como cuando vine a buscarle en el invierno de la gran ventisca de Yellowknife.

Pero en el momento en que divisó la campanilla, aún colgada de aquel cordel semipodrido y reflejando los últimos vestigios de luz diurna, Jim Dooley hizo un último esfuerzo, y Lisey notó el roce de sus dedos en la espalda de la camisa, intentando aferrarse a ella, a cualquier cosa, aunque fuera el tirante del sujetador. Consiguió contener el grito que amenazaba con brotar de su garganta, pero a duras penas. Siguió corriendo, sacando fuerzas de flaqueza y una velocidad que probablemente no le habría servido de nada si Dooley no hubiera tropezado de nuevo y caído con un grito, «¡ZORRA!», que en opinión de Lisey lamentaría muy pronto.

Muy, muy pronto.

8

De nuevo oyó el tímido tintineo de la campanilla colgada de lo que antes era (*¡Pedido preparado! ¡Lisey, vamos, date prisa!*).

el Árbol de la Campana y ahora se había convertido en el Árbol de la Campana y la Pala. Ahí estaba, la pala de Scott. Cuando la dejó allí, movida por una intuición que ahora comprendía, los reidores habían acompañado su gesto con carcajadas histéricas. Ahora, en cambio, el Bosque de las Hadas estaba sumido en un silencio quebrado tan solo por la respiración torturada de Lisey y las blasfemias masculladas de Dooley. El chaval larguirucho dormía o al menos dormitaba, y los gritos de Dooley lo habían despertado.

Quizá era así como tenía que suceder, pero saberlo no facilitaba las cosas. Fue espeluznante percibir el susurro de aquellos pensamientos no del todo ajenos al despertar. Eran como manos inquietas deslizándose a tientas por tablones sueltos

o la tapa de un pozo cerrado. Lisey se sorprendió pensando en la gran cantidad de cosas que en un momento dado le habían partido el corazón. Un par de dientes ensangrentados que había encontrado en el suelo del lavabo en un cine, dos niños pequeños llorando abrazados delante de una tienda, el olor de su marido en su lecho de muerte, mirándola con aquellos ojos ardientes. La abuela D agonizando en el suelo del gallinero con un pie atenazado en un espasmo de muerte.

Pensamientos terribles. Imágenes terribles, de esas que regresan para atormentarte en plena noche, cuando la luna ya se ha puesto, el medicamento se ha acabado y el tiempo deja de existir.

Todo el mal rollo del mundo, en definitiva. Justo detrás de aquellos árboles.

Y ahora...

En el momento siempre perfecto e infinito del ahora

9

Entre jadeos monstruosos y con el corazón convertido en un latido retumbante que le martilleaba los oídos, Lisey se agacha para recoger la pala de plata. Sus manos, que supieron hacer su trabajo hace dieciocho años, ahora también saben lo que deben hacer pese a que su mente está llena de imágenes de pérdida, dolor y desesperación. Dooley se acerca. Lisey lo oye. Ha dejado de mascullar insultos, pero oye el sonido de su respiración. Le irá de pelos, más que con el Rubio, a pesar de que este psicópata no va armado, porque si Dooley consigue agarrarla antes de que pueda darse la vuelta...

Pero no lo consigue. Por poco. Lisey gira sobre sí misma como un bateador dispuesto a dar el todo por el todo y blande la pala de plata con todas sus fuerzas. La luz crepuscular arranca un último destello rosado a la hoja, y el canto superior golpea la campana colgada durante su trayectoria. La campanilla emite un último tintineo..., ¡TING!..., y sale despedida hacia la penumbra, arrastrando tras de sí el pedazo de cordel podrido. Lisey ve la pala seguir avanzando y subir, y una vez más piensa: *¡Puñeta! ¡Esta vez sí que le voy a dar fuerte!* Y entonces la cara plana de la hoja se estrella contra el rostro de Jim Dooley, emitiendo no un crujido, el sonido que recuerda de Nashville, sino una especie de gong amortiguado. Dooley lanza un grito de sorpresa y dolor. Se desvía hacia un lado, fuera del sendero y en dirección a los árboles, agitando los brazos en un intento de conservar el equilibrio. Lisey tiene tiempo de comprobar que su nariz está totalmente ladeada y que tanto de las comisuras de su boca como del labio inferior chorrea sangre. De repente capta un movimiento a su derecha, no muy lejos del lugar donde Dooley se retuerce e intenta incorporarse. Un movimiento inmenso. Por un instante, los

pensamientos tenebrosos y sobrecogedoramente tristes que pueblan su mente se tornan aún más tenebrosos y tristes, hasta el punto de que Lisey teme que la maten o le hagan perder el juicio. Y entonces cambian ligeramente de rumbo y, al mismo tiempo, la cosa que acecha detrás de los árboles sigue su ejemplo. Se produce el intrincado sonido de las hojas al romperse, el chasquido de las ramas al quebrarse, el crujido de la maleza pisoteada. Y de repente está ahí. El chaval larguirucho de Scott. Y Lisey comprende que una vez has visto al chaval larguirucho, el pasado y el futuro ya solo son un sueño. Una vez has visto al chaval larguirucho, ya solo queda, oh, Dios, ya solo queda un único instante de presente, que se alarga como una nota agonizante, pero inacabable.

10

Casi antes de que Lisey fuera consciente de lo que ocurría y, desde luego, antes de que estuviera preparada, aunque la idea de llegar a estar preparada para semejante cosa resultaba ridícula, de repente estaba ahí. La cosa del costado moteado. La encarnación de aquello a lo que Scott se refería cuando hablaba del mal rollo. Lo que vio fue un enorme costado laminado con aspecto de piel de serpiente resquebrajada. Avanzaba a la carga entre los árboles, doblando algunos, rompiendo otros, atravesando al parecer un par de los más grandes. Era imposible, por supuesto, pero la impresión persistía. No se percibía olor alguno, pero sí un sonido desagradable, un gruñido ávido, y de pronto apareció su cabeza parcheada, más alta que los árboles, ensombreciendo el cielo. Lisey divisó un ojo muerto pero consciente, negro como agua de pozo y ancho como una mina, asomar por entre el follaje. Vio una abertura en la carne de su inmensa y chata cabeza cazadora, e intuyó que las cosas que engullía con aquella trinchera de carne no morían, sino que vivían gritando..., vivían gritando..., vivían gritando.

Ella no gritó. Se sentía incapaz de articular sonido alguno. Lo que hizo fue retroceder dos pasos con una serenidad que se le antojó ajena. La pala, con la hoja de plata una vez más manchada con la sangre de un loco, se le escurrió por entre los dedos y aterrizó en el sendero. *Me ve..., y mi vida nunca volverá a pertenecerme del todo. No lo permitirá*, pensó.

Por un instante, la cosa retrocedió, una silueta informe e infinita con parches de pelo que crecían en mechones desordenados sobre su piel húmeda y temblorosa, pero aquel ojo vacuo y ávido a un tiempo permaneció clavado en ella. El rosa agonizante del crepúsculo y el fulgor plateado de la luna alumbraban el resto del cuerpo que yacía como una serpiente entre la maleza.

Al cabo de un rato, el ojo se desvió hacia la criatura que gritaba y se retorció

en un intento de escapar de la arboleda que lo tenía atrapado. Jim Dooley, con la sangre manándole a chorros de la boca destrozada, la nariz rota, el ojo hinchado; Jim Dooley, con sangre incluso en el pelo. Dooley vio lo que lo observaba y dejó de gritar. Lisey lo vio intentar cubrirse el ojo sano, vio las manos caer inertes a los costados, supo que había perdido la fuerza y experimentó una punzada de compasión a pesar de todo, un instante de empatía de intensidad cruel y casi insoportable en su armonía humana. En aquel momento se habría retractado de todo aunque ello le acarrearla la muerte, pero pensó en Amanda e intentó endurecer su mente y su corazón horrorizados.

La enorme cosa atrapada entre los árboles se inclinó hacia delante casi con delicadeza y escudriñó detenidamente a Dooley. La carne que rodeaba el hocico romo pareció fruncirse en una especie de mohín, y Lisey recordó a Scott tumbado sobre el asfalto ardiente aquel día en Nashville. Cuando empezaron los ronquidos graves y los crujidos, y Dooley inició su última serie de gritos en apariencia inagotables, Lisey recordó a Scott murmurando: «Lo oigo comer». Y frunció los labios en una pequeña O, y Lisey recordaba a la perfección la sangre que le brotó mientras emitía aquel desagradable sonido de masticación, finas gotas de rubí que parecieron quedar suspendidas en el aire tórrido de Nashville.

Y entonces echó a correr, aunque no habría podido explicar de dónde sacó las fuerzas. Regresó a la carrera por el sendero en dirección a la colina de lilas, lejos del lugar cerca del Árbol de la Campana y la Pala, donde el chaval larguirucho estaba devorando vivo a Jim Dooley. Sabía que la criatura les estaba haciendo un favor a ella y Amanda, pero también sabía que era un flaco favor, porque si sobrevivía a aquella noche, estaría tan a merced del chaval larguirucho como Scott desde que era niño. Ahora también la había marcado a ella, la había convertido en parte de este momento interminable, de su terrible mirada que todo lo abarcaba. A partir de ahora debería tener cuidado, sobre todo si despertaba en plena noche..., y Lisey intuía que se le había acabado eso de dormir toda la noche de un tirón. En las horas más tenebrosas de la madrugada, tendría que evitar mirarse en el espejo, en cualquier superficie reflectante, sobre todo en los costados curvos de los vasos de agua, sabía Dios por qué. Tendría que protegerse lo mejor posible.

Si sobrevivía a esta noche.

«Está muy cerca, cariño», le había susurrado Scott mientras yacía tembloroso sobre el pavimento ardiente. «Muy cerca».

A su espalda, Dooley gritaba como si no fuera a callar jamás. Lisey pensó que sus gritos la volverían loca. O quizá ya la habían vuelto loca.

Justo antes de que saliera del bosque, los gritos de Dooley cesaron por fin. No veía a Amanda, lo cual le provocó una nueva oleada de terror. ¿Y si su hermana había salido huyendo a Dios sabía dónde? ¿Y si por el contrario estaba cerca, pero acurrucada en posición fetal, otra vez catatónica y oculta entre las sombras?

—¿Amanda? ¡Amanda!

Durante un instante eterno no oyó nada, pero el silencio quedó interrumpido por fin, gracias a Dios, por un susurro en la hierba alta a la izquierda de Lisey. Amanda se levantó. Su rostro, ya pálido de por sí y ahora todavía más a causa de la luna, parecía el de un espectro. O una arpía. Avanzó hacia ella dando tumbos, con los brazos extendidos, y Lisey la abrazó con fuerza. Su hermana tiritaba, y sus manos entrelazadas en la nuca de Lisey formaban un nudo gélido.

—¡Oh, Lisey, creía que nunca dejaría de gritar!

—Yo también.

—Y eran unos gritos tan agudos..., no sabía..., eran tan agudos... Esperaba que fuera él, pero pensé... «¿Y si es la pequeña? ¿Y si es Lisey?».

Amanda empezó a sollozar contra el cuello de Lisey.

—Estoy bien, Amanda. Estoy aquí y estoy bien.

Amanda apartó el rostro del cuello de Lisey para poder escudriñar el rostro de su hermana menor.

—¿Está muerto?

—Sí —asintió, reacia a compartir con su hermana la intuición de que Dooley había alcanzado una especie de inmortalidad infernal dentro de la cosa que lo había devorado—. Está muerto.

—¡Entonces quiero volver a casa! ¿Podemos volver?

—Sí.

—No sé si conseguiré visualizar el estudio de Scott... Estoy tan alterada... — Amanda miró a su alrededor, presa del temor—. Esto no se parece en nada a Southwind.

—No —convino Lisey antes de volver a estrecharla entre sus brazos—. Y sé que tienes miedo. Haz lo que puedas.

A Lisey no le preocupaba su capacidad de volver al estudio de Scott, a Castle View, al mundo. Lo que le preocupaba era su capacidad de quedarse allí. Recordó una ocasión en que un médico le había advertido que tendría que cuidarse el tobillo después de sufrir un esguince patinando sobre hielo. «Porque una vez se distienden los tendones —había explicado—, es mucho más fácil sufrir otro

esguince».

Mucho más fácil, sí, señor. Y ella era testigo. Aquel ojo, grande como una mina, vivo y muerto al mismo tiempo, se había fijado en ella.

—Lisey, eres tan valiente —musitó Amanda con un hilo de voz.

Paseó la mirada una vez más por la colina de las lilas, ahora dorada y extraña a la luz cada vez más intensa de la luna, y de nuevo sepultó el rostro en el cuello de Lisey.

—Si sigues hablando así, mañana mismo te vuelvo a ingresar en Greenlawn. Cierra los ojos.

—Ya los tengo cerrados.

Lisey cerró los suyos. Por un instante visualizó aquella cabeza chata que no era una cabeza sino tan solo una inmensa caña de succión, un embudo que desembocaba en una negrura infestada de mal rollo sin fin. En ella oyó los gritos de Jim Dooley, ahora amortiguados y mezclados con otros gritos. Con lo que se le antojó un esfuerzo sobrehumano, desterró de su mente las imágenes y los sonidos, y los sustituyó por una imagen del escritorio de arce rojo y el sonido del viejo Hank, quién si no, cantando «Jambalaya». Tuvo el tiempo justo de pensar en aquella vez que ella y Scott no pudieron regresar a la primera cuando el chaval larguirucho les pisaba los talones, tiempo de pensar

(es por la colcha Lisey se ha convertido en un ancla).

en lo que había dicho, tiempo de pensar por qué eso le recordó a Amanda contemplando con tanto anhelo el navío *Las Alceas* (mirada de despedida donde las haya), pero luego se le acabó el tiempo. Una vez más sintió que el aire se daba la vuelta, y la luz de la luna desapareció. Lo sabía pese a tener los ojos cerrados. Tuvo la impresión de que sufría una caída corta pero intensa. Estaban en el estudio, y el estudio estaba a oscuras porque Dooley había cortado la electricidad, pero Hank Williams seguía cantando «Yvonne, mi dulce amor, oh, oh, oh», porque, aún con la electricidad cortada, el viejo Hank estaba resuelto a decir la suya.

12

—¿Lisey? ¡Lisey!

—Manda, me estás aplastando, quítate de...

—¿Hemos vuelto, Lisey?

Dos mujeres en la oscuridad. Abrazadas sobre la moqueta.

«La gente iba a ver a Yvonne en tropel...», cantaba el viejo Hank desde la alcoba.

—Sí... ¿quieres hacer el favor de quitarte de encima de mí? ¡No puedo respirar!

—Lo siento... Lisey, me estás pisando el brazo...

«Por las barbas del profeta, lo pasaremos de miedo en el pantano...».

Lisey consiguió volverse hacia la derecha. Amanda liberó el brazo, y al cabo de un instante el peso de su cuerpo desapareció del vientre de Lisey. Lisey aspiró una profunda y satisfactoria bocanada de aire. Cuando exhaló, Hank Williams dejó de cantar a media frase.

—Lisey, ¿por qué está tan oscuro?

—Porque Dooley ha cortado la electricidad, ¿recuerdas?

—Solo la luz —replicó Amanda con sensatez—. Si hubiera cortado la electricidad, el televisor no funcionaría.

Lisey podría haber preguntado a Amanda por qué el televisor había dejado de funcionar de repente, pero no se molestó en hacerlo; tenían otros asuntos más importantes que comentar. Bacalaos más grandes que cortar, por así decirlo.

—Vayamos a la casa.

—No podría estar más de acuerdo —convino Amanda.

Rozó el codo de Lisey con los dedos, le asió el antebrazo y luego le cogió la mano. Las hermanas se incorporaron juntas.

—Sin ánimo de ofender, Lisey —prosiguió en tono de confidencia—, pero no tengo intención de volver a pisar este sitio jamás.

Lisey entendía a la perfección su actitud, pero sus sentimientos al respecto habían cambiado. El estudio de Scott la había intimidado, de eso no cabía la menor duda. La había mantenido a distancia durante dos largos años. Sin embargo, estaba convencida de haber culminado la tarea más importante allí. Ella y Amanda habían purificado el fantasma de Scott, con afecto y (el tiempo lo diría, pero estaba casi segura) por completo.

—Venga —instó—. Vamos a la casa. Prepararé chocolate caliente.

—¿Y qué tal un poco de *brandy* primero? —propuso Amanda, esperanzada—. ¿O las señoras chifladas no beben *brandy*?

—Las señoras chifladas no, pero tú sí.

Cogidas de la mano, avanzaron a tientas hacia la escalera. Lisey pisó algo y se detuvo. Se agachó y recogió un vidrio redondo muy grueso. Comprendió que era uno de los cristales de las gafas de visión nocturna de Dooley y lo tiró con una mueca de repugnancia.

—¿Qué pasa? —inquirió Amanda.

—Nada. Ya veo un poco. ¿Y tú?

—Un poco, pero no me sueltes la mano.

—No te la soltaré, cariño.

Bajaron juntas por la escalera que conducía al granero. Tardaron bastante, pero les pareció el modo más seguro.

13

Lisey sacó los vasos de zumo más pequeños que tenía y sirvió *brandy* de una botella que encontró al fondo del mueble bar del comedor. Alzó el vaso y brindó con Amanda. Estaban de pie ante el mostrador de la cocina. Todas las luces de la estancia estaban encendidas, incluso el flexo de la esquina, donde Lisey solía rellenar talones sentada a un pupitre de niño.

—Arriba —dijo Lisey.

—Abajo —replicó Amanda.

—Al centro y adentro —terminaron juntas antes de beber.

Amanda se dobló sobre sí misma y resopló. Al incorporarse tenía manchas rojas en las mejillas antes pálidas, una línea también roja en el entrecejo y una mota escarlata en el puente de la nariz, además de los ojos inundados de lágrimas.

—¡Jo-der! ¿Qué es esto?

Lisey, que sentía la garganta como el rostro de Amanda, cogió la botella y leyó la etiqueta. BRANDY STAR, rezaba. PRODUCTO DE RUMANÍA.

—¿Brandy rumano? —exclamó Amanda, horrorizada—. ¡No puede ser! ¿De dónde lo has sacado?

—Se lo regalaron a Scott por algo que hizo..., no me acuerdo qué..., pero sí recuerdo que también le regalaron un juego de bolígrafos.

—Seguro que es venenoso. Tú lo tiras y yo rezaré para que no nos mate.

—Tú lo tiras. Yo prepararé chocolate a la taza. Suizo. No de Rumanía.

Lisey empezó a volverse, pero Amanda le apoyó una mano en el hombro.

—Quizá lo mejor sea pasar del chocolate caliente y largarnos antes de que alguno de los ayudantes del sheriff pase a ver cómo estás.

—¿Tú crees? —preguntó Lisey, pero supo que Amanda tenía razón.

—Sí. ¿Te atreves a volver al estudio?

—Claro que sí.

—Pues coge el revólver. Y no olvides que la luz no funciona ahí arriba.

Lisey abrió el cajón superior de la mesita donde escribía los talones y sacó la linterna de caño largo que guardaba en él. La encendió. El haz era muy potente.

Amanda estaba enjuagando los vasos.

—Si alguien descubriera que estamos aquí, no sería el fin del mundo, pero si tus policías supieran que tenemos un arma... y que ese hombre ha desaparecido

de la faz de la tierra más o menos al mismo tiempo...

Lisey, que solo había llegado a pensar en llevar a Dooley al Árbol de la Campana y la Pala (y el chaval larguirucho nunca había formado parte de aquella fantasía), se dio cuenta de que aún quedaba trabajo por hacer y que más le valía poner manos a la obra. El profesor Woodbody nunca denunciaría la desaparición de su compañero de copas, pero cabía la posibilidad de que Dooley tuviera parientes en alguna parte, y si alguien tenía motivos para deshacerse del Príncipe Negro de los Incunks era Lisey Landon. Por supuesto, no había cadáver (lo que Scott a veces gustaba de llamar el «*corpus delicius*»), pero aun así, ella y su hermana acababan de pasar lo que algunos considerarían una tarde extremadamente sospechosa. Además, en la oficina del sheriff del condado sabían que Dooley la había estado acosando, porque ella misma se lo había contado.

—Recogeré sus cosas —anunció.

—Bien —repuso Amanda sin sonreír.

14

La linterna proyectaba un amplio cono de luz, y entrar sola en el estudio no resultó tan espeluznante como Lisey había temido. Sin duda, el hecho de tener cosas que hacer ayudaba. Empezó por guardar el Pathfinder de nuevo en la caja de zapatos y luego procedió a inspeccionar el suelo con la linterna. Encontró los dos vidrios de las gafas de visión nocturna, así como media docena de pilas AA. Suponía que pertenecían a la fuente de alimentación del artilugio. La fuente de alimentación debía de haber pasado al otro lado, aunque no recordaba haberla visto, pero las pilas no, a todas luces. Luego recogió la bolsa de los horrores de Dooley. Amanda había olvidado la bolsa o bien ni siquiera había llegado a darse cuenta de que Dooley la llevaba, pero lo cierto era que su contenido suscitaría sospechas contra ella si llegaba a descubrirse. Sobre todo en combinación con el arma. Lisey sabía que podían efectuar pruebas al Pathfinder que demostrarían que había sido disparado recientemente; no era tonta (y veía *CSI*). También sabía que las pruebas no demostrarían que solo se había efectuado un disparo al techo. Intentó manipular la bolsa de papel para que no hiciera ruido, pero lo hizo. Miró a su alrededor en busca de más señales de Dooley, pero no encontró nada. Había manchas de sangre en la moqueta, pero si las analizaban, tanto el grupo como el ADN encajarían con los suyos. La sangre en la moqueta resultaría muy sospechosa en combinación con la bolsa que ahora mismo sostenía en la mano, pero una vez desaparecida la bolsa, todo iría bien. Probablemente.

¿Dónde está su coche? ¿El PT Cruiser? Porque sé que el coche que vi era el

suyo.

No podía preocuparse por eso ahora; era de noche. Lo que tenía que hacer era ocuparse de lo que tenía ahí mismo. Y de sus hermanas, Darla y Canty, en esos momentos a tomar por el culo en el Centro de Salud Mental Acadia, en Derry. Para evitar que quedaran atrapadas en la versión Dooley del clasificador de patatas del señor Silver.

Pero ¿realmente tenía que preocuparse por ellas? No. Se cabrearían como monas, por descontado..., y se morirían de curiosidad..., pero acabarían callando si ella y Amanda se lo ordenaban. ¿Y por qué? Porque eran cosas de hermanas, por eso. Ella y Amanda deberían tener cuidado con ellas, y no les quedaría más remedio que inventar alguna historia; a Lisey no se le ocurría absolutamente nada capaz de tapar aquel embrollo, aunque estaba segura de que Scott habría dado con una buena solución. Tenían que inventarse alguna historia porque, a diferencia de Amanda y Lisey, Darla y Cantata tenían marido. Y los maridos eran demasiado a menudo las puertas traseras por las que se escapaban los secretos.

Cuando ya se disponía a marcharse, su mirada topó con la serpiente de libros dormida contra la pared. Todas aquellas publicaciones trimestrales y revistas especializadas, todos aquellos anuarios, informes encuadernados y ejemplares de tesis doctorales que versaban en torno al trabajo de Scott. Muchos de ellos contenían fotografías de una vida pasada, llamémosla **¡SCOTT Y LISEY! ¡LOS AÑOS DE MATRIMONIO!**

No le costó imaginar a un par de estudiantes dismantelando la serpiente, metiendo sus componentes en cajas de cartón con marcas de licores impresas en los lados y luego cargando estas en un camión para llevárselas. ¿A Pittsburgh? *Muérdete la lengua*, pensó Lisey. No se consideraba una mujer rencorosa, pero después del episodio de Jim Dooley, moriría antes que permitir que las cosas de Scott acabaran en un lugar donde Woodbodrio pudiera verlas sin comprarse un billete de avión. No, la Biblioteca Fogler, de la Universidad de Maine, sería el lugar idóneo, a escasa distancia de Cleaves Mills. Ya se veía presenciando la última carga, tal vez llevando una jarra de té helado a los chicos cuando terminaran el trabajo. Y cuando se acabaran el té, dejarían los vasos y le darían las gracias. Uno de ellos quizá le dijera cuánto le gustaban los libros de su marido, y otro tal vez que la acompañaba en el sentimiento. Como si Scott hubiera muerto dos semanas antes. Ella les daría las gracias y los seguiría con la mirada mientras se alejaban con todas esas imágenes congeladas de su vida con Scott encerradas en el camión.

¿Realmente estás dispuesta a hacerlo?

Creía que sí. No obstante, la serpiente aletargada a lo largo de la pared la atraía como un imán. Tantos libros cerrados, dormidos..., la atraían como un

imán. Los contempló durante unos instantes más, pensando que en tiempos hubo una joven llamada Lisey Debusher, de senos jóvenes y firmes. ¿Solitaria? Un poco, sí. ¿Asustada? Sin duda, un poco, eso formaba parte de tener veintidós años. Y entonces un joven había entrado en su vida. Un joven al que siempre le caía el cabello en la frente. Un joven con muchas cosas que decir.

—Siempre te quise, Scott —declaró en el estudio desierto, o tal vez se lo decía a los libros dormidos—. A ti y a tu gran boca. Yo era tu chica, ¿a que sí?

Y entonces, con el brillante haz de la linterna ante ella, bajó de nuevo por la escalera con la caja de zapatos en una mano y la horripilante bolsa de papel de Dooley en la otra.

15

Amanda la esperaba en la puerta de la cocina.

—Menos mal —suspiró—. Ya empezaba a preocuparme. ¿Qué hay en la bolsa?

—Mejor no te lo digo.

—Va... le —accedió Amanda—. ¿Está...? Bueno..., ¿ha desaparecido del estudio?

—Creo que sí.

—Eso espero —masculló Amanda con un estremecimiento—. Daba mucho miedo.

No lo sabes tú bien, pensó Lisey.

—Bueno —dijo Amanda—. Será mejor que nos pongamos en marcha.

—¿Adónde vamos?

—A Lisbon Falls —repuso Amanda—. A la granja.

—¿Qué...? —empezó a preguntar Lisey.

Pero luego se calló. A decir verdad, tenía cierto sentido.

—Volví en mí en Greenlawn, tal como le dijiste al doctor Alberness, y me llevaste a casa para que pudiera cambiarme de ropa. Luego me puse como una moto y empecé a hablar de la granja. Vamos, Lisey, larguémonos por piernas antes de que venga alguien.

Amanda la guió hacia la oscuridad de la noche. Desconcertada, Lisey se dejó llevar. La vieja granja de los Debusher aún seguía en pie en medio de sus cinco acres de terreno al final de Sabbatus Road, en Lisbon, a unos cien kilómetros de Castle View. La habían heredado conjuntamente cinco hermanas (y tres maridos vivos), y sin duda continuaría su lento avance hacia la descomposición en medio de las malas hierbas y los campos yermos durante muchos años, a menos que el

precio de la propiedad subiera lo suficiente para conciliar las opiniones divergentes de las hermanas respecto al destino de la finca. Un fondo creado por Scott Landon a finales de los ochenta sufragaba los impuestos y demás tributos.

—¿Por qué quieres ir a la granja? —preguntó Lisey al sentarse al volante del BMW—. No lo entiendo.

—Ni yo —replicó Amanda mientras Lisey describía un círculo y enfilaba el largo camino de acceso—. Solo te dije que tenía que ir y ver la granja porque si no..., ya sabes..., me volvería derecha a la Dimensión Desconocida, y claro, tú me llevaste.

—Claro —repitió Lisey.

Miró en ambas direcciones, comprobó que no venía ningún vehículo, sobre todo ningún coche patrulla de la oficina del sheriff, alabado sea el Señor, y giró a la izquierda, en dirección a Mechanic Falls, Poland Springs y por fin Gray y Lisbon Falls.

—¿Y por qué enviamos a Darla y Canty en sentido opuesto?

—Porque yo insistí —repuso Amanda—. Temía que si aparecían, intentarían llevarme de vuelta a mi casa o a la tuya o incluso a Greenlawn, sin darme la oportunidad de visitar a mamá y papá, y pasar algún tiempo en el hogar donde crecí.

Por un instante, Lisey no supo a qué demonios se refería. ¿Visitar a mamá y a papá? Pero enseguida lo comprendió. El panteón de la familia Debusher se hallaba en el cercano cementerio de Sabbatus Vale. Tanto La Buena de Ma como el *Dandy* estaban enterrados allí, junto con el abuelo y la abuela D, así como Dios sabía cuántos parientes más.

—Pero ¿no temías que yo te llevara de vuelta a Greenlawn? —insistió.

Amanda le lanzó una mirada indulgente.

—¿Por qué ibas a llevarme allí? Fuiste tú quien me sacó.

—¿Quizá porque empezaste a comportarte como una loca y a pedirme que fuéramos a una granja que lleva al menos treinta años desierta?

—¡Bah! —resopló Amanda con ademán desdeñoso—. Siempre me las he ingeniado para hacerte bailar a mi son, Lisey, tanto Canty como Darla lo saben muy bien.

—¡Y una porra!

Amanda se limitó a dedicarle una sonrisa enloquecedora desde aquel rostro que relucía verdoso a la luz del salpicadero y guardó silencio. Lisey abrió la boca para proseguir la discusión, pero volvió a cerrarla enseguida. Creía que la historia colaría, porque se reducía a un par de ideas muy fáciles de entender: Amanda había empezado a comportarse como una loca (nada nuevo en su caso), y Lisey había decidido seguirle la corriente (comprensible dadas las circunstancias).

Colaría. En cuanto a la caja de zapatos con el arma de Amanda... y la bolsa de Dooley...

—Pararemos en Mechanic Falls —anunció—. En el puente que cruza el río Androscoggin. Tengo que deshacerme de un par de cosas.

—En efecto —asintió Amanda.

Luego entrelazó las manos sobre el regazo, recostó la cabeza contra el apoyacabezas y cerró los ojos.

Lisey encendió la radio y no se sorprendió lo más mínimo al escuchar al viejo Hank cantar «Honky Tonkin'». Cantó con él en voz baja. Se sabía la letra de memoria. Tampoco eso la sorprendió. Algunas cosas no se olvidan nunca. Había llegado a creer que las cosas que el mundo pragmático desdeña por considerarlas efímeras, cosas como las canciones, la luz de la luna y los besos, eran en ocasiones las más duraderas. Tal vez fuera una chorrada, pero desafiaban el olvido. Y eso estaba bien.

Estaba bien.

TERCERA PARTE

LA HISTORIA DE LISEY

*Tú eres la llamada, y yo la respuesta,
tú eres el deseo, y yo su cumplimiento,
tú eres la noche, y yo el día.*

¿Qué más? Es perfecto.

Perfectamente completo,

tú y yo,

¿qué más...?

Qué extraño que pese a todo suframos tanto.

D. H. LAWRENCE,

«Bei Hennef».

XVI

Lisey y el Árbol de las Historias (Scott dice la suya)

1

Una vez emprendió la tarea de vaciar el estudio de Scott, el trabajo avanzó mucho más deprisa de lo que habría imaginado. Y tampoco habría imaginado nunca que acabaría haciéndolo con Darla y Canty además de Amanda. Canty mantuvo una actitud distante y escéptica durante un tiempo que a Lisey se le antojó eterno, pero Amanda ni se inmutó.

—Es una pose. Acabará sucumbiendo, ya verás. Dale tiempo, Lisey. La relación entre hermanas es poderosa.

En efecto, Canty acabó sucumbiendo, aunque Lisey intuía que su hermana no llegó a quitarse de la cabeza la idea de que Amanda había fingido desde el principio para Llamar la Atención, y que ella y Lisey habían Hecho Algo. Probablemente Algo Malo. A Darla le desconcertaba la recuperación de Amanda, así como el extraño viaje de las dos hermanas a la vieja granja de Lisbon, pero al menos no creía que Amanda hubiera estado fingiendo.

A fin de cuentas, Darla la había visto.

En cualquier caso, las cuatro hermanas vaciaron y limpiaron el inmenso estudio alargado sobre el granero durante la semana posterior al 4 de julio, y contrataron a unos fornidos estudiantes de instituto para que se encargaran de acarrear lo más pesado. El más pesado de todos los objetos resultó ser el Gran Jumbo de Dumbo, que fue necesario desmontar (los componentes recordaban a Lisey el Hombre Explosivo en clase de ciencias, solo que en este caso habría que

hablar del Escritorio Explosivo) y luego bajar con una polea que alquilaron. Los chicos se jalearon unos a otros mientras bajaban las piezas. Lisey los observaba junto a sus hermanas, rezando para que ninguno de ellos se destrozara un dedo con las cuerdas de la polea. No ocurrió, y a final de semana todo el contenido del estudio de Scott había desaparecido para ser donado o almacenado en un guardamuebles a la espera de que Lisey decidiera qué demonios hacer.

Todo excepto la serpiente de libros. Seguía allí, dormitando en el estudio alargado, desierto... y caluroso una vez retirado el aire acondicionado. Pese a las claraboyas abiertas durante el día y un par de ventiladores que removían el aire, hacía un calor espantoso. ¿Y por qué no? A fin de cuentas, aquel lugar no era más que un pajar venido a más con cierto pedigrí literario.

Quedaban las feas manchas color granate en la moqueta, la moqueta color cáscara de huevo que no podían arrancar hasta que sacaran la serpiente de libros. Cuando Canty le preguntó por ellas, Lisey respondió que no era más que un poco de barniz que había derramado, pero Amanda conocía la verdadera historia, y Lisey intuía que Darla también barruntaba algo. La moqueta tenía que desaparecer, pero primero les tocaba el turno a los libros, y Lisey no estaba del todo preparada para desprenderse de ellos. No sabía por qué, quizá tan solo porque eran las últimas cosas de Scott que quedaban, los últimos vestigios de él.

De modo que esperó.

2

El tercer día de la orgía de limpieza, el agente Boeckman llamó para comunicar a Lisey que habían encontrado un PT Cruiser con matrícula de Delaware abandonado en una gravera en la carretera de Stackpole Church, a unos cinco kilómetros de su casa. ¿Podía ir Lisey a echarle un vistazo? Lo tenían en el aparcamiento de la oficina, explicó el agente, donde depositaban los vehículos incautados y unos cuantos «coches-narco» (fueran lo que fuesen). Lisey fue con Amanda. Ni Darla ni Canty mostraron demasiado interés; ambas sabían que un indeseable había estado merodeando por allí para reclamar los papeles de Scott. Pero los indeseables no constituían ninguna novedad en la vida de su hermana. Desde que se hiciera célebre, Scott había atraído a un gran número de ellos como la luz atrae a las polillas. El más famoso había sido Cole, por supuesto. Ni Lisey ni Amanda habían dicho nada que transmitiera a Darla y Canty la idea de que el nuevo pertenecía a la clase de Cole. Tampoco mencionaron el gato muerto en el buzón, y Lisey se había tomado grandes molestias para pedir discreción a los ayudantes del sheriff.

El coche aparcado en la plaza 7 era un PT Cruiser, ni más ni menos, de color beis, anodino en todo exceptuando la llamativa carrocería que caracterizaba todos los vehículos de aquel modelo. Podía tratarse del que Lisey había visto al volver a casa desde Greenlawn aquel largo, larguísimo jueves, pero podía ser otro de los miles que circulaban por ahí. Eso fue lo que le dijo al agente Boeckman antes de recordarle que lo había visto a contraluz. El policía asintió con tristeza. No obstante, Lisey sabía en su fuero interno que era el mismo coche. Percibía el olor de Dooley en él. *Voy a hacerle daño en sitios donde nunca se dejaba tocar por los chicos en los bailes del instituto*, pensó, conteniendo apenas un estremecimiento.

—Es un coche robado, ¿verdad? —preguntó Amanda.

—Desde luego —asintió Boeckman.

En aquel momento se les acercó un ayudante al que Lisey no conocía. Era alto, probablemente pasaba del metro noventa; por lo visto, todos aquellos hombres lo eran. Y de hombros anchos. Se presentó como el ayudante Andy Clutterbuck mientras le estrechaba la mano.

—Ah —exclamó ella—, el sheriff en funciones.

El policía le dedicó una sonrisa radiante.

—No, Norris ya ha vuelto. Esta tarde ha ido a un juicio, pero ya está de vuelta, y ahora ya no soy más que el ayudante Clutterbuck.

—Felicidades. Esta es mi hermana, Amanda Debusher.

Clutterbuck le estrechó la mano.

—Encantado, señora Debusher —la saludó antes de dirigirse a ambas—: El coche fue robado en un centro comercial de Laurel, Maryland —explicó mientras contemplaba el vehículo con los pulgares en el cinturón—. ¿Sabían que los franceses llaman a los PT Cruiser «*le car Jimmy Cagney*»?

Amanda no se inmutó ante el dato.

—¿Había huellas?

—Ni una —replicó el policía—. Lo habían limpiado a fondo. Además, el conductor quitó la tapa de la luz interior y rompió la bombilla. ¿Qué les parece?

—A mí me parece *beaucoup* sospechoso —opinó Amanda.

—Pues sí —rió Clutterbuck—. Pero en Delaware hay un carpintero jubilado que se alegrará mucho de recuperar su coche a pesar de la luz rota.

—¿Han averiguado algo acerca de Jim Dooley?

—Se llama John Doolin, señora Landon. Nació en Shooter's Knob, Tennessee. A los cinco años se trasladó con su familia a Nashville y se fue a vivir con sus tíos en Moundsville, Virginia Occidental, cuando sus padres y su hermana mayor murieron en un incendio en invierno de 1974. Doolin tenía nueve años. La causa oficial de la muerte fue un árbol de Navidad con las bombillas defectuosas,

pero he hablado con un detective ya jubilado que investigó el caso, y dice que se llegó a sospechar que el chico había tenido algo que ver. No se encontraron pruebas.

Lisey no veía motivo alguno para seguir prestando atención al relato, pues cualquiera que fuese su nombre, el hombre que la había acosado no regresaría del lugar al que lo había llevado. Oyó a Clutterbuck decir que Doolin había pasado bastantes años internado en un hospital psiquiátrico de Tennessee. Seguía convencida de que había conocido a Gerd Allen Cole allí y contraído su obsesión (*el campaneó por las fresias*).

como si de un virus se tratara. Scott tenía un dicho peculiar que Lisey no entendió hasta el episodio de McCool/Dooley/Doolin. «Algunas cosas tienen que ser ciertas porque no les queda otro remedio», decía Scott.

—En cualquier caso, les aconsejo que estén alerta —recomendó Clutterbuck—, y si tienen la impresión de que ronda por aquí...

—O decide volver —intervino Boeckman.

—Sí, es una posibilidad —convino Clutterbuck—. Si vuelve a aparecer, creo que deberíamos reunirnos con su familia, señora Landon, para que todos estén al corriente.

—Si aparece, lo haremos, desde luego —asintió Lisey.

Lo dijo en tono serio, casi solemne, pero cuando ya salían del pueblo, tanto ella como Amanda estallaron en histéricas carcajadas ante la idea de que Jim Dooley volviera a aparecer.

3

Al día siguiente, una o dos horas antes del amanecer, mientras se dirigía hacia el baño arrastrando los pies y con los ojos semicerrados, pensando tan solo en orinar y volver a acostarse, Lisey creyó ver algo moverse en el dormitorio a su espalda. Se despabiló de golpe y giró sobre sus talones. No había nada. Cogió una toalla de lavabo de la barra instalada junto a la pila y la colgó sobre el espejo del botiquín en el que creía haber visto el movimiento, manipulando la toalla hasta que dejó de escurrirse. Entonces y solo entonces se concentró en sus asuntos.

Estaba segura de que Scott lo habría entendido.

4

El verano transcurrió como una exhalación, y un buen día Lisey reparó en los rótulos de MATERIAL ESCOLAR colocados en los escaparates de varias tiendas de la calle principal de Castle Rock. Claro, estaban ya a mediados de agosto. Salvo por la serpiente de libros y la moqueta manchada sobre la que dormitaba, el estudio de Scott aguardaba el siguiente paso. Si es que existía tal siguiente paso; Lisey empezaba a contemplar la posibilidad de poner la casa en venta. El 14 de agosto, Canty y Rich celebraron su tradicional fiesta «Sueño de una Noche de Verano». Lisey acudió con el firme propósito de pillar una buena borrachera con el té de Long Island de Rich Lawlor, algo que no había hecho desde la muerte de Scott. Para empezar pidió a Rich uno doble, pero casi al instante lo dejó entero sobre una de las mesas del catering porque le pareció haber visto algo moverse bien en la superficie del vaso, un reflejo, bien en las profundidades ambarinas de la bebida, nadando. Por supuesto, era una chorrada de tomo y lomo, pero las ganas de pillar una cogorza se le pasaron de golpe. De hecho, no sabía si se atrevía a emborracharse, ni siquiera a achisparse. No estaba segura de querer arriesgarse a bajar la guardia de aquella forma. Porque si había atraído la atención del chaval larguirucho, si este la vigilaba de vez en cuando... o incluso tan solo pensaba en ella..., bueno...

Una parte de ella estaba convencida de que aquella idea era una auténtica parida.

Una parte de ella estaba convencida de que no lo era.

A medida que transcurría agosto y el calor más abrasador del verano se adueñaba de Nueva Inglaterra, poniendo a prueba los estados de ánimo y el suministro eléctrico del nordeste, empezó a sucederle algo aún más perturbador..., solo que, al igual que con las cosas que a veces le parecía ver en ciertas superficies reflectantes, no sabía a ciencia cierta si le ocurría de verdad.

Algunas mañanas despertaba una o dos horas antes de lo habitual, jadeante y empapada en sudor pese al aire acondicionado, con la sensación que le dejaban las pesadillas cuando era pequeña, la sensación de no haberse zafado de lo que la perseguía, la seguridad de que el peligro acechaba bajo la cama y en cualquier momento alargaría una mano retorcida para agarrarle el tobillo o atravesaría la almohada para rodearle el cuello. En aquellos instantes de pánico, deslizaba las manos sobre las sábanas hasta el cabecero de la cama antes de abrir los ojos, ansiosa de cerciorarse por completo de que no estaba..., bueno, en otra parte. *Porque una vez se distienden los tendones es mucho más fácil sufrir otro esguince.* Y Lisey había distendido algunos tendones, ¿a que sí? Sí. Primero con Amanda, luego con Dooley. Los había distendido bien.

Después de despertar media docena de veces en aquel estado y descubrir que

se hallaba donde debía, en el dormitorio que antes compartían ella y Scott, y que ahora era solo suyo, le pareció que las cosas deberían mejorar. Pero no fue así. Por el contrario, empeoraron. Se sentía como un diente suelto en un hueco infectado. Y entonces, el primer día de la gran ola de calor, una ola de calor equiparable en su furia a la ola de frío acaecida diez años antes, algo cuya ironía no se le escapaba, aunque fuera casual, ocurrió por fin lo que tanto temía.

5

Se tumbó en el sofá del salón para descansar unos instantes. Jerry Springer, indudablemente imbécil pero en ocasiones entretenido, parloteaba en la caja tonta. El programa versaba sobre «Mi madre me robó el novio, Mi novio me robó la madre», o algo por el estilo. Lisey alargó la mano para coger el mando a distancia y apagar el maldito trasto, o quizá tan solo lo soñó, porque cuando abrió los ojos no estaba tumbada en el sofá, sino en la colina de lilas de Boo'ya Moon. Era de día y no experimentó ninguna sensación de peligro, ninguna sensación de que el chaval larguirucho de Scott (porque así pensaba y siempre pensaría en él, aunque suponía que ahora era su chaval larguirucho, el chaval larguirucho de Lisey) anduviera cerca, pero aun así se llevó un susto de muerte, casi hasta el punto de ponerse a gritar como una descosida. Pero en lugar de ello volvió a cerrar los ojos, visualizó su salón y de repente oyó a los «invitados» al programa de Jerry Springer insultándose a gritos, y sintió la forma ovalada del mando a distancia en la mano izquierda. Al cabo de un segundo se levantó del sofá con los ojos muy abiertos y la piel de gallina. Casi podía llegar a creer que lo había soñado todo, lo cual tenía sentido, dado su nivel de angustia en torno al tema, pero el realismo de lo que había visto en aquellos escasos segundos desmentía aquella creencia, por reconfortante que resultara. Y también la desmentía la mancha violeta en el dorso de la mano que sujetaba el mando a distancia.

6

Al día siguiente llamó a la Biblioteca Fogler y habló con el señor Bertram Partridge, responsable de Colecciones Especiales. El hombre se fue emocionando a medida que Lisey le describía los libros que quedaban en el estudio de Scott. Los denominó «volúmenes asociados» y declaró que la sección de Colecciones Especiales de la Biblioteca Fogler estaría encantada de tenerlos «y gestionar con

ella la cuestión de los derechos». Lisey repuso que eso sería estupendo, como si llevara años planteándose la cuestión de los derechos. El señor Partridge anunció que enviaría a «un equipo de transportistas» al día siguiente para que embalaran los volúmenes y los trasladaran al campus de Orono de la Universidad de Maine, situado a unos ciento ochenta kilómetros de distancia. Lisey le recordó que con toda probabilidad haría un calor de órdago y que el estudio de Scott ya no tenía aire acondicionado y por tanto en él volvía a haber la temperatura propia de un pajar. Quizá conviniera demorar el traslado hasta que hiciera un poco más de fresco.

—En absoluto, señora Landon —exclamó Partridge con una risita encantada, y Lisey comprendió que temía que cambiara de idea si se le concedía demasiado tiempo para pensárselo—. Estoy pensando en un par de jóvenes idóneos para el trabajo. Ya lo verá.

7

Apenas una hora después de la conversación con Bertram Partridge, el teléfono sonó mientras Lisey se preparaba un bocadillo de atún con pan de centeno para la cena. No era gran cosa, pero no le apetecía nada más. Fuera, el calor aplastaba el mundo como una manta. El cielo había perdido todo su color y ahora relucía blanquísimo entre ambos horizontes. Mientras mezclaba el atún con mayonesa y un poco de cebolla picada, recordó el momento en que encontró a Amanda sentada en uno de aquellos bancos, contemplando *Las Alceas*, y era extraño, porque casi nunca pensaba en ello; se le antojaba como un sueño. Recordó que Amanda le había preguntado si tendría que beber aquel

(zum de biiiiicho).

ponche asqueroso si regresaba al mundo, su forma de intentar averiguar, suponía Lisey, si tendría que permanecer encerrada en Greenlawn, y ella le había prometido que no, nada de ponche, nada de zumo de bicho. Amanda había accedido a volver, aunque era evidente que en realidad no quería, que le habría encantado quedarse sentada en el banco contemplando *Las Alceas* «hasta media eternidad», en palabras de La Buena de Ma. Ahí sentada entre las espeluznantes figuras amortajadas y los espectadores silenciosos, uno o dos bancos por encima de la mujer del caftán. La que había asesinado a su hijo.

Lisey dejó el bocadillo sobre el mostrador con un estremecimiento.

No podía saber eso. No había manera de que pudiera saberlo.

Pero lo sabía.

«Cállense», había dicho la mujer. «Cállense mientras intento pensar por qué lo

hice».

Y entonces Amanda había dicho algo del todo inesperado, ¿verdad? Algo sobre Scott. Aunque nada de lo que Amanda hubiera dicho entonces revestía importancia alguna ahora, muerto Scott y muerto (o deseando que estuviera muerto). Jim Dooley, pero aun así le habría gustado recordar qué había dicho su hermana.

—Dijo que regresaría —murmuró Lisey—. Dijo que regresaría si con eso podía impedir que Dooley me hiciera daño.

Sí, y Amanda había cumplido su palabra, Dios la bendiga, pero Lisey quería recordar algo que había dicho después. *No entiendo qué puede tener que ver con Scott. Lleva más de dos años muerto..., aunque..., creo que me dijo algo sobre...*

Fue entonces cuando sonó el teléfono, haciendo añicos la frágil copa de los recuerdos de Lisey. Al descolgar la asaltó una terrible certeza. Era Dooley. «Hola, señora —diría el Príncipe Negro de los Incunks—, llamo desde el vientre de la bestia. ¿Qué tal está?».

—¿Diga? —masculló, consciente de que agarraba el auricular con demasiada fuerza, pero incapaz de evitarlo.

—Soy Danny Boeckman, señora Landon —la saludó la voz en el otro extremo de la línea.

Aquel «señora» le resultó inquietantemente familiar, pero el policía pronunciaba las palabras con un tranquilizador acento norteno, y además, el ayudante Danny Boeckman parecía emocionado, algo impropio de él, casi bullicioso, lo cual le confería una voz mucho más joven.

—¿A que no lo adivina?

—Pues no —replicó Lisey.

Pero de inmediato la asaltó otra chifladura. El policía le diría que en la oficina se habían echado a suertes quién le pediría una cita, y que él era el afortunado. Lo que no sabía era por qué eso lo iba a emocionar.

—¡Hemos encontrado la tapa de la luz interior!

Lisey no sabía de qué le hablaba.

—¿Cómo dice?

—Doolin..., el tipo al que usted conocía por los alias de Zack McCool y luego Jim Dooley, robó el PT Cruiser y lo condujo mientras la acosaba, señora Landon. De eso estábamos seguros. Y lo escondía en aquella gravera entre recado y recado, de eso también estábamos seguros. Lo que ocurre es que no podíamos demostrarlo porque...

—Había eliminado todas las huellas.

—Exacto, sin dejar ni una. Pero de vez en cuando, Tapón y yo íbamos a...

—¿Tapón?

—Lo siento, quería decir Joe, el agente Alston.

Tapón, pensó Lisey, consciente por primera vez de que aquellos eran hombres reales, con vidas reales y mote. *Tapón*, pensó. *El agente Joe Alston, también conocido como Tapón*.

—¿Sigue ahí, señora Landon?

—Sí, Dan. ¿Puedo llamarle Dan?

—Desde luego. La cuestión es que de vez en cuando íbamos a husmear por ahí para ver si encontrábamos algún tesoro, porque había muchos indicios de que había pasado bastante tiempo en la gravera... Envoltorios de caramelos, un par de botellas de Pepsi, cosas así.

—Pepsi —musitó.

Dáliva, Dan. Dáliva, Tapón. Dáliva, Fin, pensó.

—Sí, por lo visto era la marca que le gustaba, pero ninguna de las huellas que encontramos en todas las botellas tiradas encajaba con las suyas. La única coincidencia que descubrimos fue con un tipo que robó un coche a finales de los setenta y ahora trabaja de dependiente en el Quick-E-Mart de Oxford. Y las demás huellas que encontramos en las botellas suponemos que son de los dependientes que las vendieron. Pero ayer a mediodía, señora Landon...

—Lisey.

Se produjo un silencio mientras el policía meditaba.

—Ayer a mediodía, Lisey —prosiguió por fin—, en un caminito que lleva hasta la gravera, encontré el premio gordo, la tapa de la maldita luz del coche. La sacó y la tiró entre la maleza. —Boeckman iba alzando la voz a medida que se emocionaba, y ahora ya no sonaba como un policía, sino como cualquier ser humano—. Y es la única cosa que olvidó manipular sin guantes o limpiar después. Una gran huella de pulgar en un lado, un precioso dedo índice en el otro... Fueron los dedos con los que la cogió. Y esta mañana nos han enviado los resultados por fax.

—¿John Doolin?

—Sí. Nueve puntos de comparación. ¡Nueve! —El policía hizo otra pausa, y cuando siguió hablando, parte de la euforia se había esfumado—. Y ahora, si consiguiéramos encontrar al hijo de puta...

—Estoy segura de que tarde o temprano aparecerá —afirmó Lisey.

Miró el bocadillo con expresión anhelante. Había olvidado lo que Amanda le había dicho aquel día, pero había recobrado el apetito. Le parecía un cambio justo, sobre todo en un día tan caluroso.

—Y si no aparece, lo importante es que ha dejado de acosarme.

—Se ha ido del condado, apostarí a mi reputación a que se ha largado —espetó el ayudante del sheriff Dan Boeckman con un matiz inconfundible de orgullo en

la voz—. Supongo que las cosas se le pusieron un poco feas por aquí, así que dejó tirado el coche y se fue. Tapón piensa lo mismo. Jim Dooley y Elvis han abandonado el edificio.

—¿De dónde viene lo de Tapón?

—En el instituto, él y yo jugábamos en el equipo de los Knights de Castle Hills, que ganó el campeonato de primera división del estado. Los Bangor Rams nos ganaban por tres *touchdowns*, pero los sorprendimos. Fuimos el único equipo de esta parte del estado que ganaba un balón de oro desde los años cincuenta. Y Joey..., estuvo imparable toda la temporada. Incluso con cuatro tipos encima, no paraba de taponar. Así que le pusimos el mote de Tapón, y yo aún lo llamo así.

—Si lo llamo así, ¿cree que me dará un bofetón?

Dan Boeckman lanzó una carcajada complacida.

—Qué va, estará encantado.

—Estupendo. Entonces yo soy Lisey, usted es Dan, y él es Tapón.

—Por mí perfecto.

—Y gracias por llamar. Han hecho un trabajo magnífico.

—Gracias, señora... Lisey —se corrigió encantado, lo cual hizo que Lisey se sintiera muy bien—. No dude en llamar si podemos ayudarla en algo más. O si vuelve a tener noticias de ese desgraciado.

—Lo haré.

Lisey se concentró de nuevo en el bocadillo con una sonrisa en los labios. No pensó en Amanda, *Las Alceas* ni Boo'ya Moon durante el resto del día. Sin embargo, aquella noche la despertó el retumbar de un trueno lejano y la sensación de que algo enorme... no la estaba persiguiendo exactamente (¿para qué molestarse?), pero sí pensando en ella. La idea de estar en los pensamientos insondables de aquella criatura le dio ganas de llorar y de gritar. Ambas cosas al mismo tiempo. También le dio ganas de quedarse levantada, mirar películas de madrugada, fumar sin parar y beber mucho café. O cerveza. Quizá mejor cerveza. Tal vez la cerveza la ayudara a volver a conciliar el sueño. Pero en lugar de levantarse, apagó la lámpara de la mesilla de noche y se tumbó muy quieta. *No conseguiré dormirme, pensó. Me quedaré despierta hasta que el amanecer despunte por el este. Y entonces podré levantarme y preparar el café que tanto me apetece ahora.*

Pero tres minutos después de pensar aquello ya estaba adormilada, y al cabo de otros diez dormía a pierna suelta. Más tarde, mientras la luna cabalgaba en lo alto del firmamento y ella soñaba que flotaba sobre cierta playa exótica de fina arena blanca en la alfombra mágica de PILLSBURY, su cama quedó vacía por unos instantes, y la habitación se llenó con la fragancia del frangipán, el jazmín y el cereus de floración nocturna, aromas ansiados y terribles a un tiempo. Pero al

poco regresó, y a la mañana siguiente apenas recordaba el sueño, el sueño en el que volaba sobre la playa a orillas del lago de Boo'ya Moon.

8

La visión que Lisey albergaba respecto al desmantelamiento de la serpiente de libros solo varió en dos aspectos de lo que había imaginado, y las variaciones fueron mínimas en realidad. En primer lugar, una mitad del equipo de dos personas que le envió el señor Partridge resultó ser una chica, una robusta joven de veintitantos años con una coleta color caramelo sujeta por una gorra de los Red Sox. En segundo lugar, Lisey no había esperado que acabaran el trabajo tan deprisa. Pese al calor abrasador reinante en el estudio, que ni siquiera tres ventiladores funcionando a toda velocidad lograban mitigar, todos los libros quedaron cargados en una furgoneta azul oscuro en menos de una hora. Cuando Lisey preguntó a los dos bibliotecarios de Colecciones Especiales (que se autodenominaron, y solo medio en broma, en opinión de Lisey, los Siervos de Partridge) si les apetecía un poco de té helado, ambos aceptaron con entusiasmo, y cada uno dio cuenta de dos enormes vasos. La chica se llamaba Cory. Fue ella quien le dijo cuánto le gustaban los libros de Scott, sobre todo *Reliquias*, que afirmaba haber leído tres veces. El chico se llamaba Mike, y fue él quien le dijo que ambos la acompañaban en el sentimiento. Lisey les dio sinceramente las gracias por su amabilidad.

—Debe de entristecerla verlo tan vacío —comentó Cory mientras señalaba el granero con el vaso, en el que tintinearón los cubitos de hielo.

Lisey procuró no mirar directamente el vidrio por si se le aparecía algo allí aparte del hielo.

—Es un poco triste, pero también liberador —confesó—. Había aplazado demasiado tiempo la tarea de vaciarlo. Me han ayudado mis hermanas. Estoy contenta de haberlo hecho. ¿Más té, Cory?

—No, gracias, pero ¿puedo ir al baño antes de irme?

—Claro. Cruzando el salón, la primera puerta a la derecha.

Cory se excusó, y con aire ausente, casi ausente, Lisey desplazó su vaso tras la jarra de plástico marrón donde había servido el té.

—¿Quiere otro vaso, Mike?

—No, gracias —declinó el joven—. Supongo que también arrancará la moqueta.

Lisey lanzó una carcajada avergonzada.

—Sí. Está fatal, ¿verdad? Fue la única vez que Scott se aventuró a barnizar.

Resultó un desastre.

Lo siento, cariño, pensó.

—Parece sangre seca —comentó Mike antes de apurar el vaso.

El sol, brumoso y ardiente, se reflejó en la superficie del vaso, y por un instante a Lisey le pareció que un ojo la observaba desde su interior. Cuando Mike lo dejó sobre el mostrador, contuvo a duras penas el impulso de esconderlo tras la jarra, con el otro.

—Todo el mundo lo dice —señaló.

—Un corte de afeitado, pero a lo bestia —rió Mike.

Lisey también rió y pensó que su risa sonaba casi tan natural como la del joven. No miró el vaso de Mike. No pensó en el chaval larguirucho que ahora era su chaval larguirucho. Al mismo tiempo, solo pensó en él.

—¿Seguro que no quiere un poco más? —insistió.

—Más vale que no; tengo que conducir —repuso él, y ambos se echaron a reír de nuevo.

Cuando Cory volvió, Lisey creyó que Mike también querría ir al lavabo, pero no fue así. Los hombres tenían los riñones más grandes, la vejiga más grande, algo más grande, o al menos eso afirmaba Scott. Lisey se alegró, porque de ese modo solo la chica le lanzó una mirada extraña antes de que se fueran con la serpiente de libros desmantelada y cargada en la furgoneta. Oh, sin duda le contaría a Mike lo que había visto en el salón y en el baño, se lo contaría durante el largo trayecto hasta la Universidad de Maine en Orono, pero Lisey no estaría allí para escucharlo. De hecho, la mirada que le lanzó la chica no estuvo tan mal, porque en aquel momento Lisey no cayó en su significado, aunque se llevó la mano a la cabeza para comprobar si llevaba el pelo de punta o algo parecido. Pero más tarde, después de meter los vasos en el lavavajillas sin echarles un vistazo siquiera, fue al baño y vio la toalla colgada sobre el espejo. Recordaba haber colgado la toalla de lavabo sobre el espejo del botiquín, recordaba haber cegado aquel espejo a la perfección, pero ¿cuándo había cubierto este?

No lo sabía.

Regresó al salón y vio una sábana sobre el espejo colgado sobre la repisa de la chimenea. Debería haber reparado en ella al pasar y suponía que Cory sí la había visto, porque era más que evidente, puñeta, pero lo cierto era que la pequeña Lisey Landon últimamente no dedicaba mucho tiempo a contemplar su reflejo.

Recorrió la casa y comprobó que todos los espejos salvo dos de la planta baja estaban cubiertos con sábanas, toallas, o (en un caso) vueltos del revés. Cubrió los dos supervivientes, diciéndose que ya que se ponía... Mientras lo hacía, Lisey se preguntó qué habría pensado la joven bibliotecaria de la moderna gorra rosa de los Red Sox. ¿Que la viuda del famoso escritor era judía o había adoptado el luto

judío y seguía de luto? ¿Que había decidido que Kurt Vonnegut tenía razón al decir que los espejos no eran superficies reflectantes, sino fugas, puertas que conducían a otra dimensión? ¿Y acaso no era eso lo que creía ella?

Nada de puertas, sino ventanas. ¿Y de verdad tiene que importarme lo que piensa una bibliotecaria de la Universidad de Maine?

Probablemente no. Pero la vida estaba llena de superficies reflectantes, ¿verdad? No solo espejos. Había que evitar mirarse en el vaso de zumo de la mañana, en las copas de vino de la noche. Tantas veces te sentabas al volante del coche y veías tu rostro reflejado en el salpicadero. Tantas noches largas en que la mente de algo..., de otro..., podía fijarse en una, si una no era capaz de evitar fijarse en ese algo. ¿Y cómo evitar eso? ¿Cómo evitar pensar en algo? La mente era una rebelde sin causa y con falda escocesa, para citar al difunto Scott Landon. Podía llegar a..., bueno..., a cagar fuego y ahorrarte las cerillas, ¿por qué no decirlo? Podía zambullirse en un mal rollo de la hostia.

Y había otra cosa. Algo aún más aterrador. Aunque la cosa no fuera hasta ti, tú no serías capaz de evitar ir a ella. Porque una vez se distendían los puñeteros tendones..., una vez tu vida en el mundo real empezaba a producirte la sensación de un diente suelto en un hueso infectado...

Estaría bajando por la escalera, o subiendo al coche, o abriendo el grifo de la ducha, o leyendo un libro, u hojeando una revista de crucigramas, y de repente experimentaría una sensación absurdamente parecida a un estornudo o

(mein gott, babyluv, mein gott, pequenia Liiisey...).

un orgasmo inminente, y pensaría *Puñeta, no me estoy corriendo, me estoy yendo, me estoy yendo al otro lado*. El mundo ondearía, y la embargaría la sensación de un mundo entero a punto de nacer, un mundo donde la dulzura se agriaba y se convertía en veneno al caer la noche. Un mundo que se hallaba a apenas un paso, a un agitar de la mano, a un giro de la cadera. Por un instante sentiría Castle View desmoronarse a su alrededor, y se convertiría en Lisey sobre la cuerda floja, Lisey en el filo. Y luego volvería, una mujer sólida (aunque de mediana edad y un poco demasiado delgada) en un mundo sólido, bajando por la escalera, cerrando la puerta del coche, ajustando el grifo del agua caliente, volviendo una página del libro o resolviendo el 8 horizontal: Obsequio anticuado, seis letras, empieza por D y acaba por A.

9

Dos días después de que la serpiente de libros desmontada viajara al norte, cuando la sección de Portland del Servicio Nacional de Meteorología declararía el día

más caluroso del año en Maine y New Hampshire, Lisey subió al estudio vacío con una minicadena de música y un CD titulado *Hank Williams, Grandes Éxitos*. Podría escuchar el CD sin problemas, al igual que los ventiladores habían funcionado sin problemas el día que habían estado allí los Siervos de Partridge; lo que Dooley había hecho era abrir el cuadro eléctrico de la planta baja y desconectar los tres diferenciales que controlaban el suministro del estudio.

Lisey no sabía cuánto calor hacía en el estudio, pero sabía que debía de pasar de los cuarenta grados. Percibió que la blusa empezaba a pegársele al cuerpo y el rostro se le humedecía en cuanto llegó a lo alto de la escalera. Había leído en alguna parte que las mujeres no sudan, sino que brillan; menuda parida. Si se quedaba allí arriba mucho rato, con toda probabilidad moriría de un golpe de calor, pero no tenía intención de quedarse mucho tiempo. En la radio ponían a veces un tema *country* que se llamaba «No viviré mucho tiempo así». No sabía quién lo había compuesto ni quién lo cantaba, aunque no el viejo Hank, pero se sentía identificada con él. No podía pasar el resto de su vida asustada de su propio reflejo (o de lo que podía llegar a ver asomado a él), ni tampoco asustada de que en cualquier momento pudiera perder de vista la realidad y encontrarse en Boo'ya Moon.

Esa mierda tenía que acabar.

Enchufó la minicadena, se sentó en el suelo ante ella con las piernas cruzadas y puso el disco. Una gota de sudor le entró en el ojo, escociéndole, y se la enjugó con los nudillos. Scott había escuchado mucha música allí arriba, a todo trapo. Si tenías un equipo de música de doce mil dólares y una salita insonorizada para casi todos los altavoces, podías permitirte el lujo de pisar el acelerador a fondo. La primera vez que la hizo escuchar «Rockaway Beach», Lisey creyó que el estruendo rompería el techo en pedazos. Lo que estaba a punto de escuchar sonaba pequeño y ridículo en comparación, pero creía que bastaría.

Obsequio anticuado, seis letras, empieza por D y acaba por A.

Amanda sentada en uno de los bancos, contemplando el puerto de Southwind, sentada a poca distancia de la infanticida con caftán. Diciendo: «Era algo acerca de una historia. Tu historia, la historia de Lisey. Y la colcha afgana. Solo que Scott la llamaba “africana”. Dijo algo de una dalia, dalila...».

No, Manda, no era dádiva, aunque esta palabra existe, por supuesto, y significa «obsequio anticuado». Pero la palabra que empleaba Scott...

Era dádiva, por supuesto. El sudor le corría por el rostro como si de lágrimas se tratara. Lisey no intentó secárselo.

—Dádiva, Fin. Y al final te llevas un premio. A veces una chocolatina. A veces una Pepsi de Mulie's. A veces un beso. Y a veces..., a veces una historia, ¿verdad, cariño?

Hablar con él no le resultaba extraño. Porque Scott seguía allí. Aun sin los ordenadores, los muebles, el sofisticado sistema de sonido sueco, los archivadores llenos de manuscritos y los montones de galeradas (las propias y las que le enviaban amigos y admiradores), aun sin la serpiente de libros..., aun sin todo eso, todavía sentía a Scott. Claro que sí. Porque Scott no había terminado de decir la suya. Tenía una historia más que contar.

La historia de Lisey.

Creía saber cuál era, porque solo le había quedado una por terminar.

Tocó una de las manchas secas de la moqueta y pensó en los argumentos en contra de la locura, los que caen con un suave susurro. Pensó en aquel día bajo el árbol ñam-ñam, en la sensación de hallarse en otro mundo, un mundo propio. Pensó en los Tipos del Mal Rollo, en los Tipos de la Dáliva Sangrienta. Pensó en que, al ver al chaval larguirucho, Jim Dooley enmudeció de repente y dejó caer las manos a los costados. Porque de repente lo habían abandonado las fuerzas. Eso era lo que te hacía el mal rollo con solo mirarte.

—Scott —dijo—, te escucho, cariño.

No obtuvo respuesta, pero se respondió a sí misma. *El pueblo se llamaba Anarene. Sam el León era el dueño de los billares, del cine y del restaurante, donde todas las canciones de la máquina de discos eran, al parecer, canciones de Hank Williams.*

En algún lugar del estudio, algo pareció lanzar un suspiro de aprobación, aunque quizá fueron imaginaciones suyas. En cualquier caso, había llegado el momento. Lisey todavía no sabía con certeza qué buscaba, pero creía que lo reconocería en cuanto lo viera, sin duda lo reconocería en cuanto lo viera si Scott se lo había dejado, y había llegado el momento de ponerse a buscar. Porque no podría seguir viviendo así mucho tiempo. Imposible.

Pulsó PLAY, y la voz alegre y cansina a un tiempo de Hank Williams empezó a cantar:

*Adiós, Joe, tengo que irme,
oh tengo que oh...,
tengo que irme, en la piragua,
pantano abajo...*

PPCCN, babyluv, pensó, y cerró los ojos. Por un instante siguió oyendo la música, pero hueca y tan lejana como si le llegara desde el otro extremo de un pasillo muy largo o desde las profundidades de una cueva. Y de repente la luz del sol le tiñó de rojo la cara interior de los párpados, y la temperatura descendió unos quince grados de golpe. Una brisa deliciosa, cargada de fragancias florales, le acarició la piel sudorosa y le apartó el cabello de las sienes.

Lisey abrió los ojos en Boo'ya Moon.

Aún estaba sentada con las piernas cruzadas, pero ahora junto al camino que descendía por la colina de lilas en una dirección y entre los árboles del amor en la otra. Ya había estado allí; era exactamente allí adónde su marido la había llevado antes de convertirse en su marido, alegando que quería mostrarle algo.

Lisey se levantó y se apartó el cabello sudoroso del rostro, disfrutando de la brisa, de la dulce combinación de fragancias que transportaba, sí, pero sobre todo de su frescura. Calculaba que era media tarde y que la temperatura era de unos veinticuatro grados, perfecta, en otras palabras. Oía cantar a los pájaros, pájaros normales y corrientes, a juzgar por su trino, mirlos y petirrojos, sin lugar a dudas, probablemente pinzones y tal vez una alondra para completar el cuadro, pero en cualquier caso ninguna risa espeluznante procedente del bosque. Supuso que era demasiado temprano. Tampoco percibía la presencia del chaval larguirucho, y esa era la mejor noticia de todas.

Se volvió hacia los árboles y luego dio un lento giro de ciento ochenta grados. No buscaba la cruz, porque Dooley se la había clavado en el brazo y después de arrancársela la había tirado. Lo que buscaba era el árbol, el que estaba un poco adelantado respecto a los otros dos en el margen izquierdo del camino...

—No, no es así —murmuró—. Estaban uno a cada lado del camino, como guardianes que custodiaran la entrada del bosque.

Y entonces los vio. Y un tercero un poco adelantado respecto al de la izquierda. El tercero era el más grande y tenía el tronco cubierto de musgo tan espeso que parecía pelaje. Al pie del tronco, la tierra aún aparecía un poco hundida. Era allí donde Scott había enterrado al hermano al que había intentado salvar con tanto ahínco. Y junto a la tierra hundida vio algo de enormes ojos vacíos que la observaba desde la hierba alta.

Por un instante creyó que era Dooley, o el cadáver de Dooley, reanimado de algún modo y de regreso para atormentarla, pero entonces recordó que tras golpear a Amanda se había quitado las gafas de visión nocturna y las había tirado también. Y ahí estaban, tiradas junto a la tumba del buen hermano.

Es otra dáliva, pensó mientras caminaba hacia ellas. Desde el camino hasta el árbol, desde el árbol hasta la tumba, desde la tumba hasta las gafas. ¿Y luego? ¿Ahora qué, babyluv?

La siguiente estación resultó ser la cruz, con el brazo horizontal de la cruz ladeado, de modo que el conjunto parecía un reloj que marcara las siete y cinco. Los siete u ocho centímetros superiores del brazo vertical estaban manchados con

la sangre de Dooley, ahora seca y granate, el mismo color del supuesto barniz que manchaba la moqueta del estudio de Scott. Aún se veía el nombre PAUL escrito en la cruz, y cuando la levantó, con auténtica veneración, vio otra cosa: el viejo hilo amarillo enrollado varias veces en torno al brazo vertical de la cruz y asegurado con un nudo. Asegurado, no le cabía duda alguna, con la misma clase de nudo con que había atado la campanilla de Chuckie G. al árbol en el bosque. El hilo amarillo, que en tiempos había surgido de las agujas de La Buena de Ma mientras miraba la televisión en la vieja granja de Lisbon, estaba enrollado alrededor del brazo vertical justo por encima del lugar donde la madera aparecía manchada de tierra oscura. Y al examinar la pieza, Lisey recordó ver la lana desaparecer en la oscuridad justo antes de que Dooley se arrancara la cruz del brazo y la arrojara lejos de sí.

Es la colcha africana, la que dejamos junto a la roca sobre el lago. Volvió más tarde, algún tiempo más tarde, la recogió y la trajo aquí. Deshizo una parte de la lana, la ató a la cruz, y esperaba que yo encontrara el resto al final del trayecto.

Con el pulso lento y pesado en el pecho, Lisey dejó caer la cruz y empezó a seguir la lana amarilla que se apartaba del sendero y continuaba a lo largo del margen del Bosque de las Hadas, deslizándola entre las manos mientras la hierba alta le acariciaba susurrante los muslos y los saltamontes brincaban y las lilas desprendían su dulce fragancia. En algún lugar, una cigarra emitió su tórrido canto veraniego, y en el bosque, un cuervo... ¿Era un cuervo? Parecía un cuervo, un cuervo normal y corriente que graznó un saludo ronco, pero no había coches, ni aviones, ni voces humanas por ninguna parte. Caminó entre la hierba, siguiendo el hilo deshecho de la colcha afgana, la colcha en la que su marido insomne, asustado, desesperado se había arrebujado tantas noches glaciales diez años atrás. Ante ella, uno de los árboles del amor destacaba un poco entre sus compañeros, extendiendo sus ramas hasta formar una atrayente marquesina de sombra. Bajo él vio una papelera de metal y un bulto mucho más grande de color amarillo. El color aparecía desvaído, la lana aplastada e informe, como una inmensa peluca amarilla abandonada bajo la lluvia, o tal vez el cadáver de un gato muy corpulento, pero Lisey reconoció qué era en cuanto lo vio, y los sollozos le agitaron el pecho. Oyó mentalmente a The Swinging Johnsons cantando «Demasiado tarde para echarse atrás» y sintió que la mano de Scott la conducía hacia delante. Siguió la lana hasta el árbol y se arrodilló junto a lo poco que quedaba del regalo de boda de una madre a su hija menor y al marido de su hija menor. La recogió..., la manta y lo que contuviera. Apretó el rostro contra ella. Olía a humedad y a moho, a cosa vieja, a cosa olvidada, a funeral más que a boda. Eso estaba bien. Así debería haber sido siempre. Olió todos los años que había

pasado allí, atada a la cruz que señalaba la tumba de Paul, esperándola, como un ancla.

11

Al cabo de un rato, cuando el llanto amainó, dejó el paquete, porque sin duda de eso se trataba, donde lo había encontrado y se lo quedó mirando, tocando el punto donde el hilo de la colcha surgía de los restos mortales de la colcha afgana. La sorprendía que el hilo no se hubiera roto al caer Dooley sobre la cruz, al arrancársela del brazo o al arrojarla lejos de sí. Por supuesto, el hecho de que Scott la hubiera atado tan bien ayudó, pero aun así, resultaba asombroso, sobre todo teniendo en cuenta el tiempo que llevaba la maldita cosa expuesta a la intemperie. Milagro de los milagros, como solía decirse.

Pero por supuesto a veces los perros perdidos regresaban a casa, a veces los hilos viejos resistían y te conducían hasta el premio al final de una cacería de dálivas. Lisey empezó a desenvolver los restos desteñidos y aplastados de la colcha afgana, pero de repente se volvió hacia la papelera, y lo que vio le hizo lanzar una risita afligida. Estaba llena de botellas de licor casi hasta arriba. Una o dos parecían relativamente nuevas, y estaba segura de que la de encima de todo lo era, porque diez años atrás no existía la Limonada con Regalo de Mike. Pero casi todas las botellas eran viejas. Allí era adónde iba a beber en 1996, pero incluso borracho perdido había respetado Boo'ya Moon demasiado para ensuciar el lugar con botellas vacías. ¿Encontraría más botellas si se dedicaba a buscar? Quizá. Probablemente. Pero aquella papelera era lo único que le interesaba, porque señalaba el lugar al que Scott había ido para terminar su última obra.

Ahora creía tener todas las respuestas excepto las respuestas a las preguntas más importantes. Por ejemplo, cómo iba a vivir con el chaval larguirucho y cómo evitaría pasar a su guarida, sobre todo cuando pensara en ella. Tal vez Scott le hubiera dejado algunas respuestas. Y aun en caso contrario, le había dejado algo..., y se estaba tan bien bajo aquel árbol...

Lisey cogió de nuevo la colcha africana y la tocó como tocaba de pequeña los regalos de Navidad. Dentro había una caja, pero no se parecía en nada a la caja de cedro de La Buena de Ma, porque era más suave, casi blanda, como si, pese a estar envuelta en la colcha y resguardada bajo el árbol, la humedad de los años la hubiera empapado..., y por primera vez se preguntó de cuántos años se trataba. La botella de Limonada con Regalo indicaba que no demasiados. Y el tacto del objeto envuelto en la colcha sugería...

—Es una caja para manuscritos —murmuró—. Una de las cajas de cartón que

usaba para guardar los manuscritos.

Sí, estaba segura. Solo que después de pasar dos años bajo aquel árbol... o tres... o cuatro, se había convertido en una caja de cartón blanda.

Lisey comenzó a desenvolver la colcha. Le bastaron dos vueltas, pues apenas quedaba tejido. Y, en efecto, era una caja de cartón para manuscritos, su color gris ahora oscurecido por la humedad que lo empapaba. Scott siempre pegaba una etiqueta en el lomo de la caja y escribía en ella el título. En este caso, la etiqueta se había desprendido por ambos lados y aparecía rizada. La alisó con los dedos y vio una sola palabra escrita en la letra fuerte y oscura de Scott: *LISEY*. Abrió la caja. Contenía páginas pautadas arrancadas de un cuaderno. Unas treinta en total, llenas de trazos rápidos y apretados de rotulador. No le extrañó comprobar que Scott hubiera escrito en presente, que el texto cayera en ocasiones en una suerte de prosa infantil ni que la historia empezara por el medio. Este último detalle solo era cierto, reflexionó, si uno no sabía cómo dos hermanos habían sobrevivido a su padre demente y lo que le ocurrió a uno de ellos y el hecho de que el otro no pudiera salvarlo. La historia solo parecía empezar por el medio si uno no sabía nada de los esfumados, de los ausentes ni del mal rollo. Solo empezaba por el medio si uno no sabía que

12

En febrero empieza a mirarme de un modo raro, por el rabillo del ojo. A menudo espero que me grite o incluso saque la navaja y me corte. Lleva mucho tiempo sin hacerlo, pero casi me parecería un alivio. No me ayudaría a sacar el mal rollo de mi interior, porque no tengo (fui testigo del verdadero mal rollo, no de las fantasías de mi padre, cuando Paul estaba encadenado en el sótano, y yo no tengo nada parecido en mi interior). Pero papi tiene algo malo metido dentro, y cortándose no consigue sacarlo. Esta vez no, aunque desde luego lo ha intentado. Lo sé. He visto las camisetas y los calzoncillos en la cesta de la colada. Y en la basura. Si cortarme a mí le ayudara a él, le dejaría hacerlo, porque aún lo quiero. Más aún desde que estamos solos. Más aún después de lo que pasamos con Paul. Esta clase de amor es una especie de maldición, como el mal rollo.

—El mal rollo es potente —me dijo.

Pero no me corta.

Un día vuelvo del cobertizo, donde me había sentado un rato a pensar en Paul, a pensar en los buenos ratos que pasamos correteando por toda la casa, y papi me agarra.

—¡Has ido allí! —me grita en las narices.

Y me doy cuenta de que por muy mal que haya estado, ahora está peor. Nunca ha estado tan mal como ahora.

—¿Por qué vas? ¿Qué haces allí? ¿Con quién hablas? ¿Qué tramas?

Mientras habla me zarandea sin parar, y el mundo se agita ante mis ojos. En un momento dado choco de cabeza contra el canto de la puerta; veo las estrellas y me caigo en el umbral, con el calor de la cocina delante y el frío del patio detrás.

—No, papi —aseguro—. No he ido a ninguna parte, solo estaba...

Se inclina hacia mí, las manos sobre las rodillas, el rostro cernido sobre el mío, la tez muy pálida salvo por dos manchas rojas en las mejillas, y veo que sus ojos se mueven de un lado a otro, de un lado a otro, y comprendo que se encuentra a años luz de estar bien. Y recuerdo a Paul diciendo: Scott, ni se te ocurra cabrear a papi cuando no está bien.

—¡No me digas que no has ido a ninguna parte, maldito cabroncete mentiroso!, porque ¡TE HE BUSCADO POR TODA LA PUTA CASA!

Contemplo la posibilidad de decirle que estaba en el cobertizo, pero sé que eso no hará más que empeorar las cosas. Recuerdo a Paul diciendo que no hay que cabrear a papi cuando no está bien, cuando empieza a estar de mal rollo, y puesto que sé adónde cree que he ido, respondo que sí, papi, sí, he ido a Boo'ya Moon, pero solo para poner flores en la tumba de Paul. Y surte efecto. Al menos de momento. Se tranquiliza. Incluso me coge de la mano, me ayuda a levantarme y me pasa la mano por la ropa como si hubiera visto un poco de nieve u otra cosa en ella. No hay nada, pero puede que él vea algo. A saber.

—¿Está bien, Scott? —pregunta—. ¿Su tumba está bien? ¿Nada la ha atacado, ni a él tampoco?

—Está bien, papi.

—Hay nazis en el trabajo, Scoot, ¿te lo había dicho? Seguro que sí. Adoran a Hitler en el sótano. Tienen una estatuilla de cerámica de ese cabrón. Creen que no lo sé.

Solo tengo diez años, pero me bastan para saber que Hitler estiró la pata al final de la Segunda Guerra Mundial. También sé que nadie está adorando ninguna estatuilla de Hitler en el sótano de U.S. Gyppum. Y sé una tercera cosa, y es que no conviene cabrear a papi cuando está de mal rollo, así que digo:

—¿Y qué vas a hacer al respecto?

Papi se acerca mucho a mí, y estoy seguro de que va a pegarme, esta vez sí, o al menos volverá a zarandearme. Pero en lugar de eso me mira de hito

en hito (nunca había visto sus ojos tan grandes y oscuros) y luego se coge la oreja.

—¿Qué es esto, Scooter? ¿A ti qué te parece?

—Es tu oreja, papi —respondo.

Asiente sin soltarse la oreja y sin dejar de mirarme. Aún ahora, después de tantos años, esos ojos se me aparecen en sueños de vez en cuando.

—La tendré pegada al suelo —explica— y cuando llegue el momento...

—Curva el dedo en ademán de disparo—. Me cargaré a todos esos cabrones. A todos los putos nazis del sótano, Scooter.

Tal vez lo habría hecho. Mi padre, en un momento de gloria rancia. Un buen día podría haber aparecido una de esas noticias en el periódico, ERMITAÑO ENLOQUECIDO DE PENSILVANIA MATA A NUEVE COMPAÑEROS Y SE SUICIDA. SE DESCONOCEN LOS MOTIVOS..., pero el mal rollo se lo lleva por otros derroteros antes de que tenga ocasión de hacerlo.

Febrero ha sido un mes frío y soleado, pero al llegar marzo el tiempo cambia, y papi cambia con él. A medida que las temperaturas suben y empieza a caer la primera aguanieve, se vuelve más taciturno y sombrío. Deja de afeitarse, luego de ducharse, luego de cocinar. Llega un día, hacia la segunda semana del mes, en que me doy cuenta de que los tres días de fiesta que a veces le dan por el cambio de turno se convierten en cuatro..., luego en cinco..., luego en seis... Al final le pregunto si va a volver. Me da miedo preguntárselo, porque ahora pasa casi todo el día arriba, en su habitación, o tirado en el sofá, escuchando música *country* en la WWVA de Wheeling, Virginia Occidental. Casi nunca me dirige la palabra en ninguno de los dos sitios, y observo que sus ojos se mueven constantemente de un lado a otro mientras los busca a ellos, los Tipos del Mal Rollo, los Tipos de la Dáliva Sangrienta. Así que no, no tengo ningunas ganas de preguntárselo, pero tengo que hacerlo, porque si no vuelve al trabajo, ¿qué será de nosotros? A los diez años sabes que si en casa no entra dinero, el mundo cambia.

—Quieres saber cuándo volveré al trabajo —comenta en tono pensativo.

Tirado en el sofá con barba de varios días. Tirado en el sofá con un viejo jersey de marinero, pantalones de trabajo y los pies descalzos. Tirado en el sofá mientras Red Sovine canta «Giddyup-Go» en la radio.

—Sí, papi.

Se incorpora sobre un codo y, cuando me mira, sé que se ha esfumado. Peor aún, hay algo escondido en su interior, algo que crece, que cobra cada vez más fuerza a la espera del momento adecuado para actuar.

—Quieres saber. Cuándo. Volveré. Al. Trabajo.

—Supongo que es asunto tuyo —reconozco—. En realidad solo venía a

preguntarte si quieres que prepare el café.

De repente me agarra el brazo, y esa noche descubriré cardenales azul oscuro en los puntos donde me ha clavado los dedos. Cuatro cardenales azul oscuro con forma de dedos.

—Quieres saber. Cuándo. Volveré. Allí.

Me suelta y se sienta. Sus ojos parecen más grandes que nunca, más frenéticos que nunca, hasta el punto de que tiemblan en las cuencas.

—Nunca volveré allí, Scott. Ese sitio ha cerrado. Ese sitio voló por los aires. ¿Es que no te enteras de nada, maldito cabroncete atontado?

Baja la mirada hacia la sucia moqueta del salón. En la radio, Red Sovine da paso a Farlin Husky. Al cabo de unos instantes vuelve a levantar la cabeza, y comprendo que vuelve a ser papi, y dice algo que casi me parte el corazón.

—Serás tonto, Scooter, pero desde luego también eres valiente. Eres mi chico valiente. No dejaré que te haga daño.

Dicho aquello vuelve a tumbarse, gira la cara y me ordena que no le moleste más, porque quiere echar una siesta.

Esa noche me despierta el golpeteo del aguanieve contra la ventana, y veo a papi sentado en la cama junto a mí, mirándome con una sonrisa. Solo que no es él quien sonríe. En sus ojos apenas se advierte nada aparte del mal rollo.

—¿Papi? —murmuro.

No me responde, y pienso: Me va a matar. Me rodeará el cuello con las manos y me estrangulará, y todo lo que hemos pasado, todo lo de Paul, habrá sido en vano.

Pero en lugar de matarme me ordena con voz ahogada que vuelva a dormirme, se levanta de la cama y camina hacia la puerta con paso espasmódico, la barbilla adelantada y balanceando el trasero como si imitara a un sargento de instrucción en un desfile, o algo por el estilo. Unos segundos más tarde oigo un estruendo terrible y sé que se ha caído por la escalera, o quizá incluso se ha tirado. Me quedo en la cama, incapaz de levantarme, esperando que haya muerto, esperando que no, preguntándome qué haré si ha muerto, quién cuidará de mí, indiferente a ello, sin saber qué es lo que más espero. Una parte de mí incluso espera que termine el trabajo, que vuelva y me mate, que termine con el horror de vivir en esta casa.

—¿Papi? —lo llamo por fin—. ¿Estás bien?

Durante largo rato no hay respuesta. Me quedo tumbado en la cama, escuchando el aguanieve, pensando Está muerto, mi papá está muerto, estoy aquí solo, pero de repente grita en la oscuridad, desde la planta baja.

—¡Claro que estoy bien! ¡Cierra el pico, cabroncete! ¡Cierra el pico si no quieres que la cosa de la pared te oiga y salga para comernos a los dos! ¿O es que quieres que se te meta dentro como hizo con Paul?

No digo nada; me quedo tumbado, temblando.

—¡Contesta! —vocifera—. ¡Contesta, atontado, si no quieres que suba y haga que lo lamentos!

Pero no puedo, tengo demasiado miedo para contestar, mi lengua se ha convertido en un pedazo de carne seca pegado al suelo de mi boca. Tampoco lloro, porque estoy demasiado asustado para llorar siquiera. Me limito a permanecer tumbado, aguardando a que suba y me haga daño. O me mate como a un perro.

Y entonces, después de lo que se me antoja una eternidad, al menos una hora, aunque no pueden haber transcurrido más de uno o dos minutos, lo oigo mascullar entre dientes algo que podría ser Me sangra la cabeza, joder o Nunca dejará de llover. Sea lo que sea, su voz se aleja de la escalera en dirección al salón, y sé que se tumbará en el sofá y dormirá allí. Por la mañana despertará o no, pero en cualquier caso esta noche ya ha terminado conmigo. Sin embargo, todavía tengo miedo. Tengo miedo, porque en efecto hay una cosa. No creo que esté en la pared, pero existe. Atrapó a Paul y lo más probable es que atrape a mi padre, y luego estoy yo. He pensado mucho en ello, Lisey,

13

Sentada bajo el árbol, de hecho sentada con la espalda apoyada contra el tronco, Lisey alzó la mirada, casi tan sobresaltada como si el fantasma de Scott la hubiera llamado por su nombre. En cierto modo suponía que eso era lo que había sucedido, y la verdad, ¿de qué se extrañaba? Por supuesto que estaba hablando con ella, con ella y con nadie más. Aquella era su historia, la historia de Lisey, y pese a que era una lectora lenta ya se había pulido una tercera parte de las páginas manuscritas. Calculó que terminaría mucho antes del anochecer, y eso estaba bien, porque Boo'ya Moon era un lugar encantador, pero solo de día.

Bajó la mirada hacia el manuscrito y una vez más se maravilló de que Scott hubiera sobrevivido a su infancia. Advirtió que su marido recurría al tiempo pasado solo cuando se dirigía a ella, aquí, en su presente. Aquel pensamiento le arrancó una sonrisa, y siguió leyendo al tiempo que se decía que si pudiera pedir un deseo, pediría volar junto a aquel niño solitario en su hipotética alfombra mágica alias saco de harina para consolarlo, aunque solo fuera para susurrarle al

oído que la pesadilla acabaría algún día. O al menos aquella parte.

14

He pensado mucho en ello, Lisey, y he llegado a dos conclusiones. La primera es que lo que atrapó a Paul era real, un ser de esencia tal vez completamente mundana, quizá incluso vírica o bacteriana. La segunda es que no fue el chaval larguirucho. Porque esa cosa no se parece a nada que podamos entender. Es un ser aparte y más vale no pensar en él siquiera. Nunca.

En cualquier caso, nuestro héroe, el pequeño Scott Landon, por fin consigue conciliar el sueño, y en aquella granja aislada de la Pensilvania rural, las cosas siguen igual durante unos días más, con papi tirado en el sofá como un queso maduro y apestoso, con Scott cocinando y fregando los platos (solo que él dice «fegrando los palatos»), con el aguanieve azotando las ventanas y con la casa llena de música *country*..., Donna Farga, Waylon Jennings, Johnny Cash, Conway Twitty, *Country* Charlie Pride y, por supuesto, el viejo Hank. Una tarde, alrededor de las tres, un Chevrolet sedán de color marrón con las palabras U.S. GYPSUM estampadas en los costados aparece por el largo camino de acceso, levantando abanicos de barro a su paso. Andrew Landon pasa la mayor parte del tiempo en el sofá, duerme en él todas las noches y lleva casi todo el día allí, por lo que Scott no había imaginado que el viejo pudiera moverse con la rapidez con que se mueve cuando oye acercarse el coche, que a todas luces no es el del cartero ni el de la compañía eléctrica. Papi se levanta como un rayo y corre hacia la ventana que da al lado izquierdo del porche delantero. Se inclina al tiempo que aparta un poco la sucia cortina blanca, y Scott, de pie en el umbral de la cocina con un plato en una mano y un paño de cocina echado sobre el hombro, observa un gran moratón hinchado en un lado de su rostro, sin duda consecuencia de la caída de la otra noche, y observa también que lleva una pernera de los pantalones de trabajo subida casi hasta la rodilla. En la radio, Dick Curless canta «Tombstone Every Mile», y Scott advierte una furia asesina en la mirada de papi y en el rictus de su labio inferior, que deja al descubierto los dientes. De repente, papi da la espalda a la ventana; la pernera del pantalón vuelve a su sitio, y papi cruza la estancia a grandes zancadas hasta el armario, adónde llega justo cuando el motor del Chevrolet se para. Scott oye cerrarse la puerta del coche, alguien va de cara a la muerte y no lo sabe, no tiene ni la más remota idea, y papi saca el 30-06 del armario,

el mismo que empleó para acabar con la vida de Paul. O con la vida de la cosa que lo poseyó. Pisada en la escalinata del porche. Tiene tres peldaños, y el del medio cruje como siempre, por los siglos de los siglos, amén.

—No, papi —murmuro mientras Andrew «Chispas». Landon camina hacia la puerta cerrada con esas zancadas nuevas y extrañamente gráciles, el rifle atravesado ante el cuerpo.

Todavía llevo el plato en la mano, pero siento los dedos entumecidos y pienso: Se me va a caer, el puto plato se me caerá al suelo y se romperá, y ese hombre de ahí fuera, el último sonido que oírás en su vida será un plato roto y a Dick Curless cantándole al bosque de Hainesville en esta apestosa granja.

—No, papi —repito en tono suplicante e intentando reflejar esa súplica en mi mirada.

Chispas Landon titubea un instante y luego se pega a la pared para que si se abre la puerta (cuando se abra la puerta), quede oculto tras ella. Y en el mismo momento llaman a la puerta con los nudillos. No me cuesta esfuerzo alguno entender las palabras que mi padre forma con los labios rodeados de vello: Pues líbrate de él, Scoot.

Voy a la puerta, cambio el plato que quería secar de la derecha a la izquierda y abro. Veo al hombre de pie ante ella con claridad sobrecogedora. El hombre de U.S. Gypsum no es muy alto, debe de medir metro setenta y cinco o setenta y siete, o sea que no es mucho más alto que yo, pero a mis ojos es la personificación absoluta de la autoridad con su gorra de visera negra, los pantalones color caqui con la raya perfectamente planchada, la camisa del mismo color asomando al pesado abrigo negro, que llevaba con la cremallera medio bajada. También lleva corbata negra y una especie de maleta pequeña, no exactamente un maletín, y pasarán algunos años antes de que sepa que se trata de un portafolios. Está bastante gordo, va muy bien afeitado y tiene las mejillas lisas y rubicundas. Contemplo la imagen entera y pienso que si alguna vez un hombre nació para recibir un disparo en un porche de una granja, ahora mismo lo tengo delante. Incluso el único pelo rizado que le sale de la nariz proclama que sí, en efecto, este es el hombre, sí, señor, enviado para recibir el balazo del hombre de la gran zancada. Incluso su nombre es de los que suelen leerse en las noticias cuyo titular reza ASESINADO.

—Hola, pequeño —saluda—. Tú debes de ser uno de los chicos de Chispas. Soy Frank Halsey, de la planta. Jefe de personal.

Me tiende la mano.

En el primer momento creo que no podré estrechársela, pero lo hago, y también creo que no seré capaz de hablar, pero también lo hago. Y mi voz

suenan normal. Soy el único obstáculo que se interpone entre este hombre y una bala en el corazón o la cabeza, así que más me vale.

—Sí, señor, soy Scott.

—Encantado de conocerte, Scott —dice el hombre.

Desvía la mirada hacia el salón, e intento verlo a través de sus ojos. Ayer intenté ordenarlo, pero a saber si lo hice bien; solo tengo diez años, puñeta.

—Echamos de menos a tu padre.

Bueno, pienso, pues está usted a punto de echarlo de menos todo, señor Halsey. Su trabajo, a su mujer, a sus hijos, si es que tiene...

—¿No le ha llamado desde Filadelfia? —pregunto.

No sé cómo se me ha ocurrido la idea ni adónde me llevará, pero no tengo miedo, al menos por esa parte. Me paso el día inventando cosas. Lo que me da miedo es que papi pierda el control y empiece a disparar a través de la puerta. En ese caso, puede que le dé a Halsey, pero lo más probable es que nos dé a los dos.

—No, pequeño, no ha llamado.

El aguanieve sigue golpeando el tejado del porche, pero al menos el hombre está a cubierto, así que no tengo que invitarle a pasar, pero ¿y si se invita él solo? ¿Cómo impedirselo? No soy más que un niño en zapatillas, con un plato en una mano y un paño de cocina echado sobre el hombro.

—Es que está muy preocupado por su hermana —explico.

Pienso en la biografía del jugador de béisbol que estoy leyendo. Está encima de mi cama. También pienso en el coche de papi, aparcado en la parte trasera, bajo el techado del cobertizo. Si el señor Halsey caminara hasta el final del porche, lo vería.

—Tiene la enfermedad que mató a ese jugador de béisbol tan famoso de los Yankees.

—¿La hermana de Chispas tiene la enfermedad de Lou Gehrig? Joder..., quiero decir, vaya. Ni siquiera sabía que tenía una hermana.

Ni yo, pienso.

—Pequeño..., Scott, es terrible. ¿Quién cuida de vosotros mientras está fuera?

—La señora Cole, una vecina.

Jackson Cole es el nombre del autor de El hombre de hierro de los Yankees.

—Viene cada día. Y además, Paul sabe cuatro maneras distintas de preparar el asado.

El señor Halsey lanza una risita.

—¡Cuatro maneras! ¿Cuándo volverá Chispas?

—Bueno, su hermana ya no puede caminar y respira así...

Aspiro una ruidosa y entrecortada bocanada de aire. No me resulta difícil, porque de repente tengo el corazón desbocado. Me latía muy despacio cuando estaba seguro de que papi mataría al señor Halsey, pero ahora que sé que cabe la posibilidad de que evitemos el desastre, me va a mil por hora.

—Oh, vaya —suspira el señor Halsey, creyendo que ahora lo entiende todo—. Bueno, es de las cosas más horribles que he oído en mi vida.

Dicho aquello desliza la mano bajo el abrigo y saca la cartera. La abre, saca un billete de un dólar, luego recuerda que supuestamente tengo un hermano y saca otro. Y de repente, Lisey, me sucedió algo extrañísimo. De repente deseé que mi padre lo matara.

—Toma, pequeño —dice.

Y de repente también sé, como si pudiera leerle el pensamiento, que ha olvidado mi nombre, y lo odio aún más por eso.

—Toma. Uno para ti, y uno para tu hermano. Compraos alguna golosina en esa tiendecita de la carretera.

No quiero su puñetero dinero (y a Paul ya no le hace ninguna falta, desde luego), pero lo cojo y le doy las gracias, y él dice «De nada, pequeño», y me alborota el pelo, y mientras lo hace miro por el rabillo del ojo hacia la izquierda y veo uno de los ojos de mi padre por una grieta en la puerta. También veo el cañón del rifle. Por fin el señor Halsey se da la vuelta y baja la escalinata. Cierro la puerta, y mi padre y yo lo seguimos con la mirada mientras sube a su coche de empresa y da marcha atrás para alejarse por el largo camino de acceso. De repente se me ocurre que si se queda atascado en el barro, volverá para pedir que le deje llamar por teléfono, y en ese caso acabará muerto a pesar de todo, pero no se queda atascado, así que esta noche podrá saludar a su mujer con un beso y contarle que ha dado un par de dólares a dos pobres chavales para que se compren unas golosinas. Bajo la mirada y compruebo que aún tengo los billetes en la mano. Se los doy a mi padre, que se los guarda en el bolsillo del pantalón sin tan siquiera echarles un vistazo.

—Volverá —auguró papi—. Él u otro. Lo has hecho muy bien, Scott, pero no es más que un apaño temporal.

Lo miro detenidamente y descubro que vuelve a ser mi papi. En un algún momento mientras yo hablaba con el señor Halsey, mi papi volvió. Es la última vez que lo veo de verdad.

Nota que lo estoy mirando y hace un gesto de asentimiento. Luego baja la vista hacia el 30-06.

—Voy a deshacerme de él —anuncia—. Estoy acabado, eso no se puede

evi...

—No, papi...

—No se puede evitar, pero no tengo intención de llevarme por delante a un montón de tipos como ese Halsey y acabar saliendo en las noticias de las seis para que todo el mundo babee. Y Paul y tú también saldríais. Claro que sí. Vivos o muertos, seríais los hijos del chiflado.

—Todo irá bien, papi —le aseguro, e intento abrazarlo—. ¡Ahora estás bien!

Pero papi me aparta con una especie de carcajada.

—Sí, y las vacas vuelan.

Se aleja por el pasillo, pasando por delante del banco del que al final salté hace tantos años, y entra en la cocina. La cabeza gacha, el rifle de caza en una mano. En cuanto sale por la puerta de la cocina, lo sigo y por la ventana de la cocina lo veo cruzar el patio trasero, sin abrigo a pesar del aguanieve, la cabeza aún gacha, el rifle aún en una mano. Solo lo deja en el suelo helado el tiempo suficiente para empujar la tapa del pozo seco. Necesita las dos manos porque el aguanieve ha pegado la tapa al ladrillo. Luego recoge el arma, se la queda mirando un momento, casi como si se despidiera de ella, y la desliza en el hueco que ha abierto. Después regresa hacia la casa con la cabeza todavía gacha y perlas de hielo oscureciéndole los hombros de la camisa. Es entonces cuando reparo en que va descalzo. No creo que él se haya dado cuenta.

No parece sorprenderle verme en la cocina. Saca los dos billetes que me ha dado el señor Halsey, los mira y luego me mira a mí.

—¿Estás seguro de que no los quieres? —pregunta.

—Ni aunque fueran los últimos billetes sobre la faz de la tierra.

Noto que le gusta mi respuesta.

—Bien —sentencia—. Pero voy a decirte una cosa, Scott. ¿Sabes la vitrina de la abuela que está en el comedor?

—Sí.

—Si miras dentro de la jarra azul que hay en el estante de arriba, encontrarás un rollo de billetes. Es mío, no de Halsey, ¿entiendes la diferencia?

—Sí —repito.

—Seguro que sí. Eres muchas cosas, pero tonto no. Yo que tú cogería ese rollo de dinero, Scotty..., hay unos setecientos dólares, y me largaría de aquí. Te guardas cinco pavos en el bolsillo y el resto en la bota. Diez años son pocos para estar en la calle, aunque sea por poco tiempo, y creo que tienes un noventa y cinco por ciento de probabilidades de que te lo roben todo antes de llegar al puente de Pittsburgh, pero si te quedas aquí te pasará algo malo.

¿Entiendes lo que te quiero decir?

—Sí, pero no puedo irme —objeto.

—Hay muchas cosas que la gente cree que no puede hacer y luego descubre que sí puede hacer cuando las cosas se ponen chungas —afirma papi antes de mirarse los pies enrojecidos por el frío—. Si consigues llegar a Pittsburgh, seguro que un chico lo bastante listo para deshacerse del señor Halsey con una historia sobre la enfermedad de Lou Gehrig y una hermana que no tengo también será lo bastante listo para mirar en la S de la guía telefónica y buscar Servicios a la Infancia. O podrías esperar un poco y acabar en una situación aún mejor si consigues no separarte de la pasta. Setecientos pavos gastados con cuidado le pueden durar mucho a un crío si es lo bastante listo para no dejarse atrapar por la poli y tiene la suerte de que no le roben más de lo que lleva en el bolsillo.

—No puedo irme —insisto.

—¿Por qué?

Pero no se lo puedo explicar. En parte tiene que ver con el hecho de haber vivido casi toda la vida en esta granja, casi siempre con la única compañía de papi y Paul. Lo que sé de otros lugares lo he averiguado sobre todo a través de tres fuentes: la televisión, la radio y la imaginación. Sí, he ido al cine, y sí, he estado en Pittsburgh media docena de veces, pero siempre con mi padre y mi hermano mayor. La idea de sumergirme solo en ese monstruo rugiente y desconocido me aterroriza. Y por encima de todo, quiero a papi. No del modo sencillo y puro (al menos hasta las últimas semanas) en que quería a Paul, pero sí, lo quiero. Me ha cortado, me ha pegado, me ha llamado atontado, imbécil y cabroncete, ha torturado la mayor parte de mi infancia y me ha enviado muchas noches a la cama haciéndome sentir insignificante, idiota e inútil, pero todos los malos momentos han engendrado sus propios tesoros perversos. Han convertido cada beso en oro, cada uno de sus cumplidos, aún los más indiferentes, en auténticas gemas. Y pese a que solo tengo diez años (tal vez porque soy su hijo, sangre de su sangre), entiendo que sus besos y sus cumplidos siempre son sinceros; siempre son de verdad. Es un monstruo, pero no un monstruo incapaz de amar. Eso era lo más espantoso de mi padre, Lisey, que quería a sus hijos.

—No puedo y ya está —persisto.

Mi padre reflexiona unos instantes, supongo que sobre la conveniencia de seguir o no presionándome, y por fin se limita a asentir.

—De acuerdo. Pero te diré una cosa, Scott. Lo que le hice a tu hermano fue para salvarte la vida. ¿Lo sabes?

—Sí, papi.

—Pero si te hiciera algo a ti, sería diferente. Sería horrible, y podría ir al infierno por ello, aun cuando fuera algo dentro de mí lo que me obligara a hacerlo.

En este momento, sus ojos se apartan de los míos, y sé que los está viendo de nuevo, a ellos, y que pronto ya no será él quien me hable. Al cabo de un instante se vuelve hacia mí y lo veo con claridad por última vez.

—No dejarás que vaya al infierno, ¿verdad? —me suplica—. No dejarás que tu papi arda en el infierno por toda la eternidad, por muy mal que me haya portado contigo a veces, ¿verdad?

—No, papi —consigo responder, apenas capaz de articular palabra.

—¿Me lo prometes? ¿Por tu hermano?

—Por Paul.

Papi desvía la vista hacia el rincón.

—Voy a tumbarme un rato —dice—. Prepárate algo para comer si quieres, pero no dejes la cocina hecha un asco.

Aquella noche me despierto..., o algo me despierta..., y oigo el aguanieve azotar la casa con más fuerza que nunca. Al poco oigo un estrépito en la parte trasera y sé que es un árbol que ha sucumbido al peso del hielo en sus ramas. Tal vez lo que me ha despertado fuera otro árbol al caer, pero no lo creo. Me parece haberlo oído en la escalera, aunque intenta subir con sigilo. Solo tengo tiempo de salir de la cama y esconderme debajo, de modo que eso hago, aunque sé que no servirá de nada, porque los niños siempre se esconden debajo de la cama, y es el primer sitio donde mirará.

Veó sus pies en el umbral. Sigue descalzo. No dice una palabra, tan solo se acerca a la cama y se queda de pie junto a ella. Imagino que se quedará un rato de pie, como la otra noche, y luego se sentará, pero no lo hace. Al cabo de un momento lo oigo emitir una especie de gruñido, como cuando levanta algo pesado, una caja o algo por el estilo, se pone de puntillas, oigo un silbido en el aire y a continuación un estruendo terrible. El colchón y el somier se comban hacia abajo, levantando polvo del suelo, y la punta del pico que guarda en el cobertizo atraviesa la cara inferior de mi cama. Se para delante de mi cara, a menos de dos centímetros de mi boca. Me parece distinguir hasta la última mota de óxido y el punto brillante donde el pico ha arañado un muelle del somier. Permanece inmóvil un par de segundos, luego oigo otro gruñido y una especie de chillido de cerdo mientras intenta arrancar la herramienta. Lo intenta con todas sus fuerzas, pero el pico está atascado. La punta oscila delante de mis narices, y después de unos momentos lo deja correr. Veo aparecer sus dedos bajo el borde de la cama y sé que ha apoyado las manos sobre las rodillas. Se ha agachado con intención de mirar debajo

de la cama para asegurarse de que estoy allí antes de liberar el pico.

Sin detenerme a pensar, cierro los ojos y me voy. Es la primera vez desde que enterré a Paul y la primera vez que lo hago desde el primer piso. Tengo el tiempo justo para pensar Me voy a caer, pero no me importa, cualquier cosa es mejor que seguir escondido debajo de la cama y ver al desconocido disfrazado con la máscara de mi padre mirar debajo de la cama y verme acorralado allí. Cualquier cosa es mejor que ver al desconocido de mal rollo que ahora posee a mi padre.

Y sí, me caigo, pero solo un poco, medio metro a lo sumo, y creo que solo porque he creído que caería. Tantas cosas en Boo'ya Moon se reducen a la fe; allí, ver es realmente creer, al menos a veces..., y siempre y cuando no te adentres demasiado en el bosque y te pierdas.

Era de noche, Lisey, y lo recuerdo bien porque fue la única vez que fui allí de noche adrede.

15

—Oh, Scott —suspira Lisey, enjugándose las lágrimas de las mejillas.

Cada vez que Scott abandonaba el tiempo presente para hablar con ella era como un golpe, pero de infinita dulzura.

—Lo siento tanto.

Comprobó cuántas páginas le quedaban; no eran muchas. ¿Ocho? No, diez. Se inclinó de nuevo hacia ellas, dejando cada una sobre el creciente montón que se acumulaba sobre su regazo a medida que iba leyendo.

16

Abandono la fría habitación donde una cosa metida en la piel de mi padre intenta matarme y aparezco sentado junto a la tumba de mi hermano una noche de verano suave como el terciopelo. La luna surca el cielo como un dólar de plata deslustrado, y los reidores han montado una fiesta en las profundidades del Bosque de las Hadas. De vez en cuando otra cosa, algo que mora en las entrañas más tenebrosas, creo, lanza un rugido. En tales ocasiones, los reidores callan un rato, pero supongo que lo que tanta gracia les hace acaba por vencer al voto de silencio, porque vuelven a empezar, primero uno, luego dos, luego media docena y por fin todo el maldito

Instituto de Hilaridad. Algo demasiado grande para ser un halcón o un búho vuela en silencio ante la luna, alguna clase de predador nocturno autóctono, supongo, autóctono de Boo'ya Moon. Percibo la fragancia de todos los perfumes que tanto nos gustaban a Paul y a mí, pero ahora trocados en hedores agrios y ácidos, como meados, y me acomete la sensación de que si los aspiro con demasiada intensidad, sacarán unas garras y se me clavarán en las fosas nasales. En la pendiente de la Colina Violeta veo unos globos de luz parecidos a medusas que flotan cerca del suelo. No sé qué son, pero no me gustan. Tengo la impresión de que si me tocan, se adherirán a mí como sanguijuelas o quizá estallarán y me dejarán una roncha que se propagará como las ortigas si las tocas.

La tumba de Paul resulta espeluznante. No quiero tenerle miedo y no se lo tengo en realidad, pero no dejo de pensar en la cosa que tenía dentro y de preguntarme si seguirá ahí. Y si las cosas que aquí son buenas de día de noche se tornan venenosas, entonces es posible que una cosa mala dormida, aunque esté hibernando en lo más profundo de una carne muerta y podrida, vuelva a la vida. ¿Y si obliga a Paul a sacar los brazos de la tierra? ¿Y si lo obliga a agarrarme con sus manos sucias y muertas? ¿Y si su cara sonriente se acercara a la mía, con tierra resbalándole por los rabillos de los ojos como lágrimas?

No quiero llorar, los niños de diez años son demasiado mayores para llorar, sobre todo si han pasado por lo que he pasado yo, pero aun así empiezo a sollozar sin poder evitarlo. Y entonces veo un árbol del amor algo separado de los demás, con las ramas extendidas en lo que parece una nube baja.

Y aquel árbol, Lisey, me pareció... amable. Entonces no sabía por qué, pero creo que ahora, después de tantos años, sí lo sé. Al escribir esto lo he recordado todo. Las luces nocturnas, aquellos sobrecogedores globos gélidos flotando cerca del suelo, no se acercaban a él. Y a medida que me aproximaba aprecié que aquel árbol despedía la misma fragancia dulce (o casi tan dulce) como de día. Es el árbol bajo el que estás sentada en estos momentos, Lisey, si estás leyendo esta última historia. Y estoy muy cansado. No creo que pueda hacer la justicia debida al resto, pero sé que debo intentarlo. Al fin y al cabo, es mi última oportunidad de hablar contigo.

Digamos que un niño se sienta al abrigo de ese árbol durante... Bueno, ¿quién sabe? No toda aquella larga noche, pero sí hasta que la luna (¿te has fijado en que siempre hay luna llena aquí?) se pone, lo suficiente para dormirse varias veces y tener unos cuantos sueños extraños y a veces fascinantes, al menos uno de los cuales se convierte en la base de una novela.

Lo suficiente para que se le ocurra poner a ese maravilloso refugio el nombre de Árbol de las Historias.

Y lo suficiente para saber que algo terrible, algo mucho peor que el insignificante mal que se ha apoderado de su padre, ha vuelto hacia él su mirada indolente..., fijándose en él para futuras ocasiones (tal vez)... antes de desviar de nuevo su mente obscena e inescrutable. Fue la primera vez que percibí la presencia del tipo responsable de tantas cosas en mi vida, Lisey, la cosa que ha sido oscuridad donde tú has sido luz, la cosa que piensa (como tú también, lo sé) que todo sigue igual. Es un concepto maravilloso, pero tiene su lado oscuro. Me pregunto si lo sabes. Me pregunto si alguna vez llegarás a descubrirlo.

17

—Lo sé —musitó Lisey—. Ahora lo sé. Dios mío, lo sé.

Volvió a contar las páginas. Le quedaban seis. Solo seis, menos mal, porque las tardes en Boo'ya Moon eran largas, pero intuía que aquella no tardaría en tocar a su fin. Tenía que pensar en volver. Regresar a su casa. A sus hermanas. A su vida.

Empezaba a entender lo que significaba acabar.

18

En un momento dado oigo que los reidores se acercan más al margen del Bosque de las Hadas y me parece advertir que sus carcajadas han adquirido una cualidad sardónica, tal vez insidiosa. Me asomo al tronco del árbol que me da cobijo y me parece ver siluetas oscuras surgir de las masas más oscuras de los árboles que delimitan el bosque. Puede que tan solo se deba a mi imaginación hiperactiva, pero no lo creo. Creo que mi imaginación, por febril que sea, ha quedado exhausta a causa de los numerosos impactos que ha recibido durante el largo día y la aún más larga noche, y que ya solo puedo ver lo que de verdad existe. A modo de confirmación, oigo otra risita babosa procedente de la hierba alta a menos de veinte metros de donde estoy agazapado. De nuevo sin pensar en lo que hago, cierro los ojos y siento que me envuelve el aire frío de mi habitación. Al cabo de un instante estornudo a causa del polvo que se ha levantado debajo de mi cama. Doy un respingo con

el rostro contraído en un esfuerzo casi sobrehumano por estornudar con todo el sigilo posible, y choco de frente contra el somier roto. Si el pico siguiera allí, me habría hecho un corte tremendo o incluso podría haberme sacado un ojo.

Me arrastro con los codos y las rodillas para salir de debajo de la cama, consciente de que por la ventana entra la lúgubre luz que antecede al alba. El aguanieve cae con más fuerza que nunca, pero apenas reparo en ella. Desde el suelo giro la cabeza de un lado a otro y contemplo como un tonto mi habitación destrozada. La bisagra superior de la puerta del armario está arrancada, de modo que la puerta cuelga ladeada de la inferior. Toda mi ropa yace desparramada, y muchas de las prendas, casi todas, da la impresión, están desgarradas, como si la cosa que se ha apoderado de papi se hubiera ensañado con ellas al no poder ensañarse con el niño que debería haberlas llevado. Y algo mucho peor aún, la cosa ha destrozado mis escasos libros de bolsillo, mi mayor tesoro, biografías de deportistas y novelas de ciencia ficción, en su mayoría. Veo fragmentos de sus tapas blandas tirados por todas partes. El escritorio está volcado, los cajones arrojados a los rincones de la habitación. El agujero que el pico ha abierto en mi cama parece un cráter lunar, y pienso: Ahí es donde habría tenido la barriga si hubiera estado tendido en la cama. Y percibo un leve olor agrio. Me recuerda el olor nocturno de Boo'ya Moon, pero al mismo tiempo me resulta más familiar. Intento identificarlo, pero no lo consigo. Lo único que se me ocurre es fruta podrida, y aunque no es del todo acertado, más tarde resulta acercarse bastante.

No quiero salir de la habitación, pero sé que no puedo quedarme allí porque a la larga volverá. Encuentro unos vaqueros intactos y me los pongo. Mis zapatillas deportivas no aparecen por ninguna parte, pero puede que mis botas sigan en el trastero. Y mi abrigo. Me pondré ambas cosas y saldré al aguanieve. Bajaré corriendo el camino de acceso, siguiendo las huellas medio congeladas de los neumáticos del coche del señor Halsey, hasta llegar a la carretera. Luego iré carretera abajo hasta la tienda de Mulie's. Correré como alma que lleva el diablo hacia un futuro que no alcanzo a imaginar siquiera. A menos que me atrape antes y me mate.

Tengo que encaramarme a la cómoda, que bloquea la puerta, para salir al pasillo. Una vez allí descubro que la cosa ha tirado al suelo todos los cuadros y hecho agujeros en las paredes, y sé que todo ello es consecuencia de la rabia por no poder desahogarse conmigo.

En el pasillo, el olor a fruta agria es lo bastante intenso para poder reconocerlo. El año pasado se celebró una fiesta de Navidad en U.S. Gypsum.

Papi fue porque decía que «quedaría raro» si no iba. El hombre que sacó su nombre en el sorteo del amigo invisible le regaló una jarra de vino de moras casero. Andrew Landon tiene muchos problemas, y con toda probabilidad sería el primero en reconocerlo si lo pillaran en un momento de lucidez, pero la bebida no forma parte de ellos. Una noche, entre Navidad y Nochevieja, se sirvió un vasito de aquel vino antes de cenar, bebió un sorbo, hizo una mueca, se dispuso a verter el resto en el fregadero, pero en ese momento vio que yo lo observaba y me alargó el vaso.

¿Quieres probarlo, Scott?, preguntó. ¿Para descubrir por qué la gente arma tanto revuelo con esto? Si te gusta, por mí te puedes beber toda la puñetera jarra.

Imagino que el alcohol me pica la curiosidad como a cualquier niño, pero aquel vino despedía un olor demasiado rancio. Es posible que te ponga contento como siempre veo en la tele, pero ese olor a fruta podrida era demasiado para mí, de modo que sacudí la cabeza.

Eres un chico listo, Scooter viejo Scoot, dijo antes de vaciar el vaso en el fregadero. Pero por lo visto guardó el resto de la jarra (o simplemente se olvidó de ella), porque eso es lo que huelo ahora, sin ningún género de dudas, y es un olor fuerte. Cuando llego al pie de la escalera, el olor se ha convertido en un hedor casi insoportable, y de repente oigo algo más aparte del constante golpeteo del aguanieve contra la fachada de la casa y su repiqueteo más agudo contra las ventanas: George Jones. Es la radio de papi, sintonizada en la WWVA, como siempre, y puesta a un volumen muy bajo. Y también oigo ronquidos. Siento un alivio tan inmenso que se me saltan las lágrimas. Lo que más temía era que estuviera escondido, al acecho, esperando a que apareciera. Pero al oír aquellos ronquidos largos y entrecortados sé que no es así.

No obstante decido tener cuidado. Doy un rodeo por el comedor para poder entrar en el salón desde detrás del sofá. El comedor también aparece destrozado. La vitrina de la abuela está volcada, y a juzgar por su aspecto, la cosa ha intentado convertirla en leña. Todos los platos están hechos añicos, al igual que la jarra azul, y los billetes que contenía están hechos trizas. Hay fragmentos verdes desparramados por todas partes, algunos incluso colgados de la lámpara de techo central como confeti. Por lo visto, a la cosa que se ha apoderado de papi, el dinero le gusta tan poco como los libros.

A pesar de los ronquidos, a pesar de estar en el ángulo ciego del sofá, me asomo al salón como un soldado asomándose al borde de una trinchera tras un ataque de fuego de artillería. Pero se trata de una precaución innecesaria. La cabeza de la cosa pende de un extremo del sofá, y su cabello, que no se

corta desde antes de que Paul enloqueciera, es tan largo que casi roza la alfombra. No se despertaría aunque cruzara el salón tocando los platillos. Papi no está dormido en los restos mortales del salón, sino inconsciente.

Al acercarme más advierto que tiene un corte en la mejilla y que sus ojos cerrados ofrecen un aspecto violáceo, exhausto. Tiene los labios apartados de los dientes, lo que le confiere aspecto de perro viejo que se ha quedado dormido intentando gruñir. Siempre cubre el sofá con una vieja manta navajo para protegerlo de la grasa y los restos de comida, y se ha tapado con una parte de ella. Sin duda al llegar al salón debía de estar cansado de destrozar cosas, porque solo ha reventado la pantalla del televisor y roto el vidrio del retrato de su esposa muerta antes de dejarlo correr. La radio se encuentra en su lugar habitual, sobre la mesilla auxiliar, y la jarra de vino está en el suelo, junto a ella. Me fijo en la jarra y no doy crédito a lo que veo: apenas queda un culo de vino. Me resulta casi imposible creer que haya bebido tanto, él que no está acostumbrado a beber nada, pero aquel pestazo lo envuelve en una nube casi visible de tan densa.

El pico está apoyado contra el respaldo del sofá, y veo un trozo de papel ensartado en la punta que ha atravesado mi cama. Sé que se trata de una nota que me ha dejado y no quiero leerla, pero no me queda más remedio. La ha escrito en tres líneas, pero solo contiene siete palabras, demasiado pocas para olvidarlas jamás.

MÁTAME
LUEGO ENTIÉRRAME CON PAUL
POR FAVOR

19

Sollozando aún con más fuerza, Lisey dejó aquella página sobre el regazo junto con las que ya había leído. Solo le quedaban dos. La caligrafía se había tornado descuidada, un poco anárquica, sin ceñirse siempre a las líneas, indicio claro de que Scott estaba cansado. Lisey ya sabía qué venía a continuación, «Le di con el pico en la cabeza cuando estaba dormiendo», le había contado Scott bajo el árbol ñam-ñam, ¿y de verdad le hacía falta leer los detalles? ¿Entre los votos matrimoniales había alguno que te obligara a soportar la confesión de parricidio de tu difunto marido?

Pero aquellas páginas la llamaban, le gritaban como una criatura solitaria que lo ha perdido todo salvo la voz. Bajó la mirada hacia ellas, resuelta a terminar lo antes posible.

20

No quiero hacerlo, pero cojo el pico de todos modos y me quedé ahí con él entre las manos, mirando al señor de mi vida, al tirano de todos mis días. Lo he odiado a menudo, y nunca me ha dado razón para quererlo lo bastante, ahora lo sé, pero me ha dado algo, sobre todo durante las espantosas semanas de la agonía de Paul. Y en aquel salón, a las cinco de la madrugada, con la primera luz grisácea del día entrando en la casa, el tictac constante del aguanieve, el sonido de sus ronquidos sibilantes y en la radio el anuncio de una tienda barata de muebles de Wheeling, Virginia, que nunca visitaré, sé que todo se reduce a la elección entre ambos conceptos, el amor y el odio. Ahora descubriré cuál de los dos rige mi corazón de niño. Puedo dejarlo vivir y echar a correr hacia la tienda de Mulie's, correr hacia una vida nueva y desconocida, lo cual lo condenará al infierno que tanto teme y que merece en algunos sentidos. En muchos sentidos. Primero el infierno en la tierra, el infierno de una celda en algún manicomio, y luego tal vez el infierno eterno, que es lo que más miedo le da. O puedo matarlo y así liberarlo. La decisión es mía y tan solo mía; no hay ningún Dios que pueda ayudarme a tomarla, porque no creo en ninguno.

Así pues, le rezo a mi hermano, que me quiso hasta que el mal rollo le robó el corazón y la mente. Le pido que me diga qué debo hacer, si es que está ahí. Y obtengo una respuesta, aunque supongo que nunca sabré si es de Paul o tan solo de mi imaginación disfrazada de Paul. En definitiva, supongo que no importa; necesito una respuesta y la obtengo.

—El premio de papi es un beso —me susurra Paul al oído como si estuviera vivo y a mi lado.

Agarro con fuerza el pico. El anuncio de la radio termina y da paso a Hank Williams, que canta «¿Por qué ya no me quieres como antes? ¿Cómo es que me tratas como a un zapato viejo?». Y

21

Había tres líneas en blanco antes de que el relato prosiguiera, esta vez en pasado y dirigido a ella. El resto estaba apretujado, sin tener apenas en cuenta las líneas azules del cuaderno, y Lisey estaba convencida de que Scott había escrito el último pasaje de una sola tirada. Y así lo leyó. Volvió la penúltima página y siguió leyendo sin dejar de enjugarse las lágrimas para poder ver y captar el sentido de lo que Scott quería transmitirle. Descubrió que le resultaba sobrecogedoramente fácil visualizar la escena. El niño descalzo, vestido con tal vez sus únicos vaqueros intactos, levantando el pico por encima del cuerpo de su padre dormido a la luz grisácea que precede al amanecer, mientras la radio suena..., y por un instante, el arma permanece suspendida en el aire que apesta a vino de moras y todo sigue igual. Y entonces

22

Le di, Lisey, le di por amor, te lo juro, y lo maté. Creía que tendría que volver a darle, pero el primer golpe bastó, y he cargado con ello toda la vida, durante toda mi vida ha sido el pensamiento encerrado dentro de todos los pensamientos, me levanto pensando Maté a mi padre y me acuesto pensando lo mismo. Ha flotado como un fantasma tras cada línea que he escrito en cada novela, en cada relato: Maté a mi padre. Te lo conté aquel día bajo el árbol ñam-ñam, y creo que contártelo me proporcionó suficiente alivio para impedirme estallar en los siguientes diez o quince años. Pero pronunciar una frase no es lo mismo que contar la historia.

Lisey, si estás leyendo esto, significa que yo ya no estoy. Creo que mi vida será corta, pero el tiempo que he tenido (y te aseguro que ha sido magnífico) te lo debo a ti. Me has dado tanto... Te pido que me des un poquito más, que leas estas últimas palabras, las más difíciles que he escrito jamás.

Ningún relato puede expresar cuán espantosa es esa muerte aunque sea instantánea. Por suerte le di de lleno y no tuve que repetir; por suerte no gritó ni se movió. Le di de lleno, justo donde quería, pero incluso la misericordia se afea en el recuerdo; he aquí una lección que aprendí cuando tan solo tenía diez años. El cráneo de mi padre explotó. Pelo, sangre y sesos desparramados por toda la manta con que cubría el respaldo del sofá. De la nariz le salieron mocos, y la lengua le quedó colgando fuera de la boca. La cabeza le cayó a un lado, y la sangre y los sesos siguieron brotando de su cabeza con una especie de gorgoteo. Una parte me salpicó los pies y estaba caliente. Hank Williams seguía cantando en la radio. Una de las manos de

papi se cerró en un puño y luego volvió a abrirse. Olía a mierda, y supe que se había cagado en los pantalones. Y supe que todo había terminado.

Todavía tenía el pico clavado en la cabeza.

Me arastré asta el rincón y me puse a llorar. Lloré y lloré. Me parece que también dormí un poco, no se, pero luego había más luz y casi había salido el sol y pensé que era como mediodía. Si es verdad, habían pasado unas siete horas. Entonces intenté por primera vez llevar a mi papi a Boo'ya Moon y no pude. Pensé que si comía algo..., pero tampoco pude. Entonces pensé que si me bañaba y me limpiaba la sangre, su sangre, y limpiaba por donde estaba él, pero tampoco pude. Lo intenté y lo intenté. Bastante tiempo. Dos días, creo. A veces lo miraba enbuelto en la manta y me lo imaginaba diciendo Venga, Scoot, cabroncete, tú puedes, como si fuera una historia. Probaba, limpiaba, probaba, limpiaba, comía algo, lo volvía a probar. ¡Limpié toda la casa! ¡De arriba abajo! Una vez fui a Boo'ya Moon solo para ver si todavía sabía hacerlo, y sí, pero no podía llevar a mi papi. Lo intenté tanto Lisey...

23

Varias líneas en blanco. En el margen inferior de la última página había escrito: **Algunas cosas son como un ANCLA, Lisey, ¿te acuerdas?**

—Sí, Scott —murmuró—. Claro que me acuerdo. Y tu padre era una de ellas, ¿verdad?

Se preguntó cuántos días y noches habría pasado intentándolo. Se preguntó cuántos días y noches habría pasado a solas con el cadáver de Andrew «Chispas». Landon antes de tirar por fin la toalla e invitar al mundo a entrar. Se preguntó cómo demonios lo había aguantado sin volverse completamente loco.

Había algo más escrito en la otra cara de la última hoja. Lisey la volvió y descubrió que Scott había contestado a una de sus preguntas.

Lo intenté cinco días. Al final lo dejé y lo enbolbí en esa manta y lo tiré al pozo seco. La siguiente vez que dejó de llover fui a Mulie's y dije: «Mi papá se ha llevado a mi hermano mayor y me parece que me han dejado aquí solo». Me llevaron a la oficina del sheriff, un viejo gordo que se llamaba Gosling, y él me llevó a Servicios Sociales y a partir de entonces estuve «a cargo del condado», como dicen ellos. Que yo sepa, Gosling es el único policía que llegó a pasar por la granja, y ya ves. Mi papi dijo una vez que el sheriff Gosling era incapaz de encontrarse el culo ni después de cagar.

Debajo había otras tres líneas en blanco, y cuando el texto se reanudaba, las

últimas palabras de su esposo, advirtió el esfuerzo que había hecho por dominarse y reencontrar su yo adulto. Había hecho el esfuerzo por ella, pensó. No, de hecho estaba segura de ello.

Babyluv: Si alguna vez necesitas un ancla para conservar tu lugar en el mundo, no Boo'ya Moon, sino el mundo que compartimos, utiliza la colcha africana. Ya sabes cómo llevártela. Besos, como mínimo mil.

Scott

P.D. Todo sigue igual. Te quiero.

24

Lisey podría haber permanecido allí sentada con la carta de Scott durante largo rato, pero la tarde empezaba a desvanecerse. El sol aún brillaba amarillo, pero se acercaba al horizonte y no tardaría en adquirir ese fuego anaranjado que recordaba tan bien. No quería hallarse en el sendero cuando se aproximara el crepúsculo, y ello significaba que debía ponerse en marcha. Decidió dejar el último manuscrito en Boo'ya Moon, pero no bajo el Árbol de las Historias. Lo dejaría junto a la hondonada poco profunda que marcaba la sepultura de Paul Landon.

Regresó junto al árbol del amor del tronco velludo por el musgo, el que se parecía curiosamente a una palmera, cargada con los restos de la colcha afgana amarilla y la caja de cartón húmeda y reblandecida. Los dejó en el suelo y cogió la cruz con la palabra **PAUL** escrita en el brazo horizontal. Estaba astillada, manchada de sangre seca y ladeada, pero no rota. Logró enderezar el brazo horizontal y volver a colocar la cruz en su lugar original. Al hacerlo vislumbró algo tirado en el suelo, casi oculto por la hierba alta. Supo de qué se trataba aun antes de recogerlo; era la jeringuilla que nunca había llegado a utilizarse, ahora más oxidada que nunca y con el capuchón todavía puesto.

«Estás jugando con fuego», Scoot, había advertido su padre cuando Scott le sugirió que drogaran a Paul..., y estaba en lo cierto.

«¡Maldita sea, pensaba que me había pinchado!», había dicho Scott a Lisey al llevarla a Boo'ya Moon desde la habitación de The Antlers. «¡Menudo chiste, después de tantos años!».

Y el capuchón seguía en su sitio. Y el líquido somnífero seguía también en su sitio, como si los años transcurridos jamás hubieran existido.

Lisey besó el vidrio casi opaco de la jeringuilla, aunque no sabía por qué, y la guardó en la caja con la última historia de Scott. Luego cogió de nuevo los restos maltrechos de la colcha afgana de La Buena de Ma entre los brazos y se dirigió al

sendero. Al pasar echó un breve vistazo al tablón tirado en la hierba alta, a las palabras escritas en él, más desvaídas y fantasmales que nunca, pero aún legibles, *AL LAGO*, y luego se adentró entre los árboles. Al principio avanzó con cautela, el paso rígido por el miedo a que cierta cosa acechara en las inmediaciones, a que su mente extraña y terrible hubiera percibido su presencia. Pero al poco se tranquilizó. El chaval larguirucho estaba en otra parte. De repente se le ocurrió que quizá ni siquiera estuviera en Boo'ya Moon, aunque, si estaba, sin duda se había adentrado en las profundidades del bosque. En cualquier caso, Lisey Landon no era más que una pequeña parte de sus asuntos, y si lo que estaba a punto de hacer funcionaba, acabaría siendo una parte aún más pequeña de ellos, porque sus últimas incursiones en este mundo exótico pero aterrador habían sido involuntarias y estaban a punto de tocar a su fin. Y con Dooley fuera de su vida, no se le ocurría tampoco ningún motivo para regresar adrede.

Algunas cosas son como un ancla, Lisey, ¿te acuerdas?

Lisey apretó el paso, y cuando llegó junto a la pala de plata tirada en el sendero, la hoja aún oscurecida por la sangre de Jim Dooley, pasó sobre ella sin molestarse apenas en echarle un vistazo.

Para entonces ya casi estaba corriendo.

25

Cuando regresó al estudio, en el pajar reformado hacía más calor que nunca, pero Lisey se sentía fresca, porque por segunda vez había vuelto empapada, y en esta ocasión, enrollados a la cintura como un cinturón ancho y extraño, llevaba los restos de la colcha afgana amarilla, también chorreando.

«Utiliza la cocha africana», había escrito Scott antes de añadir que sin duda sabría cómo llevársela, no a Boo'ya Moon, sino a este mundo. Y por supuesto, así era. Había entrado en el agua del lago envuelta en ella y había vuelto a salir al poco. Luego, de pie sobre la compacta arena blanca de aquella playa a buen seguro por última vez, de cara no a los espectadores tristes y silenciosos de los bancos, sino a las aguas sobre las que al cabo de un rato se elevaría la luna perpetuamente llena, había cerrado los ojos y..., ¿qué? ¿Había deseado volver? No, fue algo más activo, menos nostálgico..., pero no exento de tristeza.

—Grité mi nombre para traerme de vuelta a casa —le dijo a la estancia alargada y vacía, desprovista ahora de las mesas y los ordenadores de Scott, de sus libros y su música, de su vida, en definitiva—. ¿Verdad que sí, Scott?

Pero no obtuvo respuesta. Por lo visto, Scott había terminado por fin de decir la suya. Y quizá eso estuviera bien. Quizá fuera lo mejor.

Con la colcha aún mojada, podía regresar a Boo'ya Moon envuelta en ella, si lo deseaba. Envuelta en aquella magia empapada tal vez incluso pudiera llegar más lejos, a otros mundos situados más allá de Boo'ya Moon..., pues no le cabía duda de que tales mundos existían, y que los espectadores sentados en los bancos terminaban por cansarse de estar allí y acababan encontrándolos. Envuelta en la colcha africana chorreante quizá incluso fuera capaz de volar, como en sus sueños. Pero no lo haría. Scott había soñado despierto, sueños en ocasiones brillantes, pero ese era su talento y su trabajo. A Lisey Landon le bastaba con un solo mundo, aunque sospechaba que siempre albergaría un rincón solitario en su corazón para ese otro donde había visto el sol ponerse en su morada de fuego mientras la luna se elevaba en su morada de silencio plateado. Pero en fin, qué narices. Tenía un hogar y un buen coche; tenía ropa con que abrigarse y zapatos con los que calzarse. También tenía cuatro hermanas, una de las cuales necesitaría mucha ayuda y comprensión para sobrellevar los años venideros. Lo mejor sería dejar que la colcha africana se secara, permitir que su hermoso y mortífero peso de sueños y magia se evaporase, que volviese a convertirse en un ancla. Con el tiempo acabaría cortándola en jirones y guardando uno a modo de antimagia, un objeto que la ayudaría a mantener los pies en la tierra, un guardián contra las divagaciones.

De momento, lo que quería era secarse el pelo y quitarse la ropa mojada.

Lisey se dirigió hacia la escalera, dejando manchas oscuras de agua en algunos de los lugares donde había sangrado. El cinturón de lana le resbaló de la cintura hasta convertirse en una suerte de falda exótica e incluso un poco *sexy*. En un momento dado se volvió para contemplar la estancia alargada, que parecía soñar al sol moteado de polvo de finales de agosto. También ella se veía dorada a aquella luz, dorada y joven, aunque no lo sabía.

—Me parece que he terminado aquí —dijo con un titubeo repentino—. Me voy. Adiós.

Esperó. No sabía qué. No sucedió nada. Percibió algo.

Levantó una mano con intención de saludar, pero enseguida la dejó caer, como avergonzada. Esbozó una sonrisa, y una lágrima le rodó por la mejilla sin que ella se diera cuenta.

—Te quiero, cariño. Todo sigue igual.

Lisey bajó por la escalera. Por un instante su sombra quedó atrás, pero también ella desapareció enseguida.

La habitación suspiró. Luego se sumió en el silencio.

Center Lovell, Maine

4 de agosto de 2005

Agradecimientos

Realmente existe un lago al que todos —y con «todos» me refiero a la inmensa comunidad de lectores y escritores—, acudimos para beber y echar nuestras redes. *La historia de Lisey* hace referencia a docenas de novelas, poemas y canciones en un intento de ilustrar dicha idea. No digo esto para intentar impresionar a nadie con mi ingenio (gran parte de lo que escribo aquí surge del corazón y muy poco es fruto del ingenio), sino porque deseo expresar mi reconocimiento a algunos de estos hermosos peces y otorgarles el mérito que merecen.

Tengo tanto calor, dame hielo, por favor: Trunk Music, de Michael Connelly.

Horno de succión: Cold Dog Soup, de Stephen Dobyns.

Dulcemadre: The Stones of Summer, de Dow.

Pafko en la pared: Underworld, de Don DeLillo.

Lo peor está por llegar: Título de una selección de cuentos de Manly Wade Wellman.

A nadie le gustan los payasos a medianoche: Lon Chaney.

Estaba barriendo, malditos cabrones: La última película, de Larry McMurtry.

Demonios vacíos: La tempestad, de William Shakespeare («El infierno está vacío, y todos los demonios se hallan aquí»).

No viviré mucho tiempo así: Escrita por Rodney Crowell. Además de la versión de Crowell, existen grabaciones de Emmylou Harris, Jerry Jeff Walker, Web Wilder y Ole Waylon.

Y, por supuesto, todo lo del viejo Hank. Si hay algún fantasma en estas páginas, el suyo tiene tanto peso como el de Scott Landon.

Quiero aprovechar la oportunidad para expresar mi agradecimiento a mi esposa. Ella no es Lisey Landon, ni sus hermanas son las de Lisey, pero llevo treinta años disfrutando al observar a Tabitha, Margaret, Anne, Catherine,

Stephanie y Marcella hacer «cosas de hermanas». Las cosas de hermanas son distintas cada día, pero siempre interesantes. Por las cosas en las que he acertado, el mérito es de ellas. Por las cosas en las que me he equivocado, no me juzguen con excesiva severidad. A fin de cuentas, tengo un hermano mayor estupendo, pero crecí sin una sola hermana.

Nan Graham revisó el libro. Con frecuencia, los críticos literarios, sobre todo quienes reseñan novelas de autores que por lo general venden muchos ejemplares, comentan: «Fulano de tal se habría beneficiado de una buena revisión». A quienes se sientan tentados de hacer un comentario de estas características respecto a *La historia de Lisey*, con mucho gusto les haré llegar una copia del primer borrador del manuscrito con las notas de Nan Graham. Ni mis redacciones de francés de primero tenían tantas correcciones. Nan ha hecho un trabajo magnífico, y le doy las gracias por sacarme al mundo pulcro y bien peinado, por así decirlo. En cuanto a los pocos casos en que el autor hizo caso omiso de sus comentarios, lo único que puedo decir es: «La realidad es Ralph».

Gracias también a L. y R. D. por leer el primer borrador de la novela.

Y por último, mi más sincero agradecimiento a Burton Hatlen, de la Universidad de Maine, el mejor profesor de inglés que tuve jamás. Fue él quien me mostró el camino que conducía al lago, que él denominaba «el lago del lenguaje, el lago de los mitos al que todos acudimos a beber». Corría el año 1968. En los años transcurridos desde entonces he recorrido con frecuencia el camino que lleva a ese lago, y no se me ocurre ningún lugar mejor donde pasar los días. El agua sigue siendo dulce, y los peces todavía nadan en él.

Gritaré para que vuelvas.

Notas

^[1] Dash significa «correr a gran velocidad». (N. de la T.) <<

[2] Juego de palabras entre el nombre Johnson y su significado en argot, «polla», que llevaría a traducir el nombre del grupo como «Las pollas oscilantes». (N. de la T.) <<

[3] Greenlawn significa «césped verde». (N. de la T.) <<